

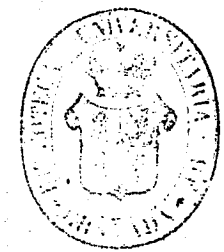
2-30-6880

Biblioteca	Residencia
Sala:	73
Estante:	60
Tabla:	
Número:	123

BIBLIOTECA	REAL REAL
Sala:	B
Estante:	20
Número:	239



LECCIONES
DE
HISTORIA UNIVERSAL.



OR-24244

LECCIONES
DE
HISTORIA UNIVERSAL
Y
PARTICULAR DE ESPAÑA
por
DON MANUEL DE GÓNGORA Y MARTINEZ

CATEDRÁTICO DE ESTA ASIGNATURA EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.



GRANADA.

Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1878.

Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe:

MI SIEMPRE QUERIDO AMIGO: En el próximo mes de Octubre van á cumplirse 22 años que encontrándome en Jaen de Catedrático y Vicedirector de su Instituto, ejerciendo la abogacia con crédito no escaso y gastando cuanto habia á las manos en expediciones arqueológicas, por mediacion de V.,—que á la sazón ocupaba un puesto importante, aunque inferior á sus méritos, en el ministerio de Fomento,—fui trasladado á la cátedra de Historia Universal en la Facultad de Filosofia y Letras de Granada, cuya propiedad obtuve más adelante en público concurso.

Al trasladarme á Granada, reflexionando en que esta triple ocupacion de la cátedra, de los viajes arqueológicos y de la abogacia distraia mi atencion, decidí concentrarla; y aunque en el foro encontraba mis más pingües recursos, abandoné los pleitos para dedicarme por completo á mi pasion favorita, á los llamados *estudios sérios*, y dejé de incorporarme al Colegio de Abogados de Granada; lo cual fué tanto como hacer voto de eterna pobreza.

Error gravísimo cuya trascendencia reconozco, cuando ya no es posible repararlo.

En 1866 tuve una, que hoy reconozco, feliz inspiracion, y comencé á escribir y publicar á la vez, un texto de *Historia Universal*, cuando el Excmo. Sr. Marqués de Gerona, de inolvidable memoria, conocedor de mis trabajos arqueológicos, me empeñó vivamente en que diera á luz parte de ellos; por lo que, coleccionando mis notas, escribí y publiqué mis *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*.

El éxito inesperado de este libro me encariñó más y más con mis predilectos estudios, y la Revolucion de Setiembre, que tantos cambios introdujo en la enseñanza, haciendo que perdieran interés los libros de texto, me decidieron á que, insistiendo en mis antiguos errores, abandonara definitivamente mi obra.

Encontrándome hoy frente á los numerosos borradores, fotografías y láminas de mi *Historia de las Bellas Artes en Granada*, en la que llevé gastado más dinero del que permiten mis escasos medios; hallándome

más acaudalado de años que de recursos para terminarla y sin larga vida que gastar en imposibles esperas, volviendo á mi antiguo proyecto del libro de texto, sin darme tiempo para reflexionar, reviso la entrega que imprimí en 1867, leo la carta en que dedicaba á V. mi proyectado libro, no me parecen del todo mal, para escritas doce años há, creo que no debo variarles punto ni coma, puesto que, contra lo que muchos pretenden y algunos desean, nuestro país no ha cambiado en lo que le es constitutivo y esencial; arreglo papel, tintero y plumas, y contando con mi voluntad inquebrantable, comienzo á trabajar entre temores y esperanzas.

¿Saldré adelante con mi propósito? ¿Me proporcionarán mis *Lecciones Elementales de Historia Universal* los medios para acabar y ver de molde mi *Historia de las Bellas Artes en Granada*?

Encomendando pues este trabajo á AQUEL que es causa, luz y guía de todo lo humano, envío á la imprenta la vieja entrega de mi libro y esta carta que lleva el doble objeto de testimoniar á V. nuevamente mi afecto inquebrantable y de disculpar las numerosas faltas de que, por fuerza, habrá de adolecer mi libro.

De V. siempre amigo agradecido y apasionado

M. de Góngora.

Granada 19 de Agosto de 1878.

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

MI MUY QUERIDO AMIGO: Hace ya muchos años que mi larga práctica en la enseñanza de la juventud que concurre á los Institutos y á la Universidad, me ha dado á conocer la necesidad de un texto para la asignatura de *Historia Universal*.

El autor de este libro, encauzándolo por los dominios del bien, y teniendo en cuenta que escribe para los hijos de una nación católica, debe inspirarse en las fuentes purísimas de la verdad. Ateniéndose á lo posible y solamente á lo posible, ha de considerar que el catedrático y los alumnos, sin poder salir de un reducido círculo, están obligados á recorrer, durante el curso, la asignatura entera y á repararla luego á fin de que la materia no pase ante los discípulos como relámpago que alumbrá momentáneamente, pero que deja mayor oscuridad. Para ello debe el texto ser breve, ameno y filosófico. *Breve*, omitiendo en cuanto pueda nombres propios y condensando los hechos de menor importancia: *ameno*, usando un estilo sóbriamente pintoresco y animado, para interesar la imaginación de la juventud á quien se dirige: *filosófico*, mostrando el enlace y la razón de los hechos, evitando la frialdad glacial del narrador que mata el entusiasmo y la fe, generadores de las grandes acciones y fin importantísimo de la historia.

Me atrevo á sospechar que no se ha fijado bastante la atención de nuestros Gobiernos en la parte relativa á libros de texto, y de aquí se sigue un mal gravísimo para la pública enseñanza.

Cada año importaría sacar á concurso la redacción de uno ó varios libros, convidando para tan honroso certámen á todas las inteligencias, bajo el amparo de un tribunal competente y con el estímulo de una digna recompensa. La obra premiada pasaría á ser propiedad del Estado, que la vendería por poco precio, y el autor laureado tendría por este solo hecho el encargo de escribir un *Epítome* y un *Compendio* para los períodos inferiores de la enseñanza.

De esta manera una misma mano nos conduciría en cada ciencia desde el hogar paterno hasta la Licenciatura ó el Doctorado.

Así el libro de texto no sería objeto de indecorosa y molesta especulación, ni á los alumnos se oprimiría con gastos excesivos.

Cuál deba ser el método de estos importantes libros; cómo se haya de presentar la materia en globo; cómo se han de distribuir los miembros, con orden, claridad, sobriedad y discreto enlace; cómo se ha de mostrar con lealtad y franqueza al alumno el arsenal de donde se toman las noticias, los pensamientos y á veces, hasta la forma, renunciando, en aras de lo bello y de lo bueno, á una originalidad imposible, esto es, la más escogida y útil bibliografía de la materia, para que él mismo pueda completar el estudio y aventurarse á indagaciones propias y á formar juicio propio; puntos son que sabrían determinar previamente las respectivas Reales Academias, cumpliendo con el fin principal de su instituto.

Mientras llega este día, no he de permanecer en la inacción, ya que me fuerza la caprichosa fortuna á suspender mis dispendiosos trabajos arqueológicos, y no creo perder el tiempo acometiendo el *ensayo* de un libro de texto para la asignatura de *Historia Universal*, que muestre de un golpe de vista el campo que han de recorrer Catedráticos y alumnos, y el espíritu de rectitud, verdad y patriotismo que ha de animarlos constantemente.

Si V., que en tan alto grado reúne la rara trinidad de corazón, inteligencia y lenguaje, reprueba las primeras páginas de mi *Ensayo*, que le remito adjuntas, las guardaré resignado entre mis papeles, como recuerdo de un tiempo perdido para los demás, aunque no enteramente estéril para mí. Si, por el contrario, logro la fortuna de que las crea útiles, entonces, alentado y tranquilo, continuaré en mi propósito.

En este improbable caso, V. á quien tanto debo, sin encontrar jamás nada con que pagarle, será seguramente tan bondadoso, que me permitirá imprimir esta carta al frente de mi libro, aceptando su dedicatoria.

Suyo siempre amigo apasionado

M. de Góngora.

Caniles 8 de Setiembre de 1866.

PRELIMINARES.

LECCION I.

(CÉSAR CANTÚ: Historia Universal. MALTE-BRUN: Geografía Universal. WISSEMAN: Discursos sobre las relaciones que existen entre la ciencia y la religión revelada.)

HISTORIA es la narración de los progresos y vicisitudes de la humanidad en el cumplimiento de su providencial destino.

El perpétuo anhelo del alma humana, el vacío de nuestro corazón que nada llenará por completo en la tierra, revelan por sí solos la ley de la humanidad en marcha hacia un fin de mejoramiento y de progreso, en el cual camina el hombre, avanzando unas veces, retrocediendo otras, al realizar los fines providenciales, perfeccionadores, no contrarios de su libertad.

El principal objeto de la historia es dar al hombre reglas que le sirvan de guía para lo presente y lo futuro; por eso la llamó Cicerón *maestra de la vida*.

Las fuentes de la historia son: 1.º La experiencia propia: 2.º Las relaciones de los que presenciaron los hechos ó que pudieron tener conocimiento de ellos: 3.º Las tradiciones seguidas uniformemente por los pueblos: 4.º Los monumentos, testigos inanimados de los sucesos.

Breve nuestra vida, la experiencia propia es una dolorosa piedra de toque que solo puede comprobar reducido número de acontecimientos; para evitar sus costosas y rudas lecciones tiene el hombre la enseñanza de la historia, de la cual es aquella, sin embargo, principal elemento. Los testigos presenciales de-

ben ser detenidamente examinados por la fría imparcialidad del historiador, despojándolos de la pasión ó apreciándolos en su verdadero alcance. Como bola de nieve suele ser la tradición que se agiganta con las preocupaciones de las gentes que la transmiten: descartarla de estas preocupaciones, restituirla á su pristina pureza, adivinar su sentido, son los deberes del historiador.

Los mitos son restos de historia primitiva, sin enlace real entre sí, que, además de la relación de importantes acontecimientos, contienen las ideas dominantes en otras edades acerca de Dios, las observaciones astronómicas y naturales, todo manifestado por medio de símbolos y personificaciones.

Los poderosos ingenios dotados por la Providencia con la profundísima mirada del historiador, han visto alguna vez, tras de los tupidos velos en que el mito y la tradición se envuelven, en poesías nacionales, en ciertos usos, festividades y palabras, acontecimientos importantísimos. El espíritu de sistema, el deseo de adivinar pormenores imposibles suelen esterilizar con frecuencia este precioso elemento de la historia. Sentimiento innato es en el hombre consignar sus creencias y sentimientos, acerca de los hechos que le han impresionado vivamente, en un montón de rocas informe como su rudeza primitiva, en una concisa piedra escrita, en un rollo de papiro exhumado después de entre las cenizas de Pompeya, en un templo gigantesco como en la India, elegante y voluptuoso como en la Grecia, en una preciosa ó ruda medalla, en la historia de una familia, en un escudo de armas, en una divisa, en un vaso antiguo, en un arma de guerra. Por lo mismo, cuanto puede revelar el tránsito del hombre sobre la tierra, es eficaz auxiliar de la historia. El historiador debe pues tener muy en cuenta los monumentos de cada pueblo que pueden ser no escritos y escritos (caracteres alfabéticos, geroglíficos), auxiliándose de la lingüística, de los conocimientos arquitectónicos, de la lithología, de la numismática, de la paleografía, de la diplomática, de la genealogía, de la heráldica, de la cerámica, del arte militar, de cuanto puede ser indicador del vario carácter, de las influencias, de las modificaciones mútuas, de las creencias, de la cultura,

de los sucesos acontecidos á las diversas agrupaciones humanas.

Los hechos carecen completamente de significación si no se les asigna el lugar y la fecha en que acontecieron. Realiza el primer objeto la *geografía* (de *geos* y *grafos*, tierra, descripción), *ciencia que trata de la descripción de la tierra*; el segundo la *cronología* (de *cronos* y *logos*, tiempo, discurso), *que se propone fijar el tiempo en que acontecieron los sucesos*. Cada hecho, si no es natural consecuencia de los que le preceden, está modificado por ellos y por la naturaleza de los hombres, de las costumbres y de los climas. Con razón pues dijo Bacon de Verulamio que la geografía y la cronología son los ojos de la historia.

Crítica es el arte de distinguir ó de conjeturar lo verdadero, lo probable, lo inverosímil y lo falso. La crítica, acompañada de la duda racional y modesta, inseparable amiga de la verdad, inquiere los acontecimientos, rechaza los que repugnan á la naturaleza de las cosas, adivina lo que tienen de simbólico, los depura de lo oscuro ó repugnante, para mientes en las creencias de cada época y de cada autor, pesa la influencia del temor, de la adulación, del espíritu de partido, y considera de la misma manera á los calumniadores que á los panegiristas.

César Cantú lo ha dicho: «sin crítica, la historia es como un ciego que sirve de guía á otro ciego.»

La distribución del tiempo en partes, coincidiendo con el movimiento de los astros, es de origen ante-histórico.

Mediáanse al principio los tiempos por generaciones. Enuméranse en la Biblia diez antes del diluvio y otras diez desde el diluvio á Abraham. Dionisio de Halicarnaso, citando á Ferécides, Sófoles y Antioco de Sicilia, cuenta cinco generaciones desde Inaco á Enotro, y 17 desde Enotro á Anquises; tres generaciones, según Herodoto, componen 100 años.

Día natural es el espacio de tiempo durante el cual el sol está visible sobre el horizonte; *civil* el que emplea la tierra en dar una vuelta sobre su eje.

Hé aquí cuatro modos de contar el día. 1.º *El babilónico*, seguido por los Persas, los Sirios antiguos, los Griegos moder-

nos y los habitantes de las islas Baleares; de una á otra mañana. 2.º *El judaico*, conocido tambien con el nombre de *Italiano*, de uno á otro ocaso; aceptado por los Atenienses, Hebreos, Germanos, Galos y en la actualidad por los Chinos y algunos pueblos de Italia. Es el adoptado por la Iglesia para sus festividades, fundada en un precepto del Levítico. 3.º *El Astronómico* en que se cuenta de uno á otro mediodía, usado por los antiguos Umbrios. 4.º *El egipcio*, seguido por los Egipcios, los Romanos y la mayor parte de los Europeos; de media noche á la siguiente.

Dividense nuestras horas en antimeridianas y postmeridianas. Distinguíanlas los Romanos en diurnas y nocturnas, variándolas segun las estaciones, contando hora primera, tercia, sexta y nona por la tarde, y vigilia, prima, tercia, sexta y nona por la mañana.

El día consta de 24 horas, la hora de 60 minutos, el minuto de 60 segundos.

Siete días civiles constituyen una semana. La institucion de la semana se pierde en la noche de los tiempos. Los antiguos Chinos tuvieron una fiesta hebdomadaria, los Indios como los Egipcios distinguian los días con los nombres de los 7 planetas. Empiezanla los cristianos el domingo, el sábado los judíos y los mahometanos el viernes. Los antiguos Griegos y los modernos Chinos usaban de la década en vez de la semana; los Aztecas y los del reino de Benin de semi-décadas; los Peruanos contaban por novenas; los Romanos por octavas; algunos Indios americanos por triduos, diez de los cuales forman entre ellos una lunacion llamada *suna*.

El espacio de tiempo en que la luna presenta sucesivamente todas sus faces se llama mes y se compone en rigor de 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Llámase este mes lunar. El solar es el número de días que, al parecer, tarda el sol con su movimiento aparente en recorrer cada uno de los 12 signos zodiacales; las lunaciones que hay en un año pasan de 12 y no llegan á 13; de modo que la correspondencia entre los años y los meses lunares no se puede lograr sino valiéndose de ficciones. Los Judíos, los Latinos, los Árabes, los Griegos y los Ro-

manos, hasta Julio César, usaron del mes lunar. Año es el espacio de tiempo que la tierra emplea en ejecutar su movimiento de traslacion alrededor del sol ó sean 365 días, 5 horas, 48 minutos, 45 segundos y 30 tercios. Este es el año solar. El lunar se compone de 12 lunaciones; esto es, de 354 días, 8 horas, 48 minutos, 38 segundos, 12 tercios. Como es de ver, entre el año solar y el lunar hay cerca de 11 días de diferencia, que constituyen la Épacta (edad de la luna) y cada tres años se forma con ellos una lunacion más.

Para comprender el principio, la duracion, los nombres y la correspondencia de unos meses y de unos años con otros, el historiador debe tener muy en cuenta los calendarios de los diversos pueblos y sus correcciones varias.

Olimpiada es el espacio de 4 años, lustro el de 5, indiccion el de 15 y siglo el de 100.

Cielos son unas revoluciones de años que se renuevan tan luego como se acaban. El ciclo Caldeo comprende 600 años, el pascual 532, el hebreo 50, el solar 28, el lunar 19.

Dáse el nombre de eras á ciertos puntos históricos ó astronómicos de donde parte una série de años civiles que se adapta para computar los tiempos. Son las eras más notables: la de los *Constantinopolitanos* 5508 años antes de J. C.; la *hebráica* que fijaba la creacion 3771 años tambien antes de J. C.; la griega de las *Olimpiadas*, así llamada de los juegos que se celebraban en Olimpia, ciudad de la Elide, contándose desde 19 de Julio en que quedó vencedor Corebo; la de la *fundacion de Roma* en 753; la de *Nabonasar* en 26 de Febrero de 747; la de los *Lagidas* en 12 de Noviembre de 324; la *Siro-Macedónica* ó de los *Sassánidas* en 312; la *Hispanica* en 38; la *Cesarea de Antioquia* en 47; la *Juliana* en 45; la *Acciana* en 30; la de los *Augustos* en 29, todas antes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo; la *Cristiana* que comienza en este incomparable acontecimiento; la *Diocleciána* ó de los *Mártires* en 284; la *Armenia* en 552; la *Hegira* en 15 de Julio del 622; la *Pérsica* de Izdegerdes III en 652, todas estas despucs de Jesucristo.

LECCION II.

La historia se divide:

1.º Por su extension, en *universal, general, provincial, municipal*, segun que trata de todo el género humano, de los diversos pueblos que constituyen una nacion, de una provincia, de una sola ciudad.

2.º Por su materia en *sagrada y profana*. La sagrada puede ser del *Antiguo* ó del *Nuevo Testamento*. *Historia sagrada del Antiguo Testamento es la historia del pueblo hebreo revelada por Dios á sus profetas para anunciar á Jesucristo. Historia sagrada del Nuevo Testamento es la historia de Jesucristo y del establecimiento de su Iglesia, inspirada por Dios á los Evangelistas y á los Apóstoles. Historia Eclesiástica es la que, continuando á las anteriores, tiene por objeto la propagacion, vicisitudes y estado actual de la Iglesia cristiana hasta nuestros dias.*

La *profana* se divide en *política, civil, literaria, científica, militar, artística, etc.*, segun el objeto á que preferentemente se consagra.

3.º Por su forma, en *Crónicas, Anales, Décadas, Efemérides, Memorias, Epítomes, etc.* La *Crónica* se distingue por la sencillez y por el orden *cronológico*: los *Anales* se ordenan por años: solo abrazan las *Décadas* el espacio de diez años; las *Efemérides* son *apuntes* en que se consignan los sucesos por dias ó por semanas: las *Memorias* se refieren á un tiempo breve y á una persona que tomó parte en los acontecimientos que narra: la *Historia anecdótica* recoge hechos ó dichos sueltos: los *Epítomes* se ciñen á lo que parece *esencial*.

4.º Por razon del tiempo, en *Primitiva, Antigua, de la Edad Media, Moderna y Contemporánea*.

En la Historia, ciencia que segun lo expuesto tiene por objeto la narracion y apreciacion de las vicisitudes de la humanidad entera, es el método una condicion cuya importancia jamás se ponderará bastante.

El método puede ser *etnográfico*, que trata de cada pueblo ó nacion por separado; *tecnográfico*, que dedica distintos capítulos á las artes, las ciencias, la religion, la política, la moral; *sincronístico*, que refiere los sucesos de todos los pueblos en conjunto, siguiendo el orden de las épocas.

Ya lo hemos dicho; sin el método que ordena los sucesos proporcionando puntos de descanso al entendimiento y á la memoria, fatigada con la múltiple variedad de los hechos, el estudio de la Historia solo satisfaria el deleite del momento.

De ahí la necesidad de los *periodos* y de las *épocas*.

Periodo histórico es el espacio de tiempo durante el cual se han verificado ciertos sucesos que tienen íntimo enlace entre sí, que parecen los unos como consecuencia de los otros, constituyendo entre todos un orden de ideas y de cosas completo.

Bajo este aspecto se divide la *Historia Universal* en cinco periodos.

1.º *Historia primitiva*, desde la Creacion hasta la dispersion de los hijos de Noé.

2.º *Historia antigua*, desde la dispersion de los hijos de Noé hasta la ruina del imperio romano de Occidente, en el año 476 del Nacimiento de Jesucristo.

3.º *Edad Media*, desde la caída del imperio de Occidente, en 476, hasta la toma de Constantinopla por los Turcos otomanos, en 1453.

4.º *Historia moderna*, desde la toma de Constantinopla, en 1453, hasta el principio de la revolución francesa de 1793.

5.º *Historia Contemporánea*, desde el principio de la revolución francesa, hasta nuestros días.

De la misma manera que en el orden físico los objetos han de hallarse al alcance de nuestros sentidos, para que podamos tener cabal conocimiento de ellos, en el moral ni han de estar demasiado apartados, ni tan encima de nosotros que nos envuelvan en su torbellino.

En la *Historia antigua*, especialmente en sus datos cronológicos (excepción hecha de los bíblicos), debemos contentarnos con aproximaciones, disculpando bondadosamente las pretensiones de los pueblos, como de los individuos, en su vanidad genealógica, y descartarnos algo de la admiración exclusiva, aprendida de memoria en las escuelas, á todo lo que es griego ó romano.

Al llegar la época de las invasiones de los pueblos del Norte (*Edad Media*), es preciso presentar en su horrible desnudez el deplorable estado de la sociedad romana, para verla luego salva, por medios extrahumanos, interviniendo la Providencia en las cosas del hombre, como padre cariñoso que acude al socorro de su hijo emancipado en los días de la tribulación.

Así aparece súbito la barbarie, y así se verifica la transfusión de la vigorosa sávia septentrional, en las caducas razas y civilización pagana, conservándose de esta sus útiles elementos, y coincidiendo con tan asombrosos sucesos la aparición del cristianismo, fundente y depurativo de ambas civilizaciones, sin el cual la humanidad no hubiera podido salvarse.

Así también aprenderemos á respetar la *Edad Media*, edad de incubación, con su ardiente fe, con sus instituciones realmente progresivas, aunque parezca que alguna vez retrocede momentáneamente la humanidad; viajero que atravesando durante la noche ásperos y desconocidos senderos, tuercé el camino que llevaba de frente para evitar un abismo.

En las postrimerías de una sociedad caduca, veremos al Evangelio enseñar á los hombres la alta idea de un *Padre común* en las dos primeras palabras de la oración dominical, hiriendo de muerte á las castas y á la esclavitud con esa sencilla noción de la fraternidad universal, desconocida en las sociedades antiguas, como desquiciada en las modernas: hija del cristianismo es también la santificación del magisterio y la vulgarización de la ciencia, cuando el Divino Redentor dijo á unos pobres pescadores: *Id y enseñad á todas las gentes*, haciendo que la ciencia sintiera, pensara y se moviera, para dejar de este modo de ser el tesoro transmitido de unos á otros adeptos: gloria del cristianismo es igualmente la elevación de la mujer, tan vilipendiada en las sociedades anteriores: suya es asimismo la santa paz de la familia, hija natural de la indisolubilidad del matrimonio: por el cristianismo cayó también el bárbaro poder de vida y muerte del padre sobre el hijo y sobre la familia en general: la caridad es una virtud esencialmente cristiana, flor que abrió por vez primera su cáliz entre los peñascos del Gólgota, regada con la preciosa sangre del Redentor del mundo.

La *Historia moderna* está perfectamente deslindada por muchos é importantes sucesos; la caída de Constantinopla que inundando á la Europa de *sábios* y preparando el Renacimiento, trae también al Occidente el espíritu disputador y vano de los filósofos de Bizancio, engendrando la mal llamada Reforma religiosa: la imprenta que vulgariza y perpetúa las conquistas del entendimiento; la brújula que, facilitando los viajes y comunicaciones, engrandece el humano saber en todos sus horizontes y prepara el descubrimiento de un *nuevo mundo*: la pólvora, poderoso agente de la industria, que debilita la fuerza bruta, sometiendo la victoria, no al mayor número, sino á la inteligencia.

Hemos aceptado el límite generalmente señalado á esta parte de la Historia por la necesidad de un *descanso* en la narración, no porque afirmemos que el tercer acto de la vida de la humanidad que comenzó con la ruina del imperio de Oriente, acabó con los principios de la revolución francesa. Creemos por el

contrario que esta tercera parte de la epopeya humana, que está para terminar con algun impensado y memorabilísimo suceso, continúa todavía, aunque en sus postreras escenas, sin que podamos prever su fin.

Con efecto, la soberbia bizantina, la negacion de toda autoridad y los cismas y la Reforma, las guerras religiosas, el filosofismo ateo del pasado siglo, el indiferentismo y luego la tibieza de la fe en los presentes tiempos, ¿no son los resplandores de un mismo meteoro siniestro que, es verdad, va á sepultarse pronto en el ocaso, pero que lanza aún su luz desde el horizonte?

Mas si por razones de orden y de necesidad aceptamos el fin de la *Historia moderna* y el comiezo de la *Contemporánea* en los principios de la revolucion francesa de 1789, division que será sin duda borrada por los historiadores, dentro de algunos siglos, lejos de intrincarnos en la enmarañada narracion de los presentes tiempos, daremos aquí por terminado nuestro trabajo.

Hemos repetido una y otra vez que el orden y el encadenamiento de los sucesos y la necesidad de descanso eran el origen de la formacion de los períodos y de las épocas.

Ya hemos hablado de los primeros: apuntemos ahora las segundas.

Nuestra historia se divide en quince épocas. Una pertenece á la Historia primitiva; seis á la Historia antigua; cinco á la Media, y tres á la Moderna.

I.^a época. Desde la creacion del mundo hasta la dispersion de los hijos de Noé.

II. Desde la dispersion hasta las Olimpiadas, en el año 776 antes de Cristo.

III. Desde las Olimpiadas hasta Alejandro. Años de 776 á 323.

IV. Guerras púnicas. De 323 á 134.

V. Guerras civiles. De 134 al año 4 despues de Jesucristo.

VI. Desde Jesucristo á Constantino. De 4 á 323.

VII. Desde Constantino á la caida del imperio romano de Occidente. De 323 á 476.

VIII. Los Bárbaros. De 476 á 622.

IX. Mahoma. De 622 á 800.

X. Los Carlovingios. De 800 á 1093.

XI. Las Cruzadas. Los municipios. De 1095 á 1270.

XII. Caída del imperio de Oriente. De 1270 á 1453.

XIII. Los descubrimientos. De 1453 á 1517.

XIV. La Reforma. De 1517 hasta la paz de Westfalia, en 1648.

XV. Desde la paz de Westfalia hasta los principios de la revolucion francesa de 1789.

LECCION III.

Hay en la *Historia Universal* cuestiones de la más alta importancia, que deben previamente resolverse, por ser la clave de las más grandes dificultades, sin cuya solución todo es controvertible é inseguro en la accidentada narración de las vicisitudes del hombre sobre la tierra.

Como el arquitecto que, antes de levantar el edificio que ha imaginado, indaga la calidad del terreno, allana el área y elige los materiales que le han de servir de cimentación conveniente, así procuraremos resolver estos problemas, con leal franqueza, por el orden que ante nosotros se presenten.

Hé aquí la primera de estas cuestiones.

La narración mosaica, el Génesis, ¿puede tenerse y aceptarse como fuente segura é incontrovertible de verdad?

Como pudiera discutirse si era ó no legítimo el texto que poseemos como auténtico, si este ha sido ó no alterado por la pasión de los judíos, por el mal entendido celo de algunos cristianos, por la saña de los impíos ó por el error de los copistas, indicaremos que tales dudas están ya definitivamente resueltas tras de empeñada polémica.

Con efecto, excusado es decir que, desde los primeros tiempos del cristianismo, la Iglesia procuró con grande empeño poseer textos correctísimos de los Libros Sagrados, y que á este fin dirigieron sus esfuerzos Orígenes, Eusebio, Luciano, San Jerónimo, Casiodoro, San Agustín y otros hombres eminentes.

Más tarde, cuando la invención de la imprenta puso la Biblia al alcance de todos, se suscitaron dudas sobre su autenticidad, no faltando quien afirmara que los judíos, en la posesión casi exclusiva de los originales hebraicos, los habían alterado en no pocos pasajes.

Creciendo más y más la polémica, algunos eruditos se dedicaron á estudiar y comparar los códices que pudieron haber á las manos, como el P. Houbigant, los Michaelis, Kennicott, Fabrici y sobre todos Rossi, que, á fuerza de inquebrantable constancia, reunió más de setecientos manuscritos hebreos, con que enriqueció á la crítica sagrada y á la biblioteca de Parma, de que era profesor.

España no anduvo á la zaga en esta erudita tarea, como lo demuestran los antiguos códices atesorados por el inmortal Jimenez de Cisneros, para la formación de su monumental *Biblia Poliglota*, códices de que después se aprovechó el erudito Arias Montano para su Biblia Régia.

Mill, en el año de 1700, reprodujo y aumentó las diversas colecciones de sus predecesores, que adelantadas aún más por Wetstein en 1751, pareció que llegaron á su límite con Griesbach, que con mano segura puso la clave de estos estudios.

Durante el largo proceso de tan prolijas investigaciones, los diversos manuscritos que existían en las bibliotecas de Europa, como las colecciones del Monte Athos y las del Egipto y de la Siria, habíanse explorado; y durante este árduo estudio, en que intervinieron amigos y enemigos, no se encontró una sola frase diferencial del texto: que si por acaso pareció alguna divergencia, esta solo se refería á la inserción ú omisión de algún artículo ó conjunción, á la forma más que á la sustancia de las palabras.

Peró es más: hace pocos años que Buchanan adquirió un

manuscrito propio de los judíos de casta negra, aislados en la India desde tiempo inmemorial.

Tan peregrino documento, trozo de cierto desmesurado rollo que debió tener completo como noventa piés de largo, formado por pergaminos de color rojo, escritos en diversas épocas y por distintas personas, contiene una gran parte del Pentatéuco, cuyo exámen comparativo produjo idénticos resultados; diferencias sin valor sobre algunas letras, y nada más.

Afirmación inesperada, y que sin embargo tiene su explicación en el pueblo que estuvo en comunicación directa con Dios.

Ciertamente que cuanto procede de la nación hebráica tiene un carácter de inmutabilidad que no suele encontrarse en las demás gentes, carácter que ostenta el pueblo judío, hasta en los rasgos todos de su fisonomía. A pesar de las desgracias y persecuciones sufridas por la nación Deicida, donde quiera que encontramos un hebreo, rico ó ejerciendo los oficios más viles, luego al punto recordamos su exacta identidad con los vencidos que, en medallas, columnas ó arcos de triunfo, forman el triste séquito de Vespasiano ó de Tito.

Esta larga y empeñada polémica, además de asentar la autenticidad de los libros sagrados, produjo entre otras, la ventaja de perfeccionar los estudios gramaticales hebráicos y de las demás lenguas semíticas, facilitándose por tal manera la exacta versión de los originales.

Ahora bien; si de la certeza de la integridad de los sagrados libros pasamos á la de sus afirmaciones, el resultado no puede ser más sorprendente.

En efecto, rebelada la pretendida ciencia humana contra la autoridad de Dios, llena de satánica rabia, se dedica á desmentir las afirmaciones mosaicas, apelando para ello al auxilio de todas las ciencias, y especialmente á la más antigua y á la más moderna: á la Astronomía y á la Geología.

Consignemos, antes de pasar adelante, lo que dice el *Génesis* acerca de la Creación:

„En el principio crió Dios el cielo y la tierra.

„Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.

„Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y fué hecha la luz. Y vió Dios la luz

que era buena. Y separó la luz de las tinieblas. Y llamó á la luz día, y á las tinieblas noche. Y fué la tarde y la mañana un día.

„Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y divida aguas de aguas. Y hizo Dios el firmamento; y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento: y fué hecho así. Y llamó Dios al firmamento, cielo. Y fué la tarde y la mañana el día segundo.

„Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar; y descúbrase la seca. Y fué hecho así. Y llamó Dios á la seca, tierra; y á las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.

„Y dijo: Produzca la tierra yerba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en él mismo sobre la tierra. Y fué hecho así. Y produjo la tierra yerba verde, y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto, y que cada uno tiene simientes según su especie. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el día tercero.

„Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean para señales, y tiempos, y días, y años: para que luzcan en el firmamento del cielo, y alumbrén la tierra. Y fué hecho así. É hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese el día; y la lumbrera menor, para que presidiese la noche; y las estrellas. Y púsolas en el firmamento del cielo, para que luciesen sobre la tierra, y para que presidiesen al día y á la noche, y separen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto.

„Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y crió Dios las grandes ballenas, y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según sus especies, y toda ave que vuela según su género. Y vió Dios que era bueno. Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas de la mar: y las aves multiplíquense sobre la tierra. Y fué la tarde y la mañana el día quinto.

„Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias, y reptiles, y animales de la tierra, según sus especies. Y fué hecho así. É hizo Dios los animales de la tierra según sus especies, y las bestias y todo reptil de la tierra en su género. Y vió Dios que era bueno.

„Y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra. Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió: macho y hembra los crió. Y bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla; y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género, para que os sirvan de alimento: Y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hay ánima viviente, para que tengan que comer. Y fué hecho así. Y vió Dios todas las cosas que había hecho: y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana el día sexto.

„Fueron, pues, acabados los cielos, y la tierra, y todo el ornamento de ellos.

Y acabó Dios el día sétimo su obra, que había hecho; y reposó el día sétimo de toda la obra, que había hecho. Y bendijo al día sétimo; y santificólo, porque en él reposó de toda su obra, que crió Dios para hacer.

„Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados, en el día en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra.,,

Hasta aquí el Libro Sagrado.

Ahora bien; á desmentir estas afirmaciones, en su totalidad y en sus diversas partes, se han dirigido los esfuerzos de muchos hombres, que apelando á todos los ramos del humano saber, no han logrado otra cosa que afirmar más y más la narracion mosaica, que como el oro bajo la accion del fuego, cada vez aparece más pura entre la saña de sus ciegos enemigos.

Ante todo, es preciso convenir, puesto que en ello convienen la teología y el sentido comun, que los seis días de la creacion son distintos de los que conocemos entre un nacimiento y un ocaso del sol, que no existian en los primeros días, cuando aquellos no se miden de la misma manera entre los pueblos europeos y los que existen más allá de los círculos polares. Los seis días del Génesis son, pues, seis edades de varia duracion, que han dejado rastros en la tierra, pero cuya extension aún no puede fijar la geología.

Maravilla y asombro debe causar ciertamente que las más grandes y abstrusas verdades que la ciencia ha arrancado á la naturaleza, despues de miles de años de titánicos esfuerzos, estén claramente señaladas en estos sencillos párrafos.

Con efecto, solo el Génesis, entre todas las cosmogonías, marca la diferencia de la creacion de la materia y de su organizacion, de el principio en virtud del cual aquella comienza á existir y la incubacion que ejecuta el espíritu de Dios hasta que la pone en aptitud de formar las estrellas y los planetas. Lo primero no podia ser más que un acto instantáneo de la voluntad omnipotente; lo segundo se verificó mediante la sucesion de los tiempos, y lo vemos proseguir hoy en las nebulosas, que son mundos en estado de formacion.

Una de las más maravillosas leyes de la materia, es la de la gravedad universal, recientemente descubierta, cuando segun la

Biblia, entre los cuerpos celestes está fija en sus polos la tierra, suspendida sobre el abismo: en su seno fueron dispuestas anchas cavidades donde se encierran el agua central y el fuego: el cielo no es el firmamento, ni el cielo cristalino de Aristóteles; es la extension, esto es, la inmensidad: Moisés afirma tambien la distincion entre la luz primitiva y la solar, luz tan poderosa en los primeros días de la Creacion, que bastó para que germinaran las plantas, aun antes de que el sol esparciera sus benéficos rayos sobre la tierra. Los astrónomos de la antigüedad señalan y fijan el número de las estrellas; el Historiador Sagrado afirma que son innumerables como las arenas del mar, verdad que confirman cada un día los telescopios; añadiendo la Biblia, para que no cayera el hombre en el error de lo infinito, que Dios sabe el nombre de cada una: el Hacedor Supremo dió su peso al aire, afirmacion que Moisés hace muchos siglos antes de que Galileo naciera: el aire es como un vestido de la tierra (atmósfera): la teoría del alzamiento de las montañas, perfeccionada por Elías de Beaumont, segun la cual estas no son la parte más antigua del mundo, que no proceden del desprendimiento de las tierras ó del sedimento de las aguas, que existen en virtud de una fuerza interior, de abajo á arriba, teoría que explica la formacion de los terrenos más satisfactoriamente que los sistemas neptunianos, se encuentra claramente contenida en los libros sagrados (*Ascendunt montes, et descendunt campi, in locum quem fundasti eis. Ps. ciii-8. Priusquam montes fierent, aut formaretur terra et orbis. Ps. lxxxix*). Los seres fueron apareciendo en distintos periodos, segun la complicacion de su organismo; verdad que los geólogos demuestran cada día, aun buscando solucion contraria: el último de los seres creados es el hombre, y en vano los enemigos de los Libros Sagrados buscan el más pequeño rastro de su existencia entre los terrenos formados por las no imaginables convulsiones que debieron ocurrir en los cinco días (periodos) que precedieron á su existencia.

Ahora bien; ¿quién es este historiador, jamás desmentido, ni en el más pequeño detalle; el que sabe las verdades trabajosamente averiguadas por los gigantes de la inteligencia huma-

na, miles de años despues; el que posee la clave de todos los portentos; el que tiene descifradas todas las esfinges de la ciencia; el que contiene las soluciones que aún no ha alcanzado el humano saber, y que, ciego el hombre, no podrá leer en las Sagradas Escrituras hasta que, trascurridas miriadas de siglos, tropiecen con ellas, á fuerza de no interrumpidos estudios, pedazo á pedazo y una á una, los futuros fisicos y naturalistas?

PRIMER PERIODO.

HISTORIA PRIMITIVA.

DESDE LA CREACION HASTA LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL

(4.004 á 2,233 antes de Jesucristo.)

PRIMERA ÉPOCA.

LECCION IV.

La Creacion.—Adan y Eva.—Cain y Abel.—Seth.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra: formó al hombre á imágen y semejanza suya, y le dió por compañera una mujer, formada de los mismos huesos y de la misma carne del hombre.

Estas verdades que confirman las tradiciones de los pueblos todos, en sus circunstancias más esenciales, se demuestran con evidencia incontestable por las ciencias naturales, por los estudios etnográficos, por las aspiraciones del alma que siempre corre tras de lo noble y lo grande, por el humanitario principio de la igualdad, y hasta por la dignidad de nuestra especie.

No han faltado, sin embargo, pretendidos sábios que arrojando lodo sobre la especie humana, con mengua de su dignidad y despojándola de su origen divino, han contradicho verdades tan palmarias.

Prescindiendo de Volney que supone al primer hombre arrojado por casualidad á un país desierto é inculto, huérfano, abandonado de la mano desconocida que le dió el ser, porque esto lo desmienten á la vez nuestra prolongada infancia y la ne-

cesidad de los prolijos cuidados maternos, y porque si fuera cierto que el germen humano se desarrolló fortuitamente, las variedades de los hombres serian infinitas, como acontece siempre en las obras del acaso; prescindiendo tambien de los delirios de Darwing y de Hækel, nos contentaremos con decir algo de Virey y de Lamark, famosísimos maestros en estas repugnantes teorías. El primero, negando la consoladora verdad de un origen comun en el europeo y el negro, no vacila en sospechar la fraternidad entre el desgraciado hotentote y los babuinos. Lamark va aún más allá, pues se propone nada menos que señalar los pasos por medio de los cuales ha procedido la naturaleza para ir elevando gradualmente los seres, desde una clase inferior, á la superior inmediata, estableciendo un encadenamiento de eslabones sucesivos.

De esta manera, y en virtud de progresos en plano inclinado, fueron afinándose los seres, hasta que por último, tras del mono, apareció el hombre. No hay que objetar á Lamark el insondable abismo que separa al más perfecto de los cuadrumanos del hombre menos civilizado, porque, segun él las celestiales prerogativas del espíritu humano no son otra cosa que la mayor extension de las facultades de que gozan los brutos, diferenciándose aquel de estos tan solo en la cantidad de la potencia de discurrir.

El animal, obligado por sus necesidades crecientes á contraer nuevos hábitos, adquiere por fuerza el cambio de organizacion necesaria para satisfacerlas. Un ave, forzada á lanzarse al agua, anda ó nada, al principio, en los parajes poco profundos; trascurridas muchas generaciones, sus esfuerzos para extender las patas hacen salir en ellas una membrana: si por acaso el ave necesita marchar en aguas más hondas, alárganse poco á poco sus piernas, por lo que se trasforma en grulla.

Así sucesivamente, llegando á la cumbre del mejoramiento de los animales, cierto mono perfectísimo, acaso un cathaliniano ó un orangutan, perdiendo, por causa ignorada, la costumbre de trepar á los árboles y de coger los objetos, lo mismo con las manos de atrás que con las de delante, por consecuencia de estos nuevos hábitos, ve sus manos inferiores convertidas

en piés. Sus mandíbulas pierden la antigua forma, solo adoptada para pelear ó para recoger las frutas, y por tal modo sus patas de delante se truecan en manos; así se va acortando su hocico; su rostro, desde el ángulo agudo, viene á la postre á medir los 90 grados del Júpiter olimpico, y así tambien á sus ridiculos gestos sucede una amable sonrisa, y sus agudos gritos, cambiando primero en interjecciones, vienen á parar, con el trascurso de no sé cuántos millones de misteriosos ciclos, en las filosóficas lenguas muertas y vivas.

Desprecio y lástima ciertamente debe merecer y no más, tan grosera urdimbre de ridiculas hipótesis, cuando la historia, en miles de años de experiencia, no presenta un solo ejemplo de trasformaciones semejantes. No ha dejado la abeja de trabajar en la confeccion de sus dulces panales desde que la describió Aristóteles, ni la laboriosa hormiga ha abandonado su vida de afanes desde que Salomon recomendaba al hombre su ejemplo, y sin embargo, ni en la abeja, ni en la hormiga, vemos que haya aparecido ninguna nueva facultad perceptiva, ni órgano nuevo para perfeccionar sus obras. En pinturas, en esculturas, en momias, podemos reproducir el cuadro exactísimo de la Historia natural de hace cuatro mil años; ¿qué variaciones se han producido en ese tiempo? Al empleo de las máquinas, á la febril actividad de los tiempos presentes ¿ha seguido, por ventura, la aparicion de algun órgano nuevo, siquiera en embrión, de alguna facultad anímica que nos aparte algunas lineas más de nuestro padre el mono?

El cuadrumano macho y la hembra debieron perfeccionarse á la vez, si pudieron tener hijos; porque es falso que sea fecundo el comercio del hombre y del mono, comercio siempre estéril entre individuos de razas diversas, como solo producen seres híbridos los semejantes; que solo los de una misma raza engendran mestizos que se perpetúan.

Pero no pasemos más adelante, porque á proseguir la historia de nuestros abuelos, guiados por el hilo de esta filosofía degradante, despues de haber hecho descender al hombre de su pedestal divino, desde el mono más perfecto, encontraremos nuestros progenitores en la planta más ruda, y, descendiendo

escalón á escalón, iremos por acaso á encontrar nuestro padre primero, en la materia más embrionaria, perdida en el más súcio lodazal.

Pero todavía hay quien, sin profesar estas repugnantes teorías, niegue que los hombres proceden de un tronco común, dividiéndolos para ello en razas distintas, fundándose, no en cambios típicos, sino en variedades esporádicas de forma y de color; cuando la experiencia enseña cuán variables son el color y forma, cuando la inteligencia y la actividad son dos focos perenes de perturbacion, cuando aquel depende de las costumbres, de la civilizacion, y este se modifica con la temperatura y bajo la influencia de otras análogas causas.

Sin hacer mención de las diversas formas y colores de plantas y de animales, en una misma especie, en distintos países y latitudes, formas y colores que se han hecho permanentes, sin que por ello formen tales seres especies separadas, presentaremos algunos, aunque pocos ejemplos, para demostrar que las variedades de color y de forma no arguyen, ni mucho menos, variedad de origen en los hombres.

Los indígenas de la Abisinia son completamente negros cuando por su origen pertenecen á la familia semítica y de consiguiente á una especie blanca: los portugueses, al cabo de cinco siglos de residencia en la India, se han vuelto tan negros como los cafres: los habitantes de Souakyn, ciudad situada en las orillas del mar Rojo, en la contrapuesta márgen del Hedjaz, de indudable origen blanco, son hoy completamente negros: los árabes, moradores del valle del Jordan, tienen las facciones achatadas, negra la piel y los cabellos ásperos: en Africa son de ver muchas gentes, como los fulahs, negros en el color y con todos los rasgos de las razas europeas: en Hauran encontraron los viajeros una familia de color negro y cabello ensortijado que procedía de padres blancos y sin mezcla de raza negra.

El tránsito del blanco al negro es pues innegablemente efecto del clima, como lo demuestra, además de estos ejemplos, la gradacion de matices entre los polos y la línea formada por Daneses, Españoles, Italianos, Moros y Negros.

Afirmemos, pues, con entera seguridad que venimos del Paraíso, no de los cuadrumanos, que procedemos de un padre común, única razón de la fraternidad universal, negacion del bárbaro derecho de la esclavitud sobre seres que no pueden ser tenidos como bestias, principal fundamento de la verdad del pecado original y de la consoladora esperanza del dogma de la Redencion.

Creados el primer hombre y la primera mujer, Dios los estableció en el Paraíso, donde el ángel impuro hizo pecar á Eva y Eva á Adán; por lo cual ambos fueron lanzados de aquel encantado lugar de perpétuas delicias y condenados á comer el pan con el sudor de su frente, no sin que les diera Dios la consoladora esperanza de una futura Redencion.

Adán y Eva tuvieron dos hijos: Cain y Abel; de los cuales el primero mató al segundo por envidia de su virtud.

Muerto Adán, este dejó otro hijo llamado Seth, virtuoso como Abel y padre de Enós. Los descendientes de Enós se distinguieron con el nombre de *hijos de Dios* y los de Cain con el de *hijos de los hombres*.

Cain edificó la primera ciudad, y de él descienden el pastor Jabel; Jubal, hábil músico, inventor de la citara y del órgano; Tubalcain que fundió los metales y los trabajó á martillo; Noema que hiló y tejió la lana de sus rebaños.

LECCION V.

Noé.— El Diluvio.— Su existencia.— Su universalidad.— Su fecha.

Los descendientes de Seth guardaron fidelidad á los divinos preceptos; pero como al cabo se mezclasen en ilícitos enlaces con los de Cain, se cubrió la tierra de crímenes, hasta el punto de que decidiese Dios borrar de la haz de la tierra á los impíos.

En medio de la universal corrupcion, vivía un hombre justo llamado Noé, á quien el Señor reveló su propósito, ordenándole que labrara un arca donde habian de entrar Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y un par de animales de cada especie.

Durante el largo tiempo que Noé empleó en labrar el arca, no cesó de anunciar á los hombres el castigo que les preparaba el Supremo Hacedor y la necesidad de aplacar la cólera divina; pero, ciegos y desatentados, no escucharon sus palabras.

Terminada el arca y colocados en ella Noé, su familia y las parejas de animales, aconteció el Diluvio, rompiéndose las fuentes y depósitos del grande abismo de los mares, y abriéndose las cataratas del cielo, por espacio de cuarenta días y de cuarenta noches, rebasando el agua las más altas montañas y muriendo cuanto en la tierra tenia sople de vida, excepto Noé

y los suyos. Cuando bajaron las aguas, se detuvo el arca sobre el monte Ararat, y Noé, sus hijos y los animales que con él se salvaron, descendieron de ella, para repoblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes de Dios.

Como siempre, la Biblia es aquí fuente segura de verdad; aun sin acudir á cierto género de pruebas, no es posible dudar ni de la existencia del Diluvio, ni de su universalidad.

Con efecto, á poco que se estudie la corteza del globo, ella nos demostrará la realidad de ese cataclismo; con sus grandes depósitos de animales de toda especie, revueltos y confundidos, los que no pueden hallarse sin hacerse cruda guerra de exterminio; con las enormes masas de rocas erráticas, trasportadas á inmensas distancias, desde las regiones polares á Europa, con direccion casi constante de Nordeste á Sudoeste; con los titánicos carriles trazados por el paso de estas moles; con los restos de elefantes y otros animales, propios de los países de elevadísima temperatura, encontrados entre el hielo de los rios del mar Glacial.

Si consultamos las teogonias y tradiciones de los pueblos más apartados por la distancia y la incomunicacion, nos contestarán unánimes y acordes con las afirmaciones mosaicas, no solo de sus rasgos más principales, sino, muchos de ellos, conformes hasta en los nombres de cosas y de personas: si interrogamos á la numismática nos contestará con la medalla de Apamea, en que está claramente representada la escena del Diluvio: si preguntamos á la pintura, las de los mejicanos y tlascaltecas, nos responderán con iguales afirmaciones: si á la cerámica, esta nos contestará con el vaso *hidrophórico*, encontrado en las cercanías de Roma, que claramente contiene la representacion del arca, bogando sobre las aguas, con Noé, su familia y los animales que con él se salvaron.

Ahora bien, ¿es posible negar la existencia de un hecho que afirman de consuno, con milagrosa unanimidad, la tierra con sus gigantescos monumentos geológicos, las religiones de todas las gentes, las tradiciones de todos los pueblos, las pinturas de fecha inmemorial, los geroglíficos, las medallas, la cerámica, las fuentes todas de la historia?

Demostrada, en cuanto es posible, dentro del reducido círculo de un libro elemental, la existencia y la universalidad del Diluvio, indicaremos su fecha.

Esta no puede ser muy antigua, á cuya conclusion han venido á parar los geólogos más importantes.

En primer lugar los continentes actuales nada indican que se parezca á la indefinida fecha que algunos suponen á este acontecimiento, y en segundo, que, siempre que el estudio reflexivo y formal ha dado un resultado práctico y positivo, este ha coincidido con el tiempo señalado en la Biblia. Á este fin se han estudiado, el incremento de los detritus en la base de las montañas, el avance de las aguas del mar sobre los continentes, el aumento de los deltas que convierten en mediterráneas ciudades cuyos muros lamian antes las olas, la marcha aterradora de las dunas que truecan en montañas de arena espléndidas vegas, y en abrasadores páramos pueblos enteros.

Cuvier, cuyo propósito ciertamente no era el de armonizar la geología y el Génesis, escribe estas terminantes palabras:

«En realidad uno de los resultados, aunque inesperado, de toda buena investigacion geológica, es, que la última revolucion que sufrió la superficie del globo no es muy antigua.»

«Opino, pues, con los Sres. de Luc y Dolomieu, que si algo hay demostrado en geología, es que la superficie de nuestro globo sufrió una revolucion grande y repentina, cuya fecha no puede subir mucho más allá de cinco á seis mil años.»

No ha faltado, sin embargo, quien niegue esta conclusion con gran aparato de hechos que ha querido hacer pasar como verdades demostradas.

Examinemos siquiera el más ruidoso de ellos.

Al abrir un pozo en Jaci-Reale se atravesaron siete distintas capas de lava superpuestas, entre las cuales habia sendos lechos de tierra vegetal. Ahora bien, cada una de estas capas, afirmaron ciertos escritores, con aplauso de los impíos y miedo de algunos espíritus asustadizos, necesitó para su consolidacion el espacio de dos mil años; incontestable testimonio y demostracion palmaria de la falsedad de las afirmaciones mosaicas,

puesto que esta primera corteza hubo menester para su formacion, nada menos que el tiempo de catorce mil años.

Pero hé aquí que la inspeccion más detenida, despues de los primeros aplausos y terrores, demostró que tales capas de tierra vegetal no existian en el pozo de Jaci, y que, aunque existieran, estas nada probarian.

En dos capas de lava del Etna, próxima la una á la otra y que datan de 1556 y 1636, mientras la primera, ó sea la más antigua, aún permanece negra y árida, la segunda está cubierta de encinas, viñas y árboles frutales: la lava del Vesubio cubrió á Herculano en tiempos de indudable fecha; sobre la primitiva capa se encontraron, cuando menos, otras seis, entre las cuales existen venas de tierra vegetal; lo que daría de fecha á la erupcion en que murió Plinio, catorce mil años: la misma que el pozo de Jaci-Reale!

Los errores mayúsculos, los absurdos, como las grandes verdades, coinciden entre sí de una manera maravillosa.

LECCION VI.

El monte Ararat.—Unidad de lenguaje.—La torre de Babel.—
Sen, Chan y Jafet.

El arca, pues, conducida por la Providencia, se detuvo en el monte Ararat, vecino á la Mesopotamia y á sus regiones alhedañías, países mediterráneos, aunque cercanos á varios mares y á caudalosos rios que el reciente Diluvio debió haber dejado ricos de abundante limo y de las condiciones todas de asombrosa fertilidad, que el largo trascurso de los siglos ha ido esterilizando; países de donde son originarios casi todos los animales útiles al hombre, en los que son indígenas el trigo y la vid, las más sabrosas frutas y las flores de más delicado perfume.

Con efecto, si preguntamos á la historia por el origen de los pueblos que le tienen conocida, responderán que proceden del Asia, y aun los de oscura procedencia, contestarán con sus tradiciones del Oriente; si consultamos los monumentos asiáticos responderán, con su imponente gravedad, que allí florecieron imperios colosales, antes que la luz de la civilización penetrara en las demás regiones: si estudiamos la lingüística, bajo los misteriosos geroglíficos y los símbolos, aparecerán los grandes y filosóficos idiomas.

¿Cómo la Providencia había de apereibir como primera mo-

rada del hombre, después del Diluvio, ni á la América pantanosa, con sus rugientes volcanes, ni al África inundada y sembrada de arenales interminables, ni al Sudoeste de Europa invadido por las aguas?

Procede, pues, el hombre postdiluviano, del fertilísimo país que riegan el Tigris y el Eufrates, que limitan el golfo Pérsico, el lago Hircano y el mar Interior y que incomunican y cierran los desiertos de la Arabia, las altas montañas de la Suisiana y de la Media y las elevadas cumbres del Cáucaso.

Los descendientes de Noé crecieron rápidamente y se multiplicaron en las faldas del Ararat; y ó porque temieran un nuevo Diluvio, ó en la necesidad de una separación, en busca de nuevos países donde extenderse, ó como muestra de ingénita soberbia, quisieron construir una torre de desmesurada altura y grandeza, propósito que Dios castigó borrando el idioma primitivo, que hasta entonces había sido común, y confundiendo sus lenguas.

Como la existencia del Diluvio y su universalidad, como la unidad de la especie humana, han negado también ciertos hombres tan palmarias verdades.

Consultados los estudios etnográficos dieron al principio un resultado contrario á aquellas afirmaciones, apareciendo centenares de idiomas con carácter, al parecer, completamente distinto.

También aconteció con esta ciencia como con las demás, que en sus esbozos renegó de Dios, ofreciendo sacrificios á los altares de los ídolos, pero que, muy en breve, volvió sus ojos al foco eterno de la verdad. Por tal manera, lexicólogos y gramáticos, ven desaparecer, ante el estudio desapasionado y tranquilo, las diferencias supuestas de los múltiples idiomas, que se van agregando y reconociendo troncos comunes, y encontrando los rastros de un idioma general y aborigen, nexo de todos los idiomas, primitivo monumento etnográfico que se levanta sobre los demás, como el Dawalhgi alza su nevado pico sobre las altísimas cumbres del Himalaya.

Sorprendente resultado á que ha venido á parar la filología, estudiando y comparando las palabras, las frases y los

giros gramaticales, reconstruyendo por tal manera los idiomas primitivos; como el naturalista que ve la forma de los animales antediluvianos, y define sus hábitos y sus costumbres en unos cuantos restos que por acaso tuvo á las manos, ó como el geólogo que encontrando un canto rodado, busca, y halla la lejana roca de que aquel se desprendiera.

Así vino al cabo la lingüística á demostrar la existencia de tres grandes familias de idiomas, cada cual con su madre, y á encontrar los rastros de otra madre comun, de la cual se apartaron todos, en virtud de una causa que no procedió de la voluntad de los hombres, sino porque estos fueran separados unos de otros, violenta y repentinamente, por un acontecimiento análogo al que narra el Génesis.

Cuando Dios hubo confundido las lenguas de los descendientes de Noé, rompiendo el gran vínculo que los unia, estos tomaron distintas direcciones para poblar la tierra, en cumplimiento de las órdenes del Señor.

Los hijos de Cham poblaron algunas comarcas entre el Eufrates y el Tigris, la Siria y la Arabia, y atravesando el istmo de Egipto, penetraron en el África y en las islas de los mares del Sur.

Los descendientes de Sem se estacionaron en Asia, extendiéndose por las costas del golfo Pérsico y del mar Erithereo, poblando en una parte de la Asiria y de la Arabia.

La sucesion de Jafet se encaminó hácia el Norte, y á las numerosas islas del Mediterráneo, y á Europa, *penetrando en las tiendas de sus hermanos.*

Antes de terminar el periodo de la *Historia Primitiva*, debemos ocuparnos de la nueva forma con que ciertos escritores presentan errores ya viejos y desacreditados, queriendo que pasen plaza de novedades.

Hace ya largos años que habian despertado la curiosidad de los anticuarios, ciertos extraños monumentos formados con grandes piedras, que por su desmesurado tamaño, número ó posicion, recibieron los nombres de piedras oscilatorias, menhires, trilitos, dolmenes sencillos ó complicados, recintos sagrados, etc.; y como estos monumentos parecieron en las is-

las británicas y en la vieja Armórica, fueron bautizados con el nombre general de druídicos ó célticos. Más adelante, cuando fueron vistos y estudiados en Dinamarca, en Alemania, en Portugal, en Cerdeña, en Córcega, en el Asia Menor, y en todas las partes del antiguo y aun del nuevo continente, fué abandonada la anterior denominacion, llamándoseles megalíticos, voz compuesta de dos palabras griegas que significan *grandes piedras.*

Registradas tales construcciones, parecieron dentro de ellas huesos humanos, cuchillos de pedernal, flechas y lanzas de cobre ó de hierro y restos de antigua cerámica, seca al sol ó cocida al fuego y más ó menos tosca.

Á la vez fueron exploradas cavernas cerradas en remotísimas edades, donde se encontraron objetos análogos, los que tambien parecieron revueltos y confundidos bajo de las antiguas rocas y estratos.

Sobre tan deleznable fundamentos levántase en ciertas manos la llamada *ciencia prehistórica*, afirmando con arrogancia que bajo los terrenos primitivos no habian parecido restos humanos, lo que demostraba, contra el Génesis, que el hombre habia aparecido en la tierra despues del Diluvio y que los estratos habian necesitado tantos y cuantos miles de años para su formacion; lo primero, sin detenerse á considerar que las grandes convulsiones parciales sufridas por la tierra, han volcado y trastornado, en muchos parajes, la posicion de los terrenos, y que si el químico, en pocos segundos, puede solidificar un vegetal ó un animal, sumergiéndolo en ciertas preparaciones, no es posible calcular los instantes ó los siglos que se necesitan para producirse fenómenos análogos en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

Cuando solo se han podido reunir unos cuantos hechos aislados, que, estudiados sin pasion, hubieran producido resultados sorprendentes, se ha dado á tal estudio el pomposo nombre de ciencia; se han supuesto edades, se han escrito libros, en los que el buril se ha encargado de representar al hombre, primero como un verdadero salvaje, inventando el fuego, luchando despues con el oso de las cavernas, ó el mahamut, peleando

con el reno, armado ahora de inofensivas espinas de pescados, de frágiles huesos de animales ó de rudas maderas endurecidas al fuego; despues de cuchillas de pedernal; más adelante de piedras toscas, á seguida de peñas pulimentadas, seguidamente de armas de bronce, y por último, de hierro. Así se pinta al hombre primitivo, grosero y feroz como las bestias á las cuales disputa, en desigual batalla, un alimento miserable, para representarlo á la postre armado de casco y de espada, seguido de humildes siervos, luciendo vistosas prendas y arreos militares y manejando brioso corcel.

Como es natural, tales novelas, de pura imaginacion, que al principio despertaron la pública curiosidad, han sido olvidadas rápidamente, cayendo en el más profundo desprecio.

Comprendemos que una tribu, que una familia, más ó menos numerosa, apartada del centro de los suyos en los tiempos ante-históricos, atravesando montañas inaccesibles, espesos bosques, abrasados arenales ó países inundados por las aguas, luchando con las fieras, víctima de calenturas palúdicas, abrazada por el inclemente sol ó consumida por los hielos, fuera perdiendo su natural cultura, hasta llegar á los últimos escalones de la degradacion humana; pero conservando siempre algo de lo que es esencial en el hombre: la idea de Dios, de la que son inseparables tantas otras; la costumbre de conservar religiosamente sus muertos, sepultados dentro de gigantescos dolmenes ó guardados, con prolijo esmero, en grutas inaccesibles, demostrando la creencia en una vida futura, y por tanto, en la inmortalidad del alma; en un lenguaje, más ó menos perfecto, evidente demostracion de una herencia divina; algo, en fin, revelador de que el hombre comienza á levantarse despues de haber caído desde las alturas del cielo.

En la cueva de Albuñol (Granada), necrópolis de una raza desgraciada, solo parecen armas de piedra, ó de hueso, ó de madera endurecida al fuego; pero entre estos instrumentos que muestran un estado casi salvaje, parecen bolsas adornadas con cenefas de varios colores, donde se guardan vistosas pedrezuelas y cabellos de las personas amadas, y semillas de adormideras; los cadáveres visten trajes de esparto, alguno con precioso

tejido y muy elegantes fimbrias: en la casería de Minerva (Luque, Córdoba), propia del Sr. Fernandez-Guerra, y en las cuevas de Carchena, véanse piedras con figuras geométricas: en el cortijo de las Cumbres, en las cercanías de ciertos antros, se hallaron otras representando, al parecer, armas de madera, y huesos: en Fuencaliente, en un estribo de la sierra de Quintana, se ven pintados en la superficie de las rocas, con ruda mano y con tinta rúbrica bituminosa, más de sesenta símbolos y geroglíficos, entre los que son de ver, aquí líneas que quieren representar perfiles de animales; más allá un árbol, una segur, un arco y flechas, una espiga, un corazon, un árbol, la media luna, el sol, dos figuras humanas, una cabeza con corona: en la sierra de Maria, en el cerro del Maimon, á kilómetro y medio de Velez Blanco, en la provincia de Almería, es de ver la Cueva de los Letreros, adornada con figuras de animales, signos trazados así mismo con tinta roja, como en Fuencaliente y el Maimon: cerca de Olula de Castro, en las estribaciones meridionales de la sierra de Filabres, hállanse parecidos letreos.

Cuando ciertos escritores, atesorando nuevos y más elocuentes hechos, se convenzan de que los estudios pre-históricos no pueden conducir á más resultado que á verificar un determinado estado de civilizacion en una gente ó en una familia; pero nunca á tal coincidencia cronológica que demuestre que los hombres, en una señalada fecha, se hallaban en la edad de piedra, de cobre, de bronce ó de hierro; cuando mediten, por ejemplo, que los romanos conquistaron el mundo con armas de cobre y que solo conocieron el hierro cuando, en tiempos relativamente muy avanzados, se pusieron en contacto con naciones que las usaban de hierro; cuando enriquecidos con muchas noticias y abandonando el afan de estériles disertaciones y sermones, estudien los signos que ostentan las piedras de la casería de Minerva, del cortijo de Carchena y del monte Horquera, los dibujos de la sierra de Quintana, del cerro del Maimon y de las lajas de Filabres; cuando, á fuerza de meditacion, de estudio y de paciencia, se convenzan, por ejemplo, que tales signos corresponden á la escritura geroglífica, hierática ó de-

mítica de los egipcios, y, leídas por completo, se vea que contienen la teogonía, la historia de un pueblo de origen egipcio ó que con él estuvo en relaciones; entonces los estudios pre-históricos merecerán seguramente el nombre de ciencia, y, sus hoy descreídos flamines, volverán á doblar la rodilla ante el altar del Dios de Moisés, del que se separaron durante la oscura noche de su ignorancia.

SEGUNDO PERIODO.

HISTORIA ANTIGUA.

DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES EN LA TORRE DE BABEL HASTA LA RUINA
DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.

(Año 2,223 antes de Jesucristo, al 476 despues de Jesucristo.)

SEGUNDA ÉPOCA.

(DESDE LA DISPERSION DE LAS GENTES HASTA LAS OLIMPIADAS; EN EL
AÑO 776 ANTES DE JESUCRISTO.)

LECCION VII.

Límites del Asia.—Historia del pueblo de Dios, desde Abrahán hasta la incorporación de la Judea y de Samaria al imperio romano.

Antes de emprender el estudio de las tres grandes corrientes de civilización que, encaminándose á las cordilleras del Líbano, del Paropamis y del Cáucaso, poblaron la tierra, daremos una idea sumarisíma del Asia, continente de donde las tres partieron, puesto que en él está situado el Ararat.

De un pequeño territorio de la Lidia, regado por el Caystro, procede el nombre del Asia Menor, que fué generalizándose á todo el continente, conforme iba siendo conocido.

Los límites del Asia, más comunmente adoptados, son: Por el Oeste, el estrecho de Bab el Mandeb, el mar Rojo y el istmo de Suez, el mar Mediterráneo, el Archipiélago, el Helesponto (Dardanelos), el Ponto Euxino (mar Negro), la cordillera del Cáucaso y el río y los montes Urales; al Norte, el estrecho de Kara, el Océano Glacial Ártico y el estrecho de Bering; al Este el mar de Bering, las costas orientales del Japon, el estrecho de Formosa, el mar de la China y el estrecho de Malaca; al Sur el golfo Gangetico (de Bengala), el Océano Índico y el mar Erithereo (golfo de Oman) en demanda del estrecho de Bab-el-Mandeb, del que partimos.

Abraham, hijo de Taré (1), nieto de Nacor y descendiente de Sem, vivía en Ur, en Caldea, cuando Dios le ordenó abandonar este país, infestado de la idolatría, prometiéndole en cambio una numerosa descendencia, en la cual se conservaría la religión verdadera y de la que habría de nacer el Redentor.

Abraham se encaminó á la tierra de Chanaan, donde se estableció con los suyos, que tomaron el nombre de Hebreos, de Heber hijo de Salé, nieto de Sem.

El hijo de Taré tuvo de su esposa Sara á Isaac, heredero de las divinas promesas, y de Agar, su esclava, á Ismael, de quien proceden los árabes del Desierto. Isaac tuvo dos hijos; Jacob, conocido también con el nombre de Israel, y Esaú, progenitor de los Idumeos que se establecieron en Edom, en la Arabia Petrea.

El país de Chanaan había recibido su nombre de Cham, que pobló desde Sidon á Gaza, territorio que, ganando mayor extensión, se llamó Judea, de la tribu de Judá, Palestina, de los Filisteos, Tierra de Promisión, por haberla prometido el Señor á Abraham, de Israel, por haberla ocupado los Israelitas y *Tierra Santa*, porque en ella tuvieron lugar el nacimiento, pasión y muerte del Redentor de los hombres.

Eran sus límites, bajo la dominación de las doce tribus, al Norte, la Siria y la Fenicia, al Oeste el Gran Mar, al Sur el Egipto, el país de los Amalecitas y la Idumea y al Este los desiertos de la Arabia.

Doce hijos tuvo Jacob, uno de ellos, José, vendido por sus propios hermanos, á ciertos mercaderes de Madian, de sucesos en sucesos, vino á lograr ser ministro del rey de Egipto; en cuyo país acogió á los suyos, estableciéndolos en la tierra de Gessen, comarca situada en la parte Noroeste del Egipto.

Los hijos de Jacob, aumentados con los dos de José (Mana-

(1) En esta lección, como en otras varias, faltaremos al orden riguroso de las épocas, anticipando algunos sucesos, para que no pierdan estos interés, ni se produzca confusión, inseparable siempre del excesivo fraccionamiento y del nimio respeto á las épocas, en un libro de reducido volumen.

sés y Efraim), á los que aquel adoptó, fueron cabezas de las tribus del pueblo de Dios.

Muerto José y faltos de protección los Israelitas, fueron tiranizados, y queriendo Dios librarlos de la esclavitud, dió vida á Moisés, de la tribu de Leví, que salvado de las aguas del Nilo por la hija del rey, fué educado en la corte egipcia. Fugitivo de ella, en el país de Madian, Dios se le apareció en el monte Horeb, ordenándole que regresara á Egipto y libertara á sus hermanos.

Tras de no pocos prodigios y el castigo de las diez plagas, el monarca egipcio consintió en la marcha de los israelitas, que, atravesando á pié enjuto las aguas del mar Rojo, que se cerraron al pasar las tropas del arrepentido Amenofis III, ahogándolas entre sus atropelladas ondas, se encaminaron á la Arabia Petrea, en demanda de la Tierra de Promisión.

En el monte Siná dióles el Señor los preceptos del Decálogo.

No pocas desgracias experimentaron los israelitas en su marcha, ya luchando con Idumeos, Amalecitas, Madianitas, Amonitas y Moabitas, ya en repetidas rebeldías, ya por último, incidiendo en la idolatría, por lo que fué condenado á andar errante por espacio de cuarenta años en el Desierto.

Moisés murió cuando ya, desde el monte Nebo, mostraba á los suyos la ansiada Tierra de Promisión. Josué, que le sucedió en la dirección de los expedicionarios, atravesando el Jordan, venció al ejército de los reyes de Canaan, se apoderó del país y lo dividió entre las doce tribus.

Muerto Josué, (1580), cada tribu fué gobernada por los ancianos, que, reunidos periódicamente, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote, decidían sobre los intereses comunes; forma de gobierno que duró por espacio de treinta años.

Cayendo el pueblo de Israel en repetidas abominaciones, por su contacto con los vecinos idólatras, después de castigarlos Dios, los socorrió con el auxilio de hombres de valor, que puestos á su frente, los libraban de sus enemigos, y á la vez que regían los ejércitos, administraban justicia: catorce de estos, llamados jueces, se contaron en el espacio de trescientos

treinta años, hasta el profeta Samuel, que venció á los Filisteos y los arrojó de Israel.

Haciéndose aborrecibles los hijos de Samuel por su crueldad y avaricia, los israelitas pidieron al Señor que les diera un rey, por lo que Samuel ungió á Saul, de la tribu de Benjamin, suceso que tuvo lugar en el año 2.903 de la Creacion.

Saul peleó, durante todo su reinado, contra los filisteos, y viendo perdido su ejército y muertos tres de sus hijos, se atravesó con su propia espada en los montes de Gelboë.

David, su sucesor, extendió sus Estados por medio de grandes victorias, y edificó á Jerusalem, cerca de Sion. Salomon, heredero de David, (1.033), engrandeció á Jerusalem; edificó el celebradísimo Templo, y ensanchó el comercio de los israelitas, facilitándoles nuevas relaciones. Muerto Salomon, sucedióle su hijo Roboam, que por su altivez fué causa de una terrible rebelion, en la que solo dos tribus, la de Judá y la de Benjamin, permanecieron fieles al Monarca, mientras las otras diez eligieron á Jeroboam, quedando por tanto el reino dividido en dos: el de Judá y el de Israel. (962)

El reino de Israel acabó en Oseo, contra el cual encolerizado Salmanasar, rey de Asiria, marchó con un poderoso ejército, y apoderándose de Samaria, se llevó consigo á las diez tribus, las dispersó en su imperio, y envió familias de sus súbditos para que poblaran el país. (718)

Sedeccias fué el último rey de Judá, en cuyo tiempo Nabucodonosor destruyó á Jerusalem y llevó los judios cautivos á Babilonia. (587)

Ciro, rey de Persia, publicó un edicto permitiendo á los judios volver á su patria y reedificar el templo y la Ciudad santa (536), donde fueron gobernados por el Sanhedrin, Consejo de los ancianos, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote. Despues de las desgracias sufridas por los judios en tiempo de Artagerges Ochus, Alejandro de Macedonia los trató con benignidad; hasta que, despues de la batalla de Issos, quedaron sujetos á la dominacion de Ptolomeo I, rey de Egipto.

Los Macabeos, que devolvieron su independenciam al pueblo de Dios, comprenden un periodo de guerras, de heroismo, de

luchas religiosas, entre fariseos y saduceos, y de crímenes, que cirminó cuando Pompeyo, arrojando á Aristóbulo, estableció á Hircano II en Jerusalem, con título de Sumo Pontífice y de Príncipe, pagando tributo y reduciéndose á los límites de la Judea.

Desde Hircano II á Arquelao, hijo de Herodes, proclamado con título de Etnarca, la historia de los judios casi se reduce á la de los partidos que ensangrentaban á Roma, y á las bajezas y ambiciones y crueldades de sus hombres, hasta que por último, Augusto incorporó la Judea y la Samaria á la Siria, bajo el gobierno de procónsules, entre los que es tristísimamente célebre Poncio Pilato.

Filipo, otro hijo de Herodes, quedó de tetrarca de Galilea y Traconita, durante su vida; despues, estos países fueron igualmente incorporados á la Siria. (27-36)

LECCION VIII.

Los grandes imperios asiáticos.—La Grande y la Pequeña Frigia.—La Lidia.—La Armenia, la Colguida, la Iberia y la Albania.—Los Fenicios y sus colonias.

(RAWLINSON: Historia de los cinco grandes monarquías del antiguo mundo.—MOYERS: Los Fenicios. Comercio fenicio.)

En el Asia central, cuna de las sociedades civiles, es preciso estudiar seis grandes centros de poder. Primero: la monarquía babilónica que fundó Nemrod. Segundo: la Asiria, de que fué Nino el primer rey. Tercero: la nueva monarquía Asiria que debió su origen á Phul. Cuarto: la caldeo-babilónica de Nabonasar. Quinto: los Medos. Sexto: los Persas.

Monarquía babilónica: Nemrod, hijo de Chus y nieto de Cham, cazador violento, fundó un imperio alrededor de Babilonia (2.180 a. de J. C.), cuya capital, situada en las fértiles orillas del Eufrates, llegó al más alto grado de esplendor.

La dinastía de Nemrod fué derribada por los elamitas, que á su vez fueron sustituidos por una dinastía árabe.

Nabonadus es el último rey del imperio fundado por Nemrod.

Imperio asirio: Assur, hijo de Sem, encaminándose al Tigris, fundó á Ninive, en la margen izquierda de este río; aunque algunos, violentando el texto del Génesis (*De terra illa egressus est Assur et edificavit Ninivem.*—GEN. X: II.), sostienen que muerto Nemrod se dividió su imperio, tocando á Nino la Asiria y la Babilonia á Evceco.

Á la vez que decaía el poder de Babilonia bajo los árabes, engrandeciase Ninive.

Nino expulsa á los árabes de Babilonia; extiende su imperio; lleva á cabo felicísimas correrías en la Media, en la Persia, y en la India; ensancha á Ninive, cuyo ámbito, según el profeta Jonás, llega á tres jornadas de camino, y la cerca de un muro de cien piés de altura, coronado de quinientas torres de doscientos piés de elevación. Semíramis, viuda y sucesora de Nino, reconstruye á Babilonia, la engrandece con suntuosos edificios y jardines y funda otras muchas ciudades, hasta que, por último, muere á manos de su hijo Ninías.

Después de estos dos esplendorosos reinados asoma un largo período de oscuridad, hasta que aparece Sardanápalo, sentina de todos los vicios, cuyo brutal sensualismo é impiedad están sumados en esta conocida inscripción: *Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo, fundador de ciudades: come, bebe, goza; lo demás es nada.* Por último, unidos contra este miserable príncipe, Arbaces, Sátrapa de la Media, y Belesis, de la Babilonia, lo sitiaron en su capital, y el tirano, reducido al último extremo, se arrojó á las llamas con sus riquezas y las mujeres de su harem.

Nueva monarquía asiria. La monarquía asiria renace bajo de Phul, de quien fueron tributarios los israelitas.

Teglat-Falasar que acaba con el reino de Damasco (726), Salmanasar (718) que destruye á Samaria y traslada sus habitantes al interior del Asia; Senaquerib, declarado enemigo de los judíos, que muere á manos de sus propios hijos; Hasar-Hadon, que debeló la Fenicia y algunos territorios de la Media, de la Persia, de la Susiana y del Asia Menor y en cuyo tiempo, el arte llegó á su más alto grado de esplendor, fueron los príncipes más notables del imperio asirio, en su renacimiento.

Imperio caldeo-babilónico Nabopolasar, fundador de la monarquía caldeo-babilónica, conquista la Judea, llevando prisionero á su rey Joaquin, se apodera de la Mesopotamia, de la Siria y de la Fenicia y se une en estrecha alianza con los Medos.

Este imperio llega á su mayor altura en tiempo de Nabucodonosor el Grande.

En el reinado de Baltasar termina el poder de los caldeo-babilónicos, pues unido este príncipe al rey de Lidia, contra los medos, estos se apoderan de la capital de Asiria, mientras Baltasar, entregado á la crápula, profanaba en un lúbrico festín los vasos sagrados del templo de Jerusalem.

Los Medos. Madiai hijo de Japhet, estableció, al Sur del mar Hircanio la monarquía de los medos, que sufrió la dominación de los asirios á las órdenes de Nino.

Diez siglos despues á la muerte de Sardanápalo, recobran los medos su independencia en tiempo de Dejoces, que fijó su córte en Ecbatana, ciudad situada en las estribaciones boreales de la cordillera de Orontes. Sus sucesores luchan con varia fortuna contra asirios y persas, hasta que Ciajares casa á su hija Mandanae con el persa Cambises, de quien procedió Ciro el Grande, que unió la Media á la Persia.

Los Persas. La historia de los persas, que proceden de Elan, hijo de Sem y hermano de Assur, tambien está envuelta en el más profundo misterio, hasta los tiempos de Ciro.

Reinaba en la Media Ciajares II, cuando lidios, babilonios y otros pueblos del Asia, se confederaron contra él. Ciajares se unió á los persas y confió el mando de sus tropas á Ciro, que conquistó el Asia Anterior y se apoderó de Babilonia, dando muerte á Baltasar.

Unidas ya la Media y la Persia, por muerte de Ciajares II (536), publicó Ciro el célebre edicto favorable á los judíos.

Sucedióle su hijo Cambises, conquistador del Egipto y de Cirene, célebre por sus crueldades y su demencia, el cual murió despues de siete años y medio de reinado.

Tras de Cambises entró á reinar Darío I hijo de Hidaspes, que se apoderó de Babilonia, hizo la guerra á los Escitas ó Sacos (perros), durante la cual venció á Griegos y Macedonios, fijando el pié en Europa é iniciando las célebres guerras médicas.

Darío-Ilegó con sus expediciones militares á la India.

A la muerte de Darío I su imperio estaba limitado al Norte

por el Ponto Euxino, la cordillera del Cáucaso y el mar Hircanio; al Este por el Indo; al Sur por el mar Eritereo, el golfo Pérsico y la Península Arábiga, y al Oeste por el mar Interior.

Gerjes I sucedió á su padre Darío.

Antes de hablar del Egipto, del que no se puede prescindir al historiar las antiguas monarquías asiáticas, y antes de resumir la historia de la India y de la China, consignaremos que el Asia Anterior ó Menor, península occidental del continente asiático, limitada por el Euxino, el mar Egeo y el Interior, el Tauro y el Anti-Tauro, debió su población á los Lidios, descendientes de Sem y á los Frigios, que procedían de Japhet.

En el Asia Menor florecieron la Gran Frigia, cuya capital fué Gordium, en la márgen derecha del Sangario; la Pequeña Frigia, cuya cabeza fué Troya, inmortalizada por Homero; la Lidia que debió su fundación á Lud, hijo de Sem, cuya capital era Sardes, edificada al pié del monte Timelo, que pasó á ser provincia del imperio persa cuando su último rey, el opulento Cresos, fué vencido por Ciro en Timbrea; la Armenia, al Occidente del mar Hircanio, poblada por los descendientes de Cham, engrandecida por los japhétidas, sometida por asirios y medos, dependiente de la Persia bajo Tigranes I; en las faldas del Cáucaso mencionaremos á la Cólquida, la Iberia ó Sapiría y la Albania, que cierran por el Norte esta parte del continente asiático.

Los fenicios. Es conjetura muy aceptable que la Fenicia fué poblada por gentes que, desde el golfo Arábigo, se establecieron primero en el país que se llamó antes Joppe y luego Fenicia, del nombre griego que significa palma.

Es la Fenicia una estrecha cinta de tierra, limitada por el mar Interior y la cordillera del Líbano, que, en sus tiempos más florecientes, solo comprendía una costa de poco más de ciento cincuenta millas de longitud, por treinta, cuando más, de latitud. En esta estrecha lengua de tierra se hallaban ciudades tan florecientes como Arado, rodeada de mar, Antarado, en el continente, Trípoli, Biblos, Berito, Sidon, Tiro, Sarepta, Botris y Ortosia.

Los pueblos fenicios no estaban reunidos en un solo Estado; cada ciudad, con su territorio, tenía régimen distinto, con reyes ó jefes propios, confederados en la paz por los intereses y el culto comun de Melcarte y en la guerra por el peligro.

Ofreciéndoles las montañas del Libano excelentes maderas de construcción, y no pudiendo ensancharse por esta parte, contenidos por tribus guerreras, limitados al frente por las olas del mar, estos pueblos, necesariamente, fueron navegantes, comerciales y colonizadores. Situados casi en el punto donde más se aproximan los tres continentes del antiguo mundo, con una mano recibían los productos del Asia y del África, y con la otra los ofrecían á la Europa.

Las necesidades del comercio, las disensiones intestinas, la superabundancia de población, hija de la riqueza y de la prosperidad, llevaron á los fenicios á los países más apartados que inundaron con sus colonias, derramando por tal manera en todas partes la luz de la civilización.

Fenicios fueron los fundadores de Cartago, Utica y Adrumeto en África: ellos colonizaron á Chipre, Creta, las Sporades y las Ciclades: ellos poblaron á Proneto y Bitinia en el Asia Menor; en España sembraron sus ciudades desde el Annas al Bétis, como en las costas del mar Interior, de las cuales solo mencionaremos á Gades, á Malaca y á Hispalis en las orillas del Bétis.

LECCION IX.

Nociones geográficas de la India.—Períodos históricos.—Supuesta antigüedad de los monumentos indios.

(ELPHINSTONE: Historia de la India.—LASSEN: Antigüedades indias.)

Al amparo de las más altas montañas del universo, regada por caudalosos rios que la fertilizan, enriquecida de numerosos puertos naturales en las extensas costas del mar Erythereo y del golfo de Oman, sembrada de elevadísimas y áridas rocas y de altas mesetas por donde jamás corre el más pobre manantial, se encuentra la India, donde crecen espontáneas las frutas más delicadas del Asia, donde las flores más bellas impregnan las brisas con sus penetrantes aromas, donde extensísimas praderas, siempre verdes, ofrecen perpétuo pasto á innumerables rebaños.

El Indo y el Ganges, corriendo de Norte á Sur y desembocando el primero en el mar Erythereo y el segundo en el golfo Gangético, recibiendo numerosísimos afluentes, enriquecen este privilegiado país: las cumbres del Himalaya, de incomparable altura, tomando los nombres de Paropamiso y Emodo, según que se encaminan al Oeste ó al Este, son fronteras de la Cachemira, donde se alza el monte Merú habitado por el poder de Dios.

La India termina hácia el Sur en dos grandes penínsulas, el Indostan y la Indo-China, cuyos extremos meridionales baña el Océano índico, de la primera, en el cabo de Comorin y de la segunda, en el Chersoneso de Oro.

Tal es el país donde Alejandro de Macedonia abandonó sus temerarias empresas; que inundó de sangre la ferocidad musulmana, que explotaron los portugueses, y donde la política inglesa ha fundado un vastísimo imperio.

Dividese la historia de la India en cuatro periodos. Primero: tiempos primitivos, que terminan con las expediciones de Alejandro, en el año 327 antes de Jesucristo. Segundo: Desde las conquistas de Alejandro hasta el principio de la invasion de los árabes en 680. Tercero: Desde las expediciones de los árabes hasta la llegada de los portugueses en 1500. Cuarto: Desde la llegada de los portugueses hasta nuestros días. Los dos primeros pertenecen á la Historia Antigua, el tercero á la Media y el cuarto á la Moderna.

Primer período. Como medio siglo despues de la dispersion de las gentes, ciertas tribus medas y babilónicas, siguiendo las orillas meridionales del mar de Hircania, los montes Masdoranos y el Paropamiso, penetraron en la India con el nombre de Arios y venciendo á los aborígenes, de raza chamita, que redujeron á la esclavitud, se establecieron en el Penchab, comarca que recibió este nombre de su equivalente griego Pentepotamia, cinco rios, de otros tantos tributarios del Sindo.

Del viaje de aquellas tribus vencedoras, son clarísimos rastros el rio Ario, la ciudad de Ario ó Artacoana y la region Ariana, limítrofe de los desiertos de la Carmania, donde el Paropamiso comienza á levantar sus cumbres.

Vencidos los primeros obstáculos, los conquistadores se extendieron por el país, siguiendo el curso del Indo y del Ganges, y fundaron varios reinos independientes bajo la direccion de jefes hereditarios y de sacerdotes.

Los árabes invadieron este país, como la Asiria y el Egipto, dominando Soac en la India como feroz tirano, é introduciendo en él la idolatría.

Rama, conquistando diversos Estados, que fundió en uno

solo, al frente de los suyos, se encaminó al Norte del Asia, é invadió la Tracia, la Escitia y la China.

Con Rama triunfa el poder de los Bramas de las tradiciones de los Vedas, y despues de la muerte de aquel héroe, la India se fraccionó en reinos diversos.

Ni Semíramis, ni Ciro, pudieron dominar en la India; Darío, hijo de Hidaspes, hácia el año 509 antes de Jesucristo, se apoderó de los países situados en la márgen derecha del Indo, rio que, desde entonces, vino á ser el límite oriental de la monarquía persa.

Hácia el siglo décimo, antes de nuestra era, ejercíase un comercio por demás activo entre la India y los pueblos asiáticos ribereños del Mediterráneo: á la comarca del Ofir en la India, iban fenicios é israelitas en busca de las riquezas todas del Oriente.

Segundo período. Alejandro el Grande, despues de haber derribado el imperio persa, ansioso de gloria, se encaminó á la India. Taxilo, fronterizo de los persas, cuyos Estados limitaban el Indo al Oeste y el Hidaspes al Este, se alió con el héroe macedónico contra Poro, que ocupaba el bello país comprendido entre el Hidaspes, el Hydraotes y las faldas del Émodo, asiento del reino de Abisaro y de otros pueblos libres.

El hijo de Filipo, despues de haber vencido á Abisarés rey de la floreciente Cachemira, á Poro y á los Prascos, que ocupaban ambas orillas del Ganges, cansadas sus tropas y coronado de gloria, abandonando tan arriesgadas empresas, fué á morir á Babilonia, desapareciendo con él la dominacion de los macedonios en la India.

Sandracoto fundó un poderoso reino entre el Indo y el Ganges, que heredó su hijo Asoca, en cuyo tiempo el budismo llegó á dominar en la India.

La religion de los bramas habia degenerado en el culto de la naturaleza y de sus fuerzas, cuando la aparicion de Buda, en el siglo V antes de Jesucristo habia de producir terribles guerras religiosas, que postraron el país y lo dejaron inermes en manos de los Escitas, quienes, llevándolo todo á sangre y

fuego, sumieron al país en la más profunda barbarie y lo dividieron en diversos Estados.

La civilización india buscó un asilo en las ásperas montañas del Norte, y en sus valles, donde, 50 años antes de Jesucristo, el reino de Cachemira llegó al más alto grado de esplendor intelectual y de prosperidad material bajo el reinado de Vicramaditia y de sus sucesores, esplendor y prosperidad de que es incontestable testimonio la academia de Benarés.

El pueblo indio hallábase dividido en cuatro castas: 1.^a La de los Bramanes. 2.^a La de los Chatrias. 3.^a La de los Vasias. 4.^a La de los Sudras, entre las cuales estaban severamente prohibidos los enlaces matrimoniales, especialmente entre individuos de las tres primeras y la cuarta.

Los parias, resto de una raza conquistada, vivían en la India faltos de todo derecho.

La forma monárquica hallábase establecida en la India; pero el poder del rey estaba limitado por la casta sacerdotal, entre la cual este debía elegir su Consejo.

A la casta privilegiada pertenecía el monarca, y en el caso de que la dinastía se extinguiera, de entre la misma, habían de elegir nuevo monarca los sacerdotes.

Templos gigantescos, escavados en las rocas, decorados con estatuas, relieves é inscripciones, magníficos monumentos, ciudades de perímetro increíble, soberbios palacios muestran al viajero el colosal poder de las razas que en las edades pasadas dominaron en la India, dejando la inconmensurable huella de su poder.

La religión primitiva de los indios fué el monoteísmo. Brama, Dios único y supremo, creó el mundo y se reveló como Brama (creador), Vischnu (conservador), y Siva (destructor).

Esta religión primitiva fué alterada por los bramanes, sustituyéndola por una grosera idolatría, de la que forman parte la metempsicosis y horribles sacrificios humanos.

Aún degeneró la religión de Brama en manos de Buda. Según este el Dalay-Lama es la personificación de Dios, dentro del cual este reside.

El Gran Lama recibe, durante su vida, honores divinos: á su muerte, los sacerdotes eligen otro, en el cual entra el alma de Dios.

La lengua sanscrita, que ya no habla el pueblo, era la lengua antigua de los indios.

En su literatura hay que estudiar los Vedas, que contienen las doctrinas religiosas, el culto, los sacrificios, las ceremonias, himnos y oraciones: los Purannas y epopeyas, entre las que son más célebres el Ramayana y el Mahabarata: el código de Manú, que comprende los deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demás, las obligaciones de las castas y un tratado sobre la metempsicosis y la vida futura.

La religión y la filosofía india son generadoras naturales del misticismo abstracto, contemplativo y semidelirante que caracteriza al hijo de estas vastas regiones, de su indiferencia, de su tendencia al suicidio, de su horrible sacrificio bajo las ruedas del gigantesco carro de Chagrenat (Tirunna); de su eterna calma, contemplando los majestuosos ríos y las altísimas montañas del Himalaya, con sus cimas inaccesibles.

Ahora bien, ¿qué antigüedad cuentan los héroes, los reformadores y los monumentos literarios de la India?

Cuestión es esta que se ha querido convertir en terrible ariete contra el cristianismo y que vamos á contestar sumariamente.

Remontándose al origen de las dinastías indias, se encuentran las de Surya, (el sol) y Chandra (la luna), que pertenecen á la Historia poética de la India, y no merecen más crédito que las fábulas de la mitología griega. Cronólogos tan distinguidos como Jones y Tood, defienden tras largas investigaciones, que, en vez de los seis mil años de antigüedad, antes de Alejandro, dados por Arriano, á aquellas dinastías y de los millones de años con que cuentan, según las fábulas bramínicas, son coetáneas, según Jones, de los tiempos de Abraham, y, según Tood, coincide el origen de la cronología india con la época en que se establecieron los egipcios, chinos y asirios.

Ya están rotas las armas que contra las Sagradas Escrituras se recogieron en la filosofía del Oriente.

Ya ha demostrado Colebrooke que los Vedas no pueden remontarse de ninguna manera á mayor antigüedad de 1400 años antes de nuestra era, y que la Instituta de Menú es mucho más moderna que aquellos, á los cuales cita á cada paso.

Las tablas astronómicas de la India, á las cuales se había atribuido maravillosa antigüedad, segun Heeren y Cuvier, se formaron en el siglo VII de la era vulgar.

En el Ramayana se cantan los hechos de Rama; pero como en él se marca menudamente la posicion de los planetas al tiempo de nacer el héroe, ha venido á demostrarse que este suceso tuvo lugar hácia el año 961 antes de Jesucristo.

El Surya-Siddhanta, cuya antigüedad remontan los indios á más de dos millones de años, y que tan curiosos errores hizo cometer á Dupuis, no pasa los límites del siglo X al XI de la era cristiana, segun los victoriosos cálculos de Bentley que lo atribuyó á Varacha, famoso astrónomo indio, cuyo discípulo Sotanund, vivia hace como setecientos años.

Al publicarse el Bhagavad-Gilá, pareció el nombre de Kristna, encarnacion de la divinidad, y con grande analogía con la vida y los hechos de Nuestro Señor Jesucristo. Esto dió ocasion á los filósofos del siglo XVIII, para afirmar que Kristna era contemporáneo de Homero, y que la vida de Jesús estaba copiada de los libros indios. Pero como en el Jonampatra se hallara igualmente la descripcion de la posicion de los planetas, al nacer Kristna, quedó demostrado que este suceso tuvo lugar el 7 de Agosto del año 600 de la era cristiana.

Habiéndose encontrado gran semejanza entre las doctrinas del Ezur-Vedam y las cristianas, afirmó Voltaire que estas estaban tomadas de aquellas; declaró, bajo la fe de su palabra (Siglo de Luis XV), que aquella obra era de una antigüedad asombrosa y que la había compuesto cierto brama de Seringham.

Ahora bien: sir A. Johnston hizo en las provincias del Sur de la India grandisimas diligencias sin encontrar el más pequeño rastro del libro, ni del supuesto autor, en la misma pagoda de Seringham. El Ezur-Vedam pareció al cabo en la

biblioteca de los Jesuitas de Pondichery, en sánskrito y en francés, demostrándose que lo había compuesto en el año de 1621 el misionero Nobilibus, sobrino del Cardenal Belarmino y cercano pariente del Papa Marcelo II.

Despues de estas demostraciones, ¿qué resta de la prodigiosa antigüedad de los libros sagrados indios, de su cronología, de sus dinastías, de sus millones de años de fecha, antes de la dispersion de las gentes?

LECCION X.

La China.

(MAILLA: Historia general de la China).

Es el imperio chino un inmenso plano inclinado, desde las cumbres del Tibet al mar Amarillo, que cierran por el Este los montes Chan-Alia, el mar Houang-Hai y los mares Azul y de la China; por el Norte el río Amor, y los montes Altaí; por el Oeste la Siberia y el Turquestan, y por el Sur la cordillera del Himalaya y los reinos de Birman y de Anan.

El número de habitantes que ocupan tan vasto territorio no puede determinarse, pues mientras unos afirman que llega á trescientos treinta millones, otros aseguran que no pasa de ciento cincuenta millones.

Este pueblo no fué conocido de los antiguos, pues parece demostrado que el país de los *Seres* de que hablan Horacio y Floro, como término geográfico en su tiempo, no era la China, que segun Pomponio Mela y Plinio, *los Seres habitaban en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupaban los Escitas y los Indios*. Las primeras noticias exactas de la China las debemos á las invasiones árabes de los siglos VIII y IX. Visitaron la China los portugueses desde 1516, y sus maravillosas narraciones merecieron poco crédito; los Jesuitas admitidos por Kan-hi, dieron acerca del país nociones claras, hasta que por último, fueron expulsados. La China ha permanecido desde entonces cerrada á los europeos, hasta que, no sin

graves dificultades y peligros, van estos penetrando en el Celeste Imperio, gracias á recientes tratados.

Debe creerse que algunas familias descendientes de Sem, encaminándose á lo largo de las costas meridionales del mar Caspio y del país de los Partos, se establecieron primeramente en el Tibet, desde donde extendieron su dominacion por el país.

La historia de la China puede dividirse en nueve épocas.

Primera. Monarquía patriarcal (2200 á 1122 antes de J. C.).

Segunda. Monarquía feudal (1122 á 237).

Tercera. Monarquía absoluta (237 á 221 despues de J. C.).

Cuarta. Desmembracion de la China: guerras interiores (210 á 580).

Quinta. Restablecimiento del Imperio (580 á 1368).

Sexta. Segunda desmembracion. Conquistas de los tártaros (907 á 1280).

Sétima. Los mongoles en la China (1280 á 1368).

Octava. Última dinastía indígena (1368 á 1616).

Novena. La China bajo los tártaros manchues (1616 hasta los presentes tiempos)

Primera época. Unánimes las tradiciones chinas afirman que su civilizacion procede de Occidente.

Con efecto, expedicionarios del monte Ararat, ejerciendo la profesion de pastores, vinieron al cabo á establecerse en el Tibet, desde donde se corrieron al Oriente, constituyendo una monarquía patriarcal de la que fué Yao primer monarca.

Yao gobernaba las doce provincias en que la China quedó entonces dividida, por medio de doce jefes considerados como los hijos del emperador.

Esla primera dinastía fué derrocada por el caudillo de la provincia de Cang que á su vez fué derribado por Wouwang príncipe de Tcheou que cambió la constitucion patriarcal del imperio.

Segunda época. Wouwang dividió el imperio en veintidos Estados feudatarios, número que más tarde se aumentó hasta el de ciento cincuenta y seis al terminar esta época.

Tal subdivisión de autoridad produjo ambiciones que estallaron en sangrientas guerras y desórdenes que aprovecharon los Tártaros para invadir la China.

Tercera época. Chi-hoang-ti atacó y venció á los príncipes feudatarios, dividió el imperio en treinta y seis distritos, y fué tan absoluto su imperio, que mandó quemar los libros antiguos amenazando con pena de muerte al que no los entregara; conquistó el Japon, venció á los hunos, y para evitar nuevas invasiones, hizo construir una inmensa muralla en los límites del imperio.

La dinastía de Tsin fué derribada antes de la muerte de tan poderoso príncipe, siendo reemplazada por la de Han (3.^a dinastía), de la que fué el más ilustre Wouti, que hizo buscar cuanto quedaba de la antigua literatura china y escribir los anales del imperio. Dotado este príncipe de grandes talentos militares extendió sus conquistas hasta la Bactriana y otras comarcas del Oriente.

Cuarta época. Por espacio de tres siglos y medio fué la China teatro de guerras asoladoras y de profundas desgracias morales y políticas. Los tártaros hicieron durante ella dos grandes invasiones: al comienzo del siglo V se fraccionó en dos imperios separados por el río Kiang, división que no desapareció hasta que el emperador del Sur, perteneciente á la dinastía de Sout, venciendo al del Norte, volvió á reunir los antiguos estados: el culto de Buda, protegido por el emperador Wouli (502), se extendió en la China, y filósofos como Fou-Tchin enseñaron que *todo lo que sucede en el mundo es obra del acaso; que el alma perece con el cuerpo, y que nada hay despues de esta vida.*

Esta religion sumergió al pueblo en la más profunda barbarie: en vano fué el restablecimiento de la unidad del imperio: en vano fueron los esfuerzos de los misioneros cristianos: cuando se rompen los vínculos religiosos, rómpense á la par los vínculos políticos, de los cuales son aquellos única fuerza y sosten.

Reina una grande oscuridad sobre el origen del pueblo chino, sobre sus antigüedades y sobre su historia, á pesar de

que esta ciencia está en este país tan honrada, que además de existir un tribunal que entiende de ella, cada emperador lleva consigo dos historiadores; uno á su derecha y otro á su izquierda, respectivamente encargados de consignar sus actos y sus palabras, historias que no se leen, segun algunos, hasta que cada emperador ha muerto, y segun otros, hasta que ha concluido su dinastía.

Pero cuando Chuang-ti ordenó quemar todos los libros para borrar las pretensiones de los príncipes feudatarios que se apoyaban en lo pasado, desaparecieron los trabajos históricos que más adelante se reconstruyeron á la memoria y bajo la influencia del amor de la patria que tan exuberante es en aquel país en que todo es la familia.

El mismo Yang-seu escribe estas terminantes palabras: *¿Quién conoce los acontecimientos de los tiempos primitivos cuando ninguna relacion auténtica ha llegado hasta nosotros? El que lee atentamente aquellas narraciones se convence de su falta de fundamento.* Ma-tua-li rechaza todas las primeras dinastías, y coloca los principios de la historia del Celeste imperio en el reinado de Yao: Klaport prueba la no existencia de documentos históricos en la China, hasta los tiempos inmediatos á la fundacion de Roma. Aun concediendo á la escritura y á los caracteres chinos cuatro mil años de antigüedad, estos solo remontarian su fecha á tres ó cuatro generaciones despues del Diluvio.

Modelada la autoridad suprema en la China por la paternal, siendo el emperador personificación viva de Dios, segun las doctrinas lamáicas, degeneró pronto aquella autoridad en absoluta, reuniendo aquel en su persona el poder civil y religioso y siendo contrariar su voluntad no solo rebeldía sino impiedad. Cuando el emperador dirige la palabra á los personajes más elevados de la corte, estos se postran en el suelo; en la calle todos besan la tierra al pasar y se cierran todas las puertas; miles de satélites le preceden para castigar á los que incurren en su cólera, conducta que imitan los mandarines en sus respectivos gobiernos.

No hay castas en la China: el pueblo se divide en seis cla-

ses: mandarines, guerreros, letrados, agricultores, artesanos y mercaderes.

En el Celeste imperio tres religiones subsisten las unas al lado de las otras, con tan apática tolerancia, que pudiera tenerse como el ideal de ciertos políticos modernos.

La filosofía ha tomado en este país dos distintas direcciones.

Bajo Lao-seu, á quien llevó su madre en el vientre por espacio de ochenta y un años y en el que se encuentran las ideas filosóficas y religiosas de los pueblos de Occidente, se esparcieron doctrinas que exageradas cada vez más, condujeron á la indiferencia, al escepticismo y á tener por verdadera sabiduría no saber nada. Sus sectarios se perdieron en artes cabalísticas y adivinatorias y en una moral relajada, lo cual hizo que se diera á Lao-seu el nombre de *Epicuro chino*.

Esta secta, degenerando más todavía, vino á ser la de la gente más abyecta y despreciada de la sociedad.

Bajo Confucio, el carácter distintivo de la moral es el de derivar del cumplimiento de las obligaciones domésticas los demás deberes, reduciendo todas las virtudes á una sola; á la piedad filial; de suerte, que confundíendose la sociedad política con la doméstica, la voluntad individual se reduce á la voluntad del jefe del Estado. Confucio habló con grandísima vaguedad de Dios y de la vida futura, por lo que sus discípulos pudieron deducir de sus palabras el panteísmo y el ateísmo, una religion indeterminada y vaga, sin imágenes, sin culto y sin sacerdotes.

La literatura china es rica y exuberante aunque falta en ella el entusiasmo. Kieng-lung decretó en 1771 que se hiciera una coleccion de los libros más estimados, la cual pasa hoy de ciento sesenta mil volúmenes.

Las obras públicas en China son verdaderas maravillas. Peking está rodeado de altos muros de ladrillo que cuentan nueve leguas de circuito; el canal imperial mide seiscientas leguas de largo y quince toesas de ancho y un muelle de legua en legua; atraviesa montes y desiertos y al llegar los buques á las esclusas, son estos elevados por medio de máquinas poderosas

y trasportados al paraje opuesto: la célebre muralla que sirve á la China de límite por el Norte, tiene mil cuatrocientas millas de longitud, mide veinticinco piés de altura, otros tantos de espesor en su base y quince en la plataforma, pudiendo correr por ella seis caballos de frente: está almenada y á cada dos tiros de flecha tiene una torre. Los caminos, los puentes, los templos, son admirables: los chinos conocieron desde tiempo inmemorial la brújula y los pozos artesianos; desde el año 952, despues de Jesucristo, están en posesion de la estereotipia: en 1154 usaban ya el papel-moneda, y en el siglo XII los naipes.

Y sin embargo, reglamentado todo en la China, este pueblo permanece condenado á perpétua inmovilidad; á ser la negacion viva de todo progreso, á vivir en eterna infancia, aunque envuelto en espléndidas vestiduras.

LECCION XI.

(LENORMAND: Historia del Oriente).

Habiéndonos ocupado ya, aunque de una manera sumaria, del pueblo de Dios, de la monarquía babilónica, de los imperios asirios, del caldeo-babilónico, de los medos, de los persas, de algunos otros pueblos que habitaron en el Asia Menor, y hechas algunas indicaciones sobre la Arabia y la Siria que completaremos más adelante; después de habernos ocupado de la India y de la China, cerraremos el vasto perímetro del Asia consignando la ignorancia casi completa de la Historia y de la Geografía antigua, acerca del Norte del continente asiático, con su río Fase de doble corriente, país de las fábulas, donde, aun más hacia el Norte, solo reinan nieblas perpétuas y frios y insoportables.

Para acabar, pues, con esta segunda época, solo nos resta ocuparnos del Egipto.

El Egipto llamado Chem (¿Cham?) por los naturales, Misraim por los hebreos y Mirs por los árabes, ocupaba la parte más Noreste del África, y estaba limitado al Norte por el mar Mediterráneo, al Oeste por la Libia interior, al Sur por la Etiopía, y al Este por los golfos Arábigo y Horopolito y el istmo de Suez. Dividiase en tres partes: Alto Egipto ó Tebaida, ca-

pital Tebas (Diospolis Magna); Medio Egipto ó Heptanómide, capital Menfis, y Egipto Inferior ó Delta, capital Saís.

El Nilo fecunda al Egipto con sus inundaciones periódicas.

Entre los infinitos monumentos que por todas partes llaman en este país de las maravillas la atención del viajero, merecen citarse las pirámides, el laberinto, el lago Moeris, las catacumbas de los reyes en la cordillera líbica y el templo de Carnac.

La Historia del Egipto, con relación á este segundo período, se divide en seis épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos, hasta Sesostris (Ramsés III) (2259 á 1491 antes de J. C.).

Segunda. Desde Sesostris hasta Psamético (1491 á 650).

Tercera. Desde Psamético hasta la conquista del Egipto por los persas (650 á 525).

Cuarta. Desde la conquista de este país por los persas hasta su dominación por Alejandro el Grande (525 á 332).

Quinta. Desde las conquistas de Alejandro hasta el combate de Actium (332 á 29).

Sexta. Desde el combate de Actium hasta la ruina del imperio romano de Occidente (29 antes de Jesucristo al 476 del nacimiento de J. C.).

Concentrado el saber del Egipto en los templos, tres son sus principales fuentes históricas, como eran tres los principales centros sacerdotales. Herodoto que lo visitó como 60 años después de la ruina de los Faraones y adquirió sus preciosas noticias de los sacerdotes de Menfis; Diodoro que preguntó á los de Tebas, y Maneton, sacerdote y gramático de los sagrados recintos de los templos de Egipto, de raza sebenítica y ciudadano de Heliópolis que los adquirió en el suyo. Pero la buena fé de los dos primeros fué engañada por los sacerdotes interesados en ocultarles la verdad, y el tercero, del que solo se conservan una parte traducida por Eusebio y algunos fragmentos citados por Josefo, si bien muestra exactitud en los nombres de los reyes, especialmente de las dinastías XVIII y XIX, no llena las aspiraciones de la Historia, que para satisfacerse necesita algo más que listas nominales.

La historia tiene en el Egipto una fuente más segura de verdad: la Biblia que, aun prescindiendo de su inspiracion divina, fué escrita por Moisés, descendiente de Adan en vigésimoquinto grado, que no estaba separado de él más que por seis individuos intermediarios que alcanzaron larguísima vida, que nació en Egipto, que fué educado en la corte y en el palacio de sus reyes, que residió en el país durante mucho tiempo, y que, por lo mismo, tuvo cabal conocimiento de su Historia.

Vano ha sido, por tanto, el ciego empeño de algunos sábios por desmentirlo. Moisés sabe más que los más doctos sacerdotes de Menfis, de Tebas y de Heliópolis; más que Herodoto, que Diodoro y que Maneton. En vano fué el encuentro, por la expedicion de Napoleon I á Egipto, de los zodiacos de Denderah y de Esneh, tenidos por astronómicos, y que contaban, el primero, la fecha de 4.000 á 4.600 años, segun Volney, y el segundo la de 25.000, segun Dupuis, porque la ciencia demostró muy pronto con la lectura de la inscripcion trazada en una columna del templo de Esneh, que su zodiaco habia sido construido en los primeros años del imperio de Antonino. Mr. Lettonne, explicando un zodiaco exactamente igual al de Denderah, contenido en la caja de una momia descubierta en Tebas y llevada á Francia por el intrépido viajero Mr. Caillaud, probó que la momia era de Patemenon, hijo de Tolomeo Soter y de Cleopatra, que falleció el 2 de Junio del año 116, imperando Trajano.

Los famosísimos zodiacos, eran, como si dijéramos, de ayer, y simples documentos astrológicos y no astronómicos como se afirmaba.

Censurábase que los Libros Sagrados no mencionaran la invasion de Sesostris en la Palestina y en otras regiones asiáticas, cuando es de toda notoriedad que los israelitas abandonaron el Egipto en el último año del reinado de Ramsés, antecesor de Sesostris; que aquellas expediciones tuvieron lugar durante los cuarenta años que el pueblo de Dios anduvo errante por el Desierto y que el conquistador egipcio atravesó la Palestina antes de que á ella llegaran los israelitas, razon

sobrada para que semejantes empresas no se mencionaran en la Biblia.

Los cronólogos cristianos señalan el año quinto de Roboam en el tiempo en que Sesac conquistó á Jerusalem, verdad que los monumentos egipcios han confirmado demostrando que Sheshonk comenzó su reinado y la dinastía vigésima primera precisamente en la misma época.

Hállanse en la Biblia muchos nombres de reyes que solo han parecido últimamente en los monumentos, como el de Amasis en Ezequiel.

La supuesta contradiccion entre el Génesis (XXXIII-19) y los Actos de los Apóstoles (VII-16) acerca de la manera de pagar un campo que compró Jacob á los hijos de Hemor, se desvaneció al punto con el recientísimo descubrimiento de una moneda fenicia encontrada cerca de Cetium, en Chipre, por el Dr. Clarke.

En el siglo XVIII fueron calurosamente atacadas las Sagradas Escrituras por las uvas y el vino de que en ellas se hace mencion como fruta é industria del Egipto, cuando nada menos que Herodoto, el padre de la Historia, afirma terminantemente que no hay viñas en aquellos países, y el sesudo Plutarco dice que los naturales del país aborrecian el vino.

Esta materia quedó brevemente resuelta con los monumentos.

En la descripcion del Egipto publicada por el Gobierno francés, Mr. Costaz, ateniéndose á las pinturas encontradas en el hipogeo del subterráneo de Eilitya, describe menudamente el cultivo de la viña y la vendimia en los países regados por el Nilo, desde la poda de las parras, hasta la extraccion del vino, y censura acremente á Herodoto por haber negado la existencia de la viña en aquel país. Mr. Jomard trajo á Europa pedazos de ánforas encontrados en las ruinas de ciudades antiguas, é impregnados de tártaro. El descubrimiento del alfabeto egipcio por Champollion, puso fin á la polémica, demostrándose con él, no solo que era conocido el vino en el país de los Faraones, sino que de él se usaba en los sacrificios. Rosellini ha añadido aún nuevos pormenores á asunto tan esclarecido.

Un bello y amenísimo libro pudiera escribirse contando los rayos de viva luz que sobre la Historia Profana han esparcido los Libros Sagrados, hasta el punto de que, lejos de afligirse los católicos por el resultado de ciertas investigaciones, deben sentir hácia ellas viva complacencia; en la seguridad, de que á cada nuevo ataque contra los Textos Divinos, ha de suceder una nueva y más espléndida victoria.

Todo pues de consuno demuestra que la verdadera fuente de la Historia del Egipto son los Libros Sagrados.

Ahora bien; ciertas tribus del Asia Meridional, se extendieron por la Etiopía (*Etiopes ab Indo flumine consurgentes, justa Aegyptum consederunt. EUSEBIO*), descendiendo al Egipto cuando este se iba saneando de la inundacion del Diluvio. Confirman este aserto del antiguo escritor el nombre comun de *Árabigas* dado á las costas del mar Erythereo; que Manes tiene nombre, atributos y vida análogas á las del Manú indico; que existe gran similitud entre las radicales egipcias y las sanskritas, y que, hasta estudiando los cráneos de los antiguos egipcios, se han encontrado en ellos señales de origen etiópico y de la raza indiana.

Los Cusitas pues que habitaron el valle del Eufrates y la península arábiga, pasando desde aquí á la contrapuesta orilla del mar Rojo, fueron los pobladores del Egipto.

La cultura de este país creció rápidamente, merced á la fertilidad de su suelo, á su rio navegable y á su posición topográfica, como parte del África, lindante con el continente Asiático.

Esta parte del África estaba dividida en nomos, cada uno de los cuales reconocia como capital el templo de la divinidad en él dominante, de los cuales el más antiguo era el de Tebas.

Rodeado el Egipto de tribus nómadas, estas lo invadieron frecuentemente.

Los árabes beduinos inundaron el Bajo Egipto, y sus jefes llamados *hiksos* fortificaron á Pelusium y extendieron su dominacion hasta Menfis, entablando ruda guerra con los naturales que conservaban la Tebaida, hasta que Thumotsis logró expulsarlos, fundando una poderosa monarquía con los diversos Estados egipcios.

La segunda época la llena Sesostris (Ramessés el Grande) con su glorioso reinado; sin embargo, á la muerte de este príncipe comenzó á decaer el Egipto arruinado por los etíopes y por la usurpacion de Sethos.

El territorio se dividió entonces en doce Estados, que gobernaron otros tantos príncipes independientes, hasta que Psamético, jefe de Sais, con ayuda de griegos y de carios, venciendo á los demás reyezuelos, se apoderó de todo el país.

Durante la tercera época, Necos, hijo y sucesor de Psamético, proyecta unir, por medio de un canal, el mar Mediterráneo y el golfo Arábigo; realiza grandes expediciones militares al Asia, y lleva á cabo el periplo alrededor del África. La familia de Psamético acaba de reinar con Apries, vencido por Amasis que reinó espléndidamente.

Psamenito, hijo de Amasis, fué derrotado por Cambises, hijo de Ciro, rey de Persia, que convirtió al Egipto en provincia de sus poderosos Estados.

Forman los reyes de Persia, en la oscura serie de las dinastías egipcias, la veintisiete.

El Egipto recobra otra vez su independencia, gracias al auxilio de los espartanos, hasta que, en tiempo de Natanebis II, de la trigésima dinastía, Artagerges Ocus restablece la autoridad de los persas, que luego sucumben á manos de Alejandro el Grande.

TERCERA ÉPOCA.

(DESDE LAS OLIMPIADAS HASTA ALEJANDRO.—AÑOS DE 776 á 323).

LECCION XII.

Límites de Europa y de Grecia.— Invasiones.—
Esparta y Atenas.

(ROCHETTE: Historia de la fundacion de las colonias griegas).

Parece que en tiempos remotísimos, ciertas tribus, separándose en las faldas del Paropamisio, de la gran familia Aria, se encaminaron por el lago Oxio y el mar Hircanio y se establecieron en la desembocadura del Daix; y que otras, de la misma familia, que viajando por distintas vías (Sur del Euxino), se habían detenido en la Sapiria y la Colquida, unidas después á parte de las primeras, avanzando por entre las estribaciones meridionales de los montes Bastárnicos y el Ister, fueron sucesivamente poblando la Grecia, la Italia, la Germania, las Galias y la España, donde encontraron á otras de su misma raza, que por el Asia Menor habían penetrado, antes que ellas, en Europa, pues que, según las Sagradas Escrituras, Javan, hijo de Japhet, pobló las islas inmediatas al Asia Menor, desde las cuales pasaron sin duda á las opuestas costas occidentales.

La Europa, principal teatro de los progresos y vicisitudes de la raza japhética, estaba limitada al Este por el mar Egeo (Archipiélago), el Helesponto (Estrecho de los Dardanelos), la Propontide (mar de Mármara), el Bósforo de Tracia (canal de Constantinopla), el Ponto Euxino (mar Negro), el Bósforo Cim-

meriano (Estrecho de Kertch), el Palus Meotides (mar de Azof) y el rio Tanais (Don), hasta los 48 grados de latitud; al Norte por los países de las nieblas perpétuas y de los frios insoportables; al Occidente por el Océano Atlántico, y al Sur por el Estrecho de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y el mar Interior (mar Mediterráneo).

Una de sus regiones, la Grecia, de que vamos á ocuparnos, recibió el nombre de Hellada de Heleno, hijo de Deucalion, rey de la Tessalia. En tiempo de Homero dábase á sus habitantes el nombre de Danaos ó Argivos y Achivos: los latinos llamábanlos Graeci y Grætia al país.

La Grecia, en los tiempos posteriores á la guerra de Troya, estaba limitada al Este por el mar Egeo, al Norte por la desembocadura del Peneo, los montes Cambunios, el Olimpo y la cordillera Acroceraunia (de la Chimera); al Oeste por el mar Jónico, y al Sur por el mismo mar Jónico, los golfos de Mesenia (Coron), de Laconia (de Maraton), de Argos (de Nauplia) y el Sarónico (de Egina).

Dividíase la Grecia en cuatro regiones: 1.^a La Septentrional ó Haemonia, dividida más adelante en dos, la Tesalia al Este y el Epiro al Oeste, y estaba limitada al Sur por el golfo de Ambracia (de Artu) y el monte Ceta (Aninos y Kata-Vothra) 2.^a La Central, dividida en ocho regiones, que terminaba al Sur en el istmo de Corinto, el mar de Crissa ó de Alcion (golfos de Lepanto y de Patras). 3.^a La Meridional ó Peloponeso (Morea), que comprendía otras ocho regiones y terminaba en el promontorio Taenaro (cabo Matapan), punto el más meridional de la Grecia. 4.^a Eran las principales islas griegas por el Oeste la de Coreyra (Corfú), la de Leucades (Santa Maura), la pequeña Itaca (Teaki) inmortalizada por Ulises, Cephalaria y Zacynthus (Zante); al Sur del promontorio Tenaro, Cytherea (Cerigo) y más abajo la poderosa Creta (isla de Candia) y la elevada Carpathos; por el Este Rodas, Chipre, el grupo de las apiñadas Cyclades y el de las Sporadas, entre las que son de notar Patmos, donde S. Juan escribió el Apocalipsis; Chios, Lesbos, Lemnos, Imbros, Samotracia, Thassos, la poderosa Euboea y otras muchas.

La Historia de la Grecia se divide en cuatro épocas.

Primera. Desde los tiempos más remotos hasta la dominación de los Helenos (2200 á 1400 antes de J. C.).

Segunda. Edad heroica (1400 á 1180).

Tercera. Desde la invasión de los Dorios hasta el principio de las guerras médicas (1120 á 500).

Cuarta. Desde las guerras médicas hasta la batalla de Queronea (500 á 338).

Quinta. Desde la dominación de la Grecia por los macedonios hasta que es declarada provincia romana (338 á 146).

Primera época. La Grecia debe su población á los pelagos, que fundaron en ella varios Estados, entre los que son notables Elis y Argos en la Grecia Meridional; Tebas al Este de la Central, y los de Larissa y de Dodona, el primero en la Tesalia y el segundo en el Epiro; á los helenos, que 16 siglos antes de Jesucristo, la invadieron fundando los Estados de Pilos y de Corinto (Eolios), de Micenas, de Argos y de Laconia (Aqueos), otros en la Atica y en el Norte del Peloponeso (Jonios), otros que se quedaron en la Tesalia poblando la isla de Creta (Candia), y á diversas colonias extranjeras (1550 á 1550), entre las cuales fueron más notables las egipcias de Cecrops y de Danao, que se establecieron respectivamente en Atenas y en el Peloponeso, la Fenicia de Cadmo que se apoderó de la Beocia y la de Pelops que dió su nombre al Peloponeso.

Segunda época. Los helenos, descendiendo de la Macedonia y la Tesalia, conquistaron la Grecia despues de varios siglos de encarnizada lucha.

Llenan este período, de cerca de trescientos años, no pocos sucesos históricos que han desfigurado de consuno las fabulas mitológicas, el amor patrio y el genio de los grandes poetas de la antigüedad.

Son entre estos acontecimientos, los más memorables, las hazañas de Hércules y Teseo, la expedición de los Argonautas, la guerra de Tebas y la de Troya.

En estos tiempos de revueltas y de desórdenes, alcanzaron justa fama ciertos hombres que hicieron cruda guerra á fieras y á malvados que asolaban la Grecia: de aquellos no ha obser-

vado ni reparado la Historia más que en los nombres del Hércules dorio y del ateniense Teseo, únicos que recordó la memoria de los griegos agradecidos: de ahí los trabajos del primero y las hazañas del segundo.

Más tranquila la Grecia, parte para establecer nuevas relaciones comerciales, parte para limpiar el Archipiélago de piratas, pensaron los helenos en expediciones marítimas.

Al efecto prepararon una escuadra, en la que embarcándose cincuenta y cuatro jefes griegos, con sus respectivos contingentes, á las órdenes de Jason que montaba la nave *Argos*, de que tomó nombre la empresa, hicieron rumbo hácia el desconocido Euxino en demanda de la Colquida, donde se apoderaron del *vellocino de oro*.

Demuestra el atraso de los griegos en esta época y lo limitado de sus relaciones comerciales y de sus conocimientos geográficos, la afirmación de que tratando el sorprendido *Ætes*, rey de la Colquida, de vengar el ultraje recibido, apercibiendo sus naves y sus numerosos aliados, se colocó á la entrada del Bósforo para castigarlos y que los griegos burlaron tan grave peligro, regresando á su país por otro camino, cuando es sabido que el Euxino no tiene más vía marítima que el Bósforo Trácico.

La guerra de Tebas es ejemplo de la fuerza del destino ciego, del hado que impulsa á los hombres inconscientes.

Reinaba Layo II en Tebas, el cual tuvo un hijo de su mujer Yocasta. Consultado el oráculo sobre el destino de este príncipe, por la respuesta del nùmen, afirmando que el niño habia de ser causa de terribles desgracias, Layo lo expuso en la vía pública, de donde fué recogido por personas compasivas.

Educado Edipo en la ignorancia de su origen, dió muerte á su padre, se casó con su propia madre y murió de dolor al conocer los crímenes á que lo habian impulsado los hados.

De este incestuoso enlace nacieron Eteocles y Polinice, inmortales enemigos desde la cuna, y habiendo Eteocles usurpado el reino de Tebas, su hermano, auxiliado por otros siete jefes, despues de haber instituido los terribles juegos Nemeos, se dirigió contra la capital de la Beocia, ante la cual los dos

hermanos se dieron la muerte y perecieron todos los jefes, á excepcion de Adrasto, rey de Argos y suegro de Polinice.

La guerra de Troya es la vindicacion de la moral y del derecho internacional ultrajados.

Mediaban grandes resentimientos entre pelasgos (troyanos) y helenos: Tántalo, bisabuelo de Agamenon, habia robado al troyano Ganimedes; Hércules habia saqueado á Troya y muerto á Laomedonte, despues de robarle á su hija; París, hijo de Priamo, rey de Troya, robó en represalias á Elena, esposa de Menelao.

Sediento de venganza Agamenon, convocó á los jefes de las ciudades griegas y con ellos y mil doscientos bajetes, que reunió en Aulide, se dirigió al Asia Menor.

Priamo en tanto, que dominaba desde la Propontide al mar de Licia, se aperció al freate de una confederacion de pueblos asiáticos.

En esta guerra, lucharon encarnizadamente el Oriente y el Occidente, y en ella fueron principales actores, por parte de los griegos, los reyes de Argos y de Esparta, Ulises de Itaca, Nestor de Piles, Idomeno de Creta, Aquiles de Ftia, Ajax de Salamina y Diomedes de Argolida, y por la de los troyanos, Priamo, Hector y otros muchos.

Parece que la guerra concluyó con un convenio en que prometieron los griegos no inquietar á los aliados y súbditos de Priamo y los troyanos no poner el pié en el Peloponeso, la Beocia, Creta, Itaca, Ftia y la Eubea.

Homero immortalizó esta guerra en su incomparable Iliada, y el dulcísimo Virgilio, que tomó su argumento de Stesicoro, cantó en su Eneida la expugnacion y la ruina de la ciudad asiática.

LECCION XIII.

Invasion de la Grecia.—Sus consecuencias.—Atenas y Esparta.—
Pisistrato, Hippias ó Hiparco.

Como un siglo despues de la guerra de Troya, los tesalios, cayendo desde el Norte sobre la antigua Hemacia la conquistaron desposeyendo á dorios y á beocios y dieron su nombre al país, que desde entonces se llamó Tesalia.

Este acontecimiento produjo un grande movimiento de empuje en los pueblos que habitaban las diversas comarcas griegas, lanzando los unos á los otros de sus primitivas mansiones.

Así los dorios, unidos á los etolios, fundaron en el Peloponeso los reinos de Esparta, Mesenia y Argolida; los etolios se fijaron en la Elida; los aqueos, estableciéndose en las orillas septentrionales del golfo de Corinto, dieron nombre á la Acaya, y los jonios, fijándose en la parte más Sureste de la Hellada, engrandecieron la Atica: parte de los jonios, fugitivos de este último país, pasando el mar Egeo, sembraron de colonias las costas de la Lidia: los dorios de la Argolida las llevaron á la Caria y á las islas de Cos y de Rodas.

Por consecuencia de estos cambios y guerras varió en la

Grecia la condicion social de las personas, que por punto general se dividieron en tres clases: la de los vencedores dorios, la de los domiciliarios y la de los vencidos, reducidos á la esclavitud.

Dos grandes centros de poder se señalan al cabo en la Grecia; los dorios, dueños del Peloponeso, á cuyo frente se colocó Esparta, y los jonios, dominadores de la Grecia Central, dirigidos por Atenas.

El poder real en Esparta, se dividió entre las familias sucesoras de los dos hijos de Aristodemo, que representaban Práclis y Agís.

Polidecto, descendiente de los proclidas, dejó un hijo póstumo, Carilao, en cuyo nombre gobernó á Esparta su tío Licurgo, que aceptó el cargo de legislador, dado por el pueblo y que sancionó el oráculo de Delfos.

Licurgo se propuso en sus famosas leyes, más que otra cosa, hacer de Esparta un vasto campamento de soldados.

El odio al lujo, el amor de la patria, el valor personal y la obediencia á los superiores, fueron el fin de su legislación.

Así los recién nacidos, débiles ó contrahechos, son inhumanamente muertos; la educacion casi se reduce al desarrollo de las fuerzas físicas y el más profundo respeto á jefes, maestros y ancianos; las comidas son frugalísimas y se hacen en comun; proscribese el comercio, el uso de los metales preciosos, los viajes al extranjero, y, dividido el territorio, se prohíbe la venta de las tierras que son propiedad del Estado.

Licurgo dividió el poder entre los reyes, el senado, y la asamblea popular.

Ciento cincuenta años despues de la muerte de Licurgo empezaron las guerras entre los espartanos y sus colindantes los mesenios.

Estas guerras fueron tres y, á pesar de los heroicos esfuerzos de los mesenios, terminaron con la derrota de estos, de los que, unos se quedaron en el país, reducidos á la condicion de *ilotas*, y otros emigraron á Italia y á Sicilia, estableciéndose en Zanclea á la que dieron el nombre de Mesina.

Los mesenios llevaron á Italia las luces y la civilizacion griega, cuyas comarcas recibieron por ellos el nombre de *Magna Grecia*, desde la desembocadura del Tiferno y del Silaro á los cabos Pachyn y Lilibeo.

En Atenas se estableció la autoridad real que fué suprimida á la muerte de Codro, instituyéndose el arcontado que ejerció su hijo Melon, continuando sus sucesores en este cargo por espacio próximamente de cuatro siglos. La autoridad de los arcontas fué restringiéndose, ya limitando su duracion al espacio de diez años, ya aumentándolos al número de nueve, elegidos cada un año. De estos nueve arcontas, tres ejercian el poder judicial, de los cuales el uno era llamado por antonomasia el *arconta* ó *epónimo*, que cuidaba de los negocios civiles y daba su nombre al año; el *basileo* que dirigia los asuntos religiosos, y el *polemarca* que tenia á su cargo los militares; los otros seis (*termotetas*) constituian un colegio que velaba por la conservacion del orden y la pureza de las costumbres.

Desacreditada esta forma de gobierno, encargóse al arconta Dracon la reforma de las leyes, cuyas disposiciones severísimas descontentaron á todos.

En su consecuencia estallaron guerras y desórdenes que se calmaron cuando Solon (594), descendiente de Codro, fué nombrado primer arconta.

Solon estableció leyes conciliadoras, procurando contentar á las diversas clases que entonces luchaban en Atenas.

Casi en todos los pueblos de la Grecia degeneraron los gobiernos en oligarquias, cuya conservacion en nada interesaba al pueblo; así es que cuando algun ciudadano que se hacia notable en cualquier sentido, solicitaba los votos de la asamblea, esta se los concedia.

Por tal camino, Pisistrato, pariente de Solon, se hizo dueño de los destinos de Atenas, que gobernó con gran esplendor, aunque arrojado tres veces del poder por sus contrarios, los Alcmeonidas, que recobró otras tantas, dejándolo al morir, á sus dos hijos Hippias é Hiparco.

Faltos los hijos de Pisistrato de las condiciones propias para

deslumbrar á las muchedumbres, cayeron ante una sublevación dirigida por Aristogiton y Harmodio.

Hiparco fué muerto é Hippias fugitivo se refugió en los Estados de Darío Hidaspes, rey de Persia, ofendido por los griegos del Asia Menor, que con ayuda de los de Europa, habían incendiado á Sardes capital de la Lidia, y ansiando vengarse, escuchó con viva alegría á Hippias, preparándose por tal camino las famosas *Guerras Médicas*.

LECCION XIV.

Primera guerra médica. El imperio persa había llegado á la cumbre de su poder; y así como Ciro lo engrandeció en el continente asiático y Cambises en el africano; Darío I, sucesor de este, puso sus codiciosos ojos en Europa.

La destrucción de Sardes irritó de tal manera al monarca persa, que de su orden un sátrapa le recordaba todas las mañanas la ofensa y la necesidad de vengarla.

A estos motivos de ira se unió la ambición del hijo de Hidaspes por conquistar la Grecia que ya había aprendido á vencer en su expedición contra los escitas y los consejos del rencoroso Hippias que, asiduo cortesano de Darío en Susa, le pintaba á la Grecia dividida y fácil de vencer; tales fueron las causas de las guerras médicas.

Darío, en efecto, puso á las órdenes de Mardonio, sátrapa de la Lidia y su yerno, una escuadra y un gran ejército; pero la escuadra fué destruida cerca del promontorio de Athos (cabo Sinto) y los valerosos tracios, amparados en sus montañas, hicieron sufrir tan terribles pérdidas al ejército, que Mardonio tuvo que abandonar la empresa, salvando los restos de sus tropas en el Asia Menor.

Este desastre irritó aún más la cólera de Darío que mandó heraldos ordenando á los griegos la entrega de la tierra y del

agua, esto es, la sumision. Atenas y Esparta contestaron á tan humillante precepto dando muerte á los enviados y preparándose para la guerra, aunque no todos observaron en Grecia análoga conducta, porque no pocas ciudades del continente y de las islas obedecieron la intimacion.

Darío armó una gran escuadra y un ejército comandados por Datis y Artafernes, los que, conducidos por el rencoroso Hippias, saquearon la ciudad de Eretria en la isla de Eubea y trasladaron sus habitantes á Anderica en la Susiana.

En situacion tan desesperada, Atenas reclama el auxilio de los demás pueblos griegos. Esparta promete tropas que en vano son esperadas, y solo Platea, ciudad de la Beocia, entre el monte Citheron y el rio Asopo, manda mil hombres.

El valeroso y experto Milciades, con un ejército de diez mil soldados y algunos esclavos, toma posiciones cerca de Marathon (en la Alica) al frente de los persas que contaban con un ejército diez veces superior en número.

La victoria de los atenienses fué completa, muriendo en la batalla gran número de persas con el traidor Hippias. Los vencidos se refugiaron apresuradamente en sus naves, apoderándose los atenienses, entre los grandes despojos de tan insigne combate, de un gran trozo de mármol que aquellos llevaban consigo para erigir un trofeo á su soñada victoria, el cual fué entregado á Fidias para que esculpiera una Nemesis; erigieronse tumbas en honor de los muertos y se colocó un cuadro en el pórtico Pecilo, en el que, por única recompensa, obtuvo Milciades el honor de ser retratado al frente de los demás generales en actitud de exhortarlos á la pelea.

Milciades, con setenta naves, marchó á castigar las islas que no habian cumplido con su deber, pero mostrándosele contraria la fortuna en Paros, fué juzgado como traidor y condenado en los gastos de la empresa. Falto de recursos, no pudo pagarlos y fué reducido á prision, donde murió víctima de la ingratitude de la plebe ateniense.

Preparaba Darío un ejército poderoso para vengar la afrenta de Marathon, cuando una sublevacion en el Egipto y á poco la muerte, estorbaron sus propósitos.

Segunda guerra médica. Á Darío sucedió su hijo Jerjes, que lo hubo de su segunda y predilecta mujer Aloxa, hija de Ciro.

Jerjes, excitado por su cuñado Mardonio, por los partidarios de Hippias, por los príncipes salios y por su favorito el adivino Onomacrito, reunió al cabo de tres años de preparativos inmensos, un ejército de un millon setecientos mil infantes y cuatrocientos mil caballos, sin contar los numerosos eunucos, vagabundos, marineros y mujeres que lo seguian y que hacian sumar aquella masa de gente como á cinco millones de almas.

Florecian entonces en Grecia Aristides y Temístocles, notable el primero por su prudencia y su desinterés, y el segundo por su habilidad y su valor incomparable.

Oponiéndose Aristides á Temístocles por considerar las eminentes cualidades de este peligrosas para la república, entablóse entre ambos una lucha en la que fué vencido el primero y condenado al ostracismo.

Un incidente ocurrido en la asamblea, durante la votacion, pinta graficamente el carácter de aquellos atenienses, suspicaces y desconfiados como los ciudadanos todos de todos los gobiernos democráticos.

Asistia Aristides á la votacion en que se decidia su suerte, cuando un individuo se le acercó sin conocerlo, suplicándole que escribiera su nombre en la concha que se entregaba condenando; y como aquel le preguntara *pero qué mal te ha hecho ese hombre?* Le respondió: *Ni aun siquiera lo conozco, pero ya me cansa oírle llamar continuamente el Justo.*

Construido un puente de barcas en el Helesponto, para que por él pasara el ejército persa, y habiéndolo destruido una tempestad, Jerjes mandó azotar el mar y fabricando otro nuevo, siete dias tardaron sus tropas en trasladarse al Chersoneso de Tracia.

En Dorisco, en el país de los Cicones, pasó Jerjes revista á su ejército.

En tan grande apuro y por indicacion del mismo Temístocles, fué Aristides llamado á su patria.

Consultado el oráculo acerca de lo que debía hacerse, contestó la pitonisa que los atenienses debían buscar su salvación en muros de madera, por lo que trasladados los niños, mujeres y riquezas á Egina, Salamina y Tezene, trescientas naves con los hombres útiles se situaron cerca del promontorio Artemisio, en la isla de Eubea, cerrando el paso á las naves persas.

Impedido el camino del mar, encargóse á Leonidas que defendiera las Termópilas, paso estrecho y difícil entre la Tesalia y la Locrida, fortificado parte por la naturaleza, parte por el arte. El espartano no quiso llevar consigo más que trescientos de los suyos, á los que se agregaron como unos siete mil hombres.

Después de haberles hecho Jerjes todo género de tentadoras proposiciones, que fueron noblemente rechazadas, al quinto día los centinelas anuncian á aquellos valientes: *Ya tenemos encima á los persas.* — Antes bien, opone Leonidas, *les tenemos debajo,* — *Pero son tantos,* replicó uno, *que sus flechas oscurecerán el sol.* — Mejor, dice Dioneces, *así pelearemos á la sombra.*

El griego Efiltes mostró á Jerjes otro paso que facilitó al persa rodear á los griegos por todas partes.

Leonidas entonces, al frente de sus trescientos espartanos y algunos centenares de aliados, atacó heroicamente el campamento medo, hasta entrar en la propia tienda de Jerjes, donde hizo gran carnicería.

Vendido por los tebanos, rodeado por la multitud de sus enemigos, y contados los suyos á la claridad de la aurora, excepto uno, todos al fin fueron muertos (Julio de 480).

Más adelante se colocó en las Termópilas esta inscripción, escrita por Simonides. — *Pasajero, dí á Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus santas leyes.*

Jerjes, siguiendo adelante, se apoderó de la abandonada Atenas y la redujo á un montón de escombros.

Este desastre produjo tal espanto entre los griegos, que trataron de disolver su escuadra; por lo que, temiendo Temistocles que tal resolución se llevara á cabo, hizo avisar secretamente al persa, anunciándole que, en este caso, le sería muy

difícil vencer á los griegos, que, en su accidentado país, le opondrían muchos centros de resistencia.

Jerjes, dando crédito al aviso, acometió con sus mil doscientas siete naves, á las trescientas de los griegos, que lo esperaban en el estrecho de Salamina, donde fué completamente derrotado y forzado á huir á la Persia con el resto de su escuadra. (Setiembre de 480).

Aún quedaba Mardonio con un ejército de trescientos mil hombres, la flor de las tropas persas, que se encontraron con los griegos, mandados por Pausanias y Aristides, en los campos de Platea (en la Beocia, al Sur de Tebas), donde los griegos alcanzaron la más completa victoria con muerte de Mardonio y de cuarenta mil de los suyos. (Setiembre de 479).

El mismo día de la victoria en Platea se señaló por otro hecho de armas no menos notable.

La escuadra persa, que contaba aún cuatrocientas naves mandadas por Tigranes, llegando al promontorio Micala, á la entrada del célebre golfo Lamáico, fué sacada á tierra, y rodeada de muros, amparándose tras de ellos los medos como en una plaza fortificada.

Los griegos, á las órdenes del ateniense Jantipo y del espartano Leotíquidas, acometieron á los persas é incendiaron su escuadra.

De aquí en adelante fué ya imposible sostenerse á los persas.

Jerjes, de vuelta á Susa, murió en una conjuración tramada por Artabano y por el eunuco Spamitres.

Terminada esta segunda parte de las célebres guerras médicas, á pesar de la oposición de Esparta, Atenas fué reedificada, y los persas, vencidos en los campos de batalla y en el mar, se dedicaron á corromper por medio del oro á los griegos, excitando entre ellos rivalidades y vergonzosas ambiciones.

El aitanero Pausanias, vanidoso con la victoria de Platea, convicto de traición á su patria, fué condenado á muerte por los éforos, y habiéndose refugiado en el templo de Neptuno, lo encerraron en él tapiando sus puertas, donde murió de hambre. Su misma madre puso la primera piedra para impedir la salida al traidor, renegando del hijo enemigo de su patria.

Los ingratos atenienses dudaron de Temistocles que, citado ante los jueces, tuvo que huir, siéndole sus bienes confiscados.

El vencedor de Salamina, perseguido por el odio de los lacemonios, se refugió primero cerca de Adumeto, rey de los molosos, luego en Pidna y por último se embarcó para la Jonia.

Arrojado por una tempestad á la costa del Asia, se vió obligado á presentarse á Artajerjes Lonjimano, sucesor de Jerjes, que lo recibió con generosidad, muriendo al cabo entre los que tantas veces habia vencido.

En el destierro, en las costas del mar Egeo, debió muchas veces recordar el solitario Temistocles las tristes palabras de su padre, que mostrándole una barca vieja y abandonada en la playa, le decia proféticamente: *Así abandona el pueblo á aquel á quien ya no necesita.*

Aristides murió tan pobre que la república tuvo que pagar sus funerales y alimentar á sus hijos.

Tercera guerra médica. Cimon, hijo de Milciades, sucedió á Temistocles en la direccion de los asuntos de Atenas.

Cuando Artajerjes, heredero de Jerjes, se aseguró en el trono dando muerte al parricida Artabano, envió un gran ejército y apercibió una poderosa escuadra en el Eurimedonte, rio que tributa sus aguas al mar de la Pamphilia.

El ejército persa recobró á Chipre.

Cimon destruye la escuadra persa, viste sus soldados con las ropas de los vencidos persas, cae de esta manera sobre el engañado y sorprendido ejército enemigo y lo destruye, alcanzando en un solo día (470) dos grandes victorias, dignas de Salamina y de Platea.

Desesperanzado Artajerjes en sus luchas con los griegos, contrató una paz vergonzosa, en la cual se estipuló la libertad de las ciudades griegas del Asia Menor, que los buques persas no navegaran en el mar Egeo y que sus tropas no se acercasen á las costas griegas en distancia menor de tres jornadas; con este tratado que se conoce en la Historia con el nombre de paz de Cimon, tuvieron fin las guerras médicas (449), que duraron por espacio de cincuenta y un años.

LECCION XV.

Guerra del Peloponeso.—Los treinta tiranos.—Retirada de los diez mil.—Batalla de Mantinea.

(TUCIDIDES: Guerra del Peloponeso.—JENOFONTE: Retirada de los diez mil).

Ya hemos visto á la celosa Esparta oponiéndose á la reedificacion de Atenas, víctima de su fidelidad á la patria comun: estos celos crecieron en vista de la prosperidad, cada vez mayor, de la Atica, que engrandecida y orgullosa con tan repetidos triunfos, imponia su dominacion á las ciudades todas de la Grecia.

Estas rivalidades habian de resolverse por medio de las armas, y fueron causa de la guerra del Peloponeso.

Pericles, de ilustre nacimiento, hermoso de cuerpo, rico en ingenio, elocuente, conocedor de los hombres y de los tiempos, dotado de una irresistible elocuencia, adornado de todas las cualidades que convierten á las democracias en esclavas de un hombre, dominaba á la sazón en Atenas.

Él engrandeció su patria con suntuosísimos edificios, entre los que son de notar los Propileos, incomparable vestíbulo dórico enriquecido con obras de Fidias, de Miron y de Alcámenes; el Partenon, consagrado á Minerva, y el Odeon, dedicado á los certámenes musicales.

Sitiada Potidea por los atenienses, para libertarla, celebraron una conferencia en Corinto los representantes de siete repúblicas del Peloponeso y de las nueve de la Grecia Septentrional, ex-

cepto pocas ciudades que permanecieron adictas á Atenas, y por su resolución la guerra quedó declarada.

Esta lucha en que predominaba Atenas como señora de las fuerzas marítimas, y Esparta por su superioridad en las terrestres, habia de ser larga y empeñada y sangrienta como toda contienda civil.

Contaba Atenas con inmensos recursos procedentes por su mayor parte de los enormes tributos impuestos sobre los aliados, los cuales habian de amenguarse con la guerra; pero las obligaciones que sobre ella pesaban eran aún mayores en razon á los gastos que le imponian sus grandes escuadras, y sobre todo por las pretensiones de la plebe que, adulada por Pericles, vivia á cargo del Estado y por las pagas señaladas á los ciudadanos, que encontrando en ello su subsistencia, concurrían asiduamente á los tribunales y á las asambleas.

Avanzaban los espartanos dirigidos por su rey Arquidamas en tanto que las naves atenienses talaban las costas del Peloponeso: así prosiguió la guerra por espacio de tres años sin que ocurrieran trances decisivos, pero durante los cuales, devastada la Atica, sus habitantes se refugiaron en la capital, que sufrió la falta de viveres y de moradas, natural consecuencia de la afluencia extraordinaria de personas.

Una asoladora peste, que, originaria de la Etiopía, despues de diezmar el Egipto, invadió la Grecia, coronó tanto males. Más de dos años duró esta calamidad, durante los cuales, solo en Atenas, y en los alistados para la guerra, mató cinco mil hombres, y de la que fué víctima el mismo Pericles.

Al fin se ajustó la llamada paz de Nicias: pero como subsistian las causas de la guerra, fácil era comprender que aquella no era más que una efímera tregua.

Alcibiades, sobrino de Pericles, y gran conocedor de las pasiones del vulgo, hizo abrir de nuevo la lucha que por espacio de tres años se limitó á sucesos poco importantes hasta la batalla de Mantinea, ganada por los espartanos.

Emprendida por consejo del ambicioso Alcibiades la guerra contra Sicilia, y habiendo sufrido en ella grandes reveses los atenienses, Alcibiades, perdido el favor de la plebe y llamado

para dar cuenta de su conducta, se refugió en Esparta, declarándose enemigo de su patria.

De Lacedemonia tuvo tambien que huir muy pronto, perseguido por su vergonzoso libertinaje, acogiéndose á Persia, de donde al cabo volvió llamado por sus volubles compatriotas.

Nuevamente salió Alcibiades desterrado á las costas de la Tracia con ocasion de la derrota que á los atenienses hizo sufrir el espartano Lisandro en las aguas de la isla de Samos.

Tras de la victoria alcanzada por Atenas contra los enemigos en las Arginusas, con muerte del general espartano Calitratidas, Lisandro hizo sufrir á los atenienses una terrible derrota en Egospótamos (Chersoneso de Tracia), á que siguió el terrible sitio de Atenas que acabó con un tratado en el que se acordó que fueran desmontadas las fortificaciones del Pireo y los muros que lo unian á la ciudad; que, exceptuando ocho, los atenienses entregaran á los espartanos todas sus naves; que levantarán el destierro á los amigos del partido aristocrático; que siguieran á Esparta en toda guerra y que recibieran de su misma enemiga la forma de gobierno.

Así acabó la guerra del Peloponeso, que duró veintisiete años, que dejó á la Grecia yerma, dividida en eternos rencores, y la Atica abandonada á la tiranía de Esparta.

Desmantelada Atenas, puso Lisandro al frente de ella treinta individuos, de los cuales era el principal Critias, los que se entregaron á tal género de atrocidades y violencias que han merecido que la Historia los confirme en el nombre de los treinta tiranos, con que fueron conocidos; para apreciar la conducta de estos oligarcas basta con la asercion de Jenofonte, quien afirma que pereció más gente en los ocho meses que tales monstruos dominaron á Atenas que en los últimos veintisiete años de guerra.

El mismo Temistocles, arrojado de su refugio de Tracia y escondido en los dominios de Farnabazo, viéndose á punto de ser preso por las gentes del sátrapa que obedecía á las instigaciones del feroz Lisandro, murió peleando para no caer en las manos de sus implacables enemigos.

Una conjuración tramada por setenta emigrados, dirigida

por Trasíbulo, se apoderó del puerto de Pilos, luego, con el refuerzo de quinientos hombres que les envió Licias, del Pireo, y por último de Atenas, derribando tan odiado gobierno.

No mejoraron por eso en la Atica la moral y las costumbres públicas degradadas, pues el filósofo Sócrates fué condenado á beber la cicuta.

Reinaba en Persia Artajerjes II (Mnemon), hijo de Darío II Notho (Ocus) y gobernaba la Lidia, la Frigia y la Capadocia su hermano menor Ciro el Joven, que deseando despojar á Artajerjes del trono, armó cien mil guerreros y con auxilio de trece mil griegos, se sublevó contra él. Las tropas de ambos hermanos se encontraron en Cunaxa, á la margen del Eufrates, donde Ciro fué vencido y muerto.

Diez mil hombres, resto de los auxiliares griegos despues de esta batalla, conducidos por el historiador Jenofonte, emprendieron la famosísima retirada á que su número dió nombre, y tras de mil combates, privaciones y fatigas, llegaron á Grecia, aunque reducidos al número de seis mil.

Agesilao, rey de Esparta, corrió al Asia en socorro de los suyos, donde alcanzó grandes victorias; pero en breve tuvo que regresar á su patria, que atacada por la liga griega contra los lacedemonios, habia sido vencida por Conon (394), en el combate naval de Guído (península Dorida).

Á poco (387) Artalcidas tuvo que estipular con Artajerjes un tratado vergonzoso para la Grecia, donde ya habia muerto el espíritu que produjo tantos héroes, durante las guerras médicas.

Por un momento pareció reanimarse este espíritu en la Beocia.

En Tebas el partido aristocrático pidió auxilio á los lacedemonios contra el democrático, y los espartanos se valieron de este pretexto para ocupar la ciudadela Cadmea, suceso que fué causa de una revolución, que obligó á abandonar su patria á más de cuatrocientos tebanos.

A poco tiempo, los fugitivos, con el auxilio de los atenienses, se apoderaron de Tebas, arrojando á la guarnición lacedemonia.

Dirigian estos sucesos Pelopidas, de noble cuna, rico, vale-

la paz de Aquisgran que puso fin á esta lucha en 1748, logrando ventajas en Italia para el Infante D. Felipe; pero rechazó el Pacto de Familia y las solicitudes de Francia para renovar la contienda contra Inglaterra.

Tranquila España, mientras ardian las demás potencias en empeñadas guerras, pudo el bondadoso Fernando VI dedicarse á labrar la felicidad de sus vasallos.

Este inolvidable príncipe fué gran protector de la industria y del comercio; amó las letras y las artes, y corrigió los abusos de la administración.

Para ello puso en comunicacion ambas Castillas, abriendo la carretera de Guadarrama; creó el observatorio de Cádiz, y los estudios náuticos en esta plaza y en el Ferrol; las Academias de S. Fernando y de Buenas Letras de Sevilla; el Jardín Botánico; las obras del nuevo palacio real. Á su muerte dejó una poderosa escuadra compuesta de cuarenta y nueve navios de línea y veintuna fragatas, y cuando todos los pueblos se hallaban faltos de recursos, fruto de guerras asoladoras, el tesoro español, vacío á su advenimiento al trono, contaba con quince millones de duros.

En tiempo de Fernando VI se firmó el célebre Concordato de 1755 con la corte de Roma, que puso fin á las empeñadas cuestiones sobre el Real Patronato.

Naturalmente melancólico este monarca, no pudo vencer la profundísima tristeza que le produjo la muerte de su virtuosa consorte.

Así, pues, en cuanto ocurrió esta desgracia, se retiró á Villaviciosa, y negándose á todo consuelo, falleció en 10 de Agosto de 1759, un año después que su esposa, á la edad de cuarenta y seis años.

Portugal. Separado Portugal de España, en tiempo de Felipe IV, á Juan IV, de la casa de Braganza (1640),

sucedió su hijo Alfonso VI (1656), el cual fué depuesto (1667), ejerciendo la regencia el infante D. Pedro su hermano, que entró á reinar (Pedro II) á la muerte de Don Alfonso (1685), y tomó parte por el archiduque Carlos en la guerra de Sucesion de España.

Juan V (1706), heredero de su padre, Pedro II, continuó la guerra contra D. Felipe V; celebró con Inglaterra el tratado de Methuen, y obtuvo del Sumo Pontífice, para los monarcas de Portugal, el título de Fidelisimos.

José I (1750) vivió sometido al marqués de Pombal, implacable enemigo de la Compañía de Jesús, autor de grandes trastornos y de peligrosas innovaciones, que fué preciso anular á la muerte de este monarca (1777).

D.^a María 1.^a sucedió á José I su padre.

LECCION CXVII.

España. Carlos III y Carlos IV.

Muerto sin hijos Fernando VI, ocupó el trono su hermano D. Carlos, después de transmitir á D. Fernando, su tercer hijo, la corona de las Dos Sicilias, por imbecilidad declarada de su primogénito D. Felipe. Acompañaba á este en su viaje á España, el segundogénito D. Carlos Antonio, destinado á sucederle en esta última monarquía.

Participando este monarca del carácter benéfico de su predecesor, inauguró su reinado con muchas mercedes; compró grandes cantidades de granos que repartió en las Castillas, Andalucía y Murcia, afligidas por extraordinarias sequías y escaseces, y condonó á los pueblos gruesas cantidades que adeudaban al Tesoro público.

Irritado Carlos III por el apresamiento de unos barcos con bandera española, hecho por los ingleses, y por la construcción de ciertas fortificaciones en la bahía de Honduras, firmó el famoso Pacto de Familia (1664).

Las tropas españolas invadieron á Portugal auxiliado por los ingleses, los cuales se apoderaron en América de la isla de Cuba, y de Manila, en el Asia, mientras que los españoles conquistaban en el Brasil la colonia del Sacramento, é Inglaterra perdía su escuadra en una expedición contra Buenos Aires (1762).

Las partes beligerantes, ansiando el término de la guerra, firmaron la paz de Fontainebleau (1765), en virtud de la cual, los ingleses demolieron sus fortificaciones de Honduras, y España renunció al derecho de pesca en Terranova; nuestra patria recobró la Habana y Manila, en cambio de la Florida Occidental, que adquirió en 1783, devolviendo á Portugal la colonia del Sacramento, y recibiendo de Francia la Luisiana Meridional.

En 1766 ocurrió el motin contra el ministro Esquilache, por la prohibición de usar ciertos sombreros, y la subida del precio del pan; cuestión que apaciguó por medio de oportunas providencias el conde de Aranda, Presidente de Castilla.

Cárlos III decretó en 1767 la expulsión de la Compañía de Jesús, que tantos servicios habia prestado á la religion, al Estado y á la ciencia, medida que se llevó á cabo con extraño rigor; siendo muy notable que los mismos que censuran tan duramente á nuestros predecesores, por la expulsión de los judíos y moriscos, como no recuerdan la expulsión de los mozárabes, no tengan una palabra de censura para este notorio atropello.

Don Cárlos libró (1774) á Melilla y al Peñon de la Gómera, sitiados por los marroquies; ordenó una expedición contra Argel (1775), que obtuvo éxito desgraciado; castigó rudamente la invasión de los portugueses en el Rio de la Plata (1776), sojuzgando por medio de Ceballos y de Casa-Tilly, los fuertes de que aquellos se habian apo-

derado, recobrando la colonia del Sacramento, y conquistando la isla de Sta. Catalina; tomó parte en la guerra de la emancipación de las colonias inglesas de América (1779), con varia fortuna; y acometió á Gibraltar (1782) con éxito desgraciado, desastre que apresuró los conciertos de paz (1783), por medio de la cual ganó España Menorca y la Florida, concediendo á Inglaterra el privilegio de la corta del palo de Campeche en ciertos distritos, y restituyéndole la Providencia y Panamá.

Renovada la empresa contra Argel en 1787, obtuvo también éxito desgraciado.

Cárlos III fué, como su hermano Fernando VI, protector de las ciencias, de las letras y de las artes, en cuya empresa le auxilió su célebre ministro, el conde de Floridablanca.

Á este monarca se debe la fundación de las Sociedades Económicas de Amigos del País; de las Academias militares de Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta; del Colegio de artillería en el Alcázar de Segovia; de las fábricas de San Fernando, Guadalajara y Brihuega; del canal de Aragón; de la Compañía de Filipinas; del gabinete de Historia Natural.

La muerte del infante D. Gabriel, ilustre traductor de Salustio, alteró profundamente la salud de Cárlos III, el cual espiró en 14 de Diciembre de 1788, á la edad de setenta y dos años.

Á este inolvidable monarca sucedió su hijo Cárlos IV, en cuyo tiempo ocurrió la revolución francesa de 1793.

Los últimos tiempos de la dominación de la casa de Austria en España fueron los de la decadencia de las letras, decadencia que vinieron á completar los terribles azares de la Guerra de Sucesión.

Terminada esta empeñada lucha, se dedicó Felipe V á

levantar la literatura de la postracion en que yacia, protegiendo los esfuerzos de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua, que igualmente auxiliaron sus sucesores.

Fueron, entre otros, fruto de estos generosos propósitos, el Diccionario de Autoridades (1726 al 59); el de la Lengua de 1780, y la magnífica edicion del Quijote (1780 à 84).

Desde Felipe V à Carlos IV florecieron principalmente, con mayor ó menor fortuna, el marqués de S. Felipe, Luzan, Garcés, Feijóo, Velazquez, Mayans, el inmortal P. M. Fray Enrique Florez, Perez Bayer, Palomino, Mengs, Ponz, Cean Bermudez, Villanueva, Isla, Guerra, Iglesias, Jovellanos, Melendez Valdés, Cadahalso, Samaniego, Fray Diego Gonzalez, Cienfuegos, Escoiquiz, D. Ramon de la Cruz, Moratin, Quintana, y otros varios.

LECCION CXVIII.

Francia.—Luis XV y Luis XVI.

Osureciéndolo todo con el esplendor de sus victorias, Luis XIV derribó cuantos obstáculos hubieran podido oponerse á su omnipotente voluntad, y estableció un gobierno en el que todo dependia del capricho del monarca.

Era pues de esperar, que á la muerte de este rey memorable, faltos sus herederos de las deslumbradoras condiciones de su predecesor, la monarquia de Cárlo-magno y de S. Luis rodara en el más hondo de los abismos.

Así sucedió en efecto.

Al morir Luis el Grande, recayó la corona en su nieto Luis XV, de edad de cinco años y medio, bajo la tutela de Felipe, duque de Orleans.

Reunido el Parlamento, se atrevió ya á contrariar la voluntad del rey muerto, anulando el Consejo de Regencia que este habia instituido en su testamento, como precaucion contra la proverbial inmoralidad del duque, y á dictar otras medidas en odio á Luis XIV.

Era el Regente inclinado al bien por su naturaleza; de elevada inteligencia; de seductora conversacion; poseia el conocimiento intuitivo de los hombres; pero por desgracia, el abate Dubois, su preceptor, habia depravado estas ingénitas

dotes, enseñándole á considerar la moral como una preocupacion vulgar y embarazosa; y la religion, cual una invencion hija de la conveniencia.

Dotado de tales condiciones de talento y de seductoras exterioridades, que la educacion puso al servicio del mal, fué el duque de Orleans un mónstruo de disolucion y de libertinaje, con el que solo podia rivalizar su hija la célebre duquesa de Berry.

¡Desgraciado el pais en que la corrupcion descendiendo desde la cumbre del poder, pues que muy en breve, aquella, con rapidez vertiginosa, se comunica á las últimas clases y envenena hasta la médula de la sociedad!

El abate Dubois, autor y cómplice de esta corrupcion, crecia cada vez mas en el favor del Regente, recibiendo en cambio empleos y pensiones, hasta de los enemigos de la Francia; entre ellas, el arzobispado de Cambay, que habian ilustrado el talento y las virtudes del inmortal Fernelon.

Luis XIV legó á la Francia una inmensa herencia de gloria; pero á la vez un deplorable estado financiero que agravaban cada vez mas los desórdenes de la córte.

Para remediar este mal, acudióse á medios empiricos, que dieron menguado fruto, y hasta se llegó á nombrar una Cámara Ardiente para juzgar las prevaricaciones y los cohechos, la cual fué nuevo foco de inmoralidad, de escándalo y de ruina.

Entonces, Dubois presentó al Regente al escocés Juan Law, el cual prometia milagros, creando un valor ficticio que supliera al valor real, con el papel moneda.

Al principio, los planes del escocés produjeron maravillosos resultados; pero muy en breve la bancarrota y la ruina pública y privada cayeron sobre el pais comprometido en locas especulaciones.

roso, y Epaminondas, filósofo, pobre, modesto, esforzado y uno de los más notables hombres de guerra de la antigüedad.

La lucha entre Tebas y Esparta se hizo general, pero muerto Pelopidas en una expedicion contra Alejandro, tirano de Feres, y muerto tambien Epaminondas en la batalla de Mantinea (362) terminó la guerra y el pasajero engrandecimiento de Tebas con un tratado de paz que ajustó Artajerjes, rey de Persia que combatía á los griegos con el oro y las intrigas, preparando por tal manera la dominacion de los macedonios.

LECCION XVI.

Limites de la Macedonia.—Filipo.—Alejandro el Grande.

(SAINTE-CROIX: Exámen crítico de los antiguos historiadores de Alejandro el Grande.

La Macedonia, situada al septentrion de la Grecia, estaba separada de la Mesia por el monte Orbelo, al Oeste limitaba con la Iliria y el Epiro en los montes Scardus y Stymfeo; llegaba por el Sur á la cordillera Cambunia que la separaba de la Thesalia, y al Oeste acababa en el Mar Egeo y en el rio Nestus, limite de la Tracia.

Solo poseia la Macedonia costas en el Egeo, donde son de notar el Golfo Strymónico, el Singítico, el Torónico y el Thermáico, que rodean la península Chalcídica.

Parece que los jefes de su aristocracia militar venian rigiendo los destinos de la Macedonia, desde los principios, en que estuvo á punto de desaparecer luchando contra sus vecinos los tracios, los peonios y los ilirios, y que aquellos vinieron sucediéndose en el mando á titulo de herencia. Entre ellos son de notar Pérdicas II, Arquelao y Amintas II.

Amintas dejó tres hijos, de los cuales Alejandro, que sucedió á su padre, dió en rehenes á los tebanos á su hermano Filipo, que con tal ocasion se educó en la casa y en el ejemplo de Epa-minondas.

Filipo huyó á Macedonia, se apoderó del gobierno, y durante los veinticuatro años que ejerció su autoridad la elevó al mayor grado de esplendor.

Valiéndose de su superior habilidad, se apoderó de Potidea, de Anfipolis y de las ricas minas del Pangeo.

Anulada la Grecia por sus eternas rivalidades, en ella puso los ojos Filipo como primer objetivo de su engrandecimiento.

Caminando para ello con pasos tan astutos como seguros, expulsó á los tiranos de Feres y se apoderó de la Tesalia, en tanto que en Macedonia organizaba la famosa falange y elegia, dentro de la poderosa aristocracia de sus estados, una guardia que era su corte armada dentro del pais y sus rehenes para cuando de él salia.

En un territorio tan degradado como la Grecia, no tardó en presentarse al macedonio ocasion de realizar sus planes de engrandecimiento.

En la Fócida, rica con el templo de Delfos, habia declarado Apolo malditos los territorios de Crisa y de Cirra, que fueron condenados á perpétua esterilidad despues de exterminados sus habitantes; pero habiendo ciertos focenses cultivado una parte de él, el consejo de los Anfictiones los declaró sacrilegos, suceso que fué causa de la llamada *guerra sagrada*, que concluyó por la intervencion armada de Filipo, quien logró que se excluyera de los estados coaligados á la Fócida, nombrándose en su lugar á la Macedonia, y que se quitara á los de Corinto la presidencia de los juegos píticos que se confió al mismo Filipo.

Florecian entonces en Atenas dos hombres ilustres: Demóstenes y Focion.

Dotado el primero de una elocuencia sublime y arrebatadora, creia posible que volvieran para su patria los tiempos de Temístocles y de Aristides. Focion, amantísimo de su patria, conocia el escaso valor de los griegos: su elocuencia consistia en decir el mayor número de cosas en el menor número de palabras. De él solia decir Demóstenes: *Focion es la segur de mis discursos*.

Demóstenes y Focion, conocedores de los planes del mace-

donio, se ocupaban en contrariarlos, pero por distinto camino.

Este, que habia mandado las tropas atenienses cuarenta y cinco veces, aconsejóles siempre la paz; aquel, cobarde y pusilánime, clamaba en toda ocasion por la guerra.

A un ciudadano que preguntaba á Focion si se atreveria aún á hablar de paz, contestó este: *Me atrevo, aunque sé que habiendo guerra tú me obedecerias, y que mientras dure la paz, te obedeceré yo á tí.*

Filipo, bajo pretexto de que los atenienses habian ayudado á sus enemigos, ocupó parte de la isla de Eubea; entonces los atenienses confiaron el mando de sus tropas á Focion, que hizo retirarse á los macedonios.

Habiendo los locrios de Anfisa reincidido en el sacrilegio de cultivar terrenos sagrados, se renovó la guerra, y por consejo de Esquines, rival de Demóstenes en la elocuencia y vendido al oro de Filippo, fué confiada la direccion de las tropas al macedonio.

En vano fueron los consejos de Focion; coaligáronse Atenieses y Beocios, y marcharon contra Filippo que los venció en Cheronea, á las márgenes del Cephiso, donde los cuatrocientos del batallon sagrado de Tebas perecieron todos. Focion, que habia sido excluido del mando, sostuvo los ánimos, y huyó cobarde Demóstenes arrojando vergonzosamente el escudo.

Cuando proyectaba Filippo, armando á todos los pueblos griegos, combatir á los persas, que vencidos en las guerras médicas, intervenian en todas las disensiones de los pueblos helénicos, siendo los autores de su degradacion y vileza, Pausanias, tal vez instigado por el mismo rey persa, lo asesinó durante la solemnidad de las fiestas con que celebraba el casamiento de su hija, al cumplir los cuarenta y siete años de edad, y veinticuatro de regir con segura mano los destinos del pueblo macedonio.

A Filippo sucedió su hijo Alejandro.

Educado este por Aristóteles, y jóven de cuerpo aunque madero de espíritu, creyeron los griegos que habia llegado el momento de recobrar su independencia: así celebraron el asesinato con repugnantes fiestas y alegrías. Demóstenes se presentó

al pueblo coronado de flores; propuso que se dieran gracias á los dioses y se ofrecieran coronas al asesino Pausanias. Solo Focion, prudente como siempre, dijo á los atenienses: *No hay sino un soldado menos en el ejército que nos venció en Cheronea.*

Alejandro conquistó con dádivas y privilegios la voluntad de los jefes macedonios; castigó á Tracios y Gelas, Tribalos é Ilirios; reforzóse con la caballería pesada de los Tesalios y la ligera de los Agrianos, y escribió al vocinglero é imprevisor Demóstenes: *Me llamaste niño cuando estaba en el país de los tribulos, adolescente cuando penetré en Tesalia; ya soy hombre, y espero estar dentro de pocos dias delante de Atenas.*

Y en efecto, se precipitó como un torrente sobre la Grecia sublevada.

Tebas, que habia asesinado á su guarnicion y que se atrevió á resistir al macedonio, fué arruinada y vendidos treinta mil de sus ciudadanos, no perdonando Alejandro más que á los sacerdotes y á los descendientes del poeta Pindaro.

Comprendiendo Atenas con esta ruda leccion que no debia oír los consejos del siempre ciego Demóstenes, se apresuró á pedir la paz que le fué otorgada generosamente, y como acontece siempre en los pueblos degradados, á las vocinglerías y á los gritos de falsa independencia sobrevinieron las muestras de la más servil baja. El Consejo de los Anfictiones proclamó á Alejandro general de las tropas griegas; la Asamblea convocada en Corinto le confirió el mando de la expedicion contra los persas, adulábase la pitonisa de Delfos y oradores, poetas y sofistas cayeron á sus piés.

Alejandro, despues de celebrar la fiesta de las Musas al frente de su ejército, más fuerte por su condicion que por su número, provisto de víveres para cuarenta dias y con sesenta talentos, tomó el camino del Asia.

Formaban el ejército del hijo de Filippo en esta portentosa expedicion, 12.000 macedonios, 7.000 aliados, 5.000 mercenarios, 5.000 odrisios, tribalos é ilirios, 1.000 arqueros agrianos, 1.500 ginetes macedonios, igual número de tesalios, y 600 griegos, 900 exploradores tracios y peonios, caballería.

de varias especies, dimacos que peleaban á pié y á caballo; muchos soldados ligeros, y su guardia compuesta de macedonios.

Alejandro se dirigió con sus tropas á Sexto embarcadas en ciento sesenta triremes, en cuya poblacion halagó la vanidad griega y rindió tributo á sus aficiones clásicas postrándose ante el sepulcro de Aquiles.

En seguida atravesó el Helesponto, y en la opuesta orilla del Granico venció al numeroso ejército de Darío Codomano, con muerte de su general el rodio Memnon que lo dirigia.

A seguida sometió el Asia Menor y encontrando al valeroso Darío en Isso, lo derrotó completamente.

Proponiéndose despojar á los persas de sus costas occidentales, antes de atacarlos en el centro de su imperio, se encaminó á la insular Tiro, donde, falto de naves con que combatir, hizo construir un dique que unia la ciudad al continente, y despues de siete meses de asedio, se apoderó de la opulenta ciudad fenicia, haciendo pasar á cuchillo á ocho mil ciudadanos, vender á treinta mil y ahorcar á dos mil jóvenes que se le rindieron.

Igual conducta se prometia observar con Jerusalem, á la que al cabo perdonó conmovido por lasúplicas del Sumo Pontífice Jadro.

Gaza, mandada por Betis, opuso obstinada resistencia, que castigó Alejandro degollando á diez mil de sus ciudadanos, vendiendo á mujeres y niños y arrastrando alrededor de los muros de la ciudad á su heróico defensor, recordando por tal manera la conducta de Aquiles con el desgraciado Hector.

Hecho esto tomó la vía del Egipto, donde derribó fácilmente el aborrecido poder de los persas, y atravesando los desiertos arenales de la Libia, visitó el templo de Júpiter Ammon, de quien se proclamó hijo.

El heredero de Filipo, insistiendo todavía en sus propósitos, pasó el Eufrates y el Tigris y se enseñoreó del Asia inferior.

En Arbela venció á Darío que luchó heroicamente y que arrastrado por sus vencidas tropas que huian miserablemente, fué asesinado en la fuga por Beso, sátrapa de la Bactriana.

Fruto de esta victoria fueron Babilonia, Susa y Ecbatana que se rindieron al vencedor.

Alejandro, en la embriaguez de un festin, contentando á una meretriz que lo incitaba á vengar la destruccion de Atenas por los medos, incendió á la opulenta Persépolis, cuyas llamas alumbraron la ruina del imperio de Giro el Grande.

El macedonio, despues de castigar á Beso, recorriendo paises desconocidos, se dirigió á Samarcanda, pasó el Iaxartes, en cuyas márgenes, como á las orillas del Nilo, fundó la ciudad de Alejandria: por medio de un camino militar puso en comunicacion los diversos estados de la Persia y echó los cimientos de otras muchas ciudades, donde estableció colonos griegos.

Terminadas estas gigantescas empresas se dirigió al Penjab (327).

En Taxila (Attok) pasó al otro lado del Indo y en las márgenes del Hidaspes derrotó á Poro y atravesó el Accesino y el Hidroates: mas al llegar al Ifasis, negándose su ejército á seguirlo, regresó por el país de los Mallos al Hidaspes y por el Indo salió al mar.

Alejandro, al regresar á Babilonia, atravesó los grandes desiertos de la Gedrosia y de la Caramania, donde estuvo á punto de perecer con los suyos, en tanto que su almirante Nearco, desde el Indo, penetraba en el Golfo Pérsico.

Vuelto el héroe macedónico á Babilonia, una terrible fiebre, efecto tal vez de las emanaciones de los canales que se estaban limpiando, lo condujo brevemente al sepulcro.

Es Alejandro una de las más grandes figuras que la historia registra en sus años. Dotado de un valor temerario participaba de los peligros y de las fatigas de los suyos como un simple soldado: amigo de las ciencias, iba rodeado de filósofos, historiadores, arquitectos y poetas: conquistador felicísimo, supo atraerse á los vencidos dejándoles el gobierno civil de los pueblos y en la posesion de sus leyes y costumbres; ansiando unificar el Asia y la Europa, casó espléndidamente á diez mil mujeres persas con nobles macedonios y él mismo se unió con Parisatés, Statira y Roxana, enlazándose así á la familia real persa y al más poderoso de los sátrapas: politeista y político profundo, sirvióse de la religion para atraerse la voluntad de los

pueblos. Así en Grecia hace que el oráculo de Delfos lo declare invulnerable: en Frigia corta el nudo gordiano: en Egipto se postra ante los dioses de Menfis y hace que Ammon lo pregone hijo de Júpiter: ofrece á Belo sacrificios en Babilonia: halaga á los caldeos, y en Jerusalem respeta al gran sacerdote. Soñando en el más grande de los imperios, funda colonias, edifica ciudades, abre grandes vias militares, jamás soñadas y engrandece á Babilonia.

Existencia incompleta la del hijo de Filipo, espántase el ánimo al considerar adonde habria llegado Alejandro si la muerte no hubiera cortado en flor sus incomensurables esperanzas.

Y sin embargo, el coloso proyecta oscuras sombras que entristecen el alma del que recorre maravillado las brillantes páginas de su vida prodigiosa.

Las mortandades de Tebas, de Tiro, de Gaza y de los Coeseos, el incendio de Persépolis, su feroz cólera con Casandro, su crueldad con Filotas, con Parmenion, con Clito y con Calistenes, son el reverso, la negra sombra que proyecta el gigante macedonio.

LECCION XVII.

Desmembracion del imperio macedonio.—Principales estados en que se fraccionó.

(DIDORO DE SICILIA: Libros XVIII, XIX y XX.—PLUTARCO: Vidas de Eumenes, Demetrio y Focion).

Alejandro Magno, conociendo la índole de su familia compuesta de seres débiles, imbéciles ó crueles y el carácter de sus generales criados en el hábito de guerras continuas y habituados á no obedecer otra autoridad que la suya, habia dicho al morir que sus funerales serian sangrientos.

Dejaba el héroe á Roxana su esposa en cinta de un hijo, que nació tres meses despues y á quien se puso el nombre de Alejandro Egos, un hijo natural llamado Hércules, á su madre la altanera y cruelísima Olimpia, á Arideo su hermano hijo de Filipo y de una concubina, á su hermana Cleopatra, á la artificiosa Euridice hija de Ciana, hermana de Filipo que casó con Arideo, y á Tesalónica que se unió con Casandro de Macedonia.

Hacíanse notar entre sus generales Perdicas, Meleagro, Leonato, Antigono, Eumenes, Demetrio, Casandro, Lisimaco, Seleuco, Antípatro, Cratero, Ariston, Peuceso, Piton, Nearco y Atalo.

Enfermo el héroe, al noveno día, los macedonios creyéndolo muerto, golpearon con violencia las puertas tras de las que aquel agonizaba y ultrajaron de tal manera á sus

más fieles amigos, que hubo necesidad de dejarlos pasar por delante de su lecho.

A los dos días de la muerte de Alejandro, cuando sus generales se reunían para deliberar, invadieron la asamblea soldados y pueblo.

En esta tumultuosa reunión, Perdicas, después de dejar sobre el trono las insignias y el anillo del rey, manifestó que renunciando al poder que aquellas y este simbolizaban, creía que hallándose Roxana en cinta, el hijo de Alejandro debía sin duda sucederle. El astuto Nearco aprobó la proposición, añadiendo que era preciso nombrar un jefe para cuyo cargo propuso á Hércules, hijo de Alejandro y de la bailarina Barsine: proposición que reprobaron ruidosamente los soldados. Ptolemeo habló de una regencia y otros de Perdicas como rey. Al fin la soldadesca, á propuesta de Meleagro, y de Atalo, impuso á Arideo hermano natural de Alejandro.

Perdicas se deshizo muy pronto de Meleagro haciendo que los elefantes pisotearan á sus parciales, y para contentar á todos, dió á Ptolemeo el Egipto, á Leonato la Misia, á Antipatro y Cratero las provincias de Europa, á Antígono la Frigia, la Licia y la Pamphilia, á Lisímaco la Tracia, á Eumenes la Capadocia y la Paflagonia y á Piton la Media.

Renunciamos á describir la feroz lucha que devoró á la familia entera y á los ambiciosos generales de Alejandro, en el espacio de veintidos años que mediaron desde la muerte del héroe hasta la batalla de Ipsos. (323 á 330).

Arideo y Euridice murieron de orden de Olímpio, el primero degollado y ahorcada la segunda; Olímpio, prisionera en Pidna, vió castigadas sus crueldades con muerte cruelísima; Alejandro Egos y Roxana fueron asesinados por Glaucias de orden de Antígono, Ptolemeo y Casandro: á Cleopatra hizo morir Antígono temeroso de que Ptolemeo aumentara su poder casándose con ella: Hércules fué muerto por Casandro. Solo Tesalónica unida á este último, se salvó de morir violentamente en la desgraciada familia del más grande de los héroes de la antigüedad.

Lisímaco pereció en la guerra lamáica; Perdicas, asesinado

por los suyos en las cercanías del Nilo; Cratero á manos de Eumenes; Antipatro en la guerra Etolia; Eumenes vendido á Antígono por los argiráspidas; Piton cayó ante este, que á su vez murió en la batalla de Ipsos, y Demetrio y Lisímaco fallecieron en poder de Seleuco, el primero después de una cautividad de tres años.

Los ejércitos de Antígono y Demetrio se encontraron al cabo con los de Seleuco y Lisímaco en las cercanías de Ipsos, ciudad situada entre los límites de la Grande y de la Pequeña Frigia, y vencidos aquellos, los segundos se repartieron los restos de los dominios de Alejandro, que después de otros varios sucesos, quedaron divididos en tres grandes imperios: la Siria, que comprendió ocho provincias del Asia Menor y todas las del Asia Superior entre el Éufrates y el Indo; el Egipto desde la Gran Sirte á la Celesiria y desde el Mar Oriental hasta el desierto, incluyendo la Cirenaica, la Palestina, la Fenicia, parte de la Arabia y de las Cyclades, el litoral de la Tracia y la isla de Chipre; y por último el de Macedonia, cuyos linderos variaban, pero que tubo por límites desde los montes Orbelo y Scardo hasta la Grecia Central.

Además, de los restos de la Siria, se formaron otros seis reinos; la Capadocia, el Ponto, la Armenia, la Galacia, Pérgamo y la Partia.

A la vez recobraron su independencia los Tracios, los Bactrianos y los Indios; y los Galatas ocuparon la Frigia Septentrional entre los parajes en que el Halys media su curso, las fuentes del Parthenio y el Sagario.

La Siria. En paz Seleuco después de derrotar á Demetrio en Gaza, fundó la ciudad de Antioquía, protegió el comercio y las artes y murió asesinado por Ptolemeo Cerauno.

Reinando los dos primeros Antíocos y el segundo y el tercer Seleuco, se realizó la independencia de Pérgamo y de los Partos.

Antíoco el Grande, vencido en Rafia, acoge en su corte á Hanibal y es al cabo derrotado por Lucio Escipion y Eumenes, rey de Pérgamo, quedando postrado para siempre el poder de la Siria, desagrada y empobrecida por la política romana que

desmembró estos estados, que les impuso fuertes tributos, y dejó, al lado del imperio de Siria, el reino de Pérgamo, pretexto para reducir más adelante los estados de Seleuco á provincia romana, como protegió á las ligas etolia y aquea contra los macedonios y á Masinisa contra Cartago.

Por consecuencia de la derrota de Antíoco, en la Grande y en la Pequeña Armenia se fundaron dos reinos independientes, y aquel desdichado príncipe fué asesinado al querer despojar á un templo de sus tesoros, para pagar el enorme tributo que le habian impuesto los romanos.

Los sucesores de Antíoco, desde Seleuco IV Filopator, hasta Antíoco XIII el Asiático, vieron cada vez más debilitado su reino, que por último declaró Pompeyo provincia romana.

Grecia y Macedonia. La Grecia y la Macedonia quedaron despues de la rota de Ipsi, sujetas á Casandro, á quien Demetrio arrebató la Macedonia de la que á su vez fué despojado por Pirro rey de los Epirotas, Lisímaco y Ptolemeo.

Para librar la Grecia del yugo de la Macedonia, se fundaron las ligas etolia y aquea cuyos mayores contrarios fueron los mismos griegos, que empequeñecidos y divididos por ambiciones, rivalidades y ódios implacables, fueron vencidos por Filipo III y por su hijo Perseo, quienes á su vez fueron derrotados, el primero en la batalla de Cinocéfalo (en la Tesalia) y el segundo en Pydna (en la Pieria, en las costas del golfo Termáico).

La victoria de Metelo sobre Andrisco, supuesto hijo de Perseo, dió pretexto á Roma para apoderarse definitivamente de la Macedonia, como la toma y el saqueo de Corinto por Mumnio dieron ocasion para que la Grecia fuera declarada provincia romana. (146)

El reino de Pérgamo, en el Asia Menor, vivió próspero, gracias á la grandeza de sus reyes y á la interesada proteccion de los romanos, hasta que Atalo III legó á estos su reino, los cuales despues de vencer á Aristónico, á quien correspondia (130), lo redujeron á una de sus provincias con el nombre de Asia.

La monarquía de Bitinia existia ya en tiempo de los persas, con sus reyes Didalco y Botyras: Bias y su hijo, muerto en

281, luchan contra Carano y Lisímaco: Nicomedes I llama á los galos de la Tracia, concédeles terrenos y dá así origen á la Galogrecia: Prusias II que se honraba con el título de liberto de los romanos, acoge en sus estados á Hanibal; quiere luego entregarlo á los latinos y obliga al desgraciado cartaginés á suicidarse. Envuelta la Bitinia en guerras contra sus vecinos, tuvo diversos reyes hasta Nicomedes III que murió (75) dejando sus estados á Roma, suceso que dió lugar á la tercera guerra entre los romanos y Mitridates.

La Paflagonia, gobernada por los sátrapas persas, formó parte del reino del Ponto despues de la muerte de Alejandro y tuvo más adelante algunos reyes hasta Pylemenés II que legó sus estados á Mitridates V rey del Ponto.

El Ponto fué regido por príncipes Achemenidas, siendo uno de ellos Artabaces nieto de Hidaspes, que murió en 480. Mitridates VI, Eupator, el Grande, sucumbe ante los latinos, y por último el Ponto es declarado provincia romana en tiempo del emperador Neron.

La Capadocia perdió su efímera independencía con su último rey Arquelao, á quien Tiberio hizo quitar la vida en Roma, adonde lo habia llamado.

La Armenia formó parte del reino de Siria hasta la derrota de Antíoco el Grande en que sus gobernadores Artaxia y Zariadres fundaron los dos reinos de *la Grande y la Pequeña Armenia*. La primera formó parte del nuevo reino de Persia en el año 412 de la era vulgar; la segunda fué declarada provincia romana en tiempo de Vespasiano.

La Partia fué provincia del imperio de los Seleucidas hasta Antíoco II. En ella fundó un reino Arsaces I, dando muerte á Agatocles, gobernador por los reyes de Siria cuyo estado existió con varia fortuna hasta que Arsaces XXX (226) fué derrotado por Artajerjes, hijo de Sasan, y formó parte del imperio de los Sasanidas.

El reino de la Bactriana fué creado por Diodato I, que se emancipó de los reyes de Siria en el año 254, y acabó en el do 126 á consecuencia de la derrota de su último rey Eucratidas II por el persa Arsaces VI.

Con la ruina del imperio de Alejandro, la civilización, abandonando las comarcas donde anteriormente se había desarrollado, levanta su vuelo, dirigiéndose más al occidente en cumplimiento de los secretos designios de la Providencia.

En efecto, durante la primera época de la Historia, los hombres faltan á los preceptos divinos y hacen necesaria una gran catástrofe, de la que solo se salvan Noé y los suyos, que se establecen en las faldas del Ararat: durante la segunda, rota la unidad por el orgullo humano, en desacuerdo las facultades internas y perdida la armonía de las externas, se confunden el idioma común y las tradiciones primeras y los hombres se separan para poblar la tierra. Durante esa edad se establecen grandes centros de poder en el Asia y se manifiestan dos grandes civilizaciones distintas, la oriental y la occidental, representando la primera á los descendientes de Sem y la segunda á los de Japhet.

En tanto un pueblo, guiado por Dios, conservaba sin mancha las tradiciones primitivas que en las demás gentes ibanse mancillando conforme se apartaban de sus fuentes: este pueblo es el judío, especialmente encargado de la conservación y propagación de la más grande de las ideas, la de la existencia de un solo Dios, de cuya voluntad es un hecho la creación de los mundos, idea que se conserva aunque corrompida en el Asia Central y se manifiesta en el horror de Jerjes al politeísmo y en el afán con que derriba los templos de la Grecia.

Durante la tercera época, la civilización se concentra en el pueblo griego, y cuando este se degrada y se corrompe, aparece un nuevo elemento, la Macedonia, cuyo rey Alejandro el Grande, concibe el gran pensamiento de colocar la cultura griega al frente de la unidad oriental, y aunque su obra queda incompleta, pone en contacto al Oriente y al Occidente que se comunican sus ideas y sus pensamientos por medio de las expediciones militares, de las colonias y del inmenso comercio de Alejandría, corazón entonces del mundo oriental y occidental.

Un nuevo centro de poder, un nuevo foco de luz va á alumbrar de aquí en adelante la Historia antigua, desde la península central de Europa, abandonando la Grecia donde se había

empequeñecido la talla de los hombres, donde Hipérides, refugiado en el templo de Ajax en la isla de Egina, es vilmente asesinado; donde Demóstenes, amparado en el de Neptuno en Calauria pone fin á su existencia con un veneno; donde Jenócrates es vendido como esclavo por los atenienses; donde Focion condenado á beber la cicuta es escupido en el rostro delante de los impasibles anfictiones y arrojado con ignominia su cadáver fuera de los límites de Atenas; donde las bellas letras y las artes se ponen vilmente al servicio de los más feroces tiranos y de las más abyectas meretrices; donde la filosofía se degrada hasta el excepticismo que niega al espíritu la facultad de lograr la certeza y que aspira á la indiferencia para adquirir el sosiego del hombre; al epicureísmo que mira todo placer de los sentidos como legítimo, que aconseja el egoísmo para librarse del dolor: al estoicismo que considera la ciencia como fuente única para poseer la imperturbabilidad del espíritu.

La civilización, pues, sacudiendo sus puras alas, mancilladas en el corrompido suelo de la Grecia, siguiendo la dirección del sol, se remonta en busca de las comarcas italianas.

CUARTA ÉPOCA.

(DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO HASTA EL FIN DE LAS GUERRAS PUNICAS.—323 AL 140.)

LECCION XVIII.

Nociones geográficas de la Italia antigua.—Sus primitivos pobladores.

(MELA.—STRABON.—C. PLINIO SEGUNDO.—
C. PTOLEMEO.—AVIENO.—CELLARIO: Orbe antiguo.
—ORTELIO: Tesoro geográfico.—STEPHANO: De
Urbibus.)

A la manera que el continente asiático termina hacia el Sur en las tres grandes penínsulas de la Indo-China, del Indostan y de la Arabia, así el europeo acaba también al Sur, en las penínsulas Griega, Italiana y Española.

La Italia estaba limitada al Este por los mares Jonio y Adriático; al Sur la separaba de Sicilia el estrecho del nombre de esta isla; al Oeste la circunscribían el mar Inferior ó Tirreno, y los Alpes, que también la apartaban al Norte del resto del continente europeo.

Esta península fué conocida por los griegos con los nombres de Hesperia (de Hespero, el lucero de la tarde, país occidental) y Ausonia: Saturnia y Oenotria la apellidaron los naturales: del rey Italo se llamó Italia según Antíoco de Siracusa, pero según Hellánico de Lesbos, Hércules le dió el nombre de Vitalia.

Limitábase este país, en tiempos remotísimos, al territorio comprendido entre el Golfo Nepentino y el Scyletino: al mediar el siglo V antes de Jesucristo estaba cerrado por el Laus y el Metaponto: se extendía al Flumesino dos siglos después, y en tiempo de Augusto, llegaba á los Alpes y comprendía el país de los Venetos y la Galia Cisalpina.

Dividíase en tres partes la Italia. 1.ª Septentrional ó Galia Cisalpina, frontera entre la Liguria y la Etruria, que acababa por el Oeste en el Macra (Magra) y por el Oeste en el Rubicon, que tributa sus aguas al Mar Superior en el país de los Senones: la Galia Cisalpina estaba dividida por el Pó en Cispadana y Transpadana. 2.ª Italia Central ó Italia propiamente dicha que terminaba al Este en el río Æsis, entre el Piceno y los Senones, y al Oeste en el Silarus (Sere), divisorio de la Campania y la Lucania. 3.ª Italia Meridional ó Magna Grecia (bajo esta denominación se comprendía la Sicilia) que abarcaba el resto de la Italia.

La Galia Cisalpina se subdividía en cuatro regiones, en siete la Central y en cuatro la Meridional.

Perteneían á esta última la *Apulia* (Capitanata, tierra de Bari, de Otranto y Basilicata) limitada por los ríos Frenus, Silarus y Bradanus; la *Mesapia* ó *Iapigia* (Otranto), desde Tarento al promontorio Iapigio: la *Lucania* entre los ríos Silarus, Brandanus, Crathis y el mar Tirreno: y el *Brutio* en la parte más sur de la Italia, desde los ríos Laus y Crathis al estrecho de Sicilia.

Correspondían á la Italia Central la *Etruria* ó *Tuscia* entre el mar Tirreno, los Apeninos, el Macra y el Tiber. La *Umbria*, al Este de la Tuscia, entre el Rubicon, el Æis, el Nar, el Tiber y los Apeninos. *El Piceno*, entre la Umbria y el Mar Superior, el Æsis y los Apeninos; la *Sabinia*, entre el Lacio, la Umbria, el Piceno y el Tiber: *el Lacio*, entre el Tiber, el mar Inferior y el Liris: *el Sannio*, al Este del Lacio y al Oeste del Adriático y desde el río Aterno al Frenus.

En la Italia Septentrional se encontraban: *Los Ligurios* al Sudoeste, entre los Alpes, el Golfo Ligustino (de Génova), el Arno y el Tesino: los *Insubros* entre el Tesino y el Adda al Norte de la Liguria: los *Venetos* entre el Athesis, el Arsia y el Mar Superior: *Los Etruscos*, entre los Apeninos, el Mar Tirreno, el Lacio, la Sabinia y la Umbria.

Varias islas situadas en el Mar Interior, pertenecen á Italia.

La Trinacria (Sicilia), así llamada por su figura triangular;

vestibulo del mundo fabuloso de Homero, habitada por los Sicanos y los Sicelos ó Sicalos que la poblaron desde Italia; abundante en vino y aceite, con gran comercio de esclavos. Las cordilleras de los Nebrodes y del Hæreo que la atraviesan de Oeste á Estei forman otros montes que se desprenden de las dos en suparte central, marchando hácia el Sur, y constituyen las principales montañas de la Sicilia, que van á morir en el Mediterráneo, formando respectivamente los promontorios Lylibæo, Peloro y Pachin: el Etna, volcan en actividad, alumbrá la Sicilia con sus fuegos siniestros.

Cercanos á la antigua Trinacria, se encuentran dos grupos de islas: las Ægates al Oeste, y las Eolias, de Lipari, ó Vulcanias, al Norte

El estrecho de Mesina separa la Italia de Sicilia.

Al Sur del golfo de Liguria (de Génova) parecen las islas de Córscica (Córcega) y Sardinia (Gerdeña), separadas por el estrecho de Taphros (de Bonifacio), rica la primera por sus minas de plomo y de hierro, y por sus numerosos rebaños, y la segunda por su abundante y estimada miel.

Pertenecen tambien á Italia otras varias islas menores, de las cuales solo nombraremos á Ilva ó Ætahali (Elba), á Ischia y á Caprea, donde aun parece que se levantan las terribles sombras del feroz Tiberio y de su favorito el adivino Trasilo, iluminadas por los reflejos del Vesubio.

Debió la Italia su primera poblacion, segun algunos, á los llamados Aborigenes, á los Pelasgos. á los Arcadios, dirigidos por Evandro, á otros griegos, capitaneados por Hércules, y á los Troyanos, á las órdenes de Eneas.

Entienden otros, con mejor fundamento, que la Italia fué primeramente poblada, desde el Asia Menor, por los Pelasgos, divididos en italos, siculos y tirrenos, los cuales fueron despojados (1.200) por los iberos, que se señorearon de la Italia y de Sicilia, dando origen por su fusion con los naturales pelasgos, á ligures, umbrios y oscos, subdivididos estos últimos en samnitas y sabinos: que los etruscos penetraron en Italia, como siglo y medio despues de la invasion ibérica (1.050), despoja -

ron á umbrios, tirrenos y ligures, y se establecieron en las llanuras del Pó.

Tal es el cuadro rápido y sumarísimo de la Italia antigua, del teatro donde comienza á desarrollar su actividad el pueblo más grande de cuantos la Historia registra en sus anales.

De hoy más el centro de la civilizacion es Roma, ciudad que perderá un dia la capitalidad del mundo gentílico para ser la cabeza del orbe cristiano.

LECCION XIX.

Fundacion de Roma.—Los reyes.—Caída de la monarquia.

(T. MOMMSEN: Historia de Roma.)

Cuenta la tradicion latina que Rea Silvia, hija de Amulio, descendiente del Troyano Eneas, despojado del trono de Alba por su hermano Numitor, obligada á consagrarse á Vesta, tubo del Dios Marte á los dos gemelos Rómulo y Remo: que arrojados estos al Tiber, fueron conducidos por las aguas á la orilla y amamantados por una loba, y que despues, conocedores de su origen, al frente de una colonia del Lacio, fundaron una ciudad á las márgenes del Tiber, entre las fronteras de los Latinos, de los Sabinos y de los Etruscos.

Rómulo, (754). La misma tradicion afirma que habiendo dado muerte Rómulo á Remo, para aumentar su naciente pueblo, abrió en él un asilo y un mercado, clasificó á los suyos en patricios y plebeyos, ligados por medio del patronato, los dividió en tres tribus y eligió en cada una de estas cien senadores y cien caballeros.

Cuentan los latinos que faltos de mujeres, convidaron á los Sabinos á una fiesta en la cual robaron á estos sus hijas, y que cuando romanos y sabinos estaban á punto de venir á las manos, por intervencion de las Sabinas, se unieron ambos pueblos y formaron uno solo.

Muerto el fundador de Roma, los suyos lo colocaron en el número de los dioses.

Numa Pompilio (714), sabino, introduce del Lacio las vestales, establece los sálíos, los aruspices, los augures y los feciales, reforma el calendario, divide el pueblo en gremios, funda el templo de Jao, y para que todas sus disposiciones fueran respetadas, les dá la sancion religiosa, haciendo creer á los suyos, que cuanto dispone le es ordenado por la ninfa Egeria.

Tulio Hostilio (670) lucha contra los de Alba, y por evitar la efusion de sangre, deciden ambos ejércitos, romano y albanos, que combatan solos los tres hermanos Horacios y los tres Curia-cios, dando la victoria al pueblo á que pertenezcan los que triunfen. Hácese así en efecto, y habiendo sobrevivido uno de los Horacios á todos los otros combatientes, triunfa Roma, es destruida Alba y sus habitantes trasladados á la ciudad de Rómulo.

Anco Marcio (638) vence á los Fidenenses y Sabinos, domina en el Lacio, llega con sus conquistas á las orillas del mar y funda el puerto de Ostia.

Tarquino. Prisco ó el Antiguo (614), de origen griego y lucumon de Etruria, aumenta el senado con otros cien ciudadanos, construye magníficos acueductos y cloacas, y engrandéce á Roma, edificando el circo y comenzando el templo de Júpiter Capitolino, vence á los sabinos y tuscios, castiga á los inquietos y muere asesinado por los hijos de Anco Marcio.

Servio Tulio (576) yerno de Tarquino Prisco, es el más notable de los reyes de Roma. Servio se pone al frente de la liga de los pueblos latinos, liga que consolidó por medio de la comunidad de los sacrificios (*communia sacra*); hace una nueva division del pueblo, fundada en la propiedad; crea el censo y los comicios (*comitia centuriata*); continúa la guerra contra los etruscos, establece las ferias latinas, amuralla á Roma, fija el valor de la moneda y el de los pesos y medidas, é introduce el uso de la escritura. Al cabo muere asesinado por su yerno Tarquino, parricidio que dió en Roma nombre á la calle donde se cometió el crimen, llamada hasta hoy *Via scelerata*.

Tarquino el Soberbio (532) que ocupa el trono por medio del crimen, concluye el Capitolio, compra los libros sibílicos que profetizan el destino de Roma, oprime á patricios y plebeyos,

en odio á estos, anula las leyes de Servio Tulio, declara la guerra á los volscos, y se apodera de Suessa Prometia su capital.

Mientras Tarquino sitiaba á Ardea, ciudad de los Rútulos, su hijo Sexto viola á Lucrecia mujer de Tarquino Colatino, ocasion de que se unieran patricios y plebeyos y abolieran la monarquía estableciendo la república. (509).

Tal fué el fin de la monarquía en Roma.

Durante los doscientos veinticinco años transcurridos desde la fundacion de la ciudad hasta la institucion del consulado, estuvo Roma gobernada por caudillos llamados reyes, que ni eran hereditarios ni mucho menos absolutos, por más que procuraran serlo. Formóse muy luego un gobierno municipal que suponía cierto grado de cultura política y que, en sus principales partes, se había amoldado verosímilmente al gobierno de la metrópoli, como acontece en todas las colonias.

Este gobierno consistía principalmente: primero, en el establecimiento y régimen interior del senado; segundo, en el establecimiento y formacion del patriciado hereditario, que conservado con la introduccion de los nombres de familias, formó luego un cuerpo político, que se hizo cada día más poderoso; tercero, en la organizacion del pueblo y en el modo de verificarse las asambleas á que aquella servía de fundamento, porque además de la division primitiva por colonos, en tribus y en curias, se hizo también otra puramente política en clases y en centurias; de modo que además del antiguo sistema de convocar al pueblo en los *comitios curiatis*, hubo también los *comitios centuriatis* organizados con grande arte; cuarto, en las instituciones religiosas que por su estrecho enlace con el gobierno político, formaban como una religion nacional que unía todas las instituciones con un vínculo poderoso, y recibía de ellas su sancion, sin que pudiera jamás establecerse una gerarquía que hiciera del cuerpo sacerdotal un cuerpo completamente aparte en el estado; quinto, en que las relaciones que la ley establecía en la vida privada, ya entre los clientes y sus patronos, ya respecto de los matrimonios, y sobre todo en la institucion de la patria potestad, concurrían también muy directamente al mismo objeto, pues estrechan lo los lazos de la familia, inspirese

desde su origen, á este pueblo un grande espíritu de orden y de subordinacion al cual en gran parte fué deudor de su incomparable grandeza.

La discusion acerca de si los plebeyos eran ó no ciudadanos en Roma, procede de una mala inteligencia; seguramente los plebeyos no tenían los mismos derechos que los patricios pues estaban privados del de los auspicios y del matrimonio (*jus auspitorum et jus connubiorum*). Pero aunque los plebeyos fueron adquiriendo, poco á poco, derechos de que al principio carecían, aún cuando les estaba vedado consultar los auspicios, puede inferirse de aquí, que no tuvieron parte en los comicios que se celebraban, despues que los magistrados habían declarado que los presagios eran favorables y negarles en absoluto la condicion de ciudadanos?

Como hay escritores empeñados en convertir las fábulas mitológicas en hechos históricos desfigurados por la tradicion, así otros se afanan en trocar la historia en fábulas; y aunque alguna vez acierten en sus cálculos, otras no consiguen más efecto que el de llevar la duda y el excepticismo al ánimo del lector.

Uno de los escritores que más se distinguen en este género de investigaciones es B. G. Niebuhr en su *Historia Romana*, obra más bien crítica que histórica, en la que su autor, dotado de gran sutileza de ingenio, á vuelta de investigaciones profundas y no pocas veces felices, se empeña en contradecir y refutar todas las ideas admitidas hasta su tiempo.

Puede muy bien sospecharse que Rómulo, naciendo de Marte, dios sabino, y de Vesta, sacerdotisa de una divinidad pelasga, simboliza la union de ambas castas y la asociacion del hombre con la mujer, divinizándose así el estado doméstico, tan importante en Roma, donde el régimen político descansaba sobre la familia.

Debe creerse que el nieto de Amulio, fugitivo de su patria, fundó su pequeña ciudad sobre una altura, al pié de la cual se acoje el vulgo, protegido por los fuertes, atentos á los asuntos de la guerra, mientras aquel se dedica á las tareas de las artes y de la agricultura, de donde nace la distinta condicion de los unos

y de los otros, y de los derechos de los primeros sobre los segundos.

En buen hora que se explique el respeto con que la mujer era tratada en Roma por el recuerdo de que á su intervencion so debió la union entre latinos y sabinos, cuando ambos pueblos estaban á punto de venir á las manos en cruelísima batalla.

Sospéchese, si se quiere, que los nombres que hemos aprendido como propios de los siete reyes de Roma, son verdaderos mitos; que el semidios Rómulo representa una edad heroica, y que Numa, que se inspira en la ninfa Egeria, representa una edad sacerdotal.

Todo esto es justo y legitimo; porque si como dijimos al comenzar estas Lecciones, la crítica, inseparable amiga de la verdad, inquiere los acontecimientos, rechaza los que repugnan á la naturaleza de las cosas, adivina lo que tienen de simbólico y los depura de lo oscuro y repugnante, debe por ello entregarse á este género de investigaciones; pero sin someter los acontecimientos á un patron preconcebido, sin descoyuntarlos y mutilarlos para que quepan dentro de un verdadero lecho de Procusto.

¿Es oportuno acaso buscar en las dinastías que han reinado en Europa, igual número de reyes que los que rigieron á Roma, sumar el tiempo durante el cual todos imperaron, ver que aquellos reinaron por espacio de muchos más años que estos, considerar que aquellos fueron electivos, llegaron al trono en edad granada, y muchos acabaron asesinados, y que por el contrario, estos fueron hereditarios, ocuparon el trono estando aún algunos en la infancia y murieron pacíficamente, para deducir de tales precedentes, que faltan muchos nombres en los reyes de Roma, y que cada uno es representacion de varios otros, con su carácter especial y determinado?

¿No seria más justo, guiados por la duda racional y modesta, sospechar que en efecto tal vez falte, entre los siete reyes romanos, alguno ó algunos cuyo nombre, por acaso, revele el afortunado hallazgo de algun monumento epigráfico?

LECCION XX.

El Consulado.—Guerras.—El Monte Sacro.—Creacion del Tribunal.

(CANTU: Historia Universal.—ANQUEIL: Historia Universal.)

Ingrato Tarquino el Soberbio con la aristocracia que le habia elevado al poder, acompañado de una guardia de extranjeros que ejecutaba ciegamente sus órdenes, se ensañó con las familias más ricas é ilustres de Roma.

Entre sus victimas figuró su pariente Lucio, á quien dió muerte con su familia, apoderándose de su cuantiosa hacienda.

Unicamente perdonó el tirano á uno de los hijos, del mismo nombre que su padre, el cual salvó la vida fingiéndose imbécil, por lo que le dieron el sobrenombre de Bruto que le ha conservado la historia.

Junio Bruto permaneció por más de 20 años representando su estúpido papel, hasta que el ultrage hecho al honor de Lucrecia por Sexto hijo de Tarquino, puso en sus manos la ocasion de despojarse de su máscara, de indignar al pueblo contra los reyes, de concertar á los patricios y de que se cerraran á Tarquino las puertas de Roma.

Los conspiradores de todos los tiempos, cuando han tenido la fortuna de lograr la consecucion de sus proyectos, han visto

que desatada la revolucion, ha ido esta mucho mas allá de donde se propusieron, y que el fruto ha sido recogido por otras manos que las suyas, cuando ellos mismos no fueron las victimas de sus propios proyectos.

Todo esto aconteció á Junio Bruto.

Que en los propósitos del supuesto imbécil, vengador de Lucrecia, entraba algo más que vengarse derribando á Tarquino, sirviéndole de instrumento la aristocrácia y la excitacion producida en la movediza plebe ante el ultrajado cadáver de la mujer de Colatino y que acaso imaginaba suprimir al rey destronado, lo demuestra su conducta cuando al volver á Roma, despues de consultar al oráculo de Delfos sobre cual de los hijos de Tarquino reinaria, y habiendo contestado Apolo que el que primero besara á su madre, al regresar á Italia, procuró que ambos la abrazaran á la vez y él, postrándose, besó la tierra, nuestra madre comun, explicando así en su favor el sentido del oráculo.

No se vive por espacio de tanto tiempo como Lucio entre las artes del disimulo, victima de las burlas de todos, insensible á ellas, sin crearse un carácter duro, tenáz, pronto á la consecucion de los fines sin reparar en los medios.

El mismo Bruto, forzado por la marcha de la revolucion que él habia madurado, temeroso de las relaciones de Tarquino, con los lucumones etruscos, enemigos de Roma, y de la plebe que, vuelta de su sorpresa, mostraba tendencias á deshacer su laboriosa obra, tuvo necesidad de jurar y de hacer jurar al pueblo, en nombre de los dioses inmortales y con el ensangrentado puñal de Lucrecia en las manos, no solo que ni Tarquino ni ninguno de su familia reinaria jamás en Roma, sino la abolicion absoluta de la monarquía.

En vano Tarquino, abandonando el ejército, vuelve á la

capital cuyas puertas encuentra cerradas; en vano regresa al ejército que dominado por los patricios, sus jefes, vuelve las armas contra el monarca: á la edad de setenta y seis años, el Soberbio busca y encuentra asilo entre los enemigos de Roma.

Derribada la monarquía se fundó la república y el feroz patricio tuvo que contentarse con el nombramiento de cónsul que obtuvo con Colatino, viudo de Lucrecia.

El establecimiento de la república fué el triunfo del absolutismo de la aristocracia que muy pronto hizo sentir á la muchedumbre el peso de su dominio, destruyendo gran parte de las ventajas que á esta habian concedido los reyes.

Uno de los primeros pasos del nuevo gobierno fué despojar á la plebe de las tierras que Servio Tulio les habia concedido fuera del *ager romanus* y apartar de la muchedumbre á los que podian haber sido sus valedores, aumentando el Senado con cien nuevos miembros escogidos (*conscripti*) en las clases que pudieran favorecerla.

Aboliose la monarquía civil; pero se conservó la religiosa, en manos de la aristocracia, volviendo á reconocer el derecho y la vida pública y la del hogar al sacerdocio, como única fuente de poder.

Durante el período de los reyes, estos, para debilitar á los patricios de los cuales no eran mas que los ejecutores, y para fortalecer su propia autoridad, buscando apoyo en la muchedumbre, concedieron á esta grandes privilegios; pero habiendo recobrado su autoridad los jefes de las *gentes*, al advenimiento del nuevo gobierno, la plebe quedó abandonada y fuera del amparo de las leyes sociales.

La intervencion del pueblo en la eleccion de los cónsules era absolutamente nula, pues que no pudiendo elegir mas que entre los que le proponía el magistrado á quie-

nes, según este, habían sido favorables los augurios, eran electos cónsules los que quería la clase patricia á que aquel pertenecía.

Entre tanto los Tarquinos, recordando sus relaciones de parentesco con los lucumones de Etruria y con los enemigos de Roma, los favores hechos por los reyes á la plebe, la tiranía de los padres y el triste papel de los jóvenes patricios bajo el nuevo gobierno, que no reconocía más autoridad que la de los jefes de familia, preparaban la restauración.

Con el objeto aparente de que se leyera en junta del pueblo una carta suplicante de Tarquino, á lo que el Senado se negó, y rogando en último término que fueran devueltos al rey depuesto sus bienes patrimoniales ó cuando ménos los de su abuelo Tarquino Prisco, marcharon embajadores de Etruria que realmente iban á contar los parciales de la monarquía, á buscar otros nuevos y á concertarse para la contrarrevolución.

Al frente de la conjuración se hallaban los dos hijos de Bruto, Tito y Tiberio y tres sobrinos del cónsul Colatino.

Reunidos los conspiradores para ligarse con un juramento infernal, sacrificaron un hombre, mezclaron la sangre de la víctima con vino, bebieron este brevaje, juraron sobre las entrañas del muerto derribar la república y restablecer la monarquía y escribieron una carta á Tarquino sancionando sus promesas, que entregaron á los embajadores etruscos.

Por su desgracia escuchaba á los imprudentes conjurados un esclavo, que con el mayor secreto dió detallada cuenta de todo al patricio Valerio, quien reúne á sus hijos, hermanos, clientes y siervos, sale á la calle, cerca la casa donde aun permanecían los imprudentes conjurados, los prende, desde allí se encamina á la morada de los embajado-

res, los despoja de la carta que aquellos les habían entregado y con esto llega el día.

Reúnense apresuradamente los cónsules, ante ellos son presentados los conspiradores, y el mismo Bruto tiene el salvaje valor de interrogar á sus propios hijos que no contestan á su terrible intimación de que se justifiquen más que con súplicas y sollozos.

Observando Bruto que Colatino, Valerio y cuantos presenciaban tan terrible escena, daban clarísimas señales de su emoción, ordenó á los Lictores que ejecutaran la ley y vió sin inmutarse que estos desnudaron á sus hijos, los azotaron con sus varas y les cortaron la cabeza. Hecho esto salióse del tribunal el feroz cónsul, dejando á su colega el cuidado de castigar á los otros culpados.

Mas humano Colatino concedió un día á sus sobrinos y á los demás para que se justificaran, con ánimo de salvarlos; pero como acordará devolver á su amo al esclavo denunciador, lo cual era tanto como enviarlo á una muerte segura, habiéndose opuesto á ello Valerio, fué nuevamente llamado Bruto, quien hizo ejecutar á todos los conjurados; que por extremado respeto al derecho de gentes fueran despedidos sin castigo los embajadores etruscos; que se concediera libertad al esclavo denunciador, y que los bienes de los Tarquinos fueran confiscados.

Colatino, que se había mostrado compasivo, fué depuesto y nombrado en su lugar Valerio, conocido con el sobrenombre de Publicola, por el amor que alardeaba profesar á la plebe.

En efecto, Valerio fué quien por simples rumores de que aspiraba al trono en razón de que edificaba una casa en el monte Palatino, que dominaba la plaza pública, en una noche hizo que los operarios la derribaran destruyendo hasta los cimientos; él fué quien mandó quitar las

hachas de las fasces consulares que asustaban á la muchedumbre; él fué quien mandó á los lictores que abatieran las insignias de su autoridad ante la magestad de la asamblea popular; él fué quien, adulando á la multitud, inició el período de luchas entre las clases, que mas de una vez puso á la república en inminente riesgo de perderse.

No es ciertamente de ahora ni comienza en Valerio Publicola la larga série de cortesanos del vencedor, que adulando á los que mandan ó á los que deben ser mandados, pervierten á los unos divinizándolos, ó enloquecen á los otros presentando ante sus ojos ideales imposibles.

Al fin los de Veyes tomaron las armas para restablecer á los tarquinos, y viniendo ambos pueblos á las manos, como mandara la caballería vejentana, Aruncio, hijo del monarca destronado, al divisar este al feroz L. Junio Bruto, ostentando sus insignias consulares, exclamó al punto: «Ahí está el enemigo mortal de mi familia y el usurpador del trono de mi padre.»

Bruto y Aruncio se encaminaron el uno hácia el otro con igual furia, traspasándose con las lanzas y cayendo ámbos muertos.

Un sólo hombre ménos que los de Veyes perdieron los romanos en esta batalla, pero como quedaron dueños del campo, se adjudicaron la victoria.

El cadáver del consul recibió en Roma extraordinarios honores y por espacio de un año vistieron los ciudadanos riguroso luto por su muerte.

Pórsena, rey de los clusios, recogió las armas que habían caído de las manos de los vejentanos, y aunque la fortuna favoreció al etrusco; bien pronto abandonó la ciudad de Romulo, vencido por el heroísmo de Horacio Cocles, de Mucio Escévola y de Clelia.

El incansable Tarquino, unido á los pueblos del Lacio, inquieta vivamente á Roma, donde á la sazón reinaba hondo descontento, producido por la severidad de los patricios.

Descubierta una conspiración de esclavos, el Senado la ahogó en sangre; renaciendo aquella y descubierta también, cuando estaba á punto de entregar la ciudad á Tarquino, reunidos los conjurados por medio de un ardid, fueron cruelísimamente exterminados.

Dura la ley contra los insolventes que entregaba al deudor en manos de sus acreedores, quienes podían hasta dividírsele en pedazos, según la respectiva cuota de su crédito, el pueblo sobre quien pesaban cargas tan insoportables, se negó á alistarse en las legiones para hacer la guerra á los latinos. En vano fué decretar la suspensión de las acciones de los acreedores hasta el fin de la guerra; en vano fueron las promesas del Senado que al cabo tuvo que acudir á un expediente, más de una vez, salvador de la república.

Depositóse en un varón consular la facultad de nombrar los magistrados y los jefes todos del ejército; invistiósele por espacio de seis meses de una autoridad absoluta é irresponsable, y fué tal el efecto que en la muchedumbre produjo Tito Lárgio, primer dictador, que cedió el pueblo.

Tito nombró general de la caballería á Espurio Casio, y habiendo conseguido algunas ventajas sobre los enemigos, ajustó una tregua y renunció el cargo antes del tiempo señalado por la ley.

Renovada la lucha, nombrado dictador y alistado el pueblo, mediante la promesa de mejorar la suerte de los deudores, se trabó la batalla entre latinos y romanos, en el campo tusculano á orillas del lago Regilo.

Los denodados latinos, un formidable cuerpo de deser-

tores y de desterrados que habian jurado morir ó imponerse á Roma, los tres hijos de Tarquino, valientes y desesperados, luchaban por una parte; de la otra el patriciado romano, resuelto á sucumbir antes que entregar sus hogares al gobierno de los reyes.

La lucha fué pues desesperada; buseábanse personalmente los jefes y heríanse sin piedad: todos ó casi todos fueron muertos ó heridos, contándose entre los primeros los tres hijos de Tarquino, que huyó á la Campania bajo la proteccion del tirano Aristomenes, donde murió á la edad de 90 años.

Vencidos los latinos y muerta la monarquía, siguieron los patricios oprimiendo á los plebeyos, por lo que produciéndose una nueva guerra contra los volscos, el pueblo se negó á alistarse en las legiones, pero al cabo cedió vencido por las promesas del cónsul Servilio.

Derrotados los volscos, el Senado no hizo caso de las promesas de Servilio, y como sobrevinieran nuevas guerras y el pueblo volviera á su antigua actitud, fué nombrado dictador Manlio Valerio, hermano de Publícola, que venció á los enemigos, como sus predecesores.

El Senado, para distraer á los plebeyos, provocó dos nuevas guerras, una contra los ecuos y otra contra los sabinos.

El ejército, apoderándose de las banderas y abandonando á sus jefes, bajo la direccion del plebeyo Sicilio Belluto, se trasladó al *Monte Sagrado* mas allá del *ager romanus*.

Uno de los cónsules, el inflexible Apio Severo, queria que se abandonara á la plebe; por el contrario Servilio propuso medios de transacion que fueron aceptados.

Prevaleciendo este dictámen, pasó una comision del Senado á avistarse con los plebeyos á los que convenció

Menenio Agripa con la fábula de los miembros y el estómago, no sin que Lucio Junio, que ostentaba el sobrenombre de Bruto, tuviera que contener el generoso arranque de la plebe, dispuesta á volverse á Roma sin condiciones.

Verificóse pues un acuerdo en virtud del cual fué creada la potestad tribunicia encargada de defender los intereses del pueblo, recayendo naturalmente el nombramiento en Belluto, jefe del movimiento, y en Lucio Junio que habia llevado la voz de la plebe sublevada en aquellas disensiones.

LECCION XXI.

Luchas entre patricios y plebeyos.—Guerras con diferentes pueblos.—
Colonias.—Coriolano.—La ley Terentila.—El Decenvirato.—
Triunfo de la plebe.

La creacion del tribunado habia de conducir á la plebe de Roma mucho más allá de sus primitivos deseos, que naturalmente se limitaban entonces á hacer menos dura su suerte. Resistian tales pretensiones los patricios, con injusta tenacidad, provocando continuas guerras para distraer la atencion de la multitud, á la que, lejos de la proteccion de los tribunos (*intercessio*) que carecian de autoridad fuera de los muros de Roma, subyugaban sus jefes en el ejército.

Estas guerras, que terminaban generalmente con la victoria de la república y el despojo de los vencidos, arma de dos filos, aumentaban más y más la democracia en las cercanías de Roma, adonde estos se trasladaban y por consiguiente acababan por dar más vigor á la plebe.

Tal fué el principal propósito que animó á la república al apoyar á la confederacion de los latinos y hernicos contra volscos y cenos, guerra que acabó con la derrota de

los seguidos, estendiendo Roma sus fronteras hasta la Campania.

Los pobres pedian ya participacion en el *ager romanus*, á cuya posesion iba unido el derecho de ciudadanía.

Para contrariar estas pretensiones, para satisfacer á los ambiciosos sin prevision, acudió muchas veces el senado al expediente de la fundacion de colonias, que no siempre producía el fin apetecido. Con efecto, ideando los patricios debilitar á sus enemigos y dominar á los vencidos, anunciaban la fundacion de una nueva colonia en los países de que era absoluta señora la república por derecho de conquista (*deditio*), y al efecto salian los colonos de Roma bajo la direccion de tres trimviros.

Al llegar al paraje marcado como favorable por los augures, cavábase en el centro un hoyo en el cual arrojábanse tierra y frutos de la patria (*terra patrum*) y sobre él se erigia el hogar de la ciudad, el ara de Vesta.

El jefe superior de la colonia (fundador), dirigiendo una yunta, compuesta de un buey y una novilla, colocados el macho á la derecha y la hembra á la izquierda, para significar que la mujer debia atender á los cuidados domésticos y el hombre, colocado fuera, á la defensa del país, trazaba con una reja de cobre el perímetro de la ciudad futura. En los parajes convenientes levantaba la reja (la porteaaba) para no herir la tierra en los lugares que habian de ocupar las puertas (*portae*); detras los colonos iban ahondando el foso, procurando que la tierra sagrada de la ciudad no cayera fuera de su recinto.

Los augures y los agrimensores derribaban los términos y los sepuleros de la raza vencida, que por tal manera quedaba despojada y sin derechos (*plebs*), cerca de los colonos, como en Roma.

La colonia romana, fundada por los esfuerzos de la

metrópoli, se parecía en mucho á la colonia española y tenía por tanto el derecho de exigirle tributos y soldados, como el deber de socorrerla en los malos trances; así como la colonia griega, efecto de la superabundancia de población ó de las discordias civiles, se asemejaba mucho á la inglesa que en razón de justicia, no puede exigir á sus colonos más que las relaciones de amor y de afecto, natural consecuencia de un origen comun.

Las colonias romanas, colocadas en puetes estratégicos, eran, además que plantel de soldados, como fuerte cadena que sujetaba á los municipios donde los naturales amigos de Roma conservaban cierta sombra de independencía.

La democracia romana, sin embargo, en muchas ocasiones no aceptó este simulado destierro, que la apartaba del centro de los partidos, despues de sus primeras victorias.

¡Cuan cierto es que las concesiones tardias, arrancadas por medio de la violencia, solo consiguen dar á la multitud la conciencia de su fuerza y preparar su ánimo insaciable para nuevas luchas y nuevas victorias!

El decreto de creacion del tribunado estaba concebido en los siguientes términos:

•Que el tribuno del pueblo esté exento de toda carga »servil impuesta á los ciudadanos; que ninguno le dé golpe »ni haga que otro se lo dé; y si alguno violare esta ley sea »declarado maldito y sus bienes consagrados al servicio de »la diosa Ceres. Si alguno quita á un tribuno la vida, ten- »gan todos derecho para matar al que se la quitó.»

Los tribunos, segun ya hemos dicho, no tenían autoridad fuera de la ciudad, ni ostentaban el esplendoroso traje de los magistrados, ni usaban lictores; solo tenían á sus órdenes una especie de criado (*mensajero*), ni podían penetrar en el Senado. Mas como eran inviolables y sus personas sagradas, entraron al cabo en el Senado y allí contrariaron á

los patricios sin que nadie se atreviera á ponerles encima las manos.

Distinguiase en la oposicion ardiente á los tribunos el patricio Cayo Marcio, joven valentísimo que debía su sobrenombre de Coriolano á las victorias que habia alcanzado sobre los habitantes de la ciudad de Coriolos.

Cemo reinara el hambre en Roma se proyectó una expedicion militar para adquirir víveres. Negándose el pueblo contra toda razon á tomar parte en ella, indignado el valiente Coriolano, se pone al frente de su familia y amigos, penetra en las tierras de los contrarios y vuelve á Roma con un espléndido botin de mantenimientos y ricos despojos.

Irritados los tribunos sorprenden á Coriolano en la plaza pública y lo condenan á ser precipitado por la roca Tarpeya, castigo de los traidores.

Pronto se rehacen los patricios que acuden en defensa de Coriolano, y hubiera terminado todo en una lucha sangrienta, si arrepentida la plebe no hubiera anulado la sentencia, convocando para nuevo juicio.

Celebrado este, en medio de una escena conmovedora, el jóven patricio fué condenado á destierro perpétuo.

Oida la sentencia, Coriolano se dirige á su casa, despídese de Veturia y de Volumnia, su mujer y su madre, y encaminándose al pais de los volscos á quienes tantas veces habia venido, se presenta al jefe de estos, Acio Tulio, que pone los recursos todos del pais á sus órdenes, y con ellos Coriolano reduce á Roma al último extremo.

Una diputacion religiosa sale de la ciudad, con permiso del Senado; los agures, los sacerdotes, los pontífices, ostentando sus magestuosos trajes sacerdotales, se dirigen al campo de los volscos, en donde son recibidos con extremo respeto, pero vuelven á Roma sin conseguir nada.

Valeria, hermana de Publicola, al frente de las mas distinguidas matronas romanas, haciendo que se les unan la mujer y la madre de Coriolano, toman el mismo camino, y él, no pudiendo resistir las súplicas y las lágrimas de las que tanto amaba, cede, deja libre á Roma y á poco es asesinado por los volseos.

Distribuidas por Servio Tulio las clases con arreglo á la riqueza de cada ciudadano, acudiendo á Roma todos los despojados por las guerras, triunfantes los plebeyos en sus luchas, verdaderamente tardaba mucho en presentarse la causa final de la discordia, la guerra verdadera, la batalla entre los pobres y los ricos.

El Cónsul Casio, para vengarse de los senadores que le habian disputado los honores del triunfo, arrojó la tea ardiente de la discordia, proponiendo la ley agraria, á la que se opusieron por envidia los mismos tribunos, quienes despues consiguieron que se nombraran diez varones para que verificaran la reparticion de las tierras.

El Senado castigó al cónsul haciendo que el ingrato pueblo lo condenara á ser arrojado desde la roca tarpeya.

Promovida una nueva guerra para no llevar á cabo la ley agraria, y dejándose la plebe derrotar, los Fabios, para vengar esta afrenta, salieron de Roma en número de 500, (*gens Fabia*), se batieron heroicamente contra los enemigos y todos perecieron, salvándose solo un adolescente que perpetuó en su descendencia familia tan ilustre.

Con nada se satisfacía ya la muchedumbre en sus pretensiones incesantes; falta la ciudad de mantenimientos, comprábase trigo con los fondos públicos que se repartía á precios moderados.

No contenta la democracia con estas previsoras medidas, encontraba aun en esto motivo para tumultos y clamaba porque el trigo se le repartiera graciosamente.

Los tribunos hicieron morir al cónsul Mehenio; los patricios mataron al tribuno Gennio; apesar de la oposicion del cónsul Apio fué aprobada la ley de Voleron, agravio de que se vengó el cónsul castigando rudamente a los soldados que se habian dejado vencer por los enemigos, y los tribunos en cambio acusaron al cónsul, que apesar de su valiente defensa, para evitar la ignominia del suplicio, tuvo que apelar al triste recurso del suicidio.

Acudió entonces el Senado al medio de proponer el establecimiento de colonias para repartir las tierras de los anciaes, lo que rechazaron los plebeyos, que, como dice Tito Livio, preferian «*pedir tierras en Roma á poseerlas en Anco*» Los tribunos alhagan con deslumbradoras esperanzas al pueblo hambriento y necesitado, encadenado á Roma por los juegos, los espectáculos, las asambleas, la agitacion de los negocios, las dádivas públicas y la riqueza tentadora de los patricios.

Las pretensiones de la plebe se dirigieron entonces á fines mas altos y tomaron formas mas violentas.

Los cónsules administraban justicia ateniéndose á los usos y costumbres tradicionales (*mores patrum*), á algunos restos de las leyes reales que se conservaban en los libros sagrados, ocultos al pueblo bajo fórmulas y ritos que solo poseian los patricios.

El tribuno Terencio pidió que los cónsules no fueran los únicos intérpretes de la ley y que se nombrara una comision para redactar un código á que pudieran atenerse los ciudadanos para reclamar sus derechos y los jueces para sentenciar los pleitos y causas.

Quincio Ceson que se opuso con violencia á peticion tan justa, fué procesado y hubiera pagado con la vida su temeridad sin los respetos de su padre Cincinato; pero fué condenado á una fuertísima multa, que pagó el padre ven-

diendo cuanto poseía, excepto una pequeña [propiedad] [con una cabaña á donde se retiró con su familia.

Puesta Roma en gran peligro por los Sabinos, [Quincio Cincinato fué elegido Dictador á quien encontraron los comisionados que fueron á notificarle su eleccion, dirigiendo la yunta con que labraba su reducida propiedad.

Vencidos los enemigos volvióse Cincinato á su choza, que tuvo que dejar otra vez ante la noticia de que] habia sido nuevamente nombrado Dictador, [por consecuencia de que los volscos habian encerrado en un] [desfiladero] al] [cónsul Minucio con su ejército.

Cincinato salvó otra vez á la república, y aumentados por su consejo los tribunos desde el número de cinco al de diez, al cabo de diez y seis dias renunció el] poder dictatorial que con arreglo á la ley hubiera podido conservar por espacio de seis meses.

Al fin se vió forzado el Senado á aprobar la ley Terentila, á que dió nombre el tribuno Terencio, la cual se encaminaba á dotar á Roma de un código de leyes.

Con este objeto y de acuerdo con el] [dictámen] del] [cónsul Apio, fueron elegidos diez ciudadanos] [dotados de] [facultades omnimodas.

Los decenviros, inspirándose en el código de Solon, expusieron á la aprobacion general dos tablas de leyes, así llamadas porque, cuando aun estaban en proyecto,] eran gravadas en tablas de encina y cuando fueron aprobadas, se esculpieron en columnas de bronce, como perpétuo código del derecho público y privado.

Para completar el Código de las Doce Tablas, se amplió la comision de que formaron parte tres] [plebeyos, y de] la que era el alma Apio Claudio.

El Decenvirato cayó por el asesinato de Sicinio Dentato y por haber atentado Apio al] honor de Virginia, joven

plebeya, á la que solo pudo salvar de la lascivia del Triunviro, la muerte que ante todos le dió su propio padre.

Las leyes de las Doce Tablas fueron universalmente respetadas, porque en ellas no se estableció el triunfo de ningún partido, dictadas como estaban por un verdadero espíritu de conciliacion.

Así, por ejemplo, sus preceptos referentes á la patria potestad, y á los matrimonios, están inspirados por el sentimiento patricio; como se contenta á los plebeyos en las que regulan las relaciones entre el patron y el cliente, la que ordena que las causas capitales sean juzgadas en los comicios centuriados y la que castiga la usura.

Así fué autorizado sucesivamente el matrimonio plebeyo por la compra de la mujer (*coemptio, usus*); la emancipacion del hijo por tres ventas; la facultad de testar el padre dividiendo la hacienda entre sus hijos (*actio familiae erciscundæ*), y la prescripcion de los inmuebles (*mancipatio*).

Dados por la democracia estos primeros pasos de gigante, los demás, hasta su completa victoria, fueron facilísimos y naturales, á pesar de la ardiente oposicion de los patricios.

Los plebeyos obtuvieron pronto que la ley reconociera como legítima la union entre individuos de ámbas clases, acuerdo que fué tan generalmente adoptado como que se vió, por ejemplo, á la opulenta familia plebeya de los Licinios unida por medio de enlaces matrimoniales á las tres gentes patricias de los Fabios, de los Cornelios y de los Manlios.

Con el objeto de velar por que cada uno de los individuos, que componian las diversas clases en que Roma estaba dividida, cumpliera con sus deberes, fué inventada la] censura, cargo que muy en breve se hizo omnipotente.

Cada cinco años convocaba el censor á los romanos al

campo de Marte, y allí, á la voz del heraldo, comparecian, primero, los plebeyos, que, si habian observado una conducta indigna, eran destinados á la clase de *erarii*; comparecian despues los caballeros que, si se habian hecho indignos, eran degradados, y, por último, los senadores, que podian ser borrados del *album*.

Estas listas, que constituian el verdadero censo de poblacion, eran depositadas en el templo de las Ninfas.

Pronto las antiguas querellas volvieron á resucitar con mas violencia que nunca.

El tribuno Cayo Sicinio Estolon propuso una ley en favor de los deudores contra los intereses acumulados; otra que limitaba á quinientas yugadas la extension de la propiedad particular en el *ager romanus*, distribuyéndose el exceso entre los pobres, y otra por la que se preceptuaba que uno de los dos cónsules fuera plebeyo.

A seguida los tribunos lograron que todos pudieran formar parte del colegio de los Sacerdotes sibilinos, que los plebeyos no fueran inhabiles para desempeñar la dictadura (año 353), la pretura (350), el pontificado (354), la edilidad y la censura. El dictador Polibio hizo los plebiscitos obligatorios para todos, y por último, un secretario de Apio Cláudio divulgó el sagrado secreto de las fórmulas jurídicas y del calendario.

Así rompió la plebe romana todas las barreras, despues de cuatro siglos de tenacísima lucha.

LECCION XXII.

Los galos en Roma.—Guerras contra los Samnitas y Etruscós.—
Pirro, rey de Epiro.

Los galos, que habitaban la Galia Cisalpina, fueron conducidos por Aruncio, excitado por los celos, ante Clusio, ciudad de la Etruria, aliada de Roma, que mandó á tres hermanos Fabios, cerca de Breno, jefe de los galos, para que procurasen poner en paz á unos y á otros; los cuales, lejos de hacerlo así, animaron á los clusianos contra los galos.

Irritado Breno marchó contra Roma, y los Fabios, nombrados tribunos militares, reuniendo las tropas de la república, sin reparar en la inferioridad de su número, pelearon contra los galos senones en las orillas del Alia, donde sufrieron una terrible derrota, legando á Roma pocos fugitivos perseguidos por los senones, que aumentaron hasta tal punto el terror que los romanos ni aun cerraron las puertas de la ciudad.

Asombrado Breno, no se atrevió á penetrar en Roma,

temeroso de alguna emboscada, lo que dió tiempo á los romanos para refugiarse en las ciudades vecinas y para que, á las órdenes de Manlio, se ampararan en el capitolio cuantos quedaban á propósito para defenderlo.

Vacilaba Breno al penetrar en la ciudad vacia, aunque precedido de fuertes destacamentos, cuando, al llegar al foro, se ofreció ante sus ojos un espectáculo extraño.

Ochenta patricios, entre los que habia varones consulares, pontífices, generales honrados con los honores del triunfo, que habian ofrecido su vida para aplacar á los dioses infernales, al tenor de una súplica dirigida por el Pontífice Supremo, sentados en sus sillas curules, vestidos con sus espléndidos trajes, desafiaban la muerte con serena magestad.

Mudo de asombro, Breno creyó encontrarse ante una asamblea de dioses.

Sin embargo, habiéndose atrevido un soldado galo á pasar la mano por la barba del patricio Marco Popinio, como castigara tal insolencia descargando el baston de marfil, atributo de su dignidad, sobre el soldado, este atravesó al anciano con su espada: los galos imitaron el ejemplo de su compañero, no dejando á vida uno solo de aquellos valerosos ancianos, incendiando despues la ciudad y asaltando aunque inútilmente el capitolio.

En tanto Camilo, vencedor de Veyes y desterrado en Ardea por la ingratitud de los romanos, reunió á los fugitivos de Roma y los restos de los vencidos en Alia, última esperanza que quedaba á la república que imploró su auxilio.

Camilo exigió que los senadores, encerrados en el Capitolio, lo autorizaran por un decreto, lo cual realizó un joven plebeyo que, atravesando el campo de los enemigos, llevó á Camilo el nombramiento de dictador.

Camilo marchó entonces contra los galos, é interceptándoles los viveres, les hizo sentir los rigores del hambre y los redujo á la condicion de sitiados, como estaban los refugiados dentro del Capitolio:

Repetió en tanto Breno sus incesantes ataques á la ciudad romana, de que sin duda se hubiera apoderado, entregados sus defensores al sueño, sino los hubieran despertado los agudos gritos de las aves consagradas á Juno, espantadas ante la presencia de los galos que trepaban por los muros, siendo rechazados por los romanos que acudieron en su defensa.

Creciendo la necesidad de los galos aterrados por los ataques de Camilo, hallándose los romanos en mayor apuro, é ignorantes de los progresos del dictador, vinieron á concertar Breno y el tribuno Sulpicio, conviniéndose en que, mediante la entrega de mil libras de oro, los galos abandonarían á Roma.

Al verificarse la entrega de la suma convenida, como advirtiera el romano que las pesas eran mayores y se quejara, poniendo Breno su espada en el platillo de las pesas exclamó: *¡Ay de los vencidos!*

Sobreveniendo en tanto Camilo, los galos fueron derrotados y la ciudad quedó libre de sus enemigos, no sin que se creara por tal motivo perdurable rencor entre galos y romanos.

Quedó la ciudad tan destruida, que muchos pensaron abandonarla para trasladarse á Veyes.

Libertada Roma, el dictador renunció su cargo que pronto tuvo que aceptar otra vez para vencer á los vecinos rebeldes ante las desgracias de Roma.

Esta es la época de los grandes hombres en Roma, engrandecida por las virtudes de Camilo.

A ella pertenece la abnegacion de Curcio, el heroismo

de Manlio Torquato, el sacrificio de Decio, de Fabio apellidado Máximo, de Rullano, Curio Dentato y el Aquiles romano Papirio Cursor.

Entonces fué cuando la plebe acrecentó sus franquicias por mediación de Fabio Ambusto, cuyas dos hijas estaban casadas una con un patricio y otra con un plebeyo.

Continuando la guerra contra los samnitas, estos encerraron al ejército que mandaba el cónsul Postumio entre unos desfiladeros, sin esperanza de salvación, en las fronteras de la Campania y el Samnio, al Este de Capua.

Pretendian algunos jefes samnitas el exterminio del ejército romano; pero Poncio su general se contentó con hacerles pasar por debajo del yugo, dejándolos en libertad.

Este acontecimiento tuvo lugar cerca de Caudium, por lo que aquellos parajes recibieron el nombre de *Horcas Caudinas*.

Tamaño generosidad fué recompensada por los romanos dando muerte á Poncio, vencido después y hecho prisionero.

Derrotados los samnitas, queriendo Roma completar su dominación en la Italia inferior, acometió á los tarentinos que habían ofendido á sus embajadores, los cuales imploraron el auxilio de Pirro rey de Epiro.

Esta lucha reconocía por origen que resentidos los de Tarento porque los romanos, contra lo convenido en cierto tratado, habían navegado mas allá del promontorio Lavinio, (Cabo de las Columnas, en la Calabria ulterior), aquellos en cambio habían apresado sus naves, ultrajando á los embajadores que fueron á reclamarlas.

Pirro acudió con un ejército y venció en Heráclea á los romanos, asustados por los elefantes que no conocían.

El rey de los epirotas avanzó hasta Preneste, desde cuyas alturas pudo contemplar á Roma.

Cineas, delegado por Pirro para ajustar la paz con los

romanos, comparó al Senado por su majestad con una asamblea de reyes, no obteniendo mas que esta respuesta: «*Si Pirro quiere la paz, que salga primero de Italia.*»

Vencido el epirota por la generosidad de Fabricio, que le anunció que su propio médico le había propuesto envenenarlo, abandonó la Italia dos años y cuatro meses después de haberse en ella presentado.

Pirro, después de haber vencido á los cartagineses en Sicilia, tras de muchas y novelescas empresas, encontró fin miserable, herido por una teja que le arrojó una mujer, al acometer la ciudad de Argos.

Después, de suceso en suceso, vencidas todas las resistencias, Roma dominó en Italia desde el estrecho de Mesina hasta el Rubicon y el Auser.

Solo le faltaba en este tiempo, para dominar por completo en la península, enseñorearse de la Galia Cisalpina.

LECCION XXIII.

Cartago.—Primera guerra púnica.

(TITO LIVIO: Decadas.—POLIBIO: Historia Universal.—DUBREAU DE LA MALLE: Historia de la ciudad de Cartago.)

Perdida hasta la memoria de sus escritores nacionales, ha tenido Cartago el tristísimo destino de que su historia ha llegado á nosotros escrita por los griegos, aduladores eternos del pueblo romano y por los escritores latinos, implacables enemigos de la poderosa nacion que por espacio de largo tiempo osó disputar á Roma el imperio del mundo.

Aun huyendo del exagerado sentimentalismo que, reconociendo como raiz una pasion noble y generosa, nos inclina siempre del lado del vencido, no podemos creer que los penos, que ejercieron en todas partes el comercio, que sembraron de colonias las orillas de los mares entonces conocidos, que oprimian con sus esquadras el Mediterráneo, que tan alto poder alcanzaron, sean tales cuales nos los pintan griegos y latinos.

¿Qué dejó el *delenda est Carthago* de esa poderosa república? ¿Dónde están los monumentos que sin duda levantó en sus emporios y colonias? ¿Dónde los libros de sus grandes escritores?

El esqueleto de una inmensa ciudad sobre cuyo sepulcro vegetan el oscuro pueblo de Mersa y las insignificantes aldeas de Malga y de Duar-ex-Xat, el imborrable nombre de algunos generales y políticos, la memoria de algun escritor inolvidable, unos poquitos de versos y algunas palabras populares conservadas en las obras de Plauto, es cuanto queda de aquel pueblo gigantesco.

La mano del inexorable Caton, cayendo sobre el vencido, pulverizó hasta los recuerdos de su rival, con una saña de que no hay ejemplo en la historia.

La tradicion conservada por Virgilio y Trogo Pompeyo afirma que Cartago debió su fundacion á Elisa ó Dido, mujer de Siqueo y hermana de Pigmalion, rey de Tiro, aunque otros afirman que esta ciudad fué fundada por Zoro y Karchedon, y otros creen que estos no hicieron mas que engrandecer la ciudad africana.

Como quiera que sea, desde la muerte de Dido existe en la historia de Cartago un período de cerca de trescientos años, durante el cual su historia está envuelta en la mas densa oscuridad.

En este espacio de tiempo el poder de Cartago se extendió en las orillas del Mediterráneo, llegando por el Oeste á las columnas de Hércules y por el Este á las *Aras de los Filenos* por consecuencia de sus luchas con Cirene. Por resultado de su guerra con los focenses (543 antes de J. C.) se apoderaron de la isla de Cyrnos (Córcega), y Malco, primer sufeta que menciona la historia (536), se enseñoreó de gran parte de la Sicilia.

Acaso en tiempo de Malco fué cuando derribado el gobierno monárquico, se estableció la república en Cartago, al frente de la cual se hallaban dos sufetas, magistrados análogos á los cónsules de Roma y un senado omnipotente.

Polibio, historiador sagacísimo, inserta en su historia tres tratados celebrados entre Cartago y Roma (años 509, 352 y 278 antes de J. C.) por los que se adivina el poder de cada uno de estos dos pueblos y el número y el nombre de sus respectivos aliados.

La isla de Sicilia fué teatro de grandes victorias y de grandes derrotas para los cartagineses; en ella experimentaron el rigor de terribles epidemias que alguna vez llevaron hasta la misma Cartago; de Sicilia salió Agatocles como tromba incontrastable, poniendo en grave riesgo de acabamiento á la república cartaginesa.

Reinando Agatocles, ciertos aventureros que estaban á sueldo de este tirano, se enseñorearon por traicion de la ciudad de Mesina, degollaron á una gran parte de sus desgraciados habitantes, espulsaron á los demás, y se apoderaron de sus bienes y de sus mujeres.

Igual perfidia llevó á cabo la legion romana, tambien compuesta de campanios, que mandaba Decio Jubelo, en la desventurada ciudad de Rhegio, situada frente á Mesina en las contrapuestas costas italianas.

Los mamertinos, amenazados por Cartago y por los sicilianos, dueños de la isla, divididos entre sí, unos entregaron la ciudadela á los cartagineses y otros imploraron el socorro de Roma.

Era de esperar que los romanos que habian castigado á los infames legionarios de Jubelo, devolviendo la ciudad de Rhegio á sus legítimos dueños, no protegieran á los bandidos de Zanclea.

Tratado el asunto en el Senado, este se dividió sin embargo en dos pareceres: pensaban unos que era indigno del pueblo que tan severamente habia castigado á los bandidos de la ciudad italiana, proteger á sus iguales de Si-

cilia; entendian otros que abandonados los mamertinos, pronto caería Mesina y toda la isla en manos de los cartagineses, que dueños de Cerdeña y del litoral africano, amenazaban por todas partes las costas de Italia.

El Senado, por un resto de pudor, dejó la decision al pueblo, que soliviantado por los cónsules, resolvió que los mamertinos fueran socorridos.

El cónsul Apio Claudio atravesó felizmente el estrecho de Sicilia burlando á la escuadra cartaginesa (264 antes de J. C.); los mamertinos lanzaron de la ciudadela al general púnico y el romano venció á Hieron de Sicilia, aliado de los cartagineses que tambien sufrieron un fuerte revés.

En el año siguiente (263) los romanos consiguieron repetidos triunfos y apartaron á Hieron de la alianza de sus enemigos.

En 262, año tercero de la primera guerra púnica, fuertes los cartagineses con el auxilio de mercenarios españoles galos y ligures, siendo las cercanías de Agrigento su plaza de armas, despues de varios sucesos, ya adversos, ya favorables, los romanos mandados por el cónsul Postumio se apoderaron de esta ciudad.

La cuarta campaña no fué de resultados importantes; porque señores los cartagineses del mar y dominando los romanos en el interior, se equilibraban las mútuas victorias y reveses.

No es posible creer que los romanos fueran tan absolutamente estraños al arte de navegar y á las construcciones navales como afirman sus historiadores (cuando en el tratado que ajustaron con los cartagineses en el año 509, bajo el consulado de Bruto, poseían una marina mercante con la que hacian largos viajes), que necesitaran tomar como modelo una galera púnica de cinco órdenes de remos que dió al traves en las costas latinas y que imitando en la

rivera el ejercicio de los remeros, se ejercitaran en la maniobra.

La ocasion del barco púnico que la tempestad puso en sus manos, haria que imitando las naves de sus enemigos, con arreglo á ellas, mejoraran su escuadra.

Ello es que los romanos, trabajando con un ardor invencible, construyeron una armada de ciento veinte galeras que por ensalmo apareció en las costas de Italia.

El mando del ejército de tierra tocó al cónsul Duilio y el de la escuadra á Cornelio, el cual pagó su imprudencia en Lipari prisionero con diez y siete naves del africano Boodes, que lo condujo á Cartago.

Duilio, dejando confiado el mando del ejército á los tribunos, se puso al frente de la escuadra, y marchando en busca del enemigo, encontró la armada de este en las aguas de Milæ (Melazzo) en las costas septentrionales de Sicilia.

El previsor cónsul suplió la desventaja de sus naves y la superioridad de los cartagineses con la invencion del *cocle*, maquina que se reducía á un mástil colocado en la proa de cada nave, al cual se adaptaba una especie de puente levadizo que tenia á su extremidad un cono de hierro, por extremo pesado y agudo, guarnecido de gárfios móviles. Esta máquina que caía con violencia desde la grande altura del mástil, hacia que el cono se clavara en la embarcacion enemiga, fijaba el puente movedido con sus gárfios y proporcionaba á los romanos un medio facilísimo de abordaje, cambiando el combate naval en terrestre, en el cual era evidente la superioridad de los latinos.

Comenzado el combate y haciendo su efecto los *cocles*, los cartagineses fueron derrotados, perdiendo las treinta y ocho galeras de su vanguardia, entre las que se contaba la del general, de siete órdenes de remos, famosa entre los cartagineses por haberla apresado en sus guerras contra Pirro;

amen de otras cincuenta embarcaciones que tambien perdieron.

Duilio, puesto otra vez al frente de las legiones, hizo levantar el sitio de Ægesta, y tomó por asalto á Macela, (entre los rios Crimisso é Hypsa, (MACEL(LAM P)VGNANDO CEPIT, dice la columna rostrata).

A su vuelta á Roma, obtuvo el cónsul extraordinarios honores, entre ellos el de la columna rostrada, levantada con los restos de las naves por él apresadas en Mylæ, la que ostentaba además una inscripcion conmemorativa de sus victorias, inscripcion que aun se conserva y que es uno de los mas antiguos monumentos de la literatura latina.

Duilio fué el primero á quien en Roma se concedieron los honores del triunfo naval.

LECCION XXIV.

Primera guerra púnica. (Continuacion).

El año sexto (259) de la guerra, fué desastroso para los cartagineses en Córcega y Cerdeña y para los romanos en Sicilia.

En el sétimo (258) los romanos se apoderaron de Hipona, de Mytistrato y de otras plazas fuertes; hizo inmortal su fama el tribuno M. Calpurnio Flamma, y fueron derrotados ante Lipari; el sétimo, y el octavo (256) carecieron de importancia militar.

Preparadas ambas potencias, en el año noveno (256), los romanos, con una armada de trescientas treinta galeras, se trasladaron desde Mesina á Ecnomo, donde sus legiones estaban acampadas, al propio tiempo que los cartagineses con trescientas cincuenta naves, marcharon desde Lylibea á Heraclaea.

Ambos enemigos se encontraron en Ecnomo (sur de Sicilia) donde los cónsules Atilio y Manlio alcanzaron una señalada victoria, echando á pique treinta bajeles cartagi-

neses y apoderándose de sesenta y cuatro, con pérdida por su parte de veinte y cuatro galeras.

Los romanos, siguiendo el ejemplo de Agatocles, se encaminaron al promontorio Hermeo (cabo Ras-Addar) y de aquí á Clypea (Calibia) desde donde asolaron los más bellos territorios de Cartago.

Manlio regresó á Roma y Régulo con título de prócsul, se quedó en Africa con cuarenta naves, quince mil infantes, y quinientos caballos.

Durante el año décimo (255), Régulo venció á los cartagineses en Adis (Rhadas), victoria que le hizo dueño de Túnez.

Los cartagineses pidieron á Régulo la paz, y el romano impuso tan duras condiciones que aquellos, reducidos á la desesperacion, reunieron todas sus fuerzas para la lucha.

En tan triste situacion se hallaba Cartago, cuando regresaron las naves que habian ido á Grecia en busca de mercenarios, con un importante refuerzo.

Entre los reciénvenidos se hallaba Xantipo de Lacedemonia, capitán acostumbrado á la austera disciplina de su patria, á quien los cartagineses, por una abnegacion de que se encuentran pocos ejemplos, pusieron al frente de sus tropas.

El griego, restableciendo la disciplina militar y cambiando la táctica, batió tan completamente á los romanos que de estos tan solo se salvaron quinientos que se habian reunido alrededor de Régulo que con este fueron hechos prisioneros, y dos mil que apartados del combate, ¡pudieron refugiarse en Clypea.

No es posible creer, segun refieren Apiano y Zonaras, que los cartagineses dieron muerte á Xantipo, cuando se trasladó á Grecia, celosos de deber su libertad á un ex-

tranjero. Si así hubiere acontecido, esta terrible maldad no habria dejado de ser referida por los escritores latinos, enemigos implacables de Cartago.

Pronto los romanos armaron otra escuadra con la que salieron contra Africa y Sicilia, la cual, despues de varios sucesos, pereció atacada por una furiosa tempestad, salvándose escasamente ochenta bajeles de trescientos sesenta y cuatro de que se componia, desastre que los cartagineses aprovecharon destruyendo la ciudad de Agrigento.

En los años once, doce, trece y catorce (254 al 250) ocurrió la toma de Panormo (Palermo) por los romanos que vieron destruida su escuadra por una tempestad, al doblar el cabo Palinuro.

En la campaña décimaquinta (250) los cartagineses fueron derrotados ante Palermo.

Cuentan que con ocasion de estos desastres, los cartagineses mandaron á Roma al mismo Régulo para contratar la paz, ó cuando menos obtener un canje de prisioneros bajo la promesa de que, en todo caso, el desgraciado procónsul volvería á Cartago: afirmase que este aconsejó al Senado romano que rechazara tales peticiones y que vuelto al Africa, pereció entre horribles tormentos.

Faltan en Tito Livio los libros en que debía hablar de este hecho; falta en Diodoro el libro XIII donde igualmente habia de referirse; pero algunos de sus fragmentos parece que lo desmienten. El minucioso Polibio no lo menciona; Dión lo cuenta como una tradicion que embellecen Horacio y Silio Itálico con las galas de la poesia.

Ahora bien: el ejército romano se componia de ciudadanos que eran irremplazables; el de Cartago, donde abundaba el dinero, de mercenarios que en todas partes se encontraban en aquellos tiempos de guerra.

A Roma pues, que no á Cartago, convenia el canje de

los prisioneros, por lo que no es sostenible ante la sana critica la accion que se atribuye á Régulo.

El sitio de Lilybea por los romanos, los desastres mútuos al frente de esta plaza, la audacia de Hanibal el Rodío y la habilidad de Magon cierran esta campaña.

La décima sexta (249) se señaló por la victoria alcanzada en las aguas de Drepano (Trapani) por Adherbal sobre el cónsul Publio Cláudio Pulcher.

Mandaba este una de las mas fuertes escuadras que los romanos habian lanzado al mar.

Pocos momentos antes de trabarse el combate, fueron á decir al cónsul que los pollos sagrados no querian salir de su jaula ni comer.

Que beban pues, toda vez que no quieren comer, dijo Pulcher, y mandó arrojarlos al mar.

Los cartagineses destruyeron la escuadra romana é hicieron veinte mil prisioneros que condujeron á Cartago.

Esta victoria se completó aun con otra alcanzada por Cartalon sobre el cónsul Lucio Junio ante Lylibeá y por la destruccion de otra armada romana por una tempestad en los escollos de Camarina (antes Hyperia, en el Sur de Sicilia).

En las campañas XVII, XVIII, XIX y XX (248 á 244) aparece y se distingue entre todos Amilcar Barca, uno de los mas grandes hombres que ha producido el arte de la guerra. Nombrado Amilcar jefe de las tropas y de las escuadras púnicas en Sicilia, salió al frente de estas, asoló las costas de Italia y volvió cargado de botin á las intermediaciones de Palermo.

Allí, con ese golpe de vista, patrimonio de los grandes génios, adivinó en Ereta (N. O. de Sicilia) una posicion inexpugnable. Ereta es una montaña á orillas del mar, sumamente escarpada, y coronada por una fertilísima me-

seta de cien estadios de circunferencia: en ella se estableció Amilcar desafiando á los romanos.

Durante tres años se mantuvo en esta posición el héroe cartaginés asolando desde ella las costas de Sicilia y de Italia.

En el año 21 de la guerra (244) arrebató á los romanos la ciudad de Eryx (Oeste de Sicilia) y los sitió en la montaña de este nombre, conservando la ciudad á pesar de la defección de los galos.

En la campaña siguiente (242), haciendo los romanos un último esfuerzo marítimo, reunieron una escuadra de trescientas galeras y setecientos barcos de transporte con la que el cónsul Lutacio se apoderó de los puertos de Drépano y Lylibea. Previendo Lutacio que no tardaría en presentarse la escuadra cartaginesa en socorro de los suyos, dió la vela para Ægusa, isla perteneciente al grupo de las Ægatas frente á Ægithalo y Lylibea, desde donde distinguió en efecto á la armada púnica mandada por Hanon.

Navegaban los cartagineses con sus barcos embarazados por los soldados de transporte, cargados de municiones y de mantenimientos.

La victoria alcanzada por los romanos fué completa, echando á pique cincuenta galeras enemigas, apoderándose de setenta y haciendo diez mil prisioneros: el resto logró salvarse con el auxilio del viento que, cambiando de repente, favoreció su fuga.

Después de la derrota de los cartagineses en las islas Ægatas, era ya imposible á Cartago sostener la guerra, por lo que dió plenos poderes á Amilcar para ajustar la paz con los romanos.

Lutacio, para que no le despojara de la gloria de haber concluido la guerra el nuevo cónsul, intimidado por el génio de Amilcar y recordando el ejemplo de Régulo, se

apresuró á aceptar la paz bajo las siguientes condiciones; que los cartagineses abandonarían completamente la Sicilia, que no harían la guerra á Hieron; que se entregarían á los romanos, sin rescate, los prisioneros y los transfugas, y que pagarían en el espacio de veinte años dos mil y doscientos talentos euboicos (poco más de 40 millones de reales).

Roma ratificó el tratado, adicionando únicamente que los cartagineses pagarían en el acto mil talentos para los gastos de la guerra; dos mil en los diez años siguientes, y que abandonarían todas las islas del Mediterráneo, exceptuando Córcega y Cerdeña.

El heroico Amilcar Barca se retiró de Sicilia con todas sus tropas, sus armas y sus pertrechos de guerra.

Así acabó la primera guerra púnica en la que asombran, el poder terrestre y marítimo de ambas naciones contendientes, los ejércitos que en ella perecieron, los incendios de ciudades, los campos abrasados.

Roma perdió durante ella setecientas naves de guerra y quinientas los cartagineses.

Por este tiempo cerraron los romanos por segunda vez el templo de Jano, se apoderaron de la Istria y de la Galia Cisalpina, se declararon protectores de los griegos, y organizaron á Córcega y Sicilia.

La ciudad de Siracusa, que habia permanecido fiel á los romanos, conservó su independencia.

LECCION XXV.

Guerra de los mercenarios en Cártago.

Terminada la primera guerra púnica, Amílcar Barca, después de haber trasladado su ejército desde Erix á Lilybea, dejó á Gisco, gobernador de esta plaza, encargado del transporte de los soldados á Africa, que el prudente general mandó en cuerpos sueltos, para que cada uno pudiera ser satisfecho de sus atrasos antes de la llegada de sus compañeros.

Agotado el tesoro de Cártago ó poco previsora el Senado, lejos de secundar los prudentes propósitos de Gisco, dejó que los mercenarios se reunieran en Cártago, esperando que consentirían en una disminución de sus pagas.

Empero bien pronto el gobierno púnico reconoció su falta de buen acuerdo, pues los mercenarios, gente acostumbrada á la guerra y al desorden, turbaban día y noche la ciudad con sus excesos.

Entonces quiso remediar el mal con otro mucho mayor que fué dar á cada uno de los oficiales una moneda de oro

para que acudieran á sus más urgentes necesidades y que esperaran en Sicilia la llegada de todos, para satisfacerles sus atrasos, á cuya imprudencia añadió la de que los soldados llevaran consigo á sus hijos y á sus mujeres, privándose así la república de estos tan seguros rehenes.

Reunidos los mercenarios, el Senado comisionó á Hanon para que los convenciera de la necesidad de hacer una rebaja en sus pagas, á cuya proposición contestó aquella irritada soldadesca con gritos de furor, poniéndose en marcha más de veinte mil y acampando en Tunez, á ciento veinte estadios de Cártago.

Aterrado el Senado, envió abundantes viveres á los sublevados y quiso entenderse con ellos.

Como acontece siempre que los rebeldes logran de los gobiernos concesiones arrancadas por medio de la violencia, los mercenarios se mostraban cada hora más intratables añadiendo pretensión sobre pretensión. Convenidos en el importe de los sueldos pidieron el precio de los caballos que habían perdido, y luego exigieron que se les pagara en dinero y al más alto precio el trigo que se les debía.

El Senado, para terminar la sedición, mandó á Tunez á Gisco, simpático para los sublevados, que provisto del dinero necesario, salió de Cártago y llegó á Tunez.

Persuadía á los rebeldes el enviado del Senado cuando el campamento Espendio, primero esclavo y después transfuga, y Mathos, principal instigador de la rebelión, temerosos del castigo, rompieron el concierto, promoviendo indescribible tumulto.

Por último los sublevados eligieron por jefes á Mathos y á Espendio, y violando el derecho de gentes, se apoderaron del dinero destinado para pagarles, cargaron de cadenas á Gisco y á sus compañeros, los colmaron de ultrajes y enviaron mensajeros á las ciudades africanas para

que siguieran su ejemplo, lo que adoptaron casi todas mandándoles víveres y refuerzos.

Mathos y Esendio, divididas sus tropas en dos cuerpos, marcharon á sitiar á Utica é Hipona que se habian negado á imitarlos.

La situacion de los caragineses era en verdad desesperada.

Cuando se prometian restaurar sus perdidas fuerzas en la paz, por la que habian hecho tan grandes sacrificios, veian de repente suspendido el comercio, arruinados los emporios, sin ejército que oponer á un enemigo incivil y cruelísimo, vueltas contra ellos las ciudades africanas, y viendo con espanto que ya no se trataba de la dominacion de la isla de Sicilia, sino de su propia existencia.

En tan críticas circunstancias la república nombró jefe militar á Hanon, allegó cuantos barcos pudo y armó á todos los ciudadanos.

Los jefes de los mercenarios habian reunido setenta mil hombres, con los que estrechaban el sitio de Utica y de Hipona, fortificaban sus trincheras cerca de Túnez, é inquietaban dia y noche á Cartago.

La primera vez que vinieron á las manos Hanon y los mercenarios, despues de derrotarlos este con la violencia de los elefantes, estuvo á punto de perderse por su descuido.

Reconocida la incapacidad de Hanon, fué sustituido por el incomparable Amilcar Barca, que sumando todas las fuerzas, solo pudo reunir diez mil hombres escasos.

El defensor de Erix, realizando verdaderos milagros de prevision, de valor y de audacia, derrotó completamente al ejército de Esendio y á los sitiadores de Utica que en número de quince mil acudieron á socorrerlos, matando seis mil africanos y mercenarios, se apoderó de la ciu-

dad que estos habian edificado y que defendia el puente de Ballara, sin otros muchos pueblos de que se enseñoreó, parte por capitulacion, parte por la fuerza.

Esendio, aconsejado por Mathos que continuaba sitiando á Hipona, escusó ya todo combate con el invencible Amilcar.

Conducta tan prudente prolongó la guerra y aun puso en sus manos y en las de su colega Autarito, jefe de los galos, á Amilcar que se vió encerrado en un paso difícil, del que salió gracias al jóven Naravasa, caudillo de los númidas, que cansado de alternar con los inciviles mercenarios y lleno de admiracion hacia Amilcar, abandonando el campo de los sublevados, se unió al cartaginés con dos mil caballos.

Pronto los mercenarios, viniendo á las manos con los cartagineses, perdieron diez mil hombres muertos en el campo de batalla y cuatro mil prisioneros. Amilcar Barca admitio en sus filas á algunos de estos que quisieron tomar las armas; reunió á los que se obstinaron en no admitirlas, y cuando todos esperaban la muerte, les dijo que estaban perdonados y en libertad bajo la promesa de no hacer la guerra á Cartago.

Esendio y Autarito escaparon milagrosamente.

Por este tiempo contaminados los mercenarios, encargados de la defensa de Cerdeña, con el ejemplo de Mathos y de Esendio, se rebelaron y dieron muerte al jefe Bostar con todos los cartagineses que mandaba.

Enviado Hanon con tropas para recobrar la isla, se sublevaron sus propios soldados que lo crucificaron, dando cruelísima muerte á cuantos cartagineses se encontraban en Cerdeña.

Temiendo los jefes de los mercenarios que la generosidad de Amilcar con los prisioneros ejerceria grande in-

flujo para con sus soldados, quisieron comprometerlos con un crimen imperdonable.

Recordaremos que Giseon, á quien tanto debian los alzados, habia sido aprisionado por estos, violando los principios de la gratitud y el derecho de gentes.

Autarito y Esendio fingieron cartas, supusieron ventas y traiciones, pintaron á Giseon como cabeza de proyectos tenebrosos y con tales calumnias excitaron á los soldados que, ébrios de furor, lo sacaron fuera de las trincheras con otros setecientos prisioneros cartagineses, cortáronles primeramente las manos, y despues de mutilarlos cruelísimamente, les quebraron brazos y piernas, les arrojaron, aun vivos, en un foso, se negaron á entregar á los amigos el cuerpo del desventurado jefe, que lo reclamaban para darle honrosa sepultura y juraron matar entre tormentos á todo cartaginés prisionero y cortar las manos á sus aliados.

La guerra desde entonces fué una horrible lucha de fieras.

Utica é Hipona, hasta entonces amigas de Cartago, abandonaron su causa, asesinaron y despeñaron desde los muros á cerca de quinientos cartagineses, cuyos cadáveres se negaron á enterrar; pereció en una horrible tormenta la flota, que cargada de víveres esperaban de la Byzazena, y reunidas las tropas de Hanon y de Amilcar, estallaron rivalidades entre ambos generales, que decidió el Senado, optando por Amilcar, y nombrando a Anibal para reemplazar á Hanon.

Creció tanto con la division de los generales la osadia de los rebeldes que se atrevieron á sitiar á la misma Cartago.

En estas circunstancias Hieron de Sicilia, príncipe que comprendia cuanto le importaba que los cartagineses no sucumbieran, los auxilió generosamente, conducta que igualmente observaron los romanos, negándose por entonces á las

solicitudes de los rebeldes de Cerdeña y de los habitantes de Utica que pretendian someterse á su dominacion.

En tanto, dividido el ejército de Amilcar en varios cuerpos, forzó á los rebeldes á abandonar el sitio de Cartago, los que, unidos á los auxiliares africanos mandados por Zarzas, juntaron un ejército de tropas escogidas que ascendia á cincuenta mil hombres.

Amilcar Barca estrechaba por todas partes á los mercenarios haciéndoles sufrir dolorosas y casi diarias pérdidas, hasta que logró encerrarlos en un paraje de imposible salida, donde, al cabo, se vieron forzados á alimentarse comiéndose los unos á los otros

¡Castigo justo, dice Polibio, de su impiedad y de su barbarie!

En trance tan desesperado los rebeldes no hacian proposiciones de paz, porque la conciencia de sus crímenes les daba la seguridad de que jamás serian perdonados y aun esperaban el socorro del ejército de Túnez.

Pero cuando trascurrieron los dias sin que nadie los amparára, cuando hubieron devorado sus prisioneros y sus esclavos, se revelaron contra sus propios jefes.

Autarito, Esendio y Zarzas pidieron celebrar una entrevista con Amilcar y, obtenido un salvo-conducto, se trasladaron al campo del cartaginés.

Amilcar les impuso como condicion que diez de los rebeldes, á su eleccion, le serian entregados y que los restantes se podrian ir á sus casas sin armas y sin otro vestido que una simple túnica.

Terminado el tratado, exclamó el cartaginés: *Vosotros sois los diez*, y apoderándose de ellos los cargó de cadenas.

Cansados los rebeldes de esperar á sus jefes, supusieron que les habian hecho traicion y corrieron desesperados á las armas, renovando la guerra.

Amilcar hizo avanzar contra ellos á sus soldados y á elefantes y los esterminó á todos.

Su número pasaba de cuarenta mil.

Esta sangrienta ejecucion consternó de tal manera á las ciudades rebeldes que todas se sometieron á la dominacion cartaginesa, excepto Túnez, donde aun se sostuvo Mathos.

Amilcar, acompañado de Hanibal y del nómida Naravasa se dirigió contra la ciudad contumáz.

Frente á los muros hizo conducir á Esendio, Autarito, Zarzas y á los otros siete jefes, que hizo crucificar á la vista de los sitiados.

Noticioso Mathos de que Hanibal vivia sin precauciones, hizo contra él una vigorosa salida, lo derrotó, se apoderó de él, lo atormentó rudamente, descolgó el cadáver de Esendio y lo crucificó en la misma cruz donde este acababa de espirar, inmolando además treinta de los mas ilustres cartagineses que habia aprisionado.

Por último, reconciliados Amilcar y Hanon, forzaron á los mercenarios á una batalla general donde estos fueron vencidos, quedando la mayor parte muertos en ella.

Hipona y Utica persistieron aun en su rebeldia no esperando perdon, pero pronto tuvieron que someterse á la dura ley del vencedor.

Así terminó esta guerra al cabo de tres años y cuatro meses, de crueldades, de barbarie y de impiedad.

Amilcar Barca y Hanon hicieron su entrada triunfal en Cartago llevando á Mathos y á sus compañeros encadenados.

Segun Polibio, estos desdichados animaron por espacio de largo tiempo, con sus gritos de muerte y su agonía, las fiestas y los espectáculos de Cartago.

LECCION XXVI.

Primitivos pobladores de España.

FERNANDEZ-GUERRA (D. AURELIANO): El Libro de San-toña. — FERNANDEZ-GUERRA: Cantábrico. — P. FIDEL FITA: Carta inserta en la Cantábrico.

Como el peregrino, que habiendo apenas emprendido un largo y difícil viaje, distinguiendo á lo lejos las humeantes cabañas del pueblo natal, aun á riesgo de prolongar la duracion de su fatigosa jornada, conmovido el ánimo, descubre su cabeza, dobla la rodilla, saluda á su amado hogar y á la tierra que guarda las cenizas de sus predecesores, así nosotros al consignar el sumarísimo bosquejo de la Historia Universal, llegado el momento en que España toma parte activa en el proceso de los acontecimientos humanos durante los tiempos antiguos, saludamos con el alma al noble país en que tuvimos la fortuna de nacer, por gracia de la Providencia y nos complacemos en trazar el boceto del heroico papel que ha desempeñado, unas veces puesto á la cabeza de las naciones, otras decadente, como todo lo humano, aunque pronto cual el fenix, á levantarse de entre sus cenizas, y siempre sufrido, noble y generoso.

España, como Grecia y como Italia, es una de las tres

grandes penínsulas en que termina por el Sur el continente europeo. Rodeado por el Mediterráneo y por el Océano hácia el Este, hácia el Sur y hácia el Norte, y separado del resto de Europa por la altísima cordillera pirenaica, debe su existencia, como nación, á leyes naturales; está destinado á ser perpétuo asiento de un pueblo dotado de vida propia, sin que haya jamás que temer para ella la suerte de la heroica Polonia, falta de fronteras indisputables; el inmediato destino de los Principados Danubianos, presa de poderosos vecinos, ó el que acaso aguarda á la rica Bélgica frontera de alhedaños poderosos.

Estas condiciones de existencia natural y propia, que España debe á su conformacion geográfica, esta ley de unidad, hállase contrariada por su estructura interior, opuesta á aquel principio.

En efecto, surcada nuestra patria por altas cordilleras de montañas, atravesada por rios de curso prolongado y de cauce profundo, aquellas y estas forman, dentro de su suelo, como las naturales fronteras de diversos estados; causas eficacísimas de su variedad, dentro de su unidad, que son, digámoslo así, como la clave de su historia.

Así, apenas comienza á alborear la luz de la que es testigo de los tiempos, vemos á la península española ocupada por naciones diversas en origen, idiomas, costumbres é instintos; siglos y siglos trascurren y aun viven en ella sin confundirse; terminase la siete veces secular lucha contra los islamitas y á ella sobreviven aquellas nacionalidades; los Reyes Católicos dan feliz remate á su obra de unidad y, á pesar de ella, no mueren las antiguas razas; pasan sobre España el subyugador y glorioso estandarte de la casa de Austria y el poderoso nivel de la Borbónica y á pesar de ellos aun se conservan intactos el tipo del cántabro, del astur, del galaico, del contestano,

del edetano, del bastitano, del bástulo-fenicio y de las naciones todas que ya nos pintan con gráficos colores Estrabon y los geógrafos é historiadores, así griegos como romanos.

Esta variedad y esta unidad son las que, segun hemos dicho, esplican á maravilla la historia de España, tan fácil de ser invadida en los primeros momentos, como imposible de ser definitivamente sojuzgada.

Así el árabe se apodera de la península mediando escasa resistencia, y cuando debe considerarse á Europa presa definitiva del fanatismo musulman, España y Europa deben su salvacion á un puñado de no vencidos astures que enricados en las montañas pátrias, inician la incomparable epopeya de la reconquista; y así en los tiempos modernos, vencido uno y otro ejército español, el espíritu provincial libra igualmente á España y á Europa de ser presa definitiva de las águilas napoleónicas.

Me atrevo á sospechar que el nombre primero de nuestra pátria fué el de *Iberia* que debió á la raza ibérica, dominadora en ella por completo durante largo tiempo: pareceme que los fenicios la llamaron *Spania* de Span que vale en su lengua tanto como oculto, region lejana escondida para ellos en los extremos del orbe: que los griegos la apellidaron *Hesperia* de Hespero, lucero de la tarde, país occidental, y los romanos *Spania*, que significa, á la vez, conejo (*Spania cunicularia*), razon por la cual está nuestro país representado en el reverso de una conocida moneda del emperador Adriano por cierta matrona que tiene al lado uno de estos roedores.

Dijimos al comenzar la leccion XII que ciertas tribus, separándose de la gran familia arya en las faldas del Paropamisio, se encaminaron por las orillas del lago Oxio y el mar Hircano, y se establecieron en la desembocadura del Daix; y

que otras, de la misma familia, que viajando por distintas vías, (Sur del Euxino), se habian detenido en la Sapiria y la Colquida, unidas despues á parte de las primeras, avanzando por entre las estribaciones meridionales de los montes Bastarnicos y el Ister, fueron sucesivamente poblando la Grecia, la Italia, la Germania, las Galias y la España, donde encontraron á otras de su misma raza, que por el Asia Menor habian penetrado antes que ellas en Europa.

Clarísimos testimonios del muy prolongado viaje de estas gentes son los nombres de *Iberus* de un rio de la Sangarida, del *Ebrus* de la Mesia, del *Hebro* de la Tracia, del *Iber* dado al Rin por Nono, del *Tiber* que guarda el mismo nombre, de la sierra de Aralar por cima de la Borunda, que recuerda las célebres montañas de la Armenia, el rio Araxes de Navarra que es el propio del Araxes frontera de la Iberia asiática y de la Media; el rio guipuzcoano Urumea que asi se llama como el lago persico, el Oria que antes se apellidaba Asturias, como uno de los afluentes del Tigris; el rio Cantebras tributario del Hidaspes que dió nombre en España á un pueblo valiente y heróico; las ciudades asirias, Deva, Degio y Maranda que corresponden á Deba, Degio y Miranda; los pueblos Iberingos situados en la media region de la India extragangética; los taporos lusitanos como los taporos massagetas; los Astaricanos que dieron su nombre á Asturias y los Pesticos que corresponden á las gentes avecinadas entre el lago Aral, el mar Caspio y los montes Oxios; el monte Vinnio ó Vindio que corresponde á la cordillera divisoria de las cuencas del Indo y del Ganges; los Concanos, Galaiicos, Astures y Cántabros que conservaban, al advenimiento de los romanos, religion, trajes, usos y costumbres de massagetas y gelonos; el *swasti*, signo comun á cántabros y á pueblos de raza arya, así en la India como

en Asturias y en las mas apartadas regiones del norte adonde se alongaron germanos y escitas, que se halla ora gravado en piedras runicas y gentificas, ora fundido en medallas de Córdoba, Acci y Carthago Nova ó al frente de las legiones en el estandarte imperial cántabro, ejemplos que se pudieran multiplicar hasta lo infinito con apelativos de torrentes, montañas, pagos, villares y nombres de cosas y de personas.

Creemos, pues, que los pueblos orientales de que hablamos en la ya citada leccion XII, despues de una estancia mas ó menos larga en las faldas meridionales del Cáucaso, se separaron en dos distintas direcciones, siguiendo los unos las orillas meridionales de Euxino y comenzando á poblar la Europa por la Tracia y por la Grecia, donde dejan, entre otros recuerdos de su paso, el nombre del rio *Iberus* y el de la ciudad de *Abdera*; los otros que se subdividen entre los Carpatos y el Ister y en caminándose al occidente pueblan tambien la Europa. Tal vez á estas gentes pertenecen los Bastieos de la Beocia; acaso sea colonia suya la ciudad de *Basta* situada en la Mesapia, entre *Idruntum* y *Castrum Minervæ*, como los pueblos bastarnicos de la propia region, y, en el término de su viaje, los *Vascitanos* de Tito Livio y el valle del Baztan en las raíces del Pirineo.

Tal vez siguiendo aquellos pueblos la direccion norte de la expresada cordillera, á la que dan el nombre de una de sus mas poderosas tribus (Alpes Bastarnicos), germen de una nueva invasion en España, establécense bajo el nombre de Bassianos y Bassinianos en la primera y segunda Panonia.

Iberos pues y otras tribus orientales fueron los primitivos pobladores de España; pero, como entre todas, eran las de aquellos las mas numerosas y las mas adelantadas

en cultura, sobreponiéndose á todas, extendieron en nuestro país su maravilloso idioma y dieron su nombre á la península entera, que retuvo sin embargo, como especial de ciertas tribus, el de algunas comarcas (los Bastitanos, los Mastienos.)

Para demostrar el poder de la raza ibérica en estas apartadas edades, consignaremos que autores de indisputable fama han dado á la Iberia límites tan varios como el Ródano (Estrabon II, *Scilax Periplo*) y la Galia Cisalpina (Suidas, en la palabra *ligústico*, Plutarco en Marcelo, Eschilo citado por Plinio XXXVII-2.) y el Eridano (Herodoto III, 254, número 115, Cluverio *Antigüedades Germánicas*, nota XLV de Wesseling, Plinio XXXVIII-20, Dionisio Alejandrino, Tácito en la *Vida de Agrícola*.)

Los celtas aquitanos, en tiempos ya muy adelantados, eran, segun testimonio de Estrabon, mas semejantes á los iberos limitrofes que á los lugdunenses. Toda España, aun la Septentrional, fué comprendida un tiempo bajo el nombre comun de Iberia (Strabon IV-1.). Al describir Polibio los países recorridos por Hanibal para hacer la guerra á los romanos, dijo que la parte de Europa que se extendia desde los Pirineos hasta el Ocaso y las columnas de Hércules, estaba bañada, por una parte del Mediterráneo, por otra del Mar Exterior, y que la porcion que corria hasta las columnas de Hércules se llamaba Iberia (Polibio IX.)

No es esta ciertamente contradiccion de los autores, sino espresion de diversos estados de España, invadida desde los primeros tiempos por las razas conquistadoras y por los pueblos navegantes de la antigüedad.

Plinio (Historia Natural, III-1.), citando á Márco Varron y anticipándolos á los demás pñeblos, afirma que los iberos poblaron en España.

Los iberos pues, llevando tal vez de avanzada á los bas-

titanos, penetraron en España por el valle del Baztan y por los afluentes del Ebro, acamparon en la orilla izquierda de este caudaloso rio, prosiguieron luego hácia el Sur, tocando en el Tader (Segura) y se fijaron desde aquí, por la desembocadura del Almanzora, hasta el Estrecho de las Columnas.

La posicion del valle del Baztan y la direccion de la Bastitania nos hacen, entre otras razones, adoptar esta hipótesis.

Diversos los bastitanos é iberos, aunque de la misma filiacion, dominaron los segundos en toda la península, salvo en lo que es hoy provincia de Múrcia y parte oriental y meridional de Andalucía, que ocuparon los bastitanos.

LECCION XXVII.

Primitivos pobladores de España. (Continuacion.)

Cuando mas sosegados se hallaban bastitanos é iberos, sobrevino otra gente que les hizo crudísima guerra.

Nos referimos á los galos, pueblo indo-seyta, como los iberos, que alcanzó gran fama en los primeros tiempos.

Eforo, que floreció como cuatro siglos antes de la era cristiana, asevera que los mas antiguos griegos daban generalmente el nombre de celtas á todos los occidentales, el de scytas á los septentrionales y el de ettopes á los pueblos del Mediodía, segun confirman Estrabon y Dionisio de Halicarnaso.

Procedian estas gentes de las grandes tribus que, segun dijimos, se separaron de los suyos entre el Ister y los Carpatos, y que anhelando poseer climas mas templados, se establecieron en la Sarmacia Europea, entre el Tanais y el Ister; países que ya conocian, divididos en scytas reales que vivian en las orillas de este primer rio;

sobre la Crimea los nomadas, y en las márgenes del Borystines hasta Kief los scytas agricultores; una de cuyas ramas, los cultivadores, vivia en las fuentes del Hispanis.

Desde aqui, en diversos tiempos, llevaron sus inquietas colonias, en la forma que refiere Plutareo (*Vidas de Mario y de Camilo*), hasta los extremos de Europa.

Pero tan importante suceso no aconteció de una vez, ni á seguida, sino en diversas ocasiones, como expresamente afirma el autor de las *Vidas de los Hombres Ilustres*.

Estos pueblos eran sin duda de raza indo-seytica, como lo demuestran el nombre de *Indica* dado á la capital de los indígetas, las costumbres massagetas en muchos de ellos: que hubo persas en España segun demuestra Varron: que los Vascos (Romey 1-12 y 15) eran indo-seytas, no hay para que dudarlo, así como que poblaron en España péscicos y astures.

En nuestra península habia un promontorio escitico (*Mela*) y gran número de sus pueblos y de sus comarcas tienen la terminacion en *stan*, propia de las gentes y territorios persas.

Sea de ello lo que quiera, estas nuevas razas, rebasando los Pirineos, penetraron en España, siguieron el curso del Duero y aquí poblaron, especialmente á lo largo de las costas occidentales, del Sur del Durio al Cúneo, desde cuyo promontorio estendieron sus conquistas hasta las costas de lo que mas adelante se llamó Bastulo-fenicia y aun mas por el interior, al mismo tiempo que otras tribus, siguiendo las corrientes del Sicoris y del Ebro, luchaban con los pueblos cerca de ellas establecidos.

Tales sucesos debieron producir gran movimiento en las diversas naciones que habitaban la Iberia, y acaso de entonces data la emigracion de los Sicanos que, pasando los

Pirineos y las Galias, poblaron en el Sur de la Italia y en Sicilia (Diodoro citando á Filisto; tomo 1.º 6-334; Estrabon con testimonio de Eforo, VI; Dionisio de Halicarnaso, lib. 1.º; Solino, Silio Itálico, Cluverio en la *Sicilia Antigua*).

Todo esto acontecia como XVI siglos ántes de la era vulgar.

Los celtas, extendiendo sus conquistas por el Norte hasta las orillas del mar cantábrico, confederáronse con los iberos en el centro de la península, recibiendo por ello este pais el nombre de *Celtiberia*. La raza euskara conservose independiente de todo contágio en ámbas faldas de los Pirineos y en los paises limítrofes. (Diodoro lib. 5.º, Apiano *Ibéricas*.)

Apercibíase en tanto un nuevo elemento de civilizaci6n para la Península.

Despojados los cananeos por los irraelitas de sus ciudades del interior, rebosaron de habitantes las ciudades marítimas de la Fenicia y numerosas colonias salieron de aquellas costas en busca de nueva pátria.

A ser cierta la narracion de Procopio, puede afirmarse que los más antiguos establecimientos de los fenicios en España se deben fijar entre los años 1450 y 1400 ántes de nuestra era, de cuya época datan sus primeros establecimientos en Carteya, en Abdera y en Malaca.

Así las cosas y transcurriendo dos tiempos, asoma aun otro poderoso elemento de civilizaci6n para la Península el cual marcha siempre en direcci6n contraria al fenicio, avanzando ámbos de puntos tan contrapuestos como las cercanías de Tartesso y el golfo de las Galias.

Nos referimos á los focenses que hacia el año 600 ántes de J. C., fundaron á Marsella.

La superabundancia de poblaci6n en los estados de

Ambigato dió lugar á las emigraciones de Beloveso y de Sigoveso que tantos trastornos produjeron en los paises cercanos, lanzando de sus ordinarias residencias á las tribus próximas é imprimiendo un movimiento de empuje que se habia de sentir en tierras extrañas á la ambici6n de los sobrinos de Ambigato.

El establecimiento de los volseo-tectésagos en las tierras regadas por el Garona empujó á los celtas, moradores de la narbonense, las Cévenas y la Armorica, que, pasando los Pirineos, se precipitaron en España.

La marcha de esta segunda invasi6n céltica, que debe fijarse hácia el año 587 antes de J. C., acaso pueda señalarse desde Elusa ó Lusa, mansion en el Itinerario de Antonino, desde *Burdigala ad Summun Pirineum*, donde teniendo los nuevos celtas noticia de otros pueblos de su misma casta, establecidos de antiguo en España, se encaminaron por las radees septentrionales del Idábeda, en el pais de los Váecos y por el curso del Duero, donde se confundieron con sus hermanos, dueños de la Lusitania.

De esta segunda invasi6n quedan no pocos recuerdos en algunas de las naciones que en lo antiguo dividian á nuestra pátria.

Como no podia menos de acontecer, tan extraordinarios sucesos dieron nuevo impulso al espíritu conquistador de los primitivos celtas que lucharon con las naciones ibéricas, y estendieron sus posesiones.

Distinto era en verdad el aspecto que presentaban las costas orientales visitadas por colonias del Asia occidental.

Efecto de este espíritu de ambici6n y de conquista, fué sin duda la contienda entre los pueblos célticos que habian avanzado hasta la Turdetania y la colonia fenicia de Gades, contienda que iba á traer á España otro pueblo de la misma geanalogia que este, pero qué, conservándo

su índole comercial, se había contaminado con el espíritu guerrero de los libios habitantes del Atlas. Nos referimos á los *penos* que habían fundado un imperio poderoso en Africa.

Faltos de fuerza ó de espíritu militar los emporios asiáticos de España, y acometidos por las feroces tribus que con ellos limitaban por el Occidente, llamaron en su auxilio á los cartagineses, los cuales se precipitaron armados en la península, pelearon, vencieron y, cautivados del país, se establecieron en él, no sin hallar resistencia por parte de la metrópoli Tiria.

Con ocasion del sitio de Gades, segun Vitrubio (10-19), inventaron los cartagineses una de las mas terribles máquinas opugnatorias: el ariete.

La llegada de los cartagineses á España puede colocarse en el siglo VI antes de J. C., entre los años del mundo 3.415 y 3.460.

Muy en breve se apoderaron los penos del cordon de ciudades que se extendian desde Cádiz hasta Málaga, tan florecientes en los tiempos de la cultura fenicia.

Tras de varios sucesos y no escaso número de años, las conquistas pusieron á los cartagineses en peligroso contacto con las colonias griegas del Mediterráneo, que por este motivo se hicieron fieles aliadas de Roma preparando la causa de lá catástrofe de los penos y la dominacion de los latinos en la península ibérica.

Tal es la hipótesis que racionalmente puede establecerse, á falta de otra mejor, sobre *los primitivos pobladores de España*.

LECCION XXVIII.

Nociones geográficas de la España antigua.

(Flórez: España. Sagrada-Medallas.—Gran: Sumario de las antigüedades romanas.—Cortés: Diccionario de la España antigua.—Hübner: Corpus Inscriptionum.—Fernandez-Guerra: Cantabria.—Rada y Delgado, y Fernandez-Guerra: Antigüedades del Cerro de los Santos.)

Del resto de Europa separan á España los montes Pirineos (Pyrinei Montes), que extendiéndose de Este á Oeste por espacio de noventa y dos leguas próximamente forman su natural frontera por la parte del Septentrion.

Esta cordillera, dilatándose hácia el ocaso, toma los nombres, primero de Sierra de Aralar y luego de Andía, entre Guipúzcoa, Navarra y Alava; entre Vizcaya y Búrgos el de Sierra Salvada; entre Santander, Búrgos y Palencia, el de Sierra de Sejos y Sierras Albas; entre Astúrias y Leon el de Sierra de Pajares y de Peñamarella, que desde el puerto de Ceredo á Reinosa se llama Pirineos Asturicos ó Montes Cantábricos.

Del puerto de Pajares se desprenden, con direccion Sudoeste, las Sierras de Elstredo y del Puerto.

Tales montañas se ramifican en distintas direcciones con los nombres de Sierra Loba, de Monte Testeyro, de Sierra de Jérez, de la Culebra, de Maraon, de Rebordeos etc., cuyas últimas estribaciones y contrafuertes combaten las embravecidas olas del Atlántico.

En el monte Vindio, entre las fuentes del Ebro (Iberus) y del Pisuerga (Pisorica), arrancan las que luego, hácia el alongado extremo oriental, se llaman Sierras de Molina, de Cuenca y Albarracín (cordillera del Idubeda), no sin que antes levante sus nevados riscos el Moncayo (Mont-Canus), entre los pueblos Pelendones, Arevacos y Celtiberos.

Sobre Segoncia, en las fuentes del Tajo, se desprende otra gran cordillera de que forman parte Somosierra, las de Grados, de Francia, de Gata y de la Estrella que penetran en Portugal y mueren en la Sierra de Cintra y en el cabo de Roca.

En los montes de Toledo (Oretanos) nacen otras importantes sierras; el monte Herminio que dirigiéndose de Este á Oeste (Sierras de Guadalupe y de San Mamed, Mons Medullius), al penetrar en Portugal por Portalegre se inclinan súbitamente hácia el Sur, se incorporan á la Sierra de Monchique de Caldeira, en el país de los Cynetes (Algarbe) y rematan en el cabo de San Vicente (promontorium Sacrum), centinela del Océano.

En el extremo sur de la Sierra de Alcaraz comienza por el oriente la Sierra Morena (Mons Marianus).

El Orospeña tiene humilde principio en Almansa y Chinchilla; írguese ya en las tajadas Sierras de Alcaraz, Segura y Cazorla; estiende sus brazos hasta el Campo Espartero, elevase en la Sagra de Huéscar y se dilata por el mediodía de España hasta las Columnas de Hércules, comprendiendo todas las sierras que desde el Jucar tien-

den su espesa red hasta Gibraltar. Tal es el Orospeña, defensa de la Bastitania que por ella tomó aquel nombre en tiempo del godo Leovigildo.

El Salto Tugiense comenzaba en Toya (provincia de Jaén) y terminaba en Cerro-Gordo, en el confluente de las provincias de Almería, Murcia y Granada.

Entre las sierras notables del Mediodía de la España mencionaremos aun los montes Ilipulitanos y el Solorio (Sierra Nevada) con su corona de perpétuas nieves.

Estas cordilleras, que forman las divisorias de las cuencas de varios ríos de cauce más ó menos profundo, terminan en diferentes cabos.

He aquí los principales cabos ó promontorios de España: el Higuero (Prom. Oeuro) en el extremo del linde de Francia, por el Oeste (Guipúzcoa); el Machichaco y el Vilano, en Vizcaya; el Quejo, Ajo, Galizano, Menor y Mayor y Oyhambre, en la provincia de Santander; el Lastres, el de Torres, el de Peñas (*prom. Scythicum, seu Cypresium iugum*), el Negro, Vidio, Bustos, S. Agustín, Blanco y San Sebastian, en Asturias; los de Mora en la de Lugo; el de Varis, el de los Aguillones y el Ortegale (prom. *Trileucum*); el Prior y el Prioriño, el de S. Adrián (prom. *Solis*), el Tosto, el Vilano (prom. *Nerium*) el Torinana, el de la Nave, el de Finisterre (prom. *Artabrum*), el de Corrubedo (prom. *Corrubium*) en la Coruña; el Silleiro (prom. *Orubium*) en la de Pontevedra; el Mondego, el Carboeiro (Sierra y promontorio de la Luna), el Roca (prom. *Magnum*), el Espichel (prom. *Barbarium*); el de Sines, el de Sardao, el de S. Vicente (prom. *Sacrum*), el Carboeiro, el de Santa María (prom. *Cuneum*), en Portugal; el de la Puntilla, el Koche y el Trafalgar (prom. *Junonis*) y el Plata, en la provincia de Cádiz; el de Sacratif, en la de Granada; el de las Sentinas (prom. *Charidemum*) y el de Gata, en la de

Almería; el Negrote y el de Palos (*prom. Scombrarium*) en la provincia de Mérida; el Roig, el Cervera, el de Santa Pola, el Huertos, el de la Nao, el de San Martín y el de San Antonio (*prom. Dianium*), en la de Alicante; el Cullera y el Canet, en la de Valencia; el de Oropesa (*prom. Tenebrium*), en la de Castellón; el Tortosa, el de la Liga y el Salou en la de Tarragona; el de San Pedro en la de Barcelona; el de Tossa (*prom. Lunarium*), el de San Sebastián, el Blanco, el Ragur, el Aiguafreda (*prom. Celebandieus?*), el Entrera, el Norfeo, el de Creus (*prom. Afrodisiium*), el Raso, el Llado y el Cervera, límite de Francia, por la Galia Narbonense, en la de Gerona.

Entre sus golfos y mares eran los más notables el Cantábrico, de Vizcaya ó de Gaseña; el de Huelva; el mar comprendido entre el estrecho de Gibraltar y el cabo de Gata que apellidaron Iberico griegos y romanos; el fondeadero de Balerna, entre el cabo de las Sentinas y el río de Adra (*Golfo Virgíano*); el Golfo de Almería, entre la punta de Santa Elena y el cabo de Gata; el de Vera, que los antiguos apellidaron *Mástieno* y los naturales *mar de Amilcar*, entre los cabos de Gata y el de Pálos; el Mar Menor, en la provincia de Mérida; el Ilicitano, entre los cabos de Pálos y de la Nao; el Sucronense, entre el cabo de la Nao y la desembocadura del Mijares (Uduba); el golfo de Ampola, en la de Tarragona, y el de Rosas, en la de Gerona.

Entre los ríos más célebres, se cuentan el Miño (*Minus*) que desemboca en el Atlántico y sirve de frontera entre España y Portugal; el Duero (*Durius*), que después de recorrer varias provincias de España y Portugal, tributa sus aguas al Atlántico en Oporto; el Tago (*Tagus*), que naciendo en el país de los Lusones, baña los muros de Lisboa antes de perderse en el Atlántico; el Guadiana (*Anas*)

encerrado entre los montes Erminios y Marianos, sujeto dos veces por los arenales y las montañas, humillándose una y confundiéndose en el suelo, y saltando otra embrevado entre las rocas; el olivífero Guadalquivir (*Bætis*), que, naciendo en la sierra de Auxin, fertiliza las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla, recibiendo en ellas, entre otros afluentes, al Guadiana Menor; el Guadalimar, que baña los muros de *Cástulo*, la ciudad querida de Hanibal, el Guadajoz (*Salsum*) célebre en las guerras de César y los hijos de Pompeyo, y el famosísimo Genil (*Singilis*), que acaba en Sanlúcar de Barrameda; el Guadalete, en la provincia de Cádiz, en cuyas márgenes cayó, víctima de traidores, el imperio de los visigodos en España.

Entre los ríos que tributan sus aguas al Mediterráneo, hallanse el Segura (*Tader*), que fecunda las provincias de Albacete y Mérida; el Júcar (*Sucro*) que muere en el golfo de Valencia (*Sucronense*); el Guadalaviar ó Túria, que riega los mágicos jardines de la ciudad del Cid; el Ebro (*Iberus*), que nace en las faldas del Vindio y acaba en la provincia de Tarragona, y el Llobregat (*Rubricatus*) que desaparece en el mar, cuando ha fecundado el país de los *Lalitanos* (parte de la provincia de Barcelona).

Pocas islas existen cercanas á España que tengan verdadera importancia: las principales se encuentran en el Mediterráneo, por lo cual solo nos ocuparemos de estas.

Las islas Baleares que dan nombre al mar situado entre ellas y las costas de España (mar Balearico), constituyen un hermoso grupo formado por Ibiza (*Ebusus*) que tiene al Sur la de Formentera (*Ophiusa*) y ambas se llamaban Pytyusas; Mallorca (*Maior*) con la de Cabrera (*Capraria*), al Sur; la Dragonera (de Hanibal) al Oeste, y la de Menorca (*Minor*), con alguna otra sin importancia.

LECCION XXIX.

Nociones geográficas de la España antigua. (Continuacion).

(FERNANDEZ-GUERRA: Cantábrico.—SAAVEDRA. (Don Eduardo) y FERNANDEZ-GUERRA: Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia.—SAAVEDRA: La antigua Murgi y los límites de la Bética).

Algunos viajes felices de aventureros pertenecientes á los pueblos navegantes y comerciales de la antigüedad, dieron fama á nuestra patria en días remotísimos, por lo que en breve llegó España á ser para los ribereños del Mediterráneo y sus vecinos lo que en el siglo XVI la América ó la California en el actual; el país de los arroyos de plata, del oro nativo, de las piedras preciosas y de las rápidas fortunas.

Ya hemos dicho de que manera entendemos que fué poblada nuestra península: ahora nos toca dar á conocer, aunque sumariamente, el estado en que la encontró Roma en cuyas [manos va á] concentrarse el imperio del orbe.

Cinco grandes divisiones de España se conocen pertenecientes á la *Edad Antigua*.

Primera: *Citerior y Ulterior, Cisibérica y Transibérica*, comprendiendo la Cisibérica ó Ulterior á Astures, Cántabros, Vaceos, Oretanos y Bastitanos y hasta el Pirineo y los Indigetas: data esta particion del año 197 antes de J. C.

Segunda: en el año 27 despues de J. C., 727 de la fundacion de Roma, dividió Augusto la Iberia en tres provincias; *Tarraconense, Lusitania y Bética*.

Tercera: en días de Caracalla partiose en cuatro; *Tarraconense, Gallaecia; Lusitania y Bética*.

Cuarta: Constantino (año 332) la regionó en cinco; *Tarraconense, Cartaginense, Gallaecia, Lusitania y Bética*.

Quinta: bajo los hijos del gran Teodosio (año 395) fué dividida en seis partes; *Balearica, Tarraconense, Cartaginense, Gallaecia, Lusitania y Bética*.

Lástima que Estrabon y Plinio, excusándose con lo bárbaro de los nombres, no nos hayan legado el cuadro completo de los pueblos que ocupaban la Iberia en las primeras edades.

A Iberos y Celtas se habian agregado en los tiempos que la invadieron los romanos, fenicios, tirrenos, tuscios, griegos y cartagineses que generalmente ocupaban puntos importantes del litoral.

Eran los Turdetanos los pueblos mas poderosos de la Bética, y segun testimonio de Estrabon, poseian leyes escritas en metro que tenian seis mil años de antigüedad: ó mejor, constaban de seis mil versos, y hay juicioso escritor que cree ser esta coleccion copia de uno de los libros de Salomon, perdidos en la cautividad de Babilonia.

Desde la orilla izquierda del Tajo al Guadiana, habitaban los célticos; en la estrecha cinta entre la sierra de Caldeira, y el Atlántico los Cuneos; entre el Tajo y el Duero los Lusitanos; el resto del país Lusitano, comprendido entre los montes Herminios y el Duero, lindando por el Este con los Arevacos y Carpetanos, lo poblaban los Vetones. Entre el Duero y el mar Cantábrico vivian los Galaiacos, confederacion de pueblos entre los que eran más señalados los Brácaros al Sur, los Gravios sobre el Miño, los

Lucenses entre el Ulla y el Támara y los Artabros que ocupaban la parte mas Norte del territorio Galaico. Tolomeo divide á los galaicos en dos grandes ramas, Brácaros y Lucenses: desde el rio Navia al Xalon habitaban los Pé-sicos; los Astures limitaban al Este y al Sur con los Cántabros y los Vaceos, al Oeste con los Galaicos y los Pé-sicos, al Norte con el Cantabria y se dividian en Augustanos al Sur y Trasmontanos ó Lucenses al Norte. El Golfo de Gascuña bañaba las costas de la Cantabria, que ocupaban desde la ria de Villaviciosa hasta el Oriñon, desde las cercanías de Infiesto y Pola de Laviana hasta el Puerto de los Tornos y comienzo de los montes de Ordunte; desde Lillo á muy cerca de Medina de Pomar y desde junto á Saldaña, en Pedrosa de la Vega, hasta Pedrosa del Páramo, junto á Sasamon, Pedrosa del Rio Urbel, Padrones de Bureba, Terminon y Oña. Este territorio estaba poblado, segun Plinio, por siete tribus habitantes de nueve territorios que reconocian por capitales á *Octaviolca, Cóncana, Orgenomesco, Vadinia, Juliobriga, Conisco, Camárica, Véllica y Móreca*: segnian á los Cántabros los Berones entre el Iber y el Idubeda, que alcanzaban por el Sur á los Pelendones, lindantes por el Oeste con Cántabros y Turmogios y por el Este con Vardullos y Vascones.

Entre los Berones eran de notar los Autrigones desde el Ebro al Cantábrico: los Vardullos lindaban al Este con los Vascones y en su territorio se hallaban los Caristinos, asi como entre los Celtiberos, los Pelendones y los Vardullos, entre los Verones y Pelendones, Cerretanos é Ilergetes, se hallaban los Vascones.

Encaminándose al Este, encajonados entre el Ebro y los Pirineos, seguian los Iacetanos, los Voleiones y los Ilercaones que tocaban por el Oeste al rio Palliarensis, afluente del Sicoris.

Partido su territorio por este último rio y el Llobregat (*Rubricatus*), en las faldas meridionales del Pirineo, vivian los Cerretanos.

En el extremo Noreste de la península comenzaba una serie de pueblos, entre los que debemos consignar, de Norte á Sur, á los Indigetias, Castelanos, Ausetanos, Laletanos, Cosetanos, Ilercaevones, Suesetanos y Turdetanos, que tocaban la márgen derecha del Turia.

Los Carpetanos ocupaban casi todo el territorio de las actuales provincias de Segovia, Madrid y Toledo.

Los Celtiberos, en su sentido estricto y propio, lindaban al Norte con los Berones y Vascones, al occidente con los Pelendones, los Arevaos y los Carpetanos, al Sur con los Oretanos y algunas ciudades pertenecientes á Bastitanos y Beitanos y por el Oriente con la cordillera del Idubeda.

En la confederacion celtibera se contaban los Lusones en las fuentes del Tajo; los Arevaos en las del Duero los Pelendones que se estendian desde el Moncayo (Montcaunus) por el Occidente á uno y otro lado del Idubeda, y los Oleades, vecinos de los Carpetanos.

En las orillas del Mediterráneo, desde el Suero á las fronteras de la Bética, habitaban los Contestanos: los Bastitanos se estendian desde el Orospea al golfo de Almería: los Oretanos lindaban al Norte con el rio Anas, al Este con la Bética, al Sur con la Bástulo-Fenicia y al Este con la Bastitania.

El Guadiana (*Anas*), en toda su extension, señalaba el lindero de la Bética por el Norte y el Ocaso: esta region se avvicinaba al Oriente con la Oretania, era limitrofe de la Ossigitania en el punto en que el rio Guadalbullon tributa su caudal al Guadalquivir; bajaba por este último rio en busca del Herrumblar; encaminándose al Norte, dejaba á la

derecha á Cástulo; saltaba la Sierra Morena, buscaba el Guadiana hácia el lugar en que este rio recibe las aguas del Jabalon, y ya desde aquí, el *Anas* servia á esta region de frontera septentrional y occidental.

La Bética estaba ocupada por varios pueblos entre los cuales se hallaban los Beturios, entre el Guadiana y Sierra Morena, divididos en Beturios célticos al Oeste y Beturios Túrdulos al Este; los Túrdetanos Béticos y los Túrdulos que tenian por capitales, los primeros, á Hispalis (Sevilla) y los segundos á Córdoba (Córdoba); los Bástulo-fenicios, en el litoral, comprendidos entre la desembocadura del Guadíaro (Barbesula) y Murgi.

La Bética, adscrita al Senado en tiempo de Augusto, estaba gobernada por un Pretor, un Questor y un Legado.

La descripeion curiosísima de los pueblos que los romanos encontraron establecidos en España, de sus conventos jurídicos, de sus colonias y municipios, de sus grandes vías militares, la parte verdaderamente amena de la Geografía Histórica de nuestra pátria, no son propias de la índole de estas LECCIONES.

LECCION XXX.

Segunda guerra púnica.

(CESAR CANTÚ: Historia Universal. — J. YANOSKI: Historia de la segunda guerra púnica).

Soñando Roma y Cártago en el imperio del mundo, representantes ambas de dos razas enemigas, repúblicas las dos y por consiguiente turbulentas, ambiciosas y soñadoras, fácil era preveer que la paz con que terminó la primera guerra púnica, no habia de ser mas que una tregua.

Perdido por Cártago el señorío del Mediterráneo, anheló compensar en otra parte sus quebrantos, y para ello puso sus ojos en España, como fecundo venero de riquezas plantel inagotable de heróicos soldados.

Ya hemos visto como habia comenzado el establecimiento de los cartagineses en España.

En 596 los vemos unidos por medio de un tratado á diversos pueblos españoles que les proporcionaron buen número de auxiliares que sostuvieron el honor de sus armas en Sicilia.

Insistiendo Cártago en su propósito de prepararse para nuevas guerras con Roma, envió á Gades con sus mejores tropas á Amilcar Barca.

En los dos primeros años de su mando, este ilustre caudillo recorrió la Bética, la Bastitania y la Contestania, sojuzgando estos países. Avanzando en su expedición llegó á los límites de Sagunto, donde recibió una embajada de este pueblo que tuvo que respetar como aliado de Roma.

El bienio terminó avanzando Amilcar hasta las orillas del Ebro.

En este tiempo Amilcar fundó la ciudad de Barcelona, en cuyo nombre se conservó el de la familia del inmortal caudillo (Bareino, de los Barcas), aunque no falta quien sostenga que, siendo el pensamiento de Amilcar, á Hanibal pertenece esta gloria.

Istolacio y un su hermano que, acaudillando á los Celticos del Cuneo y á algunas tribus turdetanas, se opusieron á Amilcar, fueron derrotados y muertos con sus principales amigos: los lusitanos y los vetones que en número de cincuenta mil pelearon con el cartaginés, fueron igualmente vencidos por la superioridad de la táctica púnica; pero dejando tan asombrado de su valor personal al caudillo africano, que dió franca libertad á mas de diez mil prisioneros, aunque crucificando á Indortes.

Amilcar se dirigió entonces contra Hélice.

Olcades, Oretanos y Vetones, acudieron en socorro de la ciudad sitiada.

Orison, caudillo de uno de los pueblos vecinos, aparentando que se unía á los cartagineses, animó á Amilcar que presentó la batalla á los españoles.

Los celtiberos prepararon una gran cantidad de carros, ataron á la cabeza de las yuntas que los conducían haces de materias inflamables, y cuando estas ardían, saliendo los animales ébrios de dolor, atropellaron al ejército cartaginés, cuya derrota completaron los españoles.

Amilcar, después de hacer prodigios de habilidad y de

valor, murió al pasar el río cereano, derribado por su caballo.

Los restos del ejército púnico se salvaron en Acra Leuké, donde fué proclamado sucesor de Amilcar su yerno Asdrubal.

Nueve años había durado el mando de Amilcar Barca en España.

Rehaciendo Asdrubal las tropas cartaginesas, fortificado con los auxilios de Cartago y con la admisión de mercenarios, se apoderó de Hélice, venció y dió muerte á Orison, derrotó á los Olcades y procuró atraerse voluntades en los pueblos situados al Sur de estos territorios.

Realizadas estas cosas, el cartaginés quiso asegurar su poder, fundando una ciudad en situación ventajosa para la consecución de sus proyectos, á propósito para comunicarse fácilmente con la metrópoli, y en el país de los Contestanos, en el Campo Spartario, casi en el centro de las costas orientales de España, fundó á *Cartago Nova* (Cartagena).

Por espacio de casi ocho años estuvo Asdrúbal rigiendo á España, al cabo de los cuales vino á morir á manos de un esclavo galo que vengó la muerte de su amo, dando de puñaladas á Asdrúbal (222) al pie de los altares.

Amilcar Barca había traído consigo á España á su hijo Hanibal, de edad de nueve años, al cual hizo jurar odio eterno á los romanos en el altar de Melearte. Este jóven, que á la muerte de Asdrúbal contaba veinte y seis años de edad, que había crecido en los campamentos, educado en la escuela práctica de su padre y de su hermano, fué aclamado como jefe por los cartagineses.

Hanibal dió muestra de sus talentos militares apoderándose del país de los Olcades y venciendo un ejército de cien mil hombres que estos le opusieron unidos á los car-

petanos y á los Vascos, con lo que, exceptuando el territorio de Sagunto, la España transibérica entera estaba bajo su dominacion.

Fuerte ya con el dominio sobre naciones tan belicosas, unido á una de las familias mas pudientes de la Oretania por su enlace con Imilce, acaudalada señora de Cástulo (Cazlona, á una legua de Linares á la márgen derecha del Guadalimar), se decidió á ultrajar resueltamente á Roma en la mas querida de sus aliadas.

Questionaba Sagunto con sus vecinos los de Túrbula sobre límites, cuando estos pidieron el auxilio de Hanibal, que citó ante sí á ambos contendientes.

Los saguntinos, no reconociendo el arbitraje del cartaginés, se quejaron á Roma que mandó á España á P. Valerio Flacco y á Q. Bebio Tamphilo para que hablaran á Hanibal, encargándoles que si este no cesaba en sus hostilidades, demandaran en Cartago la persona del hijo de Amilcar Barca como infractor de los tratados.

Hallábase Sagunto enclavada en el territorio edetano (Ptolemeo), á corta distancia del mar (Plinio), en el golfo Sucronense, fecundados sus campos por el Suero (Mela); era la sétima mansion en el camino militar de Tarraco á Cartago Spartaria y debia su fundacion á griegos de Zazinto y á rútilos de Ardea.

Hanibal, al frente de un poderoso ejército, atacó la ciudad por tres puntos á la vez, aportillando la muralla con los arietes protegidos por las vineas, y usando de todos los medios que ponía á su disposicion el arte de la guerra.

Los heroicos saguntinos sustituian con sus pechos la muralla derribada y hacian grandes estragos en los cartagineses con la terrible *falárica*.

Peleábase con tan feroz encarnizamiento, que el mismo

Hanibal, al frente de los suyos, fué herido de dardo en una pierna, cayendo al suelo con la violencia del golpe.

En este tiempo desembarcan los legados de Roma, que rechazados por Hanibal, se encaminan á Cartago, donde exponen sus quejas ante el Senado, siendo apoyados por Hanon, jefe de la fraccion contraria á Hanibal.

Rumores y gritos de ira acogían las palabras del enemigo de los Barcas, cuando Q. Fabio, alzando el extremo de su toga, se adelantó exclamando:—*Aquí os traigo la guerra ó la paz; escoged*. Los Senadores respondieron indignados: *Danos lo que quieras*, y Fabio entonces soltando el extremo de la toga, exclamó:—*La guerra*.

Despues de ocho meses de asedio, los saguntinos, haciendo una inmensa hoguera, quemaron cuantas riquezas pudieron haber á las manos, rechazaron las condiciones del sitiador, hicieron una terrible salida en la que todos murieron matando, y las mujeres que desde el muro contemplaban el desastre, se dieron á sí mismas la muerte de diversas maneras, matando antes á los niños que alimentaban á sus pechos.

Tras de la toma de Sagunto Hanibal se retiró á Cartago Nova, donde despidió sus tropas, citándolas para la primavera siguiente.

En el tiempo señalado, el previsor Hanibal mandó soldados que defendieran á Cartago, reunió su ejército, dejó en Castulo á su muger Imilce y á su hijo Haspar, confió la defensa de España á su hermano Asdrubal con un ejército de quince mil hombres, africanos, ligurios, libio-fenicios y numidas, encomendó la defensa de las costas á sesenta y dos galeras, y salió de Cartago Spartaria al frente de un ejército compuesto por su mayor parte de españoles.

Confió once mil hombres á Hanon para que defendiera el paso del Ebro y los Pirineos y desembarcó en la Galia,

donde sostuvo algunas luchas que terminaron con un tratado de paz, cuyas dificultades habian de resolver las mujeres galas.

Fué tan desastrosa la marcha de Hanibal que, á los cinco meses y medio de su salida de Cartagena, apenas quedaba la mitad de su ejército, cuyas pérdidas compensó con el auxilio de los galos, enemigos eternos de Roma desde la invasion de Breno, hasta el punto de que con su auxilio, al poco tiempo, Hanibal se hallaba al frente de noventa mil soldados.

Roma, ignorante de los propósitos del cartaginés, le opuso tres ejércitos.

P. Scipion quiso disputar á Hanibal el paso del Ródano; pero, habiendo llegado tarde para reaizar este propósito, cometió la torpeza de dividir su ejército confiando una parte de él á su hermano Cneo para que se encaminase á España, y él marchó á defender el paso del Pó.

Scipion sufrió el castigo de su imprevision, siendo derrotado en las orillas del Tesino, á cuyo desastre siguió el de Sempronio junto al Trebia y el de Flaminio en las márgenes del lago Trasimeno.

Afortunadamente para Roma, fué nombrado dictador Fábulo, que, excusando todo combate decisivo, debilitaba al cartaginés, no dándole punto de reposo.

Cansada la plebe romana de las dilaciones del dictador, achaque comun de los gobiernos democráticos, á quien motejó con el título de *El Tardo (Cunctator)*, entregó en otras manos los ejércitos.

Confiadas las legiones á los cónsules Paulo Emilio y Varron, este, abandonando la prudente conducta de Fábulo, luchó en Cannas (en la Apulia, á orillas del Ofanto), donde perdieron los romanos ochenta mil hombres, dos cues-

tores, veinte y un tribunos de las legiones, ochenta Senadores y uno de los cónsules, Paulo Emilio.

Hanibal, fortalecido con la defeccion de comarcas enteras de la Italia que abandonaron la causa de Roma, se dirigió á Capua que le abrió sus puertas y mandó á Cartago á su hermano Magon en demanda de tropas.

Justo es consignar, en honra de nuestros mayores, que los celtiberos, formando en lo mas recio de la batalla de Cannas su terrible cuña, rompieron por el centro el ejército romano y decidieron la suerte de la batalla, combatiéndolo por la espalda.

Los resultados de la derrota de Cannas fueron terribles para Roma.

La Galia Cisalpina se declaró resueltamente por los cartagineses, los pueblos de la Italia meridional prometieron á Hanibal numerosos auxiliares, así como la Apulia, la Messapia, la Lucania, el Bruccio y gran parte del Samnio y de la Campania.

Solo la Italia Central permanecia decididamente fiel á los romanos, que, en situacion tan desesperada, dieron increíbles pruebas de su invencible patriotismo.

Magon partió para Cartago, segun ya hemos dicho, con objeto de dar cuenta de las victorias alcanzadas y pedir al Senado refuerzos de tropas y otros auxilios.

Compareciendo el hermano de Hanibal ante el Senado, fué acogido con entusiasmo; pero ante la fria oposicion de Hanon, los refuerzos decretados de reclutas españoles y africanos, de elefantes y dinero, fueron poco menos que nullos, en tanto que el heróico Hanibal, en la Italia Inferior, lejos de los refuerzos españoles y galos, veia decrecer y amenguarse su poderío.

LECCION XXXI.

Segunda guerra púnica. (Continuacion.)

(TITO LIVIO: Decadas.—POLYBIO: Historia.—CESAR CANTU: Historia Universal.)

Dijimos que P. Scipion, al ver que no podia disputar á Hanibal el paso del Rodano, confi6 la mitad de su ejército á su hermano Cneo para que sostuviera la causa de los romanos en España.

Cneo derrot6 á Hanon y se apoder6 de la impedimenta del ejército de Hanibal que este le habia confiado.

Hecho esto, Escipion se acanton6 en Tarragona y Asdrúbal concentr6 sus fuerzas en Cartagena.

A poco los romanos se apoderaron de la armada cartaginesa, y se fortalecieron con numerosas alianzas entre las naciones ibéricas.

El senado romano, comprendiendo cuanto le importaba debilitar el centro de los recursos de Hanibal, envi6 á España á P. Scipion con nuevos refuerzos.

Reunidos Cneo y Publio, se encaminaron á la her6ica

Sagunto, donde se apoderaron de los rehenes españoles que en esta ciudad custodiaban los cartagineses, ganándose la amistad de los siempre impresionables pueblos españoles.

Reforzados por su parte los cartagineses con la llegada de nuevas tropas á las órdenes de Magon y de Almlcar hijo de Bomlcar, se dirigieron á Hiturgi (en el Cerro Cantero, á la orilla derecha del Guadalquivir, en el ángulo que forma el Herrumblar al tributar sus aguas á aquel rio), que socorrieron ambos Scipiones, derrotando á los sitiadores.

Publio y Cneo, confiados en el auxilio de treinta mil celtiberos, decidieron impedir la union de los tres ejércitos cartagineses para lo que dividieron sus tropas.

Publio se dirigió camino de Sagunto y de Cástulo y Cneo con diez mil romanos y los treinta mil celtiberos, para distraer á Asdrubal, se qued6 cerca del Ebro, apoyado en la ciudad de Anistorgis.

Solo quedaba Publio, contra los ejércitos de Magon y de Asdrubal Gisgon, cuando se vi6 atacado por Indibil y siete mil y quinientos suesetanos contra los que trab6 ruda pelea, en cuyo momento aparecieron los dos ejércitos de Magon y de Gisgon y la terrible caballería de Masinisa.

En tan apurado trance cay6 Publio herido mortalmente de un dardo en el costado, y allí, en las grandes asperezas del Salto Tugiense, donde el clarísimo Betis tiene humilde origen (Plinio), fué quemado el cadáver del general romano y, allí está su ignorada pira. Cneo, que tenia puesta toda su confianza en los auxiliares celtiberos, vi6se abandonado de estos y, queriendo reunirse á Publio, se encamin6 hácia Orsona.

Treinta y un dias despues de la muerte de su hermano, vi6se impensadamente Cneo atacado por los tres ejér-

bitos cartagineses reunidos y, comprendiendo entonces la realidad de su situación, procuró retirarse.

Alcanzado por la caballería nómada, se ació apresuradamente á un altozano fortificado con una torre. Los africanos, apoderándose del cerro, incendiaron la torre, donde Cneo pereció abrasado por las llamas.

Los restos de los ejércitos romanos fueron libertados por L. Marcio Séptimo que se puso al frente de ellos.

En los días de mayor apuro para Roma, inmediatamente despues del incomparable desastre de Cannas, cuando mas confianza inspiraba el estado de la guerra de España, llegaron tan desastrosas nuevas, conmoviendo hondamente los ánimos, pero sin abatirlos.

Roma envió por de pronto á España con título de pretór á Cláudio Neron (211) con un escogido ejército, quien, enterado de que Asdrubal regresaba de la Lusitania á la Bética, corriendo rápidamente para contrariar sus proyectos, disputándole el paso de los montes Marianicos, en un lugar apropósito, se situó entre Mentesa é Hiturgi en Lapidés Atri.

Lapidés Atri era llamado, segun mi conjetura, un paraje montañoso, abundante en ricas canteras de negrísima pizarra, situado como á una legua al Norte de Chiclana en la provincia de Jaén.

Ocupadas todas las salidas, se vió el astuto cartagines sin otra alternativa que la de entregarse al pretór ó morir, en cuyo trance Asdrubal mandó un caduceador al campo romano, ofreciendo á Cláudio que si lo dejaba salir con vida de aquel mal paso, le entregaría cuantas plazas conservaban á su devoción los cartagineses en España.

Oyó Neron con ánimo alegre tal propuesta, y, como fuera tarde, citose para convenir las bases del tratado, el día siguiente.

Asdrubal aprovechó la noche y la confianza de los romanos, haciendo salir parte de sus tropas por veredas asperísimas y solo conocidas de algunos de los españoles sus aliados.

El cartagines hizo de manera que al día siguiente tampoco se ultimara el concierto, aprovechando igualmente la noche, como la anterior y así las de otros sucesivos días.

La última noche fué utilizada por Asdrubal en salvar los elefantes y lo mas pesado de su ejército, operación que favoreció una espesa niebla que se prolongó hasta las diez de la mañana.

Despejada la niebla y apareciendo el sol en toda su brillantez, vió el pretór vacío el campo cartaginés, y aunque quiso alcanzar á los enemigos, no pudo lograrlo.

Este acontecimiento que narra Tito Livio para deplorar la *fides púnica*, ha sido incluido con razón por Julio Frontino en sus ingeniosos estratagemas.

En vista de este fracaso, Neron fué llamado á Roma y nombrado en su lugar P. Cornelio Scipion, hijo de Publio y sobrino de Cneo, que salió para España con un refuerzo de diez mil hombres y mil caballos.

El jóven general desembarcó en Tarragona (220), inspirando confianza á los cartagineses con su aparente ociosidad, pero madurando en realidad grandiosos proyectos.

Cuando ya los creyó suficientemente sazonados, salió calladamente, con veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, al amparo de su teniente Lelio que navegaba con las escuadras, sin apartarse de la cercana costa, y caminó tan de prisa que al sétimo día de su salida, él estaba al frente de Cartago Nova y Lelio, con la armada, en el puerto.

Allí supo entusiasmar á sus soldados, probándoles que el mismo Neptuno los auxiliaba en su empresa con el re-

flujo del mar. Así la ciudad fué tomada brevemente, entregándose Magon, que se había refugiado en la ciudadela, al mismo tiempo que Lelio se apoderaba de la armada púnica.

Era Cartagena, lugar de refugio de los ricos, centro del comercio, plaza de armas, arsenal, depósito de rehenes y todo cayó en manos del valeroso Scipion, dando un verdadero golpe de muerte á los cartagineses.

Político profundo, al mismo tiempo que hábil general, concedió generosa libertad á todos los prisioneros españoles, devolviendo intacta en su honor á cierta hermosa jóven prometida de Alucio, uno de los principales caudillos de la celtiberia, conducta generosa que le atrajo numerosos partidarios entre los impresionables españoles.

Prosiguiendo la guerra, después de la derrota sufrida por Asdrúbal en Helinga, retiróse este á los lugares cercanos al Tajo, desde donde, reuniendo un crecido ejército, marchó, en cumplimiento de las órdenes del senado cartaginés, para socorrer á su hermano Hanibal en Italia (208), quedando en España los tres generales Magon, Hanon y Asdrúbal, hijo de Giscon.

Lucio Scipion, hermano de Publio, se apoderó de Oringi (Aurigi ¿Jaen?) defendida por tropas cartaginesas.

Después de varios encuentros, avistáronse Asdrúbal Giscon y Scipion en los campos de Baeula (á una legua de Baeza, en las ruinas conocidas hoy con el nombre de Baezuela), alcanzando los romanos una gran victoria.

Cuando ocurrió la derrota y muerte de los Scipiones, muchas ciudades de España, abandonando la causa de los romanos, se declararon por los cartagineses, siendo entre ellas las más notables Iiturgi y Cástulo, diferentes en su defección, pues mientras Cástulo se limitó á cerrar sus

puertas á los fugitivos romanos, los ciudadanos de Iiturgi les dieron muerte.

Cástulo, que sitiaba Lucio Marcio, fué al fin perdonada, e Iiturgi, después de una heroica defensa, en la cual fué herido el mismo Scipion, quedó arrasada hasta los cimientos.

Fin parecido al de Sagunto tuvo Astapa, fiel aliada de los cartagineses.

Era tal la rapidez de la marcha de Asdrúbal, hermano de Hanibal, al encaminarse á Italia, que al comenzar la primavera del año siguiente al de su derrota, había llegado á Italia.

Eran cónsules en Roma Livio y Cláudio Neron enemigos mortales; de estos, el primero, marchó á oponerse al paso de Asdrúbal, y el segundo al Brucio en busca de Hanibal.

El pretor Claudio envió á Neron unos correos, por medio de los cuales le noticiaba la manera con que ambos hermanos cartagineses proyectaban reunirse.

Espantado el cónsul ante semejante riesgo, adoptó una resolución verdaderamente heroica.

Reuniendo lo mejor de sus tropas y dejando el resto en el campamento, al mando del pretor, salió de él calladamente y caminando sin descanso, penetró en la noche del octavo día en las tiendas de su colega, donde se alojó.

Todo esto se hizo con tanto silencio que, así como Hanibal no había notado la partida del cónsul, Asdrubal no se apercibió de su llegada.

Al día siguiente ambos generales romanos presentaron la batalla á Asdrúbal, que con su pericia militar, notó el aumento del ejército enemigo; sospecha que confirmó en realidad al averiguar que en el campamento del cónsul se había dado la señal dos veces y una sola en el campo del

pretor, considerando por ello evidente la reunion de Livio y de Neron y la derrota y la muerte de su hermano Hanibal.

Bajo la impresion de estos temores, Asdrubal se retiró á sus tiendas, y, llegada la noche, emprendió la retirada.

Siéndole el país completamente desconocido, abandonado por los guias, lo encontraron los romanos buscando un vado en las orillas del rio Metauro.

Amilcar preparándose al punto para la pelea, al frente de los españoles, ocupó el ala derecha que era el lugar mas avanzado, colocó á los galos á la izquierda y en el centro á los liguros con los elefantes.

La batalla estaba indecisa cuando derrotado el centro por los elefantes, asustados por los romanos, todavía sostenia Asdrubal el honor de sus armas, pero á la una de la tarde, cansados los galos, faltos de sueño, viéndose atacados por todos lados, se dejaron degollar sin oponer resistencia.

Ann despues de estos decisivos desastres, Asdrubal y sus españoles murieron vendiendo caras sus vidas, pues los romanos tuvieron ocho mil legionarios muertos y grandísimo número de heridos.

Cláudio Neron mancilló su victoria cortando la cabeza al cadáver del heróico Asdrubal, para arrojarla al campamento de Hanibal.

Despues de esta derrota ya no habia esperanza para los cartagineses que tuvieron además que abandonar á España.

Publio Cornelio Scipion se encaminó á Roma, dejando á España, el país donde habia logrado tantas victorias, al cuidado de P. Cornelio Léntulo y Manlio Accidino. En Roma instaba siempre porque se trasladara la guerra al Africa, cuyo decreto obtuvo al cabo, á pesar de la viva oposicion de Fábio.

Apurada Cartago por el gémo de Scipion, llamó en su auxilio á Hanibal que tuvo que abandonar la Italia para volar en socorro de su pátria; y ambos ilustres generales se encontraron en los llanos de Zama, donde fué Hanibal derrotado y ganó Scipion el sobrenombre de Africano.

Entonces se ajustó la paz que puso fin á la segunda guerra púnica, en la cual se estipuló que Cartago entregaría los elefantes y las naves, excepto los triremes; que pagaria en cincuenta años diez mil talentos; que no emprenderia guerra alguna sin el consentimiento de Roma; que restituiria á Masinisa cuanto habian poseido sus predecesores y que daría á los romanos cien rehenes.

LECCION XXXII.

**Guerras contra Filipo III y Perseo.—Derrota de Antíoco.
Guerras de Viriato y de Numancia.**

(ROMAN.—Historia de España. Contr.—
Historia Universal).

Dueños los latinos del Mediterráneo, postrados sus principales enemigos los cartagineses, bajo pretexto de que Filipo III rey de Macedonia, auxiliado por la liga aquea, había inquietado á Roma, esta le declaró la guerra.

Filipo fué al fin vencido en Cinoscéfalos (en la Thesalia, al Sur del monte Pierio) por el cónsul Tito Q. Flaminino, quedando reducido á la condicion de tributario.

Rota mas tarde la paz por Perseo, hijo de Filipo, fué este derrotado en Pydna (Citruna, en la Pieria, á orillas del golfo Thermáico) por Paulo Emilio, á pesar de los esfuerzos de la poderosa falange macedónica, que estuvo á punto de desbaratar á los romanos.

Paulo Emilio celebró á su vuelta en Roma uno de los mas ostentosos triunfos.

Terminado este, el desdichado rey de Macedonia fué arrojado á un hediondo calabozo donde se custodiaba á los reyes hasta el momento del suplicio, y en él permaneció

siete dias, privado de alimento, hasta que Paulo Emilio obtuvo del Senado que se le trasladara á otra prision, en la que sus guardias se entretuvieron en impedirle que durmiera, hasta que murió.

El único hijo que sobrevivió á tanta desventura, se alimentó con los escasos productos de su oficio de tornero y despues, ejerciendo la plaza de escribiente de los magistrados de Alba.

Así se vanagloriaron los romanos de haber vengado en el postrero de los Eácidas la ruina de Troya.

Vencidos Andrisco y otros supuestos hijos de Perseo, y en lucha Esparta con la Liga Achea, Mummio tomó á Corinto, vendió á los habitantes, y se apoderó de un inmenso botin.

La Grecia fué entonces declarada provincia romana con el nombre de Acaya.

Por estos mismos tiempos, Antíoco, rey de Siria, desoyendo los consejos de Hanibal refugiado en su córte, fué vencido en el monte Sypilo (en la Lidia) y se dió la muerte para no caer en poder de los romanos que impusieron, para otorgar la paz, onerosísimas condiciones. Muerto Antíoco, el Senado dió parte de sus estados á Eumenes II á quien sucedió Atalo III, y muerto este sin sucesion, Pérgamo fué declarado provincia romana con el nombre de Asia.

El gobierno tiránico de los pretores romanos en España desesperó á los naturales.

Viriato, al frente de los lusitanos tomó las armas derrotando en no pocos encuentros á las legiones, hasta que al cabo, el heroico caudillo fué vilmente asesinado.

Mal apagado aun el terrible incendio de la Lusitania, los romanos declararon la guerra á los numantinos.

Era Numancia una ciudad celtibera enclavada en el territorio de los Pelendones, cuyas heroicas ruinas pueden visitarse casi al Norte de la moderna Soria, en la margen izquierda del Duero.

Hé aquí lo que dice L. Floro, describiendo la guerra y destruccion de esta inmortal ciudad.

«Numancia cuanto es superior en las riquezas á Cartago, á Capua y á Corinto, tanto es igual á todas juntas en su fama y reputacion; y si se quiere pesar en justa balanza á los hombres, es la mayor honra y timbre de la España; porque careciendo de muros y de torres, colocada en un montecillo de no grande elevacion, junto al Duero, con solos cuatro mil soldados, sin ayuda de nadie se sostuvo por espacio de catorce años contra ejércitos de cuarenta mil soldados. Y no solo se sostuvo, sino que á veces los destrozó con carnicería, y los obligó á tratados vergonzosos. Por fin, viendo que era invencible, fué necesario echar mano del mismo general que habia destruido á Cartago.»

»No se ha visto una guerra mas injusta en sus motivos, si se ha de decir verdad. La causa fué el haber dado acogida á los de *Segeda*, que huyendo de los romanos, se refugiaron á los numantinos, como á sus socios y consanguíneos. Suplicó por ellos Numancia, y no fué escuchada su intervencion: protestó que no queria mezclarse en la guerra; y no obstante esta protesta, se mandó á los numantinos que entregasen todas sus armas, en observancia de los anteriores tratados. Esta intimacion fué oida por los bárbaros, como si se les dijera que les habian de cortar sus manos; y asi es que al punto, poniéndose á su frente *Megara*, varon muy esforzado, se pusieron sobre las armas, y destrozaron á Pompeyo. Pero, pudiéndole desarmar, quisieron contentarse con un tratado de paz. Detras de este

vino Mancino, y de tal manera lo acobardaron con frecuentes matanzas, que ya ningun romano podia mirar con serenidad á un numantino, ni oír pronunciar el nombre de *Numancia*. Aun con este, pues, prefirieron hacer un tratado, contentándose con los astiles de las armas, pudiendo haber muerto á todos sus soldados.

»No obstante, el pueblo romano, no menos avergonzado con el tratado Numantino, que con el *Caulino*, no pudiendo sufrir tal ignominia, procuró purificar la mancha, entregando á Mancino á disposicion de Numancia. Por fin, nombrado general Scipion, amaestrado en Cartago á incendiar y derribar ciudades, el ardor romano se escandesció haciéndose vengativo. Pero para esto fué necesario hacer mas guerra al mismo ejército romano, que á los numantinos. Se empleaba al soldado para hacerlo fuerte en frecuentes y penosos trabajos, que para nada mas eran provechosos: llevar mas número de estacas, los que ni aun podian sufrir el peso de las armas: los que no sabian manchar sus manos en sangre numantina, las manchaban en el lodo, haciendo y deshaciendo vallados. A todo esto les fueron quitadas las ramerías, los criados, los equipages superfluos: de este modo se demostró que el ejército no es otra cosa que lo que es el general.»

»Restablecida con esto la disciplina, ya se presentó el ejército en batalla, y entonces se vió por primera vez lo que nadie jamas se figuró: ver retroceder á los numantinos. Aun consentian en entregar la ciudad, si se les ofrecieran condiciones que fuesen tolerables á hombres de valor. Pero como Scipion se habia propuesto conseguir una victoria completa y sin restricciones, esto los llevó al extremo y necesidad de salir á pelear con ánimo resuelto de morir, para lo cual se saciaban de comida, de carne medio cruda, y se acaloraban con una bebida que se hacia de

cebada, y la llamaban *celia*, haciendo antes de la pelea lo que acostumbraban cuando celebraban funerales.»

»Entendida esta desesperacion por Scipion, no les presentaba la batalla. Cuando ya se vieron cerrados con foso y estacada, y estrechados con cuatro campamentos romanos; acosados del hambre, desafiando y pidiendo la batalla para morir como hombres, cuando ya no se les atacaba, intentaron romper, y resolvieron hacer una salida: muchos murieron en ella; pero esta matanza les surtió por algun tiempo de alimento, devorando á los que habian muerto.»

«Por último, estuvieron resueltos á abrirse paso y huir: ya habian cortado las riendas á sus caballos; pero el amor de sus esposas, en este caso criminal, *summo scelere*, les retrajo de ejecutarla. Así fué que por un fin deplorable, entregados á la última cólera y furor, resolvieron morir con este género de muerte: que fué hacer una hoguera, y despues de haberse batido y herido con las espadas, y otros atosigándose con veneno, en la hoguera dieron fin á sus generales, á sí mismos y á su patria. Ciudad fué esta, vive Dios, valerosísima y aun felicitísima en medio de sus desventuras! Ella salvó con su fidelidad á sus aliados los de *Segeda*; y á un pueblo como el romano, apoyado con las fuerzas de todo el orbe, con solos sus brazos lo contuvo por tan largos años. Por último, estrechada por el mayor general, no le dejó cosa de que pudiera vanagloriarse: pues que ni uno siquiera de los numantinos sobrevivió para que lo pudiera presentar en Roma, arrastrando las cadenas. El botin, como de gente pobre, fué ninguno: las armas las quemaron ellos mismos: el triunfo fué solo en el nombre.»

Hasta aquí el historiador Floro.

Ahora bien: tres ciudades en España tuvieron idéntico fin en la edad antigua.

Sagunto, que pereció fiel á su alianza con los romanos; Numancia que sucumbió defendiendo su independencia contra Roma, y Astapa que fué abrasada por su inquebrantable amistad con Cartago.

Sagunto es justamente recordada y encomiada por todos: muchos engrandecen á Numancia: nadie recuerda á la desgraciada Astapa.

¡V.Æ VICTIS!

LECCION XXXIII.

Tercera guerra púnica.

(ANQUETIL: Historia Universal —
CANTÚ: Historia Universal).

Triunfante Roma en todas partes, era de esperar que había llegado el momento de la completa destrucción de Cartago.

Así, resuelta la guerra en el ánimo de Roma, en vano cometió la república africana todo género de vilezas para disculpase con su implacable enemiga, que á cada momento renovaba sus quejas, escitada por el feroz Masinisa, atizador perpétuo de los celos de los latinos.

Acusada Cartago por el númera de haber auxiliado á Hanibal, envió naves que persiguieran á este, confiscó sus bienes, arrasó su casa y reveló al Senado romano cierta comision que su heróico caudillo había confiado á Ariston. En seguida el númera acusó á los cartagineses de connivencias con Perseo y los enviados del Senado descubrieron que, con efecto, el Sanedrin púnico había recibido si-

gilosamente, en el templo de Esculápio á los enviados del Macedonio.

Era Masinisa un anciano feroz y turbulento, padre de cuarenta y cuatro hijos, á quien la muerte no heria hasta que viera con sus propios ojos la ruina de Cartago.

El númera había sido primero aliado de los cartagineses y luego de los romanos, contribuyendo eficazmente á que Cádiz, último refugio de sus antiguos amigos, cayera en poder de los italianos.

Para pintar el carácter de este ferocísimo viejo basta referir, aunque sumariamente, la triste tragedia de Sofonisba.

En los tiempos en que Masinisa estaba unido á los cartagineses, Asdrúbal, para estrechar este vínculo, prometió al númera darle en matrimonio á su hermosísima hija Sofonisba, de la que aquel estaba perdidamente enamorado.

Hecha defección por Masinisa á la causa africana, Asdrúbal obligó á su hija á casarse con Sifax, aliado de los cartagineses.

Scipion y Lelio marchan á Africa, únese á ellos Masinisa y vencen y hacen prisionero á Sifax.

Masinisa quiere tener el placer de prender él mismo á Sofonisba: esta se postra á sus piés y le pide como único favor que la libre de caer en poder de los romanos.

Deslumbrado él por la hermosura de la africana, conmovido por sus lágrimas, siente renacer mas viva su antigua pasión libica.

Cásase con ella creyendo que así la librería de la cólera de los romanos que respetarian á la esposa de su fiel aliado.

Scipion dejó á ambos esposos embriagarse de amor y recorrer juntos las ciudades de la Numidia en que Masinisa había sido restituído, y al cabo, cuando se presentaron

al general romano, este los recibió con ademán frío y altanero.

Los dos caudillos celebran después una entrevista en la que comenzó Scipion por felicitar al nómida por sus hazañas heroicas; luego le reconvino por su enlace con la hija del implacable enemigo de Roma, incitándolo á que no se hiciera esclavo de una mujer él que había conquistado un poderoso reino.

—«Bien conozco, terminó Scipion, el gran sacrificio que os pido; pero, Masinisa, volved en vos, pues si hasta aquí merece vuestra flaqueza mirarse con ojos de compasión, podría llegar á ser inexcusable y proporcionaros un gran motivo de arrepentimiento.»

Despedido Masinisa del romano, se encaminó á su tienda y dijo á Sofonisba: «Recibe el último testimonio de mi amor y de mi fidelidad: no está en mi mano libertarte de la esclavitud que te amenaza por otro medio que la muerte: acuérdate de quien eres hija y del esposo que tienes; no temas bajar al sepulcro, que pronto te seguirá Masinisa.»

Dichas estas palabras, el nómida abandonó la tienda, anegado en lágrimas, y tras de él se presentó, de su órden, cierta esclava con una copa de veneno.

La heroica Sofonisba tomó la copa, y como viera llover á la mujer que la había amamantado; la reprendió, por que deshonraba su muerte con sus lágrimas, ordenándola, que dijera á Masinisa que moría contenta por recibir la muerte de su órden, que le asegurara que contra su voluntad, había estado unida á Sifax, que su corazón siempre había sido suyo y que abandonaba su cadáver á la implacable ira de los romanos.

A este precio fué Masinisa rey de toda la Numidia, que

solo dejó por su muerte, ocurrida en edad nonagenaria. Con este hombre tenían que entenderse los cartagineses.

Excitada Roma contra Cartago, Masinisa se apoderó del país cercano á la pequeña Sirte: quejóse Cartago, y los legados romanos dieron la razón al nómida: tras de este despojo, Masinisa se hizo dueño de otras ciudades, y el íntegro Scipion el Africano también dió la razón á Masinisa. Alentado el nómida, arrebató á los cartagineses hasta setenta pueblos.

Ocorre entonces la guerra macedónica y Cartago ofrece á Roma soldados, naves y bastimentos que son rechazados; pero temiendo que los cartagineses desesperados se declararan resueltamente por Perseo, el Senado manda á Caton el Censor para que componga las diferencias y haga en todo caso justicia.

Caton se mostró desde luego tan parcial, que los cartagineses rechazaron su arbitraje; ofensa jamás perdonada por el orgulloso romano que desde entonces fué implacable enemigo de Cartago, terminando siempre sus discursos con estas palabras: «*Opino, además, que Cartago debe ser destruida*»

Cansados ya de tanto sufrir los cartagineses, tomaron las armas y lucharon contra Masinisa que les hizo sufrir una gran derrota.

Habia enviado Roma embajadores al Africa con el encargo de que si vencían los cartagineses, les intimaran de parte del Senado, que dejaran las armas, y que, en caso contrario, animaran á Masinisa en su obra.

Roma se declaró abiertamente, en vista del resultado, y notificó á Cartago que habiendo violado la paz atacando á su aliado, se preparara para recibir el castigo.

Los cónsules L. Marco Censorino y M. Manilio Nepote partieron para Cartago con ochenta mil infantes, cua-

tro mil caballos, cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, y el mandato de destruir á la rival de Roma.

Intimidados los cartagineses, autorizaron embajadores (150) sometiéndose á cuantas condiciones dictaran los romanos, con tal de que se conservara la ciudad.

Estos impusieron como preliminar que se les entregaran trescientos rehenes de las principales familias, para seguridad de que se haria cuanto ordenaran, y los rehenes fueron entregados.

Los cónsules pidieron que se abasteciera de grano al ejército: luego que se les entregaran todos los triremes: mas adelante las máquinas de guerra, y por último todas las armas.

Cuando ya los romanos vieron á los cartagineses completamente inermes, les intimaron que desalojaran la ciudad que iba á ser demolida y los habitantes trasladados á tres millas de la orilla del mar; y como se quejaron los penos de que se faltaba á la palabra empeñada, contestaron los cónsules que en su idioma, la palabra *civitas* no significaba las casas, sino el conjunto de los ciudadanos.

Reducidos los cartagineses á la desesperacion, convirtieron en armas los metales mas preciosos; las mujeres se cortaron las cabelleras para las ballestas, armaron los esclavos y llamaron á Asdrúbal que acudió con veinte mil hombres é incendió la escuadra romana.

Roma socorrió á su ejército enviando á Scipion Emiliano, hijo del vencedor de Perseo, adoptado por el Africano.

Scipion salvó al ejército próximo á sucumbir, se apoderó de la fortaleza de Megara, circunvaló la ciudad, construyó elevadas torres desde las que veia cuanto pasaba en Cartago, y despues, usando de los ritos sagrados, profirió

contra la ciudad, la fórmula de imprecacion para enemistar contra ella á los dioses y consagrar á la venganza de las Furias á todo el que hiciera resistencia.

Los desesperados cartagineses, trabajando noche y dia, abrieron á través de las rocas una salida al puerto y lanzaron contra las naves romanas una escuadra construida con las maderas de sus casas; arrojáronse otros á nado con teas encendidas abrasando las máquinas de los sitiadores que huieron espantados.

A pesar de tantos esfuerzos, Scipion penetró por asalto en Cartago, donde, luchando de barrio en barrio, de calle en calle y de casa en casa, aun se prolongó la pelea por espacio de seis dias con sus noches. Los desertores, refugiados en el templo de Esequapio, previendo su suerte, incendiaron el templo y en él perecieron. Asdrúbal desatentado, cuentan que se postró ante el vencedor; su esposa no queriendo sobrevivir á la ruina de su patria, subió á lo mas alto del templo, vestida con sus mejores galas y se precipitó con sus hijos en las llamas.

El toro de Falaris fué restituido á Sicilia: se dieron á los númidas las bibliotecas de Cartago, excepto los libros de Magon que se llevaron á Roma: las ciudades amigas de Cartago fueron desmanteladas, premiadas las contrarias y el estado de Cartago fué reducido á provincia romana con el nombre de Africa.

Scipion guió el arado al rededor de las murallas, renovó las imprecaciones rituales que debian atraer sobre Cartago la ira de los dioses é incendió la ciudad que en el espacio de diez y siete dias fué presa de las llamas.

QUINTA ÉPOCA.

GUERRAS CIVILES. (Desde 146 á 34 años de J. C.)

LECCION XXXIV.

Tiberio y Cayo Graco. Guerras serviles.

(PLUTARCO: Vidas.—CESAR CANTÓ: Historia Universal.—ANQUETIL: Historia Universal.)

Como en las anteriores épocas hemos visto dominando en Roma el pensamiento de la guerra y de las conquistas, realizadas estas en su mayor parte, se distingue la que vamos á historiar por las convulsiones y las luchas civiles.

El poder omnipotente del Senado habia creado una oligarquía de familias que ejercían el monopolio del gobierno de las provincias, fuente incalculable de depredaciones y de riquezas, que protegidas por el censo, poseían el *ager publicus* conquistado por los esfuerzos de todos, y que habían adquirido mediante la obligacion de satisfacer un cánon que no pagaban.

Tal situacion era verdaderamente insoportable ante el aumento enorme de la poblacion, acrecida con las familias de los libertos y de tantos otros dosposeidos de todo.

En vano eran las protestas de los tribunos, siempre des-

oidas por el Senado, el cual parecia desconocer que á la muchedumbre solo faltaban jefes para que el descontento degenerara en sediciones, en tumultos y guerras civiles que, á la corta ó á la larga, acabarian, como siempre, por dar al traves con la república.

Tiberio Sempronio Graco representante de una familia ecuestre, casado con Cornelia, hija de Scipion el Africano habia dejado al morir tres hijos: Tiberio, Cayo y Sempronina, á los que educó su madre con el cuidadoso anhelo del brillante porvenir que para ellos soñaba.

Los hijos de Cornelia excedieron por sus cualidades las esperanzas maternas.

Sempronina casó con Scipion Africano el Menor y Tiberio con la hija de Apio Pulero.

Educados ambos hermanos en la escuela de la filosofia estoíca, eran inaccesibles á la corrupcion, vicio comun en su tiempo: criados en la escuela militar de su cuñado y en la tradicion de su familia, fué Tiberio el primero que penetró en Cartago cuando esta ciudad fué asaltada: poseyendo ambos una elocuencia irresistible, era Tiberio reposado, grave, dulce y persuasivo; apasionado é impetuoso Cayo, fué el primero que se paseó por la tribuna, dando libre curso á sus emociones y se hacia acompañar de un flautista para que le diera el tono cuando se exaltaba.

Tiberio habia estado en España ejerciendo el cargo de Cuestór en el ejército de Cayo Mancino que sitiaba á Numancia y era tal la confianza que los españoles tenían en su probidad, recordando la honradez de su padre cuando ejerció el cargo de pretor en la Tarraconense, que al ser sorprendido el ejército del cónsul, forzado este á capitular, los jefes enemigos exigieron, para tratar, la honrada palabra del hijo de Tiberio Sempronio que con efecto autorizó el tratado, salvando la vida al ejército.

Habiendo perdido Tiberio en el saco del campamento los registros de su cargo, estos le fueron devueltos por los numantinos que le obsequiaron con un banquete público, instándole para que tomara cuanto quisiera de los despojos; autorizacion de que usó el pundonoroso Tiberio tomando unos granos de incienso para ofrecerlos á los dioses.

Al regresar Tiberio á Roma, vió abandonadas y yermas las mejores tierras de Italia que por efecto de las guerras, de la usura y de los abusos, habian venido á parar á pocas manos, y en la ciudad señora del mundo, á una plebe hambrienta, ociosa y desnuda.

Dominado por estas emociones y considerándose herido en su honor viendo que el Senado rechazaba la paz que por su mediacion se habia estipulado con los numantinos, púsose resueltamente al frente de las clases populares, convirtiéndose al punto en su ídolo.

Elegido Tiberio tribuno de la plebe, unido á su suegro Pulero, al Sumo Pontífice Craso y el jurisconsulto Escévola, propuso el establecimiento de la ley Licinia en virtud de la cual quedaba prohibido poseer mas de quinientas yugadas del terreno público.

Como comunistas á la moderna quieren algunos pintar á los dos Gracos, cuando lo que proponia Tiberio, escusando peligrosas inquisiciones sobre la legitimidad de ciertos derechos mas que cuestionables, era limitar la propiedad, prévia indemnizacion, y tan lejos estaba de ciertas teorías enemigas de la familia, que propuso la adjudicacion de ciento veinte yugadas de tierra por cada hijo, protegiendo así los matrimonios y la familia.

Los privilegiados acudieron á toda clase de medios para perderlo en el ánimo del pueblo. Acusáronle inútilmente de que aspiraba á la tiranía; asesinarlo era imposible porque

el pueblo custodiaba su morada, y cuando volvia de pronunciar sus arengas, le acompañaban tres ó cuatro mil de sus amigos.

Entonces se atrajeron los ricos al tribuno Octavio que, cuando Tiberio propuso la ley, opuso su terrible veto que todo lo impedia.

Graco, á pesar de los privilegios de que estaba rodeada su autoridad, propuso la destitucion de su colega que fué acordada por las tribus, dando así él mismo un golpe mortal á la potestad tribunicia.

Irritado T. Graco con la oposicion del Senado y sin poderse ya detener en la pendiente en que se habia colocado, empujado por los acontecimientos, y encolerizado por la resistencia, propuso el establecimiento de la ley agraria pura y simple, que las tribus aprobaron, nombrando una comision de ejecucion compuesta del mismo Tiberio, de su hermano Cayo y de su suegro Apio Pulero.

Al llegar á la práctica de la ley, se vió que el beneficio que iban á recibir los proletarios era relativamente infecundo; suprimiése pues la indemnizacion; la investigacion fué cada vez mas rigurosa ó irritante, y el pueblo que vió el exíguo fruto de la reparticion, vario y mudable como siempre, empezó á murmurar de los Gracos.

Ocurrió entonces la muerte del rey de Pérgamo que dejó al pueblo romano heredero de su reino y de sus riquezas. Tiberio aprovechó la ocasion para hacer que se distribuyeran estos bienes, lo cual exasperó mas los ánimos; entonces extremó el rigor de la ley Licinia prescindiendo de toda consideracion.

Estando para terminar el tribunado de Tiberio, conociendo este los peligros á que quedaban expuestos él y su no acabada obra, propuso, contra la expresa prohibicion de la ley, su reeleccion como tribuno.

Llegada la época de los comicios, concurrieron los partidarios de Tiberio y al par sus enemigos armados dirigidos por Scipion Nasica, cuñado de los Gracos, y viniendo ambos partidos á las manos, Tiberio fué muerto con gran parte de los suyos y sus cadáveres arrojados al Tiber.

Las antiguas luchas entre patricios y plebeyos habian llegado á tocar sus últimos límites: eran ya el implacable combate entre los ricos y los pobres.

La muerte de Tiberio no fué mas que un accidente en esta lucha; lejos de atreverse el Senado á derogar la ley agraria, tuvo que nombrar un triunviro para su ejecucion, en remplazo de Tiberio, y, bajo pretexto de una comision honrosa, mandó al Asia á Scipion Nasica.

Al mismo tiempo el Senado, aparentando transigir con el partido popular, alejó de Roma á sus jefes dándoles importantes comisiones, y de este modo Cayo Graco pasó á Cerdeña con el cargo de Cnestor.

Pasado cierto tiempo se presentó el hijo de Cornelia en Roma donde acusado como desertor por los censores, por medio de un inimitable discurso se hizo aclamar por el pueblo que creyó ver en él á su hermano Tiberio.

Electo Tribuno Cayo Graco (123), comenzó dirigiéndose al pueblo con sus discursos en vez de hacerlo al Senado; exigió que se hicieran al pueblo distribuciones de trigo, que cada un año se repartieran terrenos; que á los soldados se diera el vestuario sin descontarlo de sus pagas; quiso atraerse al órden ecuestre, confirmandole el derecho de administrar justicia (*judicia*) del que despojó al Senado, y á los pueblos de Italia, proponiendo que se les confiriera el ansiado derecho de ciudadanos.

Temblando el Senado, apartó lejos de sí á tan poderoso enemigo mandándolo á Africa para que fundara una colonia sobre las ruinas de Cartago.

Mientras Cayo desempeñaba esta importante comision, el Senado quiso perderlo, mostrándose mucho más amigo del pueblo, por medio del tribuno Druso, que proponia leyes excesivamente populares, y haciendo recaer sobre el ausente hijo de Cornelia sospechas infames. Así, cuando Graco hablaba de distribuir las tierras con una corta compensacion, Druso proponia que l. s hiciera graciosamente: si aquel hablaba de fundar dos colonias, proponia doce Druso. La artera política del Senado y de su amigo no se limitó á esto, sino que, para atraerse á los soldados, decretó que los jefes no pudieran castigar corporalmente á sus subordinados; herida mortal para la república con la que se rompió para siempre la severa disciplina romana. Así, cuando Cayo volvió de su expedicion á Cártago y solicitó el tercer tribunado, el pueblo le rechazó y eligió cónsul á Opimio, su enemigo mortal.

El cónsul, investido por el Senado con amplias facultades, ocupó con sus tropas el Capitólio, declaró á Graco enemigo de la patria, y, trabada la lucha entre los dos bandos, muerto Fabio Flaco, Cayo se refugió en el bosque de las Furias, donde se hizo matar por un esclavo (121).

Tres mil partidarios de Graco fueron muertos en el Aventino, y otros perecieron en el tormento.

La aristocracia se mostró cruel en la victoria confiscando los bienes á los vencidos, prohibiendo el luto á las viudas, despojando hasta de su dote á la de Graco, y, llevando su inhumanidad hasta el sarcasmo, mandó al Cónsul L. Opimio, héroe de esta feroz carnicería, elevar un templo á la Concordia.

De suceso en suceso, la ley Thoria acabó por anular todas las disposiciones de los Gracos.

Por estos tiempos ocurrieron las guerras serviles en Sicilia (134 al 131) dirigidas por Euno y Cleon; en Monte

Capriano, capitaneadas por Salvio, y en Segesta y en Lilibea: guerras sembradas de traiciones y de horrores indecibles, que costaron la vida á un millón de esclavos.

LECCION XXXV.

Yugurta.—Los cimbrios y los teutones.—Guerra social.—Mario y Sila.—Guerras contra Mitridates.—Fuga y regreso de Mario.

(SALUSTIO: Guerra Yugurtina.—PLUTARCO: Vidas.)

La ruina de las buenas costumbres y la cínica corrupción de los romanos se mostraron clarísimamente en la guerra Yugurtina (117-109).

Sucedió á Masinisa en el trono de la Numidia su hijo Miscipsa, que al morir, dejó dos hijos, Hiempsal y Adherbal, herederos de sus estados, confiados á la protección del pueblo romano, al que siempre había estado unido ó mas bien sometido, el hijo de Masinisa.

Cerca de estos príncipes vivía su primo Yugurta, valeroso, astuto, cruel, y que, conocedor profundo de la avaricia y de la corrupción de los latinos, se propuso, desposeyendo á sus primos, reinar solo.

Al efecto dió muerte á Hiempsal, declaró la guerra á Adherbal, le despojó del reino y le forzó á refugiarse en Roma, en demanda de protección.

El desgraciado príncipe se presentó al Senado, al cual recordó la inquebrantable alianza de Masinisa, la obediencia

de su padre Micipsa y los erímenes de Yugurta; pero, como este había mandado á sus emisarios tras de Adherbal, estos, apoyándose en los amigos de Yugurta y derramando por todas partes el oro, consiguieron que, lejos de hacerse justicia á Adherbal, se decidiera el nombramiento de comisionados, para que dividieran el reino entre los dos primos, hecho caso omiso del asesinato de Hiempsal.

Los comisionados, cediendo también á la corrupción, adjudicaron la mejor parte á Yugurta, que, no contento aun, atacó á su primo en Cirta, su capital, emporio comercial poblado de gran número de mercaderes italianos.

Quejándose nuevamente el infeliz príncipe, el Senado mandó nueva comisión que también dió la razón á Yugurta; pero habiendo este estrechado el sitio de Cirta y peligrando los súbditos de Roma, fué mandado á la Numidia nada menos que Scauro, presidente del Senado, autor de leyes suntuarias y hombre tenido por incorruptible.

Citado Yugurta, se presentó en Utica, y á las amenazas del *incorruptible* Scauro contestó con razones tales, que este, vencido igualmente por el oro, se volvió á Roma justificando al usurpador.

Yugurta apretó entonces de tal manera el sitio de Cirta, que Adherbal, cediendo á las súplicas de los mercaderes, entregó la ciudad bajo la formal promesa de que su vida y la de todos los habitantes serían respetadas, promesa que cumplió el bárbaro Yugurta degollándolos á todos.

No era ya posible, al parecer, disimular más; por lo que fué declarada la guerra al usurpador, confiándose la dirección de esta al cónsul Calpurnio, quien, comprado igualmente por Yugurta, concedió á este la paz que el Senado tuvo el cinismo de confirmar.

Prevaleciendo un resto de pudor en Roma, á instancias del tribuno Cayo Memmio, mandose comparecer al nu-

mida, el cual hizo asesinar en la misma capital á Masiva, primo de Adherbal, que se había constituido en defensor de este.

A la postre se vió forzado el feroz sobrino de Masinisa á abandonar á Roma, y comenzó la lucha, aunque lentamente, vencido uno y otro general romano por el oro del usurpador, hasta que confiada al incorruptible Quinto Cecilio Metelo, este emprendió ya contra Yugurta terrible guerra de esterminio.

Cayo Mario, lugarteniente de Metelo, habiendo obtenido el consulado, logró suplantar á su jefe y protector, se apoderó de Capsa, y degolló á sus habitantes, á pesar de haberles prometido solemnemente las vidas, sembrando por todas partes el terror, hasta el punto de que Bocco, rey de Mauritania, yerno de Yugurta, en cuyos estados este se había refugiado, lo entregó vilmente á los romanos.

Yugurta, después de haber adornado en Roma el triunfo de su vencedor, fué arrojado en un frío calabozo donde murió de hambre á los seis días, y la Numidia se dividió entre el infame Bocco y dos nietos de Masinisa.

C. Mario había nacido en el país de los volscos, era hombre de baja esfera (*homo novus*), y, á una talla elevada y fuerzas hercúleas, unía un valor temerario: Scipion había previsto en él á uno de los más grandes generales de la república. Constituido Mario en jefe de las clases populares, se apoyaba en el ejército que había procurado estuviera compuesto únicamente de hombres del pueblo (*capite census*) que le obedecían ciegame.

Dos guerras, extremadamente peligrosas para la república, vinieron á favorecer los planes de Cayo Mario: la guerra de los esclavos y las terribles invasiones de teutones y cimbrios.

Los cimbrios ó cimmericos, pueblos de raza germánica-

ca, despues de haber hecho sufrir sangrientas derrotas á los romanos, fueron á su vez vencidos por los celtiberos, dando asi tiempo á Cayo Mario, á quien se habia confiado la direccion de esta peligrosa guerra, para que organizara sus tropas.

En el año 102, los teutones intentaron penetrar en Italia por la Provenza y los émbrios por el Tirol, pero los primeros fueron vencidos junto á Aix (102) y los segundos en las cercanías del Pó. (50 de junio del año 101).

Mario, triunfante en estas guerras espantosas, fué aclamado tercer fundador de Roma.

No fué menos peligrosa la Guerra Social ó de los Aliados (91-86), ocasionada por la tiranía de Roma y por las excitaciones de los demagogos, que incitaban á los pueblos de Italia, mostrándoles la expectativa de obtener los derechos de ciudadanía romana, para fortalecer con ellos su partido.

Habiendo propuesto el tribuno Livio Druso que se distribuyera pan á la plebe, á expensas del riquísimo tesoro del templo de Saturno, y que se concediera á los aliados el derecho de ciudadanía, desechada esta propuesta, no quedó á estos otra alternativa que la guerra.

Los principales actores de esta cruelísima contienda fueron los Samnitas, los Marsos y los Pelignos que formaron una gran confederacion bajo el nombre de República Italiana, cuya capital fué Corfinium (Corfú), al frente de la cual se puso un gobierno semejante al de Roma, con un Senado y dos Cónsules.

Esta guerra, que duró tres años, sembró la Italia de ruinas y de sangre. En ella alcanzaron ventajas Mario, Pompeyo y Licinio Craso, pero sobre todos Sila, que ya se habia distinguido como cuestor en la guerra yugurtina, el cual terminó esta lucha á fuerza de talento y de habilidad, des-

membrando la confederacion al conceder á cada uno de los pueblos que la formaban, el derecho de ciudadanos de Roma, que se otorgó, primero por la ley Julia (91), á los aliados fieles, y despues á todos, por la ley Plotia.

Descendia Sila de la familia Cornelia, y, enriquecido por la cortesana Nicopolis, se puso resueltamente al frente del partido aristocrático, como Mario lo estaba á la cabeza del democrático.

La rivalidad mortal entre ambos caudillos tuvo, como muchas otras, principal origen en una causa, al parecer, pequeña y baladí.

Habiendo presentado Bocco, en el Capitolio, la ofrenda de un grupo escultural en que figuraba él mismo, entregandó á Yugurta en manos de Sila, con lo que claramente despojaba á Mario de la gloria de vencedor de la Numidia, nació en el alma violenta de este un odio que nada debia apagar.

Ya hemos visto á Mario, criado entre la plebe, grosero, rudo, cruel, ingrato para con sus protectores. Sila, educado en el cultivo de las letras griegas, vicioso y disimulado, encubria defectos horribles bajo seductoras exterioridades, y empleaba el producto de sus depredaciones en captarse amigos y en rodearse de preciosidades artísticas.

Mario, arrastrado por su carácter y por los vicios de su educacion, caminaba ciegameute á su objeto: Sila á pasos calculados, sin reparar, ninguno de los dos, en los medios.

Obtuvo Mario seis veces la dignidad consular á fuerza de oro y de intrigas: Sila solicitó la pretura ofreciendo espectáculos, hasta entonces desconocidos, promesa que cumplió haciendo combatir con hombres á cien leones africanos que le proporcionó su amigo Bocco, acostumbrando al pueblo á estas brutales escenas.

Solo faltaba una ocasion para que esta rivalidad se con-

virtiera en lucha implacable y declarada, y esta ocasion no tardó en ofrecerla la guerra mitridática.

Vencedor Sila en los elecciones consulares, fué comisionado por el Senado para hacer la guerra á Mitridates, y Mario, apoyado en el cónsul Sulpicio, aprovechando la ausencia de su rival, logró la deposicion de Sila, y que se le invistiera á él del mando del ejército de Asia.

Sila, lejos de obedecer, volvió á Roma, penetró en ella á sangre y fuego, condenó á muerte á Sulpicio y puso á precio la cabeza de Mario, que pudo huir difícilmente, acompañado solo de su hijo y de su yerno. El feroz caudillo de la faccion popular desembarca en Ortea, y vaga errante de cabaña en cabaña, ocultándose entre los cañaverales del Liris, hasta que fué aprisionado y conducido á Minturno, donde aterró al esclavo cimbrío mandado para darle muerte. Puesto en libertad Mario se dirigió al Africa, desde donde regresó á Italia.

LECCION XXXVI.

Crueldades de Mario.—Regreso de Sila.—Proscripciones.—Dictadura y muerte de Sila.

(Castró: Historia Universal.—Anquetil: Historia Universal.

Sila, en tanto, marchó á Grecia, se apoderó de Atenas, derrotó al ejército auxiliar de Mitridates en Queronea y en Orchomena, y, pasando al Asia Menor, forzó al enemigo á una paz definitiva, quedando reducido su reino al Pónto y obligándose á pagar una enorme contribucion de guerra.

A la vez que esto acontecia, Cornelio Cinna, amigo de Mario, quiso restablecer el partido de este. Oponiéndosele Octavio, ambos partidos vinieron á las armas, pereciendo en las calles de Roma hasta diez mil hombres viéndose obligado Cinna á salir de la ciudad con sus parciales y seis tribunos, reuniendo despues hasta treinta legiones, á las que se incorporó Mario, reforzado con los campesinos y los esclavos.

Mario, Cinna y Sertorio marcharon contra Roma donde fué imposible toda resistencia; pero en la que el primero no quiso entrar, deteniéndose á sus puertas, hasta que de

nuevo se le reconociera como cónsul; mas aun no habian acabado de votar todas las tribus, cuando el implacable plebeyo entró, mandando á una turba de esclavos que le acompañaba dar muerte á todos aquellos á quienes no devolviera el saludo.

Para honra de la humanidad, debieran borrarse de la historia las escenas que presenciaron Roma y sus alrededores despues de la entrada de Cayo Mario.

El cónsul Octavio y los mas ilustres senadores fueron cruelmente asesinados: los esclavos, favorecidos por Mario, ejercieron contra sus amos represalias feroces, no sin que se señalaran en el extremo contrario los siervos de Cornuto, que despues de haber protegido la fuga de su amo, ahorcaron un cadáver en el que fingieron ensañarse, salvándole de esta manera la vida. Cátulo, ilustre en las guerras contra los cimbrios, se envenenó para quitar al terrible Mario el placer de matarlo. Merula, cónsul y gran sacerdote, se dirigió al templo, despojóse de las cintas sagradas, y sentado en la cátedra pontifical, se hizo abrir las venas, y espiró entre horribles imprecaciones salpicando con su sangre las aras: el orador Marco Antonio, asombro de su tiempo, como lo apellida Ciceron, refugióse en la casa de campo de un fiel amigo, quien, alegre por recibir en su casa tal huésped, mandó á un esclavo para que le trajera vino mejor que el que usaba. Este cometió la imprudencia de revelar al tabernero el nombre del huésped á quien su amo festejaba, y la denuncia no se hizo esperar. Acudieron los satélites de Mario, y aunque los detuvo un momento la elocuencia y la magestad del orador, á la postre lo degollaron. Mario abrazó al asesino que le llevó la ensangrentada cabeza, y la hizo exponer en la misma tribuna en que por espacio de tanto tiempo habia defendido la justicia el inmortal orador, donde, trascurridos

breves años, habia de ser expuesta la del mas elocuente de los romanos: amotinados los esclavos porque se les dilataba el pago de los emolumentos ofrecidos por Cinna, se sublevaron; Mario los reunió en el foro y los hizo asesinar cruelmente.

Conocido, aunque solo en sus rasgos mas salientes, el carácter del terrible Mario, fácil es de adivinar el de sus parciales y sicarios. Uno de ellos, Fimbria, teniente del cónsul Flacco, intentó asesinar al augur Q. Escévola, y no habiéndolo logrado, lo citó á juicio, acusándolo de *no haber recibido en el cuerpo todo el puñal*; mandó un dia levantar horeas, y notando que el número de estas excedia al de las personas que iban á ser ejecutadas, hizo prender á algunos de los espectadores, y que ocuparan los puestos vacios; apoderóse de Troya y á pesar de las órdenes de Sila, pasó á cuchillo la poblacion y arrasó los edificios, gloriándose de haber hecho más daño en diez dias que Agamenon en diez años.

Nadando en un lago de sangre, de la que jamás se hartaba el cruel tribuno, se entregó al vicio de la embriaguez, acaso para librarse del negro fantasma de los remordimientos y murió en 15 de Enero del año 86 á los 70 de su edad.

Sucedióle su hijo Mario que mandó decapitar á todos los senadores y nombró cónsul á Valerio Flacco, que se atrajo el favor popular, mandando que los acreedores no pudieran cobrar mas que la cuarta parte de sus créditos.

Entretanto, habiendo Sila ajustado la paz con Mitridates, se dirigió á Italia y desembarcó en Brindis al frente de un ejército de veteranos acostumbrados al saqueo y de proscriptos ávidos de venganza, siendo tal el amor que los soldados profesaban á su caudillo, que le ofrecieron la

parte que les habia tocado en el riquísimo botin de la guerra mitridática: oferta que no tuvo necesidad de aprovechar porque Verres puso á su disposicion la caja del ejército enemigo, en el que ejercia el cargo de cuestor, infamia no para olvidada puesto que la hemos visto repetida y premiada en nuestros días.

Muerto Cinna por sus propios soldados (84), quedaba casi sin defensa la faccion popular, pues, ausente Sertorio en España, ni el cobarde Carbon, ni el estúpido Norbano, ni el jóven Cayo Mario se encontraban á la altura de las circunstancias. Así es que, vencido el ejército de Norbano, seducido el del cónsul Scipion, vencido el hijo de Mario entre Signia y Sacriportus (en el Lacio), que quedó sitiado en Preneste, derrotado el heróico Telesino con los samnitas en las mismas puertas de Roma, Sila penetró en la capital y marchó á Preneste, para estrechar el sitio de esta plaza que cayó al cabo en sus manos con muerte del jóven Mario.

Ya habia mostrado Sila su calculada y fria crueldad con los desgraciados y valerosos samnitas y lucanios de Telesino. Despues de la derrota de este caudillo, habiéndose refugiado muchos millares de ellos en Anternas, tres mil se presentaron a Sila implorando perdon: *Yo os lo concedo*, dijo este, *con la condicion de que combatais á aquellos de vuestros compañeros que no quieran unirse á vosotros*. Y haciéndolo así los desdichados, se trabó entre unos y otros tan furioso combate que solo quedaron cinco ó seis mil de estos desgraciados, que conducidos á Roma y encerrados en el circo junto al templo de Belona, donde Sila arengaba al Senado, como se oyeran los espantosos gritos de los presos, que eran asesinados mientras el afortunado general arengaba á los senadores, dijo á estos con la mayor tranquilidad: *Atended, padres conscriptos, á mi discurso y no os dé pena lo que pasa en otra parte; pues ese ruido que*

ois es de algunos mal intencionados que hago castigar. En Preneste, no satisfaciéndose con la lentitud de los procesos, aunque siempre terminaban con sentencias capitales, reunió á doce mil de los que le parecieron sospechosos y los mandó matar en su presencia.

¡Hasta tal punto la fortuna y el ejemplo habian pervertido el carácter de Sila!

Despues de las terribles ejecuciones de Preneste, volvió Sila á Roma y el dia siguiente de su llegada, se señaló por la exposicion de tablas de proscripcion en las que estaban inscritos cuarenta de los principales senadores y mil seiscientos caballeros, á los que cualquiera podia matar, recibiendo en pago dos talentos. Los bienes de los condenados eran confiscados y declarados infames sus descendientes hasta la segunda generacion, siendo condenado á muerte todo el que intentara salvar la vida á un proscripto, aunque fuera su padre, su hijo ó su hermano.

En cada uno de los dos dias siguientes fueron expuestos los nombres de doscientos veinte proscriptos.

¡Soberbia ocasion para los malvados y para los ambiciosos que fueron recompensados, al satisfacer su rencor ó su codicia!

Así muchos perecieron por el delito de tener palacios, casas de recreo, preciosidades artisticas.

Leyendo cierto ciudadano las listas de proscripcion, exclamó al encontrar en ellas su nombre: *Infeliz de mí! Mi predio de Albano me persigue!* Y con efecto á pocos pasos fué asesinado.

¡Horribles dias fueron aquellos para Roma en los que ni los templos servian de asilo á los condenados!

Harto Sila de matanza y de sangre, se retiró á una casa de campo, como para descansar de tanta fatiga, desde la cual escribió al Senado manifestándole la necesidad de

nombrar un dictador, indicacion que fué obedecida como una orden, nombrándolo para esta magistratura, olvidada desde hacia ciento veinte años, sin poner limite alguno ni á la duracion ni á la extension de su poder.

Habiendo acabado con sus contrarios, durante los dos años en que Sila ejerció la dictadura (81-79), se consagró á reformar la legislacion asentando el poder de la aristocracia: he aqui sus leyes (*Leyes Corneliae*). Primera: cuyo objeto era disminuir la influencia de los tribunos, despojándolos del poder legislativo. Segunda: para la obtencion de las magistraturas, en la que se extendió á ocho el número de los pretores y á veinte el de los cuestores. Tercera: que se proponia limitar el poder de los gobernadores y poner freno á sus exacciones en las provincias (*Lex de Majestate*). Cuarta: que restituia el poder judicial al Senado (*Lex de Judiciis*). Quinta: sobre el derecho de ciudad (*Lex de Civitate*) que despojaba á los latinos y á muchas ciudades y pueblos de Italia del derecho de ciudadanía. Y por último muchos reglamentos de policia titulados *de sicariis*, *de beneficiis* etc.

Exterminados sus enemigos, dominado el Senado por trescientos de sus miembros, hechuras suyas, pululando en Roma diez mil Cornelios, á quienes de esclavos habia convertido en ciudadanos, esparcidos por Italia ciento veinte mil veteranos convertidos en propietarios á costa de sus enemigos y de las pobres ciudades arruinadas; habiendo convocado al pueblo *para una cosa extraordinaria*, subió Sila á la tribuna de las arengas desde la que pintó en un enérgico discurso la triste situacion en que Roma se hallaba á su regreso de Asia. Yo conozco, dijo, que me he valido de medios violentos y que no he economizado la sangre; pero, de lo contrario, no habria hecho mas que aumentar los males de la patria en vez de disminuirlos. Ahora que todo está tranquilo, añadió, esforzando la voz,

renuncio á la dictadura y á la autoridad sin limites que me habeis conferido. Gobernaos por vuestras propias leyes, y venga el que quiera á tomar cuenta de mi administracion, que yo estoy pronto á satisfacerle.

Oidas estas palabras, bajó de la tribuna, despidió su guardia y sus lietores y abriéndose paso entre la muchedumbre asombrada, se retiró al campo.

Consagrado en el retiro al estudio y á los placeres, redactó un código de leyes para los habitantes de Puzol, escribió sus Comentarios y murió de una asquerosa enfermedad (178).

Posible es que este hombre extraordinario quisiera explicar sus crueldades inauditas, cuando un dia contó el pueblo el siguiente apólogo:

Sintiéndose un aldeano molestado por los piojos, se quitó la ropa y mató los insectos: volvieron estos á picarle y él destruyó muchos mas que la vez primera: por último, viendo que no cesaba la picazon, los arrojó con vestido y todo al fuego.

LECCION XXXVII.

Sertorio en España.

(PLUTARCO: Vida de Sertorio.—ROMEO
Historia de España.)

Entre los partidarios de Cayo Mario se distinguía Q. Sertorio, que, espantado sin duda de las feroces crueldades de su facción, se retiró á España animado de planes grandiosos.

Descendía Sertorio de una familia distinguida de Nursia, en en el país de los sabinos, donde se acreditó defendiendo procesos. Tomó luego parte en la guerra contra los cimbrios, durante la cual se atrevió á penetrar como espía en el campamento de estos, temeridad que le conquistó el afecto de Mario.

Terminada la guerra cimbrica, fué enviado Sertorio á España, en la comitiva del pretor Didio, con el cargo de tribuno, permaneciendo en Cástulo donde el ejército inverna.

Entregados los romanos á los placeres y á las bebidas, como sucede á los ejércitos vencedores que nadan de ordinario en la abundancia, perdiendo la severidad de la disci-

plina militar, cayeron en el desprecio de los españoles, que proyectaron matarlos. Al efecto, los castulonenses se concertaron con sus vecinos los girisenos y una noche introdujeron en la ciudad un refuerzo de estos y degollaron gran número de romanos, descuidados en sus alojamientos. Pudo Sertorio reunir en las afueras de la ciudad á aquellos de los suyos que habían podido salvarse, penetró con ellos en Cástulo, y pasó á cuchillo á los ciudadanos de esta ciudad y á los vecinos de Giri, hecho lo cual, vistió á sus soldados con las ropas de estos, y, sin darse un punto de reposo, se dirigió con los romanos disfrazados, á la ciudad vecina.

Los naturales, viendo acercarse tropas vestidas como las suyas, ni aun se cuidaron de cerrar las puertas, y salieron descuidados á oírles contar sus proezas. Sertorio dió sobre ellos, pasolos al filo de la espada, entró en la ciudad y vendió como esclavos á cuantos se rindieron sin pelear.

Aun se conserva el claro perímetro de la desgraciada ciudad española, en la orilla derecha del Guadalimar, en la elevadísima montaña de Giri-Baile que conserva intacto el primitivo nombre, unido al del cargo que ejercía D. Gil, bailio de Cabrera, á quien se concedieron estos terrenos, despues de la reconquista cristiana.

Nombrado cuestor Sertorio, en la guerra de los Aliados, organizó brevemente un ejército y perdió un ojo en el combate, desgracia que premió Roma recibéndolo en el teatro con aplausos estrepitosos.

Afiliado Sertorio en el partido de Mario, ejercía el cargo de pretor, cuando Sila lo comprendió en las listas de proscripeion.

Entonces fué cuando nuevamente se encaminó á España. Nuestra heroica patria, desangrada y empobrecida por

las autoridades romanas, por hombres tan avaros como Craso ó tan crueles como Tito Didio, acogió con verdadero entusiasmo al fugitivo, que, en poco tiempo, reunió un ejército de nueve mil hombres y armó en Cartago Nova un crecido número de triremes, siempre dispuestos á darse á la vela.

Noticioso Sila de este incendio, que, al comenzar, tomaba tan grandiosas proporciones, envió á su lugarteniente C. Accio con un poderoso ejército. El previsor Sertorio mandó á Livio Salinator, uno de sus capitanes, con seis mil hombres, para que cerrara á Accio el paso de los Pirineos. El general de Sila, por medio del traidor Calpurnio Lanario, dió muerte á Salinator, pasándosele gran parte de las tropas de este, y sembrando los fugitivos el espanto en el campo de Sertorio, que vió sus tropas reducidas á tres mil hombres, frente á un ejército seis veces superior en número.

Comprendiendo lo difícil de su situacion, se encaminó con los suyos al Africa, y unido despues á ciertos corsarios sicilianos, con su auxilio, se apoderó de la isla de Ibiza lanzando á la guarnicion romana. Accio, que se embarcó en su persecucion, logró dispersar la escuadra de Sertorio, que con gran dificultad pudo desembarcar en las costas de la Bética.

Llamado por los lusitanos, burlando la vigilancia de Cota, pudo incorporarse á sus amigos, poniéndose al frente de un ejército poderoso, y encontrando al enemigo cerca del Guadalquivir, lo derrotó completamente.

A esta victoria siguieron otras muchas que dieron gran fuerza á Sertorio, especialmente las alcanzadas contra el pretor L. Domicio, Manilio y Metelo Pio.

Ciento veinte y ocho mil romanos, mandados por los generales mas ilustres, fueron vencidos por Sertorio en estos primeros años.

Evora y Huesca eran los dos grandes centros de su poder. La primera, su predilecta residencia, recibió una organizacion igual á la de Roma con un Senado compuesto de fugitivos de las iras de Sila, y de los españoles mas distinguidos, del cual dependian los pretores, los cuestores, los ediles, que gobernaban los pueblos con leyes romanas, modificadas segun las necesidades de los españoles.

En Huesca fundó una Universidad en la que, bajo la direccion de sabios profesores que hizo venir de Italia y con el estímulo de grandes privilegios y recompensas, los jóvenes españoles aprendian las letras griegas y latinas, y en la que el mismo Sertorio presidia los exámenes, distribuyendo por su mano premios de gran valia. Ruinas de elegantes templos, restos de fortísimos muros y de acueductos, son pragoneros de la grandeza de ánimo de tan ilustre caudillo.

Estos generosos propósitos conquistaron por completo el amor de los españoles hácia Sertorio, que pudo considerar indestructible su obra con la muerte de Sila.

En este tiempo aconteció un suceso, que, por de pronto, vino á fortalecer á aquel ilustre jefe.

Durante las persecuciones de Sila, Perpenna, otro de los generales de Mario, habia estado oculto en Cerdeña, desde donde vino á España, con ánimo de pelear por su cuenta, reuniendo un ejército de cerca de veinte mil hombres, con los que desembarcó en la Península. Amigos y entusiastas de Sertorio, los soldados de Perpenna, al desembarcar en España, encontrándolo todo lleno de su grandeza y de su fama, lo aclamaron ruidosamente, y Perpenna se vió en la necesidad de someterse á sus órdenes.

A la cabeza del partido aristocrático se hallaba entonces Pompeyo, que, comprendiendo la grave importancia de la guerra sertoriana, se trasladó á España con grandes auxilios,

reforzando á Metelo Pio, y reuniendo entre ambos un ejército de mas de sesenta mil hombres.

El primer encuentro, frente á los muros de Laurona, demostró la jactancia de Pompeyo, que perdió en él diez mil hombres.

Las siguientes campañas fueron notables por la derrota y muerte de Hirtuleyo, por la toma de Contrebia por Sertorio (76 a de J. C.), por las victorias de Pompeyo y Metelo sobre los tenientes de su enemigo, por la derrota de Pompeyo que no pudo definitivamente completarse á causa de la llegada de Metelo, por las batallas de Segoncia (Sigüenza), y de Calagurris Násica, y la rota de los romanos frente á Palancia y Calagurris.

Retirado Pompeyo á la Galia Narbonense, pidió auxilios al Senado en los siguientes términos, que revelan su situacion: *He apurado, no solo mis bienes, sino hasta mi crédito: no me queda otro recurso que vosotros: si me faltais, á pesar mio, os lo advierto, mi ejército, y, en pos de él, el de Sertorio, pasarán á Italia.*

Tal y tan grande llegó á ser la fama de Sertorio, que el poderoso Mitrídates, preparándose para hacer, por tercera vez, la guerra á los romanos, solicitó su alianza, en cambio de la cual recibió este el auxilio de cuarenta naves y tres mil talentos, facilitando al rey del Ponto un cuerpo de auxiliares, al mando de uno de sus mejores caudillos, que, con título de procónsul, recibia bajo la autoridad de Sertorio las ciudades que conquistaba Mitrídates en el Asia Menor.

Metelo acudió entonces á un medio ruin y vergonzoso, pregonando la cabeza de Sertorio en cien talentos de plata y veinte mil medidas de tierra; arma vil y traidora que sembró de dudas y de sospechas el corazón del caudillo de los españoles, el cual, dudando ya de los romanos, confió su

guardia á un cuerpo exclusivamente compuesto de españoles.

Esto hizo que los romanos se malquistaran con su general, ocasion que creyó propicia Perpena para dar vida á los proyectos que dormian en el fondo de su alma, tramando una conjuración para dar muerte á Sertorio.

Al efecto, unido con varios oficiales, todos romanos, supusieron la llegada de un mensajero, con la noticia de una supuesta victoria, que se empeñaron en solemnizar con un festin.

A la mitad de la comida, como se destemplanan los convidados con el vino, reprendiéndoles Sertorio, y viendo que no alcanzaban fruto sus advertencias sobre hombres ébrios, se volvió de espaldas, en cuyo momento dejó caer Perpena de sus manos una copa de vino, que era la señal convenida.

Entonces Antonio, uno de los conjurados, le dió una estocada y á seguida los demás acabaron con él.

Los soldados españoles que componian la guardia de Sertorio, fieles á su juramento, se dieron la muerte, y aunque los romanos obedecieron á Perpena, este no pudo lograr el precio de su infamia, pues fué vencido y hecho prisionero por Pompeyo, que lo hizo matar con sus principales amigos.

Aun despues del asesinato de Sertorio, los heroicos españoles prolongaron la lucha.

La guerra sertoriana acabó, al cabo de cerca de diez años, con la destruccion de Calagurris, émula en su heroismo y en su desgracia, de Sagunto, de Numancia y de Astapa.

LECCION XXXVIII.

Los gladiadores.—Los Piratas.—Mitridates y Tigranes.

Viviendo el pueblo romano entre continuas guerras, habituado al derramamiento de sangre, mirando á la humanidad entera como enemiga, enmedio de la paz y de la vida de la ciudad, hallaba su más ardiente placer en el espectáculo de la muerte.

Sus más afamados generales y sus más ilustres hombres de gobierno lo habian ido, digámoslo así, educando en el refinamiento de la barbárie, borrando de su corazon los sentimientos de humanidad.

Así Metelo condujo á Roma ciento cincuenta elefantes que fueron muertos en el circo; Síla, Escauro y Pompeyo ofrecieron luchas de leones y de panteras.

Dados los primeros pasos en esta pendiente, era preciso recorrerla toda: á las luchas de las fieras sucedieron las de las fieras con los hombres, y á estas las de los hombres entre sí, para divertir á un pueblo ávido de estermínio.

Para las fiestas del circo, para la solemnidad de los funerales, para las alegrías de los ricos, habia opulentos empresarios, que, bajo la direccion de hábiles maestros (*lanistæ*), enseñaban el arte de dar y recibir la muerte.

Comenzaba el combate en el circo acometiéndose los gladiadores con palos (*arma lusoria*) que cedian pronto ante las espadas con que se embestian los combatientes.

Al caer uno de los dos, al pedir gracia el vencido levantando un dedo, gracia que podia negar el pueblo cerrando el puño y dirigiendo el pulgar hácia el combatiente, si tal acontecía, era este herido sin piedad por su contrario, y, vivo aun, arrastrado al *espoliario* donde era despojado de las armas y el vestido por el vencedor á quien aclamaba el pueblo, ébrio de alegría.

Espartaco, uno de estos desventurados, elegido para combatir en el circo, animó á sus compañeros, que rompieron sus prisiones y huyeron hácia el Vesubio.

Estos miserables, como de nadie podian esperar piedad, de ninguno la tenian, y, hábiles para la pelea y desesperados, hicieron á la república guerra implacable. (73 á 71).

En breve llegó á reunir Espartaco ciento veinte mil hombres, dispuso de fortalezas, de arsenales, de almacenes, y aterró á los romanos con su audacia y sus hábiles estratagemas.

Las sucesivas derrotas de cuatro generales romanos franquearon á Espartaco el camino de los Alpes, pero la avaricia de sus hordas, que querian vengarse y saquear á Roma, le forzó á retroceder.

Confiada la direccion de esta peligrosa lucha á Licinio Craso, este, despues de varios sucesos, encerró á Espartaco en una península cerca de Reggio. En semejante si-

tuacion, oyendo el gladiador á algunos de sus parciales que le proponian rendirse, hizo crucificar á un prisionero y gritó á los suyos: *Hé ahí la suerte que os aguarda sino resistís*; y, aprovechando el horror de una noche tormentosa, se abrió paso heroicamente por medio de las legiones romanas. Temiendo Craso que penetraran estos desesperados en Roma, les siguió al alcance, y, trabada la lucha, en ella perecieron doce mil trescientos, heridos todos por delante, excepto solo dos.

Espartaco quiso prolongar la guerra dirigiéndose a las montañas, pero animados los suyos con una victoria de poca importancia que lograron alcanzar, clamaron por luchar con los romanos, cerca de Silaro. (71).

Presentándole su caballo al comenzar el combate, lo mató Espartaco con su propia espada, exclamando: *Si alcanzamos la victoria, no nos faltarán caballos, pero si se declara por los romanos de nada nos servirán*.

El combate fué rudo y empeñado, y á la postre, aunque abandonado Espartaco por los suyos, luchaba siempre con intrépido valor, á pesar de una horrible herida que lo desangraba, combatiendo de rodillas, con el escudo en una mano y la espada en la otra, haciendo morder el polvo á cuantos se le acercaban, hasta que, debilitado por multitud de heridas, cayó muerto sobre un monton de cadáveres romanos.

Cinco mil fugitivos se reunieron en la Lucania, á los cuales venció Pompeyo, que dió cuenta al Senado, con su proverbial vanidad, de esta fácil victoria, despojando á Craso de parte de su gloria, creándose, por tal motivo, entre ambos, un ódio concentrado y profundo.

A la guerra de los gladiadores, sucedió la de los Piratas.

Ocupando estos las islas del Archipiélago, infestaban los mares, incendiaban y saqueaban las costas, arruinaban el

comercio, y apoderándose del trigo que desde Asia iba á Roma, hicieron que en esta populosisima ciudad se sufrieran grandes necesidades. Ansiando por este tiempo Cesar recibir lecciones del retórico Apolonio de Rodas, se dirigió á esta isla, y en el camino lo apresaron los piratas, con los que permanecio por espacio de treinta y ocho dias, obteniendo al cabo su libertad mediante veinte talentos en que fijaron su rescate. Estos audaces marinos, no contentos con apresar las embarcaciones, se enseñorearon de mas de cuatrocientas poblaciones importantes á las que exigieron enormes rescates, penetraban con sus atrevidas expediciones en el interior de Italia, y se apoderaron de dos pretores con sus insignias y sus lictores, que pasearon en ridículo triunfo, y cuando alguno alegaba sus derechos de ciudadano romano, le devolvian su calzado y su toga, le pedian perdón con sarcástica humildad, y, diciéndole que podia volverse á la ciudad grande y nobilísima, le obligaban á bajar por la escala de la nave al mar y ahogarse.

El honor pues y la seguridad de Roma estaban interesados en acabar con estos bandidos que llevaban su audacia hasta infestar la via Apia, robar las preciosidades de las quintas suburbanas y aliarse con Mitridates, despues de haber alentado las esperanzas de Sertorio y de Espartaco.

Ya se les habia hecho la guerra desde el año 65; pero las victorias sobre ellos alcanzadas por P. Servilio que le dieron el sobrenombre de Isaurico, no produjeron resultados decisivos, y el pretor M. Antonio que les atacó cerca de la isla de Creta, perdió un gran número de naves, muriendo de la tristeza que le produjo ver á sus soldados colgados de las entenas, con los mismos hierros que llevaba para aprisionar á los piratas.

El tribuno Gabinio, satélite de Pompeyo, propuso una ley (*lex Gabinia*) ordenando el esterminio de los piratas,

para lo que se habia de conferir el mando á un general con poderes dictatoriales. Comprendiendo los senadores y los cónsules el punto á que se dirigia el tribuno, se opusieron seriamente á sus planes; pero el pueblo cansado de la tiranía de los oligarcas, la apoyó resueltamente y no hubo medio de resistir.

En su consecuencia se confirió á Pompeyo, durante el espacio de tres años, el proconsulado del mar hasta las columnas de Hércules y tierra adentro hasta cuatrocientos estadios de la costa: facultósele para reclutar cuantos marineros y soldados le parecieran necesarios, para nombrar quince senadores, como sus tenientes, y dos cuestores: diéronsele quinientos bajeles, ciento veinte mil infantes, cinco mil caballos y dos mil talentos áticos.

Con tales medios fácil fué á Pompeyo terminar rápidamente esta guerra.

El ídolo de la muchedumbre romana destruyó de 800 á 900 naves de los piratas, mató a diez mil de estos, hizo mas de veinte mil prisioneros, con los que repobló á Malo, Adana, Epifania y Pompeyópolis que levantó sobre las ruinas de Soli, se enseñoreó de ciento veinte ciudades y fortalezas, y restituyó la libertad á innumerables cautivos que por todas partes fueron pregonando las hazañas del vencedor.

La guerra de los piratas no era mas que un medio para los partidarios de Pompeyo que ansiaban despojar á Luculo de la direccion de la guerra contra Mitridates y Tigranes.

El tribuno Manilio, aprovechándose de la embriaguez producida por la noticia de las victorias del procónsul, propuso que, llamado Luculo, se confiara la guerra á Pompeyo, extendiendo su mando á mayor número de provincias.

Como al votarse la ley Gabinia, inútil fué la oposicion

de los consulares que en vano hicieron presente los servicios de Luculo, de Glabrio y de Marcio. Apoyada la ley por César y por Ciceron, se confió la direccion de la guerra al vencedor de los piratas que recibió en Asia el decreto con hipérta desdeñ.

La fortuna siguió coronando al favorito del pueblo que durante la noche alcanzó una gran victoria cerca del Eufrates (66). Sometido Tigranes, Mitridates se encamina á la Crimea, donde procura renovar la guerra que continúa Pompeyo en los países cereanos al Cáucaso (65), hasta que por último la traicion de su hijo Fraatres, obliga á Mitridates á darse la muerte (65).

Entonces fué cuando casi todas las comarcas marítimas del Norte, como la Bitinia, casi toda la Póllagonia y el Pénto, fueron reducidas á provincia romana con el nombre de Bitinia; las regiones marítimas del Sur, la Cilicia y la Panfilia formaron la Cilicia, y la Fenicia y la Siria otra que recibió este último nombre: premiáronse la defeccion de Tigranes y de otros, aunque quedando bajo la dependencia del pueblo romano.

La muerte de Mitridates levantó la república á su mas alto grado de poder en el exterior.

Apoyándose Pompeyo en la democrácia, logró por medio de los suyos el restablecimiento de la potestad tribunicia, anulada por la constitucion aristocrática de Sila, lo cual pudo alcanzar siendo cónsul con Craso; por medio de los representantes de la democrácia obtuvo Pompeyo un poder ilimitado en las dos últimas guerras, poder que poniendo en las manos de un soldado de fortuna las fuerzas todas del Estado, fué causa y ocasion de que se acabara de perder en Roma el sentimiento de la libertad, y naciera la licencia; de que, organizándose los partidos, los hombres dejaran de ser ciudadanos para convertirse en si-

caríos de este ó del otro jefe de faccion; para que los malvados salieran de sus antros, como en los dias de tempestad sale á la superficie el lodo, condenado á posar en el fondo, durante los dias de serenidad y de calma.

LECCION XXXIX.

Catilina.—Ciceron.—Primer triunvirato.—Muerte de César.

(SALUSTIUS.—Guerra Catilinaria. MIDDLETON.—
Vida de Ciceron.—CÉSAR.—Comentarios. MEISNER
y HARKER.—Vida de César.)

Mientras en Asia triunfaba Pompeyo, ocurrieron en Roma sucesos que pusieron en gran riesgo á la república.

Lucio Sergio Catilina, fuerte de cuerpo y de ánimo, culto, afable, instruido, pródigo de lo suyo y avaro de lo ajeno, incestuoso, sacrilego, abrumado de enormes deudas, asesino de su hermano por anticipar la posesion de su herencia y uno de los mas feroces sicarios de Sila, ayudado de muchos malvados, intentó enseñorearse de la república.

Digno hijo de aquellos desdichados tiempos, sus crímenes lo habian elevado á los primeros puestos, ejerciendo el cargo de cuestor, el de lugarteniente en varias guerras y hasta el de pretor en Africa.

Conocedor profundo de los hombres entre quienes vivia, habia dicho Catilina: *Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; yo seré esta cabeza.*

Al efecto reunió al rededor de sí en estrecho lazo á todos los hombres arruinados por las guerras ó por los vicios.

La conjuración, próxima á estallar, se frustró por un acaso (66); y aun otra vez abortó, contrariada por la muerte de Pison (65).

En el año 64, habiendo sido vencido Catilina por Ciceron en las elecciones consulares, exasperado ya, decidió resueltamente efectuar sus planes.

Q. Curio, uno de los conjurados, arruinado por satisfacer los caprichos de Fulvia, vióse menospreciado de esta, en cuanto reconoció la pobreza de su amante. Ciego el conspirador por la dama, la habló de secretos y de misteriosos planes que le darian una inmensa riqueza, secretos que eran nada menos que la conjuración, los cuales le arrancó mañosamente Fulvia, que lo puso todo en conocimiento del cónsul M. Tulio Ciceron, dueño por tal camino de todos los proyectos y de los planes de los sediciosos.

Conocido Catilina del peligro, mandó cuanto dinero pudo á Manlio, soldado de Sila que vivia en Fiesole, colonia de veteranos del difunto dictador, con los cuales formó el núcleo de un poderoso ejército.

Ciceron reveló al Senado los planes de Catilina que abandonó la curia y la ciudad seguido de trescientos de sus cómplices, encargando á los que quedaban en Roma que llevaran á cabo sus sanguinarios planes, en tanto que él volvía de la Etruria al frente de un ejército que haría temblar á los mas audaces.

El cónsul hizo prender á Lentulo y á los principales conjurados, á los cuales, faltando á los preceptos de la ley Semproniana, hizo que ejecutaran en la misma cárcel.

Catilina en tanto, puesto al frente de las tropas de

Manlio, se encaminó en demanda de la Gallia que pensaba sublevar; pero cerca de Pistoya el cónsul Q. Metelo Celer le cerró el paso de los Apeninos, en ocasion que el pro-cónsul M. Antonio llegaba por la espalda.

La lucha fué empeñada y terrible, muriendo en ella gran número de los partidarios de Catilina, heridos todos de frente: el jefe de los conjurados pareció debajo de un monton de cadáveres; respiraba todavía y conservaba aun aquel aspecto feroz que lo habia hecho tan terrible para sus enemigos.

Las victorias de Pompeyo en Asia, de que ya hemos hecho mencion, habian elevado á Roma á su mas alto grado de poder material; pero las costumbres públicas sufrieron un cambio profundo con estas prosperidades que introdujeron en la república el lujo de Oriente, las necesidades ficticias y la natural corrupcion de las costumbres públicas y privadas.

El tesoro público fue aumentado por Pompeyo hasta un punto increíble: cualquier ciudadano, apoyado por los agitadores, podia obtener un poder ilimitado: las necesidades creadas por un lujo deslumbrador y la consiguiente ruina de las fortunas privadas podian repararse obteniendo el mando de las provincias, donde los pueblos pagaban con su sangre el precio en que se habian comprado los puestos oficiales y la necesidad de volver acaudalado á Roma para satisfacer á los agitadores y obtener con ellos nuevos y mas altos empleos. La facilidad de reunir un ejército cuando era posible pagarlo: el ejemplo de Pompeyo que desde su mediania y mimado por una fortuna constante habia llegado al mas alto grado de poder que soñó la ambicion mas desatentada: la escandalosa fortuna de Craso que consideraba pobre al que no pudiera mantener un ejército: los grandes talentos y la ambicion de Cesar: Lúculo opu-

entísimo é irritado contra Pompeyo: Ciceron vacilante entre los dos partidos, y á las órdenes de los ambiciosos agentes y demagogos como Clodio y como Milon, que ensangrentaban diariamente las calles de Roma con los crímenes de sus torpes bandas: tales eran las causas que preparaban la inevitable ruina de la república. Como único contrapeso, se hallaba el inflexible Caton, auxiliado de pocos amigos, fieles á las tradiciones de la antigüedad.

Si Pompeyo, dotado de un gran carácter, fuerte con la reputacion que le habian dado sus victorias, apoyado en el amor de sus soldados, hubiera penetrado en Roma al frente de su ejército, y se hubiera impuesto á las facciones, indudablemente los sucesos hubiéranse encaminado por derrotero distinto; pero el vencedor de Asia, falto de la audacia que todo lo justifica con el éxito, entró en Roma dejando su ejército al desembarcar en Italia, lo cual fué tanto como entregarse inerme en medio de las facciones.

Dos cosas pidió Pompeyo pasada la ruidosa embriaguez de su triunfo: que se repartieran tierras á sus veteranos, y que, por medio de un decreto, se aprobara cuanto él habia hecho en Asia. La primera peticion fué fácilmente sancionada; pero la segunda tropezó con invencibles obstáculos en el senado, capitaneado por el indomable Caton.

Entonces el vencedor de Mitrídates no vaciló en descender á hacer la corte á la demagogia, uniéndose á los hombres mas infames y apoyándose en sicarios tan desacreditados como Clodio, implacable enemigo de Ciceron, que, con su apoyo, fué elegido tribuno de la plebe.

Como factor en estas querellas y árbitro y señor á la postre, se hallaba un hombre verdaderamente extraordinario.

Julio César, en quien Sila habia adivinado muchos Marcos, ejerciendo el cargo de cuestor cerca del pretor de la España ulterior Antistio Tuberon (9 a. de Cristo), habia

derramado lágrimas al contemplar en el templo gaditano de Hércules el busto de Alejandro, inmortal á una edad en que él nada habia hecho.

Este jóven que, durante su edilidad, se atrajo el amor del pueblo dándole fiestas magnificas que le hicieron con traer deudas enormes, pensó en resucitar la faccion de Mario, para lo que hizo el elogio fúnebre de su tia Julia, viuda del vencedor de los cimbras, y restableció en el Capitolio la estatua y los trofeos de este, que Sila habia mandado quitar.

Al volver Pompeyo de Asia, César ejercia el cargo de pretor, concluido el cual obtuvo el gobierno de la España ulterior, para donde solo pudo salir cuando el opulento Craso venció la oposicion de sus acreedores, fiándolo por la enorme suma de ochocientos treinta talentos en que le habian empeñado sus prodigalidades.

Ansiando satisfacer sus deudas y volver á Roma en la época de los comicios, César promovió guerras injustas en España; acuchilló á los desgraciados habitantes del Herminio, y estendió los dominios de la república, doblando con la esquadra el promontorio Artabro y fondeando en el golfo Brigantino, que vió entonces por vez primera las naves romanas.

César regresó de España acaudalado, á costa de los tristes habitantes de la península; pero en medio de las concusiones á que le obligaba la necesidad de adquirir medios para comprar votos en la eleccion de los cónsules, supo proporcionarse simpatías en nuestra patria, estableciendo una ley en virtud de la cual contuvo la avaricia de los usureros, á los que vedó que se apoderaran de los bienes de sus deudores, concediéndoles solo el derecho de cobrar las dos terceras partes de los rentas y productos de aquellos, hasta extinguir sus créditos.

Llegado César á Roma renunció los honores del triunfo para poder aspirar al consulado.

Eran por entonces implacables enemigos Craso y Pompeyo, á los que supo reconciliar César, formándose en su virtud el primer triunvirato, compuesto de estos dos personajes y del mismo César.

Por consecuencia de estos arreglos, obtuvo Pompeyo el mando de España, Craso el de Siria y César el de las Galias, todos por espacio de cinco años.

La invasion de los Helvecios en el país de los Allo broges, aliados de Roma, dá motivo á César para hacer la guerra á estos pueblos (58) y á sus aliados los Suevos mandados por Ariovisto, que solo encontraron su salvacion amparándose de la impenetrable selva Hereynia.

Noticioso César de que los habitantes de la Galia Bélgica, con auxilio de sus hermanos los Britanos, habian formado una coalicion contra Roma, los derrotó en Axona, y con el propósito de castigar á sus aliados, desembarcó en la Britania, mostrando á estos intratables isleños que no impunemente se atacaba á Roma.

Vercingetorix, jefe de los Auvernios, fué autor entre los galos (54) de una terrible sublevacion que ahogó César en sangre en Avarico y en Alesia, realizando al cabo de diez años la conquista de estos intrépidos pueblos, que llevó á cabo á costa de inauditos esfuerzos de valor y de talento, y con ayuda de los mismos galos, cuyas pasiones mútuas supo excitar, presentándose sucesivamente como auxiliar de los unos contra los otros (51).

Mientras tenian lugar estos sucesos, el imprudente y avaro Craso fue derrotado y muerto por los Partos en la batalla de Carrhas (53)

Esta muerte y la de Julia, hija de César, casada con Pompeyo, hacian prever al menos perpicaz, que ambos

caudillos habian de colocarse el uno frente al otro.

El alejamiento de Caton, el destierro de Marco Tulio Ciceron y las violencias del impio Milon y del sacrilego Clodio, el nombramiento de Pompeyo como único consul, cargo que confiaba en sus manos un poder análogo al de la dictadura, el término legal del mando de Cesar, que todos miraban como el principio de la guerra civil, que los partidos ansiaban, aunque cada uno de los dos procuraba que recayese sobre el otro la odiosidad de comenzarla, todo hacia facil augurar que aquella era inevitable.

Ciertamente desconocia Pompeyo la indole de su enemigo, cuando al conseguir contra las protestas de los tribunos comprados por César, que el Senado mandara á este (7 de Enero del año 49) que abandonara su ejército, declarándolo, si tal no hacia, enemigo de la patria, esperaba detenerlo.

Cesar pasó denodadamente el Rubicon, límite de los países sometidos á su autoridad, y el vanidoso Pompeyo, á la inesperada noticia de la proximidad de su enemigo, tuvo que abandonar á Roma, dejando en manos de su rival el erario público y los recursos todos del estado, con los cuales este recompensó á los suyos y aumentó sus partidarios y sus medios de accion.

Las espesas redes que tejen los políticos en la sombra, muchas veces, con débiles cabellos, no son tan faciles de romper á un soldado de fortuna, como los apretados escuadrones de los enemigos que combaten á la luz del sol; ni era ciertamente empresa tan facil como la de despojar á Metelo á Luculo ó á Craso de su gloria, vencer á los piratas ó á Mitridates, luchar con el vencedor de galos y germanos, con el que sabia manejar la espada lo mismo que la pluma, con el político expertísimo y no veneido general, con Julio César en fin (*monstrum activitatis, horribilis di-*

ligentia), con uno de los hombres mas escepcionales que han producido los siglos.

Si Pompeyo, usando de los inmensos medios de que podia disponer, hubiera preparado la Italia para una enérgica campaña; si hubiera establecido el centro de su defensa en España, el pais de los soldados heróicos; si abandonando sus eternas indecisiones, hubiera hecho algo, acaso con su victoria, el destino de la humanidad hubiera tomado otro rumbo.

Pero ciego por el humo de la adulacion y falto de esa energía inquebrantable, patrimonio de los grandes corazones, abandonó la Italia á Cesar, ordenó á sus tenientes en España, Petreyo, Afranio y Marco Varron, que no emprendieran combate ninguno decisivo, y él, vacilante y devorado de mortales dudas, se dirige primero á Capua, luego á Brindis y de aqui á Dyrrachium, puerto del Epiro.

César domina completamente la Italia, Sicilia y Cerdeña en sesenta dias: encaminase á España donde obliga á rendirse á Afranio y á Petreyo: vuelve á Italia donde es aclamado Dictador, dignidad que cambia por la del consulado: marcha á Grecia: traslada el teatro de la guerra á la Tessalia, y encontrándose al cabo ambos enemigos (20 de Junio del año 48) en los campos de Farsalia (en la Thessaliotida, entre la ciudad de Pharsalus y el rio Enipeo), es vencido Pompeyo, que fujitivo, se acoge bajo la proteccion del rey de Egipto Ptolemeo XII, en donde es miserablemente muerto y presentada su cabeza á César, que iba á sus alcances, el cual derrama lágrimas ante el sangriento despojo de su antiguo amigo y colega.

Questionaban á lo sazón por el trono de Egipto Ptolemeo y su hermana Cleopatra, cuestion que César, enamorado de esta, decidió á su favor, envolviéndose en una peligrosa guerra, donde corrió graves riesgos personales, aunque coronando al cabo á su amada.

César despertó de su sueño de amor a la noticia de que Farnáces, rey del Ponto, habia invadido el Asia Menor.

Rápido como el rayo, marcha contra él al frente de 20.000 hombres y Farnáces, que tenia 60.000, queda completamente derrotado. El vencedor dió cuenta de esta expedicion al senado con aquellas tres célebres palabras *veni, vidi, vici*.

Vuelto á Roma, se atrajo la voluntad de todos perdonando hasta á sus mas feroces enemigos.

En tanto Labieno, Scipion y Juba, rey de Mauritania, habian reunido un poderoso ejército en Africa, adonde tambien marchó el indomable Caton, con los restos de las legiones derrotadas en Farsalia.

César se dirigió contra ellos, quedando indecisa la victoria en la batalla de Adrumeto, pero siendo completamente derrotados los republicanos cerca de Thapso.

Scipion y Juba se dieron la muerte, ejemplo que imitó Caton, defensor de Utica, rechazando la clemencia del vencedor.

Noticioso César de que Cneo y Sexto, hijos de Pompeyo, habian reunido en España un ejército poderoso, temiendo mas que á todos á este incendio, con rapidéz inaudita se presentó en Obulco (Poreuna, Jaen), donde le esperaban sus legados, comenzando la célebre campaña de que da noticia Aulo Hircio y en la que, entre otros lugares, unos conocidos, desconocidos los otros, se hicieron notables, Soricaria y Soriecia, Castra Posthumiana, las orillas del Salsum (Guadajoz), Ategua (Teba la Vieja), Claritas Julia (Espejo) y Urso (Osuna); campaña que terminó en la batalla de Munda, que perdieron los pompeyanos, por un error de Labieno y de la cual dijo César que *si en otras ocasiones habia peleado por la victoria, en esta habia combatido por salvar la vida*.

Esta batalla acabó para César con todas las resistencias, convirtiéndole en señor de Roma y del universo.

El delirio del pueblo, al volver su ídolo á la capital, no reconoció límites.

Después de la victoria de Farsalia, se confirió á César la dictadura por un año, el consulado por cinco, el poder tribunicio, el derecho de declarar la paz y la guerra y el dominio de las provincias (48) con el poder de la censura (*præfectura morum*), y en el año 45 le fué dada para siempre la suprema autoridad con el título de *imperator*.

¿Pensaba César, que no tenía hijos, en el restablecimiento del poder real, tan odiado de la aristocracia romana? ¿hay que deducirlo así de algunos hechos imprudentes llevados á cabo por algunos de sus mas celosos partidarios?

El tiempo en que César ejerció la dictadura fué tan breve y tan agitado por las guerras, que no hay datos para resolver satisfactoriamente estas preguntas.

El restablecimiento del orden, la guerra contra los partos parecia que ocupaban todos sus pensamientos, cuando una tropa de conjurados á cuyo frente se encontraban Bruto y Casio, decidió su muerte.

Concertado todo, cuando César se encaminaba á la curia, Artemidoro, filósofo griego puso en sus manos un escrito diciéndole: *léelo con prontitud por que te interesa mucho y es urgente*, escrito que no pudo César leer, rodeado de su comitiva.

Al penetrar el dictador en el senado (15, Marzo, 44), salieron á recibirle los conjurados acompañándole hasta su silla. Al tomar asiento, le rodearon los republicanos y Cimbro se hincó de rodillas ante él pidiéndole favor para un su hermano que estaba desterrado. Fatigado el dictador por las súplicas de los que le rodeaban, se levanta; sujé-

tale Cimbro por el vestido, que era la señal convenida: *esto no es ruego sino violencia*, exclama César, y Casio le hiere levemente por la espalda. Vuélvese el dictador y hiere á su agresor en el brazo con el punzon de sus tablillas. Repuestos los conjurados, acometen á César con sus puñales, y él se defiende de todos, aunque herido ya gravemente en el pecho. Pero al ver á su ahijado Bruto que le hunde el puñal en el costado, esclama: *¡tú tambien hijo mio!*, envuelve su cabeza en el manto, concierta su ropa, recibe sin quejarse hasta 23 puñaladas, y cae muerto á los piés de la estatua de Pompeyo.

LECCION XL.

Segundo triunvirato.—Combate de Actium.

Antonio y los demás amigos y partidarios del Dictador, al morir este, se retiraron precipitadamente á sus casas, se despojaron de los distintivos de sus respectivas dignidades y buscaron asilos en que guarecerse: mas apenas tuvieron noticia de que los senadores se habian ocultado, de que el pueblo habia acogido con ira y dolor la noticia del asesinato de César y de que los conjurados se habian refugiado en el Capitolio, se rehicieron y concertaron.

M. Antonio, que ejercia el consulado, se mostró otra vez en público, y Lépidó que mandaba una legion, acantonada en las cercanias, la llevó al campo de Marte.

Los conjurados enviaron diputados á Antonio, y reunido el senado, temerosos los unos de los otros, se acordó una amnistía general, en la que quedaron incluidos los asesinos del Dictador.

Hecho esto, Antonio leyó públicamente el testamento de César en el cual este nombraba sus herederos á Octavio, á Lucio Pinario y á Quinto Pedio sus sobrinos, legaba al pueblo romano sus bellos jardines del Tiber y tres mil sextercios á cada ciudadano.

El cónsul expuso á la vista del pueblo la toga y el busto del dictador con todas sus ensangrentadas heridas.

Aquellos cariñosos recuerdos y este espectáculo arrancaron á todos gritos de ira y de venganza.

La situacion vino á complicarse con la llegada del jóven Octavio que tuvo bastante osadía para desembarcar cerca de Brundisium, cuya guarnicion le recibió entre unánimes aclamaciones de triunfo.

Ya en Roma el sobrino de César, aceptó la herencia de su tío, y habiéndole negado Antonio la entrega del tesoro de este, no vaciló en vender sus bienes y los de sus parientes y amigos para pagar los legados que el dictador habia dejado á los ciudadanos, con lo que se atrajo la estimacion del pueblo y de los legionarios y por consiguiente un partido que le adoraba.

Antonio, en cambio, reunió sus tropas con las que entró en Roma, abandonada por el sobrino de César, que se retiró á Ravena, desde donde tuvo habilidad bastante para sobornar dos de las legiones del cónsul, que á su vez se vió forzado á abandonar la ciudad y establecerse en Ariminium.

Terminado el consulado de Antonio, fueron elegidos Hircio y Pansa

Octavio, que ya habia reunido cinco legiones, se ofreció al Senado para sostener su vacilante dignidad, y este y Ciceron que lo capitaneaba, engañados por tanta moderacion, se declararon en favor del astuto Octavio.

M. T. Ciceron, estrechamente ligado al sobrino de César, pronunció en esta ocasion sus célebres *filípicas*, las cuales dieron por resultado que Antonio fuera declarado enemigo de la pátria y que comenzara la guerra civil (*Bellum Mutinense*), breve pero terrible, cuya direccion se confió á Octavio, acompañado de los dos cónsules.

Sitiaba Antonio á Mutina (Módena), donde tenia encerrado á Décimo Bruto, ante cuya ciudad se presentaron Octavio y los cónsules.

En la primera batalla quedó la victoria indecisa, aunque con muerte del cónsul Pansa; en la que se dió pocos días despues, pereció el otro cónsul y fué vencido Antonio, y forzado á levantar el sitio de la ciudad y á retirarse á la Galia Transalpina.

El senado, que, estimando ya la guerra concluida, se creía libre de enemigos, confió el mando del ejército á Décimo Bruto y negó el consulado á Octavio; quien, disimulando el agravio, se concertó secretamente con sus enemigos, considerando ya como lo mas importante para él arruinar al partido del senado.

Al efecto, por orden del mismo Octavio, su lugarteniente Ventidio se pasó á Antonio con tres legiones, ejemplo que siguieron Lepido, Polion y Planco, que respectivamente mandaban en la Galia Narbonense, en la Céltica y en España; repasando ya Antonio los Alpes al mando de diez y siete legiones.

Espantado el senado acudió á Octavio, pero este contestó entrando en Roma al frente de sus tropas, haciéndose elegir cónsul, apoderándose del tesoro público, persiguiendo resueltamente á los asesinos de César y marchando á la Galia Cisalpina.

Octavio, Lepido y Antonio celebraron una conferencia en una isla del rio Panaro, donde acordaron fundar un nuevo triunvirato, declarándose jefes de la república por espacio de cinco años, con título de *Triumviri republicæ constituendæ*, repartiéndose á su placer el mando de los ejércitos y de las provincias y acordando la ruina del partido republicano, para lo que convinieron en una pros-

cripeion y en la persecucion implacable de los asesinos del Dictador (27 Noviembre 43).

Como los triunviros habian convenido en sacrificar á todos sus enemigos, como cada uno de ellos habia estado al frente de un partido, en lucha con los demás, perecieron innumerables víctimas, entre ellas el gran patricio, orador incomparable y escritor insigne M. T. Ciceron, cuya mano y cuya cabeza fueron expuestas en la tribuna de las arongas, desde la cual habia arrebatado tantas veces al pueblo con su elocuencia fascinadora, al lado de la de Verres, por sangrienta burla del destino.

La marcha de los triunviros á Italia fué la señal de una horrible carnicería que comprendió á mayor número de personas que la proscripeion de Sila, que duró mas tiempo y que, obedeciendo al móvil de la mas atroz venganza, reconocia á la vez como fin el de procurarse dinero para satisfacer las crecientes exigencias de los legionarios.

¡Cosa al parecer increíble!

De esta proscripeion dice Veleyo Paterculo que *hubo mucha fidelidad en las mujeres, bastante en los libertos, alguna en los esclavos y ninguna en los hijos.*

Iba en fin á comenzar la guerra entre los oligarcas y los aristócratas defensores de la república; guerra en la que los primeros contaban con la Italia y los paises de Occidente y los segundos con el Oriente y la supremacia del mar en que dominaban las escuadras de Sexto, hijo de Pompeyo el Magno, que muerto su hermano Cneo, se habia salvado en el gran desastre de Munda.

Convertida la Macedonia en teatro de la lucha, avistáronse ambos enemigos en las cercanias de Filipos (antes Datos Creñides, en la Edonida).

El ejército republicano constaba de ochenta mil infantes y dos mil caballos y de un número casi igual el de los triunviros.

Entusiasmo Bruto de tal manera á los suyos con su elocuencia y su actitud, que cayendo los republicanos como incontrastable tromba sobre el campamento de Octavio, lo destrozaron todo y acribillaron de tal manera su litera, que todos le creyeron muerto; pero la litera estaba vacía, porque infaustos presagios habían alejado de la pelea al sobrino de César, destinado á conseguir las mas señaladas victorias por medio de la mas menguada cobardía.

Antonio en tanto reparaba la derrota de las tropas de Octavio destruyendo el cuerpo de ejército mandado por Casio, hasta el punto de que, contemplando este desde una colina la mortandad de los suyos, ignorante de la victoria de Bruto y creyendo definitivamente perdida la batalla, se mató.

En otro nuevo combate que Bruto no pudo escusar y en el cual se peleó con la rencorosa furia de las contiendas civiles, los republicanos fueron completamente derrotados.

En salvo Bruto por la abnegacion de algunos de sus amigos, llegó á un valle donde suplicó á un esclavo que lo matara; pero su intimo Estraton, esclamó: *no se diga jamás que por falta de amigos ha perecido Bruto á manos de un esclavo*, y le presentó la punta de su espada sobre la que se precipitó el general republicano, gritando: *¡Oh virtud! te creí una realidad, pero veo que no eres mas que un sueño!*

¡Hé aquí el mas grande de los caracteres que ha producido la filosofía estoica!

¡Tristeza, desesperacion horrible, negacion de la virtud, y por último, vanidad de vanidades!

La guerra no estaba aún terminada, pues Sexto Pompeyo reunia los fugitivos en Sicilia; Enobarbo y Estacio dominaban con sus escuadras las costas de la Macedonia y de la Jonia, mientras Cayo de Parma, reforzado por los Rodios, se encaminaba al Asia.

Para destruir pues estos poderosos centros del partido republicano, se encaminaron Octavio al Occidente y Antonio al Oriente.

Este citó ante sí á Cleopatra para que se justificara de la proteccion concedida á Craso; pero el triunviro quedó tan enamorado de los encantos de la reina de Egipto, que no reconoció en adelante otra voluntad que la suya; mientras el astuto Octavio procuraba dominar por completo en Italia, planes á que se opuso la ambiciosa Fulvia, mujer de M. Antonio, promoviendo la guerra de Perusa (40), que obligó á Antonio á dirigirse á Italia.

Los triunvires convinieron otra vez, repartiéndose el imperio, aunque quedando la Italia pro indivisa.

Orgullosa Lepido con las doce legiones y cinco mil caballos numidas que tenia á sus órdenes, quiso hacerse respetar de Octavio, el cual, acudiendo á su proverbial habilidad, hizo que las mismas tropas de su colega lo aclamaran, hasta el punto de que este, viéndose solo é inerte, tuvo que implorar la clemencia del sobrino de César, quien lo despreció hasta el punto de concederle la vida y los bienes. Así desapareció de la escena política este oscuro agitador.

Antonio, menospreciando el casto amor de su esposa, hermana de Octavio, entregado completamente al de Cleopatra en Alejandría, dió á los hijos que de ella había tenido provincias y reinos.

Esta conducta produjo en Roma honda indignacion que aprovechó Octavio acusando á su colega ante el Senado que decretó la guerra contra la reina de Egipto.

Octavio marchó en busca de Antonio que se hallaba cerca de Actium (Acarnania, en el Epiro.)

Era incomparablemente superior en número el ejército del segundo al del primero, aunque las naves de Octavio, acostumbradas á las luchas con las escuadras de Sexto

Pompeyo, aventajaban en pericia militar á las de su enemigo.

Los legionarios instaban á Antonio que emprendiera la lucha en las llanuras de la Tracia y de la Macedonia, el cual desoyendo este saludable consejo y escuchando solo la voluntad de Cleopatra, aceptó el combate marítimo.

Peleábase por ambas partes con igual valor, cuando, acobardada la reina de Egipto, huyó con sus naves, siguiéndola el ciego Antonio. Así, primero la escuadra de Antonio, y luego su ejército, abandonados de su jefe (29), se rindieron al afortunado sobrino de César.

Antonio se dió la muerte para no caer en las manos de su enemigo, y Cleopatra, despues de ensayar en vano el poder de su hermosura sobre el alma fria de Octavio, se mató igualmente, exponiendo su brazo á la mordedura de un aspid.

Por tal manera acabó el reino de Egipto, que fué de clarado provincia romana, y así acabó la dinastía de los Lágidas, que habia imperado en él por espacio de doscientos noventa y cuatro años.

LECCION XLI.

Octavio, emperador.—Las letras y las artes en Roma.—
Muerte de Octavio.

(Dion Casio, Historia, lib. LI—LXXX.—
A. Li-ra. Historia Antigua.)

Al regresar Octavio á Roma, obtuvo tres veces los honores del triunfo, ostentando en el último á los hijos de M. Antonio y de Cleopatra y la figura de esta seductora reina de Egipto, que mostraba su brazo herido por el aspid.

El momento histórico en que el sobrino de César aparecía, despues de la batalla de Actium, no podia ser mas oportuno. A todos debió parecer como el enviado por los dioses para dar algunos años de paz y de respiro al mundo fatigado.

Con efecto, cansada Roma de sangrientas é implacables luchas sin cesar renovadas, infestados los caminos de bandoleros, aterrorizada la ciudad por las gentes de mal vivir, empobrecidos los caballeros, hambrienta la plebe y esquiladas las provincias, era llegado el instante en que, cansados todos de agitaciones, habia de ser saludado y acogido

con inmensa alegría el que, dotado de ciertas condiciones, exuberantes en Octavio, pudiera inspirar la confianza de que restablecería el imperio de la paz.

Advertido Augusto por el terrible ejemplo de César, quiso mas bien reinar de hecho que excitar la ira de los republicanos aspirando al título de rey, adivinando que en los pueblos degradados, los nombres importan mas que todo.

En el desempeño de esta tarea sirviéronle á maravilla sus dos consejeros Agripa y Mecenas, expertísimo general el primero y habil político el segundo.

Octavio afectó conservar la república, con los nombres de sus magistraturas, haciéndose adjudicar el poder de cada una de estas, excepcion hecha de la dictadura.

A este fin fuele dado el consulado perpétuo en el año 19; la potestad tribunicia, tambien á perpetuidad, en el año 30, potestad que hizo su persona sagrada é inviolable preparando los *judicia majestatis* (*Lex Julia de Majestate*); confiriósele en el año 51 el título de imperator que puso los ejércitos á sus órdenes; apoderose en el año 19 de la censura (*magistratura morum*), y desde el año 15 fué pontífice máximo.

De este modo, el pueblo, los ejércitos, las clases de Roma, la religion y los privilegios todos que la plebe romana, en seculares luchas, habia arrancado á la obstinada aristocracia, todo quedó como sintetizado y vinculado en la persona de Octavio.

Atento sin embargo á conservar las apariencias, y para que no se le pudiera tachar de usurpador, aceptó el supremo poder como un depósito, primero, por espacio de diez años y luego por diez ó por cinco, dando lugar esta farsa á las fiestas apellidadas *sacra decennialia*.

Amigo de alhagar al senado, que procuraba tener siempre propicio con repetidas expurgaciones, y aparentando

concedérselo todo, cuando le daba tan poco, clasificó las provincias en senatoriales é imperiales (*provincia principis, provincia senatus*), comprendiendo en las primeras á las mas civilizadas y pacíficas y que no habian menester la estancia de tropas considerables, y en las segundas á las inquietas y fronterizas, habitual residencia de fuertes destacamentos militares. Por lo mismo, los jefes que nombraba el emperador (*legati*) ejercian en su nombre la potestad civil y militar, cuando los del senado (*proconsules*) desempeñaban solo la civil.

Los sucesos militares que llenaron el reinado de Augusto fueron; la paz con los Partos, en consecuencia de la cual, Fraates devolvió las banderas perdidas en la desgraciada y terrible expedicion de Craso; la famosa guerra Cantábrica para la que Augusto vino á España en compañía de Agripa, y estableciendo su campo en Segisama, ciudad de los Vaccéos, dividió su ejército en tres cuerpos que asolaron el país hasta el mar, al mismo tiempo que la armada romana vigilaba las costas. Despues de varios sucesos, los valerosos Cántabros fueron vencidos por Cayo Antistio junto á Velica y cercados y forzados á perecer de hambre en las asperezas del Medulio. Sus aliados los Astures fueron vencidos en las cercanias del Estula, perdiendo toda esperanza de victoria al apoderarse Augusto de Lancia, su plaza de armas; guerra en que adquirió gran notoriedad el legado Publio Carisio: las campañas contra los Recios, Vindelicios, Pannonios é Ilirios, cojuzgados por Tiberio y Druso: la guerra contra los Germanos en la que Varo fué vencido por los Catos y Sicambros, perdiendo tres legiones; pueblos que mas adelante subyugó Druso, quedando el Amisio, que separaba á Batavos y Frisios de Saxones y Sicambros, como limite y frontera del imperio.

Augusto procuró tambien la mejora de las costumbres,

á cuyo efecto promulgó varias leyes, de las cuales fueron las mas notables la *Julia de adulteriis* y la *Papia Poppæa* contra el celibato.

Pero en lo que puso mayor cuidado Octavio, auxiliado por el profundísimo político Mecenas, fué en la proteccion á las letras y á las artes, verdadera gloria y esplendor de los imperios, apartando por tal manera á los romanos de la guerra y de la política, habitual ocupacion hasta entonces, de los hombres de genio y de los ambiciosos; empeño que consiguió, hasta el punto de ser universalmente apellidado *Siglo de Augusto* el periodo de mayor cultura de los romanos, periodo que abraza el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Sila y la del mismo Augusto.

Con efecto, desde los dias primeros de la república, tubieron los romanos cierta especie de poesia, originaria de la Etruria, como sus primeras farsas *fescenninas*. Livio Andronico mejoró los espectáculos escénicos dando á la comedia formas griegas: Terencio imitó y tradujo á Menandro, y Plauto estuvo dotado de superior vis cómica.

Al contacto de la literatura griega que se enseñoreaba de Roma, como Roma habia sojuzgado á Grecia por las armas, fué perdiendo el idioma latino su ingénita rudeza, que trocó por la severa majestad del pueblo dominador del universo; así á Ennio sucedió Lucrecio.

Lucilio creó un nuevo género, en el que se hicieron inmortales Horacio y Juvenal; notáble el primero por la gracia y la cultura de los pensamientos y el segundo por la dura severidad con que flajelaba al vicio.

Catulo y Galo se hicieron inmortales en la elegia y el epigrama.

Ciceron es el primero de los oradores de Roma, como entre sus escritores de filosofia. De moda entonces en su pátria la moral de los estóicos y la de Epicuro, colocóse

Márco Tulio á igual distancia de la una que de la otra, con su libro *De las obligaciones*, en el que desenvolvió los principios soeráticos; no siendo menos dignas de atención sus *Cuestiones tusculanas*, sus *Paradojas*, y otros varios opúsculos morales, que brotaron de su pluma creadora, así como sus libros *De retórica* que serán siempre mirados como el código inmortal del arte de bien decir.

Virgilio es superior á Hesiodo en la didáctica, á Teocrito en la egloga y compite en la épica con Homero; así como Horacio, padre de la lirica latina, ostenta en su rico repertorio un poema sin precedentes en la Grecia, su Carta á los Pisones. Este gran poeta del Lacio, sin ser tan apasionado como Pindaro, tan arrebatado como Safo, ni tan voluptuoso como Anacreonte y Bion, supera á los tres, entre otras dotes, en la intencion filosófica y en la oportunidad precisa de la frase.

Ovidio, rico de imaginacion y de facundia inagotable, desgraciado por su célebre *Ars amandi*, que lo llevó al tristísimo Ponto, por sus *Elegias* y sus *Fastos*, ostenta sus inolvidables *Metamorfosis*, curso completísimo de mitologia.

La decadencia de las letras latinas se mostró con los españoles Séneca y Lucano. Afectó el primero gran cuidado en la frase y el rebuscamiento de la sentencia; fué muy aplaudido en su tiempo, é imitado por sus admiradores, que, como siempre, no lograron mas que exagerar sus defectos: Lucano en su *Farsalia*, y Silio Itálico en su *Segunda Guerra Púnica*, muestran la decadencia del estro latino.

Ya desde el imperio de Neron, comenzaron á ser raros los buenos escritores romanos, como Juvenal el satírico, Quintiliano el retórico, Plinio el naturalista y el gran Tácito, azote de los déspotas.

Los estudios históricos comenzaron á extenderse en

Roma al entrar en el comercio común las historias de los templos, de las familias y de las ciudades, ocultas hasta entonces á los ojos del vulgo, y se desarrollaron á la caída de la república. César escribió sus inimitables *Comentarios*; Nepote sus *Vidas*; el conciso Salustio sus *Guerras Yugurtina y Catilinaria*; el siempre patriota Tito Livio sus inmortales *Décadas*; Patéculo y Floro, sus *Compendios*, y Quinto Curcio su *Vida de Alejandro el Grande*.

Desde el reinado de Trajano en adelante, las letras latinas, cayendo en el hondo abismo de la decadencia, vinieron á parar á manos de compendiadores, copistas y plagiarios.

Del estado de la pintura y de las artes romanas dá claro é irrefragable testimonio el cónsul Mummio, vencedor de Corinto, cuando, observando que Atalo, rey de Pérgamo, ofrecía seiscientos mil sextercios por un cuadro, exclamó: *Preciso es que estos lienzos posean alguna virtud mágica*; y quitándoles de sus márcos, los envió á Roma, intimando á los conductores que cuidaran de no estropearlos, porque, si los estropeaban, tendrían que rehacerlos.

Con ligeras excepciones eran las artes en Roma etruscas, griegas y asiáticas, convirtiéndose la capital del orbe en un verdadero museo, con las riquezas robadas á todos los pueblos. Al efecto, fueron despojados los palacios de sus pórticos, las casas de sus alhajas y muebles, los templos de sus dioses, los edificios públicos de sus columnas, de sus puertas y hasta de sus techumbres, las paredes de sus frescos, las plazas de sus monolitos.

Sin embargo, no dejó Roma de poseer algunos artistas distinguidos, especialmente en la arquitectura, entre los cuales citaremos á C. Mucio, Valerio de Ostia, Cosucio, Cayo y Marco Estalio, y, entre los preceptistas, á Vitrubio Polion y á Sexto Julio Frontino.

Augusto fué bien desgraciado en el hogar doméstico: de Eseribonia tuvo á Julia, que escandalizó á la corrompida Roma con su disolución. Los dos hijos que esta tuvo de su matrimonio con Agripa, Cayo César y Lucio, que el mismo Augusto educaba, con tan cariñoso esmero, murieron en la flor de su edad.

Cobarde, lascivo, cruel y supersticioso, nadie como él conocía los móviles que impulsan el corazón humano, nadie como él poseía el arte del disimulo.

Así vivió setenta y seis años, y rigió en paz los destinos del mundo por espacio de cuarenta y cuatro.

Acometido en Nola de la última enfermedad, se hizo vestir sus mejores galas, pidió un espejo, y preguntando á los que rodeaban su lecho: *¿He representado bien mi comedia?*, se respondió á sí mismo: *Aplaudidme*.

Así acabó el mas grande de los actores (19 de Agosto, 14 de Jesucristo).

SEXTA ÉPOCA.

DESDE TIBERIO Á CONSTANTINO. (14 á 323 despues de Jesucristo.)

LECCION XLII.

Tiberio.—Caligula.—Claudio.—Neron.

(C. SUETONIO TRANQUILLO. Vidas de los Emperadores.)

La democracia que venia triunfando en Roma desde mucho antes de Sila, oscilante en los dias del indeciso Pompeyo, sumisa en los tiempos del infatigable Cesar, quedó definitivamente vencedora en los campos de Farsalia.

Pero como el poder es la unidad, y como las democracias, que representan la variedad, no pueden gobernarse á si mismas si no por medio de ficciones y de representaciones, á que acuden los hombres en las épocas de transicion, por más que la razon y la experiencia las condenen de consuno; de ahí que la democracia romana, harta de ensayos y del efimero poder de hombres audaces, ó de medianías, encumbradas por la ciega fortuna, corriera

rápida hácia su natural desenlace, en los tiempos pasados como en los presentes, en la antigua Roma como en la moderna Francia: al Cesarismo.

Vencer las últimas resistencias, borrar hasta las tradiciones y los hábitos creados en Roma por siglos y siglos de república, tal fue el fin del largo reinado de Augusto.

Por espacio de cuarenta y cuatro años, Tiberio, protegido por la astucia de su madre Livia, mujer de Augusto, distinguiendo á larga distancia el trono, aunque sentado en sus gradas; apoyado en su madre, procuró acortar esta distancia por medio del disimulo y del crimen.

Así murieron los hijos de Agripa, lentamente envenenados por la madre y el hijo, y así, el entonado del anciano emperador, para borrar del ánimo de este hasta la mas ligera sospecha de que aspiraba al supremo poder, se retiró á la alongada isla de Rodas, donde abandonó sus armas y su toga, y se apartó de las orillas del mar, para no ser visto de los navegantes.

Muertos Cayo César y Lucio, volvió Tiberio á Roma, cerca de Augusto, que le adoptó, encontrándose á su muerte dueño del mundo, cuando contaba ya cincuenta y seis años de edad.

Fueron los primeros cuidados de Tiberio rodearse de la guardia pretoriana y asegurar la fidelidad del ejército; hecho lo cual, en su calidad de tribuno, convocó al senado ante el cual manifestó voluntad de restablecer la república, para conocer los partidarios con que esta contaba.

El despotismo, ensayado hasta entonces con tímidos disfraces, se desenmascaró audazmente en manos del sombrío Tiberio, ante el cual se prosternó el senado, á quien despojó del derecho de elegir los magistrados, que todavía se ejercia en los comicios, convirtiéndolo en servil tribunal, encargado de aplicar la ley de lesa majestad.

Las legiones de la Panonia contestaron á estas primeras muestras del carácter del nuevo emperador con una sublevación que ahogó Druso, y las establecidas en las orillas del Rin con otra, sofocada por Germánico, que en vano vengó la derrota de Varo, y que, en vano también, venció en la Armenia y redujo á provincias romanas, la Capadocia y la Comagena, sucesos que premió el hijo de Livia haciéndolo envenenar por medio del gobernador de la Siria, Cneo Pison, que con tal objeto habia puesto á su lado.

Dominada Roma por el mas espantoso terror y deseando Tiberio gozar con plena tranquilidad de la crueldad y del deleite, esos dos grandes polos del mundo pagano, se retiró á la isla de Caprea, desde donde mandaba á Roma órdenes terribles, que eran al punto ejecutadas con increíble servilismo.

En este su retiro favorito, rodeado de inaccesibles escollos, dotado de suavísima temperatura, embalsamado el aire con las brisas del mar y las tibias emanaciones de los bosques de la Campania, vigilando el acceso de los navegantes en el extenso horizonte marítimo, pasaba sus días el sucesor de Augusto.

Allí, dominado por el adivino Trasilo, creó un superintendente de los placeres: confió la cuestura á uno que vació de una vez un anfora: donó doscientos mil sextercios á Sabino por cierto animado diálogo en que luchaban las setas, los becafigos, las ostras y los tordos: pinturas lúbricas y escenas de asquerosa corrupción excitaban los nervios del obscuro anciano: si los padres rehusaban el honor de entregar sus hijas á las lascivias imperiales, los esclavos y satélites del emperador las robaban descaradamente: si las jóvenes al verle tan repugnante, con sus asquerosas úlceras, mostraban asco de su inmundicia vejez, Saturnino, ideaba goces nuevos que traspasaban cuánto pu-

diera inventar la imaginación. Así los legionarios llamaban á Tiberio, en vez de Tiberius Claudius Nero, *Biberius Caldius Mero*.

Ministro de las crueldades del emperador fué Elio Seyano, señor y árbitro de todo, despues que el emperador se retiró á Caprea. Seyano soñó ya en el imperio, y viendo que entre él y este se interponia Druso, hijo de Tiberio; sedujo á Livilla, mujer de aquel, por medio de la cual lo envenenó.

Seyano fué desde entonces el todo en el imperio, el que disponia de los cargos públicos, el heredero de la púrpura, aquel en cuyo honor se quemaban victimas en los altares, cuya efigie se grababa en las banderas: pero también desde entonces, viéndolo tan cerca de su altura, resolvió perderlo el emperador.

Al efecto, envió Tiberio al senado á Marron, tribuno de los pretorianos, con una carta en la que comenzaba por apuntar algunas frases contra Seyano; pasaba en seguida á hablar de otra cosa, volvía luego á las quejas, divagaba, aludia á Seyano, ordenaba que fuesen condenados á muerte dos senadores, amigos del ministro; y mientras este enmudecía, espantado de tanta hipocresía y de tanta audacia, oyó que la epístola concluía con la orden de su prisión.

Al punto Seyano se vió abandonado de todos, él, que momentos antes, era absoluto señor del imperio. Los pretores y los tribunos le impidieron huir: la guardia entró á saco en Roma, Seyano fué muerto, sus hijos horriblemente asesinados y sus cadáveres profanados é insultados por el pueblo.

Pasado algun tiempo, mientras Tiberio recorría la Italia, supo que el senado habia absuelto á algunos acusados por él. Creyendo por tal manera comprometida su autoridad y su vida, quiso el emperador volverse á Caprea, pero devorado de rabia y de miedo, murió en el camino (37).

Era tal el terror que el nombre de Tiberio ejercía en Roma, que, aun después de ser notoria la nueva de su muerte, como se encontraran en las cárceles varios sentenciados á muerte, que no debían ser ejecutados hasta pasados diez días, y aun no estaba ocupado el trono por el nuevo emperador, que los podía absolver, decidiéndose los verdugos por lo que les pareció mas legal, los estrangularon.

Así Tiberio, realmente el primero de los Césares, el genuino representante de la envilecida democracia romana, después de matar á todos cuantos se distinguían por su talento, por sus riquezas, por su valor, por la dignidad de su carácter y hasta por su apellido glorioso, hizo cuanto pudo por establecer en el imperio la igualdad; no la igualdad que eleva á los bajos hasta la altura de los mas encumbrados, si no la que destruye y corta y abate cuanto discrepa del ser mas humilde.

Tiberio en su testamento instituyó heredero del imperio á Cayo César, hijo de Germánico.

La índole de este jóven, ídolo de los soldados, que le habían dado el sobrenombre de *Caligula*, no se ocultó á las miradas del viejo, que había dicho de él: *Tendrás todos los vicios de Sila y ninguna de sus virtudes; y esta es una serpiente que crío para el género humano y un Faeton que abrasará al universo.*

Con efecto, al principio se presentó Caligula inclinado á la humanidad y con buenos propósitos para el gobierno; pero en cuanto vió que estaba sólidamente asentado en el trono, dió tales muestras de brutal ferocidad, que es preciso confesar, en honra del género humano, que aquel mancebo epiléptico, vestido de púrpura, estaba realmente loco.

Mató á sus mas íntimos parientes y protectores; visitaba personalmente las cárceles, señalando al azar los pre-

sos que habían de ser arrojados á las fieras, porque la carne estaba cara, haciéndoles previamente arrancar la lengua para que no le molestaran con sus gritos; tomó parte con las luchas del circo; proscribió las obras de Tito Livio, de Virgilio y de Homero, agregó su caballo Incitato al colegio de los sacerdotes y le designó cónsul, para el año venidero; prohibió á los descendientes de Manlio Torquato que usaran el collar, distintivo de su familia, á los de Pompeyo el sobrenombre de Magno, á los de Cincinato la larga y rizada cabellera; su lubricidad no respetó á sus hermanas, aurigas, cómicos é histriones; arrojó en el teatro al pueblo víveres y dinero mezclados con hojas de espadas afiladas, y en un año despilfarró mas de dos mil millones acumulados por Tiberio. Perdiendo un día á los dados, hizo que le presentaran el catastro de la provincia Gala, impuso pena de muerte á algunos opulentos propietarios y dijo alegre á sus compañeros: *vosotros me ganais poco á poco; yo he ganado en un instante ciento cincuenta millones.*

Así vivió Roma, sujeta á semejante monstruo, hasta que Casio Chereas, tribuno de una cohorte pretoriana, auxiliado de algunos compañeros, le asesinó (41) cuando volvía del baño.

Apesar de todo, los soldados, los perdidos, las mujeres, los esclavos, lo mas abyecto de Roma, recorren las calles llorando, matan cuanto encuentran al paso, únen-se al senado, claman libertad y piensan restablecer la república. Los pretorianos se oponen á esta idea; buscan un emperador, saquean el palacio, y distinguiendo dos piés debajo de la cortina que tapaba un lugar escusado, la recorren y tras ella aparece un hombre viejo y obeso, que, lleno de miedo, se postra á sus plantas pidiendo misericordia.

El escondido era Cláudio, hermano de Germánico, hombre de mas de cincuenta años, literato, imbécil, juguete y burla de la familia Julia: los pretorianos le aclamaron emperador, y no pudiendo él andar, embarazado por el miedo, le elevan sobre sus hombros y lo llevan así á su campamento.

El pueblo, que de tal manera vé conducir á un hombre pálido y trémulo, grita á los soldados: *¡No le mateis! Dejad que los cónsules pronuncien su sentencia!*

Los senadores, vacilantes, siguen soñando en el restablecimiento de la república, ideando para ello armar á los eselavos; pero como el pueblo insiste por un emperador, es reconocido Cláudio.

Cláudio se mostró al principio humano y generoso, dictando leyes prudentes: abolió el tormento de los hombres libres en los procesos de estado; vedó á los druidas los sacrificios humanos, y mejoró la condicion de los siervos; pero como estos beneficiosos preceptos no estaban en armonía con las costumbres de su tiempo, tales disposiciones no hicieron mas que aumentar la nota de imbecilidad que sobre el emperador pesaba.

Así abandonó Cláudio el cuidado de los negocios públicos á su corrompida esposa Mesalina, y á favoritos inmundos; por lo cual su reinado fué tan funesto para Roma como los de Tiberio y Caligula.

Sin embargo, aun alcanzaban victorias las armas romanas en el exterior.

La Mauritania quedó agregada al imperio: Ostorio conquistó parte de la gran Bretaña: Pompilio y Corbulon vencieron á los Germanos, y las luchas con los Armenios, Iberos y Partos, ensancharon las fronteras romanas en Asia.

Muerta Mesalina por su escandaloso enlace con Silio,

de que tuvo noticia el estúpido Cláudio, este se casó con Agripina, hija de Germánico, viuda de Domicio Ænobarbo, que tenia un hijo llamado Domicio, al cual adoptó el emperador, dándole el nombre de Cláudio Neron.

Agripina proyectó desde entonces elevar al imperio á Neron, con perjuicio de los dos hijos de Cláudio, Británico y Octavio, y al efecto, cuando, en un momento de debilidad, logró que el imbécil Cláudio lo nombrara su sucesor, comprendiendo que muy en breve cambiaria de voluntad, le sirvió setas envenenadas que acabaron con su existencia.

Neron, que habia recibido de Aneo Séneca lecciones de elocuencia y de moral, y de arte militar del prefecto del pretorio, Afranio Burro, mostró como los demás gran moderacion al ocupar el imperio; que muy pronto se cambió en testimonios de la horrible perversidad de su corazón.

Principió pues Neron á recorrer de noche las tabernas y los lupanares vestido de eselavo, robando en las casas y acometiendo á los transeuntes pacíficos; de suerte que Roma presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

Tan loco era el amor que Agripina profesaba á su hijo y tal su deseo de que ascendiera al imperio, que, habiéndole predicho un agorero que si llegaba á reinar seria la causa de su muerte, contestó: *No importa, muera yo con tal que él reine*, y, con efecto, lo elevó á la púrpura, sin detenerse ni espantarse ante los mayores crímenes.

Sin embargo, Neron menospreció á su madre desde las alturas del imperio, apartándola de sus goces y castigando y envenenando á los que ella amaba.

Encolerizase á la postre la ultrajada madre, hasta el punto de amenazar, en un momento de ira, que favoreceria

los derechos de Británico. Neron manda á Locusta que confeccione un veneno activo, convida á comer al hijo de Cláudio, y este cae muerto, como herido del rayo, en la misma mesa imperial.

Agripina, para recobrar el favor de su hijo, acude á medios que no pueden narrarse, y habiéndose estos frustrado, se retira devorada de rabia.

Neron intentó inutilmente por tres veces envenenar á su madre: convidala á las fiestas de Báhia, en un bajel, preparado para que se sumergiera con Agripina, pero esta se libra á nado; hasta que por último, manda á sus sicarios que la maten. No contento aun, quiso ver el cadaver desnudo de la que le dió el ser, y ante él, da muestras de su satisfaccion, á la que se asocian el senado y el pueblo romano, con comisiones, felicitaciones, fiestas y holocaustos en los altares.

Deseando Neron fundar de nuevo á Roma, la hizo incendiar; y ante el espectáculo de las llamas y de la desolacion general, acompañándose con la lira, cantó la ruina de Troya.

Descubierta la conspiracion que tramó Pison contra el emperador, se dividió Roma en dos campos, el de las victimas y el de los delatores y verdugos, contándose entre las primeras el poeta Lucano y el mismo Séneca, en tanto que los parientes de los muertos adornaban de flores sus casas.

Tantos crímenes habian de tener al cabo un término merecido.

C. Julio Vindex, propretor en la Galia Céltica, se alzó con sus tropas, á las que se unieron los galos, y proclamó á Sulpicio Galba, Gobernador de España; pero vencido Vindex y forzado á darse la muerte por L. Virginio Rufo, el ejército vencedor proclamó á este, que rehusó el imperio.

El hambre era terrible en Roma donde se esperaban las naves que debian llegar de Egipto, cargadas de viveres; llegan estas, pero, en vez de trigo, traen arena para los luchadores y gladiadores; enfurécese el pueblo hambriento, derriba las estatuas de Neron y saquea su palacio. Sométese entonces el miserable á todas las bajezas y es por todos rechazado: pide que lo maten y nadie se presta á ello: corre á arrojarse al Tiber y se detiene ante las aguas del rio: vuela entonces á la quinta de su liberto Faon, y viendo que todos tratan de sustraerse con la muerte á los supplicios, hace que le cavén la sepultura, mientras exclama: *¡Que grande artista perezca!*; y muere al cabo, cuando oye el rumor redoblado de las pisadas de los caballos que conducian á los mensajeros del senado (68).

LECCION XLIII.

Galba.—Oton.—Vitelio.—Vespasiano.—Tito.—Domiciano.—Nerva.—
Trajano.—Adriano.—Antonino Pio.—Márco Aurelio —Comodo.

(Táctro. Historias.—Anales.—CANTF.
Historia universal)

Sublevado Servio Sulpicio Galba, que gobernaba la España Tarraconense, contra Neron; al tener noticia de la victoria de Virginio y del suicidio de Vindex, se retiró á Clunia, lleno de dudas y de vacilaciones; pero, en cuanto supo la muerte de Neron, se encaminó á Roma.

La elevacion de Galba reveló á todos la debilidad del imperio que no debía ya buscarse por los ambiciosos en el apoyo de la democracia de la capital, sino en el de las legiones.

Galba era uno de esos hombres que valen y se distinguen en los puestos inferiores, pero que se anulan y empuñen al llegar por acaso á la cumbre de los destinos humanos. Septuagenario, avaro, cruel, rígido en la disciplina militar, incurrió en el general menosprecio.

Habiendo elegido para sucederle á Pison Liciniano, sintióse Oton, que tanto habia contribuido á la elevacion de Galba, y que aguardaba impaciente la púrpura.

En su consecuencia se promueve un tumulto en el que Galba es asesinado (16 de Enero del año 69) y Oton aclamado emperador.

Las legiones de la Baja Germania, incitadas por el ejemplo, pusieron sus ojos en Aulo Vitelio, y marchando este y Oton, para resolver la querrela por medio de las armas, se encontraron ambos ejércitos en los campos de Bedriacum (cerca de Cremona), donde fué vencido el segundo; que, recibiendo la noticia en Breselo, se dió la muerte (25 de Mayo, año 69), con grande aparato de estoicismo.

Habiéndose trasladado Vitelio desde Cremona á Bedriacum, dió muestra en el campo de batalla de lo que habia de ser su reinado, resumen de la crueldad y de la gula, complaciéndose en el espectáculo de los cadáveres y de los ayes de los moribundos, y bebiendo y comiendo alegremente ante ellos.

Sitiaba Vespasiano á Jerusalem, cuando sus legiones, siguiendo el ejemplo de las otras, quisieron tambien tener un emperador, y proclamaron á su jefe.

Vespasiano, dejando el cuidado de la direccion de la guerra judáica á Tito, se encaminó á Italia, consiguiendo grandes victorias.

Trataba Vitelio de abdicar el imperio, para lo cual mediaron conciertos en que terciaba Sabino, gobernador de Roma, y aunque hermano de Vespasiano, fiel al César; cuando noticioso de estos tratos el pueblo, digno de Vitelio y que por ello le adoraba, tomó las armas, asaltó é incendió el Capitolio, y dió muerte á Sabino y á sus defensores.

Las tropas de Vespasiano penetraron en la ciudad, al tener noticia de estos sucesos, en cuyas calles murieron cincuenta mil hombres. Vitelio trató de ocultarse; pero, descubierta por la siempre movetiza plebe, fué paseado por la

ciudad con el traje desgarrado, una cuerda al cuello, y los brazos atados á la espalda, entre los feroces gritos de las turbas, que minutos antes le adoraban, y que al cabo arrojaron al Tiber su cadáver mutilado (69.)

Llegado Vespasiano á la metrópoli, restableció la disciplina militar, fortaleció el senado, degradó á los caballeros indignos, mejoró la administracion de justicia, se esmeró en recoger documentos antiguos, maltratados y esparcidos en los anteriores tiempos; aunque afeó tan bellas cualidades con una insaciable avaricia. Por medio de Agripa rechazó á los Dacios; por el de Viridio Gemino castigó la sublevacion de Aniceto; fué sojuzgada la rebelion de los Galos; Tito arruinó á la sublevada Jerusalem, y se aumentó con las conquistas el número de las provincias romanas.

Vespasiano murió tranquilamente (79) á la edad de sesenta y ocho años, á los diez de su reinado.

Sucedióle su hijo Tito, que acordándose una noche, de que aquel dia no habia hecho ningun beneficio, dijo á los que le rodeaban: *He perdido el dia de hoy*, frase que justifica el título que se le dió de *amor y delicias del género humano*.

Tito disminuyó las cargas públicas: abolió el uso de confirmar ó anular cada nuevo príncipe las mercedes hechas por sus antecesores: vedó á los magistrades el conocimiento de los delitos de lesa majestad: persiguió á los delatores; y, cuando ascendió al Sumo Pontificado, declaró que si aceptaba tan elevado puesto, era para conservar puras sus manos. Á algunos patricios que conspiraron contra él, no solo los perdonó, sino que los sentó á su mesa, los colocó á su lado en un combate de gladiadores y les dió las espadas de los combatientes, que segun costumbre, le habian presentado para que las examinara.

Durante el año primero de su imperio una espantosa

erupcion del Vesubio, en la que murió el naturalista Plinio, devoró á Herculano, á Pompeya y á otras ciudades de la Campania. Tito acumuló fondos, envió dos consulares para que repararan los daños y distribuyeran socorros, y, al año siguiente, fué él mismo para aumentarlos. Aun no habia regresado á Roma, cuando un incendio que se prolongó por espacio de tres dias, devoró el Capitolio, el Panteon, la Biblioteca de Augusto y otros muchos edificios, que el emperador mandó reedificar á sus expensas, vendiendo para ello las más preciadas alhajas de su palacio. A este incendio siguió una peste cruelísima, durante la cual se mostró Tito como verdadero padre de los romanos.

Murió tan excelente príncipe (81), llorado de todos, á la edad de cuarenta y un años.

Sospechóse que Domiciano, sucesor de su hermano Tito, envenenó á este para sucederle.

Fué Domiciano un desenfrenado déspota, que restableció los procesos de lesa majestad, premió á los delatores y gobernaba en el suplicio de sus victimas.

Este indigno hijo de Vespasiano fundó su despotismo en la fuerza militar; para lo cual aumentó en una cuarta parte la paga de los soldados, y, para no verse forzado á disminuirla, multiplicó las acusaciones y los procesos de muerte.

Las victorias de Agricola en la Gran Bretaña excitaron las iras del emperador, el cual le mandó que regresara á Roma y que entrara en ella de noche. Recibiólo con extremada frialdad y el ilustre general se retiró á su casa de campo, donde murió envenenado por Domiciano.

Decabaló, rey de los Dacios, atacó á los romanos; complicándose este hecho con la rebelion que promovieron sus vecinos los Marcomanos, los Cuados y los Jázigos (86 á 90), guerra en la cual los romanos fueron vencidos y obligados á comprar la paz mediante un tributo anual.

Y sin embargo, este miserable reinó por espacio de quince años.

Un acaso puso en las manos de la emperatriz cierta lista de sospechosos, y aterrorizada al ver en ella su nombre, se convino con varios magnates para anticiparse á su marido.

Fartenes, introdujo en la cámara imperial al liberto Esteban, que, llevando un brazo suspendido al cuello, como si estuviera herido, presentó á Domiciano una supuesta lista de conspiradores y le acometió mientras la leía.

Defendióse el Emperador, y Esteban fué muerto por la servidumbre; pero, acudiendo los conjurados, remataron á Domiciano (96).

El senado anuló los actos de este emperador, mandó demoler los monumentos construidos durante su reinado, derribó sus estatuas y borró su nombre de las inscripciones: el pueblo permaneció indiferente, y los soldados le lloraron mas que á Vespasiano y á Tito.

Tras el corto reinado de Nerva (96 á 98) que ascendió al imperio contando 70 años de edad, sobrevino el de M. Ulpio Trajano adoptado por aquel. Trajano fué el primer extranjero que ocupó el trono de los Césares.

Era este príncipe natural de Itálica, colonia cuyas ruinas parecen cerca de Sevilla (Santiponce) y se habia distinguido en la guerra, durante los anteriores reinados.

Este magnánimo emperador devolvió sus derechos á los comicios; al senado la consideracion; á los magistrados la dignidad; engrandeció á España, abriendo en ella grandes vias militares ó reparando las antiguas; construyendo puentes y otros monumentos y concediendo derechos á sus pueblos; engrandeció el puerto de Ostia; exornó á Roma con costosos edificios, protegió las ciencias, las artes y las letras; fué gran favorecedor de Plinio, de Plutarco y de Tácito.

Ilustre en las armas, sostuvo dos guerras contra los Da-

cios, librando en la primera á Roma del vergonzoso tributo de Domiciano, y reduciendo en la segunda la Dacia á provincia romana; venció á los Partos, extendiendo las fronteras del imperio hasta el Tigris, con las conquistas de la Armenia, de la Asiria, de la Mesopotamia y de la Arabia setentrional.

En la primavera del año 108 emprendió Trajano una memorable expedicion.

Visitó las históricas llanuras de donde habian descendido al mundo las primitivas civilizaciones; se embarcó en el Tigris en demanda del Golfo Pérsico; atravesó el mar Erytreo, y al contemplar una nave que se hacia á la vela para las Indias, esclamó: *Si yo fuera mas joven llevaria allí la guerra*: dirigióse hácia la Arabia Feliz; tomó el puerto de Aden, aquende el estrecho de Bab-el-Mandeb; redujo á provincia romana la Arabia, asegurando el comercio entre el Asia y el Africa; y visitó á Babilonia, en cuyas ruinas ofreció sacrificios á los manes de Alejandro. Trajano murió (117) en Selinunte (después Trajanópolis, en la Cilicia Aspera, Asia menor).

Sus cenizas fueron llevadas á Roma por su viuda Plotina y su sobrina Avidia, donde fueron recibidas en triunfo y sepultadas, contra lo dispuesto en las leyes antiguas, dentro de la urna de oro que las contenia, bajo la espléndida columna de triunfo que conmemoraba sus victorias.

Publio Elio Adriano, sino nacido en España como algunos quieren, hijo de padres españoles, por su padre Adriano Afer, natural de Itálica, y por su madre Domicia Paulina, de Gades, era hombre en quien se adunaban las condiciones mas contradictorias, y por demás notable en las letras, en las ciencias y en las artes. Adriano sembró el imperio de espléndidos monumentos, entre los que citaremos como restaurados, el Panteon, el templo de Neptuno, la

plaza de Augusto y las termas de Agripa, y entre los nuevos, la quinta de Tivoli y la Mole Adriana.

Excusado es decir que el sucesor de Trajano no estuvo libre de los vicios propios de su tiempo.

¿Qué hombre puede ser presentado como modelo de virtudes, durante el paganismo?

Contrariando la política de su predecesor, abandonó Adriano las conquistas lejanas, señalando el Eufrates como frontera del imperio en Oriente.

Este emperador fué viajero incesante. Visitó las Galias, la Germania y la Bretaña, en la que, observando que los feroces Caledonios habían recobrado su independencia, para contener sus correrías, edificó una muralla de ochenta millas, desde Eden hasta Tyn; también visitó la España, donde celebró una notable asamblea; en Atenas terminó la obra del templo de Júpiter Olímpico, principiada en tiempo de Pisistrato; recorrió el Asia menor, las islas del mar Egeo, la Sicilia y el África.

Cansado ya de expediciones lejanas y atacado de hidropesía, se retiró Adriano á la deliciosa Tivoli, donde harto de placeres y convencido de la inutilidad de las medicinas, murió (86) á la edad de sesenta y dos años.

Tras de Adriano ocupó el imperio Tito Antonino, generoso, modesto, amigo de la paz, conocido con el sobrenombre de Pio, aunque desgraciado en el hogar doméstico por la lascivia de su esposa Faustina.

Atacado de fiebre en Lorium, á doce millas de Roma, murió (161) después de confirmar la adopción de Marco Aurelio, á quien había dado su hija por esposa, al cual nombró Augusto, y su colega á L. Vero su hermano, fastuoso y disoluto.

Educado M. Aurelio por Antonino Pio con el mayor cuidado, se distinguió por su modestia por su virtud, y,

sobre todo, por sus conceimientos y su amor á la filosofía, que le mereció el sobrenombre de *el Filósofo*.

Los incendios, los terremotos, las inundaciones, el hambre y las epidemias, entristecieron el reinado de M. Aurelio, el cual reanimaba el abatido espíritu público, llevando á todas partes consuelos y socorros.

A todos estos males se añadieron crueles guerras.

Los Catos invadieron la Germania: negaron la obediencia los Britanos: renovaron la guerra los temibles Partos: agitóse la Armenia: lanzáronse á la lucha los feroces Marcomanos, Vandalos y Cuados: los Sarmatas y los Jacigios pasaron el Danubio, y los Castobocos asolaron la Grecia.

Lucio Vero murió peleando en Altino, y Marco Aurelio, después de haber rechazado á los bárbaros, á los que trató con gran generosidad, venciendo la insurrección de Avidio Casio, acabó sus días (180) en Vindobona (Viena).

Comodo, mas bien que hijo de M. Aurelio el Filósofo, debía serlo de algun auriga ó gladiador de los que frecuentemente elevaba Faustina al tálamo imperial, desde la ensangrentada arena del circo. Dotado de prodigiosa fuerza física, pasó de parte á parte á un elefante con su lanza; mató en un dia cien leones en el circo; traspasó á una pantera, sin tocar al hombre que esta tenia entre sus garras; sostuvo en el circo setecientos treinta y cinco combates sin ser jamás herido. Esta terrible fuerza estaba dirigida por un alma, modelo de perversidad, de que dió muestra á los doce años de edad, cuando, al encontrar demasiado caliente el baño, mandó arrojar en el horno al bañero.

De su inmundada lascivia es imposible hablar sin ofender los oídos menos delicados. (Véase á LAMPRIDIO, VIDA DE COMODO ANTONINO, especialmente en el párrafo que empieza: *Sororibus suis constupratis, ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat etc.*).

Apenas Comodo subió al trono, contrató una paz vergonzosa con los Germanos, á los que devolvió las tierras que se les habian conquistado, y se obligó á pagarles un tributo.

A la sangre derramada por el emperador y á sus las-civias, contestaron pronto las conspiraciones.

La primera, urdida por su misma hermana Lucila, armó el brazo de Quinciano, que, penetró en la habitacion de Comodo, y diciéndole: *mira lo que el senado te envia*, sacó la espada para matarlo. El emperador evitó el golpe, llegó la guardia y Quinciano, Lucila y todos sus complices perecieron.

Tenia Comodo por favorito á Perennis, prefecto del pretorio, en cuyas manos depositó todo el poder; pero, habiendo desconfiado de su fidelidad, lo mató, como á su hijo, al cual hizo venir á Italia por medio de una cariñosa carta.

Sucedió á Perennis en el favor imperial el liberto Cleandro que pereció en una conmocion popular.

Comodo creó en un año veinte y cinco cónsules é innumerables prefectos del pretorio, cuya efimera autoridad solo duraba algunas horas.

Sobreviniendo una gran carestía en Roma, indignado el pueblo por los inmensos acopios de trigo que el favorito hacia, se dirigió en tumulto al palacio Quintilio, pidiendo al emperador la cabeza del avaro liberto. La guardia pretoriana rechazó al pueblo, pero la guarnicion de la capital se adhirió al tumulto, y Comodo se vió obligado á entregar la cabeza de su ministro.

Parecia que á cada momento crecia y se redoblaba la feróz crueldad del indigno hijo de Marco Aurelio: su mujer la emperatriz Crispina, los dos hermanos Quintilios y Maximo y Condiano, todos fueron muertos.

Al cabo, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitán de su guardia y Ecleto, su mayordomo, sabiendo que estaban condenados á muerte decidieron anticipársele.

Al efecto, Marcia, seduciendo al emperador con grandes halagos, le convidó á cenar y le dió un veneno: pero como vieran los conjurados que este obraba con demasiada lentitud sobre la hercúlea naturaleza del emperador, un atleta, que formaba parte de la conspiracion, le ahogó entre sus manos (183).

LECCION XLII.

Pertinax.—De Didio Juliano á Alejandro Severo.—De Alejandro Severo á Diocleciano.

(XIPHILINO: Lib. LXXXII al LXXX.—HERODIAN O Historia de los Emperadores romanos.—VARIOS. Historia Augusta.—L. DE TILLEMONT, Historia de los Emperadores en los seis primeros siglos).

Muerto Comodo, los conjurados ofrecieron el imperio á Helvio Pertinax, hijo de un esclavo de oficio carbonero, que le dió este nombre por su pertinacia en querer abandonar el oficio paterno y marcharse á Roma á dar lecciones de latin y de griego, y que, desde tan humildes principios, habia llegado por su mérito á senador y prefecto de Roma.

Apenas habian pasado ochenta y seis dias de la eleccion de Pertinax, dias consagrados á útiles reformas, cuando irritados los pretorianos por los esfuerzos del emperador en pró de la disciplina militar, se dirigieron en tumulto al palacio, cuyas puertas les franquearon los guardias.

El emperador se presentó á los amotinados reprendiéndoles su conducta, y estos envainaban ya las espadas, cuando un batavo lo atravesó con su venablo, ejemplo que imitaron muchos.

Pertinax rogó al cielo que le vengara, cubriose la cabeza con la toga y espiró: los pretorianos pasearon su cadaver por la ciudad.

Después de este hecho, los sediciosos proclamaron cínicamente, desde las trincheras de su campamento, *que darían el imperio á quien pagase por él mayor cantidad de dinero.*

Esta vergonzosa subasta tuvo dos postores; Sulpiciano, suegro de Pertinax y Didio Juliano, consular, jurisconsulto habil, riquísimo, que, olvidando los males de la patria, se embriagaba á la sazón con sus amigos en un espléndido festín y que obtuvo el imperio mediante la suma de 6.250 dracmas que prometió pagar á cada pretoriano.

El pueblo acogió con tanto desprecio al nuevo emperador, que, un dia, en los juegos públicos que el mismo Didio presidió, proclamó á Pescenio Niger, al propio tiempo que las legiones de Iliria ofrecían el imperio á su general Septimio Severo, que se apoderó de Roma sin resistencia.

El senado condenó á muerte á Juliano el cual derramó amargas lágrimas cuando los liectores le notificaron la sentencia: habia reinado por espacio de cuatro meses (195).

Severo habia nacido en Leptis (Africa) y se habia hecho notable por su severidad y su pericia militar.

El nuevo emperador ordenó á los pretorianos que se le presentaran sin armas, condenó á muerte á cuantos habian tomado parte en el asesinato de Pertinax, condenó á los demás á perpétuo destierro y creó una nueva guardia compuesta de cuarenta mil hombres.

A seguida pensó Severo en sus competidores, Albino en Occidente y Pescenio Niger en el Oriente.

Al primero se lo atrajo asociándolo al imperio con título de César, y marchando contra Niger, le batió en el Asia Menor, le persiguió en la Siria, le mató y anuló al partido que por él se habia declarado.

A poco buscó un pretesto para romper con Albino; que fué batido en las cercanias de Lyon y obligado á matarse (196).

Vuelto á Roma, envió Septimio á los senadores la cabeza de Albino, intimándoles que haria lo propio con todos sus enemigos; amenaza que cumplió acabando con los últimos restos de la aristocracia.

En guerra con los Partos, marchó al Eufartes (198), arrasó un gran número de ciudades; no dejó hombre á vida, y vendió como esclavos á cien mil mujeres y niños: dominó una insurreccion en la Gran Bretaña, y limitó á los Caledonios con una segunda muralla edificada mas al septentrion que la de Adriano.

Septimio Severo murió á la edad de sesenta y seis años (211) aconsejando á sus dos hijos y sucesores, Caracalla y Geta la concordia; que procuraran conciliarse el afecto de los soldados y no se cuidaran de lo demás.

Severo, sin ser adivino habia podido predecir, atendiendo al odio irreconciliable que ambos hermanos se profesaban, *que el mas fuerte de los dos mataría al otro y que despues, este, se arruinaría por sus vicios.*

Apenas muerto el emperador, Curacalla y Geta se encaminaron á Roma, donde vivian ambos en el palacio imperial, mayor que la ciudad entera, pero en partes distintas, vigiladas por centinelas, sin comer juntos y sin verse mas que para insultarse y amenazarse.

Intentaron reconciliarlos el senado y su pobre madre, la infeliz Julia.

Curacalla quiso varias veces asesinar ó envenenar á su hermano; pero, frustrados estos intentos, mostró deseos de reconciliarse, á cuyo fin lo citó á la cámara de su madre, en la cual, se arrojó sobre él con la espada desnuda y lo mató en el mismo regazo materno, á donde Geta se habia refugiado, quedando á la vez herida la desventurada Julia, que quiso ampararle con su cuerpo.

Tras este horrible fratricidio, presentase Caracalla á la

guardia, acusa á su hermano de haberle querido asesinar, y, renovando la acusacion ante el senado, se jacta de haber imitado á Rómulo; niégase el célebre jurisconsulto Papiniano á hacer la apologia del fratricidio, le mata, y seguro de la adhesion de los pretorianos, se harta de venganzas y de sangre.

En un viaje que hizo Caracalla, de Edesa á Cárras, lo asesinó el pretoriano Marcial (217).

Marco Aurelio Maerino, natural de Cesarea, en Africa, de humilde extraccion, que se habia elevado á la prefectura del pretorio á fuerza de intrigas, se hizo aclamar emperador y dio á su hijo, de edad de nueve años, el título de Cesar. Habil Maerino en la administracion, reparó las faltas de Caracalla; pero inepto para la guerra, compró á los enemigos la paz y se atrajo el desprecio de los soldados; por lo que se rebelaron contra él las legiones de Siria y lo mataron con su hijo (218).

Mesa, cuñada de Septimio Severo, tuvo dos hijas casadas con altos dignatarios del imperio. Scemis, la mayor, fué madre de Vario Avito Basiano, que consagrado al Sol, ascendió á la dignidad de gran sacerdote y fué conocido con el nombre de Heliogábalo, derivado del que daban á aquel dios.

Fué autora de la sedicion que costó la vida á Maerino, Mesa, abuela de Heliogabalo, á la enal y á su madre Scemis dió el senado el título de Augustas.

Heliogábalo tenia catorce años cuando ascendió al imperio, y no habia recibido de la naturaleza otro don que el de la hermosura del cuerpo, pues su alma no abrigaba una sola virtud,

El primero de sus actos fué matar á su ayo Gannis que en la última batalla habia hecho prodigios de valor y dado la victoria á los suyos, cuando iban de vencida.

El lujo, la crueldad y la disolucion, llenan el reinado de este increíble niño.

Al cabo se promovió una sedicion contra él, en la que los soldados mataron al hijo y á la madre (222).

Alejandro Severo (Alexiano), educado por su madre Mammea, que se cree era cristiana, al ascender al imperio, creó un consejo compuesto de diez y seis individuos, entre los cuales se contaban Ulpiano, Paulo y otros célebres jurisconsultos.

Reorganizó Alejandro el ejército, restableciendo el espíritu militar, cuando uno de sus oficiales, comandante de un cuerpo de Panonios, hijo de padre godo y de madre alana y pastor en su primera edad, movió una conspiracion en la que, como Heliogabalo, el emperador fué degollado con su madre (235),

Julio Vero Maximino, seguro del ejército que mandaba, se hizo declarar Augusto y se asoció á su hijo en calidad de César.

Descubierta una conspiracion tramada contra el emperador; este hizo perecer á cuatro mil personas de distincion; pero, en tanto que Maximino se ocupaba en hacer la guerra á los Germanos, las legiones de Africa proclamaron á Gordiano y á su hijo. El senado, sostenido por el pueblo de Roma que odiaba á Maximino, ratificó la eleccion, y los pretorianos cargaron al pueblo, que opuso enérgica resistencia, mientras que Capeliano, intendente de la Mauritania y enemigo de los Gordianos, mató al hijo en el campo de batalla, y obligó al padre á suicidarse.

Aterrado el Senado con la noticia de que Maximino se habia puesto en marcha para Roma y no pudiendo ya retroceder, proclamó á Máximo Pupieno y á Balbino, á los cuales fué asociado Gordiano III, nieto y sobrino de los emperadores del mismo nombre.

Llegado Maximino á Aquilea, como encontrara en esta ciudad una resistencia que no esperaba, enfurecido con ella y atribuyéndola á cobardía, quiso purgar el ejército con ejemplos de gran severidad.

Entonces sublevándose los soldados, mataron al tirano, á su hijo y á muchos de sus partidarios (238).

Cuando llegó á Roma la noticia de estos sucesos, desesperados los pretorianos, invadieron el palacio imperial y dieron muerte á Pupieno y á Balbino.

De esta manera, á la edad de catorce años, quedó Gordiano III dueño del imperio, y sus escelentes cualidades, dirigidas por Misiteo, prefecto del pretorio, hicieron concebir grandes esperanzas.

Con efecto, llevaronse á cabo bajo Gordiano útiles reformas, y los Godos, Sármatas y Alanos fueron vencidos; pero, muerto Misiteo, se asoció Gordiano á un árabe llamado Filippo, hijo de un jefe de banda, que le asesinó para sucederle (244).

Escasas son las noticias que quedan del emperador Filippo, contra el cual, despues de algunos años de reinado, se sublevaron las legiones de la Mesia, á cuya cabeza se puso Trajano Décio. Filippo fué asesinado en Verona (249).

En tiempo de este emperador se verificaron los juegos seculares, celebrando el año mil de la fundacion de Roma.

Reinando Decio, los Godos, establecidos en las orillas del Danubio, invadieron el imperio. Décio y su hijo Herennio fueron derrotados y muertos en la Tracia, y proclamado Treboniano Galo, que nombró César á su hijo Volusiano, y se deshizo de Hostiliano, segundo hijo de Decio.

Treboniano compró la paz á los Godos, por lo que incurrió en el desprecio de las legiones, que le derrotaron,

(255), proclamando á Emilio Emiliano, que no tardó en sufrir igual suerte, atacado por las tropas de las Galias que sostenian á su jefe Licinio Valeriano, el cual tuvo la mala fortuna de ser vencido y hecho prisionero en la Mesopotamia, por el persa Sapor, que lo retuvo hasta su muerte, en mísera esclavitud (259).

Bajo P. Licinio Galieno, hijo y asociado de Valeriano, el imperio estuvo á punto de disolverse, acometido por los bárbaros, en todas partes vencedores; así en el oriente por los Persas, como en el occidente por los Germanos, al mismo tiempo que los jefes de las legiones, despreciando á Galieno, se proclamaban emperadores á sí mismos y Césares á sus hijos, contándose hasta diez y nueve de aquellos y no pocos de estos; circunstancia que ha dado lugar á que se apellide esta época, la de los treinta tiranos.

Galieno murió ante Milan, en guerra contra el usurpador Aureolo, que á su vez, sucumbió vencido por M. Aurelio Cláudio II, que rechazó á los Alemanes, venció á los Godos cerca de Nisa y murió de peste en Sirmio (269).

Muerto Quintilo, hermano de Claudio, fué proclamado Domicio Aureliano, que rechazó á Godos y Germanos, invasores de la Umbria, venció á Zenobia reina de la opulenta Palmira, que se habia apoderado de la Siria, del Egipto y de gran parte del Asia Menor, y reincorporó al imperio la Galia, la Bretaña y la España que se hallaban bajo el dominio de Tétrico.

Cuando Aureliano se preparaba á vengar la derrota de Valeriano, llevando la guerra á la Persia, su liberto y secretario Mnesteo, amenazado de ser castigado por ciertas exacciones, mostró á los principales oficiales del ejército una lista falsa de condenados á muerte, entre los cuales ellos se encontraban. Eu su consecuencia Aureliano fué muerto entre Heraclea y Bizancio (265); pero descubierta

la falsedad de la lista, Mnesteo fué arrojado á las fieras y los conjurados levantaron un templo *al restaurador del imperio*.

Por espacio de seis meses estuvo vacante la dignidad imperial, hasta que el senado nombró á Cláudio Tácito, de setenta y cinco años de edad, que murió en una campaña contra los Godos (276). Entonces, el ejército de Siria aclamó á M. Aurelio Probo.

Floriano, hermano de Tácito, reconocido por el senado, fué muerto por sus propios soldados.

Probo, natural de Sirmio, que poseia todos las buenas dotes de un gran príncipe, rechazó á los Barbaros, invasores de las Galias, mas allá del Rin; forzó á Persas y Godos á pedirle la paz; sojuzgó á los Isaurios y á los Blemios; construyó, como frontera del imperio, contra los Germanos, una muralla de doscientas millas y venció á Saturnino, á Próculo y á Bonoso.

En tiempo de paz ocupaba Probo á sus soldados en trabajos útiles, ya plantando de vides las montañas de la Galia, de la Panonia y de la Mesia, ya reedificando ciudades destruidas por las guerras, ya abriendo canales de riego: pero habiendo dicho, que, pacífico el imperio, esperaba gobernar sin ejércitos, sus propios soldados le asesinaron (282) y proclamaron Augusto al prefecto del pretorio M. Aurelio Caro, que nombró Césares á sus dos hijos Carino y Numeriano.

Caro derrotó á los Godos, y murió, herido por un rayo, cuando marchaba contra los Persas (285).

Numeriano fué muerto (284) por su suegro Arrio Aper, prefecto del pretorio, que á su vez acabó á manos de C. Valerio Diocleciano.

LECCION XLV.

Desde Diocleciano á la muerte de Licinio.

(ZOSIMO Historia Nueva.—AMIANO MARCELINO. Lib. XIV-XXXI.—PAULO OROSIO. Historia. Lib. VII.)

Vencido y muerto por Diocleciano, en la Mesia Superior, el César Carino, aquel asoció al imperio, con título de Augusto, á M. Valeriano Máximo Maximiano Hercúleo, que luchaba en las orillas del Rin contra los Germanos y los Borgoñones, en tanto que Diocleciano peleaba contra los Persas en Asia.

Invadidas por los bárbaros las fronteras del imperio y en la imposibilidad de acudir á todas partes, decidieron ambos Augustos asociarse á generales experimentados; en consecuencia de lo cual, Diocleciano, dió el título de César á C. Galerio, pastor de nacimiento, y Maximiano á Constantino, apellidado Cloro por el color pálido de su rostro.

Los dos Augustos y los dos Césares se dividieron el imperio del mundo (292,) sin romper su unidad, tocando á Diocleciano la Tracia, el Egipto y el Asia; á Galerio las provincias Ilíricas situadas en las márgenes del Danubio; á Constantino la Galia, la España y la Bretaña, y á Maximiano la Italia, las dos Recias, las dos Noricas y parte del Africa.

Así quedaron mas vigiladas las provincias y mas garantida la vida de los emperadores, contra las esperanzas de los ambiciosos.

Vencida la sublevacion de Carausio en Bretaña, los dos Augustos se avistaron en Milan para acordar los medios de contener á los bárbaros, lo cual lograron despues de grandes esfuerzos; siendo además vencido, Juliano (293), en Africa (296); Aleto en Bretaña y Aquileo (296) en Egipto; extendiéndose las fronteras del imperio hasta el Tigris, por consecuencia de las victorias de Galerio sobre los Persas.

Diocleciano se ciñó la diadema, y, con la pompa del oriente, introdujo en su córte el lujo de Ciro y de Sesostris, y aboliendo los títulos republicanos de cónsul, de censor y de tribuno, el jefe del mundo romano fué apellidado *Dominus*, no solo por los aduladores, sino en los actos públicos, añadiéndole títulos y atributos divinos.

Viajando por las provincias Ilíricas, contrajo Diocleciano una enfermedad que le tuvo á punto de morir, y al recobrar la salud, no sintiéndose con fuerzas bastantes para regir el imperio, en una llanura, cerca de Nicomedia, sentado en un elevado trono, renunció al supremo poder (303) ante el ejército y el pueblo congregados, nombrando Césares á Maximino y Severo, al mismo tiempo que Maximiano en Milan, abdicaba igualmente, cumpliendo el juramento que habia hecho á su colega.

Retirado Diocleciano en su magnífico palacio de Solona, sobrevivió por espacio de nueve años á su abdicacion, hasta que las turbulencias que sobrevinieron en el imperio, las desgracias de su mujer y de su hija y algunas ofensas que recibió de sus sucesores, aflijeron tanto su espíritu que se suicidó, próximo ya á cumplir los ochenta años de su vida.

Por consecuencia de la abdicacion de Diocleciano ascen-

dieron á Augustos los dos Césares y se hizo un nuevo repartimiento del imperio en el que obtuvo Constancio la Galia, la España y la Bretaña; Maximino el Egipto y la Siria, Severo la Italia y el Africa y Galerio las provincias del Asia.

Constancio Cloro tuvo de su esposa Elena, á Constantino, que, educado en la corte de Diocleciano, se hizo amar de todos por sus hermosas cualidades, excitando el odio de Galerio, que aconsejó al Augusto la eleccion de los dos césares, preseindiendo de Constantino, con vivo disgusto del pueblo y del ejército.

El hijo de Constancio, perseguido por Galerio, solo pudo salvar la vida huyendo al lado de su padre.

Muerto Cloro, (306), Constantino fué aclamado emperador, al cual reconoció como Cesar Galerio y no como Augusto, título que dió á Severo.

Es por extremo confusa la historia de los siete primeros años (306 á 313) del reinado de Constantino.

Majencio hijo de Maximiano, cólega que fué de Diocleciano, tomó el título de Augusto, asociado á su padre; de suerte que hubo entonces seis competidores y aspirantes al supremo poder, Galerio, Constantino, Severo, Maximino, Majencio y Maximiano

Habiendo Severo declarado la guerra á Majencio, abandonado de los suyos, se vió forzado á entregarse á Maximiano en Ravena, el cual lo condenó á muerte (307). Galerio nombró en su lugar, Augusto, á C. Valerio Licinio, al propio tiempo que Maximino recibió este mismo título de sus tropas en Asia. Maximiano, en lucha con su propio hijo, se refugió al lado de Constantino, pero infiel á este, fué preso y muerto en Marsella (310).

Galerio, entregado á los placeres y á la crueldad, que no se saciaba con la sangre de los cristianos, se estremó

en sus rigores contra todos. Lleno de úlceras vergonzosas, no encontrando remedio, ni en los médicos á quienes frecuentemente enviaba á la muerte, ni en las multiplicadas ofrendas á Esculapio y á Apolo, oprimido por crueles remordimientos y atribuyendo sus males á la persecucion contra los cristianos, la suspendió por un edicto, y murió en Sárdica, el año de 310.

Gobernaba Majencio la Italia y el Africa, ganandose el título de *tirano* con que le conoce la historia, en tanto que Constantino se hacia amar de los suyos.

Bajo pretesto de vengar á su padre, reunió Majencio un ejército de que formaban parte los pretorianos, reorganizados por él en su antiguo número, ochenta mil Italianos, cuarenta mil Moros africanos y muchos Sicilianos; de suerte que contaba con ciento setenta mil infantes y diez y ocho mil caballos, cuando Constantino no podía oponerle mas que noventa mil infantes y ocho mil jinetes, que, despues de haber atendido á la defensa de sus estados, quedaron reducidos á cuarenta mil, aunque aguerridos en sus constantes luchas con los valientes Germanos.

Animado Constantino, al ver aparecer en el cielo la Cruz, con la inscripcion IN HOC SIGNO VINCES, milagro que presenciaron muchos (Eusebio, Lactancio), atravesó los Alpes Cocios, venció al ejército de Majencio en las llanuras del Duria, se apoderó de Turin, y de Milan y tomó á Verona, defendida por Pompeyano.

Habiendo reunido Majencio un nuevo ejército, se encontró con Constantino en Saxa-Rubra, á nueve millas de Roma, donde, habiendo sido completamente derrotado, murió ahogado en el Tiber, al que cayó precipitado, al pasar el puente Milvio (28 de Octubre del año 312).

Vencido Maximino por Licinio, tuvo que huir á la Ca-

padecia, muriendo en Tarso este implacable enemigo de los cristianos, presa de convulsiones horribles (313).

Constantino venció á Licinio en la Panonia y en la Tracia y le concedió la paz; aun otra vez lo derrotó cerca de Andrinópolis y otra vez se concertó con él. Noticioso Constantino de que Licinio apercebia nuevas fuerzas y que llamaba en su auxilio á los Barbaros, lo derrotó de tal manera que este cayó á sus pies renunciando la púrpura.

Constantino perdonó á su rival y lo mandó á Tesalónica, rodeándolo de las mayores consideraciones; pero, poco despues, se vió forzado á condenar á muerte á su turbulento colega (323).

De esta manera volvió á quedar unido el imperio romano, bajo la potente autoridad del hijo de Constancio Cloro.

LECCION XLIV.

Constantino.—Constancio II.—Juliano el Apóstata.—Joviano.
—Valentiniano y Valente.—Graciano.—Valentiniano II.

(EUSEBIO. Vida de Constantino.—LE
BEAU. Historia del Bajo Imperio, desde
Constantino el Grande.—J. C. G. MAURO.
Vida de Constantino el Grande.)

Constantino elevó la Cruz sobre el Capitolio; dicho lo cual, excusado es decir que los escritores anticristianos han procurado, por todas las vías y maneras, calumniar su memoria, mancillar su origen y presentar su conversion al cristianismo como un acto exclusivamente político.

Proponiéndose Constantino plantear una nueva política, no le era posible vivir en Roma, con su turbulenta plebe acostumbrada á los costosos espectáculos públicos, á las liberalidades imperiales, á disponer de la púrpura.

Resuelto á cambiar la religion del imperio, el verdadero culto se ahogaba en Roma metrópoli del politeísmo, sentina inmundada de todos los vicios, ciudad en la que las glorias públicas y las de las familias, estaban íntimamente ligadas al culto gentilico, hasta el punto de que su-

primir el politeísmo, era tanto como borrar la historia de Roma; convencido Constantino de esta verdad, decidió cambiar la capitalidad del imperio; y, al efecto, insistiendo en el pensamiento atribuido á Augusto, de restaurar á Troya, comenzó á levantar muros en la playa que se extiende desde el monte Ida al collado Rœteo; pero, despues, puso sus ojos en uno de los extremos orientales de Europa, á la entrada del Bósforo, en la Tracia.

El paraje definitivamente elegido por Constantino para fundar la nueva sede del imperio, por sus condiciones topográficas, rodeado por tres mares, por ocupar el punto preciso en que casi median los dos mas importantes continentes del antiguo mundo, no podia ser mas á propósito; hasta el punto de que, si algun día pudiera realizarse el sueño de los grandes conquistadores, la creacion de un imperio universal, allí residiria la capital de ese imperio imposible.

En el punto donde Constantino levantó su ciudad, habia florecido una colonia Tracia, llamada Ligos, que, bajo los Griegos, cambió este nombre por el de *Bizancino*; apellidóla Nea-Roma el hijo de Cloro; llamarónla los cortesanos *Constantinopla* (Constantinópolis); los turcos *Estambul*, é *Islam-bul* (ciudad de lislamismo); los antiguos anales rusos *Zaregorod*; los Valacos y Búlgaros *Zaregrad* (ciudad-Real), y los Escandinavos del siglo X *Mykagelard* (la Gran Ciudad).

El emperador adornó á Constantinopla con suntuosos palacios, riquísimos templos y espléndidos jardines, despojando á Roma y á Grecia de sus estatuas, de sus relieves y de sus riquezas artísticas.

Constantino mejoró la legislacion, fué gran protector de la agricultura, fomentó las ciencias y las artes, y amó la gloria militar, haciéndose respetar de los Bárbaros.

Constantino enfermó en Nicomedia, y viéndose próximo á la muerte, pidió el bautismo y espiró (337), diciendo que la vida en que entraba era la única verdadera.

Asi acabó este gran monarca, que, comprendiendo la verdad, en vez de contrariarla, se puso al frente de la revolucion mas grande que consigna la historia en sus páginas de oro.

Los hijos de Constantino el Grande, Constancio, Constante y Constantino, se dividieron el imperio.

De ellos, Constantino II pereció en una emboscada al invadir la Italia: Constante fué muerto por Magnencio, y Constancio, despues de vencer á los pretendientes Vetranion y Magnencio, quedó único señor del imperio.

Al espirar Constantino el Grande, habian sido muertos muchos individuos de su familia, salvándose Galo y Juliano, de edad de doce años el primero y de seis el segundo, que fueron educados en el destierro.

Mas cuando Constancio II marchó al encuentro de los pretendientes al imperio, dio á Galo el título de César y lo estableció en Antioquia con cargo de gobernar las cinco diócesis de Oriente.

Galo se mostró violento y cruel, y habiéndose rebelado contra su protector, este le atrajo á Milan, donde, sometido á un proceso, en el que confesando sus delitos y su rebeldia, fué condenado á muerte.

Juliano marchó desterrado á Milan, é interesándose vivamente por él la emperatriz Eusebia, mujer de Constancio, logró esta que su marido diera á Juliano el título de César con la mano de su hermana Elena y el mando de los países situados allende los Alpes.

Juliano, hasta entonces consagrado al estudio, abandonando la modesta capa del filósofo, que trocó por la esplendida vestidura del César, con los dedos manchados aun de

tinta, mostró que podía manejar la espada lo mismo que la pluma.

Así, en tanto que Constancio vencía á los Cuados y á los Sarmatas, y peleaba con los Persas, Juliano arrojaba de Europa á los Bárbaros.

Habiendo llegado á su campo de Reims, despues de haber vencido á los Germanos, derrotó á los Francos, por medio de sus lugartenientes, sujetó á los Pietos y Caledonios y fijó sus cuarteles de invierno en Lutecia Parisiorum (París).

Pacificadas las Galias y arreeciendo el peligro en Oriente, ordenó Constancio á Juliano que le enviara, como socorro, parte de sus tropas; y como entre estas hubiera muchos soldados que se habian alistado solo para la guerra de los Galias y á quienes dolia abandonar su pátria y sus familias, procuró mañosamente Juliano que la orden se extendiera por el campamento, produciendo hondo descontento; mientras finjia someterse á la voluntad imperial.

Entretanto circulaban libelos entre los soldados, ponderando la crueldad de la orden, comparando á Constancio con Juliano, deprimiendo á este, describiendo los horrores de la guerra Pérsica; mientras Juliano salia al encuentro de los detachamentos que reunia en París, llamando á los soldados por sus nombres, dando banquetes á los oficiales, y, en fin, los inflamó de tal manera, que el ejército, en completa rebellion, le aclamó Augusto.

En vista de este resultado, Juliano ruega ó amenaza; pide tiempo para meditar retirado en su tienda, y suponiendo al cabo, que en ella se le ha aparecido el *Genio* del Imperio, ordenándole que cumpliera la voluntad de los dioses, se resigna y acepta.

Hecho esto, *confiado en los inmortales*, se dejó levantar sobre el pavés, y, regalando á cada soldado una libra

de plata y cinco monedas de oro, se prepara para la guerra contra su bienecchor, marchando, de victoria en victoria, hasta las cercanias de Adrianópolis.

Encaminábase hacia Europa Constancio, en busca de Juliano, cuando una fiebre lenta que le consumia, acabó con su vida en Mopsuerene (Cataonia, Asia Menor), al pie del Antitauro (361).

Apenas subió al trono Juliano, abjuró la religion cristiana y se declaró celoso protector del politeismo, á cuyas fabulas intentó dar cierto tinte filosófico, interpretándolas alegoricamente como mitos de verdades morales, físicas ó históricas.

Resuelto á hacer la guerra á los Persas, al comenzar la primavera del año trescientos sesenta y tres, marchó á Hierapolis (antes Bambyce, en la margen izquierda del Singas, afluente del Eufrates), y pasó el rio Chavoras (ó Aborras, en la Mesopotamia).

Rompiendo los Asirios los canales que fertilizaban este país, lo convirtieron en un inmenso pantano que hizo por extremo embarazosa la marcha de las legiones.

Sin embargo, Juliano siguió adelante, destruyó á Perisabor y á Maogamalea, acampó en las ruinas de Seleucia y atacó á Ctesifonte.

Un persa, exaltado por el amor á la pátria, se presentó á Juliano y le indujo á que prendiendo fuego á sus almacenes y á su escuadra, buscara al ejército de Sapor en las provincias del interior.

Hizolo así Juliano, que no encontró ya mas que pueblos incendiados, campiñas desoladas y por todas partes la muerte.

Abandonado de su pérfido guia, falto completamente de provisiones, decidió regresar al Tigris, y, recordando la clásica retirada de Jenofonte, pensó refugiarse, como este, en el país de los Cardueos.

Los Persas, fraccionados hasta entonces en pequeñas partidas, se reunieron formando un poderoso ejército, é impedían la retirada de los romanos.

En tan desesperada situación, no pudiendo evitar el combate, trabase este, y cuando Juliano, animado por el éxito del primer choque, corre tras los Persas, arrojan estos una lluvia de dardos y venablos, uno de los cuales se clava en su pecho.

Conducido á su tienda y conociendo que la herida era mortal, aspirando á acabar como habia vivido, perpétuo cómico, disertó sobre la naturaleza del alma, dijo que pronto la suya se reuniría á las estrellas de que habia emanado y espiró (363).

Muerto Juliano, el ejército eligió, en su lugar, á Flavio Joviano, primicerio de los domésticos.

Estrechado Joviano por los Persas, alentados con la muerte de Juliano, oprimido por el hambre de su ejército y limitado por las rugientes aguas del Tigris, se vió forzado á celebrar un convenio, en virtud del cual cedió á los Persas las cinco provincias Transgigranas la ciudad de Nisibe y otras muchas fortalezas, y se obligó á no socorrer al rey de Armenia.

Aun despues del tratado, los romanos sufrieron terribles pérdidas al atravesar el Tigris, las llanuras de la Mesopotamia y el inacabable desierto de setenta millas.

El lábaro, puesto otra vez al frente de las legiones, anunció que se habia restablecido el culto del Dios verdadero.

La idolatría, que habia renacido artificialmente bajo el impio Juliano, se hundió para siempre con su muerte: cerráronse voluntariamente los templos paganos; cesaron los sacrificios, y los filósofos gentílicos se despojaron de la barba, depusieron el manto y enmudecieron.

Los cristianos, vueltos á la vida civil y política, bajo Joviano, no se vengaron de la soberbia y de la opresion de sus enemigos, sino mostrando una dulce alegría, que no traspasó los límites de la caridad, ilustrando á todos con sus consejos y oraciones el gran San Gregorio Nacianceno y Atanasio.

El reinado de Joviano fué por extremo breve, pues murió á los siete meses y veinte dias de haber sido elevado al imperio (364).

A la muerte de Joviano fué proclamado Valentiniano I, que partió la púrpura con su hermano Valente, dándole el gobierno de las provincias orientales.

Valentiniano venció á los Germanos, pasó el Rin, penetró en el valle del Nicer y derrotó á los Borgoñones. Su lugarteniente Teodosio salvó la Gran Bretaña de una invasion de los Pietos y Caledonios, desbaratándolos completamente y obligándolos á refugiarse en sus selvas, en tanto que Valente, cobarde y cruel, se enajenaba todas las voluntades en el oriente y que sus generales vencian á los Godos y á los Hunnos.

Valentiniano, valeroso capitán y hábil político, marchó contra los Cuados; pidieronle estos la paz, y como expusieran ante el emperador sus quejas contra los gobernadores romanos, en términos tal vez mas sinceros que comedidos, ardiendo en ira el emperador, les amenazó, y con aquel impulso de ira, rompiósele una vena en el pecho, que, en breves momentos le hizo perder la sangre y la vida (375).

Graciano sucedió á su padre Valentiniano; pero como el ejército de Italia proclamase á su hermano Valentiniano, para evitar la guerra civil, lo reconoció y se declaró su tutor.

Acaso el único acto de injusticia que cometió Graciano,

fué mandar que se diera la muerte á Teodosio, el libertador de la Britania, engañado por las sujestiones de péfidos ministros; pero apenas comprendió su yerro, procuró remediarlo y, al morir Valente, á manos de los Godos, en la sangrienta batalla de Adrianopolis (378), dió á su hijo Teodosio el imperio de Oriente.

Sublevado Máximo contra Graciano, se dirigia este desde Paris á Lyon, hácia Italia, cuando fué muerto en una emboscada, á los veinte y cuatro años de su edad (383).

Valentiniano II no gozó largo tiempo del imperio, pues sublevado contra él el Franco Arbogasto, este le asesinó y proclamó en su lugar á Eugenio su secretario y regente de una escuela (*magister scriniorum*).

Arbogasto y Eugenio fueron vencidos en Aquileya: preso el desdichado usurpador, fué condenado á muerte, y Arbogasto evitó la suya suicidándose.

LECCION XLVII.

Teodosio el Grande.—Honorio.—Desde Honorio á Rómulo Augustulo.—
Fin del Imperio de Occidente.

(P. MULLER. Carácter del siglo de Teodosio.—
C. CANTÓ. Historia Universal.)

Después de vengar Teodosio la muerte de sus colegas, quedó único señor del imperio.

La habilidad de Teodosio y la fuerza con que habia humillado el terrible poder de los Godos victoriosos, aunque dejándolos en la posesion de los establecimientos cercanos al Danubio, sus esfuerzos en defender las fronteras del imperio, acometidas por los bárbaros, hasta el punto de que, durante su vida, no se perdió un solo palmo de terreno, fueron sucesos que aunque le dieron gloria militar, le obligaron á aumentar los tributos. De otra parte, la falta de poblacion, extraordinariamente menguada por las guerras, le forzaron á recurrir al peligroso medio de admitir á los Bárbaros á sueldo, cuya natural consecuencia fué un cambio profundo en el arte de la guerra, encomendada hasta entonces á los Romanos.

Durante el décimo año de su imperio, promoviese en Antioquia un gran tumulto, con ocasion de la cobranza de

cierto tributo, durante el cual, el pueblo exasperado, derribó y arrastró las estatuas del emperador y de su familia.

La ciudad fué condenada por este delito, á un terrible castigo que perdonó Teodosio por la intercesion del obispo Flaviano, por los ruegos de Macedonio, de los monges, de los anacoretas y de la elocuencia arrebatadora de San Juan Crisóstomo.

No fué tan afortunada Tesalónica.

Habiendo sido ultrajado en esta ciudad cierto esclavo de Boterico, general que mandaba la guarnicion, por un conductor del circo, fué este preso de orden del general.

Ofendido el pueblo, atacó á Boterico, le dió muerte y arrastró su cadáver por las calles.

Teodosio, que tuvo noticia de estos sucesos en Milan, lleno de furiosa cólera, mandó que los Bárbaros castigaran á los ciudadanos de Tesalónica; y, al efecto, fueron estos invitados para los juegos del circo, á los cuales asistieron, recelosos, pero sin poder resistir al atractivo de la fiesta.

Cuando el circo estuvo lleno de espectadores, acudieron los soldados y hubo tres horas de indescriptible matanza.

Estremecióse de horror San Ambrosio, obispo de Milan, al tener noticia de esta bárbara hecatombe, y excusando la presencia del emperador, huyó al campo, desde donde dirigió una enérgica carta á Teodosio, exhortándole á que hiciese penitencia y no se atreviera á acercarse al altar del Dios de las misericordias, con las manos tintas en sangre,

El emperador abrió sus ojos á la luz ante estas convenciones, y, ya que no podia reparar las muertes causadas, se encaminó á la basílica de Milan para hacer penitencia. Pero cuando iba á entrar en ella, se le interpuso en el vestíbulo el severo S. Ambrosio, diciendole, que, ya

que habia sido público el delito, debia satisfacer públicamente á la justicia divina, y no le quiso recibir hasta que Teodosio declaró que estaba dispuesto á cumplir la penitencia canónica. Así pues, despojado de las insignias de la suprema potestad, se presentó suplicante, enmedio de la Iglesia, confesándose culpado; con lo cual, al cabo de ocho meses, obtuvo indulgencia y volvió á la comunión. Fruto de estos hechos fué un edicto en que mandaba Teodosio que entre la sentencia y su ejecucion, habian de mediar precisamente treinta dias.

No desmintieron las obras á estas palabras; porque, descubierta una conjuracion contra él mismo en Constantinapla, y habiendo sido condenados á muerte los reos, Teodosio los perdonó á todos y no quiso que se buscara á los complices, añadiendo: *¡Asi pudiera volver la vida á los muertos!*

Habia dividido Teodosio el imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, dando al primero, de edad de diez y ocho años, el Oriente y al segundo, de once, el Occidente.

Habiendo llamado á Honorio, para que recibiera las insignias en Milan, celebróse este suceso con esplendidas fiestas, á las que asistió Teodosio, el cual murió súbitamente durante la noche (395).

Entecos de cuerpo y débiles de espíritu los dos hijos de Teodosio, habian nacido para vivir en perpetua tutela, que el previsor padre encomendó á Rufino, Gascon de nacimiento, que habia merecido su confianza por su habilidad en los negocios, la de Arcadio; y á Estilicon, valentísimo y experto general, Vándalo de origen, la de Honorio; encareciendo á ambos tutores, que, atentos á la defensa de sus pupilos, consideraran como uno solo ambos imperios.

Arcadio fijó su córte en Constantinopla y Honorio en Milan.

Las desavenencias entre Rufino y Estilicon no tardaron en manifestarse, cuando, perdida por aquel la esperanza de casar á su hija con el emperador, incitó secretamente á los Hunos y á los Godos para que invadieran el imperio, como lo hicieron, bajo las órdenes de Alarico, asolando la Grecia, á cuyo socorro voló Estilicon. Pero habiendo mandado Arcadio, por consejo de Rufino, que el Vándalo se retirara á sus estados y que le enviara las tropas de Oriente que tenia con las suyas, hizolo así Estilicon; pero poniendo los soldados de Arcadio á las órdenes de Gainas, oficial godo de su confianza. Al llegar estos cerca de Constantinopla, como salieran á recibirlos el emperador y Rufino, á una señal de Gainas, cayeron los soldados sobre el segundo y lo despedazaron.

A Rufino sucedió en el favor imperial el eunuco Eutropio, que muy en breve se mostró cual era; avaro, cruel é ingrato para con sus bienhechores.

En lucha Eutropio con Estilicon, y extraño aquel al arte de la guerra, se vió en la necesidad de dar el mando de las tropas á Gainas, que, por medio de Tribigildo, rebelde en la Frigia, hizo que fuera muerto Eutropio.

Burlados sus proyectos de apoderarse de Constantinopla, Gainas alzó contra Arcadio el estandarte de la rebelion, y se retiró con los suyos á la Tracia, llevándolo todo á sangre y fuego, hasta que fué derrotado y muerto por Fravito.

Ya hemos dicho que Alarico, incitado por Rufino, habia invadido la Grecia. Este desgraciado país volvió á ser asolado, segunda y tercera vez, por el Bárbaro, unido á Radagaiso, jefe de los Hunos.

Alarico volvió á penetrar en los estados de Honorio, que se retiró á Ravena, resuelto á abandonar la Italia; pero el denodado Estilicon venció al Godo en la batalla de

Polencia (405), haciendo prisionera á su familia y forzándole á retirarse, despues de hacerle sufrir una y otra derrota.

No por esto habia desaparecido el peligro; porque Radagaiso, al frente de cuatrocientos mil Vándalos, Suevos y Borgoñones, avanzando hácia las márgenes del Báltico, y, reforzado con ginetes Alanos, Godos y gentes de todas las naciones, sembrando por todas partes la desolacion y el espanto, se presentó en las orillas del Danubio.

Decíase que el Bárbaro, para hacerse propicios á los dioses, habia jurado convertir á Roma en un monton de ruinas, propósito de que se alegraban los gentiles por odio á los cristianos, esperando que el invasor restableciera la antigua idolatría, dando el triunfo á su partido, que anteponian á la patria.

¡Espectáculo siempre horrible y siempre renovado!

Radagaiso dividió la inmensa multitud de los suyos en tres cuerpos, y poniéndose al frente de uno de ellos, arrasó la Panonia, franqueó los Alpes y el Pó, devastó las más bellas ciudades de la Etruria y puso sitio á Florencia, en cuyas cercanías encontró á Estilicon, que le venció y dió muerte (405).

De los dos ejércitos, fraccionados de las hordas de Radagaiso, el mandado por Gundecaro, rey de los Borgoñones, arruinó la Galia Oriental; el dirigido por Godigisilo, fortalecido con los restos del muerto Radagaiso, fué dominado por los Francos, que á su vez sucumbieron á mano de los Alanos, á los que sucedieron en la obra de asolar á las desdichadas Galias, los Borgoñones y los Germanos.

Aprovechando estas desgracias, los aventureros aclamaban á uno ú otro tirano efímero, como Marco y Constantino.

Enmedio de estas estremadas circunstancias murió Ar-

radio (408), dejando un hijo llamado Teodorico, que aun estaba en la infancia.

Mientras acontecian estos desórdenes, reapareció el bárbaro Alarico exigiendo que se le diera una de las provincias occidentales.

Olimpio, olvidando los favores recibidos de Estilicon, se apoderó del ánimo de Honorio, encendiendo en su menguado animo la sospecha de que el Vándalo queria reemplazarlo colocando en el trono á su hijo Eustaquio, y, por consecuencia, fué despiadadamente muerto Estilicon, única salvaguardia del imperio.

Alarico, falto ya de todo miramiento, penetró en Italia, avanzando por la via Flaminia, sin encontrar oposicion, y llegó ante la indefensa Roma, que diputó al senador Basilio y á Juan, tribuno de los notarios, para implorar la piedad del vencedor.

Habiendo dicho estos á Alarico: *¿No veis cuanta gente hay aun en Roma?*, contestoles el Bárbaro: *Mejor se siega el heno cuanto más espeso está.*

Despues de imponer terribles condiciones, el Godo limitó el precio de su retirada á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, taecinta mil de pimienta, cuatro mil vestidos de seda, tres mil piezas de escarlata fina y la libertad de los esclavos Bárbaros; hecho lo cual, levantó el sitio y se retiró á Toscana.

Jovio, prefecto del pretorio, suñedió á Olimpio en el menguado favor imperial.

Puesto Alarico otra vez en movimiento, obligó al senado á que, depuesto Honorio, fuese elevado al imperio Atalo, prefecto de la ciudad. Pero muy pronto cambió la fortuna, con un socorro del imperio de Oriente; hasta que, irritado Alarico, se presentó por tercera vez ante Roma (410), en la que entró por la traicion de los esclavos, entregán-

dose los suyos á los mas grandes exesos, y no dejando la ciudad hasta el sexto dia, hartos los suyos de botin y de muertos

Alarico, con su ejército, seguido de hermosas damas romanas y de personajes ilustres, convertidos en esclavos y cargados sus soldados de preciosidades artisticas, groseramente amontonadas en sus carros. recorriendo la via Apia, atravesó la Magna Grecia, robando cuanto encontraba al paso, hasta que le sorprendió la muerte (412) en las cercanias de Cosenza.

Los Hunos apartaron las aguas del Bucentino, cavaron la fosa en el primitivo lecho del torrente, y vistiendo al heroe con espléndidas alhajas y despojos, le colocaron en ella; hicieron volver las aguas del Bucentino á su primitivo cauce, y dieron muerte á los esclavos que habian intervenido en la operacion, para que nadie profanara la tumba del debelador de Roma.

Los Godos elijeron para suceder á Alarico á su cuñado Ataulfo, que, en paz con los Romanos, ocupó la Galia, se unió á Gala Placidia, hija de Teodosio y despues fué asesinado por Sigerico.

Honorio murió en 15 de Agosto del año 423.

Valentiniano III. hijo de Placidia, ocupó el trono de Occidente, bajo la tutela de su madre. Defendian el imperio contra las invasiones de los Bárbaros, los dos generales Accio y Bonifacio gobernador de Africa; pero, enemistados ambos y no sintiéndose bastante fuerte el segundo para luchar contra Accio, llamó en su auxilio á los Vándalos, que, desde España, se trasladaron al Africa, dirigidos por su Gensericio y la desolaron.

Empero la gran nube que habia de caer sobre el mundo civilizado, se preparaba en los países situados entre el Tanaís y el Ister.

Atila, jefe de los Hunos, despues de haber sojuzgado á

los Gepidos, Ostrogodos, Suevos, Alanos, Cuados y Marco-manos, y de matar á su colega y hermano Bleda, venido por él el mundo bárbaro, se dirigió contra el civilizado.

Al frente de sus innumerables hordas, taló Atila los países comprendidos desde el Euxino al mar Jonio, y no destruyó á Constantinopla por que Teodosio se sometió á las mas vergonzosas condiciones.

Abandonada Constantinopla, se dirigió Atila hacia el Occidente y puso sitio á Orleans que levantó á la aproximación de Aecio, el cual, al frente de las tropas Romanas y auxiliado por Meroveo, rey de los Francos y por Teodorico, rey de los Visigodos, venia á pelear con los Bárbaros, fanatizados por el *azote de Dios*.

El combate se verificó en los campos Catalaunicos, á orillas del rio Marne, en el que fué derrotado Atila y pereció Teodorico, quedando el campo cubierto con ciento cincuenta mil cadáveres.

Recogiendo Atila el resto sus fuerzas, volvió á pasar el Rin, y, costeano el Danubio, regresó á la Panonia.

Al llegar la primavera siguiente, el jefe de los Hunos se puso en marcha para Italia, sembrando por todas partes el terror y el espanto, y, ya en ella, se encaminó resueltamente á la indefensa Roma, que se salvó á ruegos del papa San Leon.

Vuelto Atila á sus estados, murió (455), y su fin fué el acabamiento de su imperio y del predominio de sus feroces hordas.

Libre ya el imperio de este inmenso peligro, el mismo Valentiniano III dió muerte á Aecio, el salvador del imperio.

Habiendo despues ofendido el emperador en su honra al rico senador Petronio Máximo, este lo hizo degollar (455), y fué aclamado emperador. Pero obligando Máximo á que

se casara con él á la viuda de Valentiniano, esta llamó en su auxilio al terrible Genserico, que, con su ejército de Vándalos y Alanos, se presentó en la desembocadura del Tiber. Máximo que quiso huir, fué apedreado por el pueblo y su cadaver arrojado al rio (455).

Genserico penetró en la indefensa Roma, donde permaneció quince dias, entregado al saqueo, con sus Vándalos y Alanos, y, despues, cargado en sus naves, el botin. entre el cual se contaba á la misma emperatriz y á sus hijas, reducidas á la esclavitud, regresó á sus estados de Africa.

Á Máximo sucedió Avito en el imperio, el cual fué despojado por Ricimero, que colocó en su lugar á Mayoriano, que murió á manos del ejército sublevado (461), al cual sustituyó Ricimero con Livio Severo (461); á este con Antemio, igualmente protegido por el omnipotente Ricimero, hasta que, desavenido tambien con él, le mató y proclamó á Olibrio.

A Olibrio sucedió Glicerio, que fué despojado por Julio Nepos, anulado á su vez por Orestes, secretario que fué de Atila; el cual, no queriendo para si el imperio, lo dió á su hijo Rómulo Augustulo.

Sublevados los Bárbaros, á sueldo de Roma, pidieron á Orestes la tercera parte de las tierras de Italia. Negada la petición, encontró esta apoyo en Odoacro, que hizo prisionero á Orestes en Pavia, y que, compadeciéndose del imbécil Rómulo Augustulo, le señaló una pensión y un retiro en el promontorio Miseno, en la quinta de Luculiano, construida por Mario y embellecida por Luculo, con los delicados primores de las artes de la Grecia.

Así acabó el imperio Romano de Occidente (476), en las débiles manos de un niño, que, por mofa sangrienta del destino, adunaba en sí los nombres de los fundadores de Roma y del imperio.

LECCION XLVIII.

Nociones sobre la organizacion del Imperio Romano.

Dominando Roma los países entonces conocidos, es la historia de esta ciudad la historia del Universo.

Cada uno de los países subyugados, tenía sus creencias, usos y costumbres, sin embargo, á principios del siglo II, ya se había realizado la unidad política y religiosa entre ellos y la capital. Gran parte de estos pueblos se gobernaba por sus usos nacionales, tuvieron sus magistrados propios, y á la arbitraria autoridad de los procónsules y pretores de la república, había sucedido la más humana de los delegados del imperio, que procuraban contentar ciertas aspiraciones. Esta política fué más tolerante aun, cuando Caracalla, estendiendo el derecho de ciudadanía, colocó definitivamente á todos en condiciones de poder aspirar á los cargos públicos.

Para evitar la peligrosa independencia de los encargados del mando de las provincias, que, á las veces, ejercían la soberanía civil y militar, emprendió Constantino el Grande sus reformas.

Abrazaba el imperio Romano el inmenso territorio comprendido, de Este á Oeste, entre las márgenes del Eufrates y la muralla de Adriano, y de Norte á Sur, desde el Océano Germánico á las faldas del Atlas.

Constantino dividió el imperio en cuatro prefecturas, que subdividió en diócesis y estas en provincias.

Cuatro eran las prefecturas: 1.^a La de Oriente, compuesta de seis diócesis, subdivididas en cuarenta y nueve provincias; 2.^a La de Iliria, que comprendía la Acaya, erigida en proconsulado, y dos vicariatos, en todo, once provincias; 3.^a La de Italia, que abrazaba el proconsulado de Africa y cuatro vicariatos, sumando veinte y nueve provincias; 4.^a La de las Galias que contaba tres vicariatos con veinte y nueve provincias.

Roma y Constantinopla, sedes de los respectivos imperios, tuvieron su organizacion peculiar.

A la cabeza de cada prefectura había un prefecto del pretorio y á la de cada diócesis un viceprefecto; tenían las provincias por gobernadores á consulares ó presidentes, cuyas funciones consistían en velar por todos los intereses, vigilar el cobro de los impuestos, la conservacion de los bienes del Estado, la de las vías militares, el servicio de los correos, el enganche y administracion de los ejércitos, y, en una palabra, todas las relaciones entre el emperador y los súbditos. En cuanto á las relaciones entre los habitantes del imperio, ellos mismos administraban y ejercían la justicia civil y criminal, en todos los pueblos que no gozaban del derecho itálico.

Los prefectos del pretorio se comunicaban con los siete ministros. El Preósito de la Sagrada Cámara (*Praepositus sacri cubiculi*), á cuyas órdenes se hallaban los *Comites palatii*, generalmente eunucos que gozaban de grande influencia; el Ministro del Interior (*Magister Officiorum*); el Minis-

tro de Hacienda (*Comes sacrarum largitionum*), el Cuestor, representante del emperador en cuanto se referia á la legislación; el Ministro de Justicia (*Cancellarius*); el Tesorero de la Corona (*Comes rei privatæ principis*); y los dos jefes de la servidumbre militar, cada uno de los cuales mandaba un cuerpo de tropas (*schola*).

Componian las clases privilegiadas los senadores, que en los procesos criminales tenian el derecho de pedir un tribunal especial, de no ser torturados, de no pagar pechos municipales; tambien pertenecian á la expresada clase los mas elevados funcionarios que se dividian en cuatro jerarquias; los *Ilustres*, los *Venerables*, los *Clarísimos* y los *Perfeetísimos*, exentos de ciertos tributos; el clero, la milicia cohortal, los legionarios y los oficiales, libres de las cargas personales.

Las obligaciones todas pesaban sobre los curiales, con cuyo nombre eran conocidos los que poseian mas de veinte y cinco fanegas de tierra.

El curial ni podia residir en el campo, ni entrar en el ejército, ni aspirar á las funciones públicas, antes de haber pasado por todas las magistraturas de la ciudad, ni mudar de estado, sin dejar sus bienes á la curia ó á otro que cargara con sus deberes de curial.

Descendiendo en la escala social, se hallaban despues los artesanos, que, en muchas ciudades formaban corporaciones, y, en ciertos aunque raros casos, tomaban parte en la curia; hallábanse mas abajo aun, los que nada poseian, que constituian la última clase de las ciudades, y los siervos de los campos.

A la servidumbre antigua, que no conocia mas que un grado y una sola condicion, habia sustituido una servidumbre con muchos grados, cegando por tal manera el abismo infranqueable que antes existia entre el libre y el es-

clavo; interponiendose entre uno y otro, como los eslabones de una cadena, no pocas clases intermedias

«Muchos desgraciados, dice Salviano, despojados de su patrimonio ó reducidos á abandonarlo, han venido á buscar un asilo en las tierras de los grandes, y en las de los plebeyos libres; pero, solo han logrado con esto, ser colonos de los ricos, perder los derechos de ciudadanos y someterse á una esclavitud espontánea.... Se les recibe como moradores voluntarios, y por un abuso cruel, la habitacion los convierte luego en *indigenas ó siervos de la tierra*. «Se les admite como extranjeros sobre los que no se tiene ningun derecho, y se les posee al cabo como esclavos. «Hombres que nacieron libres, son reducidos á la servidumbre.

Este nuevo carácter de la esclavitud, extendiéndose cada dia mas en el imperio, produjo un nuevo estado, una nueva clase que constituyó la poblacion de los campos durante la Edad Media, tránsito favorable, si se observa que durante la antigüedad Griega y Romana, fuera del recinto de las ciudades, el hombre no tenia existencia legal.

Por medio de estos, al parecer, tan estraños caminos y con el trascurso de los tiempos, la poblacion rural, antes esclava, ha venido á ser preponderante en los tiempos modernos, lo cual se ha podido verificar gracias á que, en Roma, la servidumbre de la tierra habia reemplazado á la antigua esclavitud, comenzando desde entonces la emancipacion de las clases pobres.

Con el cristianismo principi6 á ser menos dura la condicion de los esclavos, mirados hasta entonces como cosas, que podian ser cruel y arbitrariamente destruidas; facilitáronse los medios de la emancipacion, y, en tiempo de Justiniano, fué abolida la ley que limitaba el número de esclavos que podian ser emancipados y la que conservaba ciertos restos de esclavitud en ciertas clases de libertos, considerados ya como ciudadanos.

Distribuciones y mercedes al pueblo desocupado, holgazan y altanero; las pagas á los innumerables soldados: las concusiones de los funcionarios públicos: las estafas de los favoritos: los vergonzosos tributos pagados á los bárbaros: los gastos y las profusiones de las cuatro córtes, creadas por Dioecleciano, absorbían riquezas inmensas y convertían al fisco en verdugo de los contribuyentes.

En tanto que fué posible sangrar á los enemigos, al Africa, á la Grecia, al Asia, todo pudo soportarse; pero, cuando esto no pudo hacerse, creciendo las necesidades, y no pudiéndose acudir á nuevas gabelas, el fisco cayó como implacable tirano sobre los pobres curiales, y despobló ciudades y campos.

Llaman á los bárbaros, decían los escritores de los siglos IV y V, porque tienen en mas la suerte de los cautivos llevados allende el Rin, que su condicion de hombres libres, y prefieren la libertad real, bajo un aparente cautiverio, á permanecer cautivos con el nombre de libres.

El titulo de ciudadano romano, antes tan estimado, lo desprecian ahora y quisieran despojarse de él; los Bárbaros les son mas amigos que los agentes del fisco; se pasan á los enemigos por librarse del impuesto, y se levanta en el pueblo romano una sola voz: *que le dejen vivir en paz con los Bárbaros.*

Ahora, si de la organizacion civil, volvemos los ojos á la militar, no la hallaremos mejor.

Componen el ejército tres clases de tropas: los guardias del palacio, las legiones establecidas en las ciudades y las que residen en los límites del imperio; privilegiadas, ociosas y bien pagadas aquellas; desatendidas estas y en continuos rebatos con los Bárbaros, de lo que nacieron, como natural consecuencia, frecuentes rivalidades entre las clases militares y guerras y desordenes.

Para colmo de males, las legiones no estaban ya exclusivamente compuestas de ciudadanos Romanos.

Numerosas tropas de Francos, Germanos, Godos ó Alanos estaban encargadas de sostener las armas del imperio, que caían de las manos de los afeminados señores del mundo.

Entre tanto aquellos aprendían la táctica de los pueblos civilizados y era preciso contentarlos con crecidas soldadas y recompensas, y asolaban á la postre las ciudades, bajo las mas fútiles pretestos.

Al lado de esta sociedad, donde todos los elementos de fuerza se han postrado, máquina en la que se han gastado todas las ruedas, donde ha muerto todo elemento de vida, crece y se desarrolla la nueva sociedad religiosa, exuberante de savia, de energia, probada en las adversidades mas rudas, que elige sus jefes entre los mas santos, que dicta leyes en sus concilios, el Cristianismo en fin, que se propone regenerar al mundo por medio de la caridad.

LECCION XLIX.

El Cristianismo.—Las Persecuciones.

(César Cantó. Historia Universal.)

Durante el duodécimo consulado de Augusto, cerrado el templo de Jano en señal de la paz universal, y con ocasión del empadronamiento general que se hacia en Judea, llegaron á Bethlehem (á seis mil pasos al Sur de Jerusalem) María y su esposo José, carpintero que vivia en Nazareth.

Tan grande era el número de viajeros que aquella noche se hospedaban en la pequeña ciudad, que el joven matrimonio no halló mas abrigo que un establo, en el cual, durante la noche del 25 de Diciembre, dió á luz la Santísima Virgen un Niño que recibió, ocho dias despues, en la ceremonia de la circuncision, el nombre de Jesus.

Alarmado Herodes con la profecía que anunciaba el Nacimiento de un Rey de los Judios, mandó degollar á todos los varones reciennacidos en el distrito de Bethlehem, cruel decreto que el santísimo matrimonio burló huyendo á Egip-

to, donde permaneció hasta la muerte del déspota, que tuvo lugar en aquel año mismo.

Llevado Jesús á Jerusalem, á los doce años, durante la celebracion de la Pascua, estuvo por espacio de tres dias en el templo, oyendo, preguntando á los doctores y asombrando á todos con su prodigiosa sabiduria.

Al comenzar el año decimoquinto del imperio de Tiberio (29), anunció el Bautista que era llegado el tiempo del Mesias, y al siguiente bautizó el Precursor á Jesús, en las aguas del Jordan, y comenzó este á cumplir su mision divina, que continuó durante los tres siguientes años, predicando y enseñando en muchos pueblos de la Judea, justificando su divinidad y su doctrina con milagros infinitos.

Jesús eligió, entre las clases mas humildes, doce Apóstoles, para que, despues de su muerte, predicaran el Evangelio.

La Buena Nueva, esparcida entre el pueblo, atrajo á Jesús el odio de los Fariseos y sectarios de la antigua ley, que conspiraron contra él.

Vendido Nuestro Señor por Judas, uno de los doce Apóstoles, fué ignominiosamente conducido ante el gran sacerdote Caifas, acusado por medio de testigos falsos y declarado reo de pena capital, como blasfemo, corruptor del pueblo y promovedor de rebelion contra el César. Mas como el derecho de vida y muerte residia en Poncio Pilato, gobernador de Judea por el emperador Tiberio, fué enviado Jesus ante aquel, que, despues de vestirle un harapo de púrpura, coronarle de espinas y ponerle en las manos un cetro de caña, como á rey de burlas, debil ante la presion del populacho, lo condenó á morir en la Cruz.

Conducido Jesús al Calvario, fué crucificado entre dos ladrones, á las doce de la mañana del dia tres de Abril del año treinta y tres, y expuesto en la cruz hasta las tres de la tarde, en que espiró.

Cincuenta dias despues de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, iluminados los Apóstoles por el Espíritu Santo, comenzaron la Obra Apostólica y San Pedro y San Juan convirtieron, en una sola predicacion, á tres mil Judios.

Poco tiempo despues, se dispersaron los Apóstoles, distribuyéndose el mundo para la predicacion de la Doctrina Cristiana.

San Pedro, despues de haber tenido su sede establecida, durante cinco años, en Jerusalem, recorrió el Asia Menor y la Siria; fundó la iglesia de Antioquia y se trasladó á Roma, donde fijó el asiento de la Sede universal de la Iglesia y sufrió el martirio (69). San Andrés, hermano de San Pedro, predicó en los paises cercanos al Caspio, en la Tracia, el Epiro y la Acaya, donde fué martirizado. Santiago el Menor, que sucedió á San Pedro en la sede de Jerusalem, evangelizó la Judea. El Evangelista San Juan, despues de predicar en el Asia Menor y en la Partia, fundó la iglesia de Efeso. Fué San Felipe el Apostol de los Escitas y de los Frigios; de la Armenia, de la India y de la Arabia Feliz. De la Etiopia San Bartolomé. De la Persia y de la Etiopia el Evangelista San Mateo. Santo Tomás ejerció su sagrado ministerio en los paises situados allende el Tigris y penetró en la India. Santiago el Mayor predicó en España y fué martirizado en la Judea. Evangelizó la Mesopotamia San Simon. Recorrió San Tadeo la Libia y otras varias provincias; y San Matias, que ocupó el lugar del traidor Judas, ejerció la predicacion en Judea.

Dáse el titulo de Apostol á S. Pablo, ardiente propagador del cristianismo, despues de su milagrosa conversion: el cual evangelizó la Siria, la Capadocia, el Ponto, la Frigia, la Liconia, la Galacia, la Tracia, la Macedonia, la Iliria,

Atenas, Corinto, Creta y Roma; fundó gran número de Iglesias, y era tan incansable su fé, que, cuando no podia visitarlas, aconsejaba á los fieles y los alentaba con sus Epístolas, inagotables fuentes de doctrina y de piedad.

Las predicaciones de los Apóstoles produjeron desde luego abundantísimos frutos.

Rompiendo los nuevos cristianos con las viejas preocupaciones del mundo antiguo, viviendo bajo la ley de la fraternidad, de la caridad y del amor, juntaban sus bienes y vivian en comun bajo la direccion de sus padres espirituales, constituyéndose en Iglesias ó asambleas, siendo la primera la de Jerusalem, á la que siguió la Patriarcal de Antioquia, que al trasladarse á la metrópoli del mundo antiguo, fundó la iglesia de Roma, cuyo Pastor es jefe y cabeza de la Iglesia Universal y Padre comun de la familia cristiana, como sucesor del Principe de los Apostoles.

Eran los primeros cristianos por extremo sumisos á las leyes y puros é inocentes en su vida privada, lo cual formaba tal contraste con la depravacion de los gentiles, que estos, en su ódio, los calumniaban frecuentemente, atribuyéndoles toda clase de crímenes. Como, además, sus doctrinas se oponian á la religion del imperio, fueron condenados á los mas atroces suplicios, sino renegaban de sus creencias y sacrificaban á los ídolos.

De aqui las persecuciones en que los cristianos, testigos (mártires) de la santidad de su fé, lo arrostraban todo antes que quebrantarla.

Trece fueron las persecuciones que sufrieron los cristianos, hasta que, el edicto de Constantino el Grande (313), restituyó la paz á la Iglesia.

1.ª Que tuvo lugar en Jerusalem, poco tiempo despues de la Resurreccion, promovida por Saulo, despues S. Pa-

blo. En ella pereció apedreado el protomártir S. Estéban, y fué S. Pedro aprisionado. Renovóse, algunos años después, esta persecucion por Herodes Agrippa, restaurado en el trono de Judea por Cláudio.

2.^a En Roma, en tiempo del emperador Neron (64 á 68). Después de haber incendiado parte de la ciudad, este bárbaro hijo de Agripina acusó á los cristianos de tal crimen y los persiguió cruelísimamente. En ella murieron S. Pedro, crucificado, y decapitado S. Pablo, en consideracion á su calidad de ciudadano de Roma.

3.^a En los dias de Domiciano que persiguió á cristianos y judíos (90 á 96). Entre otras victimas sin cuento, fué sumergido el Evangelista S. Juan en una tina llena de aceite hirviendo, de la que se salvó milagrosamente, y fué relegado á la isla de Pathmos (mar Egeo, islas Sporades), donde escribió el Apocalipsis. Flavia Domitila, sobrina de uno de los cónsules romanos, padeció entonces por a fé.

4.^a Imperando Trajano (97 á 116), durante la cual, Plinio el Joven, procónsul de la Bitinia, escribió una carta al emperador en la que justificaba á los cristianos, y fueron martirizados S. Ignacio, obispo de Antioquia, y S. Simon, que, á la edad de ciento veinte años, regía la iglesia de Jerusalem.

5.^a En el reinado de Antonino Pio; con motivo de la cual S. Justino escribió su primera Apología, en defensa de los cristianos.

7.^a En tiempo de Márco Aurelio el filósofo (161 á 174). Fueron durante esta persecucion victimas ilustres S. Justino, S. Policarpo, S. Potino, los mártires de Lyon en la Galia Céltica y las africanas Perpétua y Felicitas.

8.^a Bajo Septimio Severo (193 á 211), la persecucion fué durísima, especialmente en África; en ella fué martiri-

zado S. Ireneo, obispo de Lyon, en la Galia, con gran parte de su fiel rebaño.

9.^a Que se verificó imperando Maximino, el cual deseaba exterminar la familia de Alejandro Severo, que contaba en su seno muchos cristianos (235 á 238).

10.^a Bajo Decio (249 á 251), en que un poeta fanático se presentó en público, deplorando el abandono de la religion; á que contestó el vulgo pidiendo que se reparara el mal con la sangre de *los impíos*. Los magistrados, aduldando á la multitud, persiguieron á los cristianos.

11.^a Al fin de su reinado, Valeriano, por instigaciones del prefecto Maeriano, persiguió á los fieles.

Contáronse entonces ilustres victimas como Cipriano, los papas Estéban y Sixto y S. Lorenzo.

12.^a En tiempo de Aureliano (272 á 275), la cual fué corta, pero muy sangrienta.

13.^a Bajo Dicoeciano, ferocísima y terrible, conocida con el nombre de *Era de los mártires*, durante la cual las Iglesias fueron demolidas, robados los vasos sagrados, despedazados los ornamentos de los templos, é incendiados los libros sagrados. Comenzó en Nicomedia el dia de las fiestas terminales, y fué durísima en África y en España, encomendada al feroz Daciano. Durante esta persecucion, la legion Tebea, compuesta de cristianos, antes que renegar su fé ó volver sus armas contra el emperador, se dejó matar, ejemplo que jamás pudo dar el paganismo.

En el tiempo de Septimio Severo (193 á 211) la persecucion fué durísima, especialmente en África; en ella fué martirizado S. Justino, S. Policarpo, S. Potino, los mártires de Lyon en la Galia Céltica y las africanas Perpétua y Felicitas.

LECCION XLVIII.

Variedad de causas que contrariaron ó favorecieron el desarrollo del Cristianismo.—Victoria de la Iglesia Católica.

(CÉSAR CANTÚ. Historia Universal.)

¡Cuán tristes y angustiosas para el género humano eran las circunstancias en que comenzó á propagarse el Evangelio.

Roma habia cumplido su destino providencial, extendiendo las luces de la civilizacion por todos los ámbitos de la tierra, desde el Tigris al Atlántico, desde las regiones hiperbóreas á los países abrasados por el sol.

Herederoy propagador de las antiguas civilizaciones, el pueblo romano, habia caído en el mas hondo de los abismos; y es que, realizado su destino, al traspasar los límites del mundo conocido, deteniéndose ante países pobres ó tribus indomables y feroces, volvió su actividad contra sí misma, convirtiéndose en una sentina de corrupcion y de crímenes.

El literato, el filósofo, el hombre público y el sacerdote, consideraban la religion como una mentira necesaria, y, con frecuencia, la toga del magistrado, la púrpura imperial ó la tiara del Pontífice disfrazaban al ateo.

¡A donde volver los ojos en busca de remedio!

¿Acaso á la filosofia, que solo habia producido aquel helado estoicismo, generador de un orgullo mal encubierto con la máscara de la humildad, ó aquel inmundo epicureismo, señal evidente de la degradacion y ruina de los pueblos?

¿Tal vez á la ciencia, para aspirar al triste destino que con tan vivos colores nos pinta el cáustico ingenio de Luciano de Samosata?

¿Por ventura al cultivo de la poesia, consagrada entonces á juegos de letras, expresion de una sociedad falta de sentido y de fin moral?

El remedio asomaba pavoroso y terrible por las fronteras del imperio, porque era necesario que en el corrompido gigante romano se verificara la trasfusión de sangre nueva, de nuevos elementos que lo vigorizaran.

El choque entre lo pasado y lo futuro fué entonces espantoso, á pesar de que la Providencia le quitó gran parte de su fuerza poniendo á los bárbaros en contacto con los romanos, primero en las fronteras, luego en los ejércitos en calidad de auxiliares, de jefes en las legiones, y por último, al frente del imperio.

Algunos espíritus escépticos no verán en estos sucesos la mano de la Providencia: acaso crean que la civilizacion antigua hubiera podido salvarse por medios puramente humanos, apareciendo, por ejemplo, al frente de Roma hombres dignos por sus virtudes, de regenerar la sociedad prolongando la vida del imperio.

¡Error!

La historia misma se encarga de contestar á estos optimistas con la terrible lógica de los hechos.

Los que creen que la virtud de los Jefes del Estado hubiera podido salvar por sí sola á aquella sociedad corrompida; los que imaginan que un edificio que por todas partes se derrumba puede sostenerse con las fuerzas solas de un hombre, hojeando el libro donde la historia apunta los sucesos humanos, encontrarán á Trajano, á Adriano, á Antonino Pio, á Marco Aurelio, colocados casi sin interrupcion, para que abrazaran un largo espacio de tiempo y su obra no fuera acusada de impotente, por lo breve.

Y, sin embargo, estos hombres célebres que reunian prendas tan excepcionales, ¿cuán poco influyeron en la suerte de aquella sociedad! Algunas conquistas pasajeras, muchas y ostentosas obras públicas, la literatura lanzando fugaces resplandores bajo los primeros Flavios, las artes en tiempo de Adriano, y en la época de los Antoninos la filosofia; pero ¿cuán pronto desaparece todo este brillo artificial!

¡Evitar el desastre prolongando la vida del imperio!

¡Error mas grave aun!

Roma sucumbe; pero la civilizacion antigua conserva en Constantinopla por espacio de muchos siglos sus repugnantes caracteres. El cinismo y el crimen se ostentan en la capital de Oriente bajo la púrpura imperial: la religion se vé en ella conturbada por perpétuas herejias.

La prolongacion de la vida del imperio en Oriente, solo fué parte para esterilizar á aquel hermoso suelo donde se arrastra ante nuestros ojos, con su eterna agonía, el islamismo, agonía prolongada por los celos y rivalidades de los modernos estados de Occidente.

Era, pues, necesario y providencial que el imperio muriera á manos de la Barbarie.

Mas ¿cómo unificar los elementos civilizadores de la moribunda sociedad antigua y el espíritu individual que importaban los invasores?

Ninguno de los contemporáneos llegó á adivinar el nexo misterioso que uniría lo pasado con lo futuro, cuando en un rincon de la Judea apareció la Religion Cristiana, autora de tan maravilloso prodigio.

Lejos de nacer bajo las frondosas sombras del Pórtico ó bajo la espléndida púrpura del imperio; lejos de adular á las potestades de la tierra ó de rendir culto á las opiniones reinantes, la Buena Nueva hería los mas caros intereses de la aristocracia romana, combatia las preocupaciones populares y las creencias nacidas al calor de las primeras caricias maternales, confirmadas en las escuelas durante la juventud; predicando las mas extrañas doctrinas, nacia en un establo, crecía en una árida montaña salpicada por la sangre vertida en el mas infamante de los suplicios, y se propagaba por pobres pescadores.

Por eso los fieles fueron mirados como *impíos* y apellidados *enemigos de los Césares y del género humano*.

Entonces comenzaron las persecuciones, exigiéndose solo á los cristianos, para librarse de los mas crueles suplicios, que quemaran algunos granos de incienso ante la imagen del emperador ó ante el altar de los dioses.

¿Cómo contestaban á esto los discipulos de Jesucristo?

El modelo de su conducta lo habia ofrecido el proto-mártir Estéban, rogando á Dios, en sus últimos momentos, que perdonara á sus verdugos.

Los cristianos, ya que no defendian sus vidas, quisieron defender su fé, y Aristides y Cuadrato, San Justino, Minucio Félix, Tertuliano y tantos otros, valiéndose de la cátedra, de la palabra en las reuniones populares y de trabajos científicos, acudieron á los emperadores ó á

la multitud defendiendo sus creencias y pidiendo un poco de tolerancia para su fé.

Los tan conocidos textos de San Justino, de Tertuliano y de otros muchos, prueban la grande extension que alcanzaba el eristianismo á pesar de las persecuciones.

Los obispos y los concilios procuraban moderar el ardor irreflexivo de ciertos cristianos, que alguna vez proveaban á los verdugos, para luego caer ante lo rudo y terrible de los tormentos; y en su consecuencia, cuando se acusaba á alguno de los fieles, le acons jaban que huyera, si no se sentia firme para el martirio. Algunos compraban de los magistrados avaros una certificacion de haber cumplido con los ritos prescritos, mentira que la Iglesia perdonaba por medio de la penitencia. Aquellos mismos, cuya firmeza habia sucumbido en las pruebas, al cesar las persecuciones, acudian frecuentemente, suplicando que se les admitiera de nuevo.

La Iglesia de Oriente estableció reglas para estos casos, de acuerdo con el cánon LV del Sínodo Eliberritano, que prohibia á los fieles romper los ídolos de los gentiles, previniendo que si alguno fuese muerto por ello, no se le recibiera en el número de los mártires; precepto inspirado en la necesidad de no dar pretexto á la cólera de los gentiles contra la Iglesia, y para contener á los que no ansiaban el martirio por celo de la religion sino por motivos temporales.

Pero indudablemente, así como el Evangelio dijo: «*No os expongais á las tentaciones: seréis llevados ante los Tribunales;*» no dijo *no os presentareis* á los que se sentian firmes, sostenidos por la inspiracion de Dios, para ser Testigos de la fé.

Como no podia menos de suceder, las reglas previsoras y el rigor oportuno de los Concilios, fueron saludables,

demostrando, segun yá hemos dicho, el espíritu de obediencia que animaba á los fieles en aquellas remotísimas edades.

Los frutos, pues, del árbol de la fe, tan esmeradamente cultivado, fueron abundantísimos.

Sin fijarnos más que en la décima tercera persecucion inspirada por el feroz Galerio y ejecutada por el bárbaro Daciano, y en solo algunas ciudades españolas si quisieramos parodiar al poeta Aurelio Prudencio (*Peristephanon*), y, en alas de su cristiano númen, nos trasladáramos, al juicio final, y personificando á esas^r ciudades, presentará cada una de ellas al Eterno Juez la sangre de sus mártires para escurdarse con ella (V. Lafuente, I-55), Zaragoza presentaría á Vicente y á Engracia y á sus 18 mártires; á Leocricia y á Justo y Pastor, Toledo; á Victoria, Aciselo, Zoilo y sus 20 santos amigos, á Fausto, Januario y Marcial, Córdoba; á Eulalia y Julia, Mérida; á Marcelo y Nonia, Leon; á Servando y Germano, Cádiz, y á ese innumerable ejército de Testigos de la fé, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, porque como cantó Prudencio (*Peristephanon*. Hymno I, versos 73 al 78):

O vetustatis silentis obsoleta oblivio!

Invidetur ista nobis, fama et ipsa extinguitur:

Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit:

Ne tenacibus libellis erudita secula

Ordinem, tempus, modumque passionis proditum

Dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.

Pero el dia de la victoria se aproximaba rápidamente, porque la sociedad romana, victima de su egoismo, de su prolongada y miserable senectud, de sus crímenes, que por do quiera se desmoronaba, debia sucumbir y ser vencida por otra sociedad jóven, llena de vida, con inquebrantables convicciones y con soluciones fecundas y nuevas para todos los

casos de la vida. Los Bárbaros, vencedores del imperio, sin gobierno, sin costumbres, sin leyes, sin unidad de creencias, sin civilización, debían á su vez ser conquistados en el orden moral por un poder constituido, superior á la fuerza de las armas, que predicaba la igualdad, que prometía premios y castigos y un solo Dios para todos.

Todo anunciaba, pues, la victoria del cristianismo.

Y triunfaron los cristianos, que ya no fueron objeto de las burlas de los sofistas, desagravio de la tiranía de los emperadores, esclavos en las cárceles, alimento de las fieras, para sanguinario placer del pueblo rey.

Hubo un día en que la Providencia, satisfecha de tan rudas pruebas, colocó al lado de Constantino á Osio, perseguido por el tirano Majencio, al clarísimo faro de luz de la iglesia de España y gloria de la Iglesia Universal, que decidió el ánimo vacilante del emperador.

¡Cuán distinta fué entonces la conducta de los cristianos con los gentiles, de la que estos habían con ellos observado!

Notable es, bajo este aspecto, el edicto de Constantino citado por Eusebio (*Vita Constantini*: II, 56.) en que se establecía la verdadera libertad religiosa, dejando vivir el culto antiguo al lado del nuevo.

La existencia de escuelas públicas paganas pregona la tolerancia de la Iglesia; que el cristianismo triunfante no quiso vengarse de sus más crueles enemigos. Pretestato, Simaco, Libanio, gozaron de gran favor en la Corte, y Eunapio y Zósimo escribían historias abiertamente contrarias á la verdadera fé.

Los fieles habían ofrecido á sus enemigos irrecusable testimonio de cuán inútiles son las persecuciones y el derramamiento de sangre para apagar la luz de las creencias; y por otra parte ¿á qué combatir al gentilismo, edificio cuarteado que por todas partes se derrumbaba?

Aun todavía el paganismo, como incendio que lanza sus postreros resplandores en el momento de extinguirse, hizo un último esfuerzo con Juliano el apóstata. El ingrato protegido de Constancio se empeñó en dar un sentido filosófico á las desacreditadas fábulas gentílicas, mofa ya de los sábios y del pueblo. Para reducir á los cristianos á una abyecta horda de salvajes, vedóles el acceso á las escuelas como discípulos, y, cuando los sofistas podían enseñar libremente, prohibió á los cristianos que enseñaran retórica y bellas letras, explicando tan tiránico precepto con estas sarcásticas frases. «Yo no quiero obligar á nadie á que cambie de creencias: escojan entre no explicar estos escritores que condenan su doctrina (la de los clásicos), ó si quieren explicarlos, manifiesten con los hechos que aprueban sus creencias, y enseñen á los jóvenes que Homero, Hesíodo y otros, acusados de error, de impiedad y de locura, no son como los representan. El que los tiene en mala opinión, y sin embargo, vive de su mérito, obra como esclavo de sórdidos intereses y es capaz de todo por un poco de dinero (Epístola LIII).»

Tras de cerrar de esta manera á los cristianos el camino de la ciencia, quedando de este modo dueño de las primeras impresiones de la juventud, Juliano los excluyó igualmente de los cargos públicos y de las artes liberales, y adornó las escuelas y los estandartes con las imágenes de los ídolos.

Pero muy en breve la muerte acabó con sus propósitos, rodeado de los Partos victoriosos y del Tigris amenazador.

Y sin embargo, el helenismo aun continuó la lucha, y los fieles, que la habían aceptado en los anfiteatros, la aceptaron también en el campo de la discusión.

Ya hemos visto en tiempos anteriores á los Apologistas pidiendo en vano un poco de exámen y de tolerancia para sus doctrinas.

Dividido el imperio, tomó distinto carácter la batalla que entonces, como en todas las edades, libraban el Oriente y el Occidente.

¡Cuán diversa es la lucha en Roma y en Constantinopla!

Roma, para la que el gentilismo era una tradicion, la encarnacion de los privilegios de los patricios, el pan y los circenses de la muchedumbre, defendiendo intereses materiales atacaba con pasion, como acontece siempre que se lucha por las cosas que se refieren á la aplicacion de los usos inmediatos de la vida y con el apasionado carácter occidental del que tambien, en cierta manera, participaban los Padres latinos.

Constantinopla, representante de la Grecia politeista, apegada á sus tradiciones de escuela, orgullosa con haber llevado á Roma sus dioses, disputadora y vana, combatia al cristianismo en nombre de la filosofia.

Por eso, aunque todos son iguales en el fondo y sin fijarnos en otros Padres de la Iglesia, no menos famosos, es tan distinto el carácter, por ejemplo, de San Agustin, San Jerónimo, San Hilario y San Ambrosio; del de Clemente Alejandrino, Orijenes, San Basilio y San Juan Crisóstomo. Empeñados los primeros por medio del idioma latino en desarrollar las consecuencias prácticas del cristianismo, tendiendo los otros por medio del griego hácia su parte especulativa y procurando asentarlos por medio de la filosofia. Discutidores los unos, con su carácter oriental, apasionados los otros con su ardiente sangre del mediodia.

San Agustin, dotado de inagotable talento enciclopédico, ilustró todas las materias sentando principios que moderadamente se han tenido como descubrimientos. El indicó las bases de la verdadera Filosofia de la Historia, conciliando la libertad humana con la accion de la Providencia, pu-

diéndosle en fin, considerar como Padre del dogmatismo latino.

San Jerónimo, vivo, brillante, superabundante de fantasia, ingenio poliglota, combate énérgicamente á los herejes con su apasionada elocuencia, y desde su retiro de Bethelen, deshace los vínculos que unian al patriciado romano, encariñado con los ritos pátrios, empleando para ello el poder que sobre las mas nobles y virtuosas damas romanas le daban su énérgica elocuencia y su brillante imaginacion.

San Hilario, á quien San Jerónimo apellidaba *elocuencia latine Rhodanus*, de estilo espléndido, de vigorosa y brillante elocuencia, humilló á la herejía con sus concecimientos profundísimos y con su ruda palabra y no vaciló en arrostrar la cólera de los poderosos.

San Ambrosio, el defensor incansable de la fe y enemigo práctico del gentilismo y de la herejía, tuvo decisiva influencia en la política, y mas de una vez osó hablar al emperador Teodosio el áspero lenguaje de la verdad.

Clemente de Alejandria reunia á una inmensa erudicion en la literatura pagana, inquebrantable amor á la filosofia, y con especialidad á la platónica. Insigne en el raro don de la enseñanza, poseia la difícil ciencia de la índole de cada uno de sus discípulos, y por consiguiente, la de encaminar á cada cual segun sus facultades.

Origenes hizo innumerables conquistas en la aristocracia pagana y entre los herejes, con el empuje de la fecundidad de su ciencia y de su dominio en las letras paganas. Alentó el valor de los cristianos durante la persecucion de Maximino y alcanzó bajo el emperador Decio el glorioso titulo de Confesor de Jesucristo, que acaso codició con ardor exagerado.

San Basilio, apellidado *el Predicador de la limosna*, ob-

servador profundo de la naturaleza, apreciador de esos por menores que revelan al génio, cualidades que habia desarrollado en la soledad y en el retiro que tanto amó, con un corazón en el que gemian tristezas profundas é inmensas esperanzas, se complacia en presentar á sus oyentes por medio de su ática palabra, el espectáculo de la naturaleza para elevarse desde lo creado á lo increado, para encontrar en todas partes el símbolo y lo instable de las cosas de la vida.

«Si alguna vez, exclamaba, en una noche serena, fijando los atentos ojos en la belleza inefable de los astros, has pensado en el Creador del Universo y te has preguntado quien sembró de tales flores el firmamento: «si durante el día has estudiado alguna vez los portentos de la luz, elevándote por las cosas visibles á las invisibles, serás un oyente bien preparado y podrás tomar tu puesto en este anfiteatro magnífico. Venid, que, «así como se lleva de la mano á los que no conocen una ciudad, del mismo modo quiero yo conducirlos, como extranjeros, por entre las maravillas de esta gran ciudad del mundo.»

«Si el Océano, decía, es hermoso y digno de alabanza en presencia de Dios, ¿cuánto mas bello no es el movimiento de esta cristiana asamblea en que las voces de los hombres, de los niños, de las mujeres, confusas y resonantes como las olas que se quiebran en la orribra, elevan nuestras oraciones hasta el Trono de Dios?»

Para abatir el orgullo y calmar la desesperacion, presenta en otra ocasion á sus oyentes este inimitable cuadro de lo instable de las cosas humanas.

«Como aquellos que se duermen en la nave son empujados hácia el puerto, y sin saberlo, se aproximan al fin de su viaje, del mismo modo en la rapidéz de nuestra

«vida fugitiva, somos arrastrados con un movimiento insensible, pero incesante, hácia el último término. Tú «duermes, y el tiempo pasa, velas, meditas, y la vida se «vá. Somos correos obligados á emprender un viaje: pasas «por delante de todo, todo lo dejas detras: viste en el «camino árboles, prados, aguas todo lo que puede atraer «las miradas: te llamó la atención un momento y seguiste «adelante: caíste sobre piedras y precipicios, entre bestias «feroces, reptiles venenosos y otros azotes: despues de haber «sufrido algun tanto, los dejaste á la espalda. Tal es la «vida: no duran ni sus placeres ni sus trabajos.»

Con San Juan Crisóstomo espira la elocuencia griega. Este Santo Padre, dueño como ninguno del corazón de sus oyentes, sabe como ninguno dar á todo mágico colorido.

Nada, nada mas conmovedor que las palabras que pone en boca de su madre, cuando teniendo ésta noticia de que Crisóstomo pensaba dedicarse por completo á la vida solitaria, «le tomó de la mano, le llevó á su cuarto, y habiéndole hecho sentarse á su lado, en el lecho en que le «habia dado la vida, se echó á llorar y despues le dijo «cosas aun mas tristes que las lágrimas.»

Eutropio, ensoberbecido con el favor del emperador, habia ultrajado á los grandes y á los pequeños y despojado á las Iglesias de su derecho de asilo.

El miserable eunuco cae desde su inmensa altura, y abandonado por el débil emperador, perseguido por la muchedumbre, ávida de su sangre, pálido, trémulo, se refugia en el templo y se abraza á las columnas del altar.

La muchedumbre invade las calles y las plazas, y, como desbordado torrente, inunda el templo, tocando con sus crispadas manos al miserable.

San Juan Crisóstomo le protege con sus sagradas verti-

duras. pronuncia una oracion, modelo de jenerosidad cristiana, de grandeza, de elocuencia, y arranca, por último, de los horrores de una muerte cruelísima al poco antes altivo y feroz enemigo de la iglesia,

Ahora bien: ¿era posible, no solo que se hundiera si no que vacilara el nuevo edificio, sostenido por tan vigorosas columnas (la Iglesia no está hecha de columnas, si no de hombres, decía San Efreml), que no triunfaran oradores tan potentes en medio de la universal decadencia, de la afeminacion de las clases elevadas, del envilecimiento del pueblo, de la ineptitud de los monarcas, gobernados por enuecos y mujeres, de las rudas invasiones extranjeras, de las estériles controversias, del incendio, del robo, de la indiferencia común ante la ruina universal: cuando los que habitaban en las ciudades se habian ido á los desiertos y los que poblaban las soledades y los antros se habian presentado intrépidos en las ciudades: cuando solo la Iglesia hablaba el lenguaje de la caridad: cuando Hilario, Obispo de Árles, trabajaba con sus propias manos para los pobres: cuando San Ambrosio vendia las alhajas de los templos para rescatar prisioneros: cuando Deogracias, Prelado de Cartago, agotaba todos los recursos de la Iglesia para redimir esclavos, y erigir hospitales, asistiendo dia y noche á los enfermos, á pesar de su ancianidad: cuando Acasio, Obispo de Amida, cuidaba á los siete mil Adiabenos prisioneros de los Romanos, y reuniendo á su clero, enagenaba las riquezas de los templos para sustentar á aquellos desdichados, haciendo que el maravillado Varanes V de Pérsia suspendiera la persecucion: cuando el Obispo de Nola empleó cuanto tuvo para redimir á los siervos y cuando ya nada le quedaba se dió él mismo en esclavitud para rescatar al hijo de una viuda.»

Vencieron, porque solo Sinesio se atrevió á defender á la desdichada Cirene, exclamando en el último extremo: «yo permaneceré en mi puesto en la Iglesia: colocaré ante mí los vasos Sagrados: abrazaré las columnas que sostienen la Santa Mesa: allí permaneceré mientras tenga vida: allí caeré muerto. Yo soy Ministro de Dios, y, si acaso es necesario que le haga el sacrificio de mi vida, Dios dirigirá una mirada sobre el altar, regado con la sangre del Pontífice.»

Vencieron: porque solo San Leon el Magno osó afrontar á Atila, librando á Roma, que ya no defendia Scipion, del saqueo, de la muerte y del incendio.

Vencieron: porque ¿qué podia la filosofia contra aquellos hombres armados de los rayos de la elocuencia: la muchedumbre irritada contra los Apóstoles de la caridad: los tiranos sobre los que en nada tenian la vida, contra los que decian (*San Gregorio Nacienceno*): «¿Qué somos? Un sueño fugaz, un fantasma impalpable, el vuelo de un pájaro que pasa, el bajel que huye por el mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío de la mañana, flor que hoy se entrecabre y al dia siguiente se marchita.»

Vencieron: porque ¿qué podian los tiranos contra hombres como San Ambrosio que no temia afrontar la cólera del emperador Valentiniano, empeñado por su madre Justina en que el Obispo cediera para el culto arriano un templo de Milan, diciéndole: «¿quereis mis vestidos, tierra, dinero? Yo os lo daré aunque mis propiedades son de los pobres: pero las cosas de Dios no dependen del emperador. ¿Quereis encadenarme ó condenarme á muerte? Esto seria un placer para mí: no me escudaré con la multitud del pueblo, ni me abrazaré á los altares rogándoos por mi vida: me será muy dulce caer inmolado en su defensa.»

Y sin embargo, despues de tan señaladas victorias, despues de tan empeñados combates en que quedaron rotas

todas las armas enemigas, cada día el vencido Prometeo intenta renovar la lucha, pugnando por levantar su cuerpo encadenado: y es que la Iglesia ha salido mas fuerte tras de cada combate: es que sus enemigos, queriendo destruirla, solo consiguen engrandecerla: es que, como el oro al fuego, el espíritu católico, en ocasiones, necesita purificarse y se purifica entre los rudos combates de la heresia.

Por eso la Iglesia Católica está siempre apercebida para las luchas de la inteligencia, segura en el cumplimiento de las divinas, promesas, de *que sus enemigos no prevalecerán.*

TERCER PERIODO.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

(DESDE LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO EN OCCIDENTE, EN 476, HASTA
LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS OTOMANOS, EN 1453.)



OCTAVA ÉPOCA.

LOS BARBAROS. (DE 476 A 622.)

LECCION LI.

Plan de la Historia de la Edad Media.

(CÉSAR CANTÚ. Historia Universal.)

A la inmensa unidad creada por el imperio Romano vá á suceder, durante la Edad Media, la Unidad de la Iglesia cristiana, al imperio de la fuerza y de la conquista el imperio de la caridad y del amor.

Así como Grecia y Roma nos han servido hasta ahora como centros para narrar los sucesos de la Historia Antigua, de aquí en adelante ese centro será la Iglesia Católica, pues no en vano, Atila se ha retirado de la capital del mundo ante la presencia del inerme San Leon el Magno, que ha recogido la herencia de Roma, abandonada por los Césares dejenerados.

Verdaderamente el estudio de este *periodo* histórico espanta al que se propone estudiarlo, al contemplar el incendio de tantas ciudades, la ruina de los magníficos tem-

plos, tantas obras de arte demolidas, tanto monumento literario despedazado, la tierra empapada con los arroyos de sangre, hundiéndose en fin todo lo antiguo á los golpes incesantes de generaciones desconocidas, que destruyen, al parecer sin objeto, para ser á su vez atropelladas por otras.

Dos generaciones libran al principio duelo sin tregua ni cuartel. La romana que procura conservar y conserva la organizacion antigua; la Barbarie que infiltra en todas partes el sentimiento de la libertad individual, y, entre los dos, el cristianismo, despojando al primero de su corrupcion y al segundo de su ingénita fiereza.

La invasion de los Bárbaros es uno de los hechos que, confirman, si esta ley no estuviera demostrada en todos los acontecimientos y en todos los siglos, la ley, sin la cual nada se explica, de la intervencion de la providencia en los hechos humanos.

Con efecto, sin las invasiones de los bárbaros, Roma, de conquista en conquista, hubiera acabado por dominar en el orbe entero; lo hubiera arrasado todo con su inmenso nivel y, desapareciendo el génio característico de cada pueblo, tendríamos hoy en el mundo un inmenso imperio, á la manera de los Asiáticos, como el de Constantinopla, por ejemplo, en vez de la variedad deslumbradora de los diversos pueblos europeos.

Con efecto tambien, sin el aparecimiento del cristianismo, coincidiendo con el de la Barbárie, hubiera sucumbido la sociedad humana, despeñada en el abismo del vicio.

Este último hecho, el aparecimiento del Cristianismo, es de tan grande importancia y trascendencia, que el por sí solo divide la Historia en dos grandes secciones: el mundo pagano y el mundo cristiano. El primero de estos dos mundos nos sorprenderá á primera vista, como todos

los objetos lejanos; pero si consagramos á él un estudio detenido y desapasionado, detrás de sus brillantes esterioridades, no hallaremos mas que vicios horribles y corrupcion en las sociedades y negras sombras en los mas admirados caractéres: á Séneca adulador de Neron, á Caton ejerciendo la usura marítima, y maltratando á sus desdichados esclavos, á Sócrates maestro del corrompido Alcibiades, como el moralista Séneca del infame Neron, dando lecciones de corrupcion á la prostituta Teodata, al elemento César en el monte Herminio ó en Amiens, á Tito, *amor y delicia del género humano*, ante la desgraciada Jerusalem; las individualidades y los pueblos, llenos de tan oscuras sombras y de tan negros vicios, que no podremos menos de exelamar:

¡El hombre de la edad antigua, corrompido por la idolatria, no recobró su dignidad de hombre, hasta el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo!

Nueva confirmacion de la ley del progreso de la humanidad, conducida por la Providencia.

Si necesitáramos aducir datos para probar esta verdad, demostrando que lejos de ser la Edad Media un desierto inaccesible entre el mundo antiguo y el mundo moderno, un largo periodo perdido para el mejoramiento del hombre, diríamos con un escritor contemporáneo, que parece, cuando menos, soberbia, enumerar entre los Bárbaros á Carlo Magno, á Godofredo de Bullon, á Felipe Augusto, á San Gregorio VII, á Santo Tomás de Aquino, á Dante; que es árduo declarar toseas y groseras á las edades en que se edificaron las Catedrales de Westminster, de Nuestra Señora de París, y de Colonia, los templos de Toledo, los palacios afligranados de Granada, la mezquita de Córdoba, y tantas otras creaciones fantásticas de un órden nuevo y original; los siglos en que se inventaron los relojes, los mo-

linos de viento, los hospicios para los ancianos y para los niños: en que un fraile anunció los antípodas, otro los globos aereostáticos otro el vapor; en que se desvincularon las propiedades, en que se renovó la industria manufacturera, destruida desde que Roma había subyugado á Cartago; en que se inventaron las letras de cambio; en que se resolvieron los más árduos problemas de la mecánica; en que se estableció un asombroso cambio de semillas de flores, y de telas, entre el oriente y el occidente; en que se aproximaron por miles de leguas los cuerpos celestes y se agigantaron las maravillosas pequeñeces de la creación con la invención de los lentes; en que se hicieron posibles los viajes marítimos lejanos con la invención de la brújula; en la que se dotó á la industria y á la guerra con la pólvora; en la que se aseguró con la invención de la imprenta la perpetuidad de todos los progresos humanos.

Cierto que eran bárbaros y groseros los invasores del imperio, pero ¿cómo compararlos con el corrompido Romano que había abusado de todas las doctrinas, harto de todos los goces, con su corrompida y grosera disolución?

Aquellos vírgenes caracteres, que no sabían obedecer, podían sin embargo sacrificarse, y conservaban en sus almas la sagrada centella del honor, desconocido de la antigüedad, que iba á utilizar el Cristianismo, logrando que, al paso que los Bárbaros extendían sus conquistas, eran á la vez conquistados por la Cruz, retrocediendo ellos al Norte para propagar entre sus aborígenes la religión verdadera.

La Edad Media se distinguió sucesivamente por tres grandes invasiones: la Germanica, la Eslava y la Mahometana que cubrieron las provincias del imperio, de ruinas y de sangre. Así trascurren cinco siglos, hasta que la poderosa mano de Carlo Magno reconcentra el poder, como para juntar á las gentes antes de separarse para formar naciones diver-

sas, hecho que tiene lugar apenas muere el heroe Carlovingio. Aíslanse entonces los pueblos diversos, y todo toma un tinte local, menos la Iglesia que no pierde su caracter de universalidad, que lleva á todas partes sus dogmas, su moral, su legislación, su lengua, cuyos individuos se estienen y corresponden del uno al otro extremo del orbe y reune á todos los pueblos para una empresa santa, las Cruzadas. Durante estas gigantescas empresas, juntáanse como hermanos los representantes de todos los pueblos que habían ido á Jerusalem para reconquistar el sepulcro del Salvador.

Después, los reyes triunfan del feudalismo y comienzan las grandes sociedades á constituirse; luchan Inglaterra y Francia; húndese el poder de los emperadores Alemanes en sus contiendas con la Iglesia; engrandecese la monarquía en España, prodúcense grandes revoluciones en los estados eslavos y escandinavos y cae Constantinopla en poder de los Turcos Otomanos.

He aquí el cuadro que debemos trazar, la ruta que debemos seguir, de la Edad Media, que abraza un periodo de cerca de diez siglos.

LECCION LII.

Filiacion y costumbres de los pueblos Bárbaros.

En el siglo primero de la era cristiana estaba la Germania ocupada, el Norte, por los Cheruscos, por los Suevoes el Sudoeste y por los Marcomanos el Sudeste.

En la segunda centuria, encontramos dominada esta vasta comarca por pueblos divididos en grandes confederaciones; la de los Alemanes, la de los Francos, las de los Sajones, Godos, Alanos y Vandalos.

Los Alemanes no procedian de un solo pueblo, pues estaban constituidos por la confederacion de tribus diversas que habitaban entre los Alpes y el Mein. Eran verdaderamente notables los Alemanes por su caballeria mezclada con los infantes mas ágiles y robustos que acompañaban á aquella y que en ciertos momentos presentaban al enemigo una infanteria improvisada.

Al Norte de los Alemanes, entre el Rin, el Mein y el Weser, parece, en el mapa Peutingeriano, levantado en tiempo de Teodosio ó de su hijo Honorio, un pais señalado con el nombre de Francia, y debajo de este nombre, denominacion genérica de la comarca, léese: *Chauci, Amsibarii, Cherusci, Chamavi qui et Franci*. Los Francos eran una de esas ligas formadas con ocasion de las continuas

guerras de los Bárbaros contra los Romanos. Varias tribus errantes de esas comarcas, como los Brueteros, los Catos, Atnarianos y los Sicambros, parece que formaron parte de la confederacion de los Francos, sin embargo, la fecha exacta de la formacion de esta liga, es desconocida, pues unos la señalan despues de las guerras de Civilis mientras la fijan otros despues de las expediciones de Maximino (235 á 238); bien que el nombre de Franco no se halla en los escritores latinos hasta mediado el siglo XI.

Al espirar la tercera centuria encuéntrase al Norte de los Francos la confederacion de los Sajones, que, desde la peninsula Cimbrica y las islas cercanas, se extendieron hasta la frontera de los Cheruscos y el pais de los Francos. Estrechados por estos, se embarcaron para talar las costas de las Galias y de la Bretaña, que habia dejado indefensas el imperio Romano. Maximiano, colega de Diocleciano, confia á Caraucio una flota contra los Sajones, primera vez que se menciona á tan terribles piratas.

Por estos mismos tiempos suenan, al Este de la Germania, varias gentes, como los Godos, Vándalos, y Alanos.

En el año doscientos once encontramos ya sobre el Danubio inferir á los Godos. Estos pueblos, segun Jornandes, proceden de la Escandinavia, de donde descendieron hacia el Sur, como los Cimbrios y los Teutones, encontrándose ya en el siglo I, lindando al Este con los Marcomanos.

Así se establecieron los Godos en las comarcas situadas sobre el Ister, que llegaron á dominar desde el Báltico al Euxino, reemplazando á los Dacios, dominados por Trajano, como los Francos y los Alemanes habian sucedido á la liga de los Cheruscos y de los Suevoes.

Entre las márgenes del Oder y las costas en la Pomerania y el Meklemburgo, vivian los Vándalos, al Oeste de los Godos, con los que los confunden Plinio y Procopio.

Los Herulos, los Borgoñones y los Longobardos formaron parte de la familia Vándala.

Parece que los Alanos eran un pueblo originario del Asia, morador por espacio de largo tiempo en el Cáucaso, y al que las emigraciones de las tribus asiáticas habían empujado hacia la Germania.

Tales eran las gentes que en el siglo III poblaban el Este y el Oeste de la Germania. En el centro vivían los restos de la confederación de los Suevos, que, unidos con aquellos, marcharon á derribar el mundo Romano.

Los pueblos de raza Germánica no edificaban ciudades. Cada familia se establecía en el paraje que estimaba más conveniente, y la reunión de muchas de estas constituía un cantón que regía un jefe elegido por la tribu.

Los negocios graves se decidían por la Asamblea general que se reunía en el plenilunio ó en el novilunio. En ella proponía los asuntos el rey ó algunos de los principales jefes, y la asamblea aprobaba blandiendo las armas ó desechaba con murmullos. Entre estos pueblos había familias sagradas de donde salían los reyes ó jefes superiores, como entre los Godos los Amalos y los Baltos y entre los Francos los Merovingios.

El consejo de la tribu fallaba las causas capitales, aunque en la asamblea general se nombraba á algunos jefes para que administraran justicia, acompañados de cien asesores sacados de cada pueblo, para que los acusados fueran juzgados por sus iguales.

Establecíase el tribunal en una eminencia, al pié de una roca ó de un árbol. Necesitaba probar su acusación el ofendido por medio de juramento y de testigos: acudíase á la prueba del fuego ó del combate singular: pagaba el homicida ó el autor de heridas cierta cantidad (wehrgeld) á que estaba solidariamente obligada su familia, y si aquel

resultaba insolvente, era arrojado del cantón (vargus). La traición y la deserción eran castigadas con la horca: el cobarde era condenado á morir ahogado en el cieno.

Iban las tribus, en las expediciones militares, á las órdenes de sus jefes, que velaban cuidadosamente por ellos, y estos, en cambio, morían por defenderlos. Así es que, como Tácito afirma, los príncipes y los caudillos trabajaban por la victoria y los suyos por su jefe que los mantenía en la guerra; esbozo del sistema feudal de la edad media.

El orden predilecto de batalla entre los Germanos era la cuña, en cuyo vértice se colocaban los más esforzados; aunque también combatían en filas estensas y se excitaban con los cantos bélicos que tanto espanto causaron en las tropas de Mario.

El que más se distinguía en cada familia, por su fuerza ó su valor, tenía sobre ella, como cabeza y jefe, un poder ilimitado: todos los hijos tenían parte en la herencia del padre: dedicados los hombres á la guerra, las mujeres cultivaban la tierra, sin perjuicio de acompañar á sus maridos en los combates: estimaban en mucho á sus mujeres los Germanos en las que creían que había algo de divino, por lo que tenían en grande aprecio sus consejos y las consideraban como á sus iguales: los esclavos, entre estos pueblos, dedicados á la labor, eran benignamente tratados y considerados como colonos.

Más allá del vasto imperio Romano estaban los bosques de la Germania, las dilatadas llanuras de la Sarmacia, las apartadas regiones Asiáticas y los desiertos Africanos.

Desde estos ignotos países se lanzaron los Bárbaros sobre el enervado imperio Romano, y, mientras que los Germanos derrumbaban el Occidente, los esclavos y los árabes despojaban al de Oriente.

Roma debió su salvacion, como ya hemos dicho, al pontificado que enarbó en ella el estandarte de la fé católica, y Costantinopla á sus altas murallas y á su situacion extrema, colocada fuera de las corrientes invasoras, que siguieron hásta el fin de la edad media, de Este á Oeste, el curso del Danubio, desde el Volga hasta el Loira, con Atila; y desde el Himalaya hasta el el Pirineo, con el islamismo, á lo largo del Mediterraneo.

Los Eslavos, orijinarios de la India, y descendientes de los antiguos Sarmatas, aparecieron en Europa muchos siglos antes de Jesucristo y de ellos haremos mencion, como de los Arabes, en sus lugares oportunos.

LECCION LIII.

Sucesos del imperio de Oriente, desde Teodosio II, hasta la muerte de Teodosio III.

(LE BEAU. Historia del Bajo Imperio.)

Teodosio II, de edad de siete años, ocupó el trono de Constantinopla, por muerte de su padre Arcadio (408), bajo la tutela del honrado Antemio, que la cedió á Pulqueria, hermana del emperador, al cumplir esta los diez y seis años.

Dirigido el indolente Teodosio por Antemio, por su esposa Eudoxia (Atenaida) y sobre todo por Pulqueria, gozó Constantinopla de paz profunda, durante su largo reinado.

Muerto Teodosio (450) y sucediéndole Pulqueria, dió esta su mano á Marciano, que se mostró digno de esto honor defendiendo el imperio contra los Sarracenos y obligando á retirarse á los Hunos. Tan despobladas se hallaban entonces las ciudades del imperio, que Marciano dió en ellas tierras á los Ostrogodos, Sarmatas, Herulos, Hunos, Suevos y Alanos, restos de las diseminadas hordas de Atila.

Acabada la descendencia de Teodosio el Grande, con la muerte de Pulqueria, ocupó el trono Leon I, el Tracio, al que sucedió su nieto Leon I, que reinó once meses, bajo la tutela de su padre Zenon, el cual entró á reinar apoyado en la guardia Isaurica, de la que era jefe y que, por tal manera, comenzo á desempeñar en Constantinopla el mismo papel que la pretoriana de Roma.

Este emperador, con su *Edicto de Union*, que dió lugar á grandes querellas y luchas con los obispos, fué el autor de un cisma que preparó los ánimos para que, á la postre, se separaran las Iglesias Griega y Latina.

Intrigas palaciegas, herejias, guerras y rebeliones, llenaron el reinado de Zenon, que fué destronado por los Ostrogodos de la Panonia, mandados por Teodorico, de la sangre real de los Amalos, principe que se habia educado en la córte de Constantinopla, y que, en premio de sus servicios, obtuvo licencia para dirigirse contra los Herulos que ocupaban la Italia.

Muerto Zenon, su viuda Ariadna se casó con Anastasio, silencioso del palacio, que ocupó el imperio (494) y murió despues de un reinado de veinte y siete años, conurbado por las sublevaciones de la guardia Isaurica, por las invasiones de Bulgaros, Persas y Godos, por las luchas de los Verdes y de los Azules y por las herejias, eterno cancer del Bajo Imperio.

Tras de Anastasio reinó Justino (518), que, desde la mas humilde condicion, se habia elevado por su mérito al puesto de prefecto del pretorio, venció á los Bulgaros y á los Hunos, puso término á las contiendas teológicas y adoptó á su sobrino Justiniano (527).

Casado este con la actriz Teodora, tomó demasiada parte en las facciones de los Verdes y de los Azules, por lo que, en el año quinto de su reinado, se promovió una

sedicion en Constantinopla, contra la que pudo sostenerse por la firmeza de la emperatriz y los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo, no sin que hubiera que deplorar, entre otras, la ruina de magníficos edificios, el incendio del gimnasio de Zeuxipo, en el que Septimio Severo habia reunido las obras de los mas insignes artistas de la antigüedad, y la muerte de gran número de personajes que fueron egecutados con Hipacio, á quien los sublevados habian proclamado emperador.

Belisario recibió el encargo de hacer la guerra á los vándalos, la que realizó apoderándose de su capital, entrando sin resistencia en Cartago y venciendo á Gelimero en Tricameron, el cual tuvo que presentarse humilde ante Belisario. En seguida el afortunado general marchó á Italia y comenzo la conquista de este pais, que no pudo completar, porque habiendo acometido Cosroes I los dominios del imperio, le fué confiada esta empresa, en la que el caudillo de Justiniano obligó al persa á pedirle la paz. Belisario se cubrió de gloria rechazando á los búlgaros conducidos por el sanguinario Zaber-Kan, hasta las cercanias de Constantinopla.

Justiniano pagó los servicios del tan ilustre jefe con la mas negra ingratitud.

Durante estas guerras, las rivalidades de los visigodos devolvieron al imperio casi toda la parte oriental de España.

Pero ni á estas victorias, ni á la conquista de Italia, arrebatada á los ostrogodos por el eunuco Narses, debe Justiniano su fama imperecedera.

Comprendida por el emperador la necesidad de recopilar las leyes Romanas, encargó esta comision al cuestor Treboniano, que, en union de los mas célebres jurisconsultos, reunió en un solo cuerpo las leyes contenidas en los có-

digos Gregoriano, Hermogeniano y Teodosiano. Tal fué el origen del llamado *Codex repetitæ prelectionis*; á cuyos trabajos siguió una compilacion de las sentencias de los mas célebres juriseconsultos de la Roma imperial, que se tituló *Digestum, sive Pandectæ*. Estos trabajos legislativos terminaron con las *Institutiones* y las *Novelæ constitutiones*.

Muerto Justiniano, entró á sucederle (565) Justino II, en cuyo tiempo, abandonada la Italia, cayó en poder de los lombardos. Tiberio II se hizo amar de sus súbditos durante su breve reinado de cuatro años. Sucedió á Tiberio, Mauricio (582), que obtuvo de Cosroes II una paz beneficiosa, interviniendo, como mediador, en la guerra civil de los Sasanidas.

Habiendo los ávaros, unidos á los gepidos y á los eslavos, invadido el imperio, apesar de las derrotas que les hizo sufrir Mauricio, repuestos aquellos por la indisciplina de los soldados imperiales, volvieron á acometerle. El jefe de los ávaros ofreció entregar doce mil prisioneros que tenia en su poder, mediante cierto rescate, y habiéndose negado á ello el emperador, les dió cruelísima muerte. Este suceso produjo tanta indignacion contra Mauricio, que las tropas se sublevaron aclamando á Focas, Exarca de los Centuriones (602) y el emperador fué muerto con toda su familia. El reinado del toseo y grosero Focas fué mas innoble que calamitoso; apesar de las epidemias, escaseces y extraordinarios hielos que lo afligieron, y acabó (610) por la rebelion de los Verdes y de Heraclio, hijo del Exarca de Africa.

Cuando Heraclio ascendió al imperio, muchas de las provincias del Norte hallábanse invadidas por el feroz Cosroes II, que auxiliado por el odio sempiterno de los Judios trataba de exterminar el nombre cristiano.

Así, en el asalto de Jerusalem perecieron noventa mil de sus habitantes, fueron abrasados los templos levantados para conmemorar los lugares consagrados por la Redencion y robado el sagrado madero de la Cruz, que el persa se llevó á sus estados, con un botin inmenso.

Débil al principio el emperador, excitado al cabo por el Patriarca y el clero, mostró grande energía y puso en pié de guerra un ejército respetable, que fué socorrido con los vasos preciosos y alhajas de los templos, convertidos en moneda, por donacion de aquellos.

Heraclio libró al Asia Menor y á la Siria y persiguió al vencido Cosroes en sus mismos estados, donde este fué asesinado por sus súbditos. Concertado Heraclio con Siroes, hijo de Cosroes, regresó á Constantinopla llevando en triunfo la sagrada Cruz que habia rescatado.

Despues de estas insignes victorias recayó el emperador en su habitual indolencia, en tanto que los árabes se apoderaban de la Persia, hundiendo la dinastia de los Sasanidas é invadiendo el imperio griego, al que arrebataron el Egipto, la Siria y la Palestina (638).

Sucedieron á Heraclio siete emperadores que mancillaron el trono, mas que con su sangre, con sus crímenes.

Envenenado aquel por su suegra Martina, hizo esta coronar á su hijo Heraclonas (641) que fué mutilado y cortada la lengua á su madre (641); Constante II murió asesinado en Siracusa; Constantino II, Pogonato, hizo arrancar los ojos á sus hermanos y dejó el imperio á su hijo Justiniano II que mandó degollar los habitantes de Constantinopla y fué mutilado por el usurpador Leoncio. A Justiniano II sucede Filépico Bardanes que cae destronado por su secretario Artemio, el cual impera, con el nombre de Anastasio II y se refugia entre los búlgaros forzado

por una insurreccion de la escuadra que aclama á Teodosio III, el cual abdica (717), entrando por tal manera á ocupar trono tan envilecido, Leon III, tronco de la dinastia Isauriana.

LECCION LIV.

Los Ostrogodos y los Lombardos en Italia.

Efímero fué el poder fundado en Italia por Odoacro y sus hérulos sobre las ruinas del imperio romano.

Los ostrogodos, obligados á seguir á Atila en sus expediciones, no recobraron su independencia hasta la muerte del jefe de los hunos, que se establecieron en la Mesia y la Panonia.

Teodorico, su rey, obtenido del Emperador de Oriente, Zenon, el permiso de conquistar la Italia, seguido de las gentes de raza gótica, atravesó los Alpes Julianos, venció á Odoacro, primero en las orillas del Isonzo, y luego en los campos de Verona, lo sitió en la inexpugnable Rávena, y lo hizo matar con los suyos, á pesar del concierto en virtud del cual se habia apoderado de la ciudad, al amparo de cuyos muros habia resistido Odoacro los esfuerzos del godo por espacio de tres años.

Venturosas empresas militares pusieron bajo la autori-

dad de Teodorico los países situados desde el Danubio á la isla de Sicilia, y desde la Macedonia al estrecho de Gibraltar, afianzando en España la autoridad de su nieto Amalarico, al mismo tiempo que fortificaba su poder uniéndose por medio de enlaces matrimoniales á las familias de los principales reyes y jefes bárbaros.

El gobierno de Teodorico fué mas humano y justo de lo que podia esperarse de un jefe godo, apoderado de tan extensos países por derecho de conquista. Al efecto, no vacilando en elegir sus ministros entre los mismos vencidos, nombró á Liberio prefecto del pretorio, apesar de ser uno de los mas fieles partidarios del vencido Odoacro, y fueron sus amigos y consejeros el erudito Simaco, el insigne Casiodoro y el escritor Boecio. El célebre *Edicto de Teodorico* muestra los deseos de este príncipe por armonizar las costumbres de sus súbditos, bárbaros ó romanos, *salvo el respeto al derecho público de cada uno.*

Questiones en materias de religion, en que se habia mostrado tan tolerante, apesar de su arrianismo, sembraron su alma de dudas y de desconfianzas y le llevaron hasta la tirania.

Boecio fué condenado á muerte que sufrió en medio de tormentos horribles.

Un crimen es por lo comun generador de otro crimen: Simaco fué igualmente muerto, pero los remordimientos se apoderaron tan violentamente del corazón del monarca godo, que, viendo en todas partes la imagen de su ministro, murió al cabo de tres dias en su palacio de Rávena.

Á Teodorico sucedió su nieto Atalarico bajo la tutela de su madre Amalásunta, que, empeñada en favorecer á los romanos, escitó de tal manera contra sí la mala voluntad de los godos, que la despojaron del trono, el cual dieron á Atalarico.

Muerto este á los nueve años y no tolerando las costumbres godas el reinado de una mujer, por consejo de Amalásunta, fué nombrado Teodato que pagó á su bienhechora haciéndola morir en el lago de Bolsena, concitándose con tan negra ingratitud el desprecio de godos y romanos.

El emperador de Oriente, Justiniano, aprovechó tan hermosa ocasion de recobrar la Italia presentándose como vengador de Amalásunta, á cuyo efecto envió contra los godos á Belisario, ilustre vencedor de los vándalos. El cobarde Teodato fué depuesto por los suyos que eligieron á Vitiges, el cual fué hecho prisionero en Rávena y conducido á Constantinopla.

Á Vitiges sucedió Totila que restableció la fortuna de los godos, hasta que fué confiada la direccion de la guerra al eunuco Narses que dió muerte al valiente Totila en la batalla de Nocera (552), con la que acabó la dominacion de los ostrogodos.

Narses gobernó la Italia con el título de exarca por espacio de quince años.

Justino substituyó á Narses con Longino, por lo que y por los menosprecios y los ultrajes de la emperatriz Sofia, irritado el eunuco, incitó á los lombardos á la conquista de la Italia, que la invadieron y fundaron la Lombardía, empeñándose en largas y empeñadas guerras que continuaron sus sucesores, hasta que Astolfo, apoderándose de Rávena dió fin al Exarcado y á la Pentápolis.

Queriendo Astolfo apoderarse de Roma, los papas impetraron el auxilio de los francos.

Al efecto pasó á Italia Pipino (754) y obligó al lombardo á ceder al papa Estéban II, no solo el ducado de Roma, sino el antiguo Exarcado y la Pentápolis.

Algunos años despues, impetrando el papa Adriano

el auxilio de Carlomagno contra Desiderio, el rey franco pasó á Italia, destronó á este y dió fin al reino de los lombardos (774), cuyos estados pasaron á los Carlovingios, con escepcion de parte de la Toscana y el ducado de Perusa que engrandecieron los estados de la Iglesia, como diremos mas adelante.

LECCION LV.

Los Francos, desde su establecimiento en las orillas del Rin, hasta el fin de la dinastia Merovingia.

Dando tregua á sus eternas rivalidades y guerras, las tribus germánicas, ante la prepotencia romana, formaron, al otro lado del Rin, cuatro confederaciones; la de los francos, la de los alanos, la de los turingios y la de los sajones.

Otros muchos pueblos francos estaban establecidos, al comenzar el siglo V, en la márgen izquierda del Rin, en las cercanias del Escalda y del Meusa, á los cuales distinguieron los romanos con el nombre de francos ripuarios, los cuales pelearon al lado de los romanos contra vándalos, suevos y alanos, que invadieron las Galias, despues de haber sido vencidos en Italia.

En la márgen opuesta del Rin vivian los francos cabelludos que aprovechándose de la debilidad del imperio, atravesaron las fronteras romanas y asolaron el Bravante: Faramundo, gefe de los francos cabelludos, es tenido como el fundador de la monarquia franca. Otro de estos caudillos, Clodion, invadiendo igual-

mente el imperio, arrebató Cambrai y Amiens á los romanos y estendió sus conquistas hasta el Soma, á la vez que los bagaudas, con el nombre de liga Armorica, se insurreccionaban en la Galia occidental.

En tan críticas circunstancias, Aecio, general de Valentiniano III, salvó el imperio venciendo á los bagaudas, recobrando á Amiens y forzando á Clodion á retirarse á Cambrai (447). Preparábase el romano para atacar á Meroveo, sucesor de Clodion, cuando apareciendo el ferocísimo Atila, obligó á que se unieran francos, visigodos y romanos contra el comun peligro.

Muerto Meroveo en los campos Cataláunicos, le sucedió su hijo Childerico (456), en cuyo tiempo los francos se apoderaron de Paris.

Á Childerico sucedió Clodoveo, que derrotando á Siagrius en Soissons, dió fin á la dominacion de los romanos en la Galia. Dirigiéndose en seguida contra los alemanes, en socorro de los francos ripuarios, prometió á su esposa Clotilde, hija del rey de los borgoñones, hacerse cristiano, si, como esta le prometia, su Dios le daba la victoria.

Vencidos los alemanes en Tolbiac, fiel á su palabra, Clodoveo recibió las sagradas aguas del bautismo de manos de S. Remigio obispo de Reims (496)

En su nueva calidad de príncipe católico, atacó y venció Clodoveo á los visigodos arrianos, en Vouglé, con muerte de su rey Alarico II.

Muerto Clodoveo en Paris, se dividieron sus estados entre sus cuatro hijos, los cuales, apesar de sus disensiones, conquistaron la Borgoña, conquista que su padre habia preparado haciendo á sus reyes tributarios.

Los hijos y descendientes de Clodoveo se despedazaron en guerras fratricidas, luchando el elemento más y menos

bárbaro, representados por la Austrasia y la Neustria y por sus respectivas reinas las feroces Fredegunda y Brunequilda.

Al cabo, estas impías guerras terminaron en la batalla de Testry, y el vencedor Pipino de Heristal, mayordomo mayor de palacio en la Austrasia (687) hizo reconocer al vencido Thierry III, rey de Neustria, como rey de Austrasia.

La autoridad de los mayordomos de palacio, al principio meros secretarios del rey, fué creciendo hasta convertirse los que la ejercian en verdaderos jefes del Estado.

Generadoras de este hecho fueron las guerras entre la Austrasia y la Neustria, las feroces rivalidades entre Fredegunda y Brunequilda y la debilidad de los últimos reyes francos, que engrandecieron el poder de la aristocracia militar, en los dias del mayordomo de Austrasia y opulento conde de las Ardenas, Pipino de Heristal, sucesor de Pipino de Landen, á quien heredó su hijo bastardo Carlos Martel, vencedor de los sajones y que derrotando en la batalla de Tours (752) al ejército árabe de Abderraman, libró á la Europa de caer bajo el yugo de los árabes.

Carlos Martel, al morir, dispuso de la gobernacion de los estados francos dejando á Carloman al frente de la Austrasia y á Pipino el Breve de Neustria.

De esta manera ocuparon los estados francos algunos príncipes degradados, conocidos en la historia con el nombre de *reyes holgazanes*, hasta Childerico III, último de la dinastia merovingia, en cuya época, Pipino, consultó al papa Zacarias que debería hacerse con semejantes reyes despreciados y sin autoridad, el cual contestó que *valia más que el que fuera rey de hecho lo fuera tambien de derecho*.

En su consecuencia, convocada en Soissons la asam-

blea de los obispos y de los nobles, fué depuesto el idiota Childerico y proclamado Pipino (752), cuya eleccion confirmó el papa Estéban II que consagró personalmente al fundador de la dinastia Carlovingia.

LECCION LVI.

España, desde la invasion de los bárbaros, hasta Leovigildo.

España, dominada por los romanos, sufrió idéntica suerte que los demás países del imperio, sujetos á la señora del mundo antiguo, dependiendo su destino, mas que de los emperadores, del carácter de los representantes de su autoridad, atentos, por punto general, tan solo á su personal medro y que contaban con la impunidad, ejerciendo el poder á tan larga distancia de la metrópoli.

Al comenzar el siglo V, vióse convertida nuestra península en teatro de cruentas guerras y de desgracias sin límite.

En el año 409 invadieron á España innumerables hordas de ferocísimos bárbaros, en lucha incesante entre sí mismos y con los naturales, que produjeron hambres, muertes y asoladoras pestes.

Primero, los francos, devastaron el país estableciéndose en la Mauritania; luego los suevos regidos por Hermerico, los vándalos de Gunderico y los alanos con sus ferocísimos caudillos.

Al fin, estas gentes se detuvieron, quedándose los suevos en Castilla y Galicia; en Andalucía los vándalos, y los alanos en Portugal; amen de los romanos que conservaban el resto de la península. Mas adelante los suevos lanzaron á los vándalos al África.

En 414, Ataulfo, unido á Placidia, hermana del emperador Honorio, vino á España y en breve tiempo se apoderó de las comarcas catalanas y aragonesas y estableció su córte en Barcelona; pero, afecto por propia inclinacion y por consejo de su muger, á la cultura romana, escitó Ataulfo los celos de los suyos que lo asesinaron, colocandó en su lugar á Sigerico, que pasó rápidamente por el trono sufriendo la misma suerte que su predecesor.

Walia celebró un tratado con Honorio en consecuencia del cual le restituyó á Placidia, y en cambio, el emperador, lo reconoció como rey de los godos. Este príncipe, vencidos los estados germánicos que habian surgido en España, y convertida Tolosa en capital de los visigodos, despues de pelear con los vándalos de la Bética, murió, dejando el trono á su pariente Teodoro ó Teodorico (419). Este se empeñó en prolongadas guerras con los generales romanos Aecio y Litorio, venciendo al último ante los muros de Tolosa y haciéndolo prisionero; victoria que estendió sus dominios hasta las orillas del Ródano.

Teodorico encontró heroica muerte en los campos Cataláunicos, unido á Meroveo y á Aecio contra Atila (451).

Á Teodoro sucedió su hijo Turismundo á quien asesinó su hermano Teodorico, que, estendiendo sus conquistas hasta las Columnas de Hércules y las márgenes del Loira y del Ródano, venció á los suevos en la batalla de Urbico y murió como habia subido al trono, asesinado por su hermano Eurico.

Este monarca, legislador de los godos, estendió sus dominios á costa de los suevos, que se habian rehecho nuevamente y de los romanos á quienes despojó de las ciudades que aun conservaban en la Tarraconense y fijó alternativamente su córte, en Toledo, y Arlés, donde murió (474).

Muy jóven era Alarico II cuando sucedió á su padre Eurico, amenazado por la enérgica ambicion de Clodoveo rey de los francos y la natural inquietud de los ibero-romanos católicos, que, malcontentos, sufrían la intolerante dominacion de los altaneros visigodos arrianos. Alarico, para robustecer su poder, se alió con Teodorico, rey de los ostrogodos de Italia, con cuya hija se casó. Al cabo encendióse cruda guerra entre los francos católicos y los godos arrianos que terminó con una terrible batalla cerca de Poitiers (507), en la que, vencido Alarico, murió á manos del mismo Clodoveo, que recobró las más importantes ciudades de la Galia meridional, con lo cual la residencia de los monarcas godos se trasladó á España. Débese á Alarico el código de leyes redactado por Goyarico, conocido con el nombre de *Breviario de Aniano*, por haberlo refrendado este ministro.

Despojado del trono Amalarico por Gesaleico su hermano bastardo, fué en él restablecido por su abuelo Teodorico que encargó á Teudis del gobierno Amalarico, para asegurar la paz de sus estados, se casó con Clotilde, hija de Clodoveo, con lo que, en vez de apaciguar, encendió más y más las causas de los disturbios entre visigodos y francos, pues, no entendiéndose por cuestiones religiosas y por diferencias de carácter, el nuevo matrimonio, Childeberto, rey de París y hermano de Clotilde, invadió la España y Amalarico fué vencido y muerto (531) cerca de Barcelona.

Con este príncipe acabó la dinastía de los Amalos y el trono de los godos se hizo electivo.

El ostrogodo Teudis, ayo de Amalarico, sucedió á este en el reino, el cual fijó su córte en Barcelona y sostuvo largas guerras con los francos en ambos lados de los Pirineos. Teudis para distraer á los bizantinos que inquietaban á los ostrogodos de Italia, pasó el Estrecho y atacó á Céuta, sometida al imperio griego; pero fué derrotado en una salida que hicieron los habitantes de la ciudad africana y asesinado á poco en España.

Teudiselo fué muerto, á los diez y ocho meses de reinar, por su libertinaje y violencia; Agila fué destronado por Atanagildo, con auxilio de los griegos, á quienes tuvo que ceder en pago no pocas fortalezas y ciudades marítimas, y dió en matrimonio sus dos hijas Brunequilda y Gosvinda á los reyes francos Sigeberto de Metz y Chilperico de Soissons. Divididos los magnates á su muerte, Liuva I reinó en la Septimania y su hermano Leovigildo en España, el que, por muerte de aquel, volvió á reunir los estados visigóticos.

Leovigildo guerreó con los griegos, á los que despojó de Córdoba, debeló á los cántabros, reformó la disciplina militar, debilitó el poder de los magnates é introdujo grandes economías en los gastos públicos.

Había tenido Leovigildo, de Teodosia, su primera muger, á Hermenegildo y á Recaredo, educados en la fé ortodoxa.

Este gran rey, débil en el hogar doméstico, estuvo dominado por su segunda muger, Gosvinda, arriana endurecida en el error, que se empeñó en hacer apostatar del cristianismo á Ingunda muger de su hijastro Hermenegildo. En vano envió Leovigildo á su hijo á Sevilla, antes con aparato real que de desterrado; Hermenegildo persistió en la fé, rendido el corazón á las súplicas de su esposa

y su entendimiento á las razones de San Leandro. Contrariada así la política unitaria de Leovigildo, Gosvinda supo envenenar el corazón de su esposo contra el hijastro, empeñar al padre y al hijo en una guerra civil, y hacer por último caer la cabeza de Hermenegildo á los golpes del verdugo (586).

Pero aquella sangre fertilizó el árbol de la Fé, que muy pronto brotó con flores de suavísima fragancia.

LECCION LVI.

España desde Recaredo á D. Rodrigo.

(FERNANDEZ.—GUERRA. (D. AGRELLANO) - D. Rodrigo y la Cava).

En los primeros días de Mayo del año 589, Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo y hermano de Hermenegildo, reunió en Toledo á casi todos los obispos de la península y de la Galia gótica para repetir la incomparable escena del Concilio de Nicea. El Constantino de España abjuró solemnemente el arrianismo, cuyo ejemplo siguieron los obispos, presbíteros y diáconos de esta profesion, y multitud de individuos de la nobleza goda.

¡Sublime y tierno espectáculo del vencedor confesándose públicamente vencido!

Liuva II, heredero de su padre Recaredo (601), fue asesinado por el arriano Viterico que obtuvo igual fin que su predecesor y al que sucedió el católico Gundemaro, vencedor de bizantinos y vascos.

Á la muerte de este príncipe, ocupó el trono, por elección (612), el ilustre Sisebuto, que, aprovechando las guerras en que el emperador Heraclio estaba envuelto, en

dos campañas se apoderó de la Edetania, de la Contestania y de casi todos los territorios que conservaban los romanos en las orillas del Mediterráneo. Igualmente afortunado en la guerra de África, conquistó la Mauritania Tingitana, separada del gobierno de la península desde la invasion de los vándalos.

Tras de Sisebuto imperó Recaredo II; muerto este al cabo de tres meses, reinó el licencioso Suintila, debelador de los vascos; luego Sisenando en cuyo tiempo se celebró el cuarto Concilio Toledano, presidido por San Isidoro, arzobispo de Sevilla, y despues Chintila y Tulga.

Bajo Chinlasvinto y su hijo Recesvinto se dictaron importantes reformas legislativas encaminadas á unificar las razas vencedora y vencida, goda é ibero-romana.

Wamba, unánimemente señalado por los próceres y los obispos, entró á reinar (672), no sin que hubiera necesidad de obligarle á ello por medio de la violencia. Este príncipe reunió el XI Concilio de Toledo, luchó con los vascos sublevados, sugetó el alzamiento de la Galia Gótica, venció á los sarracenos, que por entonces aparecieron en las costas de España, reformó la legislación, y engrandeció á Toledo con magníficos edificios y grandes fortalezas.

Ervigio, nieto de San Hermenegildo, hizo cortar la cabellera á Wamba, con lo que lo inhabilitó para reinar, con arreglo á las costumbres germánicas y ocupó el trono. Este monarca convocó los Concilios XII y XIII y fué sustituido en el poder por Egica (688), reformador, como su predecesor, de la legislación en el XIV Concilio; reformas que dieron origen al célebre código conocido con los nombres de *Libro de los Godos*, *Libro de los Jueces*, *Código de las Leyes*, y, desde el siglo XIII, con el de *Fuero Juzgo*. En tiempo de Egica se celebraron los Concilios XIV, XV, XVI y XVII de Toledo.

El cruel y licencioso Witiza, hijo de Egica, ocupó el trono á la muerte de su padre, con el cual lo habia antes compartido. Pravo y lascivo este príncipe, fué causa de la ruina y perdicion de España, que, inerme entonces y degradada por semejante rey, fué invadida por los sarracenos. El Senado condenó al miserable monarca, y no queriendo que ni sus indignos hijos ni sus míseros hermanos dirgiesen el timon del Estado, negó el trono á Olmundo, Rómulo y Ardobasto sus hijos y á D. Oppas y Sisberto sus hermanos, y reuniéndose con la brevedad que tan gran peligro exigia, en primero de Enero del año 711, eligieron á D. Rodrigo, hijo de Teodofredo y nieto de Recesvinto.

Despues de varios sucesos, vuela el nuevo rey á detener la terrible invasion de los sarracenos, que, acaudillados por Muza, despues de asolar la Tingitania y de desbaratar á Rechila, duque de la provincia, se habian apoderado de Tánger en el año 711, sitiaban á Céuta, defendida por el conde Julian. Resiste Céuta, pero Julian echa sus cuentas y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando á los árabes, con provechosas condiciones para él, su familia y amigos, é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los secretarios de Mahoma. Pónelo así por obra. Taric, lugarteniente de Muza, exige del conde, para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, y hácia el otoño de 709 atraviesa Julian el Estrecho, lleva la desolacion y la muerte á las comarcas de Algeciras, y repasa luego el mar con muy rica presa y gran número de cautivos. Asimismo Taric y Muza, envian, en Julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedicion, confiada á Tarif Abu Zara, que vuelve á Céuta con opimos despojos.

Entretanto, ocupado D. Rodrigo en hacer la guerra á

los jamás domados vascones, y noticioso de la invasion sarracénica, envia contra ella á su sobriuo Sanchio, que muere en la demanda; y el rey tiene que abandonar la guerra del Norte, para acudir á la mas temible del Mediodia. Comete la imprudencia de confiar varios cuerpos del ejército á los pérfidos hijos y hermanos de Witiza; los cuales se pasan á la hueste del invasor, en el decisivo trance de la batalla. Duró esta ocho sangrientos soles, en las cercanias del Guadalete, desde el Domingo 19 al 26 de Julio de 711.

Es pues de todo punto falso el cuento de Florinda ó la Cava, invencion de novelescos autores árabes, extraño á nuestros serios y formales cronistas, y comenzado á acojer en el siglo XII, por escritores faltos de reflexion y amigos de novedades.

De seis á siete meses habia durado el reinado del infeliz D. Rodrigo.

Ahora bien; ¿cual fué la causa de la decadencia y ruina del poder de los visigodos en España?

Ciertos escritores, por su mayor parte extranjeros, envidiosos y malévolos, encuentran ya el origen de este hecho en la conversion de Recaredo, y pintan á los príncipes godos dominados y enervados por los obispos, y á España victima de la *Teocracia*; olvidando que cuando un pueblo invade á otro mas numeroso, si aquel se conserva en orgulloso aislamiento, desaparece al cabo en la impotencia; que la victoria es, pasado mas ó menos tiempo, para la raza mas civilizada, y por último, que la religion simbolizaba entonces la unidad nacional y la independencia de la raza oprimida.

La causa de la decadencia de la monarquia visigoda en España, no puede encontrarse pues en la llamada *Teocracia Episcopal*.

Asolada nuestra península por las invasiones de suevos, vándalos y alanos que pasaron sobre ella como devastador torrente de lava, dominaron al cabo los visigodos. Parecía que estos conquistadores, teniendo en cuenta su escaso número, tratarían de asimilarse á la raza indígena; pero, lejos de ello, los ibero-romanos fueron inhumanamente despojados de las dos terceras partes de los pocos bienes raíces que les quedaban, y hechos siervos de la tierra, á merced de sus orgullosos señores. Los pueblos, sometidos á toda clase de gabelas y tributos, se conocían en el reino de Leon con el nombre de *populi romanorum*; distinta era en gran parte la religion de vencedores y vencidos aun despues de la conversion de Recaredo; vedáronse los matrimonios entre españoles y visigodos, y el mismo *Breviario de Aniano* viene á demostrar la sancion oficial del aislamiento de la gente goda.

Felizmente los sucesores de Recaredo comprendieron al fin que no habia salvacion sino acudiendo á los obispos como mas ilustrados y de mejores costumbres y buscando la unidad en la religion. Pero, ¿es culpa de la Iglesia el tenaz aislamiento de la raza dominadora, y que, al civilizarse, perdiera esta su entereza y su empuje guerrero?

La supremacia de los obispos, lejos, en fin, de ser una usurpacion, lejos de ser inexplicable fenómeno, téngase en este sentido por un hecho constante y repetido en la historia. En el primer momento logró la victoria el mas fuerte; pero luego, como siempre acontece, quedó vencido el menos ilustrado.

Obsérvese con atencion, que la Iglesia, trató sin descanso de arrancar el gérmen de destruccion que debilitaba la monarquia, el fiero aislamiento de los godos. Asi prepara y consigue el decreto de union de las dos razas, haciendo que autorice el hijo de Leovigildo los matrimonios entre romanos y godos; pero la ley no es obser-

vada, y, aun en documentos posteriores á la invasion árabe, todavia se encuentra la distincion de *Gothus et Romanus*, que hallamos en una ley de Wamba. Inútiles fueron pues los esfuerzos de los obispos: lograron estos que desapareciera la diferencia legal de las personas, pero las huellas de la diversidad de origen no se borraron de la memoria de todos, ni aun en los tiempos de calamidad y de comun y espantosa ruina. Para evitar los tumultos, tan frecuentes en las sucesiones reales, llévase la eleccion de los príncipes á los Concilios, pero las vazantes se cubren por medio del puñal y los reyes escalan generalmente el trono, apoyándose en la sedicion y en la fuerza. Publícase el *Forum Judicum* y no es obedecido, pudiendo asegurarse, que allí donde la ley lucha con los germanos usos y costumbres, es un texto muerto y sin eficacia alguna. Asi se conservan, contra el Libro de los Jueces, el *placitum germanicum*, los juicios de Dios, el juramento compurgatorio, la reserva de castigar personalmente las injurias, las guerras privadas, las compensaciones pecuniarias en los delitos, el derecho de poder despedirse del rey ó del señor el vasallo ó el magnate que se consideraba ofendido.

Lejos, pues, de encontrar la causa de la decadencia de la monarquia visigoda en lo que algunos apellidan la *influencia teocrática*, contemplaremos á los descendientes de Recaredo, amparándose de la Iglesia, en medio del tumulto de los tiempos, como único centro de verdadera cultura en el desorden de aquella sociedad; y á la Iglesia asentando en cambio la nocion del respeto al principio de autoridad, con la nocion de la unidad de Dios, de la fé del católico, de la doctrina una é inmutable, de la gerarquía eclesiástica, de la obediencia á las órdenes superiores, igual para todos, del respeto al César; cambiándose asi la rudeza primitiva del germanismo y la licencia romana por

las costumbres propias del catolicismo. Así vemos en los Concilios adunados el sacerdocio y el imperio tratar de todas las materias, para de esta manera dirigir el primero con libertad las conciencias, y para reprimir el segundo los actos exteriores con la sancion de la religion.

Pero ¿es imputable á los obispos, de raza española casi todos, ese tenáz apego de los visigodos á sus antiguas costumbres, que no pudieron vencer á pesar de los esfuerzos de la Iglesia unidos con los de los príncipes, esfuerzos que se consignaron en el *Forum Judicum*, pero que no lograron la conveniente sancion en las costumbres?

¿Era acaso culpa del clero y de los Concilios la dolorosa memoria que habia quedado entre los antiguos habitantes de España, de las devastaciones de los bárbaros al poner el pié en la península, de que los invasores quisieran hacerse propietarios y despojasen á los dueños, segun ya hemos referido, imponiéndoles además el tributo de la vigésima, las cargas personales, la necesidad de acudir á la hueste, y en una palabra, las obligaciones todas? ¿Que á estos males se agregara la conservacion de la Curia, con casi todos los caracteres de su antigua odiosidad, pesando sobre los romanos, es decir, sobre los vencidos, y qué los visigodos se apartaran tenazmente de los *Ibero-romanos*?

¿Debe imputarse acaso á los obispos que los vencedores, cediendo necesariamente al blando influjo de un clima mas meridional, se civilizaran, que adquirieran nuevos hábitos, mas suaves costumbres, perdiendo su antiguo valor, su rudeza bárbara, hasta el punto de que Wamba se viera en la necesidad de dictar severos preceptos contra los nobles godos que rehuian el servicio militar y que cultivaran felizmente la poesia Sisebuto, Chintila y Chindasvinto?

¿Es acaso crimen de la teocracia que bajo la férrea mano de una sociedad intransigente y altiva, viviera otra sociedad mas numerosa, vejada por los tributos y el menosprecio, y que á cada momento protestara con las armas en la mano? ¿Promovió la teocracia episcopal la guerra de los bagaudas, que desde Tarragona recorrió las márgenes del Ebro, propagándose en Aragon, en Navarra y en Castilla; el alzamiento de los navarros en tiempo de Recaredo; el de los vascones y cántabros, y la guerra en las sierras de Alcaráz y de Cazorla contra Leovigildo; las luchas del suevo Miron con los riojanos, las de los montañeses del Norte en tiempo de Sisenando, las de los vascongados bajo Suintila?

¡La teocracia episcopal!

Preciso es no olvidar para ser justos, que entre Recaredo y la ruina de la monarquia visigoda, medió un siglo de granleza y de bien estar envidiable, dadas las condiciones del pueblo que acaudilló Ataúlfo y que anteriormente hemos expuesto. Alguna vez ha de buscarse el origen de las calamidades públicas en los gobernados, no siempre en los gobiernos.

Fuera de que el cáncer donde verdaderamente estaba era en que no se habia podido consolidar la unidad española con la refundicion de las razas y de todas las diversas tribus que poblaban la península, de modo que formasen una sola familia unida por los vínculos de la sangre, de la religion, de los intereses, de una misma y sola lengua, de unas mismas ó parecidas costumbres; cántabros, astures y vascones conservaban en el siglo VIII la mismo indómita fiereza y caracter independiente é individual que en los dias de Augusto; y á todos los españoles era indiferente, en el duro trance de tener un amo déspota, que este fuese romano, godo, ó árabe.

Recuérdese que, cuando el Oriente invade á España, pisando los hijos de Agar las playas andaluzas, el godo príncipe Don Rodrigo se hallaba en aquel punto debelando á los vascones, y, que sin vencerlos, se vió forzado á marchar á la Bética en busca de los nuevos enemigos.

Por eso, para jamás levantarse, la monarquía visigoda, cayó herida de un solo mortal golpe en las márgenes del río Chriso, en el Campo Asidonense.

LECCION LVII.

La Britania, desde su abandono por los romanos hasta Alfredo el Grande.

Acometido el imperio romano por los bárbaros, vióse forzado á llamar las legiones que ocupaban los países distantes ó no limitados por fronteras naturales. Entre los territorios abandonados por los imperiales se contó la Britania, ocasión que aprovecharon los pictos y los escotos para abandonar las rocas inaccesibles, tras de las cuales habían conservado su independencia, para invadir las feraces llanuras.

Los britanos pidieron auxilio á Aecio, general romano que mandaba en las Galias, y habiéndoselo negado este, restableciendo el gobierno de los elanes, lucharon con los invasores.

Vortigerno, príncipe de Cornwall, trató de unir las voluntades de los jefes de las tribus para resistir á los invasores; pero, en la imposibilidad de lograrlo, acudió á los extranjeros para que protegieran el país.

Por aquel tiempo habian desembarcado en las costas británicas tres naves de sajones (Jutos), audaces marinos que procedentes de las costas del Holstein, se habian establecido desde el Eider á la desembocadura del Ems, y á ellos acudió Vortigerno demandándoles auxilio y ofreciéndoles como recompensa la isla de Thanet.

Los atrevidos piratas, convocando á los suyos, acudieron con diez y siete naves y mil quinientos hombres.

Como siempre acontece, los auxiliares convirtiéronse al cabo en amos, y, recibiendo refuerzos, trataron de hacer suyo el pais que habian sido llamados á defender.

Puesto Vortimero al frente de los desesperados naturales, atacó á los sajones matando á Horsa y obligando á Engisto á reembarcarse; pero, al poco tiempo, regresó este á la isla con grandes fuerzas, ante las que sucumbieron los britanos. El caudillo germánico asoló gran parte de la isla, y, fortificándose en el pais de los cancios, fundó el reino de Kent.

Facilitado el camino, la inagotable Germania no cesó de arrojar sus tribus, unas tras otras, sobre la desventurada Britania, y, como Engisto estableció el reino de Kent, otros caudillos sajones fundaron los de Sussex, Westsex y de Essex.

Los britanos, acosados por todas partes, unos se enriscaron en las montañas de Gales y de Cornuaille, y otros se establecieron en la Armórica, adonde llevaron su nombre (Bretaña), sus costumbres, su religion, y su idioma.

La fortuna de los sajones tentó á otros pueblos, los anglos, que vivian en las costas de la Holanda y el Holstein, los cuales invadieron tambien la Britania fundando los reinos de Northumberland, Estanglia y Mercia, que, con los cuatro de los primeros invasores, formaron la Heptarquía anglo-sajona.

El sanguinario culto de Odino que los conquistadores

importaron de la Germania, mantuvo entre ellos, hasta fines del siglo sexto, cosumbres feroces y desordenadas; pero habiéndose casado el rey de Kent (597) con Berta, hija de Cariberto, rey de París, impuso este, como condicion del matrimonio, que aquella no habia de ser inquietada en el libre ejercicio de su culto. Berta pues, fué á Kent acompañada de un obispo que dispuso favorablemente los ánimos hácia el cristianismo. Sabido esto por el papa Gregorio el Grande mandó cuarenta misioneros que convirtieron al rey de Kent, con la mayor parte de sus súbditos. La hija de Berta, casada con el rey de Northumberland, logró otro tanto de su marido y de sus vasallos, ejemplo que siguieron el rey de Mercia y el de Westsex.

Inseparable del cristianismo, la civilizacion verdadera entró con estas conversiones en las islas Británicas, que en adelante produjeron insignes varones animados de apostólico celo.

Sin embargo, las instituciones y el espíritu guerrero y feroz de los fundadores de la Heptarquía, habian de producir sus naturales frutos

Entre los diversos estados y caudillos sobrevinieron guerras crueles: los reinos de Estanglia, Essex y Sussex desaparecieron luego: el de Westsex comenzó á dominarlos á todos, en el reinado de Ina, á quien heredó su sobrino Egberto. (800)

Este príncipe, educado en el ejemplo y en la corte de Carlomagno, era simpático á los anglo-sajones, como último vástago de las primeras dinastías; el cual en guerra con los usurpadores sojuzgó todos los estados de la antigua Heptarquía y formó de ellos uno solo.

El reinado de Egberto hubiera sido fecundísimo para la cultura británica sin las invasiones de los piratas daneses.

Estos bárbaros, de idéntico origen que los anglo-sajones, conservando su nativa ferocidad, invadieron el país y derrotaron á Egberto, que se vió envuelto con sus sucesores en una guerra interminable, pues los daneses no cesaban de invadir el país, robándolo, talándolo y regresando al suyo cargados de despojos.

No contentos los invasores con estas pasajeras empresas decidieron (861) establecerse definitivamente en la Britania.

A este fin hicieron cruelísima guerra, apoderándose de casi todo el territorio, y por último, invadieron el país de Westsex y vencieron y dieron muerte á Etehlredo, rey de esta comarca.

En tan desesperadas circunstancias los anglo-sajones, desentendiéndose de los hijos de Etehlredo, pusieron sus ojos en Alfredo, hermano del rey difunto, para que salvara la pátria que sucumbia ante el furor de los piratas.

NOVENA ÉPOCA.

MAHOMA.—DE 622 Á 800.

LECCION LVIII.

Mahoma.—Los Califas. hacia la toma de Bagdad por los Mongoles.

La Arabia és una vasta península limitada al Norte por el Egipto y la Turquía Asiática, al Este por el golfo Pérsico, al Sur por el golfo de Oman y al Oeste por el Mar Rojo y el Egipto.

Esta region estuvo poblada en tiempos remotísimos por los aditas en el centro, los arameos en el Sur, y los amalicos en el Norte. Mas adelante, á estos pueblos uniéronse los jectanidas procedentes de Jectan, hijo de Heber, y los ismaelitas procedentes de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, que al fin ocuparon la mayor parte de la Arabia.

En el siglo VIII antes de Jesucristo dominan los jectanidas, entre cuyos reyes debe mencionarse á Hymiar, tronco de la familia hymiarita que reinó en el Yemen hasta

su conquista por los abisinios (522), los cuales introdujeron el cristianismo en la Arabia Feliz y en parte del Hedjaz, y fueron lanzados mas tarde (597) por los antiguos habitantes del pais con el auxilio de los pérsas.

El Hedjaz, sometido por tribus jectanidas, fué invadido por Senaquerib, asolado por Nabucodonosor, sustituyendo á los jectanidas la tribu de los Coraitas y á esta la de Coreise, de que procedia Mahoma.

Huérfano de padre á los dos meses (569) y de madre á los seis años, dedícase el futuro innovador desde la adolescencia al comercio y entró mas adelante al servicio de la viuda Jadicha, que al cabo lo hizo su esposo. cuando ella contaba cuarenta años de edad y él veinticinco.

Después de quince años de casado comenzó Mahoma su mision diciendo que era enviado de Dios para extirpar la idolatría y restablecer el gobierno patriarcal; formulando la nueva fé en estas sencillas palabras: *No hay más que un solo Dios y Mahoma es su Profeta.*

Sus parientes y amigos fueron sus primeros sectarios; pero encontrando émulos dentro de su propia tribu, se vió obligado á huir á Yatrib, en el Hedjaz, conocida desde entonces con el nombre de Medina (ciudad por excelencia), que como rival de la Meca, acogió favorablemente al fugitivo. La entrada de Mahoma en Yatrib (16 de Julio de 622), señala el principio de la era de los musulmanes (Egira ó fuga).

Medina se convirtió brevemente en foco de un incendio, débil al principio, pero que muy en breve se trocaria en volcan voracísimo que habia de abrasar al universo.

Mahoma atrajo á todos los disidentes de las demás religiones y por espacio de siete años estuvo en guerra con sus parientes los Coreschitas, hasta que al cabo, convir-

tiendo á algunos y venciendo á muchos, entró triunfante en la Meca, donde abolió el culto de los ídolos y se hizo proclamar primer Conductor del pueblo árabe y Soberano Pontífice de la nueva religion.

En guerra con otras tribus que contrariaban sus preceptos, al cabo de diez años de la Egira, dominaba en la Arabia, habia invadido las provincias griegas, y forzado á no pocos reyes á aceptar el islamismo.

El profeta murió en Medina (6 de Junio de 632) á los sesenta y tres años de edad.

Muerto Mahoma vacilaron los suyos en la persona de su sucesor, fijándose por último en Abu Beker padre de Aija, una de las mugeres del profeta.

Á este primer califa se debe la publicacion del Coran.

No sabiendo escribir Mahoma, reunieron sus sectarios sus inspiraciones y sentencias, que coleccionó Abu Beker en capítulos, dando el texto auténtico.

Hállanse mezcladas en el Coran las tradiciones sobre los primitivos pueblos arábigos y los patriarcas hebreos, las visiones de Mahoma sobre los fundamentos de su religion y gobierno, y gran número de preceptos morales.

Los principales dogmas del Coran estan tomados de las religiones cristiana y judáica que Mahoma conoció en los viajes y expediciones que llenaron su juventud, y se hallan distribuidos en dos clases: una concerniente á la fé y otra á la práctica de la vida. Cuéntanse entre ellos la creencia en la unidad de Dios, en los ángeles y en los profetas, de los que Mahoma es el mayor, la inmortalidad del alma, la vida futura, las penas y recompensas y la predestinacion necesaria de las acciones humanas. Preceptúa la oracion que ha de hacerse cinco veces cada dia, las purificaciones, la circuncision, la limosna, los ayunos y la peregrinacion á la Meca.

El Coran es para los musulmanes fundamento y base del derecho civil y político.

Segun él, la poligamia, con ciertas restricciones, es legal, y legítimos los hijos tenidos con las diversas mugeres: puede el homicida redimir su culpa con dinero, si lo consenten los parientes del muerto.

Pero, sobre todos los preceptos, es el mas estrecho el de combatir contra los enemigos del Islam. Al efecto ha de notificarse á todos los pueblos que lo abracen ó se sometan á ser esclavos ó tributarios, equivaliendo la negativa á una declaracion de guerra, en la cual los creyentes deben exterminar á los hombres y reducir las mugeres y los niños á la esclavitud.

Ali, marido de Fátima, hija del profeta y de su primera muger, descontento de la eleccion de Abu Beker como sucesor de Mahoma, se retiró con sus parciales dando origen al cisma que aun tiene divididos á los musulmanes en Sunitas, los de Abu Beker, y en Chitas los de Ali. Los turcos otomanos pertenecen á los primeros y los pérsas á los segundos.

Abu Beker dió la señal de la guerra invadiendo la Siria y la Mesopotámia y haciéndose dueños sus generales de Palmira, de Bosra y de Damasco, donde los griegos habian concentrado sus fuerzas.

Omar (364) se apoderó de la Fenicia, de la Palestina, del Egipto y de la Pérsia y murió asesinado por un esclavo.

A Omar sucedió Othman que acabó de someter el Egipto, mientras que Abdallah derrotaba ante Trípoli al prefecto Gregorio. Moavia, gobernador de Siria, invadió las islas de Ródas y de Chipre y Said la Pérsia, destruyendo el imperio de los Sasanidas, mientras que otros caudillos asolaban el Asia Menor y la Armenia.

Othman murió asesinado (655).

Ali que ocupó el califato, luchó primero con la faccion de Aija, su eterna enemiga, y á seguida contra una insurreccion preparada por Mohavia, de la familia de los Omeyas, pereciendo á poco á manos de un asesino.

Mohavia tomó el titulo de Jefe de los Creyentes que hizo hereditario en su familia; trasladó la sede del imperio á Damasco y envió sus flotas contra Constantinopla que las rechazó por medio *del fuego griego*, y ensanchó sus dominios en Africa.

Muerto Mohavia se vio el imperio musulman devorado por la anarquia durante tres reinados, en los cuales hubo califas de diversas facciones, elegidos á la vez en Siria, en Arabia y en Pérsia, aunque triunfando al cabo los Omeyas (785).

Con Abd-el-Malec que pertenecia á esta familia, comenzó un nuevo periodo de gloria, y de conquistas para el califato

Imperando Gualid I, quinto de los Omeyas, vióse invadida y casi conquistada España.

El imperio de los árabes llegó á ser entonces tan estenso que era imposible su gobierno bajo la autoridad de un solo hombre.

Los sucesores de Gualid, déspotas, indolentes y sanguinarios, se hicieron aborrecibles de sus pueblos; los príncipes descendientes del profeta conspiraron en favor de Abul-Abbas, descendiente de Abbas, tio de Mahoma, y Merwan II, último de los Omeyas de Oriente, fué muerto en una batalla (750) y esterminada su familia.

Abul-Abbas, apellidado el *Sanguinario*, murió al cabo de cuatro años y tuvo por sucesor á su hermano Almanzor, que tratando de mudar la capitalidad del califato, fundó á Bagdad que en tiempo de sus sucesores llegó á ser la ciudad mas rica y culta del mundo.

El reinado de Mahdí tercer Abasida, se hizo notable por las expediciones contra los griegos dirigidas por el jóven Harum-ar-Rachid que mas adelante llegó á ser califa. Este cultísimo príncipe atrajo á su córte con grandes recompensas á los sábios de todos los países y de todas las regiones é hizo verter al árabe los mas afamados libros de la culla Grecia. Sin embargo en su tiempo sufrió el imperio dos grandes desmembraciones en África, la de los Edrisitas en la Mauritania (Fez), y la de los Aglabitas (Cairuan), que por espacio de dos siglos dominaron en el Mediterráneo y se apoderaron de las islas de Córcega, Sicilia y Cerdeña.

Apasionados los califas, sucesores de Harum, por las cuestiones religiosas, el desventurado Al-Mamun sufrió las consecuencias de estas reyertas. Motasen, su sucesor (841) cometió la gravísima falta de admitir para su guardia esclavos turcos de origen tártaro, que al cabo dispusieron del supremo mando.

El débil Rhadí, concedió á uno de sus oficiales turcos el honor de Supremo Emir, reservándose el Pontificado.

La autoridad religiosa de los Abasidas se conservó hasta el año 1258 en que apoderándose los mongoles de Bagdad, acabaron con el califato.

LECCION LIX.

Los árabes en España desde la batalla de Guadalete á la fundacion del califato de Córdoba.

Después de la batalla de Guadalete, Taric, hábil político cuanto experimentado capitán, ordenando á los suyos que se abstuvieran de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados, que solo persiguieran á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en las guerras y obstinada defensa del país; que no robasen ni apiñasen despojos sino en campo de batalla ó entrada por fuerza en las ciudades enemigas, dividió su ejército en tres cuerpos con orden de reunirse en Gienium (Jaen). Mugeit el Rumi, que mandaba uno de ellos se apoderó de Córdoba; Taric, arruinó á la Bastitana Mentesa (La Guardia, Jaen), y venció á Teodomiro; Zaide se encaminó con los suyos á Ilíberis y contando con los habitantes de Garnata, poblacion compuesta de judíos, armó á estos y les confió el mando de Illi-

beris, donde indudablemente vengaron el menosprecio con que anteriormente habian sido tratados. Toledo abrió sus puertas al afortunado Taric, que concedió una capitulacion honrosa.

Muza y AbJalasis estendieron el ancho circulo de la dominacion árabe, y aperebido el último en que los judios y españoles amigos se hallaban oprimidos por Teodomiro y los suyos, se encaminó en busca de este, que noticioso de las intenciones del hijo de Muza, quiso continuar la guerra al abrigo de los montes de Cástulo y de Segura, viniendo tras varios sucesos á capitular paces con él en Auriola (Oribuela), paces que mas adelante confirmó el califa.

Hecho esto, Abdalasis pasó con su huestes á las comarcas de la sierra de Segura y entró en Basti (Baza), en Acci (Guadix), en Gienium, en Ilberis y en Garnata que como ya hemos dicho tenian los judios y se apoderó de Antequera y de Málaga sin hallar resistencia.

Entretanto los desdichados náufragos de Guadalete se acogieron al amparo de los Pirineos, á ese eterno valladar levantado por la Providencia como escudo de la libertad de nuestra pátria, acogiéndose entre los heróicos vaseones, últimas gentes que en España resistieron el poder de Augusto, entre los que, aun en tiempo de D. Rodrigo, sostenian la protesta armada de su independenciam.

Las familias á quienes no habia herido de muerte la caida de los visigodos, á los que fiando en las promesas de los árabes, se quedaron viviendo entre los invasores al amparo de los conciertos y promesas fueron conocidos con el nombre de mozárabes.

Asesinado Abdalasis, Ayub trasladó la residencia de los emires, desde Sevilla, la antigua metrópoli de los Turdetanos, á Córdoba capital de los Túrdulos.

¿Que suerte cupo á los cristianos españoles durante la dominacion de los infleles?

La tolerancia de los árabes en los primeros tiempos de su imperio, que tampoco es un hecho constante, solo fué hija de una política impuesta por la necesidad.

Pero ya, muy al principio de la conquista, Alhorr, durante su breve dominacion, hizo pesar sobre todos la mas violenta tirania; el mismo Ambisa, tan celebrado por los escritores, repartiendo tierras á sus soldados y atrayendo con su generosidad nuevos colonos del África, vulneró el derecho de los cristianos, y solo el nombre de Alhaitan era emblema de terror en nuestro país.

A la vez la discordia estalló en Africa y en España entre los vencedores á las órdenes de Taalaba, de Baleg, de Oeba, de Abdelmelic y de sus hijos, y mas adelante de Samail y Tueba. Abuljatar-ben-Dirar intentó apagar este incendio, logrando solo implantar cierta especie de feudalismo, inseparable siempre de todo país estenso ocupado militarmente y donde la soberania tiene que desmembrarse, estableciéndose cada tribu en distintas comarcas, señalándose por ello más y más la diferencia de orígenes, de familias y de enconos, preparándose una tregua de odios para que se envenaran más, por lo mismo que las causas de las discordias se vigorizaban, mas bien que se extinguian.

Los árabes, perpétuamente extranjeros y conquistadores en España, tenian siempre su pátria como su cuartel general al otro lado de los mares; así es que á cada momento se veian fortificados con nuevas avenidas de africanos á quienes atraia el cebo del pillaje y la codicia de las tierras que se repartian á los que inmigraban.

Abuljatar-ben-Dirar, despues de repartir á sus árabes y sirios las casas y las tierras, tras de haber roto el pacto celebrado con Teodomiro despojando á los naturales, asignó á los suyos por via de alimentos la tercera parte líquida del producto de los bienes que quedaban á los cris-

tianos, dejando á los árabes baledies de la primera gente con lo que tenían en su poder de sus bienes, que no se les privó de nada de ello

¿Cuales habian de ser las consecuencias de tantas guerras, de tan repetidas expoliaciones? La desesperacion de los cristianos, el abandono de los campos y el hambre.

Ya vimos los frutos que ocasionó el desvio de la raza goda para con los ibero-romanos, y la pérdida y la ruina de la monarquía fundada por aquellos en España.

Ahora asistiremos al terrible espectáculo de mayores miserias; pues si los civilizados árabes, menos altivos que visigodos, quisieron atraerse á los vencidos, existia entre ambos pueblos un abismo que ni el uno queria ni el otro podia salvar.

Este abismo era en primer lugar la diferencia de razas; era, sobre todo, la diferencia de religion.

Entre los principales elementos que componian la poblacion de España encontraremos de una parte a los sectores de Mahoma, reforzados á cada momento con nuevos expedicionarios que venian á reclamar de sus hermanos alguna parte en el inmenso botin de nuestra patria fortificando á los vencedores; á los cristianos que con el nombre de muzárabes habiáanse quedado entre sus enemigos; á la raza de los muladies, clase odiada y sin embargo cada vez mayor en número; y de otra á los cristianos que despues del desastre de Guadalete, abandonándolo todo menos su religion y el culto de la patria, avanzaban desde los Pirineos, mas amenazadores cada dia, fortalecidos primeramente por los godos que habian perdido el predominio de su raza en una sola batalla y mas adelante por los muzárabes fronterizos inhumanamente perseguidos por los árabes, sospechosos siempre de espionaje y de traicion.

El alzamiento de los muladies capitaneados por el ilustre Omar-ben-Hafsun y otros ilustres caudillos que por espacio de mas de medio siglo sostuvieron cruelisima guerra; las sediciones en las sierras de Jaen, de Málaga, de Ronda, de Granada y de Almería, las continuas rebeldias de Toledo, de Córdoba y de Zaragoza; las escitaciones y el auxilio de los muzárabes á Don Alfonso I de Aragon en su temeraria empresa á las comarcas granadinas; el glorioso fin de los ilustres mártires de Córdoba, fueron las legítimas consecuencias de esta política de los conquistadores

Entre tanto, desde los dos opuestos límites de la cordillera que corre desde el Mediterráneo al Cantábrico, dos civilizaciones distintas pelean por la independencia cristiana bajo la enseña de la religion. La primera desciende desde Cangas hasta Toledo, poniendo sucesivamente sus piés en Oviedo, Leon y Búrgos, cual peldaños de esta difícil escala: la otra, menos organizada y mas tardia, toma á Pamplona, Jaxa y Huesca y amenaza á Zaragoza, supliendo con su teson y dureza el número y las fuerzas que le faltan.

Mas de veinte emires dependientes del califa de Damasco gobernaron á España hasta la fundacion del califato de Córdoba.

Entre ellos cuéntanse Ayub (715) que regularizó la administracion; Zama, que invadió la Galia y fué muerto bajo los muros de Tolosa y Abderraman vencido en Tours por Carlos Martel.

La revolucion que levantó á los abasidas rompió los vínculos que unian á los emires españoles con los califas.

El emir omeya negose á entregar el mando al abasida que lo sustituia, cuando, en medio de estos desórdenes los árabes españoles pusieron sus ojos en el jóven omeya, Ad-

derraman, que habiendo escapado de la matanza de los suyos, penetró en España (755), donde fué universalmente aclamado.

Abderraman junta un ejército poderoso, encaminase primero á Sevilla y luego á Córdoba, vence al emir Yusuf que sostenia la causa de los abasidas y funda el califato de Córdoba.

LECCION LX.

El Bajo Imperio.—Emperadores Isauricos.

Leon III, tronco de la dinastia Isauriana, que desde humildísimos principios se habia elevado al imperio por su valor temerario en los ejércitos, destruyó las esperanzas que en él se habian fundado, haciendo cruda guerra á las sagradas imágenes.

Al efecto publicó Leon un decreto (726) condenando su culto, el cual escitó la ira general suponiéndolo el vulgo inspirado por mahometanos y judios.

El patriarca Germano protestó contra semejante orden y escribió al papa y á los obispos mientras que el emperador rechazó la protesta con la fuerza y al pueblo con los motines.

Leon mandó derribar una imagen de Jesucristo que estaba colocada en las escaleras del palacio, profanacion á que se opusieron las mugeres con súplicas y lágrimas; pero como estas no bastaran, arrojaron por las escaleras al ejecutor del decreto.

Leon apagó el tumulto con sangre y desterró al patriarca.

Hallábase aneja al palacio una famosa biblioteca cuya direccion tenian Leuménico y otros doce sábios que enseñaban las ciencias sagradas y profanas y cuyo parecer oían los emperadores antes de resolver en los asuntos graves. No logrando persuadirlos Leon para que lo apoyaran, hizo circunvalar de llamas el edificio, quemando los libros y las personas encargadas de su custodia.

Contrariado el pueblo en sus creencias, murmuraba en todas partes y gritaba contra el Iconoclasta (rompe imágenes): la Grecia y las islas Ciclades se sublevaron: los papas Gregorio II y III le escribieron exponiéndole la doctrina de la Iglesia, y por todas partes se levantaron pretendientes al imperio. Leon contestó á todos con suplicios y amenazas.

Este emperador tuvo un hijo llamado Constantino, conocido con el sobrenombre de Coprónimo, al que hizo coronar cuando estaba en la infancia y al que mas adelante casó con una hija del Kacan de los Cázaros que al bautizarse tomó el nombre de Irene.

Apenas murió el emperador (741) ascendió al trono su hijo al cual sucedió Leon IV, ambos persistentes en la heregia, hasta que en tiempo de la emperatriz Irene aquella fué condenada en el sétimo concilio ecuménico.

Tutora y gobernadora la emperatriz Irene, durante la menor edad de su hijo Constantino V. Porfirogénito, conspiró contra él. Habiéndose apoderado del emperador ciertos soldados cuando huía de Constantioplá, fué privado de la vista de tan ruda manera, que murió á los pocos dias. Dos tíos suyos que se refugiaron en Santa Sofia fueron desterrados á Atenas y asesinados luego en un tumulto, acabando con ellos la estirpe de Leon III el Iconoclasta.

Carlomagno envió á Irene una embajada anunciándole su coronacion como emperador de Occidente (800) y pro-

poniéndole unir ambos imperios dándole su mano. Agradó á la emperatriz la propuesta, pero corriendo la noticia de que el imperio de Oriente iba á quedar sugeto al de Occidente, perdiendo Bizancio su capitalidad, alterados los ánimos del vulgo, el palacio fué atacado y presa la emperatriz.

Los revoltosos triunfantes condujeron al patricio Nicéforo á Santa Sofia, donde le fué ceñida la corona (802) en medio de los aplausos de los nobles y las imprecaciones de la muchedumbre contra la emperatriz dstronada.

Nicéforo se mostró cortés y respetuoso con Irene hasta que descubrió el paraje en que estaban depositados sus tesoros; entonces, violando la solemne promesa que le habia hecho, la envió desterrada á un monasterio y de aqui á la isla de Lésbos donde Irene murió de despecho.

LECCION LXI.

Los francos desde Pipino el Breve hasta Carlomagno.

Sus dos expediciones contra los lombardos que produjeron el engrandecimiento de los francos y del poder temporal de los papas, y las interminables contiendas entre la Austrasia y la Neustria, llenan el memorable reinado de Pipino el Breve, que al morir dejó en paz sus estados á sus dos hijos Carlos y Carloman.

Muerto Carloman á los tres años, la asamblea tenida en las Ardenas confirió la herencia del difunto á Carlos que por tal manera se vió dueño de todos los estados de su padre.

El reinado de Carlomagno, faro de esplendente luz durante la edad media, al cual, como á su foco, concurren múltiples naciones y pueblos para estrecharse y conocerse, antes de formar las grandes nacionalidades modernas, es uno de los mas gloriosos que registra la historia.

Los hechos militares de este gran príncipe, pueden resumirse en sus luchas con los sajones, contra los árabes españoles y contra los lombardos.

En guerra con los sajones penetró Carlomagno en la Westfalia (772), los venció en Osnabruch y destruyó la estatua de Irminsúl su idolo nacional

Insurreccionados otra vez estos pueblos por Witkind, héroe de la Germania idolátrica, que refugiado en los estados del rey de Dinamarca habia atravesado el Elba degollando á los misioneros cristianos y llegado hasta las márgenes del Rin, fueron al fin vencidos en dos memorables batallas que produjeron la sumision del terrible caudillo y su conversion á la fé cristiana. Estas guerras continuaron sin embargo hasta la batalla de Saltz (803) en que se realizó la completa sumision de los sajones.

Las empresas de Carlomagno en España reconocieron por origen: que habiéndosele presentado ciertos emires y caudillos árabes descontentos, pintándole como fácil empresa la conquista de este país, aquel atravesó los Pirineos, dividió su ejército en dos cuerpos y se apoderó de Pamplona aunque sin poder vencer la resistencia de Zaragoza; empresa que tuvo que abandonar, noticioso de la sublevacion de los sajones.

Durante la retirada de los francos y mientras atravesaban las escarpadas gargantas de Roncesvalles, fueron atacados por vascos y navarros que dieron muerte á los mas valientes adalides de Carlomagno, entre ellos á Rolan, héroe de los poemas caballerescos.

Mas adelante, Ludovico Pio á quien su padre Carlomagno habia dado el reino de Aquitania, en seis expediciones completó la *Marca Hispánica* que se estendia por los países comprendidos entre los Pirineos y el Ebro.

Fué causa de las luchas de Carlomagno contra los

lombardos haber repudiado aquel á Hermengarda, hija de Desiderio su rey, con la cual se había casado por instigaciones de su madre Bertrada; afrenta á que contestó Desiderio proclamando los supuestos derechos de los dos huérfanos de Carloman que con su madre Gerberga se habían refugiado en sus estados, y requiriendo al papa Adriano I que los unguiera reyes de los francos.

La negativa del pontífice encolerizó al desleal Desiderio que ocupando diversas ciudades de la Pentápolis y bloqueando á Rávena, se encaminó á Roma.

Adriano impetró el auxilio de Carlomagno, el cual forzando el paso de los Alpes, penetró victorioso en Italia y se apoderó de Desiderio que se había refugiado en Pavia con su familia, á los cuales condujo á Francia, encerrando al rey lombardo en el monasterio de Corbia donde acabó su accidentada vida.

El victorioso Carlomagno, recibido en Roma en medio de universal alegría, confirmó y aumentó las donaciones de Pipino en favor de la Iglesia, cuya acta, suscrita por él mismo, los obispos, abades, duques y condes de su comitiva, fué colocada en el sepulcro de San Pedro, y debajo del Evangelio que era costumbre besar.

Así concluyó el reino de los lombardos en Italia que había durado por espacio de mas de tres siglos, odiado de los vencidos peninsulares.

Muerto Adriano I los ambiciosos promovieron tumultos en Roma y atentaron contra Leon III, su sucesor, en cuyo auxilio marchó Carlomagno que llegó á Italia al comenzar el invierno.

Llegadas las fiestas de Navidad (año de 800, segun el cómputo moderno 799), asistiendo á ellas el héroe Carlomagno, inclinando su frente sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles. el Pontífice se acercó á él y ciñó sus

sienes con una diadema de oro, mientras el pueblo gritaba con voces unánimes: *Vida y victoria á Carlos, grande y pacífico emperador romano, coronado por la voluntad de Dios.*

Con este hecho, cuyos alcances no supieron adivinar los contemporáneos, quedaron definitivamente separadas las civilizaciones antigua y moderna, representada aquella por los emperadores de Constantinopla, y regida esta por el Sumo Pontífice que confería el imperio al rey de los francos.

Carlomagno instituyó los *missi regis*, legados de su autoridad en los países lejanos, generalmente dos por provincia (*missi majores*), que acompañados de otros inferiores (*missi menores*), ejercían la suprema inspeccion de la administracion y administraban justicia; dió mayor solemnidad é importancia á las célebres asambleas francas; mejoró la legislacion con sus inolvidables *Capitulares* y procuró llevar á todas las instituciones el anhelo por el bien, propio de su espíritu recto, inspirado en la sávia del cristianismo.

Anticipacion portentosa, en medio de un siglo de general ignorancia, comprendió cuanto había de contribuir la educacion á desarrollar los gérmenes de la nueva civilizacion que él esparcía; así fué protector de las letras y de las ciencias, por lo que se rodeó de los hombres más sábios y fundó en su propio palacio una escuela, dirigida por el célebre Alcuino, á la que el mismo emperador asistía con toda su familia. Soldado y conquistador amó la paz; Bárbaro, veneró la sabiduría romana y conservó sus restos; erudito, no despreció los idiomas del Norte; religioso, midió y contuvo los derechos del clero sabiendo respetarlos en su justa medida, y conociendo que se estaba operando una revolucion en las costumbres y en las ideas, lejos de ope-

nerse á ella, la encauzó colocándose á su frente y dándole vigoroso impulso, dentro del límite de lo racional y de lo justo.

Carlomagno murió en Aquisgran el día 27 del año 814 á los setenta y dos años de su edad.

LECCION LXII.

La Iglesia cristiana.—Las letras y las artes.

Á la caída del imperio de Occidente perteneció Roma sucesivamente á los herulos, á los ostrogodos, á los exarcas de Rávena y fué cabeza de uno de los ducados en que se dividió la Italia al ser recobrada por los emperadores de Oriente en tiempo de Justiniano.

Las donaciones de los fieles; la voluntaria sumisión de no pocas ciudades; la tiranía de los emperadores de Oriente; la solución de continuidad hija del desorden de los tiempos que existía entre Roma y Constantinopla; la tiranía de los lombardos; las donaciones de Pipino y de Carlomagno que engrandecieron el poder temporal de los papas, son títulos tan legítimos como el mejor que puedan ostentar el más legítimo de los imperios ó los particulares sobre sus reinos y propiedades.

La acción de la Iglesia fué mas libre en el Occidente que en el Oriente donde los emperadores tomaban parte

activa en las contiendas teológicas, imponían su voluntad como artículos de fé y contrariaban el libre ejercicio de los superiores eclesiásticos. Por el contrario, en el Occidente, los obispos, piadosos á la vez que políticos, se hicieron amar y respetar de los bárbaros que lejos de mezclarse en la direccion religiosa y moral de los pueblos, fueron subditos obedientes de la Iglesia.

Al terminar el siglo IV los bárbaros de procedencia germánica con escepcion de los sajones que eran idólatras, profesaban la herejia de Arrio, y el cristianismo habia menguado en Alemania é Inglaterra.

La conversion de Clodoveo comunicó nuevo vigor á la predicacion del cristianismo cuyos misioneros comenzaron á estenderse con ardentísima fé por los países del Norte.

San Remy hizo predicar el Evangelio á los idólatras belgas; San Patricio fundó en Irlanda su Iglesia; no pocos alemanes volvieron al seno de la fé bajo los Merovingios; en España los godos, con Recaredo, abandonaron la herejia de Arrio; ya hemos hablado de la conversion de los anglo-sajones; San Columbano el Aueiano predicó la religion verdadera á los escoceses como San Samson y San Maló á los armoricanos; los paganos de la Helvecia y del Tirol fueron convertidos por San Columbano el Joven, como los de los Países Bajos por San Amando y San Omer; San Wilbrodio evangelizó á los frisios, San Kilian á los franconios y San Emerando y San Roberto á los bábaros. Por último, en el siglo VII, comenzaron los grandes trabajos de San Bonifacio organizador de la Iglesia alemana.

Los monasterios, lugares de asilo en aquellos agitados tiempos, se multiplicaron á maravilla.

Entre ellos alcanzaron gran fama en el Oriente los que fundó San Pacomio en Egipto donde se contaban mas de

cincuenta mil monges que se congregaban para la celebracion de la Pascua: San Casiano dirigia en Marsella (427) á mas de cinco mil: en 529 fundó San Benito un monasterio en el monte Casino y dió á sus monges una regla tan sábia que llegó á ser adoptada por casi todos los religiosos de Occidente. Estas piadosas fundaciones, multiplicadas durante el VII siglo, adquirieron una grande influencia moral, útil á la civilizacion y á la paz de los estados.

Durante estos tiempos sufrieron los cristianos terribles persecuciones de las que solo mencionaremos la de Cosroes II (615), la de los vándalos en África en el siglo V, y las que promovieron los emperadores de Oriente empeñados en sostener las herejias.

Con objeto de combatir la pravedad herética y de establecer reglas de disciplina, reuniéronse los Concilios entre los cuales hallamos cinco Generales y Ecuménicos: 1.º El de Efeso (451) contra Nestorio. 2.º El de Calcenonia (451) contra Nestorio y Entiques. 3.º El de Constantinopla (555) que confirmó las decisiones de los anteriores contra varias herejias. 4.º El segundo de Constantinopla (680) contra los Monotelistas. 5.º El de Nicea (787) contra los Iconoclastas.

El desorden de los tiempos era poco favorable para el cultivo de las letras que no hallaban asilo fuera de los monasterios.

Durante los siglos V y VI contó el Bajo Imperio con algunos buenos poetas y varios prosistas como Sinesio y Stobeo é historiadores como Sócrates, Sozomeno y Teodoro, así como en Occidente merecen ser leídos Sulpicio Severo, Sidonio Apolinar, Casiodoro, Gregorio Turonense, Jornandes y Paulo Diacono.

Las artes sufrieron un rudísimo golpe con la herejia de los Iconoclastas que destruyeron los buenos modelos.

En tiempo de Justiniano el arquitecto Isidoro edificó

el magnífico templo de Santa Sofía. España, Italia y Francia, inspirándose en las buenas tradiciones, levantaron magníficas iglesias y monasterios.

San Gregorio estableció el *Canto Gregoriano* que despertó en Europa la afición á la buena música.

En medio de la necesaria decadencia de las artes, de las letras y de las ciencias, sobresalen como gigantes incomensurables, los Padres de la Iglesia.

Entre ellos merecen especialísima mención San Atanasio (375) y San Basilio de Cesarea (379), San Cirilo (586), San Gregorio Nacianceno (389). San Ambrosio (397), San Juan Crisóstomo (407), San Gerónimo (420), San Agustín (470), Teodoreto (451), San Gregorio el Grande (604) y San Isidoro, arzobispo de Sevilla, teólogo, gramático, historiador y erudito.

DECIMA ÉPOCA.

LOS CARLOVINGIOS (800 Á 1095).

LECCION LXIII.

Sucesores de Carlomagno.

Los adoradores del dios Exito (no escasos en número) señalan como causa del engrandecimiento ó de la decadencia de los pueblos las condiciones del príncipe que los rige; cuando, si con ánimo desapasionado estudiamos las causas matrices de los sucesos humanos, veremos que los monarcas no son mas que los ejecutores de las miras de la Providencia, que la generacion de los hechos no pende en absoluto de las condiciones propias de esta ó de la otra personalidad, por mas encumbrado que sea el puesto en que la hayan colocado el nacimiento ó la fortuna.

Cumplida la mision de Carlomagno, la marcha de los sucesos habia de continuar por su natural derrotero, apesar de la índole de sus herederos, á los cuales solo

era posible retardar ó precipitar los acontecimientos, pero no torcer violentamente su rumbo

¡Inútil cuanto triste empeño sería el del gigante que queriendo impedir el curso de un río desbordado, se colocara frente á él, abiertos los brazos, pues caería envuelto entre el cieno, como débil caña, despedazado por la embavecida corriente!

Así, nos parece vulgar é injusto atribuir al carácter de Ludovico Pio los males todos que sobrevinieron, durante el siglo IX, en los países que constituyeron los estados de Carlomagno, como lo es encontrar la causa de la decadencia de España, al trascurrir el siglo XVI, al carácter de los tres sucesores de Felipe II, últimos monarcas de la gloriosa dinastía austriaca.

En las miras de la Providencia entraba en aquella edad la formación y el engrandecimiento de los tres grandes reinos de Alemania, Francia é Italia, y aquí es donde ha de buscarse la clave de los reinados del hijo de Carlomagno y de sus inmediatos sucesores. Ludovico Pio, en su gobierno de Aquitania, había mostrado su prevision y su amor á la justicia; en sus empresas de España, que no era extraño al arte militar; en sus procedimientos con los aquitanos, frisones y sajones, su adhesión á la justicia; en su conducta para con la Iglesia, su religiosidad característica; en su proceder para con sus hermanos y las mancebas de su padre, su amor á la moralidad; en la protección á sus hermanos naturales, su respeto á los vínculos de la sangre.

¿Que juicio merecerían á ciertos historiadores Ludovico Pio y Felipe III, si, en vez de ser sucesores de Carlomagno y de Felipe II, hubieran nacido medio siglo antes de los desdichados tiempos en que tuvieron la malaventura de nacer?

Ludovico Pio, á poco de comenzar su reinado, dividió sus estados (817) entre sus hijos asociando al imperio á Lotario, dando la Aquitania á Pipino y á Luis la Baviera.

Encolerizado por esta division Bernardo, sobrino natural de Ludovico, á quien este benignamente había dejado que continuara siendo rey de Italia y que contra toda razon aspiraba al imperio, se alzó contra su protector y fué vencido y muerto.

Viudo de Hermengarda casose Ludovico con Judith de Baviera de la que tuvo á Carlos el Calvo. Inspirándose en la justicia, no quiso Ludovico que fuera Carlos de peor condicion que sus hermanos; así, con el consentimiento de Lotario, segregó de los estados de este la Alsacia, la Suabia, la Retia y la Borgoña Helvética, que le dió con título de rey.

Descontento luego Lotario, se rebeló con sus hermanos contra su padre, el cual fué depuesto por sus desnaturalizados hijos.

Rehecha la opinion en favor de Ludovico, volvió este á ocupar el trono (854), tras de lo cual Luis y Pipino, regresaron á sus estados. Vencido Lotario fué perdonado por su siempre generoso padre.

Muerto Pipino, Ludovico hizo nueva division de los estados, la cual irritó á Luis; al mismo tiempo que los aquitanos proclamaban á un hijo de Pipino, por lo que se encendió la guerra, enmedio de la cual murió (840) Ludovico, en la isla del Rin, cerca de Maguncia, pronunciando estas tristes palabras: *Perdono á Luis; pero que piense en sí propio; él, que conculcando la ley de Dios, llevó al sepulcro los cabellos blancos de su padre.*

Manifestando Lotario su intencion de apoderarse de todos los estados de Carlomagno, unieron sus fuerzas Luis

y Carlos que se encontraron con las de Lotario en Fontenoy (841) donde el último fué vencido.

Continuó esta sangrienta y fratricida lucha hasta que por mediación de los obispos y de los grandes, se celebró el tratado de Verdun (843) que sancionó la definitiva partición del imperio de Carlomagno, obteniendo Carlos el Calvo la Francia propiamente dicha (la Neustria y la Aquitania); Luis la Alemania, y Lotario, con la dignidad imperial, la Italia, la Provenza, el Lionés, la Borgoña, el Franco Condado y la Austrasia.

Luis Balbo, hijo de Carlos el Calvo, sucedió á este en el reino de Francia, y habiendo tenido dos hijos, Luis y Carloman de una muger de condicion humilde, casó despues con una princesa á quien dejó viuda y próxima á ser madre de Carlos el Simple. Luis y Carloman, que despojaron á Carlos, murieron muy en breve y les sucedió Carlos el Graso que fué depuesto por su cobardia.

Los señores franceses eligieron á Eudo, hijo del conde de Autum, Roberto el Fuerte, que derrotó á los temibles normandos, á quien por muerte de este, sucedió Carlos el Simple, vencido en Soissons por Roberto, hermano de Eudo.

Tras de Raul de Borgoña reinó Luis IV el Ultramarino hijo de Carlos el Simple (936), á quien heredó su hijo Lotario y á este Luis V.

Desconociendo los señores feudales, á la muerte de Luis, los derechos de Carlos de Lorena, hijo de Luis el Ultramarino, eligieron á Hugo Capeto (987) hijo de Hugo el Grande.

LECCION LXIV.

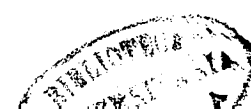
El califato de Córdoba.

Los primeros años del califato de Abderraman primero trascurrieron entre continuas guerras, ya contra los representantes y delegados de los abasidas, ya domeñando el espíritu levantisco de las tribus musulmanas mal avenidas con su autoridad y acostumbradas á la desobediencia.

Visitando los pueblos, combatiendo, castigando á unos, premiando á otros, perdonando á los más, trascurrió la vida del fundador del califato, que por consecuencia de estas luchas, ocupado en dominarlas, no pudo impedir que Carlomagno se apoderara de algunos países situados entre los Pirineos y el Ebro.

Los cuidados de tantas sediciones y revueltas no fueron parte para impedir que el ilustre Omeya se consagrara á labrar la prosperidad de sus súbditos.

Abderraman dividió sus estados en seis gobiernos, subdivididos en distritos, además del de Córdoba, Mérida, Za-



agoza, Valencia, Granada y Murcia; impuso un tributo á los cristianos que vivian en sus dominios; engrandeció á la capital con suntuosos establecimientos de enseñanza; comenzó la edificación de la gran mezquita; protegió la agricultura, el comercio y las artes, y atrajo á su corte á los hombres mas distinguidos en las ciencias y en las letras.

Muerto Abderraman I (738) le sucedió su hijo Hixem el cual peleó con sus dos hermanos que les disputaban el califato; y despues de vencerlos y perdonarlos, pregonó la guerra contra los cristianos, durante la cual invadió los territorios de Galicia y de la Galia Narbonense, de donde volvió con infinitos despojos, y dió fin y remate á la obra de la gran mezquita, y, como su padre, engrandeció á Córdoba con edificios suntuosos.

En otra expedicion contra Galicia (784) fueron derrotadas las tropas de Hixem cuando volvian victoriosas.

A este príncipe, protector como su padre de las letras, de las ciencias y de las artes, sucedió Alhakem que como su padre, tuvo que luchar con sus dos inquietos y turbulentos tios, de los cuales, Suleiman fué muerto en una batalla y Abdalá perdonado; pero no pudo impedir que Barcelona cayera en poder de Ludovico Pio.

Este príncipe dió pruebas de su terrible cólera con ocasion de una asonada acontecida en Córdoba, la cual castigó cruellísimamente demoliendo uno de sus barrios y matando sin piedad á sus habitantes, teniendo que emigrar los que sobrevivieron; desde cuyo suceso, perdida la razon á intervalos, vivió por espacio de cuatro años. Alhakem habia imperado por espacio de mas de ventiseis años.

Asi entró á regir el califato (822) Abderraman II.

Abdalá, siempre rebelde, se alzó al punto contra el nuevo califa que lo venció y perdonó generosamente.

Este príncipe sostuvo tenaces guerras con los francos,

engrandeció á Córdoba y llegó á tanto su fama, que el emperador de Constantinopla Miguel el Tartamudo le envió una ostentosisima embajada solicitando su amistad.

Abderraman II se ensañó contra los cristianos que vivian en Córdoba al amparo de los conciertos, fieles súbditos de los califas y contra los cuales se habia iniciado anteriormente ruda y cruel persecucion.

Con efecto; Hixem habia dictado una ley mandando que los hijos de los cristianos se educaran en las escuelas públicas del califato y estudiaran en ellas esclusivamente las letras arábigas, y como si tan opresor edicto no bastara á descubrir todo el alcance de su política, ordenó tambien que dejara de hablarse en sus dominios la lengua latina, materna todavia entre los que se jactaban de llevar el nombre de *Romanos*.

Insistiendo pues en estos propósitos Abderraman II, con objeto de reunir dinero con que poder satisfacer su afan de engrandecer los paises que regia, de levantar grandiosos edificios y enriquecer á los sábios y poetas que daban fama á su corte, tuvo que acudir á la imposicion de nuevos tributos y exacciones que naturalmente se estremaron contra los pobres mozárabes.

Esta conducta produjo natural descontento que paró en persecucion cruel contra los cristianos, la que se inició con el martirio de Adufo y Juan, persecucion que continuó con otros muchísimos suplicios, hasta el punto de que, espantado Abderraman, acudió á las seducciones, buscando y encontrando, entre los mismos cristianos quien le auxiliara en sus propósitos, como el metropolitano Recafredo, convertido de pastor en lobo.

En el estio del año de 852, no bastando esto, hizo reunir el célebre Concilio de Córdoba cuyas decisiones no fueron parte para contener el generoso impulso de los *testigos*

de la fé, que dieron su vida por la verdad, amaestrados por el ilustre S. Eulogio.

Enmedio de estas luchas murió Abderraman II (825).

Mahomet, continuador de la política de su padre, pudo lisonjearse del éxito de las pretensiones de su predecesor, como lo atestiguaron los diez primeros meses de su imperio, durante los cuales enmudecieron los martirologios. Muchos, aun entre los principales muzárabes, renegaban de la fé; aumentáronse los tributos, las sagradas basílicas fueron derribadas y los próceres de Mahomet escarnecieron á los fieles, cuyo aliento generoso creyeron haber estinguido para siempre.

Empero este silencio no era mas que una tregua, pues que innumerables cristianos dieron nuevas pruebas de que las persecuciones y la sangre eran impotentes, cerrando tan ilustre ejército de mártires el sábio San Eulogio y Leocerica, noble doncella, hija de mahometanos.

Las luchas contra Muza, contra su propio hijo y contra Omar-ben-Hafsun completan el reinado de este califa.

A Mahomet sucedió Almondir (886) que como su hermano Abdalá (888), vivió entre inacabables guerras civiles.

El imperio mahometano de Córdoba estaba á punto de hundirse, cuando Abderraman III, sobrino de Abdalá, ascendió al califato (912).

Este príncipe apaciguó sus estados, luchó contra Ordoño que lo venció en San Esteban de Gormaz; sometió al rebelde Azomor; acudió en defensa de sus estados atacados por Ramiro II y Fernan Gonzalez; intervino en las guerras africanas, y fué vencido en Simancas.

Asombran el fausto y el lujo de Abderraman II; la magnificencia de sus construcciones; la riqueza de Me-

dina Zahara, la ostentacion con que recibió á los embajadores del emperador Constantino IX; su generosidad para con los literatos y artistas.

A par de algunas derrotas alcanza Abderraman notables victorias sobre los cristianos como en Valdejunquera.

A este príncipe sucede (961) su hijo Alhakem II, que aprovechándose de las desavenencias de los cristianos, impera tranquilo, y contrata paces con el rey de Leon, D. Sancho el Craso.

En los tiempos de Alhakem II llega el califato á su mas alto grado de esplendor.

Entonces, un providencial suceso que parecia deber dar aliento á los defensores de Cruz, se trueca en su mayor desconcierto.

Es el esfuerzo de la llama próxima á extinguirse.

En el sόlio de los Omeyas siéntase un niño condenado á no parecer hombre jamás; el imbécil Hixem II (976). Pero su madre conliere el titulo de Agib á Mahomed-ben-Abi-Amir, y con su poderoso brazo, este bravo adalid levanta el abatido estandarte de los Omeyas reduciendo á los cristianos casi al miserable estado de los primeros dias de la reconquista. Zamora, Barcelona, Pamplona, Santiago, son destruidas y esclavos ó pasados á cuchillo sus habitantes: Leon queda convertida en inmenso monton de cenizas, llegando la desolacion y la guerra á Galicia y Portugal.

Pero cuando el poder de Almanzor alcanzaba su mayor altura, cuando habia crecido su invencible pujanza con el fuerte socorro de ginetes africanos que acababa de recibir, cayó humillado en Calatañazor, vencido por los reyes de Leon y de Navarra y el conde de Castilla, muriendo de vergüenza en Medinaceli, sepultado bajo el polvo de sus cincuenta y siete victorias.

El imbecil Hixem II destronado; su vuelta al poder; su nueva renuncia, y la elevacion al califato de algunos ambiciosos vulgares, llenan este tristísimo período de ventitres años de anarquía, en el que tuvo fin y remate vergonzoso (1031) el memorable califato de Córdoba.

LECCION LXV.

Principios de la reconquista.—Reino de Asturias.

En tanto que los árabes procuraban completar la victoria de Guadalete, reaciañse los cristianos al abrigo de las montañas cantábricas y comenzaba la terrible lucha que no habia de acabar sinó al cabo de siete siglos, en la hermosa vega de Granada.

Ibero-romanos y godos, unidos al cabo ante el comun peligro, proclamaron por su jefe á D. Pelayo.

El hecho de armas que inició esta guerra es la célebre batalla de Santa Maria de Covadonga ganada por D. Pelayo contra los árabes, victoria cuyas consecuencias fueron estenderse los dominios cristianos hasta el rio Deva, los montes Herbáceos, el Eo y el mar.

D. Pelayo murió dejando asegurado el trono á su hijo D. Favila que falleció á los tres años devorado por un oso.

A Favila sucedió Alfonso I (739) que estendió sus es-

tados desde el Cantábrico al Duero. Este príncipe apellidado el *Católico*, repobló las ciudades y reedificó las fortalezas y templos arruinados. Su hijo y heredero D. Fruela guerreó con los vascos, venció en diversos encuentros á los moros y fundó á Oviedo. Pero habiendo dado muerte á su hermano Bimarano, pereció en una sublevacion de los gallegos y cántabros indignados contra el fratricida.

Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I el Diácono (768 á 791) nada hicieron por ilustrar sus nombres.

Habiendo Bermudo I renunciado la corona, entró á reinar D. Alfonso II el *Casto*, hijo de D. Fruela.

Antes de ocupar el trono, D. Alfonso habia mostrado su generoso valor en la batalla de Bureba contra Hixem I en tiempo de D. Bermudo, valor que no desmintió jamás. Así venció á los infieles en la terrible batalla de Lucus (Lugo), y en medio siglo de combates adelantó las fronteras de sus estados hasta las orillas del Tajo. En tiempo de este príncipe invadió á España Carlomagno, y se descubrió el sepúlcrulo del Apóstol Santiago en Iria Flavia.

Al morir D. Alfonso dejó la corona á Ramiro I, hijo de Bermudo el Diácono (842), cuyo reinado fué una série no interrumpida de rebeliones, victorias y desastres. Vencido Nepociano, conde de Astúrias, Abderraman II invadió los estados cristianos y segun la tradicion cuenta, D. Ramiro alcanzó la victoria de Clavijo con ayuda del Apóstol Santiago. Despues de vencer á los normandos que habian desembarcado en las costas de Galicia, murió Ramiro dejando el trono á su hijo Ordoño I, que en sus luchas con los sarracenos reconquistó á Salamanca y á Soria, y reedificó á Tuy, Leon y Astorga.

Muerto D. Ordoño, entró á reinar su hijo Alfonso III el Grande (866).

En sus principios fué el imperio de este príncipe por extremo glorioso pues de victoria en victoria estendió sus fronteras hasta el Tajo y el Guadiana. Mas despues surjieron grandes revueltas en Galicia y cuando ya sofocadas estas, pensaba reinar tranquilamente, se sublevó en Zamora su hijo Garcia, aconsejado por su propia madre y ayudado de sus hermanos.

D. Alfonso abdicó el reino para no dar pávulo á una guerra civil, obteniendo D. Garcia, á Leon, D. Ordoño II á Galicia, y D. Fruela á Oviedo.

A la muerte de D. Alfonso (912), enojado D. Garcia con la particion hecha por su padre, se preparó para despojar á D. Ordoño, pero por mediacion de su madre doña Gimena y de sus otros hermanos, se llegó á una reconciliacion.

LECCION LXVI.

Reino de Leon.

Muerto D. García, último rey de Asturias, le sucedió su hermano D. Ordoño II (915) que fijó definitivamente su corte en Leon, ganó á Abderraman III la célebre batalla de S. Estéban de Gormaz, acudió en auxilio de D. Sancho de Navarra contra los mahometanos de Córdoba y Zaragoza y fué vencido en Valdejunquera.

Ordoño II dejó (923) dos hijos, D Alfonso y don Ramiro.

D. Fruela II se apresuró á apoderarse de la corona apesar de que los principales de la corte estaban resueltos por D. Alfonso. Fruela reinó poco mas de un año y murió devorado de lepra.

A poco de ocupar el trono Alfonso IV manifestó deseo de abandonarlo, deseo que se aumentó despues con la muerte de su muger D.^a Urraca, por lo que en Zamora abdicó la corona en su hermano D. Ramiro y se retiró al monasterio de Sahagun donde tomó la cogulla

Ramiro II salió de Leon resuelto á pelear contra Abderraman; pero noticioso en Zamora de que su hermano se habia fortalecido en Leon resuelto á reinar otra vez, volvióse atrás D. Ramiro y enseñoreándose de la ciudad, se apoderó de su hermano y de los hijos de su tio D. Fruela que lo habian auxiliado, privó a todos de la vista y los encerró en un monasterio.

En paz el reino, Ramiro II se encaminó á Toledo, apoderóse de Madrid, taló la tierra de Alcalá y regresó á Leon rico de despojos.

Habiendo invadido Abderraman los estados del conde de Castilla Fernan Gonzalez voló en su auxilio D. Ramiro y ambos derrotaron al cordobés cerca de Osma. Dos años despues, reforzado Abderraman con auxilios de Africa y unido al rey moro de Zaragoza, fué igualmente vencido por leoneses y castellanos en Simancas.

Muerto D. Ramiro fué aclamado su hijo Ordoño III, al cual reclamó parte del reino su medio hermano D. Sancho, instigado por el conde Fernan Gonzalez y por D. Garcia rey de Navarra que invadieron los estados de Leon.

Retirados los aliados á causa de sus desavenencias y resentido Ordoño de la conducta del conde su suegro, repudió á la hija este, y se casó con D.^a Elvira principisima señora en Galicia; tras de lo cual, atravesando el Duero, asoló los territorios de Lamego, Viseo y Coimbra; llegó á Lisboa, la sitió, tomó y saqueó, y recogiendo un inmenso botin, regresó á su ciudad de Leon.

Resuelto á castigar al conde Fernan Gonzalez reunió un poderoso ejército, pero, anticipándosele el conde, buscó mediadores y se presentó al rey que lo recibió generosamente.

Ya reconciliados, venció Fernan Gonzalez á los infieles auxiliado por respetables fuerzas leonesas.

Poco tiempo despues murió D. Ordoño en Leon.

D. Sancho I, que se habia refugiado en Navarra, apenas supo la muerte de su hermano D. Ordoño, se apresuró á apoderarse de la corona, pero una conspiracion le obligó á refugiarse en Navarra.

El conde Fernan Gonzalez que escitaba á los partidos leoneses, se declaró abiertamente por D. Ordoño hijo de Alfonso IV, á quien casó con su hija D.^a Urraca, la repudiada de Ordoño III y ocupó el reino de Leon.

Sancho I, apellidado el Gordo, se refugió en Córdoba.

Asegurado así Fernan Gonzalez de los navarros y leoneses, atacó á los demás condes de Castilla despojándolos de sus estados.

De ellos tan solo se resistió D. Vela, conde de Alava y Bureba, que tuvo que huir á Córdoba como Sancho I.

Habiendo obtenido D. Sancho tropas de Abderraman para recobrar sus estados, de acuerdo con su tio el rey de Navarra D. Garcia, entró en Leon (959) y obligó á Ordoño á refugiarse en Astúrias, de donde fué lanzado así como de Castilla, muriendo al fin, miserable y despreciado, en los estados mahometanos.

Pacificado el reino de Leon, D. Sancho ajustó paces con Alhakem hijo de Abderraman III. Al cabo de cinco años de tranquilidad, se reveló contra [él] D. Gonzalo, conde de una parte de Galicia. Abandonado D. Gonzalo de los suyos pidió humildemente perdon al rey. D. Sancho recibió del gallego, en pago de su generosidad, un veneno que le causó la muerte en 967.

A los dos años de reinar el niño D. Ramiro III los normandos invadieron á Galicia y fueron derrotados por el conde Gonzalo Sanchez.

Durante la menor edad de D. Ramiro fallecieron el rey

de Navarra D. Garcia, el conde Fernan Gonzalez y el califa de Córdoba Alhakem á quien sucedió Hixem II bajo la tutela del célebre Almanzor, el cual, instigado por el turbulento D. Vela, atacó al conde Garci Fernandez, que, unido á D. Sancho II de Navarra, peleó y venció al cordobés en Gormaz.

Muerto D. Ramiro (982) ocupó el trono de Leon Bermudo II, que se vió al borde del abismo acometido por el terrible Almanzor.

Aflijido Bermudo por tantos desastres y atacado de cruelisima gota, murió en 999 dejando en el trono á su hijo de edad cinco años.

Los disturbios que ocurrieron en Castilla, la menor edad de D. Alfonso V el Noble y las guerras del rey de Navarra D. Sancho el Magno, ocupado con las conquistas de Sobrarve, Ribagorza y Boyl, impidieron que los cristianos se aprovecharan de la debilidad y de las discordias ocurridas en el califato de Córdoba despues de la muerte de Almanzor.

Llegado Don Alfonso á los quince años de su edad y comenzando á reinar por si solo, reedificó á Leon arruinada por Almanzor, convocó en 1020 un Concilio y Cortes, invadió á Portugal y sitió á Viseo. Prolongándose el asedio, quiso reconocer los muros, desde los cuales le arrojaron un dardo que le hirió de muerte. Recogido por los sitiadores el cadáver de su rey, se volvieron con él á Leon.

Bermudo III, hijo de D. Alfonso V, entró á reinar (1027) á la muerte de su padre, bajo la tutela de su cuñado Sancho el Mayor rey de Navarra.

Llegado Bermudo á la mayor edad sostuvo empeñadas guerras con D. Sancho en las que fué aquel vencido y obligado á refugiarse en Galicia.

Ajustada la paz entre ambos monarcas, la hermana de D. Bermudo casó con D. Fernando hijo de D. Sancho de Navarra.

D. Sancho murió luego dejando divididos los estados entre sus cuatro hijos, de los cuales D. Fernando obtuvo á Castilla, D. Garcia la Navarra, D. Ramiro á Aragón y D. Gonzalo el Sobrarve y Ribagorza.

Ofendido Garcia III, rey de Navarra, de esta particion que creia en su perjuicio, despojó de su herencia de Aragón á D. Ramiro y atacó á D. Fernando. Este propuso la paz al navarro por mediacion de Santo Domingo de Silos y de San Iñigo abad de Oña, paz que aquel rechazó con altanería. Empeñada la guerra quedó prisionero D. Garcia, que encerrado en la fortaleza de Cea, de ella pudo fugarse, y, reuniendo á los suyos, ambos hermanos se encontraron en el valle de Atapuerca donde murió Don Garcia atravesado por una lanza.

Casado D. Fernando con D.^a Sancha, heredera del reino de Leon, reunió los antiguos reinos de Asturias y Leon al novisimo de Castilla.

LECCION LXVII.

El reino de Navarra hasta su fin en tiempo de D. Fernando el Católico.

El origen del noble reino de Navarra se pierde en la noche de los tiempos.

Carlomagno ocupó este pais arrasando á Pamplona, lucha que castigaron los heróicos navarros y vascos derrotando en Roncesvalles al ilustre Carlovingio, como mas adelante los primeros vencieron á Ludovico Pio.

Estos montañeses indomables, fijándose en el invicto Iñigo Arista, convinieron en elegirle rey bajo ciertas condiciones, aunque tampoco consta el año en que tuvo lugar este suceso.

La soberanía continuó en la familia de este caudillo hasta que se estinguió su raza.

D. Garcia Iñiguez y Fortun Garcés, inmediatos sucesores de Iñigo Arista, sostuvieron crueles guerras con los árabes, á quienes el último derrotó, cuando regresaban de invadir la Francia.

En tiempo del sucesor de Fortun Garcés, Sancho I, Barcelona cayó en poder de los francos y los mahometanos sitiaron á Pamplona.

Sancho III el Mayor (1000) hijo de D. Garcia el Trémulo, sostuvo los derechos de su muger, hermana de don Garcia, asesinado por los Velas, al condado de Castilla, que unió á Navarra, dilatando sus estados por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon, mereciendo el sobrenombre de Grande.

A la muerte de este ilustre principe fueron divididos sus estados, quedándose únicamente con Navarra su hijo don Garcia IV que murió en la batalla de Atapuerca.

Sancho IV (1057) guerreó contra el régulo de Zaragoza y se negó con invencible firmeza á abolir en sus estados el oficio muzárabe.

Asesinado Sancho IV por su hermano D. Ramon (1076), los nobles navarros, antes que someterse al yugo del usurpador, se unieron á D. Sancho I de Aragon á cuya monarquía permanecieron unidos hasta la muerte de D. Alonso el Batallador, en cuyo tiempo (1054) los navarros eligieron á D. Garcia Ramirez IV que guerreó con barceloneses y castellanos: su hijo Sancho mereció el nombre de Sábio: D. Sancho el Fuerte fué el último de la casa de Navarra y tomó parte en la gloriosísima batalla de las Navas de Tolosa.

Muerto sin sucesion este principe, dejó sus estados á don Jaime el Conquistador, rey de Aragon; después de cuyo reinado, los navarros eligieron á Teobaldo conde de Champaña.

A la casa de Champaña (1254 á 1284) pertenecen Teobaldo I y II, Enrique I y Juan I; á la de Francia (1284, 1322) Felipe el Hermoso, casado con Juana I, Carlos I y D.^a Juana, hijos de Juana I.

Casada Juana con Felipe de Evreux pertenecen á esta

dinastia Carlos II el Malo y Carlos III el Noble que casó á su hija D.^a Blanca con D. Juan rey de Aragon, y á la de Aragon D. Juan I de Navarra casado con D.^a Blanca.

Del matrimonio de D. Juan y D.^a Blanca nacieron tres hijos: el principe de Viana D. Carlos, D.^a Blanca repudiada por D. Enrique IV de Castilla y D.^a Leonor.

Muerta la esposa de D. Juan I, pertenecia la corona al principe de Viana; este, en guerra con su padre, murió desastradamente, dejando en su testamento heredero de sus derechos á su hermana D.^a Blanca que el cruel D. Juan I entregó á Gaston de Foix marido de D.^a Leonor, su segunda hija, el cual recluyó á esta infeliz princesa en la fortaleza de Ortez donde murió envenenada, no sin dejar en Roncesvalles sus protestas y nombrar su sucesor en el reino de Navarra á D. Enrique IV de Castilla.

Al morir D. Juan I logró al fin reinar su hija D.^a Leonor, á la cual heredó Francisco Febo, de la casa de Foix y á este su hermana Catalina casada con Juan de Albrit, destronados por D. Fernando el Católico que incorporó la Navarra al reino de Castilla (1512).

Juana de Albrit, nieta de Catalina, casó con Antonio de Borbon, ocasion de que la Navarra bearnesa, cuya capital fué Pau, se incorporara á la corona de Francia en tiempo de Enrique IV de Borbon (1572) hijo de Antonio.

Por esta razon los reyes de Francia ostentan el titulo de reyes de Navarra.

LECCION LXVIII.

Reino de Aragon.

D. Sancho el Grande dividió sus estados entre sus cuatro hijos, correspondiendo a Aragon á Ramiro, que á los cuatro años, heredó los estados de Sobrarve y de Riva-gorza, patrimonio de su hermano D. Gonzalo.

Navarra y Aragon se unieron (1076) bajo Sancho Ramirez I que ensanchó sus estados con la conquista de Monzon, y murió en el asedio de Huesca, ciudad que al cabo arrebató á los infieles D. Pedro I.

Habiendo muerto D. Pedro sin sucesion, entró á reinar su hermano D. Alfonso.

El infeliz matrimonio de este príncipe con D.^a Urraca, heredera de Castilla, que debió haber anticipado la reconquista, fué por el contrario causa de males sin cuento y de luchas entre ambos estados.

D. Alfonso llevó á cabo una maravillosa expedicion á los estados mahometanos de Andalucia, de la que regresó

victorioso, aumentado su ejército con miles de muzárabes que estableció en sus estados.

Alfonso I, conocido con el nombre de el Batallador, vivió setenta años, reinó treinta, se apoderó de Zaragoza que hizo cabeza de su reino, ganó á los infieles veintinueve batallas campales y murió (1154) en el sitio de Fraga, instituyendo herederos de su reino á los templarios.

Las córtes de Monzon, desentendiéndose del extraño capricho de D. Alfonso, elevaron á su hermano D. Ramiro II que la historia conoce con el sobrenombre de el Monge por serlo profeso en el monasterio de Sahagun.

Este príncipe que despues de obtener dispensa del papa Inocencio II casó con D.^a Inés de Poitiers, de la que tuvo á D.^a Petronila, disgustado del gobierno, abdicó el reino en su hija, concertó el matrimonio de esta con Ramon Berenguer, conde de Barcelona, y se retiró á Huesca.

Así quedaron reunidos Aragon y Cataluña para no separarse jamás.

Esta union, la conquista de Lérida, Tortosa, Montalban y Teruel arrebatadas á los mahometanos, la adquisicion del Rosellon y otros feudos franceses, y la creacion de una marina respetable, llenan el reinado de Ramon Berenger y de su hijo Pedro II, elevando á la monarquia aragonesa.

Pedro II el Católico tomó parte en la batalla de las Navas de Tolosa, persiguió á los hereges Valdenses, y, sin embargo, defensor de la heregia de los albigenses, murió en Muret (1215) peleando contra Simon de Monforte.

D. Jaime I el Conquistador engradeció las glorias de Aragon apoderándose de las Baleares, del reino de Valencia y parte del de Murcia que arrebató á los infieles.

D. Pedro III (1276), hijo del Conquistador, heredó los

estados de su padre, con escepcion de la Isla de Mallorca que el conquistador dió á su segundo hijo D. Jaime, y se apoderó de Sicilia, que arrebató á la casa de Anjou, mediante las llamadas visperas Sicilianas, suceso que fué causa de grandes disturbios y desgracias en Aragon

En guerra con Francia por la posesion de Sicilia, y con Castilla por favorecer, contra D. Sancho IV el Brabo, las pretensiones de los infantes de la Cerda, pudo sin embargo, Alfonso III el Liberal (1285) conquistar á los moros las islas Baleares.

Jaime II el Justiciero (1291), hermano de D. Alfonso, dejando á su otro hermano D. Fadrique la gobernacion de Sicilia, casó con D.^a Blanca hija de Carlos Anjou, rey de Nápoles; pero como pactara ceder al suegro aquella isla, D. Fadrique se hizo proclamar rey de la misma, hecho que sancionó el papa Bonifacio VIII.

Estos sucesos fueron causa de una guerra de las mas gloriosas para España, pues los catalanes y aragoneses que se habian alistado bajo las banderas de D. Fadrique, llamados en auxilio de Andrónico, emperador de Constantinopla, viéndose maltratados por este, tras de haberlo salvado, volvieron sus armas contra el pérfido griego y pusieron el imperio al borde del abismo.

En tiempo de D. Jaime II la isla de Cerdeña entró á formar parte de los estados de Aragon, causa de las empeñadas guerras con la república de Génova, que llenaron el reinado de Alfonso IV el Benigno.

Pedro IV, apellidado por unos el Ceremonioso y por otros el Cruel, reinó despues de su hermano (1350). Empeñado este monarca en que, contra lo dispuesto por las leyes del reino, le sucediera su hija D.^a Constanza, la Hermandad de la Union, capitaneada, primero por el infante D. Jaime y despues por D. Fernando, se alzó contra el rey.

Trascurridos dos años de cruelisima guerra, la Union fué derrotada, condenados á muerte sus principales caudillos y suprimida la Hermandad.

Muerto D. Juan I que habia reinado pacificamente, le sucedió su hermano D. Martin que tampoco dejó hijos y fué el último de la dinastia barcelonesa que habia imperado en Aragon por espacio de doscientos sesenta y tres años.

Seis fueron los pretendientes al trono que se presentaron apoyados por distintos monarcas.

Entonces fué cuando, para evitar grandes males, se convino en nombrar nueve compromisarios, tres respectivamente por Aragon, Barcelona y Valencia, que, resolviendo como jueces, adjudicarian la corona á quien correspondiera de derecho.

Los compromisarios, reunidos en el castillo de Caspe, se decidieron (1412), despues de tres meses de empeñadas deliberaciones, por el infante D. Fernando, hijo segundo del monarca de Castilla D. Juan I y de D.^a Leonor que lo era de D. Pedro IV de Aragon.

D. Fernando (el de Antequera) solo reinó cuatro años: tras él imperó su hijo Alfonso V.

Este príncipe aumentó sus estados con el reino de Nápoles, fué ardiente protector de las letras y de las artes, y mereció el título de Magnánimo con que se le distingue.

Al morir Alfonso V dejó el reino de Nápoles á su hijo natural D. Fernando y el de Aragon á su hermano don Juan II de Navarra, al cual heredó D. Fernando el Católico (1579) que por su casamiento con D.^a Isabel I, uni6, para feliz término y remate de la reconquista, las coronas de Castilla y Aragon.

LECCION LXIX.

Condado de Barcelona.

Las conquistas de Carlomagno y de Ludovico Pio en los países situados entre el Ebro y los Pirineos, produjeron la Marea Hispánica que erigió Ludovico en ducado del que hizo capital á Barcelona.

Cárlos el Calvo partió este estado en dos condados de los que hizo cabezas respectivamente á Narbona y á Barcelona.

Los primeros condes de Barcelona fueron vasallos del monarca francés, hasta que los catalanes se declararon independientes (874) proclamando á Wifredo el Velloso, vencedor de los francos y de los árabes. A Wifredo heredaron sucesivamente Borrell I (898) y Suniario (912) y á este Borrell II y Miron, sus hijos, que reinaron juntos (917), hasta que por muerte del segundo quedó el primero como único conde.

En tiempo de Borrell II aconteció la terrible invasión de Almanzor que se apoderó de Barcelona.

Después de haber recobrado la capital de sus estados murió Borrell, dejando el condado de Barcelona á D. Ramon Borrell y el de Urgel á D. Armengol, sus hijos.

D. Ramon Berenguer I (118) vivió contrariado por su madre Ermesinda empeñada en tenerlo en perpétua tutela.

En tiempo de Ramon Berenguer II el Viejo (125), se publicaron los célebres Usajes de Cataluña y lo heredaron sus dos hijos, D. Berenguer y D. Ramon Berenguer III, que reinaron á la vez.

En guerra ambos hermanos, el segundo fué asesinado por el primero que no pudo alcanzar el fruto del fratricidio pues los catalanes aclamaron á D. Ramon Berenguer, hijo del difunto, el cual por su casamiento con D.^a Dulce adquirió el condado de Provenza y obligó á que le pagaran tributo á los reyes infieles de Tortosa y de Lérida.

A su muerte (1151) heredó sus estados su hijo D. Ramon Berenguer V que casándose con Petronila, hija de Ramiro II de Aragon, unió á Aragon y Cataluña.

Parece ser que en los primeros tiempos de la reconquista, varios guerreros valerosos, adelantándose á los monarcas asturianos, luchaban por su cuenta contra los moros, adelantando las fronteras cristianas, y que los reyes de Asturias los dejaban en la posesion de los terrenos conquistados con título de condes ó gobernadores, bajo su dependencia.

La existencia de estos condes, que eran varios, puede contarse ya bajo de D. Fruela I, debiendo sospecharse que el de Burgos ejereia cierta superioridad sobre los demás.

La muerte de algunos de estos magnates en la cita de Tejares, fué causa de que los castellanos establecieran el gobierno de los Jueces (922) de los cuales fueron los primeros Nuño Rasura y Lain Calvo, forma de autoridad que debió ser poco duradera, pues en 950 aparece ya Fernan Gonzalez como conde de Castilla.

A Sancho Garcia sucedió su hijo D. Garcia, cuyos estados heredó D.^a Elvira, muger del rey de Navarra Sancho el Mayor que tomó posesion de ellos en nombre de su muger.

A esta señora heredó su hijo D. Fernando I que unió los estados de Castilla, Leon y Astúrias, por su casamiento con D.^a Sancha, hermana de Bermudo III, rey de Leon.

LECCION LXX.

Castilla y Leon reunidos.

(Varios: Crónicas publicadas por la Real Academia de la Historia).

Con Fernando I y D.^a Sancha (1037) comienza en Castilla la dinastia de la casa de Navarra.

Antes de morir Fernando (1065) reunió las córtes del reino dando Castilla á D. Sancho, Leon á D. Alfonso, Galicia á D. Garcia, dejando á Urraca la soberania de la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro.

Muertos sus padres y no dispuesto D. Sancho II el Fuerte (1065) á respetar la voluntad de D. Fernando, acometió á su hermano D. Alfonso de Leon, que, vencido en Llantada y Volpejar, fué preso y conducido á Burgos y de aqui á Sahagun para hacerse monge: pero por fortuna pudo huir y refugiarse bajo la proteccion del rey moro de Toledo.

En seguida, D. Sancho desposeyó de sus estados de Galicia á D. Garcia.

Hecho esto, se dirigió D. Sancho sobre Zamora para apoderarse del patrimonio de su hermana D.^a Urraca;

en cuya ciudad halló inesperada resistencia y donde un desertor, Vellido Dolfos, bajo el pretesto de mostrarle cierta parte de la muralla desde la cual podría penetrar en la ciudad, le asesinó vilmente (1072).

Noticioso D. Alfonso de la muerte de D. Sancho, recobró sus estados de Leon, y no se apoderó de Castilla sino despues de haber jurado en Santa Gadea, en manos del Cid, no haber tenido parte en el asesinato de su hermano.

Muerto el rey de Toledo, protector de Alfonso VI, y su hijo y sucesor Hixem, resolvió apoderarse de estos estados, como lo consiguió, despues de un obstinado sitio (1082); victoria que le valió el título de Conquistador. El reinado de este monarca es el de la España caballeresca, pues que durante él florecieron el Cid Rodrigo Diaz de Vivar y otros inolvidables caudillos y próceres extranjeros, como los condes de Borgoña y de Tolosa, que atraídos por la fama del Conquistador, corrieron á alistarse bajo sus banderas.

Alfonso VI imaginó apoderarse pacíficamente del reino de Sevilla, á cuyo efecto se casó con Zaida, hija de Aben-Abed su monarca.

Temblando los infieles españoles ante tanta prosperidad y semejantes propósitos, vuelven sus ojos al Africa donde Juzef-ben-Taxfin regia un poderoso imperio que había engrandecido en España durante sus expediciones. Gobernaba por entonces estos estados Ali, que instado por las súplicas de los moros españoles, y por su propio interés, desembarcó en España al frente de sus almoravides.

Impedido Alfonso VI por sus achaques, puso al frente de sus tropas al joven D. Sancho, su hijo único, bajo la direccion de su ayo el conde de Cabra y de otros seis condes, soldados todos de gran nombradía.

Los dos ejércitos se encontraron en los campos de Uelés

(1108) donde venció Ali, con muerte del joven D. Sancho, del de Cabra y de los otros seis condes (batalla de los Siete Condes).

Alfonso VI murió en Toledo (1109) dejando sus estados de Castilla y de Leon á su hija D.^a Urraca.

Casada la heredera del trono castellano con Alfonso I rey de Aragon, este enlace que debía haber anticipado la reconquista, fué por el contrario causa de gravísimos males, pues desaventados ambos esposos, D.^a Urraca, abandonando la corte de Aragon, se refugió en Castilla y alzados en armas ambos reinos, Alfonso I alcanzó una señalada victoria en los campos de La Espina junto á Sepúlveda; pero, rehechos los castellanos, derrotaron á D. Alfonso. Estas luchas terminaron con la declaracion de nulidad del matrimonio de los dos altaneros cónyuges.

Estuvo unida D.^a Urraca en primeras nupcias, con el conde D. Ramon de Borgoña, de ellas procedió D. Alfonso VII que entró á reinar en Castilla, y, resuelto á pelear contra los moros, conquistó á Calatrava, Andujar, Baeza y Almeria.

D. Alfonso convocó córtes en Leon, donde se hizo coronar emperador (1155), á cuya ceremonia asistió D. Garcia, rey de Navarra, como su feudatario.

LECCION LXXI.

Castilla desde D. Sancho III á D. Alfonso XI.

En 1157, al morir el emperador D. Alfonso, heredó la corona de Castilla D. Sancho III el Deseado y la de Leon D. Fernando II.

El reinado de D. Sancho duró por espacio de doce meses.

Alfonso VIII tenía tres años de edad cuando sucedió á su padre, amenazado por la ambicion desatentada de dos poderosas facciones, los Laras y los Castros, que se disputaban la tutela del rey niño, y por la codicia del monarca leonés, D. Fernando II, que pretendia gobernar en Castilla.

Confiada la educacion del rey á los Castros, los Laras se apoderaron de él y ardió empeñada la guerra civil hasta 1170 en que, D. Alfonso, antes de trascurrir el tiempo legal, pues que contaba solo once años y no cumplidos, fué declarado mayor de edad.

D. Alfonso VIII, únese á Alfonso II de Aragon contra D. Sancho de Navarra que le habia usurpado algunos pueblos de la Rioja, arrebató á los árabes la ciudad de Cuenca y levanta el vasallaje á su amigo el aragonés.

Luchaban en tanto en España, en guerra implacable, almoravides y almohades, y dominando al cabo los segundos, reuniendo sus fuerzas y con grandes auxilios africanos, marcharon contra Alfonso VIII, al que encontraron en los campos de Alarcos.

Abandonado el castellano por los monarcas de Galicia, de Aragon y de Navarra, sufrió una terrible derrota.

Noticioso D. Alfonso de que el almohade hacia inmensos preparativos en África, para acabar de un solo golpe con el cristianismo, impetró el auxilio de los principes sus correligionarios y obtuvo del papa Inocencio III la concesion de una cruzada que predicó el ilustre arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez de Rada, recorriendo la Italia, Francia y Alemania.

Reunido en Toledo el ejército de los cruzados, del cual formaban parte todos los reyes de España, excepto el de Leon, encontrose con el musulman en las Navas de Tolosa, al pie de Sierra Morena, valladar de Andalucía, en 16 de Julio de 1212.

Alfonso VIII obtuvo en las Navas una memorable victoria que postró para siempre el poder de los infieles y que solemniza la Iglesia con la gran festividad titulada el *Triunfo de la Santa Cruz*.

El rey de Castilla sobrevivió poco á esta inmortal victoria; sucedióle (1214) su hijo D. Enrique I, bajo la tutela de Doña Berenguela su hermana.

El rey niño acabó desgraciadamente (6 de Junio de 1217) del golpe de una teja que cayó sobre su cabeza, estando jugando con otros jóvenes señores, en las casas del obispo de Palencia.

D. Fernando III entró á reinar (1217) en Castilla por renuncia de su madre Doña Berenguela y en Leon por muerte de su padre D. Alfonso.

Unido D. Fernando III á D. Jaime el Conquistador, ambos esclarecidos monarcas se propusieron acabar con la dominacion musulmana.

Al efecto, habiendo conquistado varias plazas el ilustre caudillo D. Alvaro Perez de Castro, estas victorias pusieron á D. Fernando frente á Córdoba, de la cual se apoderó por fuerzas de armas.

La pérdida de Córdoba, capital política y religiosa de los musulmanes, fué para estos un golpe mortal.

Lejos sin embargo de cesar en sus eternas querellas, lejos de reunir los restos de sus fuerzas, formando un centro de suma resistencia, los infieles se fraccionaron y se dividieron aun mas.

Mahomed Alhamar, generoso jóven nacido en Arjona, concibió el proyecto de agrupar cerca de si los restos del imperio musulman, y, al efecto, fundó el reino de Granada.

Pero los infieles, desacordados siempre, fundaron diferentes reinos (*taifas*) y obligaron á Alhamar á concertar con D. Fernando III una paz vergonzosa, en la que aquel hizo homenaje de su nuevo estado, obligándose á pagar tributo; le entregó la fortaleza y ciudad de Jaen, *llave y defendimiento de estos reinos*, y, lo que fué para él mas doloroso, se comprometió á ayudarle con sus fuerzas en la conquista de Sevilla.

Legislador, encomendó Fernando III á su hijo la reforma de las leyes que él no pudo llevar á cabo; protector de las letras, fundó y dotó la célebre universidad Salmaticense; amigo de las artes, engrandeció la catedral de Toledo; ilustre guerrero, ensanchó los dominios cristianos; espejo de todas las virtudes, merece que la Iglesia le cuente en el número de sus Santos.

Quando Fernando III meditaba llevar la guerra al Áfri-

ca, Dios lo llamó á mejor vida (1252) en Sevilla, donde se conservan sus reliquias.

A D. Fernando III sucedió su hijo Alfonso X, durante cuyo reinado, aterrados los muzlimes con las derrotas anteriores, permanecieron sumisos, devorados por intestinas querellas.

Este monarca mereció el título de Sábio con el que es conocido, pues fué notabilísimo historiador, legislador, astrónomo, filósofo, poeta y moralista.

D. Alfonso tuvo la desgracia de suceder á D. Fernando con el que pocos monarcas pueden ser comparados.

Así le acusa injustamente por haber gastado grandes sumas en su empeño de adquirir para España la dignidad imperial; de sus expensas en dar impulso á las ciencias y á las letras; del espíritu turbulento de los grandes, soliviantados con algunas de las disposiciones contenidas en el inmortal *Código de las Siete Partidas*, que conturbaron los reinados sucesivos; porque la Historia suele decir con frecuencia: *post hoc, ergo per hoc*.

Durante el reinado de D. Sancho IV ocurrieron en Castilla grandes disturbios.

Muerto D. Fernando hijo mayor de Alfonso X, durante cierta ausencia de su padre, se encargó de la direccion de los negocios el infante D. Sancho que aprovechó la ocasion para conciliarse voluntades, hasta el punto de que á la vuelta del rey muchos le instaron vivamente que declarara á D. Sancho inmediato heredero de sus estados.

Consultado el Consejo, resolvió este que era mejor el derecho del vivo que el de los hermanos del muerto, por lo cual D. Sancho fué jurado como sucesor á la corona en las córtes de Segovia.

Los infantes de la Cerda, hijos de D. Fernando, no conformes con este hecho, encontraron protectores en el

rey de Aragon que los habian acogido en sus estados; en el de Francia obligado á sostener sus derechos por ser la madre de los infantes hija de San Luis, y en no pocos hidalgos castellanos amigos de desórdenes y revueltas; á todo lo cual se agregaba, como fuente de desórdenes, la pretension de D. Juan á la ciudad de Sevilla. Llegaron las cosas á punto de que el infante D. Juan, con auxilio del marroquí, sitió la ciudad de Tarifa defendida por D. Alonso Perez de Guzman (*el Bueno*). Prolongándose el asedio, logró apoderarse D. Juan de un niño, hijo de D. Alonso, que presentó al padre, intimandole que lo mataria si no le rendia la plaza. Arrebatado D. Alonso, arrojó desde la muralla su puñal y D. Juan consumió su amenaza, sin que se rindiera el ánimo del defensor de Tarifa.

En medio de estas turbulencias trascendió el reinado del valeroso D. Sancho, que murió [1295] dejando á su hijo D. Fernando, de edad de nueve años.

D.^a Maria de Molina, madre, regenta del reino y tutora de su hijo D. Fernando IV, al ver el reino encendido en guerras y parcialidades, confió al infante D. Enrique el gobierno del estado, reservándose ella la educacion de su hijo.

Los infantes de la Cerda renovaron entonces sus pretensiones, resueltamente apoyados por Francia, Aragon, Portugal y el infante D. Juan, proclamando á D. Alfonso en Sahagun é invadiendo los estados de Castilla.

La prudentísima D.^a Maria casó á su hijo con doña Constanza hija del rey de Portugal: concedió á D. Juan la vuelta á sus estados de Leon; á D. Fernando de la Cerda el título de infante de Castilla, y á su hermano, el pretendiente D. Alfonso, una crecida renta, con lo que aplacó un tanto los ánimos.

Declarado D. Fernando IV mayor de edad conquistó á los moros la plaza de Gibraltar aunque con muerte de Guzman el Bueno.

Cuéntase, aunque sin fundamento, que habiendo hecho precipitar el rey desde la peña de Martos á los dos hermanos Carvajales, en castigo de un delito que sin fundamento se les atribuía, estos citaron al rey para ante el tribunal de Dios, en el término de treinta dias, plazo en que murió D. Fernando IV que por tal motivo, dicen, es conocido con el sobrenombre de el Emplazado.

LECCION LXXII.

Reyes de Castilla y de Leon desde D. Fernando IV.
hasta Doña Isabel I.

(D. A. BENAVIDES: Notas á la Crónica de D. Enrique IV?.—; JUAN DE OLIVO: Relacion de las fechos del Sr. D. Miguel Lúcas, Condestable de Castilla).

Un año y ventiseis dias de edad contaba D. Alfonso XI cuando la muerte de su padre D. Enrique lo llamó á la herencia de las coronas de Castilla y de Leon.

Dos partidos principales aspiraban á la tutela del rey niño y á la gobernacion del estado: el de D. Pedro, tio de D. Alfonso, unido á D.^a Maria de Molina, y el del infante D. Juan y D.^a Constanza, madre del rey, al que se unieron mas adelante, por muerte de D.^a Constánza, los infantes de la Cerda, D. Felipe, hijo de D.^a Maria y los Laras.

Conferida la tutela y el gobierno á los infantes D. Pedro y D. Juan, al morir estos infelizmente en una accion contra los moros, en la vega de Granada, renacieron los pretendientes y los facciosos capitaneados por D. Juan Manuel, D. Felipe, D. Juan el Tuerto y D. Fernando de la

Cerda produciendo un largo período de desorden que subió de punto con la muerte de D.^a Maria de Molina.

Llegado por fin el rey á la edad de catorce años, se hizo declarar mayor de edad

D. Juan Manuel y D. Juan el Tuerto renovaron su amistad que procuró el rey anular casándose con la hija del primero y dando muerte al segundo en las mismas puertas de su palacio de Toro. Llamado D. Juan Manuel para que tomara parte en la guerra y no presentándose, el rey contestó á esta rebeldia repudiando á su hija y casándose con D.^a Maria de Portugal.

Por consiguiente no hubo ya esperanzas de avenencia, haciéndose los rebeldes y el rey implacable y cruelísima guerra.

Exasperado D. Alfonso por la pérdida de Gibraltar que habian ganado los moros, ocupado él en estas revueltas sin tregua, hizo guerra de esterminio á los rebeldes, hasta el punto de que aterrados estos, impetraran su piedad, y no en vano, que fueron perdonados por el noble D. Alfonso.

Hecho esto, el rey volvió sus ojos á la envalentonada morisma que sitiaba la plaza de Tarifa.

Encontráronse ambos ejércitos, el de los benimerines y granadinos y el castellano y portugués cerca del rio Salado (1340) en donde D. Alfonso consiguió una completa victoria á la cual siguió la toma de Algeciras.

Tal fué la nombradia que dieron á D. Alfonso estas hañañas y su noble generosidad, que las tres provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, fiadas en su lealtad, le eligieron por su señor feudal, bajo ciertas condiciones, que el leal D. Alfonso juró guardar por sí y en nombre de sus sucesores.

Las Siete Partidas, cuyas disposiciones vieron la luz como consejo en tiempo de D. Sancho el Bravo, escitando tantas

rebeldias, fueron sancionadas definitivamente como leyes en las c6rtces de Alcalá (1348) y pacificamente acogidas; que tal es siempre el fruto de los gobiernos sábios y fuertes.

Excede á toda ponderacion la dificultad de escribir con ánimo desapasionado, no ya la historia, sino el rápido boceto, borrajado en pocas docenas de líneas, de un reinado como el de D. Pedro, del cual apenas nos queda mas que la cr6nica de Lopez de Ayala, acaparador de riquezas y de empleos, mas atento á conservarlas adulando al vencedor que á hacer justicia al muerto, su primer protector, cuyas mentiras y calumnias toman carta de verdad y se ajigantan bajo la dinastia triunfante del fratricida.

No intentaremos pues resolver el enmarañado pléito acerca de si D. Pedro ha de ser llamado el Justiciero ó el Cruel.

Sin embargo, como rayos de luz en la negra noche de la calúmnia que oscurece este reinado, aparece el favoritismo de la manceba de D. Alfonso XI mientras vivió su régio amante; el engrandecimiento de los bastardos hijos del rey, y el menosprecio del legitimo; el robo de pacíficos mercaderes llevado á cabo por los bastardos; los saqueos del tesoro real y en las tierras de Zamora y de Toro; el generoso perdon concedido una y muchas veces por D. Pedro á sus inicuos hermanos á quienes confió además la defensa de importantes plazas, los cuales no vacilan en besar la mano de la reina viuda que hizo morir á su propia madre; la entrega de D.^a María de Padilla á la ardiente pasion de D. Pedro por los mismos tutores y guardadores de esta hermosísima doncella, que sueñan convertirla en fuerte columna de inacabable favoritismo; su forzado casamiento con la desventurada D.^a Blanca; el acuerdo de su madre con los enemigos eternos de D. Pedro; el cruel ultraje hecho, dentro del mismo alcazar real, á D.^a Juana

Manuel, prometida del rey; á D.^a María de Portugal, madre del monarca, en el campo rebelde, porque en él militaba Martin Alfonso Tello.

¡Qué mucho que, á la postre, el leon castellano, enrespada la melena, amenezadoras las garras, centelleantes los ojos y revolviéndolos á todas partes, sin saber donde acudir en la mortal lucha de la dignidad real ultrajada con la ingratitud, aplastara á alguno de sus enemigos implacables!

D. Pedro, durante su agitadisimo reinado, comprendiendo á precio de dolorosísimas esperiencias, que el cáncer devorador de Castilla estaba en la anarquia feudal; que su eficaz remedio era poner coto á las mercedes y desmembramiento de la autoridad soberana aumentándola á toda costa; en destruir la prepotencia de los grandes; en mantener en justicia al pueblo, desarrollando en él el espíritu comercial, agricultor é industrial.

Así combatió este monarca la tirania del monopolio, fomentó la marina, alivio de gabelas injustas á los pueblos, concedió á judios y mudejares el derecho de nombrar sus propios jueces, estableció la manera de residenciar anualmente á adelantados, merinos y escribanos; para todo lo cual él mismo recibia en audiencia, pública dos veces cada semana.

¿Fué acaso D. Pedro I más arrebatado, más violento, más incontinente que su padre?

¿Hemos de conceder al uno el dictado de Justiciero y al otro el de Cruel, solo porque este cayó muerto traidoramente en Montiel, herido por el puñal de su hermano bastardo?

¿Es que la Historia no ha de tener mas que ultrajes para el vencido y aplausos para el vencedor?

Muerto D. Pedro no ascendió en paz D. Enrique II el

Bastardo (1369) al trono de su hermano; disputáronle la corona el portugués D. Fernando biznieto de D. Sancho el Bravo; el duque de Alencaster casado con D.^a Constanza hija de D. Pedro y de D.^a Maria de Padilla, é inquietaron sus estados el rey de Aragon, el de Navarra y el moro de Granada.

D. Enrique, al reorapensar espléndidamente á los que le habian auxiliado en derrocar del trono á su hermano, dejó exhausta é inerme la monarquia, en manos de los grandes señores.

D. Juan I sucedió á su padre (1379) y sostuvo guerras contra el duque de Alencaster que renovó sus pretensiones á la corona de Castilla, unido al rey de Portugal

El heredero de Enrique II contrajo matrimonio con D.^a Beatriz hija del portugués, acordándose que si este fallecia sin dejar hijo varon, le sucederia en el trono D.^a Beatriz, pero reservándose el gobierno del estado la reina viuda su madre, hasta que D.^a Beatriz tubiera un hijo ó hija mayor de catorce años.

Muerto á los pocos meses el rey de Portugal, como no dejara hijos, D. Juan quiso hacer valer los derechos de su muger cuyo cumplimiento le fué negado.

Invadió pues el Portugal, pero una epidemia que diez-mó su ejército, le hizo abandonar la empresa, que renovó despues (1385), siendo completamente derrotado su ejército en Aljubarrota.

Alentado el duque de Alencaster con estos desastres renovó las pretensiones á la corona con las que tuvo que transigir D. Juan, casando á su hijo, el infante heredero D. Enrique, con Catalina hija del duque de Alencaster.

D. Juan falleció á los treinta y tres años de su edad, por consecuencia de la caída de un caballo (1390).

La menor edad de D. Enrique III el Doliente, fué no poco agitada por los ambiciosos.

En las córtes de Burgos (1395) manifestó el rey su firme resolucion de gobernar por si solo, y al efecto contrató paces con los moros granadinos, introdujo grandes economias dando él mismo el egemplo en su casa, y anuló no pocas de las mercedes de su predecesor Enrique II.

La falta de salud del rey fué causa de que, con su temprana muerte (1406), se destruyeran en flor tan risueñas esperanzas.

Ventidos meses de edad contaba D. Juan II cuando ascendió al trono bajo la tutela de su madre D.^a Catalina y de su tio el infante D. Fernando, que rigieron con mano firme el estado, haciéndose cargo D.^a Catalina de gobernar Castilla la Vieja y D. Fernando la Nueva y la Andalucia, donde consiguió importantes victorias y ganó la plaza de Antequera que le dió sobrenombre.

Llamado D. Fernando á reinar en Aragon y muerta su madre, quedó D. Juan rodeado de ambiciosos que agitaron su reinado.

LLénase la vida de este principe con la privanza de Don Alvaro de Luna su compañero de la niñez.

Las armas cristianas vencieron en tiempo de D. Juan á los moros granadinos en la batalla de la Higuera; pero á nada mas pudo acudir el favorito que á dominar á los grandes. Venciólos el rey en Olmedo donde aprisionó á muchos, aunque quedando herido el infante D. Enrique.

D. Alvaro, para afianzar su poder, casó al rey con Doña Isabel de Portugal, suceso que, en vez de fortalecer su privanza, fué causa de su ruina.

El favorito fué preso de orden del monarca, juzgado atropelladamente y degollado en Valladolid.

D. Juan II, devorado de tristeza, murió (1454) á los tres meses de ocurrir este suceso.

En el reinado de D. Enrique IV crecieron mas y mas los escándalos y los desórdenes.

Alzada en armas la nobleza, se negó á reconocer como heredera de la corona á D.^a Juana, afirmando la impotencia del rey, y que la infanta era hija de D. Beltran de la Cueva.

Los sublevados alzaron en las cercanias de Avila un tablado y sobre él despojaron de las insignias reales á una estatua que representaba al monarca, al cual declararon incapacitado para gobernar, proclamaron al infante D. Alonso y lucharon con las tropas reales en Olmedo, cuya victoria quedó indecisa.

Muerto el infante D. Alfonso, los rebeldes propusieron la corona á D.^a Isabel que se negó resueltamente á aceptarla en vida de su hermano.

LECCION LXXIII.

Portugal hasta Alfonso V.

A la caída del imperio romano pasó la antigua Lusitania por los mismos trances que España assolada por los Bárbaros.

Ya dijimos que Alfonso VI de Castilla y de Leon casó á su hija D.^a Teresa (1095) con Enrique de Borgoña dándole en dote las tierras que habia conquistado y pudiera conquistar en Portugal con título de conde feudatario.

De este matrimonio nació Alfonso Enriquez que ganó á los moros la memorabilisima batalla de Ourique y en ella el título de Conquistador, siendo proclamado rey en el mismo campo de batalla, elección que confirmaron las Cortes de Lamego (1145). Durante su largo reinado, este príncipe conquistó á los mahometanos, entre otras ciudades, á Lisboa, Santaren, Evora y Badajóz.

Sancho I (1185) se apoderó del Alentejo. Alfonso II vió sus estados puestos en entredicho por el papa. San-

cho II hizo con su conducta que el pontífice Inocencio IV lo depusiera en el concilio de Leon de Francia. Alfonso III (1279), fué un excelente príncipe que ensanchó sus dominios con la conquista de los Algarbes. D. Dionisio imitó á su padre y fundó la célebre universidad de Coimbra. Casado este monarca con Santa Isabel tuvo un hijo que le hizo cruda guerra, apesar de las lágrimas de su madre y de los ruegos del Soberano Pontífice.

El turbulento D. Alfonso IV el Bravo sucedió á su padre. Este príncipe declaró la guerra y confiscó los bienes á su hermano D. Alfonso Sanchez y mandó matar á D.^a Inés de Castro casada en secreto con su hijo D. Pedro.

D. Pedro I, a quien unos llaman Cruel y Justiciero otros, al heredar á su padre, castigó cruelmente á cuantos intervinieron en la muerte de su madre, vindió la memoria de esta señora y arregló los gastos del estado haciendo grandes economías.

Su hijo D. Fernando (1367) fué el último rey de la casa de Borgoña.

Con arreglo á lo estipulado al casarse D.^a Beatriz hija de D. Fernando con D. Juan I de Castilla, reclamó este, al morir D. Fernando, la herencia de su esposa, negativa que fué causa de la batalla de Aljubarrota y de la proclamacion del maestre de Avis D. Juan, hijo bastardo de Pedro I.

D. Juan I dirigió sus armas al África donde conquistó á Ceuta y dejó sus estados (1455) á su hijo D. Duarte.

Alfonso V (1458) llevó á cabo tres expediciones al Africa: en la primera conquistó á Alcazar Ceguer sufriendo grandes pérdidas, entre ellas la del infante D. Enrique. En la segunda padeció gran descalabro y en la tercera se apoderó de Arcila y de Tanger.

Casado con D.^a Juana la Beltraneja, disputó la corona

de Castilla á D.^a Isabel I y fué vencido en la batalla de Toro.

Este príncipe abdicó la corona y se encaminó á la Tierra Santa.

Dotado Portugal de estensas costas y limitado por los estados españoles, puso sus ojos en África donde llevó á cabo no pocas expediciones, en las que perfeccionó su marina.

Comprendiendo los verdaderos intereses de su país el infante D. Enrique, establecido en las cercanías del cabo de San Vicente, escitaba á los suyos y los mandaba al Oceano para acometer grandes empresas.

En 1418 los portugueses descubrieron la isla de Madera: en los reinados de D. Duarte y D. Alfonso V concedieron los Papas á los portugueses el señorío de cuanto descubrieran desde el cabo Bojador á las Indias Orientales.

Así llegaron á cabo Nuñez en 1432, reconoció Cabral las Azores (1442, á 1450), llegaron á Cabo Blanco en 1440, á cabo Verde en 1447, y pasando el Ecuador, doblaron el Cabo de Buena Esperanza en 1486, preparando así el gigantesco virreinato de las Indias Orientales.

LECCION LXXIV.

Los daneses y los normandos en Inglaterra.

Alfredo no se hizo amar de sus subditos en los primeros tiempos de su reinado (871).

Habiendo tenido ocasion, en dos viajes que hizo á Roma, de apreciar una civilizacion mas adelantada, despreciaba los usos y costumbres anglo-sajonas, que quiso reformar con poco acuerdo.

Asi, cuando los daneses atacaron sus estados, viose abandonado de todos, salvando dificilmente su vida en las fronteras de Cornwal, donde, acogiéndose á la choza de un pastor, ganó su sustento á precio de los servicios mas humildes.

Esta existencia solitaria, el espectáculo de la naturaleza, tan elocuente en los paises montañosos, fortalecieron su alma enriqueciéndola con la más preciosa de las ciencias: el conocimiento de si mismo y de sus defectos.

Por medio de algunos antiguos amigos á quienes encontró al cabo de algunos meses, tuvo cabal noticia de

estado de la pátria, oprimida por los daneses, en la que se suspiraba por la restauracion. Poniéndose pues al frente de algunos, se establecio en un islote situado entre las lagunas que forman la confluencia de los rios Tone y Parret, desde la cual, como el halcon desde su nido inaccesible, caia sobre los daneses.

Reuniendo así á su alrededor los espíritus mas varoniles, logró al fin librar á su pátria de las dominaciones extranjeras, á costa de cincuenta y seis batallas.

En los escasos intervalos que le dejaba la guerra dedicábase Alfredo á estender en su pais, que habia caido en la mas grosera barbarie, las luces de la civilizacion.

Al efecto se rodeó de hombres doctos; dotó establecimientos de enseñanza; compuso libros de instruccion; hizo traducir al idioma vulgar los que le parecieron mas útiles; protegió las artes y el comercio; engrandeció la marina; repobló el pais; mandó explorar los mares del Norte; renovó la organizacion teutónica de la isla dividiéndola en distritos, centenas y decenas de familias, y reformó la religion y las costumbres.

Asi pudo gloriarse este príncipe de haber dejado en los caminos, pendientes de los árboles, brazaletes de oro, sin que nadie osara tocarlos.

La nacion agradecida atribuyó á Alfredo el Grande todas las mejoras legislativas, como á Arturo todas las proezas militares; hecho que acontece en todos los tiempos y paises con los tipos ideales.

Alfredo dejó el trono (900) á su hijo Eduardo, el cual, despues de luchar con el pretendiente Etelredo y con los daneses, fué heredado por Athlestan.

Edmundo, su hermano y sucesor socorrió á Malcom I, rey de Escocia, por lo que este príncipe le reconoció como su señor feudal.

Después de Edmundo reinaron (946 á 953) Edredo y Eduwico; tras de este el reformador y pacífico Edgar (957, á 975) y después Eduardo II, dirigido por San Dústan. Elfrida, madrastra del rey, que por su licenciosa conducta había sido castigada, hizo asesinar á este monarca en una partida de caza, para elevar á su hijo Etlredo II (978), bajo cuyo débil reinado recobraron los daneses su nativa patria invadiendo el país y recibiendo en cambio dinero de manos del cobarde Etlredo, por lo que, aun más altivos los piratas, desembarcaron á las órdenes de Suenon, rey de Dinamarca y de Olao de Noruega, que hicieron huir á Etlredo.

La indignación de los naturales contra los piratas, que ultrajando la religión y las costumbres, se entregaban á los mayores actos de ferocidad, exaltó de tal manera á los anglo-sajones que levantándose en masa degollaron á los daneses sin respetar á los decrepitos ni á los niños de pecho.

Reuniendo Suenon una gran escuadra, asoló el país y se tituló rey.

Tan dura y tan violenta fué la dominación de los invasores que los ingleses pusieron sus ojos en Etlredo, fugitivo en Normandía bajo la protección del duque Ricardo se enñado.

Habiendo desembarcado este príncipe, acudió contra él Canuto, heredero de Suenon. Pero muerto aquel, le sucedió su hijo Edmundo que fué asesinado, quedando Canuto en posesión de toda la isla.

Canuto (1017) se concilió el amor general inspirándose en las virtudes propias del cristianismo. Así, trató de igual manera á sajones y daneses; restableció las costumbres anglo-sajonas; reformó la legislación, respetando sin embargo las leyes propias de cada estado, y fué tan inaccesible á la adulación, que, habiéndole llamado uno de sus cortesanos árbitro del Océano, se sentó á la orilla de

mar mientras crecía la marea, para demostrarle que las olas no le respetaban.

Habiendo muerto Canuto, sus hijos se involucraron en guerras fratricidas que terminaron con la elevación de Eduardo III (1041) hijo de Etlredo.

Educado el nuevo rey en Normandía quiso establecer en Inglaterra las costumbres normandas, preparando así la conquista del país por sus antiguos favorecedores.

Eduardo III murió recomendando á los suyos que eligieran á Haroldo, hijo del conde Godwin.

Guillermo, duque de Normandía, reuniendo un ejército de sesenta mil hombres escogidos, desembarcó en Sussex y propuso á Haroldo someter la cuestión al arbitraje del Papa ó al de Dios en un duelo.

Rechazadas ambas proposiciones, lucharon normandos y anglo-sajones en los campos de Hastings donde fueron estos derrotados con muerte de Haroldo y de sus principales caudillos.

El vencedor, lejos de procurar la unificación de vencedores y vencidos, hizo cruda guerra á estos.

Al efecto proscribió la escritura y el idioma de los isleños; restableció el aborrecido tributo de los daneses; promulgó la tiránica ley del cobre-fuego; tan solo permitió el ejercicio de la caza á sus groseros barones feudales; dividió los primitivos alodios en sesenta mil y quince baronías, de las cuales dió ventiocho mil quince al clero, y treinta y dos mil á sus normandos con título de feudos hereditarios; prohibió el culto de los santos de raza anglo-sajona, cuyos sepúlcros fueron violados y aventadas sus cenizas.

LECCION LXXV.

Los normandos en Italia.

Carlomagno había adivinado, antes de morir, el terrible azote con que el Norte amenazaba en sus mismos días á la Europa, con los normandos ú hombres del Norte.

Con efecto, mientras se hallaba el héroe Carlovingio en la Galia Narbonense, algunos piratas normandos lanzaron audazmente sus esquifes hasta el puerto; pero sabedores de que él estaba allí, se reembarcaron al punto.

Carlos, apoyado en el balcón á cuyo pié se estendía la inmensa llanura del mar, permaneció silencioso dejando correr sus lágrimas; en seguida, dirigiéndose á sus atónitos jefes les dijo: *¿Sabéis por que he llorado? no es porque tema á esos piratas, sino porque me aflige la consideracion de que hallándome aun con vida se hallan atrevido á abordar á estas playas, porque preveo enantos males causarán á mis hijos y á sus pueblos.*

Con efecto, estos terribles piratas, originarios de las

costas de la Noruega y la Jutlandia, se hicieron temibles á Europa en los siglos IX y X con sus audaces epediciones, por medio de las cuales echaron en Kief y Nowgorod los fundamentos del imperio ruso, se establecieron en Inglaterra, atacaron á España donde fueron rechazados en tiempo de Ramiro I y Abderraman II y se establecieron en Francia en la desembocadura del Loira (853), logrando mas adelante (912) enseñorearse del territorio á que dieron el nombre de Normandia y la que agregaron la Bretaña.

Pero no anticipamos los acontecimientos. Ocupémono del estado de Italia en esta época.

Ya hemos hablado de esta península en cuanto se relaciona con el imperio de Carlomagno: ahora nos toca ocuparnos de otros centros de poder que en ella existian por estos tiempos.

Venezia, Génova, Florencia, Pisa; los principados de Luca, Mantua, Parma y Regio; el gran ducado lombardo; de Benevento; la Pulla y la Calabria que poseian los griegos; no pocas ciudades maritimas como Nápoles, Gaeta y Amalfi que se habían erijido en repúblicas, constituian estados independientes.

Los sarracenos aglabitas de Africa, señores de Sicilia desde el año 827, llamados por la republica de Nápoles contra los lombardos y luego por las facciones del ducado de Benevento, apoderáronse de Bari, de Tarento y de Cumas, asolando por espacio de más de un siglo las ciudades griegas y lombardas y las cercanias de Roma se establecieron en la Calabria anunciando la creacion de un imperio poderoso en la Italia meridional, establecimiento que vino á malograr un suceso, al parecer, insignificante, como tan vulgar en esta época de extraordinarias aventuras.

Cuarenta peregrinos normandos que habian salido de su pátria para ir á Jerusalem en los primeros años del siglo XI, al regresar á su pátria en naves de Amalfi, abor-daron á Salerno cuando esta ciudad, sitiada por los saracenos, acababa de capitular mediante el pago de un fuerte rescate.

Los peregrinos que hallaron á los salernitanos ocupados en reunir el precio de su rescate y á los invasores tranquilos y seguros en su campamento, reprocharon á los primeros su cobardía, escitáronlos á que volvieran á empuñar las armas y les ofrecieron pelear en su auxilio.

Cerrada la noche, normandos y salernitanos cayeron sobre el campamento de los enemigos, les obligaron á reembarcarse y enriquecidos con el despojo de los bárbaros y el reconocimiento de los italianos, regresaron á su pátria contando maravillas.

Escitados por el ejemplo, el normando Drengot, sus cuatro hermanos y algunos fieles servidores, pasaron á Italia y entraron al servicio de Melo, que despues de obtener algunas victorias sobre los griegos, fué al fin vencido (1019) en los campos de Canas.

Llamados despues en socorro de Nápoles sitiada por el príncipe de Capua, fueron legitimados en la posesion del castillo y territorio de Aversa, de que se habian apoderado, por el duque de Nápoles que erigió este distrito en condado (1026) á favor de Rainulfo hermano de Drengot.

Este fué el origen del reino de las Sicilias.

Trascurrido escaso tiempo de estos sucesos, llegaron á Italia Guillermo Fierabras, Drogon y Humfredo, tres hijos de Tancredo de Hanteville y con favor de sus paisanos de Aversa, auxiliaron á los griegos contra los árabes, dando muerte Guillermo al general saraceno.

El bizantino, ingrato para con sus amigos, rehusó

partir con ellos el botin fruto de la victoria; por lo que los normandos, apesar de no contar mas que con quinientos infantes y setecientos caballos, derrotaron á los sesenta mil hombres que componian el ejército griego.

Así fundaron los normandos en la Pulla una república feudal de que fueron sucesivamente jefes, Guillermo, Drogon (1046) y Humfredo (1047 á 1057).

Una liga de los griegos, del emperador Enrique III y del papa Leon IX, fué deshecha por Roberto Guiscardo, hermano de Humfredo y por Ricardo conde de Aversa.

A Humfredo sucedió Roberto Guiscardo que se hizo declarar duque de Pulla, de Calabria y de Sicilia por el Papa Nicolás II.

Por este tiempo estaba ocupada la isla de Sicilia por multitud de emires árabes que no reconocian la autoridad de los soberanos de África y que habian dividido la isla en pequeños principados.

Rogerio, tambien hijo de Tanredo, desembarcó en Sicilia, se apoderó de Mesina y luego de Palermo, con auxilio de Roberto Guiscardo y los pisanos. Rogerio se enseñoreó de toda la isla despues de treinta años de combates (1061 á 1090) y tomó el título de gran conde de Sicilia.

Roberto Guiscardo, señor de Nápoles, se apoderó de Salerno, de Otranto, de Tarento y de los estados griegos de la Italia meridional.

Hecho esto, pensando derribar el imperio de Oriente, se embarcó Roberto en Durazo, de cuya ciudad se apoderó; llegando hasta Tesalónica.

Temblaba la cobarde Constantinopla ante los invasores cuando Roberto se vió obligado á defender sus propios estados atacados por el emperador de Alemania.

Otra vez mas volvió á invadir la Grecia el valiente Roberto, matando trece mil bizantinos en un combate naval

cuando le sorprendió la muerte en Cefalonia, á los setenta años de su edad (1085).

A Roberto Guiscardo heredó su hijo Rogerio (1085) (1091); á este Guillermo II, y á Guillermo Rogerio II (1127) que reunió á sus posesiones de Sicilia la Pulla y la Calabria y se tituló rey de la Italia Meridional y de Sicilia. En guerra Rogerio II con el príncipe de Capua fué auxiliado este por Lotario emperador de Alemania y perdió todos los países de la Italia Meridional, refugiándose en Sicilia.

Habiéndose rehecho Rogerio, atacó á los sarracenos en la misma Africa, y asegurada al imperio griego saqueando á Atenas, Tebas y Corinto, y por último, sus normandos, por medio de un tratado con el emperador de Constantinopla, adquirieron la posesion de las ciudades griegas en Italia.

Muerto Rogerio II entraron sucesivamente á reinar Guillermo I (1154) y Guillermo II el Bueno (1166), con cuya muerte quedó estinguida la línea legitima de Tancredo de Hauteville.

Casada Constanza, hija de Rogerio II, con Enrique VI, emperador de Alemania, este quiso hacer valer sus derechos al reino de las dos Sicilias (1189).

Los isleños y los italianos opusieron al emperador á Tancredo, nieto legitimo de Rogerio, que por espacio de cuatro años luchó contra los alemanes hasta que por último, vencido Tancredo y muerto el nuevo pretendiente Guillermo III, el reino de las dos Sicilias formó parte de los dominios de la casa de Suabia.

LECCION LXXVI.

Alemania desde Conrado I á Enrique III.

Á la muerte de Luis V el Niño, convenidos los señores alemanes, ofrecieron la corona á Oton el Ilustre, que la rehusó aconsejándoles que eligieran á Conrado de Franconia conde del Bajo Hesse.

Conrado murió sin poder reducir la Lorena á su obediencia ni contener á los húngaros que se habian adelantado hasta Fulda y la Alsacia.

Enrique I el Cazador debió este sobrenombre á que cuando Everardo hermano de Conrado fué á presentarle las insignias imperiales (919), lo encontró con el halcon en la mano.

Este príncipe sometió la Lorena, derrotó á los húngaros; conquistó á los bohemios la ciudad de Praga, obligó al rey de los jutos á abolir la idolatria y los sacrificios humanos y murió (936) á los sesenta años de su edad.

Electo Oton el Grande en la dieta de Aquisgran, sometió á los grandes vasallos descontentos, y habiendo solicitado su auxilio contra el duque de Istria y ofrecídole en cambio su mano la princesa Adelaida que reinaba en

Lombardia, en tres expediciones que Oton hizo á Italia adquirió aquel reino el título de emperador para Almunia cuya investidura recibió del papa Juan XII con el protectorado de Roma.

Oton II (972 á 985) luchó con vario éxito contra los señores alemanes enemigos de la unidad del imperio y contra los francos, sarracenos y griegos.

Oton III ascendió al imperio de edad de seis años bajo la tutela de su madre Teofania y del arzobispo de Bolonia y fué discípulo del famoso Gerberto, pasmo de su edad, que ascendió al pontificado con nombre de Silvestre II.

Este reinado fué presa de grandes agitaciones, producidas por las guerras de los grandes feudatarios y por las invasiones de eslavos y dinamarqueses.

Afanoso por restablecer su autoridad en Italia, sitió en la Mole Adriana á Crescencio nombrado cónsul por los alborotadores romanos, se apoderó de él y le hizo cortar la cabeza con doce de sus principales oficiales.

Oton III murió de edad de ventidos años.

Enrique II, duque de Baviera, ocupó el imperio (1002) y, como sus predesores, luchó con los príncipes feudatarios, con el lombardo Harduino, con Boleslao, rey de Polonia á quien quitó la Bohemia y adquirió la Borgoña por cesion de Rodolfo III.

Este emperador fué el último de la casa de Sajonia, á la cual vino á suceder en el imperio, la de Franconia, en la persona de Conrado II.

Conrado el Sáfico (1024) pasó á Italia, dondè despues de sojuzgar al duque de Aquitania, fué coronado emperador y recibió el homenaje de los señores de Benevento, de Cápua y de Bari. Vuelto á Alemania venció al conde Wolf y á Ernesto de Suabia, conquistó la Polonia y la Bohemia y alcanzó victorias en Italia.

A la muerte de Conrado (1059) fué proclamado Enrique III, apellidado el Negro.

Enrique sostuvo diversas guerras con el duque de Bohemia en una de las cuales fué vencido en los espesos bosques que separaban entonces la Bohemia de la Baviera; pero al año siguiente el duque se vió obligado á prestarle juramento de fidelidad en Ratisbona. Unido al margrave de Austria derrotó á los húngaros.

En la nueva guerra (1044) contra aquellos reinos, logró Enrique restablecer en el trono á su protegido Pedro.

Atento á las cuestiones de Italia, pudo reducir á los rebeldes lombardos é intervenir con su influencia en la eleccion de los pontífices Clemente II, Dámaso II, Leon IX y Victor II.

LECCION LXXVII.

Alemania.—Enrique IV y San Gregorio VII.

Hemos visto á los emperadores recibiendo de manos de los Pontífices la investidura de su alto poder, mezclándose en cambio en los asuntos de Italia é interviniendo en la eleccion de los papas; á los fieles enriqueciendo á la Iglesia con inmensas propiedades territoriales; á los reyes concediendo al clero grandes privilegios; á los segundones de las casas ilustres aspirando á los primeros cargos eclesiásticos, conducidos por miras mundanas, rodeándose de ambiciosos á quienes concedian los puestos inferiores, y, por consecuencia de todo, la eleccion de los pontífices cohibida por poderosas voluntades laicas; á altos dignatarios eclesiásticos convertidos en duros guerreros, y, por último la simonía, el concubinato y la degradacion de las costumbres de clérigos y legos.

Preciso era pues devolver al papa la integridad de su sagrado poder; contener á los emperadores en su ambicion;

acabar con la compra-venta de los cargos eclesiásticos; restituir al clero su pristina pureza; que el pan que pertenecía á los pobres no se gastara en lujos y liviandades; que cada cual se contuviera dentro de los límites de lo prudente y de lo justo.

Ahora bien, el que emprendiera la árdua empresa de romper el triple nudo de la riqueza, de la familia, de la autoridad con que el clero se hallaba enlazado á la sociedad, el que intentará despojar á los reyes de los privilegios que los engrandecian, debia estar adornado de una virtud á toda prueba, de una voluntad inquebrantable, de un carácter enérgico, de las virtudes propias de los mártires.

En mas de una ocasion hemos afirmado la intervencion de la Providencia en los sucesos humanos, ley demostrada por la esperiencia: así vemos, que á los grandes males sociales jamás falta ni faltará el oportuno remedio y medicina, hasta el terrible momento en que la voluntad Suprema resuelva que todo lo humano caiga y se derrumbe.

Así, del seno mismo de aquel pueblo vejado y oprimido por reyes y señores, iba á surgir como tantas otras veces, el gigantesco médico destinado á sajar y á cauterizar las terribles llagas de aquella sociedad corrompida.

En el célebre monasterio de Cluni florecia el monge Hildebrando, hijo de un pobre carpintero de Saona, notable por su erudicion sagrada y profana, por sus irreprochables costumbres, por su corazon recto, por su entendimiento, tardo en la decision porque caminaba en sus resoluciones con la calma grave del que sabe que ha de ir muy lejos, á través de un camino áspero y difícil.

Elevado Hildebrando por su virtud y su ciencia al

consejo de los Sumos Pontífices, fué preparando su obra.

En los Pontificados de Leon IX y de Victor II, no pocos obispos y arzobispos simoniacos fueron depuestos; Estéban IX prohibió el matrimonio de los sacerdotes; Nicolás II quitó al emperador y al pueblo el derecho de intervenir en las elecciones pontificias que confió á un concilio de cardenales obispos y cardenales clérigos.

Muerto Alejandro II, á quien él mismo habia sostenido contra el antipapa Cadolao obispo de Parma, fué electo Hildebrando que tomó el nombre de Gregorio VII.

Elevado ya á la silla de San Pedro, el nuevo Papa renovó los decretos de sus predecesores inspirados por él, y un concilio celebrado en Roma (1074) condenó la simonia, proscribió el concubinato de los sacerdotes, y otro, celebrado en el siguiente año, declaró que la investidura de los bienes eclesiásticos no pertenecía á los seglares.

Imperaba entonces en Alemania Enrique IV.

Las grandes cualidades de que sin duda la Providencia adornó á este príncipe, torcidas por una educacion viciosa, lo habian prontamente sumido en la tirania y en los vicios así públicos como privados.

Fueron ya tantas y tan justas las quejas, que el papa, usando de un derecho entonces unanimemente reconocido, mandó á Enrique IV que se presentara en Roma para justificarse ante el Concilio.

Lejos de obedecer el emperador á esta intimacion, contestó con una grosera epistola mandando á Gregorio VII que compareciera ante él para ser juzgado.

Dada lectura en el concilio de esta insolente misiva unánimes los Padres declararon excomulgado al emperador, y el Papa le destituyó de sus estados, relevó á sus subditos del juramento de fidelidad, suspendió á los obispos

reunidos en Worms, y ordenó que dos legados pasaran á Italia y á Alemania para ejecutar sus órdenes.

Estos decretos fueron acogidos con inmensa alegría por todos los oprimidos, y los señores se reunieron en Tribur para deponer al tirano

Á los grandes señores estaba reunido el pueblo en esta cuestion, cansado de ver que la hacienda de la Iglesia, patrimonio de los pobres, se gastaba en prodigalidades y que por tanto hacia suya la causa de Gregorio VII.

Mas razonable el emperador ante la inminencia del peligro, se convino en la tregua de un año, durante la cual habia de obtener la bendicion del papa ó someterse á la decision de la dieta de Augsburgo. En tanto encaminose á Italia acompañado de un hijo y de su buena esposa Berta á la que tanto habia ultrajado.

Encontrábase Gregorio VII en el castillo de Canosa propio de la condesa Matilde y conociendo que no la conviccion sino la fuerza llevaban al emperador á Italia, negóse á recibirlo para evitar mayores males á la cristiandad, remitiéndolo para la anunciada dieta de Augsburgo Pero no queriendo despues que su negativa se interpretara por soberbia, lo admitió á su presencia; rompió el lazo terrible del anatema y lo restableció en la Comunion de nuestra Santa Madre la Iglesia.

En esta solemne entrevista el papa tomó la hostia consagrada, apelando al juicio de Dios si otra vez se hacia el emperador reo de los delitos que se le imputaban, y despues de comer la mitad de ella, dió la otra mitad á Enrique para que hiciera otro tanto si no se sentia culpado.

Enrique no se atrevió á un acto que hubiera resuelto todas las cuestiones y no quiso aceptar el Juicio de Dios.

Sabiendo todos en Alemania ó Italia que el emperador mentia, consideraron su sumision como bajeza, lo menospre-

ciaron, y él, ciego siempre, se arrojó resueltamente en brazos de los enemigos de la Iglesia.

Los señores alemanes, congregados en Forcheim, depusieron al emperador como contumáz y nombraron en su lugar á Rodolfo duque de Suavia.

El emperador reunió un conciliábulo, depuso nuevamente al Papa, hizo elegir á Guiberto con nombre de Clemente II y apercibiendo sus tropas luchó con varia fortuna, hasta que, muerto Rodolfo, marchó á Roma con su antipapa, por el que se hizo consagrar emperador.

Para que el triunfo del mal no fuera completo, quiso la Providencia que por aquellos dias, retirándose Roberto Guiscardo el normando del sitio de Durazzo para socorrer la Apulia que habia invadido Enrique, llegara á Roma y salvara á Gregorio VII sitiado en el castillo de Sant Angelo, llevándolo al de Letran, desde el cual el Pontífice excomulgó al emperador y al antipapa.

Despues, Gregorio VII murió en la ciudad de Salerno exclamando: *He amado la justicia y he odiado la iniquidad; por eso muero en el destierro.*

La verdad y la justicia son inmortales: así que la causa de la independencia de la Iglesia no acabó con la vida del pontífice, ni Enrique IV vivió tranquilo, antes bien experimentó el terrible dolor de ver que su propio hijo Conrado se le sublevara y que despues de la muerte de este se revelara igualmente Enrique, su otro hijo, ante el que se vio forzado á huir.

Cuando Enrique IV se preparaba para luchar contra el rebelde, le sorprendió la muerte en Lieja á los sesenta y seis años de su edad y cincuenta de reinado.

Enrique V renovó en un principio las pretensiones de su predecesor; pero, al fin, excomulgado por el papa y viéndose amenazado de igual fin que su padre, poniéndose de acuer-

do con los barones confederados, firmó en Wurzburgo la paz y celebró otra con el papa.

La dieta de Worms (1122) confirmó el concordato por el cual el emperador, absuelto de la excomunion, renunció al pretendido derecho de dar la investidura del anillo y el báculo; dejó á la iglesia la libertad de eleccion y prometió devolver las regalías usurpadas al estallar la guerra. Por su parte el papa consintió en que los prelados de Alemania fueran elegidos en presencia del emperador, aunque sin violencia ni simonia; que despues de la eleccion aceptasen del imperio las temporalidades, mediante el cetro y le prestasen los servicios que le eran debidos.

El primer concilio general de Letran confirmó en el año siguiente estas decisiones, y desde entonces perteneció al cónclave de cardenales el derecho de elegir los Soberanos Pontífices.

LECCION LXXVIII.

Francia desde Hugo Capeto á San Luis.

Hugo Capeto, así apellidado porque como abad lego del monasterio de San Martin ostentaba la famosa capa del Santo, fué el fundador de la dinastia de los Capetos (987).

Organizado el sistema feudal en Francia, hallábase Hugo Capeto, al comenzar su reinado, rodeado de los señores sus iguales, pudiendo únicamente disponer de su ducado de Francia, cuya capital era Paris.

En estas circunstancias propúsose el nuevo rey emancipar la corona de la tutela de los feudatarios, engrandecidos en los miserables tiempos de los últimos Carlovingios; reconstruir la clase de hombres libres que habia sucumbido con la autoridad real; comenzar en fin la lucha que habia de terminar con la ruina del poder feudal y el engrandecimiento de la monarquia.

Roberto y Enrique (996 á 1060), sucesores de Hugo, se distinguieron por su piedad; Felipe se hizo detestable por su tirania.

El reinado de Luis VI el Gordo (1108) se resume en las guerras con Inglaterra y en el engrandecimiento del poder real á costa de los señores feudales: Luis VII el Jóven (1157) tomó parte en la segunda Cruzada y repudió á la princesa Leonor cuyos estados, por su union con Enrique II de Inglaterra, fueron á engrandecer el poder de este príncipe en Francia. Sin embargo prosiguió la política de su padre concediendo carta de emancipacion á las ciudades.

En tiempo de Felipe II Augusto decayó mas y mas el poder feudal.

Este príncipe citó ante el tribunal de los Pares al rey de Inglaterra Juan Sintierra, por haber dado muerte á su sobrino Arturo, y, no compareciendo el inglés, lo hizo condenar á muerte y á la pérdida de todos sus señorios y feudos en Francia.

Alemania, Inglaterra, Flandes y Lorena declararon la guerra á Felipe Augusto, que apoyándose en las milicias de los Comunes, derrotó á los coaligados en Bovines (1214) ganando con esta victoria el primer lugar entre los reyes de su siglo.

A Luis VIII sucedió Luis IX.

Durante la menor edad de este rey creyeron los grandes señores que habia llegado el momento de reponerse de los quebrantos sufridos en los reinados anteriores; pero D.^a Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII madre del rey, disolvió la Liga en cuya ocasion mostráronse los Comunes muy leales á la causa del monarca.

Llegado Luis á la mayor edad se formó contra él otra Liga de los grandes vasallos apoyada por Enrique III de Inglaterra, la cual deshizo el santo rey ganando la batalla de Taillebourg y de Saintes despues de las cuales se mostró con los rebeldes clemente y generoso.

Luis IX reformó la legislación publicando el código de leyes conocido con el nombre de *Establecimientos de S. Luis*, y, por último, fiel á los principios cristianos que le habia inspirado su madre D.^a Blanca, fué como su primo D. Fernando III el Santo, un modelo de reyes y de príncipes cuyas diferencias compuso muchas veces como las que sobrevinieron entre el emperador Federico II y el Pontífice Gregorio IX.

S. Luis tomó parte en las dos últimas cruzadas y murió frente á Tunez en 25 de Agosto de 1270.

LECCION LXXIX.

Imperio griego desde Niceforo á Alejo I.

El ingrato Niceforo, derrotado por Harum-al-Raschid, murió con todo su ejército peleando contra Crum rey de los búlgaros: Miguel Curopalata, traicionado por Leon el Armenio fué vencido en Andrinópolis y se retiró (814) á un convento para evitar la efusion de sangre: Leon renovó la heregia de los iconoclastas y fué asesinado por los parciales de Miguel el Tartamudo. Este, condenado á ser quemado vivo, en vez de ser conducido á la hoguera, fué elevado al trono: Un solo rasgo basta para pintar el carácter de este ignorante y bárbaro emperador. Cuando llegó á noticia de Miguel que los árabes se habian apoderado de Sicilia, dijo á Ireneo su ministro: *Me alegro que te hayan aliviado del cargo de tener que administrar esa isla lejana.* A lo que el ministro contestó: *Con dos ó tres de estos alivios, tampoco vos tendreis la incomodidad de administrar el imperio.* Teófilo, hijo de Miguel, valeroso y espléndido, opuesto á su pa-

dre en todo, al tener noticia de que el califa Motasem se había apoderado de Amorío, en el Asia Menor, falleció presa de tristeza invencible.

Miguel el Beodo, digno de su sobrenombre, fué muerto por Basilio que enriqueció el erario á fuerza de economías, alcanzó grandes victorias sobre los enemigos del imperio, fué cruel con sus contrarios y dió principio al código de leyes publicado por Constantino en cuarenta libros, con título de *Basilicas*.

Leon el filósofo, que sustituyó (936) á Basilio, se distinguió por su lascivia y su cobardía: Constantino VII, Porfirogénito, se vió obligado á asociarse á Romano I (916) y á los tres hijos de este, Cristóbal, Esteban y Constantino VIII, de los cuales, el último, encerró á su padre y hermanos en un monasterio.

Constantino VII, que era artista, literato, músico y poeta, mientras se consagraba á sus aficiones, dejó que su muger Elena manchara el imperio.

Teofana, hija de un tabernero y muger de su hijo Romano, hizo que este envenenara á su padre.

Romano II vivió entregado á la molice, y al morir, fueron proclamados sus dos hijos, que aun estaban en la infancia, Basilio II y Constantino IX.

Niceforo Focas, notable general de Romano II en las guerras contra los árabes, casándose con la infame Teofana, destronó á los dos emperadores niños, conquistó á los árabes la isla de Chipre, la Cilicia y la Siria, llegó con sus armas victoriosas hasta la inmortal ciudad de Nisibe y fué degollado de orden de Teofana que elevó al imperio á su amante Juan Zimisces, el cual hizo olvidar el origen de su poder con su amor á la justicia y sus increíbles victorias contra rusos y árabes y murió envenenado por su chambelán Basilio.

Entonces fueron llamados al imperio los dos hijos de Romano II, (Basilio II y Constantino IX) que aumentaron los dominios del imperio, destruyendo el primero el reino de los cazaros.

Muertos los dos emperadores, Zoe hija de Constantino, se casó con Romano III, pero cansada de él y enamorada de Miguel el Pfallagonio, lo hizo ahogar en el baño. Enfermo Miguel, renunció la púrpura en su sobrino Miguel el Calafate, así llamado por el oficio de su padre, que escitó por su ingratitude y sus vicios el furor popular, hasta el punto de que, abandonando el palacio al estallar un motin, se refugió en un convento de donde lo arrancaron y le sacaron los ojos proclamando á Zoe y á su hermana Teodora.

La sexagenaria y liviana Zoe dió su mano á Constantino Monomaco (X), que fué destronado por Teodora con la cual acabó la descendencia de Basilio el Macedonio.

Después de pasar rápidamente por el imperio Miguel Estratiótico, vistió la púrpura Isaac Comneno (1057) que la abdicó á los dos años en Constantino XI, á quien sucedieron sus tres hijos, Miguel, Andronico y Constantino, bajo la tutela de su madre Eudoxia que se casó con Romano Diógenes, el cual fué proclamado emperador (Romano IV). Vencido este emperador por Alp-Arslan, los griegos proclamaron á Miguel Paropinacio y arrancaron los ojos á Romano que se retiró á un monasterio. A Miguel sucedió Niceforo Botoniatas y á este Alejo Comneno.

Cuando este emperador ascendió al trono hallábase el imperio combatido por todas partes y amenazado de inminente ruina, no solo por los enemigos exteriores, sino por los interiores, entre los que se contaban las heregias, eterno cáncer de Bizancio. Eran entre estas mas de notar la de los Bogomilos sucesores de los Paulicianos y la del médico

Basilio, especie de misticismo que ha reaparecido en nuestros días, y además, la hidra de los iconoclastas.

En tales circunstancias fué elevado al patriarcado de Constantinopla San Ignacio, hijo del emperador Miguel I.

Cuando Cesar Bardas, implacable enemigo del patriarca, se apoderó de la voluntad de Miguel III, San Ignacio fué perseguido, y elevado el lego Focio á la cabeza de la Iglesia de Oriente.

Focio notificó su eleccion al Papa Nicolás I, que en un Concilio celebrado en Roma declaró nula la eleccion del intruso.

Irritado el emperador negó la competencia del Pontífice, y Focio por su parte excomulgó al *obispo de Roma*.

A Miguel III sucedió Basilio el Macedonio (867) que depuso á Focio y restituyó en su sede á San Ignacio.

Adriano II, heredero de Nicolás en el Pontificado, reunió un Concilio en el cual fueron quemadas las actas del conciliábulo de Constantinopla y degradado á Focio; acuerdos que fueron confirmados en el VIII Concilio general.

Trascurrido algun tiempo, á fuerza de astucias y de bajas adulaciones, logró Focio atraerse la voluntad del emperador, de tal manera, que á la muerte de San Ignacio lo volvió al patriarcado.

Focio abjuró sus errores ante un Sinodo; el emperador pidió la confirmacion del nombramiento y el Papa Juan VIII envió sus legados para proceder con conocimiento de causa, los cuales encontraron á Focio pertinaz en su heregia, por lo que el Soberano Pontífice anatematizó á todo el que no lo tuviera por excomulgado.

Leon el filósofo depuso al intruso patriarca, poniendo en su lugar á su propio hermano Estéban.

La armonia entre las dos Iglesias se conservó hasta los tiempos de Miguel Cerulario, en que el obispo de

Trani insultó á la Iglesia Latina; replicó el Papa Leon IX y se agigantó la querella.

Los legados pontificios colocaron sobre el altar de Santa Sofia la condenacion de Focio, sacudieron el polvo de sus pies y esclamaron: *Mire el Señor y juzgue*.

Desde entonces quedaron definitivamente separadas la Iglesia Latina y Griega.

UNDECIMA ÉPOCA.

LAS CRUZADAS. LOS MUNICIPIOS. (300 á 1095).

LECCION LXXX.

Las Cruzadas.

Siguiendo el curso de la Historia en la segunda mitad de la Edad Media, vemos predominar en ella el sentimiento religioso, que naturalmente se fijó con grande amor en las reliquias de los Santos y en los Lugares donde se habia realizado la Redencion del género humano.

En medio de este necesario cariño no podia quedar olvidado el Sepulcro de Jesucristo, y así es que desde los primeros tiempos de la Edad Cristiana vemos acudir á él á los hijos del Evangelio, convirtiéndose estas peregrinaciones en una verdadera necesidad para el Occidente, pues que allí iban los fieles á engrandecer su espíritu y á cumplir las penitencias que se les habian impuesto para expiar sus pecados.

Pero, como ya hemos visto anteriormente, de entre la confusion política y religiosa del Asia habia salido un hombre que haciendo servir á sus propósitos las pasiones mas violentas, fundó una nueva religion y un nuevo imperio que amenazó en breve con sus progresos á la Europa, cayendo al cabo Jerusalem en manos de Omar. Sin embargo, mientras vivió este califa era tolerable la suerte de los cristianos en la Tierra Santa; pero á su muerte sufrieron todo género de padecimientos, sin que á pesar de ello se entibiara el ardor por las peregrinaciones.

La invasion de los turcos, dando al Oriente nuevos dueños, habia de dar tambien á los cristianos de la Tierra Santa nuevos opresores. Mas esa inmensa muchedumbre de enemigos de la Cruz no encontraba indiferente á la Europa. Ecos del dolor universal Gregorio VII y Victor III, hicieron oír la voz de las Cruzadas; pero el primero de estos Pontífices gastó los esfuerzos de su elevado génio en sus luchas con Enrique IV, y el segundo armó algunos osados marinos de Pisa, Génova y otras diversas ciudades italianas, que si bien llevaron á cabo atrevidas empresas, solo consiguieron prevenir á los infieles y hacer mas dura la servidumbre de los cristianos en Siria.

En el año de mil noventa y tres, Pedro, un simple ermitaño, que habia buscado primero satisfacciones para su espíritu turbulento en el estrépito de las armas, despues en el mundo, y por último en la soledad, cumpliendo las necesidades de su alma, ávida siempre de emociones, y siguiendo el espíritu de la época, que empujaba á los cristianos hácia el Oriente, visitó los Santos Lugares, de que eran dueños los mahometanos, apoderados de Jerusalem, conquistada por Omar.

Á la vista del Calvario y del sepulcro de Jesucristo se

sobrescité su imaginación, gimiendo de dolor al contemplar los padecimientos de sus hermanos.

Pedro y el Patriarca lloraron juntos las desgracias de Sion. El postrero dió á aquel cartas, en que imploraba el socorro del Papa y de los príncipes cristianos, y el primero desde la Palestina se dirigió á Italia y con su imaginación meridional pintó á Urbano II lo que había visto y lo que había sentido en la Ciudad Santa.

Desde allí, el Ermitaño recorrió la Europa comunicando de ciudad en ciudad y de provincia en provincia su santo celo por librar la Palestina del yugo de sus opresores.

Así fué que al concilio de Plasencia asistió innumerable muchedumbre de fieles, y luego en el de Claramonte fué acogida con lágrimas la elocuencia de Pedro el Ermitaño, retumbando el *Dios lo quiere* como un inmenso trueno, tomando la muchedumbre de manos de la Iglesia el estandarte de la libertad cristiana, y poniendo todos sobre sus vestidos la enseña de la humanidad rescatada, para luchar con aquella nación que del Este de Asia había llegado á dar nuevo aliento á los debilitados secuaces del Profeta, haciendo que el Oriente renovara sus eternas amenazas.

El ejército del pueblo, la muchedumbre, sin esperar la llegada del tiempo convenido, á las órdenes de Pedro el Ermitaño y de Gualberto, emprendió el camino, y faltó de todo, pereció en Hungría y en el Asia Menor.

El ejército de los caballeros, mandado por Godofredo de Buillon, púsose en marcha y se apoderó de Nicea, de Edesa, de Antioquia y de Jerusalem que fué tomada por asalto (1099) despues de cuarenta dias de sitio. Godofredo fué el primer rey de Jerusalem.

El gran movimiento ocasionado por la primera Cruzada, heló de espanto á los sectarios del Islam, prontos ya á invadir á la Europa desde el Asia anterior y la Siria, alum-

brando la historia de estos tiempos con el brillo de inauditas hazañas.

Fué causa de la segunda Cruzada la caída de Edesa en poder de los infieles y tuvo por jefes á Luis VII de Francia y á Conrado III emperador de Alemania.

En ella, escitados intereses mundanos con las grandezas obtenidas por los héroes de la primera, apenas hallaremos mas que desastres, volviéndose todo contra los expedicionarios.

La indisciplina propia del feudalismo, acrecentada por las rivalidades y la sed de riquezas; la disolucion que llevó á las filas de los Cruzados el excesivo número de mujeres que los habían acompañado; la sobrada confianza del heróico Luis VII; la vanidad y el escaso talento del emperador Conrado, produjeron la ruina de esta empresa en que sobresale el melancólico dolor del gran San Bernardo, que la había predicado contra los presentimientos del abad Sugerio. El de Clarabal, piensa en medio de la responsabilidad de tan desastroso éxito, que el universo ha sido prematuramente juzgado, que el Creador del mundo se ha despojado de sus misericordias.

Vencido y prisionero Guido de Lusignan en la sangrienta batalla de Tiberiades, Jerusalem cayó en poder de Saladino (1187).

Predicó la tercera Cruzada Guillermo de Tiro y se pusieron al frente de ella el emperador de Alemania Federico Barbarroja, Felipe Augusto rey de Francia y Ricardo Corazon de Leon rey de Inglaterra.

La tercera Cruzada comienza con una inmensa catástrofe en la Cilicia campestre, cuando el Cydno, en cuyas aguas estuvo á punto de encontrar la muerte Alejandro el Grande, arrojó ante los consternados soldados de la Cruz el cadaver de Federico Barbarroja, cuyo nombre y cuyas

hazañas habían espantado al Asia. Posteriormente esta empresa se resume en el heroico valor del rey de Inglaterra Ricardo Corazon de Leon; en la nobleza y generosidad de Saladino, bien pocas veces desmentida; en la conquista de Tolemaida; en la ruina de Ascalon, y en la fundacion del reino de Chipre.

En la cuarta Cruzada, en vez de aprovecharse los cristianos del desorden producido entre sus contrarios por la muerte de Saladino, vemos que á la voz del mismo Pontifice que habia empujado hácia la tierra santa á Federico I, á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto, marcharon á Oriente dos ejércitos á los órdenes de los Duques de Sajonia y de Brabante, del Obispo de Maguncia y del Conde del Limbourg, y que despues emprendió el camino de Oriente el emperador Enrique VI. Pero los primeros á su llegada encontraron oposicion á la guerra por parte de los cristianos establecidos en Siria, que querian fuese respetada la tregua; y el emperador se aprovechó de todos los medios que la cristiandad habia puesto en sus manos, para promover una lucha impia en Nápoles y en Sicilia; viéndose entonces el extraño espectáculo de una Cruzada dirigida por un príncipe excomulgado, y á los soldados de la Cruz, vencedores, huyendo de sus enemigos vencidos.

En las precedentes empresas dominaba el sentimiento religioso sobre el politico; en la cuarta Cruzada, las miras politicas se sobreponen á las religiosas. El emperador ofrecia dinero á todo el que le siguiese hasta el fin de la guerra; por eso vemos estrellarse todos los esfuerzos del imperio germánico contra un despreciable fuerte situado en el Líbano, á pocas millas de Tiro, y á los vencidos de Thoron en el campo cristiano, para entregar la fortaleza pidiendo solo la libertad y la vida, volviéndose

sin hallar con quien entenderse entre sus enemigos, que no habian vacilado en presentar ante los infieles el extraño espectáculo de sus miserias.

La quinta Cruzada venga á los latinos de la perfidia bizantina. Pasma, en verdad, ver al pequeño ejército de los cristianos marehando contra un pais en el que realmente con nadie contaban, que les podia oponer innumerables defensores, y que llevan á cabo asombrosas hazañas, plantando sus estandartes en los muros de Bizancio, que es entregada á todos los horrores de la guerra.

Pero esta empresa se realizó á pesar de las protestas de los legados y del anatema del Papa, que, contra su voluntad, transigió al cabo con el éxito de la guerra, comprendiendo que la ciudad de Constantino, en vez de facilitar el paso para los Santos Lugares, era un nuevo obstáculo al espíritu decadente de las Cruzadas que en vano luchaba en Siria y en tantos paises contra los enemigos del Cristianismo; que se añadia un punto de atencion con el imperio nuevamente fundado en el Bósforo de Tracia.

Fué consecuencia de esta Cruzada la fundacion del imperio latino en Constantinopla.

Mientras el resto de los Cruzados, en el saco de Constantinopla, vengaba la falsia de los orientales con la destruccion de las maravillas del arte antiguo; cuando á las escenas de desolacion y de sangre, se sucedian hasta las burlas mas refinadas; cuando los Cruzados recorrian las calles, mofándose de los degenerados griegos, á quienes escarnecian llamándolos nacion de copiantes y de escribientes, los venceianos, únicos que sacaron fruto de esta expedicion, enriquecian á su patria con las obras maestras del arte, y estendiendo su crédito, libres del feudalismo, conservaban cuidadosamente los paises intere-

santes á su comercio y á su futura grandeza. Pero el esplendor de la Reina del Adriático, y el efímero imperio latino, y la dominación de los Cruzados en la Grecia compensaban el sacrificio hecho por el resto de Europa, de sus tesoros y de sus más esforzados hijos?

Cuando el gran Pontífice Inocencio III intentaba reanimar la cristiandad con sus incansables predicaciones, le sorprendió la muerte y entró á sucederle Honorio, cuyo primer pensamiento fué para la cautiva Sion, para escitar y promover la sexta Cruzada; empero sin resultado. Andrés II se volvió muy en breve á sus estados de Hungría, y la toma de Damietta y el heroico valor de los occidentales, en quienes se renovaba la antigua fe, quedaron impotentes ante el canal de Aschmon y las inundaciones del Nilo.

Posteriormente, Federico II emprendió el camino de Jerusalem, que abandonó bien pronto, renovándose entonces el tristísimo espectáculo de una guerra entre la Santa Sede y el jefe del imperio; salvándose milagrosamente las colonias cristianas por la lucha entre los descendientes de Saladino y de Malek Adel.

Después, asombróse de indignación el mundo cristiano cuando Federico se apoderó de la Ciudad Santa dejando el culto del Islam frente al sepulcro del Salvador; conducta que habían adivinado los fieles cuando, á pesar de las brillantes promesas del emperador, el pueblo, desconfiado y triste, escuchaba en silencio al príncipe excomulgado á quien seguían á lo lejos los heroicos soldados del Temple y de San Juan.

De aquí en adelante, divididos los soldados de la Cruz, y á la vez en lucha con los musulmanes en Asia y en España, en Francia contra los Albigenses, en Prusia contra los idólatras, en Alemania contra el imperio, sus es-

fuerzos no podían ser decisivos, viniendo por tanto á caer en el abandono las empresas á Ultramar.

Después, un rey modelo de justicia, de sencillez, de resignación y de nobleza, despertó el interés de las Cruzadas, que alumbra con los tranquilos resplandores de su diadema de Santo.

Al comenzar la centuria décima tercera, desde la mesa central del Asia que rodea la triple cadena del Altay, del Himalaya y de los montes de la China, los Tártaros Mongoles atravesaron el Volga esparciéndose como un torrente devastador y destruyendo los países bañados por el Vistula y el Danubio, sembrando el espanto en Italia y en Alemania.

En vano se quiso oponer contra esta invasión una Cruzada; en vano se enviaron embajadores á aquellas bárbaras tribus; en vano se ensayó cerca de ellas la pacífica predicación de los hijos de San Francisco y de Santo Domingo: á pesar del común peligro, nadie salió al encuentro de los invasores, y la Iglesia no pudo hacer más que añadir una deprecación en las letanías.

Cuando aquellos pueblos conquistaron los países fundados sobre las ruinas de los Seldjuicidas entre el Oxo y el Caspio, desde el Korassan hasta el territorio de los Turcomanos, los restos de los Carismitas se esparcieron por el Asia y la Siria, y llamados por el sultán del Cairo, Jerusalem fué presa de estos conquistadores, que esterminaron al pueblo fiel.

Tantas desgracias, sin embargo, no hallaron eco en Europa: el espantado Occidente habría olvidado á los cristianos de la Palestina si Luis IX de Francia no se hubiera puesto á la cabeza de la séptima Cruzada proclamada por la Iglesia.

Pero después de las victorias conseguidas sobre los musulmanes, tras la toma de Damietta, los triunfos alcanzados en Mansourah, debilitaron más y más á los Cristianos diez-

mados por el hambre y las enfermedades, terminando con la cautividad de San Luis, con un inmenso desastre ante la asombrada Europa, que todo lo esperaba de los primeros felicísimos sucesos de esta expedición.

En ninguna Cruzada se habían tomado medidas mas á propósito para asegurar el buen resultado, y en ninguna acontecieron mas desastres: ningun príncipe cristiano fué tan reverenciado de los suyos como San Luis, pero en ninguna de las empresas á Ultramar se vieron tantos escándalos, en ninguna subió la corrupción á tan alto grado como en el campamento de Damietta.

Si esta expedición hubiese sido coronada por el éxito, el Egipto se habría convertido en una colonia cristiana, pues que el Santo Rey llevaba consigo gran multitud de artesanos y de labradores, con los que acometió en bien de la religion, aunque sin ruido ni aparato, la misma empresa que nuestros padres han visto ensayar en las orillas del Nilo, pero intentándolo aquel en nombre del Cristianismo, que era la política de los tiempos de San Luis. Y sin embargo de tamañas desventuras que la Francia supo sufrir sola, esta nación se libró entonces de figurar en las guerras del Sacerdocio y el Imperio y San Luis volvió engrandecido del Egipto, purificado por la desgracia, consagrándose á la prosperidad de su pueblo que hizo causa comun con las heróicas desdichas del piadoso Rey.

De aquí en adelante la historia de los Cristianos en Oriente no es mas que la narración de continuados desastres. Las relaciones de los cruzados se concretaron á narrar las guerras entre venecianos, pisanos y genoveses que habían llevado á la Tierra Santa sus enemistades y sus celos: á las luchas entre los caballeros del Temple y los Hospitalarios, que renovaron con mas ardor que nunca sus rivalidades.

Nazaret, Cesarea, Jaffa y Antioquia cayeron en poder del feróz Bibars. El espíritu de los cristianos en las primeras Cruzadas había pasado ya á los musulmanes; en todas las mezquitas predicábase la guerra contra los cristianos; los pueblos infieles pagaban el tributo del diezmo, apellidado *tributo de Dios*.

El imperio latino acabó en medio de una breve existencia que se resume en la historia de su agonía. Para mostrar á cuán profunda degradación había llegado aquel estado de cosas, diremos que solo se sabe de las postreras escenas de este misterioso drama, que los griegos se apoderaron de Bizancio entrando por una cloaca en la ciudad de Constantino.

Otra vez vióse en Occidente al Emperador griego demandando el amparo de los Cruzados, al mismo tiempo que el Arzobispo de Tiro y los Grandes Maestres de las Órdenes pedían socorro para la Tierra Santa.

Sin embargo, la Europa permanecía sorda á estos clamores, porque cerradas las puertas de Sion á los fieles, habían cesado las peregrinaciones, y con ellas el entusiasmo por las guerras santas que eran su consecuencia. Pedro el Ermitaño no podía ya comunicar al Occidente las emociones que había sentido ante el profanado Sepulcro del Salvador, y por otra parte el nombre de las Cruzadas se había desprestigiado dándosele á miserables empresas políticas.

Solo un Monarca existía en Europa empeñado nuevamente en la causa cristiana: pero en la octava Cruzada San Luis tuvo que comprometerse á pagar los gastos de la guerra, tomando á sueldo los expedicionarios.

Hízose, pues, el último esfuerzo, concurriendo á esta empresa gran número de guerreros de Cataluña y Aragon, de Castilla y Portugal, de los pueblos todos de nuestra península que, lo mismo en las primeras que en la pos-

trera expedición, habían derramado en el Oriente su noble sangre, á pesar de la heroica y larga Cruzada que tenía lugar en su propia tierra, hasta el punto de que los Pontífices en distintas ocasiones se vieron obligados á mandarles volver á la península, donde obtenían los mismos perdones y gracias concedidas á los demás Cruzados, sin que ninguno osara infamar ó calumniar á los que por tales motivos abandonasen la Tierra Santa.

La expedición de Luis IX se dirigió contra los países donde floreció Cartago.

Pero la ardiente Libia, enemiga siempre de los pueblos europeos, opuso al valor heroico de los Cruzados los rigores de su abrasado clima y sus fiebres contagiosas que diezmaron las tropas de San Luis; el cual, en vez de los laureles del conquistador alcanzó en Africa la santa palma del mártir.

Al espirar aquel cristiano Monarca, velóse el ángel de las Cruzadas, elevándose al cielo con el alma purísima del hijo de D.^a Blanca de Castilla, astro que alumbró con sus santos y tranquilos resplandores los últimos tiempos de la Edad Media.

Al juzgar esta tristísima Cruzada, no olvidemos nosotros, los que pretendemos llevar á todas partes la civilización, que si se hubieran realizado los deseos de San Luis, habrían retoñado en la Libia los gérmenes del Evangelio, y el Africa bárbara hubiera vuelto á florecer á impulso de la misma religion que produjo á Tertuliano, á San Cipriano y á San Agustín.

Después de esto, todo fué infecundo. Inútiles fueron los esfuerzos del hijo de Enrique III y los del mismo Tibaldo, Pontífice con el nombre de Gregorio X, que al recibir la noticia de su elevación había dicho á los cristianos de Siria estas palabras de David: «Si yo te olvido, Jerusalem,

séquese mi mano derecha; si tu memoria se borra de mi corazón, pégueme mi lengua al paladar;» todo fué infecundo. Trípoli, Tolemaida, Sidon, Beirut, las ciudades cristianas de las costas de la Siria, vieron tremolar sobre sus muros el estandarte del Profeta, y á sus pobladores degollados ó conducidos entre cadenas á Egipto.

LECCION LXXXI.

Consideraciones sobre las Cruzadas.—Las Órdenes militares.

(CÉSAR CANTÚ, Historia Universal).

Aun cuando es varia en cada nacion de Europa la influencia de las Cruzadas y distintos sus resultados, ni una sola de ellas dejó de sentir la saludable influencia de las expediciones á Ultramar. Sin embargo brilla el heroismo de la nacion inglesa en el caballeresco Ricardo: las guerras santas hicieron una misma cosa de la nacion francesa y de sus reyes, destruyendo el feudalismo: en medio de los desórdenes y de los trastornos que asolaban la Alemania durante las Cruzadas, es muy difícil determinar la influencia que estas tuvieron en el imperio germánico; pero la Confederacion aprovechó seguramente el ejemplo yendo á combatir al paganismo en las riberas del Vístula, del Pregel y del Niemen: las ventajas alcanzadas por Italia

se trazan en el maravilloso cuadro que entonces presentaron con sus naves, con su comercio, con sus colonias, Pisa, Génova, Venecia: Nápoles y Sicilia, en medio de sus desgracias, recibieron reyes de Aragon, de Alemania, de Francia y de Hungría y con ellos otros hábitos y otras costumbres: España, que era entonces la Siria de los Musulmanes, pudo continuar la guerra contra los infieles, pues que las Cruzadas detuvieron á los Sarracenos de Egipto y de Siria, de la misma manera que nuestras guerras con los moros dieron respiro á los cristianos de Occidente para que pudieran pasar los mares. ¡Heróico destino concedido siempre á nuestra pátria, colocada como el escudo de Europa, destino que cumplió entonces, como cuando el Gran Capitan de nuestro siglo amenazaba en todas partes á las espantadas naciones! Al emprender sus expediciones, muchos Cruzados se detuvieron en nuestro pais para pelear contra los enemigos del nombre cristiano; ellas produjeron las órdenes de Caballería, hundieron á los contrarios de la Cruz en las Navas de Tolosa y crearon el reino de Portugal.

Y descendiendo ya á otro género de consideraciones ¿con cuánto placer no oiria entonces el siervo ligado á la propiedad, la voz nueva y estraña que le llamaba á libertar á *su Dios*, sin que pudiera oponerse su dueño, y veria caer las cereas feudales que formaban su único horizonte, y se hallaria hospedado con amor en el castillo del magnate, y atravesaria libremente el desfiladero, y salvaria el puente guardado ayer por el guerrero que exigia tributos al pobre viandante! ¡Cuán consoladora debia ser para él la voz de los Caballeros Hospitalarios que llamaban á los enfermos *Señores nuestros*, y con qué melancólica y sublime estrañeza no veria el leproso al gran **Maestre de San Lázaro** besando humildemente sus asquerosas heridas!

A su vuelta por la Tierra Santa, el villano regenerado, que tambien tenia su historia lejos del estrecho dominio señorial, que se sentia elevado y nacido á una nueva vida, ¡con cuánta animacion referiria á su asombrada familia los prodigios de la Palestina, sus penalidades por Jesucristo, el último adios de sus hermanos moribundos, sus emociones en Nazaret y en el Calvario! ¡Con que heroismo libró en hombros á su Señor á través de los desiertos de la Siria ó de los desfiladeros de la Cilicia! Ciertamente que entonces brotaria el orgullo, ó mas bien un sentimiento de dignidad desconocido en todos los corazones, y al levantar los ojos hacia el Cruzado, la familia veria en su jefe un poco mas que al hombre nacido únicamente para regar con su sudor el campo ageno. Entonces germinó entre todos, la idea de que los villanos eran tambien hombres y que podian ir y venir de una á otra parte y tomar esposa á su gusto y disponer del fruto de su trabajo.

Las expediciones á Ultramar multiplicaron las relaciones humanas, acercaron pueblos distantes y que no se conocian, estrecharon los lazos de amistad y redoblaron la actividad y la noble emulacion en los hombres. ¡Cuanto ganó la Geografia con estas expediciones! Rectificáronse los conocimientos prácticos que á la vez se aumentaron y se propagaron; determinóse la figura de las costas, la posicion de los cabos, la estension de las islas; fijáronse los escollos y los puertos, haciéndose los viajes mas fáciles y menos frecuentes los naufragios. Las construcciones navales cambiaron en la forma y ganaron en la solidez, y la emulacion consiguiente á tantos pueblos unidos en una misma expedicion comun, mejoró el arte de arbolar los buques. Abiertas nuevas vias al comercio y aseguradas las antiguas, aquel tomó un vuelo desconocido. A la vista de los tegi-

dos de Damasco, establécense multitud de telares en Sicilia, en Luca, en Módena, en Milan: imitanse en Venecia los vidrios de Tiro y estiéndense por Europa los molinos de viento tan usados en el Asia Menor: perfecciónase la industria de bruñir el acero: el esmalte, los grabados, la orfebreria y el arte del platero cobran mayor importancia.

Los Cruzados ven en Italia y en Grecia los restos de la civilizacion antigua, é importan á Europa nuevos gérmenes de cultura: los latinos toman de los árabes desconocidas ideas para la filosofia, para los romances, para la novela: el arte de curar, si no adquirió nuevos sistemas, importó medicamentos que enriquecieron la farmacopea: introdujose entonces el uso de los guarismos árabes: cultivóse con provecho la astronomía con las ideas nuevas que adquirieron los Cruzados en el Asia, en las vastas llanuras cuna de esa ciencia: aclimatáronse la caña de azúcar, la morera, no pocas plantas tintoreas, hermosas flores y sabrosas frutas.

Mejoróse el arte de la guerra: adquirió superioridad la infantería sobre la caballería, en daño del poder feudal: no se fió ya á la casualidad el aprovisionamiento de un ejército, su trasporte á través de países áridos y enemigos; y con el ejemplo de las máquinas incendiarias empleadas por sus contrarios, los Cruzados aceleraron el descubrimiento ó el uso de la pólvora, preparando así el triunfo de la táctica sobre el ímpetu ciego de las muchedumbres, del arte sobre la guerra.

Pasma ciertamente que los mismos que leen sin conmoverse mas que de entusiasmo por lo pasado, las escenas de sangre, la desolacion y la matanza en las guerras médicas, en las ambiciosas luchas de los romanos, en las expediciones del gran conquistador de nuestros tiempos, sin

tener mas que palabras de admiracion para Alejandro, Julio César y Napoleon, pesen conmovidos la sangre derramada por los occidentales en esa grande empresa del Cristianismo; empresa en la que solo les animaba el deseo de propagar la luz del Evangelio, á quien tanto debe la causa de la civilizacion y del progreso humano, sin que les arredrase la segura idea de blanquear con sus huesos los caminos que conducen al Asia y al Africa, presas de la barbarie.

Por otra parte, es preciso confesar que en los horrores de las Cruzadas hay tambien su gran parte de exageracion. Muchas veces los escritores cristianos ó los predicadores, para esplicarse el éxito contrario de las empresas de la Cruz, acudian á la desmoralizacion de los fieles, á su falta de fé, á su crueldad, á sus estrañas locuras que escitaban la cólera del Señor; encargándose entonces la sátira ó la indignacion religiosa de buscar colores cada vez mas sombríos, para trazar el cuadro de las abominaciones de los Cruzados *que habian llenado la medida de la cólera del Omnipotente, haciendo que Dios juzgara al universo antes de tiempo, á pesar de su infinita misericordia.*

Es estraño, en verdad, que esos mismos que en las tradiciones del politeismo quieren hallar siempre un sentido simbólico y civilizador, que se empeñan en ver perpétuamente en la fábula el mitho, esplicándolo todo históricamente; que los mismos que acaso no escarnecen los prodigios de Tito Livio y de Polibio, se mofen de los milagros de las Cruzadas, de esa fé exuberante que inspiró tanta resignacion en medio de tantos desastres; que suavizó la ferocidad feudal; que hizo á los cronistas emplear la voz latina *familia* para designar una reunion de Cruzados; no sientan admiracion profunda al tocar los efectos del encuentro de la Santa Lanza en el ejército cristiano, ham-

briento, desesperado, cercado por todas partes de enemigos y que sin embargo, á la sola vista del Hierro Sagrado, airolla y aniquila á la multitud innumerable] de los infieles.

Las Cruzadas no se completaron, y por lo mismo no pueden juzgarse en absoluto; pero es inuestionable que sin las espediciones á Ultramar, la idea del individualismo que habia introducido en el mundo romano el elemento germánico, no habria producido tan pronto sus frutos: que aquellas empresas, esencialmente amigas de la civilizacion, juntaron sin confundirlas la individualidad de las personas y de los pueblos, sustituyendo á la antigua concentración de la pátria romana, la pátria cristiana, el vínculo libre y expansivo de las costumbres europeas.

Preciso es tambien no olvidar, que apoderados de Bizancio los guerreros de la Cruz, se pusieron en contacto con la antigua cultura, que retardaron el momento de la caida de Constantinopla en poder de los bárbaros, preparándose dignamente para recoger mas adelante los restos del clasicismo refugiado en la ciudad de Constantinopla.

Los que miran las Cruzadas como un gran crimen, niegan á los pueblos el derecho de la defensa, que es tambien el derecho de la agresion: ¿pues qué, no tenian las naciones europeas el poder, y la obligacion de rechazar á sus enemigos que lo destruian todo, amenazándolos desde el Este y desde el Sur?

Sin las Cruzadas que llevaron la guerra á las orillas del Nilo y del Jordan, ¿quién hubiera detenido á los arabes en España, á los sectarios de Mahoma que habian mojado sus piés en *Nuestro Mar*, que dominaban en las costas de la Siria y del Asia Anterior, que traspasaban el Helmos, que á pesar de aquellas espediciones dominaron mas adelante en la Grecia?

Sin las Cruzadas, los nacientes pueblos europeos, reunidos y fortificados por ellas al grito de *Dios lo quiere*, hubieran sido sorprendidos en el aislamiento del feudalismo, en medio del individualismo germánico, y los grandes centros de la cultura moderna sufrirían hoy la misma suerte que las comarcas del Africa y del Asia bajo la religion de la fuerza y de la esclavitud, que solo puede preparar al hombre para la invasion y para la conquista, con escasos intervalos de una cultura que aparece para morir en breve; cultura en que hay mas de deslumbrador que de real y verdadero.

Las Cruzadas fueron origen de la institucion de las Órdenes Militares.

Para defender á los peregrinos creáronse en Jerusalem las órdenes de los Hospitalarios, de los Templarios y la de los Teutónicos. Los Hospitalarios, (1100) de San Juan de Jerusalem y hoy de Malta, permanecieron en la Palestina hasta las conquistas de Saladino; luego se establecieron en Rodas y despues en Malta.

Los Templarios fueron instituidos por Balduino y suprimidos por Felipe IV de Francia y Clemente V.

El Orden Teutónico, fundacion de ciertos caballeros de Bremen y de Lubbek, fué aprobado por Celestino III y engrandecido en Prusia por el emperador Federico II.

España, que sostenia su Cruzada siete veces secular, ostenta análogas instituciones. A fines del reinado de D. Alfonso VII el emperador, tuvo origen la orden de Alcántara, antes llamada de San Julian del Pereiro por el sitio en que la fundaron (1156) dos salamanquinos, D. Suero y don Gomez. Protegióla D. Fernando II de Leon, la aprobó Alejandro III y la agregó Julio I á la monástica del Cister.

Calatrava debe su origen á los monges cistercienses

Fray Raimundo, abad de Fitero y Fray Diego Velazquez que se ofrecieron á D. Sancho III de Castilla (1158) para encargarse de la defensa de Calatrava, amenazada por los musulmanes. El papa Alejandro III sancionó esta orden (1161), y el mismo Alejandro III confirmó la de Santiago (1175).

La de Montesa se fundó en el reino de Valencia por D. Jaime III de Aragon (1317). Todas ellas tienen, como sus análogas de la Tierra Santa, gloriosa historia en la heroica empresa de la reconquista.

LECCION LXXXII.

Alemania desde Lotario II á Federico III.—La Confederacion Helvética.

A la muerte de Enrique V, último de la casa de Franconia, sobrevino una eleccion borrascosa (1125) en que triunfó Lotario II duque de Sajonia.

Lotario pasó á Italia y sostuvo al papa Inocencio II contra el antipapa Anacleto II.

A la muerte de Lotario (1157) Enrique de Baviera y Conrado de Franconia lucharon por el imperio venciendo el último; en cuya ocasion se oyeron por vez primera los nombres de Guelfos y Gibelinos, partidos que tan funestos habian de ser para Italia y Alemania.

A Conrado III sucedió Federico de Suabia (Barbarroja) (1152).

Aprovechando las guerras entre el sacerdocio y el imperio, muchas ciudades lombardas como Pavia, Milan, Pádua, Cremona y Verona, se habian constituido en democra-

cias, celosas las unas de las otras, donde los papas y los emperadores contaban con facciones, que, al apoyar á lós unos ó á los otros, solo pensaban en hacerse mútua guerra.

Reflejo de la situacion de la Lombardia era Roma, donde la faccion de Arnaldo de Breseia, discípulo de Abelardo, se habia constituido en república. Federico Barbarroja pasó á Italia auxiliando al Pontífice Eugenio III, y en dos expediciones venció á los rebeldes lombardos y á los partidarios de Arnaldo de Breseia que fué quemado vivo.

Enrique VI casó con Constanza heredera del trono de las Dos Sicilias, y al morir (1197) dejó el imperio á su hijo Federico, niño de corta edad, que ocupó el imperio contra sus rivales, sostenido por el inmortal Pontífice Inocencio III, su tutor.

Federico II tomó parte en las Cruzadas y asoló las ciudades lombardas.

Estas luchas obligaron al papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio IX, á refugiarse en Lion, donde convocó un Concilio que excomulgó á Federico, el cual murió entre estas guerras (1250). Durante las mismas se formó la gran confederacion de las ciudades Anseaticas, entre las que se distinguian Lubbek, Hamburgo, Bremen y Dantzic.

Conrado IV, hijo de Federico II, murió envenenado por su hermano natural, Manfredo, usurpador del reino de las Dos Sicilias, dejando un hijo de corta edad encomendado al papa Inocencio IV (1254). Guillermo de Holanda, sucesor de Conrado, murió á los dos años.

Divididos entonces los electores fueron simultáneamente nombrados Alfonso X de Castilla y Ricardo de Cornwall hijo de Juan Sintierra.

Esta doble eleccion y los desórdenes subsiguientes fueron causa del periodo conocido con el nombre de *el Grande In-*

terregno, en medio del cual aconteció un trágico suceso que conmovió á la Europa.

Manfredo había usurpado la Sicilia, con pretexto de conservarla para su sobrino Conradino, hijo de Conrado IV.

El Papa Urbano IV, reivindicando los derechos de la Santa Sede sobre aquel reino, excomulgó á Manfredo y dió la corona á Carlos de Anjou, hermano de San Luis de Francia, que dió muerte á Manfredo,

Conradino disputó el tronó á Carlos, que, despues de haberlo vencido, manchó su victoria haciendo egecutar en un cadalso al desgraciado príncipe y á su amigo Federico de Austria.

El Grande Interregno terminó con la eleccion de Rodolfo I de la casa de Hapsburgo que signió una política contraria á la de Hohenstaufen en las cuestiones de Italia. Rodolfo murió (1291) sin lograr que le sucediera su hijo Alberto, lo que alcanzó este, despues de dar muerte al electo Conde de Nasau.

Alberto I sostuvo diversas guerras sin éxito, y fué causa con sus pretensiones, de la formacion de la Liga Helvética.

Con efecto, muerto el intendente Gessler por Guillermo Tell (1307), Alberto quiso sojuzgar á los suizos y murió asesinado al pasar el rio Rus.

Enrique VII renovó las pretensiones de los emperadores en Italia y con ayuda de los Gibelinos se apoderó de Milan y de Roma, muriendo cuando acometia á Nápoles (1313).

Luchando Luis V de Baviera y Federico duque de Austria, venció el primero que invadió la Italia sosteniendo al antipapa Nicolás V contra Juan XXII. En medio de estas luchas falleció Luis V dejando en posesion de la

soberanía á Carlos IV nieto de Enrique VII, en cuya tiempo se publicó la famosa *Bula de Oro*.

Wenceslao heredó á su padre Carlos IV y fué despues en la dieta de Franefort que dió el imperio á Federico de Brunswik y despues á Roberto conde Palatino (1410).

El imperio y la Iglesia se encontraron entonces en situacion análoga, pues en la una se disputaban la Alemania tres emperadores y en la otra tres Papas.

Wenceslao, despues de un reinado por extremo borrascoso, renunció en su hermano Sigismundo.

Citado ante el Concilio de Constanza (1414) el hereje Juan Hus, no compareció y fué quemado vivo con su amigo Jerónimo de Praga. Estas ejecuciones exaltaron de tal suerte á los partidarios de ambos herejes, que empuñando las armas en Bohemia á las órdenes de Juan de Trosnou (Ziska, el Tuerto) batieron á los imperiales. Despues de cuatro años de terrible lucha, muerto Trosnou, se dividieron los herejes en distintas sectas sobre las que dominó al cabo la de los Taboritas mandados por el cruelísimo Procopio. Preciso fué para apagar este incendio la predicacion de una Cruzada.

A Sigismundo sucedió Alberto II (1417) y á este, Federico III duque de Austria, con el que comenzó el engrandecimiento de esta casa que tan alto poder habia de alcanzar mas adelante.

Dijimos que Alberto I, queriendo sojuzgar á los suizos, fué muerto al pasar el Rus.

Leopoldo I fué vencido por aquellos heróicos montañeses en Morgarten (1315) y en virtud de estos hechos se formó la Confederacion Suiza.

Renovada la guerra en tiempo de Leopoldo III encuéntranse las tropas de este con los sublevados en Sempach,

cerca de Lucerna, donde sufrieron los imperiales una gran derrota, á que se siguió, dos años despues, la victoria de Naefels (1588) ganada por los suizos contra el Austria, que hubo al fin de reconocer la independenciam de la Confederacion Helvética.

LECCION LXXXIII.

Los Estados Italianos.

Las luchas de los emperadores, empeñados en sostener su dominacion en Italia, casi puede decirse que acabaron al morir Federico Barbarroja, como los reinados de Carlos IV y Wenceslao anularon la influencia del imperio en la península italiana; pero á aquellas luchas ardientes sucedió la de los diversos centros de poblacion, rivales entre sí.

Las ciudades situadas en el interior, como Milan, Ferrara, Luca, Florencia y Siena, debieron su engrandecimiento á su riqueza territorial ó al progreso de sus industrias; las maritimas, como Nápoles, Gaeta y Amalfi á la actividad de su comercio. Venecia, Génova y Pisa se convirtieron en verdaderas potencias durante las Cruzadas.

Por consecuencia de las guerras entre el sacerdocio y el imperio, y, mas que todo, por el espíritu profundamente religioso que caracteriza á la Edad Media, llegó á ser Roma centro de la política europea.

Felipe IV de Francia, acalorado enemigo del Sumo Pontífice Bonifacio VIII, pudo lograr á la muerte de este, que fuera elegido Bertrando de Got, arzobispo de Burdeos (1505), el cual trasladó la Santa Sede á Aviñon, medida, sobre todo, dictada por el estado de profunda agitacion en que se encontraba Roma, donde luchaban irreconciliables Güelfos y Gibelinos, dirigidos estos por los Colona y aquellos por los Orsini.

Terciendo en estas interminables querellas y agravando situacion tan desesperada, á la voz de Nicolás Rienzi (1343) alzóse la demagogia romana, cuyo menguado héroe constituyó una vanidosa autocracia teatral que desapareció en breve, como desaparecieron siempre los pasajeros ídolos de las inconstantes y celosas muchedumbres, victima de un motin popular, en el mismo Capitólio donde el demagogo, despues agente del legado Albornoz, habia convocado á los representantes de los Comunes italianos y á los barones, reyes, emperadores y papas.

En el espacio de setenta años (1106 á 1370) que la Santa Sede permaneció en Aviñon, vióse ocupada por siete Pontífices, hasta que Gregorio XI la reinstaló en Roma.

Á la muerte de Gregorio XI fué electo Urbano VI eleccion que contrariaron algunos cardenales que nombraron á Clemente VII, doble eleccion generadora del *Gran Cisma de Occidente*, que dividió á la cristiandad en dos grandes partidos, hasta que en 1409, reunidos en Pisa los cardenales y prelados de ambas obediencias, depusieron á Gregorio XII y Benedicto XIII y eligieron á Alejandro V y despues á Juan XXIII, en tanto que protestaban los depuestos.

El Concilio de Constanza colocó la tiara en la cabeza de Martino V, pero la calma no se restableció hasta la eleccion de Nicolás V.

Hemos visto que por consecuencia de la derrota de

Manfredo y de la muerte del desgraciado Conradino quedó Carlos Anjou árbitro del reino de las dos Sicilias.

Juan de Prócida, caballero napolitano refugiado en los estados de Pedro III de Aragon marido de Constanza hija de Monfredo, resuelto á librar á su patria, fué el alma de la terrible conjuracion que dió por resultado las *Visperas Sicilianas*.

Con efecto; al toque de visperas del lunes de Pascua, 30 de Marzo de 1282, los sicilianos mataron á mas de ocho mil franceses y proclamaron á Pedro III rey de Aragon, hecho que fué causa de prolongada lucha entre los aragoneses dueños de Sicilia, y los angevinos de Nápoles empeñados en recobrar la isla, hasta el reinado de Juana II.

Inquietada esta señora por Luis de Anjou, pidió y obtuvo el auxilio de Alfonso V de Aragon, instituyendo á este en cambio heredero de sus estados.

Ingrata y voluble Juana, revocó la adopcion, que volvió á restablecer y á derogar, dejando á la postre el trono á Renato, hermano de Luis de Anjou.

Alfonso V se apoderó de Nápoles (1299), reuniendo así la triple corona de Aragon, Nápoles y Sicilia.

Asegurada la independencia de Milan por el tratado de Constanza (1183) lucharon en ella los Visconti y los Torriani.

Juan Galeas Visconti, duque de Milan y Vicario imperial por el debil Wenceslao, estendió su autoridad sobre la Lombardia, apoyado por los condotieros, los cuales se hicieron tan temibles que Felipe Maria Visconti tuvo que casar á su hija con Francisco Sforzia, jefe de estos, que se hizo proclamar duque de Milan, contra Alfonso V de Aragon y I de Nápoles.

Emancipada Florencia del poder de las familias patri-

cias, se engrandeció con la cesion que los genoveses le hicieron del puerto de Liorna (1421) que hizo fácil la salida de los productos de su industria, elevándose á una gran cultura, bajo el gobierno de los Médicis.

Venecia prosperó rapidamente gracias á las Cruzadas y en ellas alcanzaron tan incontrastable fuerza el Consejo de los Diez y los Inquisidores de Estado, que castigaron la conjuracion del Dux Marino Faliero, ejecutándolo con sus principales amigos.

Venecia y Génova, que habian llegado á la cumbre del poder, eran dos potencias marítimas y comerciales que habian de luchar al cabo por el predominio del mar. Restablecido el imperio griego y cerrados para Venecia los puertos de la Siria, peleó encarnizadamente con Génova; pero despues de sufrir dos grandes derrotas tuvo que contratar una paz desventajosa (1299), tras de la cual aun dominaba en el Archipiélago, como Génova en el Mar Negro.

Al caer Constantinopla en poder de los Turcos Otomanos (1453), arruinose el inmenso poder de estas dos famosas repúblicas.

LECCION LXXXIV.

Inglaterra desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo II.

Al morir Guillermo el Conquistador dejó sus estados del continente á su hijo mayor Roberto de Normandia y la corona de Inglaterra á su otro hijo Guillermo II el Rojo (1087).

Sublevados los barones en favor de Roberto, Guillermo castigó á los rebeldes y á los galeses y escoceses.

Aspirando Roberto á inmortalizar su nombre en las Cruzadas, empenó el ducado á su hermano en diez mil marcos de plata.

Muerto Guillermo II (1100) sin hijos y ausente Roberto en la Palestina, fué proclamado Enrique I, hijo tercero del Conquistador, que á la vuelta de su hermano fué vencido por este. Enrique I murió dejando la corona á su hija Matilde casada con Godofredo Plantagenet.

Oponiéndose los barones á que los mandara una mujer, elevaron á Esteban de Blois que pronto fué vencido y hecho prisionero por Matilde.

Después de varios sucesos ocupó el trono de Inglaterra Enrique II (1154) Plantagenet, hijo de Matilde.

Altanero y dominante este rey y pensando sojuzgar al clero, habiendo vacado la metropolitana de Cantorbery, dió esta mitra á su favorito Tomás Beket.

Al contrario de lo que el monarca esperaba, Tomás desplegó grande energia en la defensa de los derechos de la Iglesia, en cuyo conflicto fué asesinado al pié de los altares.

Enrique II conquistó á Irlanda y subyugó la Escocia; pero habiéndosele revelado sus cuatro hijos con el consejo de su madre Leonor de Guyena y los auxilios de Felipe Augusto, lucharon ambos ejércitos y fué la victoria del rey, muriendo en la pelea dos de sus rebeldes hijos.

Ricardo Corazon de Leon que sucedió á su padre (1189), tomó parte en las Cruzadas y á la vuelta fué arrojado por una tempestad á las costas del Adriatico. Apoderado de él su grande enemigo el duque de Austria, no consiguió la libertad si no á precio de un fuerte rescate.

Poco tiempo después, el héroe de la tercera Cruzada murió oscuramente combatiendo el castillo de Chaluz (1199) en el Lemosin.

Juan Sintierra ocupó el trono asesinando á Arturo de Bretaña legitimo heredero de la corona y su sobrino; lo que excitó contra él las iras de todos los corazones generosos.

En estas circunstancias los barones obligaron al rey á que confirmara las franquicias concedidas en las Cartas de Enrique I y de Estéban de Blois, lo que hubo de hacer, asegurando al clero su libertad y á los barones sus franquicias, sancionando la *Gran Carta*.

Juan Sintierra murió en un acceso de furor (1216).

Durante la menor edad de Enrique III creció el poder de los grandes señores amenguando la autoridad del rey,

hasta el punto de que la nobleza inferior se puso del lado del monarca.

Crecieron mas y mas las revueltas hasta que viniendo ambos partidos á las manos, el rey y su familia quedaron prisioneros del conde de Leicester en Lewes. Temeroso el conde de que lo abandonaran los barones, buscando el apoyo del pueblo, convocó el Parlamento al que asistieron por vez primera representantes de las ciudades y de las campiñas. Pero el jóven Eduardo, hijo de Enrique III, venció y dió muerte á Leicester en Evesham.

Eduardo I colocó en el trono de Escocia á Juan Baillet contra Roberto Bruce á quien sostenia Felipe IV el Hermoso. No contento Roberto, fué vencido con sus escoceses, hasta que por último ganó la corona el conde de Carrik, nieto de Roberto Bruce, en el siguiente reinado.

Eduardo II, (1307) vivió supeditado á sus favoritos Gaveston y Spencer, y fué tan débil en la guerra como en el gobierno.

Los barones sublevados contra él, le hicieron abdicar la corona y lo encerraron en el castillo de Berkley donde murió asesinado.

DUODECIMA ÉPOCA.

CAIDA DEL IMPERIO DE ORIENTE (1270 á 1453).

LECCION LXXXV.

Francia desde Felipe III hasta Carlos IV.

A San Luis sucedió en el trono de Francia Felipe III el Atrevido y á este Felipe IV el Hermoso (1285).

Habiendo causado daños en las costas de Francia ciertos marineros ingleses y no obteniendo Felipe reparacion, citó á Eduardo I de Inglaterra ante el tribunal de los Pares. No habiendo comparecido el inglés, lo declaró reo de lesa magestad y perdidos cuantos dominios tenia en Francia, mientras el condestable de Nesle invadía la Guyena y él disponía un desembarco de sus tropas en Inglaterra á la vez que los ejércitos franceses invadían los Países Bajos en los cuales se apoderaban de las plazas mas importantes.

En medio de estas guerras, el papa Bonifacio VIII intimó la paz á los contendientes, en bien de la cristiandad, á lo que contestó Felipe con insolente altanería.

Para sostener estas guerras acudió el rey de Francia á todo género de vejaciones, multiplicó los impuestos, alteró el valor de la moneda, despojó á los judíos, puso trabas al comercio y oprimió á la nobleza y al pueblo.

Queriendo hacer otro tanto con el clero, encontró frente á sí al enérgico Bonifacio VIII, incansable defensor de las inmunidades eclesiásticas.

Habiendo comisionado el Pontífice al obispo de Pamiers para que presentara sus reclamaciones al rey de Francia, este mandó arrestarlo.

Bonifacio puso á la Francia en entredicho y por su parte Felipe convocó los Estados Generales llamando al clero, á la nobleza y al tercer Estado, que por vez primera iba á presentarse en la escena política (1502).

Los Estados inspirados por leguleyos como Nogaret y Flotte, agentes del monarca, declararon que nunca permitiría la Francia mas superior que Dios y el rey, es decir el despotismo absoluto del poder real. Por consecuencia vedose al clero que asistiera al anunciado Concilio de Roma.

Preparándose Felipe el Hermoso contra el Papa, traspasó las cuestiones pendientes, cedió la disputada Guinea al inglés, y Nogaret publicó una infame proclama contra el Papa y marchó á Roma, donde maltrató á Bonifacio, que murió ultrajado de obra y de palabra por los agentes de Felipe.

A la muerte del Pontífice, la Santa Sede fué trasladada á Aviñon.

La insaciable avidéz de Felipe IV se fijó entonces en el orden del Temple.

Eran tantos los beneficios prestados por los templarios á la cristiandad, que habían reunido en sus manos riquezas inmensas. Los mas de sus fraíres eran franceses, como generalmente lo era el Gran Maestre, y ocupaban en París

la tercera parte de la ciudad (barrio del Temple).

No eran sin embargo motivos solos de ambicion los que impulsaban en esta ocasion á Felipe IV.

Odiaba el rey á los templarios por que se habian negado á recibirle en su órden; por que no habian querido suscribir la protesta contra Bonifacio VIII y sobre todo los aborrecia por que en una conmocion popular le habian salvado la vida.

Ordenó pues á sus satélites que escitaran contra ellos la ira popular; propósito de que fué uno de los instrumentos el prior de Tolosa Sechino de Flexian, que condenado por los caballeros á prision perpétua, pudo huir y sembró por todas partes la calumnia.

Al efecto se repartieron anónimos envenenando la historia de los templarios, se habló de sus orgías, de sus liviandades, de sus impías ceremonias en las iniciaciones, de su gnosticismo, de su paganismo, de su gran ídolo oculto á todas las miradas; hasta de las estrañas figuras esculturales grabadas en los capiteles y en los frisos de sus templos.

Cuando la calumnia se atrevió á hablar mas alto, el caballeresco Jacobo de Molay, Gran Maestre de la Órden, pidió que se procediera á una informacion judicial y conferenció con el rey, el cual, cuando menos se esperaba, lo hizo prender con cuantos caballeros se hallaban en Francia y se apoderó de sus bienes.

Arrancáronse confesiones de delitos á algunos caballeros, lo cual se explica recordando que los mas crueles tormentos se empleaban muchas veces contra un solo individuo, hasta el punto de que alguno mostraba los huesos de los talones al descubierto, desde que el fuego consumió la carne que los cubria.

Por de pronto y para sembrar el espanto en cuantos

aun se atrevian á testificar en favor de los encarcelados, fueron quemados á fuego lento cincuenta y cuatro caballeros y á seguida otros nueve, en tanto que el astuto Nogaret aterraba á Clemente V asegurándole que si intervenia en favor de los caballeros el cadáver de Bonifacio VIII seria desenterrado y quemado, con escándalo de la cristiandad.

El Gran Maestre y otros tres caballeros más eran ya los únicos que sobrevivian en las cárceles y habiendo confesado los cuatro sus delitos (ya sabemos por que medios) tres comisionados del papa fueron á comunicarles su sentencia de reclusion perpétua. Molay y uno de los caballeros protestaron ante ellos la inocencia de la Órden, por lo cual fueron quemados vivos.

Afirmase que en los últimos momentos, Felipe de Molay citó al rey para ante el tribunal de Dios.

Felipe el Hermoso se apoderó definitivamente de los inmensos caudales de que eran dueños en Francia los templarios y fijó su residencia en el Temple, de donde cumplidos cinco siglos habia de salir uno de sus descendientes para el patíbulo.

Tras de Felipe IV reinaron sucesivamente sus tres hijos Luis X, Felipe V y Carlos IV (1314 á 1328), último descendiente directo de Hugo Capeto.

LECCION LXXXVII.

Francia é Inglaterra.—Guerra de los cien años.—Guerra de las dos rosas

Muerto Carlos IV, con arreglo á la ley sálica, entró á reinar Felipe VI, primero de la casa de Valois. Eduardo III de Inglaterra, pariente mas cercano del difunto rey, aunque por línea femenina, alegó derecho preferente á la corona de Francia, lo cual dió lugar á la guerra de los cien años.

Comenzada esta, obtuvieron los franceses algunas victorias terrestres, pero fueron vencidos en el combate naval de Eclusa (1340).

Ocupados ambos monarcas en sus propios estados, volvió despues á renovarse la guerra encontrándose en Crescy. Eduardo contaba con treinta y dos mil hombres, y como Felipe VI estaba al frente de fuerzas mucho mas considerables, atacó al inglés con tan poca precaucion, que sufrió una terrible derrota, quedando él mismo herido en el trance.

Despues de esta memorable victoria, Eduardo III se apoderó de la importante plaza de Calais.

Fué el reinado de Felipe VI una rehabilitacion del feudalismo, reanimado con estos desórdenes.

Su hijo y heredero, Juan el Bueno, vió su reino agitado por las disensiones de la alta nobleza y por las intrigas de Carlos el Malo rey de Navarra.

Recorrian los ingleses el Poitou á las órdenes del principe Negro, hijo de Eduardo III, y para contenerlos, Juan fué contra ellos encontrándolos cerca de Poitiers (1356) donde, cometiendo las mismas faltas que su padre en Crescy, fué completamente derrotado, hecho prisionero con su hijo menor y ambos conducidos á Inglaterra.

Durante la prision del rey, ejerció la regencia su hijo mayor, Carlos.

Agraváronse estas desgracias con los desórdenes producidos en Paris por Estéban Marcel y en las provincias por la sedición de la Jaqueria, en que las clases inferiores, armadas, recorrieron los pueblos matando á los ricos, incendiando poblaciones y asolando castillos y fortalezas.

Muerto en Inglaterra Juan el Bueno (1364) entró á reinar su hijo Carlos V, apellidado el Sabio, que dirigió sus fuerzas contra Carlos el Malo perpétuo agitador de las desdichas de la Francia, derrotó en la Rochela por medio de la marina castellana á la inglesa, y al ejército enemigo, sus tropas, que dirigia el famoso Condestable Duguesclin. Por consecuencia de estas victorias solo quedaron á los ingleses en Francia las ciudades de Calais, Burdeos y Bayona.

Delante la menor edad de Carlos VI, el Bien Amado (1380), ocurrieron grandes desórdenes en Paris que no se calmaron hasta que se vigorizó la autoridad monárquica en la gran victoria alcanzada por las tropas reales sobre los flamencos en Rosebecq (1382).

Llegado Carlos VI á la mayor edad, se rodeó de los

buenos consejeros de su padre, y todo anunciaba un reinado próspero y feliz cuando, al atravesar el bosque de Mans, se puso delante de su caballo un desconocido de aspecto siniestro, el cual produjo tan honda impresion al rey, que perdió la razon (1391), sumiendo á la Francia en espantosa anarquía.

Los Estados generales dieron la tutela del rey y la regencia al duque de Orleans que la hubo de compartir con los de Berry y de Borgoña.

Rivales el de Orleans y el de Borgoña, fueron cabeza de los dos grandes partidos de Armañques y Borgoñones, contándose en el primero la clase media y en el segundo las superiores y el pueblo bajo.

La reina Isabel de Baviera, que aborrecia al duque de Orleans, se unió al de Borgoña que dió muerte á aquel en las calles de Paris apoderándose de la direccion de los negocios.

El jóven Carlos, heredero de Orleans, casado con la hija del conde de Armañac, unido á los de Berry y de Borbon, se alió á los ingleses, escitando la indignacion del público, que, capitaneado por el carnicero Caboche, degolló en Paris á los afectos al partido de los armañques, suceso de que el duque de Orleans tomó sangrientas represalias.

En semejante situacion desembarcó en Normandia Enrique V de Inglaterra derrotando en Azincourt al condestable Albret.

El pueblo de Paris que atribuía esta derrota á los armañques, dió muerte al condestable y á otros muchos de este partido.

Triunfando el Duque de Borgoña fué atraído para una conferencia al puente de Montereau, donde lo mató Tanegui Duchatel.

Irritados los armañques con este acontecimiento, declararon al Delfin Carlos privado de todos los derechos y obligaron al desgraciado Carlos VI á dar en matrimonio su hija Catalina á Enrique V de Inglaterra, instituyendo á este, por el tratado de Troyes, heredero del reino de Francia y regente del reino durante la vida de Carlos VI.

Dos años despues de este tratado murieron Carlos VI en Paris (1422) y Enrique V en Vincennes. Los ingleses y borgoñones, lejos de aprovechar estas circunstancias con un golpe decisivo, dejaron pasar cuatro años hasta que el duque de Bedford, regente de Francia por el rey de Inglaterra, reuniendo sus tropas, sitió la plaza de Orleans.

Hallábase Carlos VII punto menos que desesperado, cuando Juana de Arc (la doncella de Orleans) hija de un aldeano de Vancoleurs, se presentó á él pidiéndole ponerse al frente de las tropas y salvarlas; como en efecto lo hizo, obligando á los ingleses, al cabo de dos meses, á levantar el asedio y haciendo prisioneros á Suffolk y Talbot, principales caudillos ingleses.

Carlos VII fué consagrado en Reims: la doncella quiso retirarse, pero cediendo á las instancias del monarca, fué hecha prisionera por los borgoñones que la entregaron á los ingleses, los cuales mancillaron su nombre haciéndola quemar en Ruan por hechicera (1431). De aquí en adelante todo fué prosperidades para Carlos, no quedando á los ingleses en el continente mas que la plaza de Calais.

Carlos VII mereció el sobrenombre de el Victorioso, bajo el que es conocido.

Durante estos acontecimientos, no era mas feliz el estado interior de Inglaterra.

Eduardo III que sucedió en el trono (1327) á Eduardo II, venció á los escoceses y pretendió, como ya hemos dicho, la corona de Francia, cuya guerra le obligó á im-

poner crecidos tributos en su país que le acarrearón gran-
de impopularidad.

Ricardo II, hijo del príncipe Negro, ocupó el trono (1377)
por muerte de su abuelo Eduardo III, bajo la tutela de sus tíos
los duques de Lancaster, de York y de Gloucester. Irritado
el pueblo con los crecientes tributos y escitado por las
doctrinas anárquicas de los discípulos de Wiclef, promovió
una insurrección que vencieron los regentes.

Estos desórdenes fueron dominados por el rey, hasta
que poniéndose al frente de un ejército poderoso el duque
de Lancaster, convocó al Parlamento que declaró la destitu-
ción del monarca. Prisionero Ricardo, murió encerrado en
un castillo (1399).

Enrique IV, primero de la casa de Lancaster, reinó en
medio de grandes conmociones.

Enrique V vió su reino agitado por la herejía político-
religiosa de los Lollards que pretendían borrar toda distin-
ción social y bajo pretexto de fraternidad evangélica, an-
siaban establecer la igualdad absoluta.

Enrique triunfó de los primeros en Azincourt y murió
(1422) dejando á su hijo Enrique VI, de edad de ocho meses,
la herencia de la corona de Inglaterra y sus pretensiones
á la de Francia, por su madre Catalina, hija de Carlos VI,
que á los ocho años fué coronado en París.

Ricardo, duque de York, puesto al frente de la facción
popular, disputó la corona á Enrique VI, alegando sus de-
rechos como descendiente del hijo segundo de Eduardo III.

Los partidarios de la casa de Lancaster se distinguían
en estas contiendas por una rosa encarnada, como los de
York ostentaban una rosa blanca.

Muerto Ricardo en Wakefield, triunfa la rosa blanca con
Eduardo IV de York que afirma su poder con las vic-
torias de Towton, de Exham, de Barnet, y de Tewkesbury.

Eduardo V fué destronado por Ricardo III que á su
vez fué vencido y muerto en la batalla de Bosworth (1485)
por Enrique Tudor último descendiente varón de la familia
de Lancaster; el cual, casándose con Isabel, hija de Eduar-
do IV, confundió los derechos de las casas de York y de
Lancaster, dando fin á la guerra de las dos rosas, que duró
por espacio de treinta años, que costó la vida á ochenta
príncipes y acabó con la nobleza inglesa.

LECCION LXXXVIII.

El Imperio Otomano.—Ruina del Imperio de Oriente.

(César Cantó. Historia Universal).

El imperio de Othman engrandecido sobre las ruinas del califato de Bagdad y del imperio de Oriente, tomó mayores proporciones bajo Orkan y Amurates I (1360).

Bayaceto I hizo sufrir á los cristianos la terrible derrota de Nicopolis (1393), y bloqueó á Constantinopla, cuya poblacion degradada hubiera sucumbido, sin la llegada de Tamerlan, (Timur-Lenk), que despues de haber sembrado de sangre y de ruinas el Asia, marchaba en busca del otomano.

Ambos rivales se encontraron en Ancira donde Bayaceto fué vencido y hecho prisionero.

Lejos de aprovecharse Manuel Paleologo, emperador de Oriente, de los desórdenes que sobrevinieron entre los hijos de

Bayaceto, dió tiempo para que Mahomet I, deshaciéndose de todos sus hermanos, recogiera por completo la herencia de su padre.

A Mahomet I sucedió Amurates II que despues de apoderarse de Tesalónica, se encaminó á Hungría y acordó paces con los cristianos, que estos rompieron mandados por Ladislao I rey de Hungría y de Polonia, el cual pereció en la batalla de Varna (1444), y vino á Juan Huniades, vavoda de la Transilvania, en los campos de Merles (1448).

En tanto Juan III Paleologo (segun algunos VIII), cediendo las ciudades del litoral y pagando un fuerte tributo, prolongaba la miserable vida del imperio.

A Amurates sucedió su hijo Mahomet II, príncipe dotado de una grande instruccion, valeroso, cruel y enemigo implacable del nombre cristiano.

Juan III, despues de haber recorrido la Italia en demanda de recursos, y tras de grandes conatos de union de la Iglesia griega á la latina en el Concilio de Florencia (1459), murió dejando la corona á Constantino XII (1448) destinado á ser el héroe desventurado del Bajo Imperio.

Con efecto, en el mes de Abril de 1455, Mahomet se presentó ante los muros de Constantinopla al frente de un ejército de treceientos mil hombres y treceientas naves, cuando Constantino no contaba mas que con cuatro mil novecientos setenta romanos y dos mil genoveses y venecianos para defender una ciudad de diez y seis millas de circuito, coronada por débiles muros construidos para resistir las catapultas, pero inútiles contra las enormes piezas de artilleria de sitio fundidas bajo la direccion del húngaro Orban.

No pudiendo Mahomet forzar la cadena del puerto, trasladó á él en una noche, por tierra, ochenta galeras y abrió grandes brechas en los muros de la ciudad, donde,

si escaseaban las municiones y los demás medios de defensa, hervían las discordias religiosas y políticas.

Solo Constantino XII, auxiliado por el genovés Juan Giustiniani que mandaba la plaza, mostraba el sereno valor y la previsorá prudencia, patrimonio de los grandes héroes.

Mahomet, consultados los oráculos y hallando que el día 29 de Mayo era el favorable para el asalto, preparó á los suyos con ayunos y abluciones, prometió extraordinarias recompensas á los animosos, amehazó con la muerte á los débiles y se preparó para el asalto.

En tanto, los escasos defensores de Constantinopla, llevaban en procesion á la Virgen, recibían el Viático y juraban morir con la patria.

El ataque comenzó á la una de la madrugada, y á las ocho, gran parte de la ciudad se hallaba en poder de Mahomet.

En situación tan desesperada, Constantino que peleaba á caballo al frente de los suyos, arrojándose en medio de los turcos, no tardó en hallar heroica muerte.

Huyeron entonces cuantos sobrevivían, y los turcos, dueños de la ciudad, se entregaron al degüello y al saqueo.

Una poblacion entera, en que la esclavitud habia confundido y nivelado las clases, llevaba el aire con sus alaridos; y mas de setenta mil; entre ricos, pobres, vírgenes, matronas, monjas y sacerdotes, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos y abandonados á la brutalidad del vencedor. Los buques italianos, despues de haber dado pruebas de valor y de caridad, se pusieron en salvo, conduciendo á su bordó á algunos de aquellos infelices que suplicaban desde la orilla. Multitud de estatuas, de cuadros y de lienzos fueron dèrribados, quemados y pisoteados, é

igual suerte cupo á las bibliotecas donde se conservaba intacto el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heroico emperador, cuyo infortunio es mas glorioso que los triunfos de muchos, fué clavada en la columna de pórfido erigida por el primer Constantino su madre Santa Elena.

Tres dias despues hizo Mahomet II su entrada triunfal en Constantinopla.

CUARTO PERIODO.

HISTORIA DE LA EDAD MODERNA.

DESDE LA TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS EN 1453, HASTA
EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION FRANCESA DE 1793).

DÉCIMATERCERA ÉPOCA.

LOS DESCUBRIMIENTOS (1453 á 1517).

LECCION LXXXIX.

Las grandes nacionalidades.—La imprenta, la pólvora, la brújula.

Distingue á la edad moderna el afán de constituirse las naciones, encerrándose en límites geográficos marcados por la misma naturaleza, formando grandes agrupaciones y centros de resistencia, contra la ambición de vecinos poderosos.

Así, fijándonos solo en Europa, hallaremos en la península ibérica, á los pequeños estados mahometanos y cristianos de la Edad Media, suceder dos naciones, España y Portugal, con repetidos ensayos de formar una sola, defendida por el Mediterraneo, los Pirineos, y el Oceano: á la Francia fijar sus límites en los Pirineos, el Oceano y el Me-

diterráneo y luchar siempre por asegurar sus linderos setentrionales: á Italia, donde quieren unos fundar una gran nacion encerrada entre los Alpes y los mares Adriático, Mediterraneo y Tirreno; olvidando á Roma, Sede y cabeza del Orbe Católico, que ha de ser independiente y que no puede serlo estando enclavada dentro de un estado sea cualquiera su forma de gobierno, como lo demuestran los setenta años de Aviñon; Roma con sus admirables templos, con sus riquezas artisticas, propias de la cristiandad católica, que no puede ser de ellas despojada, donde el catolicismo debe vivir libre de las amenazas de los agitadores políticos; mientras otros quieren resucitar las antiguas nacionalidades, logrando aquella tan apetecida unidad con cierta especie de federacion, bajo la autoridad moral de los Sumos Pontífices: á Suiza defendiendo su independenciam al abrigo de sus montañas y de su neutralidad: á Holanda, patrimonio de la raza valerosa que la hizo surgir con sus diques de entre las olas del embravecido Oceano: á Belgica, frontera neutral entre las rivalidades de la Prusia y la Francia: á Prusia, con inciertos limites é impaciente ambicion: á las islas Británicas, reuniéndose y formando un imperio incontrastable: á Suecia, Noruega y Dinamarca, entre sus embravecidos mares y sus grandes rios: á Rusia, gigante inmenso, encarcelado en el continente, sin costas y por consiguiente sin industria y sin comercio, que solo logra asomar la amenazadora cabeza á través del Oceano Glacial bañando sus piés en el Mar Negro, que dá vida al cadáver del Imperio Otomano con su eterna ansia de apoderarse de Constantinopla.

Caracterizan á la Edad Moderna los grandes descubrimientos; la invencion, ó mas bien, la aplicacion de descubrimientos antiguos, como la imprenta, la polvora, la brújula.

¿Deberáse la invencion de la imprenta á Juan Gutemberg ó solo la perfeccion de descubrimientos de los chinos? ¿qué hubiera sido de esta invencion, sin la perfeccion de la industria del papel, sin la aplicacion de los metales á la fundicion de los caracteres móviles, sin la tinta aceitosa?

¿Es la polvora, inmenso agente de la industria y de la guerra, invencion de los indios que los árabes propagaron, ó se debe al monge alemán Schwartz que la encontró por acaso?

La brújula, que permitió á las naves apartarse de las costas haciendo posibles los viajes lejanos, fué inventada por los franceses como estos afirman, por Flavio Guioja, ciudadano de Amalfi, como los italianos quieren, ó era ya conocida y aplicada en la mas remota antigüedad por los chinos?

¿A quien toca la gloria de la aplicacion del vapor como prepotente fuerza? ¿á los españoles ó á los ingleses? ¿á quien la industria de los anteojos? ¿á Salviano de Armató? ¿á Alejandro Spina?

¿A quien la invencion de los globos aereostáticos? ¿á quien su definitiva direccion, cuando se logre? Se deberá á uno solo ó á muchos?

La gloria de la aplicacion del vapor como fuerza motriz, ¿toca al que viendo hervir el agua contenida en una vasija y agitarse la tapa que la cubria, ni aun paró mientes en la causa de este movimiento? ¿corresponde la navegacion aereostática al que vió que la hoja caída del árbol se sostenia en el aire y era conducida por el viento á largas distancias?

¿Cuan pocas veces cae la manzana cerca de Newton!

Pero, al cabo, un observador repara, por ejemplo, en la

hoja del árbol, é imagina algo de que se rie la multitud; luego sobreviene otro que imagina otra cosa más, y así, de proyecto en proyecto y de invento en invento, se llega á la navegacion aereostática.

Ahora bien, si los contemporáneos de este descubrimiento quieren escribir su historia, deberán fijar para ello el árbol genealógico de los hombres por medio de los cuales se haya llegado á tan portentoso resultado; en el cual, si han de ser justos, no podrán prescindir de consignar los nombres de los que escarnecieron sus cohetanos, de los que són hoy objeto de burla y de mofa para nosotros, de los que dilapidaron su fortuna propia y la agena en costosos ensayos; espirando abandonados en los hospitales ó en las casas de orates; de los que, armados de este ó del otro aparato, se despeñaron lanzándose al aire desde grandes alturas.

Lo que si puede asegurarse, como nueva prueba de la intervencion de la Providencia en las cosas humanas, es que los grandes descubrimientos llegan siempre en el momento mismo en que el hombre necesita de ellos; así la imprenta se desarrolla en los precisos días en que se difunde el gusto del elasicismo y el amor al estudio con la caida de Constantinopla y la subsiguiente emigracion de los hombres de letras: aplicánse el vapor y la electricidad en el instante en que nuestra nerviosa sociedad ansia viajar con rapidéz vertiginosa y satisfacer su delirante curiosidad: el carbon de piedra se explota, cuando los combustibles conocidos no pueden satisfacer las necesidades de la industria: el petróleo (tal vez el fuego griego), cuando las grasas animales y los aceites no bastan para las necesidades de la alimentacion.

¿Que acontecerá, por ejemplo, cuando se consuman los

incalculables depósitos de hulla que guarda en su seno la naturaleza?

La Providencia, siempre la Providenciá, se encargará entonces de suministrar los medios de satisfacer las necesidades humanas.

LECCION XC.

Historia de Rusia y Dinamarca.

Entre los diversos estados fundados por los bárbaros que siguieron á Atila en sus expediciones, debemos mencionar dos; uno á la parte de acá del Dnieper, en Kiew, y otro, en la márgen opuesta del mismo rio, por dos gefes hunnos que se establecieron en Novogorod. Várias tribus que poblaban las orillas del Volga, se trasladaron al Danubio y fundaron la Bulgaria.

Rurik, pirata noruego que se habia establecido en Nowogorod llamado por los naturales, es tenido por el fundador del imperio ruso.

Los descendientes de este, vencedores unas veces, vencidos otras, se vieron atacados por los tártaros mogoles (1224) que dominaron el pais, hasta que en tiempo de Juan III (1462), recobró su independendencia.

Juan III dominó á los tártaros que se habian dividido bajo la autoridad de los Khanes de Astracan, de Kasan,

de Crimea etc. Fué venturoso el mando de Basilio IV: Juan IV, fué conquistador, quiso civilizar á su pais, mereció el sobrenombre de el Terrible, y dejó dos hijos, Fedor y Dimitry de los cuales este fué asesinado y aquel, último de la sangre de Rurik (1598), anulado por su tio Boris Gudunof.

Tras de varias revoluciones, fué electo Miguel Federo-vitz (1613), troneo de la dinastia Romanow, originaria de Prusia.

Á Miguel III, sucedieron Alejo, Fedor III y Pedro (1689).

Pedro I se propuso engrandecer á su patria por medio de la civilizacion, á cuyo efecto creó un ejército regular, abrió caminos, canales y puertos, se preparó con el conocimiento de varios idiomas, y cuando ya se creyó á si mismo suficientemente instruido, se encaminó al extranjero para estudiar por si mismo los progresos de las naciones mas adelantadas.

A este efecto visitó la Alemania, Inglaterra y Holanda. En Saardam ingresó en el gremio de los carpinteros de rivera para aprender el arte de las construcciones navales, en Inglaterra las manufacturas, y en Alemania la organizacion de los ejércitos.

Cuando pensaba continuar en sus expediciones, una revolucion de los strelitzes le obligó á regresar á sus estados, donde disolvió esta terrible milicia y prosiguió en su mision civilizadora.

Organizado ya su ejército, quiso probarlo en los campos de batalla, á cuyo efecto tomó parte en la liga de Polonia y de Dinamarca contra Carlos XII de Suecia que derrotó vergonzosamente á su ejército cerca de Narva (1700), derrota que compensó Pedro con varias conquistas.

Pedro I, como todos los grandes hombres, poseia el arte de conocer á las personas que podian serle útiles; asi

se unió (1711) á Catalina, hija de padres oscuros, mujer de un soldado, con la que hizo un segundo viaje á Europa, escitando la admiracion de todos con su grandeza y con sus extravagancias, y concedió su favor al pastelero Menteicof, gran diplomático y general.

Provocado por Carlos XII, aniquiló al ejército sueco en Pultawa (1709) y obligó á Carlos á refugiarse en Bender.

En la guerra que sostuvo contra Turquía en las riberas del Pruth, hallabase encerrado y sin esperanza de salvacion, cuando su muger Catalina, ganó con dinero al Visir que dejó al Czar ponerse en salvo, ajustando con él la paz (1711).

Pedro I conquistó la Livonia, la Estonia y la Finlandia; triunfó de los suecos en el mar (1715); embelleció á San Petersburgo, capital de su imperio que él mismo habia fundado; adquirió la Hungría y la Carelia; extendió su dominacion hasta el Mar Negro y el Caspio, se hizo reconocer emperador de todas las Rusias; decidió que cada emperador tendria el derecho de nombrar su sucesor, y murió (1725) á la edad de cincuenta y dos años y cuarenta y tres de reinado.

A Pedro I su cedió su viuda Catalina y á esta Pedro II que murió joven estinguéndose con él la descendencia masculina de los Romanow. Despues imperó Ana (1730); tras de esta el niño Juan VI, y, mas tarde (1741), Isabel, sobrina de Pedro el Grande, que compartió el trono con su marido Pedro Holstein (Pedro III) á quien más adelante hizo degollar.

En 1762, ocupó el imperio Catalina II que engrandeció la Rusia á costa de la Polonia y de la Turquía, restableciendo el Mar Negro como limite de sus estados. Esta célebre Czarina murió en 1796.

Suecia, Noruega y Dinamarca se hacen notables en el siglo IX de la era cristiana, en que los Daneses eran ya señores de la Noruega, por las célebres expediciones piráticas en casi todos los países europeos.

En el siglo X reinaba en Suecia Oloa y en Noruega y Dinamarca Magno el Bueno; en el XIV, uniéronse Noruega y Suecia bajo Magno VIII, y así permanecieron hasta que despues de varios sucesos, se concertaron los tres estados por medio de la Union de Calmar (1388) bajo Margarita de Valdemar apellidada la Semiramis del Norte, union que se rompió á la muerte de Margarita (1412) permaneciendo unidas Dinamarca y Noruega bajo Cristian I y separándose Suecia bajo Carlos VIII.

Fujitivo Carlos y retirado en Alemania, vióse devorada Suecia por la anarquia hasta que Gustavo I Wasa fué colocado en el trono (1525). Muerto Gustavo I reinaron sucesivamente los hermanos Erico XIX y Juan III, Sigismundo hijo de este, depuesto por Carlos IX, y su hijo Gustavo Adolfo II (1611) que aumentó la Suecia con territorios rusos y polacos, tomó parte en la guerra de los treinta años como jefe del partido protestante, y murió en la batalla de Lutzen (1632), dejando el trono á su hija Cristina que continuó afortunadamente la guerra contra Dinamarca y los imperiales y engrandeció la Suecia con sus adquisiciones en el tratado de Westfalia (1648).

Cristina, á la edad de diez y ocho años, abdicó la corona y abandonó sus estados, muriendo en Roma despues de ad jurar el protestantismo.

Al terminar los reinados de Carlos Gustavo y de Carlos XI, sus hijos, ocupó el trono Carlos XII, héroe impetuoso que despues de vencer á los dinamarqueses, polacos y rusos, fué derrotado en Pultawa y muerto en Frederickskshall (1718) á la edad de treinta y seis años.

Ulrica Leonor, hija de Carlos XII, compartió el trono con su marido Federico I, en cuyo tiempo sufrió la Suecia grandes desmenbraciones.

No teniendo hijos Ulrica, por intrigas de Rusia, influyente en Suecia, fué electo Adolfo Federico antecesor de Gustavo III que murió (1792) en medio de grandes agitaciones.

Dinamarca, confundida unas veces con la Suecia y la Noruega, independiente otras, fué gobernada por los reyes Cristian I, Juan II (1515), Cristian II, Federico I y Cristian III, en cuyo tiempo la Noruega se unió á Dinamarca (1559).

Federico II aseguró el derecho de pasaje en el estrecho del Sund, aun hoy objeto de grandes cuestiones (1588): Cristian IV fué desgraciado en la guerra de los treinta años; y Federico III contrató con los suecos una paz humillante. Entre sus sucesores se distinguió Cristian V.

Las discordias suscitadas por las dos ramas de la familia real, en tiempo de Federico IV, dieron lugar á una sangrienta guerra, en la que sin embargo, obtuvo ventajas, aprovechándose de las desgracias de Carlos XII de Suecia.

La Dinamarca vivió próspera y feliz bajo los reinados de Cristian VI (1750) y Federico V (1746) gran protector de los estudios arqueológicos y de los literatos y hombres de ciencia, entre los que, para acordarnos de pocos, solo citaremos á Klopstok, á Michaelis y á Niebuhr.

Cristian VII (1786) vivió sometido á Struensee, reformador peligroso, arrogante ligero y vil: Federico VI (1786) introdujo prudentes reformas.

LECCION XCI.

Polonia.—Hungria y Bohemia.

Entre las diferentes razas bárbaras que invadieron el imperio Romano de Occidente, se distinguieron la escítica y la sarmática ó eslava, que despues de grandes movimientos y emigraciones en el Norte del imperio, se establecieron en las orillas del Báltico con los nombres de prusianos, lituanios, livonios, estonios y finneses; en el Sur, en las márgenes del Danubio, con los de servios, bosnios, croatas y esclavones, y hacia el Oeste, con los de leckos ó polacos, bohemios, moravos y otros, como los pomeranios.

Debilitadas las tribus escíticas que se habian hecho tan temibles con el nombre de ávaros, formaron á fines del siglo VII un nuevo pueblo con el de Ougurs ó hunos, á la vez que las razas sarmatas dieron origen á los grandes ducados de Polonia y de Bohemia.

En tiempo de Micislao I, los polacos, abandonando la idolatria, abrazaron el cristianismo. Boleslao I hizo varias

conquistas y elevó la Polonia á reino que declaró electivo.

Esté estado siguió engrandeciéndose bajo los sucesores de Boleslao.

Boleslao III dividió la Polonia en estados feudales que adjudicó á sus hijos, hecho que fué causa de grandes disturbios y guerras.

Invadida la Polonia por los prusianos y livonios, los polacos llamaron en su auxilio á los caballeros teutónicos (1237) concediéndoles los territorios que conquistarán.

Casimiro el Grande tuvo que luchar con los caballeros establecidos en el país y murió heredándolo Luis rey de Hungría (1570), cuya hija, Eduvigis, por su casamiento con Jagellon (Ladislao II) unió la Lituania á la Polonia y aumentó aun más su territorio, cuando en el reinado de Ladislao III, la Dieta de Hungría le eligió rey de este país.

Húngaros y polacos fueron vencidos por Amurates junto á Varna, donde perecieron Ladislao III y la flor de su ejército (1444).

Bajo Casimiro IV los caballeros teutónicos fueron vendidos; celebrándose el tratado de Thorn en virtud del cual la Prusia occidental se incorporó á la Polonia, quedando la oriental por la orden, aunque á título de feudo de los reyes polacos.

Juan Alberto y Alejandro, hijos de Casimiro, vieron invadidos sus estados por turcos y tártaros.

Sigimundo I y Sigismundo Augusto fueron afortunados en sus guerras; pero, al morir este, último de la línea masculina de los Jaguellones, la Polonia quedó convertida en estado aristocrático con un jefe electivo.

Así, fué electo (1572) Enrique de Valois, hermano de Carlos IX de Francia, que abandonó la Polonia (1575) para mandar en su país natal. Después de Enrique reinaron Estéban Batory, Sigismundo Wasa, Ladislao Wasa y Juan Casimiro.

Este monarca sostuvo guerras contra los cosacos de la Uerania, las cuales pararon en que, desesperados estos, se sometieron á Rusia, dejando á la Polonia sin fronteras por la parte oriental.

En guerra Polonia con la Rusia y la Suecia, tuvo que ceder gran parte de su territorio, y por el tratado de Velaú perdió la supremacía feudal sobre la Prusia oriental.

Afligido Juan Casimiro, último de los Wasa, por tantas desgracias y por el orgullo de la nobleza polaca, abdicó la corona (1668): Miguel, cedió territorios y fué feudatario de los tártaros: Juan Sobieski venció á los turcos cerca de Viena salvando el Austria y á la Europa (1735), y Federico Augusto II fué vencido por Carlos XII de Suecia que puso en su lugar á Estanislao Leezinski (1704).

A la muerte de Augusto II sucedió en el trono Augusto III, y cuando este espiró (1765), la Czarina Catalina hizo marchar cuarenta mil rusos sobre Varsovia que impusieron á Estanislao Augusto Poniatowski (1764). Diez años de guerra y la primera división de la Polonia (1773), entre la Rusia, el Austria y la Prusia, fueron las consecuencias de este hecho.

Los polacos reformaron, aunque tarde, su funesta Constitución; pero el partido adicto á las antiguas leyes invocó (1792) el auxilio de Catalina de Rusia que declaró la guerra á la Dieta. En su virtud se procedió á la segunda repartición de la Polonia que quedó reducida al territorio comprendido entre el Vístula y el Bog.

Pasado algun tiempo Kosciusko, con otros jefes del partido nacional, promovió una insurrección que fué vencida por la Rusia (1795) que compartió con Prusia y Austria los últimos restos de la Polonia.

Hungría.—Avecindados los húngaros en la Dacia, no fueron conocidos como nación hasta el siglo IX, en que;

convertidos al cristianismo, los gobernó Arpad. Estinguida esta familia (1290) en Andrés III, ofrecieron la corona al rey de Bohemia.

Después de varias guerras y vicisitudes fué electo rey de Hungría (1437) Alberto II emperador de Austria, á quien sucedió Ladislao el Póstumo bajo la tutela del célebre Juan Huniades á quien luego hizo decapitar.

Muerto Ladislao, los húngaros colocaron en el trono á Matias Corvino, hijo de Huniades, que venció á Federico III, á los turcos, austriacos y polacos, fundó la célebre Universidad de Buda, y reformó la legislación publicando el *Decretum majus*.

Heredó á Matias, Ladislao VII, que murió peleando contra Soliman el Grande (1526).

A este desgraciado suceso siguió una época de desastres, durante la cual pasó la Hungría, sufriendo algunas desmembraciones, á la casa de Austria.

Bohemia.—Cansado este país de las terribles depredaciones de los Husitas, se sometió á Ladislao el Póstumo, hijo del emperador Alberto II (1447).

Jorge Podiebrad, gobernador durante la menor edad del rey, ocupó el trono á la muerte de este (1458).

Por último, casado Fernando de Austria con la hija del Póstumo, adquirió la casa imperial este reino.

LECCION XCII.

El imperio de Oriente desde Alejo I.—El imperio Otomano desde Mahomet II.

Á la muerte de Alejo I (1118) ocuparon el imperio Juan II Comneno, príncipe valiente y generoso; Manuel á quien los aduladores convirtieron en tirano; Alejo II bajo la regencia de su madre Maria, que murió desposeido por el cruel Andronico, último de los Comnenos. Gobernando este tiránicamente, pereció entre crueles tormentos á manos del pueblo indignado (1185), que proclamó á Isaac Angelo, príncipe afeminado é inepto á quien despojó del imperio y encerró en una prision su hijo Alejo III, después de privarlo de la vista.

Habiendo logrado escaparse Alejo, hijo de Isaac, preso con su padre, se presentó á los cruzados, poniéndose bajo su amparo.

Proclamado emperador Alejo IV, los cruzados se apode-

raron de Constantinopla (1205) y libraron de su prision á Isaac Angelo que volvió á reinar asociado á su hijo.

Escitado el pueblo por Murzuflo contra los dos emperadores, ahorca á Alejo IV, muere Isaac, y Murzuflo es proclamado con el nombre de Alejo V.

Los cristianos juran vengar á su protegido y marchan al asalto de Constantinopla, Murzuflo huye, el pueblo alza á Teodoro Lascaris, yerno de Alejo III, que procura reanimar á los griegos; pero abandonado de todos, se vé en la necesidad de implorar la piedad de los latinos.

Los cruzados se apoderaron de Constantinopla donde eligieron emperador á Balduino conde de Flandes, primero de los emperadores latinos que despues de un reinado infeliz, pereció misteriosamente á manos de los búlgaros; sucediole su hermano Enrique.

Entanto, Juan Ducas, sucesor de Teodoro Lascaris que habia fundado el imperio de Nicea, venció en varios encuentros á los latinos y puso sitio por tres veces a Constantinopla. Despues de éste, imperaron Teodoro Lascaris II y Juan IV, á quien despojó Miguel Paleologo, que declaró la guerra á Balduino II emperador latino de Constantinopla, apoderándose los orientales de esta ciudad, sin encontrar la menor resistencia.

A Miguel, fundador de la dinastia de los Paleologos, desgraciado por las cuestiones religiosas en que se vió envuelto, heredó Andronico II que en guerra con los turcos, llamó en su auxilio á catalanes y aragoneses, los cuales, mandados por Roger de Flor, despues de haber salvado el imperio con su heroismo, desatendidos por Andronico, volvieron sus armas contra él, poniendo el imperio á punto de perderse. Andronico se asoció á su hijo Manuel; fué desposeido por su nieto Andronico III (1528), como este por

Juan Paleologo, mientras los turcos avanzaban, cada vez mas amenazadores, sobre Constantinopla.

El imperio de Oriente estaba entonces limitado á un extremo de la Tracia, con cincuenta millas de longitud y treinta de anchura; perimetro reducido que fué preciso dividir entre Juan Paleologo, que quedó en la capital y su hijo Andronico, que fué señor del resto, fijándose en Selimbria.

A la muerte de Juan, en 1591, Manuel, su otro hijo que se hallaba en Prusa, se apoderó de Constantinopla y dejó el reino (1599) á Juan II Paleologo, para visitar la Europa en demanda de socorros.

Recobrando el poder á su vuelta, dividió el imperio entre sus siete hijos, tocando á Juan III (segun otros VIII) la ciudad de Constantinopla (1425).

Ya hemos referido como la capital del antiguo imperio de Oriente cayó en poder de Mahomet II imperando el desgraciado Constantino XII, heredero de Juan III.

Despues de la victoria de Mahomet II, quedó Constantinopla convertida en capital del imperio Otomano.

Mahomet, conquistó las islas del Archipiélago; arrebató á los Paleologos sus estados de Morea; acabó con el imperio de Trevisonda; quitó á los genoveses y venecianos sus establecimientos del mar Negro; batió á los turcomanos, é incorporó al imperio mas de trescientas ciudades; pero no pudo humillar el valor de Juan Hunniades en Belgrado, ni conquistar la isla de Rodas defendida por los templarios, y murió (1481) cuando marchaba contra los mamelucos de Egipto.

Mahomet II dejó dos hijos, Bayaceto II y Zizim, de los que, el primero, ocupó el imperio despues de vencer al segundo, y conquistó la Caramania; despojó á Venecia de

muchas de sus posesiones en el Mediterráneo; fué vencido por los mamelucos; arrasó la Hungría meridional, y acabó destronado por los genzaros que elevaron á Selim I su hijo menor (1512). Este, despues de dar muerte á su padre y á sus hermanos, se apoderó del Diabekir, del Kurdistan y de Egipto.

Soliman el Magnífico, ocupó el imperio en 1520. Este inolvidable príncipe, despues de reparar las injusticias de su padre y de regularizar la administracion de sus estados, sitió á Rodas (1522), de cuya isla se apoderó despues de seis meses de heroica resistencia dirigida por el Gran Maestre Villiers; conquistó á Belgrado; venció á los cristianos en la batalla de Mohacz; sitió á Viena que sufrió veinte asaltos en veinte dias y se retiró, trás de haber perdido ochenta mil hombres, temeroso del emperador y rey de España Carlos I que se adelantaba á su encuentro (1552); ocupó gran parte de la Georgia; conquistó á Bagdad; arrebató á los venecianos sus últimas posesiones del mar Egeo; sus escuadras se hicieron temibles en el Mediterráneo y murió (1566) en un acceso de furor ante la inesperada resistencia que le oponia una pequeña ciudad húngara defendida por mil quinientos hombres, contra cien mil que él mandaba.

En tiempo de Selim II, príncipe entregado á la disolucion y encerrado en el Serrallo, uno de sus visires se apoderó de Chipre, victoria que pagó el turco, harto cara, con la derrota que sufrió su escuadra, en las aguas del golfo de Lepanto, por la cristiana que mandaba D. Juan de Austria, hermano de Felipe II de España (10 de Octubre de 1571), derrota que postró para siempre el poder marítimo de Turquía.

Intrigas de mujeres, gobierno de favoritos indignos, mo-

licie, conjuraciones, femeniles revueltas dentro del Serrallo: afuera conspiraciones, motines y asesinatos por los genzaros, la soldadesca y la pleble desenfrenada, he aquí el sombrio cuadro que, por punto general, ofrece el imperio Otomano bajo los degradados sucesores de Mahomet II y de Soliman el Magnífico.

LECCION XCIII.

El imperio de Austria desde Federico III.—La Confederación Helvética

Federico III y su hijo y sucesor Maximiliano I, son particularmente notables por las mudanzas que introdujeron en la constitución germánica, siendo entre todas la más importante la que dividió el imperio en Círculos.

Con efecto, hasta fines del siglo XV, había residido la soberanía en la Dieta General compuesta de tres cámaras, la de los grandes electores, la de los señores eclesiásticos y seculares y la de las ciudades. Al comenzar el siglo XVI el emperador dividió el imperio en seis Círculos (1500) y después (1512) en diez. Reunidos en cada Círculo los Estados que comprendía, formaban una confederación especial, con un príncipe á la cabeza:

Así quedó constituida la Alemania en una asociación de estados federados.

Desde el siglo XV reclamaban los pueblos alemanes la creación de una jurisdicción suprema para todos los negocios de interés general, y en 1495, al comenzar su reinado

Maximiliano I, en la Dieta de Worms se estableció la Cámara Imperial, especialmente encargada de conservar la paz pública, cuyo tribunal estuvo constituido por un presidente y seis asesores presentados por los Estados Generales y nombrados por el emperador. Esta Cámara tenía el derecho de juzgar sin apelación.

Más adelante, el Consejo Aulico se fué abrogando las atribuciones de la Cámara imperial.

¡Cuanto distaban estas instituciones, de los Jueces Francos, que juzgaban en secreto, que hacían ejecutar sus sentencias de muerte sin notificarlas á los condenados!

Maximiliano, reglamentó la instrucción pública; estableció correos en Alemania; creó ejércitos permanentes, y reformó la táctica militar.

En tiempo de este emperador cayó en desuso la división de las ciudades en libres é imperiales; las del Mediodía formaron una Confederación subdividida en dos Círculos, el del Rin y el de Suavia; las del Norte formaron otra Confederación que alcanzó gran celebridad con el nombre de *Ansa Teutónica*.

Al acabar el siglo XV, esta Liga tenía una regencia en Lubek, poseía una grande y temida escuadra y un ejército, influía poderosamente sobre las ciudades en que tenía establecidas factorías, y, dueña del paso del Sund, impuso su voluntad á los pueblos del Báltico.

La conquista de Novogorod por los rusos; la sumisión de Brujas al Austria; las desavenencias de la ciudad de Lubek con Dinamarca; la competencia con el comercio de Londres; los progresos del comercio y de la industria en todos los pueblos, y la seguridad de las relaciones que hicieron innecesaria la intervención de los especuladores teutónicos, fueron las principales causas de la decadencia de la Liga Anseática en el siglo XVI.

Pocos príncipes han engrandecido á su familia como Maximiliano I.

Por su casamiento con Maria, hija de Carlos el Temerario, heredó los Países Bajos y Flandes, á los que añadió despues el Franco Condado; por su enlace en segundas nupcias con Blanca, hermana del duque de Milan, adquirió parte de la Alta Italia, y una fuerte suma de dinero: por el casamiento de su hijo el archiduque D. Felipe con la heredera de los Reyes Católicos, aportó á su casa la España, Nápoles, Sicilia y las Américas: casado su nieto Fernando con la hija de Ladislao, rey de Ungria y de Bohemia, se incorporaron estos reinos á la casa de Austria, preparando asi el incomparable imperio y reinado del gran Carlos V de Alemania y I de Austria.

La Liga Helvética, fué entre tanto, adquiriendo cada vez mayores condiciones de estabilidad.

La derrota de Carlos el Temerario en Morat consolidó la fama de los suizos, fuertes con la reunion sucesiva (1451 á 1515) de los cantones de Appencell, de Friburgo, de Soleure, de Bale, de Schaffousa, que completaron la Confederacion de los trece cantones, dándole un lugar distinguido entre las potencias de Europa, que desearon á porfia tener á sueldo en sus ejércitos á estos montañeses leales y valientes.

LECCION XCIV.

Francia.—Luis XI.—Carlos VIII y Luis XII.

Luis, heredero de la corona de Francia, conspiró contra su padre amargando los últimos dias de la vida de Carlos VII el Victorioso que murió (1461) debilitado por la falta de alimento, que no queria tomar, receloso de que su hijo habia resuelto envenenarlo.

Refugiado el Delfin en los estados de Felipe el Bueno Duque de Borgoña, cuando vencido por su padre tuvo que huir de Francia, profesó odio implacable al duque de Charolais, despues Carlos el Temerario, hijo de su bienhechor.

Mal caballero, cuando se veia en situacion difícil, prometia á sus enemigos victoriosos cuanto le pedian, porque no vacilaba en romper los mas solemnes pactos, faltando á la fé jurada.

Inpaciente por reinar y no habiéndolo logrado sino cuando ya iba á cumplir los cuarenta años, llegó á las alturas del trono devorado de rencores, y así fué cruel, sarcástico y vengativo.

Y sin embargo, protegió la fortuna, pues aparecía en los momentos precisos de la decadencia del feudalismo y del engrandecimiento del poder real, que procuró sin reparar en los medios.

Una de las primeras medidas de Luis XI, al ocupar el trono, fué deshacerse de los ministros de su padre, á quienes odiaba por su fidelidad á Carlos VII, y rodearse de agentes de baja esfera que no vacilaran en ser ejecutores de su voluntad.

Conocido el carácter del nuevo monarca, sus primeras disposiciones fueron acogidas con la llamada *Liga del Bien Público* que dirigió el conde de Charolais y de que formaban parte el duque de Berry hermano del rey y los de Borgoña, Bretaña y Borbon, á la que siguió una guerra de dos años que terminó con los tratados de Conflans y de San Mauro que el rey no cumplió.

La muerte libró á Luis de sus mas peligrosos enemigos; de su hermano Carlos que falleció envenenado de su orden, y de Carlos el Temerario duque de Borgoña, que murió en el sitio de Naney (1477) derrotado por el de Lorena.

Luis XI se rodeó de gentes abyectas como Oliveros de Daim que habia sido su barbero, un lacayo le servia de heraldo, se complacia en tener al alcance de su voz al ejecutor de la justicia y profesaba la aterradora máxima de que *donde hay provecho hay gloria*. Para retratar de cuerpo entero el alcance de su justicia, bastará decir que procesado Jacobo de Armagnac duque de Nemours, habiéndolo condenado á perder la cabeza, ordenó que los hijos de este desventurado estuvieran debajo del tablado durante la ejecucion, para que, como horrible bautismo, cayera sobre ellos la sangre de su padre.

Los últimos años de este príncipe engrandecedor del

poder personal de los monarcas, trascurrieron entre atroces remordimientos.

Retirado en el inaccesible castillo de Plessis-les Tours, rodeado de guardias, cadenas, trampas y horcas, atacado de apoplejia, vióse dominado por su médico Jacobo Cotier. Habiendo llegado á oídos del moribundo los prodigios y milagros de San Francisco de Paula, le hizo presentarse en París desde la Calabria. Luis se hechó á los pies del fundador de los Mínimos, pidiéndole entre lágrimas y sollozos que lo curara.

Llorando sus faltas y devorado de crueles remordimientos, murió Luis XI en 30 de Agosto de 1483.

El reinado de Carlos VIII se reduce á la guerra con el duque de Orleans y á su expedicion á Italia, anheloso de conquistar el reino de Nápoles, propósito que no pudo lograr.

Extinguida la línea directa de los Valois, subió al trono el duque de Orleans con el nombre de Luis XII (1498).

Este príncipe pasó á Lombardia, se apoderó del Milanesado y venció é hizo prisionero á Ludovico el Moro que fué trasladado á Francia donde murió al cabo de diez años,

Ambicionando Luis, como su predecesor, el reino de Nápoles y temiendo ser contrariado por el rey de España, concertose con él, y al efecto, franceses y españoles invadieron aquellos estados; pero anhelando Luis quedarse con la Capitanata y la Basilicata, el Gran Capitan derrotó á los franceses en Ceriñola y Garellano (1503) y dió á Fernando el Católico el reino de Nápoles.

Habiendo los venecianos despojado de parte de sus estados á la Santa Sede, concertáronse el emperador Maximiliano, el rey de España y el de Francia, que alegaban respectivamente derechos sobre territorios de la república.

La liga de Cambray (1508) no fué mas que la natural consecuencia de la política egoísta de Venecia, que no pensando mas que en su engrandecimiento, habia amontonado contra ella ódios seculares.

Arruinado el tesoro veneciano por la pérdida del monopolio del comercio de la India y por las guerras con Carlos VIII, era victima en aquellos momentos de accidentes que agravando su malestar, fueron para ella como funestos augurios de esta lucha.

Incendiado en Brescia el depósito de la polvora, quedó reducida á escombros la ciudadela; perdiéronse en un naufragio diez mil ducados con que Venecia auxiliaba á Rávena, y un incendio devoró los archivos: pero sobreponiéndose á todo la Señoría, sostuvo la guerra, en que, apesar de sus esfuerzos, los franceses alcanzaron la decisiva victoria de Agnadello, en premio de lo cual cada uno de los aliados obtuvo cuanto quiso.

Concluida esta guerra, se organizó la Liga Santa, con el doble objeto de impedir el cisma y restituir la ciudad de Bolonia á la Sede Apostólica.

Después de grandes batallas y no pocos desastres para Italia, terminó la Liga (1514) renunciando el rey de Francia al conciliábulo de Pisa, abandonándose la Navarra á D. Fernando el Católico, dándose á Maximiliano Esforca el Milanesado, con escepcion de los ducados de Parma y Placencia que se agregaron á los estados de la Iglesia.

Luis XII murió en medio de estos conciertos.

LECCION XCV.

España.—Los Reyes Católicos.—Doña Juana.—El Cardenal Jimenez de Cisneros.

Muerto Enrique IV de Castilla, su hermana D.^a Isabel, casada con D. Fernando heredero de Aragon y de Sicilia, es proclamada en Segovia, á la vez que el rey de Portugal, desposado con D.^a Juana la Beltraneja, invade á España con poderosa hueste: el cual, después de varios sucesos, fué vencido en Toro (1476) y obligado á abandonar su empresa.

Este felicísimo suceso, que unia en ambos cónyuges las coronas de Castilla y Leon á las de Aragon y Sicilia, dejaba adivinar que habia llegado el momento de que concluyera la dominacion de los musulmanes en España.

Pero antes, procediendo ambos monarcas con su habitual prudencia, procuraron dotar á sus estados de paz duradera.

Á este fin y para oponerse al poder de los grandes señores, reerudecido durante la debilidad de los anteriores reinados, crearon la Santa Hermandad (1476) que puso á

sus órdenes una milicia permanente. Habiendo cesado con el feliz término de la reconquista la razón de la independencia de las Órdenes militares, que habían llegado á convertirse en peligro para la monarquía, lograron que en ellos recayera, primero la administración de los Maestrazgos, en tiempo de Alejandro VI, y luego los Maestrazgos mismos, á perpetuidad, por bula de Adriano IV.

Siendo la verdadera unidad política hija de la unidad religiosa, é infestada España por la perversidad de la raza judaica, ocasionada á promover motines con su insaciable avaricia, é hirviendo la península en agarenos recién sometidos que inquietaban á los cristianos, fundaron el Tribunal de la Inquisición (1478).

Arreglados así los asuntos interiores en ambas monarquías, se prepararon los Reyes Católicos para dar digno remate á las siete veces secular guerra de la reconquista.

Del inmenso poder de los moros en España solo quedaba el reino granadino, al cual habían sido arrebatadas una á una ciudades y pueblos, hasta que por último los reyes Católicos se presentaron ante Granada (1491), último asilo de los infieles.

Las gentes más valerosas de los pueblos recién conquistados por los cristianos se habían ido acogiendo á Granada, que contaba entonces con una población exuberante, aunque dividida por inextinguibles rencores y discordias.

Después de ocho meses de asedio, se rindió Granada en el día 2 de Enero de 1492.

A la entrega de la ciudad habían precedido capitulaciones en que se prometía á los vencidos el libre ejercicio de su culto.

En el mismo año de la toma de Granada, Cristóbal Colón, tratado con menosprecio por los reyes de Portugal y de Inglaterra, y cariñosamente acogido por D.^a Isabel, con

auxilios de esta Señora, saliendo del puerto de Palos de Moguer (1492), en lucha incesante con las olas, y cuando ya sus compañeros se entregaban á la desesperación, descubre las Lucayas; y encaminándose hácia el Sur, á Santo Domingo y Cuba; en un segundo viaje aporta á las Caribes, (1495), la Dominica, Guadalupe, Puerto Rico y Jamáica, y en el tercero (1496) á la isla de la Trinidad, donde al observar en la contrapuesta costa la desembocadura del gran río Orinoco, comprendió que había pisado un continente que no podía ser el Asia; que había descubierto un Nuevo Mundo.

Los Reyes Católicos engrandecieron aun más sus estados con la conquista del reino de Nápoles que realizó el Gran Capitán.

Doña Isabel murió en Medina del Campo (1504), nombrando heredera de sus estados á su hija Doña Juana y muerta esta, á Don Carlos su nieto, ejerciendo la regencia su marido Don Fernando, hasta que Don Carlos llegara á la edad de veinte años.

Fallecido Don Felipe el Hermoso, marido de Doña Juana, á los nueve meses de su llegada á España y vista la incapacidad de la reina, se formó un Consejo de regencia provisional compuesto de siete proceres que presidía el Arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Jimenez de Cisneros.

Confirmado por las Cortes en la regencia, Don Fernando el Católico, después de castigar á (1506) algunos espíritus turbulentos, se dedicó á desarrollar su política en el exterior.

En su consecuencia, tomó parte en la Liga de Cambray; se apoderó del reino de Navarra; auxilió los descubrimientos en el Nuevo Mundo; apoyó al Cardenal Cisneros en la conquista de Orán; debeló á Bujía y á Trípoli, é hizo tributarios suyos á los reyes de Tánger y de Túnez.

Al morir D. Fernando (1516) dejó encomendada la regencia, en los asuntos de Castilla al cardenal Jimenez de Cisneros, y en los de Aragon á su hijo natural el arzobispo de Zaragoza.

El Cardenal, que ya alcanzaba la edad de ochenta años, rigió con mano firme y segura los destinos de España, hasta la llegada de D. Carlos I (1517).

No es posible encontrar en la Historia quien como Doña Isabel asumiera todas las virtudes reales, y cuantas pueden engrandecer á la madre y á la esposa. Infatigable en la guerra, pronta en el consejo, generosa en el perdon, de incomparable alteza de pensamientos, fué cariñosísima madre ó irreprochable esposa, atenta á los mas nimios cuidados del hogar.

Profanacion, verdadera profanacion sería compararla con las mas grandes reinas, con Isabel de Inglaterra, con Cristina de Suecia, por ejemplo.

D.^a Isabel y su esposo D. Fernando, auxiliados por el cardenal Jimenez de Cisneros, engrandecieron la autoridad real, pero sin poder ser comparados con ningun otro monarca ni ministro de Europa, con Felipe IV y Luis XI de Francia, con Enrique VIII de Inglaterra, con Juan II de Portugal, que se propusieron idéntico fin, pero sin reparar en los medios; ni Jimenez de Cisneros con el gran Cardenal de Francia, con el astuto y artero Richelieu.

Y sin embargo, hay quien pretende mancillar la memoria de los Reyes Católicos, recordando para ello que en su tiempo se estableció la Inquisicion, sin tener en cuenta, haciendo ya caso omiso de las calumnias del mal español Llorente, que la Inquisicion fué desde luego el tribunal mas popular en España: que á él, y solo á él, debemos habernos librado mas adelante de los horrores de las guerras religiosas que asolaron á Europa: que si en la Inquisicion se atormentaba,

otro tanto se hacia en los tribunales ordinarios, donde este medio de prueba parecia justo, y que ella fué la primera en abolirlo: que en la Inquisicion se usaban procedimientos tenidos hoy por progresos modernos, yendo ella aun mas allá en su legislacion que la legislacion de hoy (1855), por estar en el Santo Oficio prohibido ejecutar, sin consulta de la superioridad, auto que produjera estado: que antes de que en nuestros mismos dias se haya mandado (1870) que la calificacion del delito toca al fiscal ó á la parte actora, tenia la Inquisicion establecidos los Calificadores, absolutamente extraños á ella.

Tambien hay quien tache de fanático y oscurantista al Cardenal Jimenez de Cisneros, imputándole el hecho de la *bárbara quema* de los códices arabigos de Granada.

Esta acusacion, siempre destruida y sin cesar renovada por la mala fé de envidiosos escritores extranjeros, ó por la ignorancia de algunos de los propios, merece ser combatida, una vez más, aunque con pocas palabras.

La tolerancia observada por nuestros padres para con los moriscos habia producido frutos amargos, como los produce siempre la transacion con el mal.

Dentro de Granada vivian gentes cuyo implacable fanatismo se mostraba cada un dia con los muchos cristianos que amanecian asesinados y con los rostros desollados en la plaza de Bibarambla y en otros parajes públicos de la ciudad. Preciso fué pues atacar el mal en sus fuentes, y mas en aquella edad en que se creia que el mayor bien á que puede aspirar un pais es la unidad en la fé religiosa, como legitima generadora de la unidad política; en aquellos dias que las fustas berberiscas, contando con inteligencias y noticias seguras, al amparo de las accidentadas costas andaluzas, caian sobre los pueblos y alquerias inermes, y, apesar de la mas esquisita vigilancia, saqueaban, robaban

y mataban cuanto se ponía al alcance de la mano de tan crueles piratas.

De otra parte, la civilización arábiga, tan escasa en libros de verdadero valer, pese á la moderna monomanía muzlímica ya desacreditada, aunque tan reciente, abundaba en opúsculos y tratados que prolongaban á maravilla la superstición y por consiguiente el odio de los moriscos, los cuales era preciso quitar de las manos á sus desdichados dueños, en aquellos tiempos en que se creía que el Estado, velando por la sana alimentación de los espíritus, debía, como primer deber, procurar que los malos libros no corrieran libremente, envenenando las almas.

Con efecto, diez y ocho años después de la reconquista, se mandó por Doña Juana (20 de Junio de 1514) que dejando en poder de sus respectivos dueños los códices arábigos que trataran de medicina, de filosofía ó de historia, se destruyeran los que de supersticiones solo se ocuparan.

No pocos moriscos, que de buena fé habían abrazado el cristianismo, se apresuraron á entregar todos sus libros con verdadero placer, los cuales fueron espurgados: otros conservaron en sus casas los que exceptuaba el decreto, presentando los que el mismo condenaba. Por tal manera fueron públicamente quemados los dañosos, cuyo número llegó escasamente á cinco mil, según afirman escritores contemporáneos, dignos de crédito y de fé.

De los códices que conservaron los moriscos no hay para que hablar; unos parecen, escondidos entre los techos y paredes de las casas que cada un día se hunden y arruinan en el Albaicín; otros fueron destruidos por sus dueños; muchos se custodian en las bibliotecas extranjeras, y no pocos se guardan por los marroquíes, como alhajas de familia y recuerdo de sus predecesores que emigraron al África.

Los que se salvaron del espurgo hecho por entendidos arabistas, fueron depositados en la Capilla Real; otros enriquecieron la biblioteca de la Universidad y colegio Complutense; otros constituyeron el riquísimo núcleo de la del Escorial (Marea H, IV. 40), y otros pararon en diversas colecciones, como la de la Compañía de Jesús.

Ahora, si se nos pregunta por algun apasionado, donde está ese riquísimo tesoro de la literatura arábigo-hispana, contestaremos que gran número de los libros depositados en la Real Capilla se emplearon en rescatar cautivos; que los donados al colegio de San Ildefonso de Alcalá, se emplearon en la fabricación de cartuchos durante la primera guerra carlista; que en San Lorenzo del Escorial se conservan los que á su biblioteca fueron donados, exceptuando los muchos que perecieron abrasados en el voracísimo incendio de 1671. Por los de la librería de los Jesuitas no hay para que preguntar, pues esta colección, que según el índice hecho por los inolvidables Padres Mohedanós, sumaba al verificarse la espulsión, veintinueve mil cuatrocientos ochenta y tres volúmenes, á los pocos años no contaba mas que con siete mil.

¡Fanático y oscurantista, el que á costa de inmensos esfuerzos publicó la Biblia Poliglota, el generoso fundador de la inmortal Universidad Complutense, del ilustre Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares!

LECCION XCVI.

Portugal desde D. Juan II, al Cardenal D. Enrique.

Don Juan II (1481) sucedió en el trono de Portugal á su padre Alfonso V.

Rivalizando D. Juan con su inmediato pariente el duque de Braganza jefe de la aristocracia lusitana, queriendo sobreponerse á ella y abatir el poder de los nobles, procediendo al duque, lo mandó al cadalso.

Después de este hecho, llevado á cabo con espanto y asombro de los Grandes de Portugal, la madre del duque de Braganza se retiró con sus demás hijos, en medio del mayor dolor, á una de sus fortalezas.

Entre los hermanos del de Braganza, se contaba el duque de Viseo, mancebo que se había atraído la voluntad de todos por las altas prendas de su carácter que es-

citaron la envidia y la mala voluntad del rey.

No atreviéndose D. Juan II á atacar de frente al Duque de Viseo, lo llamó á su corte con cariñosas palabras. Presa de tristes presentimientos su noble madre, quiso retenerlo á su lado, á lo que él se negó tomando animosamente el camino en busca del rey. Aun quiso insistir la atribulada madre viendo que al salir tropezaba el caballo que montaba su hijo, lo que tuvo por de funesto augurio; pero este, prosiguiendo alentado su viaje, se presentó á D. Juan, que lo recibió con alhagüeñas palabras dejándolo á breve rato solo en la habitación bajo pretexto de un asunto inesperado.

Solo ya el duque de Viseo, aparecieron ante él varios asesinos que el rey tenía aperecebidos para que lo mataran. Hablóles el duque; les reprochó su acción y las armas cayeron de las manos de aquellos hombres. Tal era el predominio que sobre todos ejercían las nobles prendas con que la Providencia había dotado al triste mancebo.

Visto esto por D. Juan II que escuchaba detrás de una cortina en una habitación inmediata, saliendo súbitamente y abandonando su sagrado carácter de juez, no vaciló en aceptar el de verdugo, y armado de un puñal hizo rodar traidoramente muerto á sus piés á su primo el noble duque de Viseo.

¡Tal era el hombre á quien la historia distingue con los títulos de Magno y Perfecto!

D. Juan fué en Portugal el engrandecedor del poder absoluto de los reyes.

Una serie de felices sucesos vino á engrandecer el reino bajo la autoridad de este príncipe, menospreciador de Cristóbal Colon, apesar de que el infante D. Enrique había

infundido en los portugueses el ciego amor por los viajes ultramarinos y los descubrimientos.

D. Juan II fundó en el puerto de Mina (África) una fortaleza y una iglesia, con la que aseguró la estabilidad en sus posesiones.

Avanzando aun más al Sur del Cabo Lopez y del de Santa Catalina, se internó Diego Cano por el río Zahiro ó Congo, donde tuvo noticia del poderoso reino de Bonza, ciudad situada en la margen derecha del río Lelunda, después San Salvador, que tiene sus fuentes en los Montes del Sol.

De las relaciones de Cano y de los negros que este llevó consigo á Portugal dedujo Don Juan II que habian parecido los rastros del famoso Preste Juan, y empeñado en encontrar á este héroe de los cuentos populares, mandó á Pedro de Covilhan y á Alonso de Paiva que penetrasen en la India por tierra.

Covillian dió las primeras noticias de la isla de la Luna (Madagascar), y aseguró al rey que navegando por la costa occidental de África, dirigiéndose al Sur, llegarían al fin de este continente, y que, cuando lo doblaran, tendrían á la izquierda las costas de África, donde, avanzando aun más, encontrarían á Sofala y la isla de la Luna.

Para realizar estas noticias y convertirlas en realidad, mandó Don Juan una escuadra á las órdenes de Bartolomé Diaz que después de sufrir terribles contrariedades, encontrándose aun mas allá de la bahía de Lorenzo Márquez, no comprendió que había doblado el extremo Sur del África (1486).

Hecho esto, el intrepido marino regresó á Lisboa, donde dió cuenta á Don Juan de las terribles tempestades que había sufrido al doblar el Cabo, al cual había dado por

ello, el nombre de las Tormentas, que el rey cambió por el de Buena Esperanza.

Muerto Don Juan II (1495) con el vivo dolor de ver expirar miserablemente á su hijo y heredero, le sucedió en el trono Don Manuel, hermano de aquel duque de Viseo á quien aquel monarca había muerto con sus propias manos.

Resuelto por Bartolomé Diaz el gran problema de la figura del África, faltaba quien se lanzara á través de mares tan peligrosos para avanzar aun más en las exploraciones; empresa que Don Manuel confió con tres naves y setenta hombres á Vasco de Gama.

Este osado y experto marino, tomó rumbo á las islas de Cabo Verde (1497), y, dejándolas atrás, encaminándose resueltamente hácia el Sur, fondeó en la bahía de Santa Elena, desde donde llegó en tres días al Cabo de Buena Esperanza, y desde aquí á Mozambique, á Mombaza y Melinda, en la costa de Zanguebar, donde encontró naves de la India, y desde Melinda, en veinte y tres días, á Calicut en la costa de Malabar.

Terminadas estas osadas empresas, Vasco de Gama regresó á Portugal, donde dió cuenta de sus descubrimientos al rey D. Manuel el Afortunado.

Esitados por tal éxito los portugueses, prosiguieron sus expediciones, descubriendo Costa Cabral (1500) el Brasil, en la América del Sur, y apoderándose aquellos, no muchos años después, de las Maldivias, de Ceilan y de Sumatra, y fundando la ciudad de Macao, á veinte leguas de Canton, en las orillas del mar de la China.

Aunque anticipemos hechos que pertenecen al reinado de los sucesores de D. Manuel, para completar la historia sumarisima de las posesiones portuguesas en la India, seria

preciso detenerse en el feliz gobierno de Francisco de Almeida, primero de sus virreyes: de Francisco de Albuquerque, conquistador, que se apoderó de Ormuz y de Goa á la falda occidental de la cordillera del Gahates, donde estableció la sede del virreinato, y por último de Malaca: de Juan de Castro, vencedor del belicoso rey de Cambay, (1558), que espiró en los brazos del Apóstol de las Indias San Francisco Javier: de Juan de Ataide que, rodeado por todas partes de enemigos, murió sin perder una sola pulgada de terreno, segun habia prometido.

Este gigantesco imperio, que, en manos de Portugal, no podia conservarse, falto de socorros, se hundió por último al verificarse la conquista de aquel estado por el rey de España D. Felipe II.

Á Manuel el Afortunado sucedió (1521) su hijo Juan III, en cuyo tiempo comenzaron á decaer las colonias portuguesas.

Don Sebastian ocupó el trono lusitano.

Muley Mohamed, emperador de Marruecos, pidió auxilio á este jóven monarca contra Abd-el Malek que con ayuda de Soliman, sultan de los Turcos, pretendia arrebatarle sus estados. Don Sebastian, príncipe caballeresco, voló en auxilio del marroquí y fué vencido en Alcazar-Quivir donde igualmente perecieron el emperador africano y el pretendiente Abd-el Malek.

Por tal desgracia vino la corona de Portugal á ceñir las sienes del Cardenal Don Enrique, de edad de setenta años, el cual protegió las letras y las artes, fundó varios establecimientos de enseñanza en Lisboa y en Coimbra, y la célebre Universidad de Évora.

A la muerte del cardenal, D. Antonio prior de Ocrato y nieto bastardo de D. Manuel, pretendió la corona; pero

en vano, pues D. Felipe II rey de España, á quien de derecho pertenecia, como hijo de D.^a Isabel, hija mayor de Don Manuel el Afortunado, envió al duque de Alba, que, venciendo á los partidarios de D. Antonio, en Alcántara (1580), se apoderó de Lisboa, y en menos de dos meses hizo que las armas cayeran de las manos de cuantos se oponian al rey de España.

DÉCIMA CUARTA ÉPOCA

LA REFORMA, (DE 1517 HASTA LA PAZ DE WESTFALIA EN 1648).

LECCION XCVII.

Historia de Inglaterra desde Eduardo VI hasta Jacobo I.

Enrique VII, con quien ocupó el trono de Inglaterra la casa de Tudor (1485), profesó odio implacable á los amigos antiguos y fieles partidarios de la familia de Isabel, su mujer, hija de Eduardo IV, y fué un príncipe aváro, rencoroso y déspota.

Su hijo Enrique comenzó á reinar á la edad de diez y ocho años y consagrado enteramente á los placeres, depositó su confianza en Tomás Wolsey, á quien, desde la más humilde condicion, elevó á arzobispo de York, á cardenal y á canciller.

Aficionado el rey á la teología, escribió un opúsculo contra Martin Lutero que le valió groseras réplicas del colérico reformador, y que el Papa le diera el título de *Defensor de la fé*.

Casado con Catalina de Aragon, tia del emperador Carlos V y prometida á su hermano Arturo, bien pronto se cansó de la fidelidad conyugal á la que faltó en repetidos devaneos, hasta que, formalmente apasionado de Ana de Boleyn, afectó escrúpulos tardios de no haber solicitado antes de su casamiento la dispensa de Su Santidad y supuso que los abortos de su bella y virtuosa mujer y la muerte de cinco hijos, eran castigo del cielo por su incestuoso matrimonio.

Deseando obtener del Papa la nulidad de su enlace, encontró cierta oposicion por parte del cardenal, que al fin no pudo preceindir de acudir con la súplica á Su Santidad que confió el negocio al mismo Wolsey nombrándolo su delegado. Negándose entonces el prelado á la pretension del rey, este le retiró su favor y lo despojó de sus inmensas riquezas.

Enrique depositó su confianza en el ilustre Tomás Moro, que al cabo fué tambien enemigo del divorcio.

El pueblo que amaba á Catalina y que temia la guerra con España, lo desaprobaba tambien, al paso que las universidades, á quienes consultó Enrique, variaban en sus dictámenes. Pero este, aconsejado por Tomás Cromwell, cortó el nudo, declarándose jefe supremo de la iglesia anglicana y esterminando con violencias y suplicios á quienes como tal no lo reconocian.

Tomás Cromwell elevado al arzobispado de Cantorbery, pronunció la sentencia de divorcio y el rey pudo ya satisfacer su pasion casándose con Ana Boleyn.

El Papa anuló el divorcio y excomulgó á Enrique que, en cambio, persiguió con la muerte á cuantos contrariaban su voluntad.

Tomás Moro y el octogenario obispo de Rochester que

se habian opuesto al divorcio y al juramento del clero, fueron condenados á prision perpétua. Habiendo concedido el Papa el capelo al obispo, esclamó Enrique cuando lo supo: *¡Ahl yo haré que no encuentre cabeza donde ponerse-lo;* y con efecto, lo llevó al patíbulo, en el que no tardó en seguirle el espiritual Moro, que contestó á su buena mujer al suplicarle que se salvara, accediendo á los deseos del tirano, con estas palabras dignas de servir de norma á los hombres en las ocasiones estremas: *Luisa mia, ¿cuanto tiempo podré vivir aun? ¿Diez, veinte años? ¿y que es esto para cambiarlo por toda una eternidad?*

Enrique pues, se lanzó resueltamente en el camino de la herejia, no por convencimiento, sino para satisfacer innobles pasiones, y la encauzó para engrandecer su despotismo y el poder de la aristocracia. Pero como seguíá titulándose *Defensor de la Fé*, castigaba á los partidarios de Lutero como á herejes, y á los que negaban su supremacia en materias de religion, como reos del delito de lesa magestad.

Los procesos y los tribunales eran trabas inútiles para el bárbaro déspota de Inglaterra; así, por medio del bill de conviccion, la Cámara pronunció, sin forma de procedimiento, setenta y dos mil sentencias capitales durante su reinado.

Bien pronto, cansado el rey, envió al patíbulo á Ana Boleyn y se casó con Juana Seymour, que, muriendo al dar á luz al niño Eduardo, se libró de las manos del verdugo; uniose á Ana de Cleveris y la repudió para casarse con Catalina Howard, que desde el tálamo régio fué al cadalso; luego con Catalina Parr, que con gran trabajo escapó de la misma pena.

Al fin la Providencia libró á la tierra de mónstruo tan abominable.

Sucediole Eduardo VI, hijo de Juana de Seymour, de edad de nueve años, bajo la direccion del Protector Eduardo Seymour, duque de Somerset, el cual se dedizó á propagar el luteranismo en Inglaterra y murió á manos del verdugo, sucediéndole en el poder el duque de Northumberland, que sospechando que la vida del rey seria muy corta, fijó sus ojos en el trono, hizo declarar heredera de la corona á Juana Grey, á la que casó con su hijo lord Dudley.

Pero apesar de todas las precauciones del duque, cuando murió Eduardo, al cumplir los nueve años de su reinado, (1553), pronto ocupó el trono Maria Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, que restableció el catolicismo.

Casada Maria con Felipe II de España, siguió la politica católica de este monarca y murió en 27 de Noviembre de 1558, no sin que los enemigos del catolicismo, que apellidan Grande á su hermana y sucesora Isabel, hayan intentado mancellar su memoria dándole el dictado de Sanguinaria.

Isabel, heredera de Maria, estableció definitivamente la iglesia anglicana, segun los dogmas de Calvino, pero con la antigua gerarquía eclesiástica y el gobierno de los obispos.

Espantan los medios de que se valió Isabel para hacer guerra al catolicismo y afirmar mas y mas el despotismo real.

Si, como los católicos sostenian, era nulo el divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragon, Isabel, hija adulterina, detentaba el trono de Inglaterra que pertenecia á Maria Estuardo, reina de Escocia, cabeza y esperanza del partido católico en Inglaterra, como Isabel lo era del protestante.

Entre estas dos mujeres estalló pues odio sin tregua que escitaba aun mas en Isabel la belleza de María.

La incontrastable Isabel rodeó á su prima de asechanzas: escitó al partido protestante contra la reina de Escocia: azuzó al intransigente Knox: dió calor á las esperanzas del conde Murray, hermano natural de María; y ella, mujer impura, sembró de calumnias la vida privada de su hermosa enemiga, que tan poco cuidaba mucho de conservar intacta su reputacion.

Estallando al fin en Escocia una conjuracion importante, se apoderaron sus enemigos de María, y esta se vió obligada á abdicar la corona en su hijo Jacobo, renuncia que revocó cuando pudo recobrar la libertad. Pero vencida de nuevo, se refugió cerca de su prima Isabel, que habia recibido su anillo con muy corteses instancias y ofrecimientos.

La vengativa Isabel, dueña ya de la que tanto odiaba, ni concedió una entrevista que le pedia la reina de Escocia, ni permitió á esta pasar á Francia, ni regresar á sus estados, y contra toda justicia y razon la sujetó á un escandaloso proceso.

Rodeada por todas partes de asechanzas, se encerró á María en una prision insalubre, cuya custodia se confió á los mas ardientes presbiterianos; y, por último, se la condenó á muerte que sufrió (1587) la desgraciada reina de Escocia con muy cristiana y dulce resignacion, abandonada de todos y rodeada de enemigos que amenazaron las últimas horas de su triste vida.

Europa supo con indignacion el final de esta tragedia, que temia pero que no esperaba.

Jacobo VI mostrose horrorizado: el monarca francés reveló su ira: Sixto V publicó una bula de excomunion contra Isabel, y Felipe II armó la *Invencible*, que por fortuna de

la desnaturalizada reina de Inglaterra, destruyeron las tempestades.

Esta mujer licenciosa y cruel, vanidosa de una hermosura que no poseia, murió á la edad de setenta años, dejando la corona á Jacobo VI de Escocia, hijo de la desventurada Maria Estuardo.

LECCION XCVIII.

Carlos I de España y V de Alemania.

En 1517, D. Carlos, que había nacido en Gante, en el año de 1500, salió de los Países Bajos para tomar posesión de los estados de España, que, desde la muerte de Fernando V, había gobernado el cardenal Jimenez de Cisneros.

La llegada en la comitiva del nuevo rey, de ciertos extranjeros, escitó la mala voluntad de los celosos españoles, poco amigos de tolerar la altanería de gentes extrañas, que alardeaban su amistad y favor con el joven príncipe, preparando así con su imprudencia, disgustos y protestas.

D. Carlos reunió en Valladolid las Cortes de Castilla, verificando la ceremonia de su coronación, en la célebre iglesia de San Pablo (1518), y haciendo lo mismo con las de Aragón, visitó á Zaragoza.

A poco, la muerte del emperador Maximiliano, su abue-

lo, llamó al rey de España á tomar posesión de la herencia de la casa de Austria.

En competencia por el imperio, el rey de Francia Francisco I y D. Carlos, habiendo hecho renuncia de él Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas lo ofrecieron, por consejo de este, fué electo el rey de España.

Herido en su orgullo por esta preferencia el monarca francés, fué desde entonces enemigo personal é irreconciliable del rey de España.

Para subvenir á los crecidos gastos que estos sucesos le imponían, convocó D. Carlos Cortes para la ciudad de Santiago, lo que produjo hondo descontento en las ciudades de Castilla y de Leon que venían en el uso del privilegio de que en ellas se reunieran estas célebres asambleas. Oponiéndose á las pretensiones del rey los procuradores de varias ciudades, vivamente irritado D. Carlos, trasladó las Cortes á la Coruña, donde obtuvo el servicio de doscientos millones de maravedís, aunque insistiendo los procuradores en su deseo de que los cargos públicos, así civiles como militares y eclesiásticos, se dieran únicamente á españoles y que españoles fueran también las personas á quienes el rey confiriera la dirección del gobierno durante sus ausencias.

El emperador, despues de confiar los asuntos de Castilla y Leon al cardenal Adriano de Utrecht asociado del Presidente y Chancillería de Valladolid; de nombrar Justicia de Aragón á D. Juan de Lanuza; Virrey de Valencia á Don Diego de Mendoza, y jefe de sus ejércitos á D. Antonio de Fonseca, se embarcó para Alemania el 16 de Mayo de 1520.

A la vuelta de los procuradores á sus casas, algunos fueron ahorcados por el pueblo, irritado con la docilidad de sus representantes; siendo esta la señal de una terrible

sublevación, que, bajo pretexto de defender los derechos del comun de vecinos, cundió rápidamente por Castilla y parte de Andalucía, y del cual participaron no pocos individuos de la alta nobleza, irritada con el insoportable orgullo y las exacciones de los extranjeros.

La guerra de las Comunidades tuvo diferentes jefes, siendo de entre todos el más notable, Juan de Padilla, regidor de Toledo.

Los sublevados obtuvieron, por de pronto, algunos felices sucesos, y apoderándose de la madre del emperador, á su nombre, ordenaron la prision del Presidente y oidores de la Chancillería de Valladolid y representaron al monarca insistiendo en sus reclamaciones.

Noticioso Don Carlos de estas novedades, mandó que Don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla y el condestable Don Iñigo de Velasco compartieran el gobierno con el Cardenal Adriano, al mismo tiempo que escribió afectuosas cartas á los principales caudillos de la nobleza.

Estas misivas produjeron su natural efecto al coincidir con el carácter y tendencias socialistas que iba tomando el movimiento de las comunidades, muy especialmente en Valencia (guerra de las Germanías) y en Mallorca.

Aconteció, pues, lo que no podía menos de acontecer; comuneros y realistas se encontraron en los campos de Villalar, donde estos fueron vencidos (1521), pagando con sus vidas, en el cadalso, los principales jefes.

Doña Juana Pacheco, viuda del regidor Padilla, quiso prolongar la guerra resistiéndose en Toledo; pero al cabo, se rindió la imperial ciudad y ella salvó la vida con la fuga.

El emperador, recién llegado de Alemania, acabó de apaciguar los ánimos.

El profundo rencor de Francisco I habia de producir amargos frutos.

Aprovechándose el monarca francés de la guerra de las Comunidades (1521), prometiendo socorros á los sublevados, invadió la Navarra, para restituirla á Juan de Albrít. Por de pronto, Pamplona fué sorprendida por el francés, que al fin se vió forzado á repasar los Pirineos con grandes pérdidas. Defendiendo la fortaleza de Pamplona en esta guerra fué herido San Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesús.

El emperador, para que esta lección fuera más ruda, provoca en Italia la restitución del ducado de Milan á Francisco Esfórcia, donde el general francés Lautrec fué vencido por Próspero Colonna y obligado á abandonar el ducado de Milan: varios ejércitos imperiales, invadiendo la frontera setentrional de los estados de Francisco I, atacan infructuosamente á Tournai y á Meciéres: Enrique VIII de Inglaterra desembara en Francia, penetra en la Picardía y amenaza á Paris: unidos los españoles é italianos mandados por el marqués de Pescara, el condestable de Borbon y el conde de Launoy, se encuentran en Biagrasso con el presuntuoso general francés Bonniwet, que es derrotado con muerte de Bayardo (1524). El condestable, siguiendo el alcance de los fugitivos franceses, invade la Provenza y sitia á Marsella.

Francisco I, haciendo un inmenso esfuerzo, atraviesa los Alpes, penetra en Italia, y marcha sobre Pavia, defendida por Antonio de Leiva y los españoles, que convirtiéndose en agresores, atacan á los franceses, y, matando más de diez mil, aprisionan al rey Francisco con los más ilustres guerreros y cortesanos de Francia (1525).

Cuéntase, que al dar noticia Francisco á su madre

Luisa de Saboya, lo hizo con estas significativas palabras: *Señora, todo se ha perdido menos el honor.*

El desdichado rey fué conducido á la fortaleza de Pizzighitone y de aquí á Madrid, donde, acometido de profunda tristeza, firmó al año siguiente el tratado conocido con el nombre que ostenta la corte de España, por el cual cedió la Borgoña y otros estados, renunció á toda pretension al Milanésado y á Nápoles, á todo derecho á Flandes y el Artois, y se comprometió á devolver sus bienes al condestable de Borbon.

Firmado este tratado, recobró la libertad el rey de Francia, dejando en rehenes á sus dos hijos, el Delfín y el duque de Orleans, en la linea del Bidasoa.

Lejos de ser fiel al tratado, en cuanto Francisco recobró la libertad, formó parte de la *Liga Santa* que constituian el papa Clemente VII, los príncipes italianos y el rey de Inglaterra, asustados de la preponderancia de Carlos V.

Viendo el emperador que eran inútiles sus esfuerzos para separar al papa de la Liga, puso en marcha un ejército, á las órdenes del condestable de Borbon, que despues de recorrer victorioso la Italia, asaltó y saqueó á Roma, ante cuyos muros pereció el malaventurado caudillo (1527).

Defendia á Nápoles, sitiada por los franceses, el virrey Hugo de Moncada, el cual, apesar del heroismo de los defensores, atacada la ciudad por fuerzas superiores en número, se hubiera visto al cabo obligado á rendirse, sin el socorro de Andrés Doria, que acudiendo en auxilio de la plaza, obligó á los franceses á levantar el asedio.

Reuniendo Francisco I sus últimos recursos, hizo marchar un ejército á Italia á las órdenes del mariscal Lautrec, para librar á Clemente VII; pero la muerte del mariscal y las enfermedades hicieron que los franceses se retiraran precipitadamente.

En tal situacion comenzaron las negociaciones para la paz, que concertaron Luisa de Saboya, madre de Francisco, y Margarita de Austria, tia del emperador. Estipulóse en ella, dejar la Borgoña á la Francia, dar dos millones de escudos de oro por el rescate de los dos príncipes franceses; que Francisco renunciara á Flandes y el Artois; reconociera la independencia de Génova; consintiera la restitucion del ducado de Milan á Francisco Esforecia, y se diera Florencia á Alejandro de Médicis.

Esta paz es conocida con el nombre de paz de Cambray por la ciudad en que se contrató, y de las Damas por las Señoras que la concertaron (1529).

LECCION XCIX.

D. Carlos y Francisco I. (Continuacion).

Los dos hermanos Horac y Haradin, famosísimos piratas de la isla de Lesbos, entraron al servicio del sultan de Túnez y fueron el terror de los cristianos con sus depredaciones y sus muy atrevidas empresas en el Mediterráneo.

Horac, murió peleando contra los españoles que defendían á Oran, y Haradin, despues del asesinato del Dey de Argel, se apoderó de este reino, y del de Tremecen que puso bajo la proteccion de Soliman el Magnífico, con cuyo auxilio se apoderó de Tunez, despojando á Muley-Hassan, que se refugió cerca del emperador Carlos V.

Las súplicas de este príncipe y las instancias de la cristiandad que asediaba á D. Carlos para que destruyendo aquellos nidos de piratas, devolviera la paz á los pueblos ribereños del Mediterráneo, decidieron al emperador, que

reuniendo sus fuerzas, se embarcó en Barcelona (1535) y llegando al puerto de Tunez, despues de romper la enorme cadena que lo guardaba, se apoderó de él y de las naves del terrible Barbarroja (Haradin) que tuvo que abandonar la plaza al frente de cincuenta mil hombres, circunstancia que aprovecharon los cautivos cristianos, que subiendo á la ciudadela, volvieron contra él los cañones y lo obligaron á huir á Bona, herido en la cabeza.

Los imperiales, apoderándose definitivamente de Tunez, mataron treinta mil personas, hicieron diez mil esclavos, y se enriquecieron con grandes despojos en el saqueo de la ciudad.

Carlos V restableció en el trono á Muley Hassan, como feudatario suyo, y dió libertad á veinte mil cautivos cristianos que regresando á sus patrias respectivas, fueron pregoneros del poder del príncipe mas grande de la cristiandad.

La paz entre Francisco y el emperador no podia ser mas que una tregua que aprovechó el primero buscando á todo trance aliados y fuerzas: así instó por su amistad y auxilio á Enrique VIII de Inglaterra: pidió al Papa la mano de Catalina de Médicis para su hijo segundo: favoreció la liga de Esmalcalda, y no vaciló en aliarse á Soliman el Magnífico, enemigo del nombre cristiano.

Muerto el duque de Milan, sin hijos, el emperador se apoderó de sus estados, y como feudo vacante, los incorporó al imperio.

Francisco por su parte, protestando que su renuncia al Milanesado, hecha en la paz de Cambray, era solo personal en Francisco Esforecia, y alegando el supuesto agravio del asesinato de dos representantes suyos, de orden del marqués del Vasto, gobernador de Milan, despojó á Carlos, duque de Saboya.

Esta guerra no produjo resultados definitivos, pues Francisco tuvo necesidad de abandonar la Saboya, y los imperiales que desistieron del sitio de Marsella.

En su consecuencia y por indicación del Papa Paulo III, se firmó la tregua de Niza (1538) que dejó las cosas como estaban al comenzar la guerra.

Hecho esto, Don Carlos convocó las Cortes de Castilla en Toledo, para exigir tributos, encontrando fuerte oposición, especialmente por parte del estado noble. Obtenido un cuantioso donativo de las ciudades, desde entonces, no volvió á llamar para las Cortes á la grandeza ni al clero.

Sublevada Gante, con ocasión del pago de ciertos impuestos, el emperador, con miedo de muchos y asombro de todos, atravesó los estados de su irreconciliable enemigo, con un salvoconducto, para reprimir á los alzados.

De Gante, el emperador pasó á Alemania, celebró en Ratisbona la Dieta general del Imperio, y de aquí marchó á Italia para apresurar la expedición contra Argel (1541), que obtuvo mal éxito, pues las tempestades destruyeron la escuadra. Otro hubiera sido ciertamente el resultado sin la precipitación con que le obligaba á proceder la enemistad de Francisco I, que no le dió tiempo para esperar la ocasión propicia para la navegación.

La tregua de diez años concertada en Niza, quedó al fin rota, convencido Francisco de que el emperador jamás cedería el ducado de Milan ni á él ni á sus hijos.

Con escándalo de la cristiandad vióse entonces al rey Cristianísimo aliado con los turcos y el pirata Barbarroja. Así, mientras tres ejércitos atacaban al emperador, uno en Perpiñan, en el Artois otro, y el último en el Luxemburgo, las escuadras turcas asolaban el Mediterráneo, tala-

ban y saqueaban los pueblos de las costas y se atrevían á sitiarse á Niza.

Los ingleses y los alemanes por su parte invadieron la Francia y marcharon sobre Paris.

Amenazado Francisco I de perder sus propios estados, después de ganar la batalla de Cerenola, que dirigió el duque de Enghien (1544), firmó la paz de Crespy, por la que renunció á sus pretensiones á Sicilia y al dominio directo sobre Flandes y el Artois, se obligó á restituir sus conquistas en Saboya; concertó el casamiento del duque de Orleans, su segundo hijo, con una hija del emperador, ó de su hermano Fernando, aportando al casamiento, en el primer caso, los Países Bajos, y, en el segundo, el ducado de Milan.

El desgraciado Francisco I murió en Rambouillet, después de ventiocho años de luchas imposibles con el emperador Carlos V, sucediéndole Enrique II (1547); y como falleciera el duque de Orleans, dejando sin efecto el más importante artículo de la paz de Crespy, se renovó la guerra.

Para esta nueva lucha sirvió de ocasión y pretexto el asesinato de Pedro Luis Farnesio duque de Parma.

Unido Enrique II con los protestantes alemanes, invadió la Lorena y se apoderó de las ciudades de Metz, Toul y Verdun. En estas contiendas se distinguió el duque de Guisa defendiendo á Metz, y pelearon en Renti imperiales y franceses sin éxito decisivo.

Hallándose el emperador en la cumbre de su gloria, pero cansado de tantas luchas y combates, y mordido por el tormento de la gota, quiso prepararse para mejor gloria y más perdurable vida.

Ya había dado á su hijo D. Felipe el gobierno de Ná-

poles y de Milan, y ahora (1555), realizando su propósito, en un congreso reunido en Bruselas, abdicó la corona de España y de los Países Bajos en favor de aquel, dándole á la vez muy santos consejos, y á mas, renunció la dignidad imperial y los estados de Alemania en su hermano Don Fernando (1556).

Apesar de ser D. Carlos extranjero por el nacimiento, llegó á amar tanto el noble carácter español, que eligió nuestra patria para lugar de su tumba.

Al desembarcar en el puerto de Laredo, en la provincia de Santander, postrose y besó la tierra diciendo: *Salve, madre comun de todos los mortales, á tí vuelvo, desnudo y pobre, del mismo modo que salí del vientre de mi madre. Ruegote que recibas este mortal despojo que te dedico para siempre, y permite que descanse en tu seno, hasta aquel día que pondrá fin á todas las cosas humanas.*

Tras de esto, besando un crucifijo que acostumbraba llevar al pecho, dió gracias á Dios que le habia concedido llegar con felicidad al colmo de sus deseos.

Despues, se retiró al monasterio de Yuste en Estremadura, donde aun vivió por espacio de dos años, consagrado á ejercicios de piedad y á trabajos corporales.

Asi murió uno de los mas grandes hombres (1558), verdadero gigante que se levantó sobre la multitud, apesar de las envidias de tantos y tantos á quienes venció en todas partes y en todo.

Los mismos que pretenden deprimir á Carlos I, doliose de las desgracias del rey de Francia, su irreconciliable enemigo, que dán á este, unánimes, el titulo de caballero que él pretendia llevar, olvidan que Francisco I no vaciló en sacrificar á sus aliados de Italia, por atender á su propio provecho, al acordar la paz de las Damas,

que, falto del conocimiento de los hombres, vivió sugeto á miserables intrigas de mujeres, confiando el mando de sus ejércitos á cortesanos ineptos y alejando de su corte, á fuerza de desengaños, al gran marino Andrés Doria, al inolvidable condestable de Borbon y al célebre príncipe de Orange: que hasea caso omiso de que el rey de armas Borgoña, mandado por Carlos V á Francia para concertar el duelo á que el mismo Francisco lo habia provocado, fué detenido en la frontera y dificultado el lance, bajo fútiles pretextos: que por vengarse Francisco I de su aborrecido rival, no vaciló en alentar á los protestantes y en aliarse con el turco.

Ya que no podamos aceptar para *el rey galante* el titulo de *primer caballero de la Francia*, que él así propio se daba, lo compadecemos por haber encontrado enfrente á Carlos V, monarca, entusiasta de la realidad y de la gloria, conocedor profundo de los hombres, amigo de los literatos y de los artistas, valiente, fastuoso, fiel á sus deberes, profundamente religioso.

Unos cuantos rasgos demostrarán estas afirmaciones.

Preguntado por los diputados, al volver á Barcelona despues de haber recibido la investidura del imperio, como queria ser recibido, contestó: *De la misma manera que antes; tanto dá ser conde de Barcelona, como emperador de Romanos.* Era D. Carlos, apasionado de Tucídides, de Felipe de Comines y de Guicciardini, por lo que, criticándolo un dia ciertos cortesanos, les dijo: *En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien Grandes como vosotros; pero solo Dios puede hacer un Guicciardini.* Habiéndose caído al Ticiano el pincel, se lo presentó diciéndole: *El Ticiano debe ser servido por César: Es la tercera vez que me haceis inmortal*, añadió, aludiendo á que por tercera vez lo habia retratado. Al embarcarse para Argel, como arreciara deshecho el temporal,

le dijo Andrés Doria tratando de disuadirle: *Si zarpamos, todos pereceremos*; á lo que contestó el emperador: *Si; pero vos, despues de sesenta años de vida, yo despues de ventidos de imperio.*

Pero ¿como exigir que hagan justicia á Carlos V los hombres á quienes él humilló en todas partes, así en la política como en los campos de batalla?

LECCION C.

La Reforma Religiosa.

(César Cantó, Historia Universal).

El espíritu pagano introducido en Europa por los fugitivos del Bajo Imperio, al caer Constantinopla en poder de los Turcos Otomanos; la satánica soberbia de un incorregible fraile agustino, y el deseo de despojar á la Iglesia de los inmensos caudales que habia acumulado en sus manos la piedad de los fieles, fueron las causas generadoras de la mal llamada Reforma.

Confesaremos de buen grado que los cambios de los tiempos, la ignorancia y la perversidad de los hombres, habian producido entonces la necesidad de introducir reformas en algunos puntos referentes á lo que es vario y mutable en la disciplina y en las costumbres; acaso de decidir ó de aclarar algun punto dudoso ú oscuro en materias que pudieran interesar á la fé; lo cual, sin duda hu-

biera hecho la misma Iglesia, como tantas otras veces, por medio de sus Concilios; pero no es posible admitir que haya, fuera de ella, quien pueda ni resolver el momento, ni la forma en que esto pueda hacerse, ni alterar nada en su milagrosa organizacion, ni en lo que pudiera llamarse accidental, ni mucho menos en los puntos esenciales, piedras angulares de ese maravilloso edificio.

No sucedió así por desgracia.

Ocupaba la silla de San Pedro, Leon X; que, como perteneciente á la familia de los Médicis, era entusiasta amigo de las artes y de las letras y espléndido protector de los que las profesaban.

Conmovidó el ánimo generoso del Pontífice con los sufrimientos de los cristianos, oprimidos por los turcos, y anhelando levantar en Roma un templo, soberbio monumento de las artes, concedió indulgencias, para, con el producto de las limosnas, atender á estos nobles objetos.

El arzobispo de Maguncia creyó deber tomar medidas para asegurar que el producto de las bulas iba á emplearse en el fin para que se destinaban, y lo hizo así, alocado por la experiencia, recordando que del ingreso de la indulgencia, predicada seis años antes, para costear una armada contra los turcos, se habían apoderado el elector de Sajonia y el emperador.

Al efecto dió la comision al dominico Juan Tetzel que recorrió la Sajonia, usando de maneras que aprovecharon los impios, ridiculizando al fraile, mas fervoroso que prudente.

Irritados ciertos agustinos de que la comision se habiera confiado á un dominico, encontraron un eco de sus miserables celos, un arma, cuyo terrible alcance ni aun pudieron sospechar.

Este era Martin Lutero.

Nació el futuro heresiarca en Eisleben, y, falto de recursos para dedicarse al estudio, cantaba salmos por las casas para ganarse la subsistencia; hasta que, compadecido de él una viuda de Eisenach, lo sacó de tan miserable estado proporcionándole casa y habitacion.

La caída de un rayo cerca de él, produjo tan honda impresion en el estudiante, que profesó en la orden de San Agustin, donde su ardiente misticismo le atrajo el amor de su superior que le proporcionó una cátedra de teología en la universidad de Witemberg, donde, desechando al fin el misticismo, se lanzó á la sociedad y á la vida.

Habiendo sobrevenido no mucho tiempo después, ciertas cuestiones en su Orden, fué comisionado para que marchara á Roma.

Aun alardeaba Fray Martin de místico de rigorista, Así, visitó los templos, adoró las reliquias y subió de rodillas la Escala Santa; pero, en el espléndido, tibio y perfumado cielo de Italia, no vió mas que el tiempo lluvioso; en la naturaleza productiva, y rica de mantenimientos, el vino áspero; en los edificios suntuosos, la mezquina habitacion donde vivia; en los templos, museos del arte, los clérigos *que dieran quince misas mientras él una*; en la corte papal, poblada de artistas inmortales, el excesivo precio que costarian aquellos esplendores.

Á su vuelta de Italia ridiculizó á Juan Tetzel y en la festividad de todos los Santos, presentó cuarenta y cinco tesis contra el abuso de las indulgencias.

Oponiéndose á estas tesis aparecieron otras, especialmente escritas por dominicos; Juan Eck publicó contra Lutero sus Obeliseos á que contestó él con los Asteriscos. La imprenta circuló rápidamente las tesis, los libros y los sermones de los unos y de los otros, y la llama tomó al punto gigantescas proporciones de incendio, cuestionándose ya la

autoridad del Papa y su competencia en asuntos de fé.

Generalmente se pinta á Lutero como un hombre leal, exaltado por la soberbia y la cólera, que procedió sin cálculo alguno, cuando si vemos la carta de sumision humilde que escribió al papa y las palabras infames que acerca del Vicario de Jesucristo decia en los mismos instantes á Spalático, y su constante bajeza en pró de los intereses de los grandes electores alemanes, que eran como el lecho de Prousto de sus tan mudables doctrinas, preciso es renegar de su ponderada lealtad.

El emperador Maximiliano puso en conocimiento de Leon X la gravedad del caso, y el cardenal de Vio procuró disuadir á Lutero, aunque sin lograr de él su sumision, por lo que publicó un edicto en que el Papa lo declaraba hereje.

Aun esperaba el generoso Leon X atraer a la oveja convertida en ferocísimo lobo, por lo que mandó al elector de Sajonia la rosa de oro, por medio del canónigo Carlos de Miltitz que fué recibido con frialdad y solo pudo recabar de Lutero una carta y un manifiesto de promesas y protestas, envueltas en salvedades.

Juan Eck, el mas famoso dialectico de Alemania, provocó á Lutero para una controversia pública, que este aceptó, teniendo por campeón, en la doctrina del libre alvedrio, á Carlstadt, y discutiendo él mismo sobre el origen divino del poder papal.

Los heresiarcas fueron vencidos: pero el escándalo estaba ya dado, y Lutero desesperado; se lanzó resueltamente por el camino de la herejia.

Aun insistia el Papa en los medios de atraccion; cuando Fray Martin publicó su *Libertad cristiana*, por lo que fulminó sentencia definitiva de condenacion contra él y sus parciales.

El Sumo Pontífice pidió que la Dieta de Worms condenara á Lutero, la cual asumió á si el asunto, mandando que se presentara ante ella el innovador.

Por su parte el elector de Sajonia, mandó que nada se resolviera sin oír antes á Lutero y le espidió un salvaconducto provisto del cual se puso en marcha.

El viaje del heresiarca fue un verdadero triunfo: acompañábale un heraldo imperial; lo recibió el Maestro de ceremonias, y, por temor de una explosion de sus parciales, hubo necesidad de introducirlo en la asamblea por una puerta secreta.

Carlos V al verlo, con su fisonomia tosca, su boca plegada por una sonrisa de vulgar orgullo y su estatura pequeña, exclamó: *Este hombre no me hará á mi hereje.*

Tranquilo Lutero por su seguridad personal, se negó á retractarse.

Sospechando el elector de Sajonia que el emperador resolveria la cuestion con alguna airada providencia, y temiendo sobre todo á la vanidad y á la imprudencia de Lutero, lo retuvo en su castillo con la más profunda reserva.

Entonces, proclamada la omnipotencia del criterio individual, cada cual tuvo su opinion; los agustinos desertaron de sus claustros y todo fueron escesos y desórdenes.

Lutero, saliendo al cabo de su isla de Patmos, como él mismo decia, se dedicó á predicar para contener aquellas revueltas y tomó el camino de Orlemont, donde Carlstadt se hallaba, *para confundir á aquel Satanás.*

Carlostadt, amolinó al pueblo contra el maestro, al que apedrearón y cubrieron de lodo: fué á buscarle despues á la hosteria del Oso Negro y en este conellio de los nuevos apóstoles, todos se colmaron de injurias. Lutero ofreció á Carlstadt un florin porque escribiera en contra de sus mismas opiniones, este lo aceptó, mandaron llevar licores, brin-

daron uno á la salud del otro, y, al separarse, se digeron: *Ojalá que te vea enredado.—Permita Dios que te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad*

Los clérigos turbulentos, los frailes mal avenidos con sus deberes y con la severidad del claustro, arrojando los hábitos y las cogullas, aceptaron la Reforma en cuanto les daba libertad para la vida licenciosa,

Como acontece siempre, así en el extranjero como en España, en los antiguos como en los modernísimos tiempos, para su vergüenza y general menosprecio y desdoro, estas miserables comedias paran, y así es natural, en casamientos y liviandades: así Lutero se casó con la monja Catalina Bohren y recibió del elector el donativo de su convento vacío.

Para el grosero reformador nada hubo digno de respeto. Del sarcástico y erudito Erasmo, á quien tanto había adulado, al ver que lo contradecía, dijo: que aplastarlo era lo mismo que aplastar á una chinche; llamó Payaso al duque de Brunswik; á Carlos V bestia alemana; el mas abyecto de los asnos y puerco de Santo Tomás á Enrique VIII de Inglaterra; á Juan Eck, teologastro y sofista despreciable; á la Universidad de Paris, á la que antes había apellidado madre de la ciencia y de la sana teología, récua de asnos parisienses.

¡Así paga siempre el diablo á quien bien le sirve!

Proclamado por él el libre exámen y el criterio individual, no se quejaba con razon cuando decía: «El diablo anda entre nosotros y me envía todos los dias nuevos visitantes que llaman á mi puerta: uno no quiere el bautismo, otro rechaza la Eucaristía, un tercero enseña que Dios creará un nuevo mundo antes que llegue el juicio final; quien quiere que Cristo no sea Dios; quien esto, quien aquello: en una palabra, hay tantas creencias como cabezas; y apenas hay

imbécil que no se crea visitado por Dios y Profeta.»

Las últimas clases sociales, con su terrible lógica, sacaron las consecuencias legítimas y finales de las premisas sentadas por el maestro.

La cuestion social asomó su espantable cabeza estallando la guerra entre los pobres y los ricos, los nobles y los plebeyos, los ciudadanos y los villanos.

El pueblo ultrajó á los magistrados; vilipendió á los nobles haciéndoles cambiar de nombres y de trajes, y los habitantes de las aldeas entraron en las ciudades llevándolo todo á sangre y fuego.

Nicolás Storc dió vida al iluminismo de los Anabaptistas: Pfeiffer escitaba al pueblo de Franconia prometiéndole el despojo de los ricos: Tomás Münzer, imitando en sus discursos el golpear de los martillos sobre el yunque, y mandando que no se secara la sangre sobre las hojas de las espadas, sublevó á los mineros de Mansfeld, derribó palacios y templos, incendió aldeas y ciudades, predicó la comunidad de bienes, mató sin respetar sexo ni edad, resuelto á *no dejar con vida á ninguno de los que vivían en el ocio.*

Lutero entonces escitó á los grandes señores para que mataran sin piedad á aquellos *perros*, y, en su consecuencia, el suelo de Alemania quedó sembrado de ruinas y encharcado por rios de sangre.

En vista de tal situacion, Carlos V convocó la Dieta del imperio lo cual se tuvo como primer indicio de que iba á llegar al terreno de las resoluciones enérgicas, por lo que los católicos se concertaron en Dessau y los protestantes en Torgau.

Reunidos los Estados en Spira, se acordó que por entonces cada cual continuara en el camino emprendido, pero que se impidieran los progresos de la Reforma, acuerdo del

cial protestaron los partidarios de Lutero, por lo que tomaron el nombre de Protestantes.

Entretanto, creciendo la osadía de los turcos, que se habían atrevido á sitiar á Viena, para buscar remedio á tantos males, se convocó la Dieta en Augsburgo.

En ella presentaron los protestantes su *Confesion*, en la que, asustado Melanchton del desorden de la sociedad y de la tiranía de los príncipes, hizo que Lutero, una vez más, acomodándose á las circunstancias, modificara muchas tesis que hasta allí había defendido; pero no fué posible la avenencia, pues, apesar de todos los deseos, ni entonces ni jamás pudieron conciliarse la luz y la sombra.

Los disidentes, previendo que era ya inminente la lucha material, se coaligaron en Esmalcalda, á la vez que los católicos tambien aunaron sus fuerzas.

Sin embargo, como la situacion estaba preñada de peligros, no solo de parte de los socialistas que quemaban los libros y las obras de arte, que cargaban los cañones con inapreciables manuscritos, que proclamaban la poligamia y la comunidad de bienes, sino del turco, que había invadido la Hungría, se firmó el *Interim* que garantizaba la libertad religiosa y disgustó á católicos y protestantes.

Al cabo, el tan anunciado Concilio se reunió en Trento, convocado por el Papa Paulo III.

Los primeros decretos del Sinodo que declararon canónicos los libros de las Santas Escrituras, y de igual fuerza éstos que la Tradicion, que sancionaron que la Iglesia es único juez para resolver asuntos de fé, y los siguientes condenando la doctrina de los protestantes sobre la Eucaristía, la confesion, el purgatorio y las indulgencias, y la bula del Papa deponiendo al arzobispo de Colonia, y ya en paz el Emperador con el turco y el francés, hicieron comprender á todos que había llegado la hora de acudir á las armas.

El elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse juntaron por su parte un ejército poderoso, y por la suya D. Carlos invadió la Sajonia, y, en las orillas del Elba, frente á Muhlberg, atacó á los protestantes los cuales sufrieron tan terrible derrota (1547), que tal vez se hubiera hundido para siempre la herejía, si Enrique II, heredero de Francisco I en la corona de Francia y en su odio á Carlos V, no hubiera distraído las fuerzas de este, uniéndose á los protestantes.

Este suceso y otras múltiples contrariedades, decidieron emperador á autorizar el tratado de Passau, en virtud del cual fueron puestos en libertad los electores de Sajonia y de Hesse y se estableció que nadie fuera molestado por sus creencias religiosas.

Tres años despues, se firmó en Augsburgo la paz religiosa, cuyas principales bases fueron: conceder la libertad de cultos á los protestantes, darles el derecho de formar parte de la Cámara Imperial, y conservar la posesion de los bienes eclesiásticos adquiridos durante estas revueltas.

Al mismo tiempo que se sucedian estos acontecimientos, la Reforma se había ido extendiendo por Europa produciendo en todas partes desórdenes y guerras.

Ulrico Zwinglio, cura de Glaris, atacó desde luego todos los dogmas de la religion católica, pero dando á su herejía un carácter democrático, como Lutero se lo había dado aristocrático.

Dividiéronse entonces los Cantones en dos bandos: Uri, Switz y Unterwald, cuna de la libertad helvética, permanecieron fieles á la verdadera fé, mientras otros siguieron al heresiarca.

Los católicos constituian la *Liga para defender la religion* y los protestantes la *Confraternidad cristiana*.

Despues de las querellas, guerras y disturbios insepara-

bles de la Reforma, los dos bandos vinieron á las manos en Cappel, donde murió Zwinglio.

Consecuencia de esta batalla fué que equilibradas las fuerzas de ambas facciones, aprendieron á respetarse, y así permanecen todavía, divididos los Cantones en católicos, reformados y mistos.

Calvino estendió en Ginebra la herejía, convirtiendo á esta ciudad en centro de las conjuraciones democráticas.

Igualmente propagaron otros esta peste, en el Norte de Europa y en el Mediodía y el Oriente.

España se libró del contagio merced al celo inquebrantable de los reyes de la casa de Austria.

Martin Lutero murió devorado de mortales angustias.

Ahora bien, ¿cual fué la influencia de Lutero y de sus colegas y sectarios en la política, en la llamada independencia de la razón humana, en las ciencias y en las artes?

En política careció de carácter la Reforma, que fué señorial en Alemania, democrática en Suiza y Ginebra: lejos de sostener la independencia del criterio humano, opusieron los reformadores credo á credo y mataron por medio de bárbaros suplicios á los disidentes: en ciencias hicieron muchas de sus sectas guerra implacable á los libros: las artes le debieron que no pocos monumentos fueran despedazados por el neo-iconoclasticismo de no pocos de los suyos.

Desde entonces marcha la sociedad ébria y vacilante, sin encontrar punto de reposo.

y habiéndome al ab sorbido los suspirios por volver le nois
la arteria y la astucia, todo junto y mezclado en nefando
consorcio.

LECCION CI.

Cristóbal Colón.—Su primer viaje. 1492 y 1493.

(Robertson, Historia de América.—Muñoz, Historia del Nuevo-Mundo.—Roxley de Londres, Historia de Cristóbal Colón.—Anón. Bernaldez, Historia de los Reyes Católicos.—Fernando Colón, Vida del Almirante.—Gonzalo Fernández de Oviedo, Historia de las Indias.—Herrera, Historia General.)

En la imposibilidad de escribir la detallada historia de los viajes, descubrimientos y conquistas de los españoles en América, nos contentaremos con reseñar sumarisimamente las expediciones de Colón, de Cortés y de Pizarro; tres portentosas empresas que inspiradas todas ellas en el catolicismo, tienen sin embargo cada una un tinte especial y como característico. Así vemos en Colón la epopeya católica; en Cortés el poema caballeresco; en los Pizarros el drama trágico, donde se dan la mano y se adunan el sentimiento religioso y la crueldad, el espíritu caballeresco y la traición, el valor que traspasa los linderos de la temeridad, y la arteria y la astucia, todo junto y mezclado en nefando consorcio.

Ya en los principios del siglo XV, los reyes de Castilla, habian despertado el amor á los viajes y á los descubrimientos protegiendo la conquista y poblacion europea de las islas Canarias frecuentadas en el siglo XIV por navegantes españoles y franceses; espíritu que adquirió su mayor impulso en Portugal merced á los esfuerzos del infante Don Enrique, hijo de D. Juan I.

Este prócer de inolvidable memoria, edificó un palacio en la altura de una ensenada del cabo Sacro donde se consagró al estudio de las matemáticas y de la astronomía, y atrayendo cerca de sí con crecidas recompensas á los marinos mas expertos, convirtió su casa en un colegio naval cuyo consejo hidrográfico presidia Jaime, cosmógrafo mallorquin célebre por sus cartas y por haber perfeccionado la aguja de marear y empleado el astrolabio.

Por dos veces hizo el infante (1419) que ciertos navegantes doblaran el cabo Non, centinela de las regiones inhabitadas, terror de la familia mareante, pues detrás de sus altísimos peñascos, siempre cubiertos de mugiente espuma, se estendia lo desconocido vagando en la inmensidad.

En 1420, de orden de D. Enrique, Juan Gonzalez y Nuño Tristan doblaron el temido cabo Non en cuya empresa una recia tormenta les hizo dar en la isla de Porto Santo, encuentro á que siguió el descubrimiento de la cercana isla de Madera.

Tres años despues los portugueses avanzaron mas allá del cabo Bojador; no tardó en ser reconocido el cabo Verde, ni en que Cadamosto y Nole llegaran á las islas que llevan el nombre de este cabo, ni en ser visitado el promontorio Rojo.

La muerte de D. Enrique, aunque arrebató á los descubridores su principal protector, no fué parte para que dejara de ser la corte de Portugal el centro del progre-

so marítimo y Lisboa la ciudad predilecta de pilotos y navegantes,

Mientras que así se dedicaban los portugueses al descubrimiento de las costas occidentales de Africa, el revelador del Nuevo Mundo vagaba por países estraños, madurando su gigantesco pensamiento.

Era aquel Cristóbal Colon, nacido en Génova de una familia noble aunque empobrecida, cuyo padre ejercia la oscura industria de cardador y tejedor de paños.

Cristóbal fué mandado por su padre á la edad de nueve años á estudiar en Pavia, ciudad que muy en breve abandonó, irresistiblemente atraído por su destino á los viajes y á las expediciones marítimas.

A los trece años ya formaba parte el adolescente Cristóbal de la dotacion de un buque, recorriendo el Mediterráneo infestado de corsarios griegos, turcos y berberiscos, recibiendo en cierto combate una herida. En 1459 era oficial en la flota mandada por Colombo.

Embareado mas adelante en un crucero, combatiendo á una nave veneciana, incendiaronse los dos barcos, y amigos y enemigos se lanzaron al mar para no ser presa de las llamas.

Aunque el lugar del siniestro distaba diez leguas de la costa de Portugal, que era la mas vecina, pudo Colon ganarla auxiliado de un remo que la Providencia puso al alcance de sus manos.

Sostenido el naufrago por la caridad pública pudo llegar á Lisboa donde fue acogido por su hermano segundo, Bartolomé, que vivia en esta ciudad, dedicado á construir esferas é instrumentos náuticos y á dibujar cartas para los marinos, al que auxilió con mano experta en sus trabajos.

En esta ciudad se casó Colon con la huérfana de Bartolomé Mognis de Perestrello, empobrecido en su empresa de

colonizar á Porto Santo, en cuya árida isla nació Don Diego, fruto de este enlace.

Cristóbal Colon visitó en esta época la isla de la Madera y las Azores, y en la costa de Oro, la célebre fortaleza de San Jorge de la Mina.

Observándolo todo, y estudiándolo todo, iba Colon recogiendo en todas partes hechos que confirmaban el incomparable pensamiento que habia de inmortalizar su nombre. Así supo con creciente interés que en las playas de Porto Santo habian arrojado las olas del mar, impulsadas por el Oeste, un trozo de madera primorosamente labrado; vió en poder de Alfonso V cañas de colosal tamaño que las mareas habian depositado en la playa de las Azores; supo que á Fayal habian aportado descomunales pinos de especie desconocida; que en las orillas de la isla de las Flores habian aparecido dos cadáveres cuyas facciones diferian de las de los habitantes de las Azores, y de lábios del marino Martin Vicente recogió la noticia de que navegando á larga distancia de Europa, hacia Occidente, adquirió un trozo de madera labrada que la brisa de aquel punto cardinal impelia delante de su nave.

Por tales medios iba madurando Colon su pensamiento de descubrir las tierras que presagiaba existian hacia el Occidente.

En 1476, resuelto ya el problema en su mente, pasó Colon á Génova, donde fué rechazado su proyecto. así como en Venecia á donde se encaminó despues.

Desairado en ambas repúblicas, le hallamos en Febrero de 1477 navegando mas allá de Islandia, cuya empresa abandonó para regresar á Lisboa, noticioso de que habia ascendido al trono de Portugal D. Juan II que ansiaba emular las glorias del infante D. Enrique.

Tuvo Colon varias entrevistas con el nuevo monarca,

que sometió los proyectos del extranjero á una y otra junta de sábios, los cuales rechazaron la empresa.

Resolvióse sin embargo apoderarse de los planos de Colon y con ellos mandar calladamente á un experto navegante, á cuyo fin se comunicó al genovés que los depositara en manos de la comision científica, y mientras aquel esperaba los resultados, lleno de confianza, salió una carabela que aparentando partir para las islas de Cabo Verde, hizo rumbo á Occidente en demanda de los países desconocidos, guiándose por los papeles de Colon.

Atemorizados los expedicionarios ante la inmensidad del Océano y espantados de una terrible borrasca, regresaron al cabo, y sin poder contenerso, se mofaron de los proyectos del extranjero.

Herido Colon en lo mas vivo ante semejante falsia, realizó calladamente cuanto pertenecia á su mujer, que ya habia muerto, huyó de Portugal (1484), llevándose consigo á su hijo, y visitó en Génova á su anciano padre.

Entonces se encaminó á España para ofrecer su empresa á los Reyes Católicos.

Agotados los menguados recursos de Colon con los gastos de viajes tan dilatados, y ya en España, llegó, llevando de la mano á su hijo, á la porteria del convento de Santa María de la Rábida, situado en la cumbre de un cerro bañado por las olas del Océano, á media legua de Palos, en la actual provincia de Huelva.

Regia el convento de la Rábida Fray Juan Perez de Marchena, que tras de una breve conversacion con el desconocido, poniéndose al alcance de la altura de sus pensamientos, se convirtió en su más decidido amigo y protector.

De esta manera, en un pobre convento de franciscanos, se explicaron por el génio y se acogieron por el entusiasmo ideas y conceptos unánimemente rechazados por los sábios.

Tras algunos días de descanso, provisto de una carta del P. Marehena para el confesor de la reina, y dejando su hijo al cuidado de su nuevo amigo, emprendió Colon el camino de Córdoba donde la corte se encontraba.

No comprendido el extranjero por el confesor de la reina, encontró dulces consuelos en el amor de D.^a Beatriz Enriquez con la que se casó y de la que tuvo á su hijo Fernando.

Sin desesperar Colon por tanta contrariedad logró al fin ser escuchado por el gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza que obtuvo para él una audiencia de S. S. A. A., por los que fué benevolamente acogido aunque sometiendo la cuestión, como era natural, al dictámen de una junta de sábios que al efecto se convocó para Salamanca y se verificó en Noviembre de 1486 en el colegio de Estudios Mayores establecido en el convento de S. Estéban de la orden de Santo Domingo.

En las sesiones que al efecto se celebraron, como el proyecto de Colon chocaba en absoluto con las ideas entonces corrientes en materias geográficas, apesar de la defensa del dominico Fray Diego Deza y de otros maestros de la Universidad Salmantina, nada se resolvió y la corte abandonó á Salamanca en 26 de Enero de 1487 para emprender la guerra contra los moros de Málaga.

Desde entonces, aunque ocupados los reyes en las guerras contra los infieles, no dejaron de conferenciar con Colon, pagándole al efecto los gastos de viaje; acompañando así á la corte, visitando á Sevilla y á Zaragoza y re-

cibiendo dinero, entre otras ocasiones, en 18 de Agosto de 1487, nueve dias despues de la conquista de Málaga.

El asedio de la ciudad de Baza vino de nuevo á contrariar las esperanzas de Colon, que ciñó la espada y tomó parte en las operaciones militares contra esta fortísima plaza que detuvo á los cristianos por espacio de largos meses.

El casamiento de la infanta D.^a Isabel con el heredero de la corona de Portugal y sus interminables fiestas; el acuerdo definitivo de la junta de Salamanca y la campaña contra Granada, hubieran desesperado á quien no tuviese la ardiente fé de Colon que se limitó á proponer la empresa á los duques de Medina-Sidonia y de Medina-Celi, el último de los cuales se preparaba á secundarlo cuando recibió orden de la reina para que Colon se presentara en la corte.

Llegado á la presencia de la magnánima D.^a Isabel esta lo confió á D. Alonso de Quintanilla, recibéndole en varias ocasiones y asegurándole siempre que al concluir la guerra de Granada lo auxiliaría.

Mas era esta empresa tan larga y difícil, que el genovés decidió acudir al rey de Francia; pero como pensara llevar al lado de su mujer D.^a Beatriz á su hijo D. Diego, antes de abandonar á España, partió para el monasterio de la Rábida.

Fray Juan Perez, al recibir á su desolado amigo despues de una ausencia de seis años, logró detenerle, confiando en una carta que escribió á la reina que á la sazón se encontraba en el real de Santa Fé, á la que S. A. contestó ordenando al P. Marehena que se pusiera en camino para el campamento, del cual regresó con orden de que se entregaran á Colon veinte mil maravedis y este así socorrido emprendió su camino para Santa Fé donde quedó confiado al Contador mayor Alonso de Quintanilla.

Rendida al fin la ciudad de Granada en 2 de Enero de 1492 y aceptado el pensamiento de Colon, se exigieron á este las condiciones bajo las cuales realizaria su empresa; condiciones que expuestas ante una junta presidida por el confesor de la reina, parecieron tan exorbitantes que quedaron rotas las negociaciones, y como el genovés acabara de recibir respuesta favorable del rey Cristianísimo, dando fin y remate á sus esperanzas en España, emprendió el camino de Córdoba.

En tanto D. Luis de Santangel, contador de Aragon y despues Alonso de Quintanilla se presentaron á la reina haciéndole presente la pérdida que iba á sufrir España; por lo que conmovido el ánimo de la gran princesa, ofreció empuñar sus joyas para la realizacion del proyecto, á lo que se opuso Santangel prometiendo adelantar los fondos necesarios con el tesoro de Aragon.

Colon fué alcanzado por un oficial de guardias á la entrada del puente de Pinos.

Mas á pesar de la firme resolucion de D.^a Isabel, hasta el 17 de Abril de 1492 no pudieron firmarse las capitulaciones de Santa Fé, en virtud de las cuales se concedían á Colon los títulos de grande Almirante del Océano y de Virey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriera; dignidades que se transmitirían á sus herederos, á las cuales la nobilísima reina añadió en 8 de Mayo la gracia de nombrar á su hijo D. Diego paje de D. Juan, príncipe de Asturias.

Habiéndose escogido el puerto de Palos para que de él saliera la expedicion, encaminose Colon á Córdoba y al convento de la Rábida.

Notificada la orden del armamento en la parroquia de S. Jorge de Palos, apesar de concederse grandes inmunidades y privilegios á cuantos tomaran parte en la empre-

sa, todos quedaron espantados al pensar que se trataba nada menos que de surcar la *Mar Tenebrosa* sembrada de tradiciones horribles; donde segun el Nubiense, se encontraba poca claridad en la atmósfera y grandes corrientes de aguas oscuras; donde se estrellaban las corrientes pelasgicas, sembradas de hervideros, poblados de horribles monstruos; donde los árabes fijaban la crispada mano de Satanás saliendo de los abismos, para sumergir la nave que surcara sus ondas; donde el tradicional pájaro Roc esperaba á los bajeles para arrebatarlos entre sus gigantescas garras.

Trascurrea pues el tiempo sin que nadie quisiera tomar parte en la expedicion, por lo que la reina mandó á Juan de Peñasola (20 de Junio) con órdenes aun mas apremiantes, el cual solo pudo conseguir embargar la carabela Pinta á pesar de las exhortaciones del P. Marchena.

Pero todas las dificultades quedaron vencidas cuando puestos en contacto Colon y el rico armador y experto marino Martin Alonso Pinzon, por mediacion del incansable guardian de la Rábida, corrió la noticia de que Martin tomaba parte personal en la empresa. Palos ofreció entonces la carraca Gallega, que trocó su nombre por el de Santa María, que, con la Niña, completaron las tres carabelas pedidas.

Reuniéronse al fin las tripulaciones en las tres naves, para esperar el viento favorable del Este, despues de haber marchado procesionalmente al convento de la Rábida donde oyeron misa y recibieron la sagrada Comunion de manos del P. Fray Juan Perez.

El Viernes 3 de Agosto de 1492, soplando el viento deseado, embarcándose Colon en la Santa María, mandó izar el pabellon de la expedicion que lucia la imágen de Jesucristo Crucificado y en las de la Pinta y la Niña el de la empresa que ostentaba una cruz verde y las iniciales de

los reyes, dió la señal de la partida en nombre de Jesu-
cristo, hecho lo cual se entró en su cámara y comen-
zó su diario con estas palabras: *In nómine Dómini nostri
Jesu-Christi.*

Esta invocacion y los propósitos de Colon en favor
de España, son la clave del mal disimulado odio de los
escritores protestantes hacia el inmortal descubridor del
Nuevo Mundo.

LECCION CII.

Primer viaje de Cristóbal Colon.—Descubrimientos.

Segun ya hemos dicho, Colon mandaba la Capitana que
montaban 66 hombres; Martin Alonso Pinzon regia la Pin-
ta con 50 tripulantes, y la Niña, Vicente Yañez con 24
de dotacion, que sumaban un total de 120 personas.

Despues de trocar en la Gran Canaria el timon de la
Pinta, de cambiar las velas de la Niña y de renovar los
víveres y el agua, permanecieron las naves detenidas por
una calma chicha enfrente de la Gomera, noticioso Colon
de que tres carabelas enviadas por el irritado monarca de
Portugal le esperaban cerca de la isla de Hierro para cer-
rarle el paso.

Salvados estos peligros, avanzaban las tres pequeñas
naves españolas impelidas por el viento, llenando el ánimo
de Colon de alegría celestial y sembrando la duda y el es-
panto en las tripulaciones que veian cambiarse la claridad
del dia y el color de las aguas, descender el horizonte y

desaparecer las constelaciones que se cambiaban por otras desconocidas, y desaparecer la perfecta regularidad de la brújula, su única guía en aquel inmenso Océano sin orillas.

Pocos días después los espíritus se tranquilizaron un tanto ante el espectáculo de una golondrina de mar y un junco que pasaron junto á la Niña; mas adelante reanimaron aun á las tripulaciones lo suave de la temperatura, la transparencia del mar y la multitud de hierbas que parecían acabadas de arrancar de los peñascos; días después alegráronse con la pesca de un cangrejo enredado entre algas y la presencia de los atunes á que se siguió la vista de alcatraces y de un playero y la multitud de hierbas que daban al Océano el aspecto de un verde prado; causa de alegría que se convirtió pronto en verdadero terror pues las plantas comenzaban á espesarse tanto que era posible, que aumentándose mas, enclavaran las naves sin poder pasar adelante ni retroceder.

El 22 de Setiembre comenzaron las hierbas á desaparecer y se vieron pavotas y otras aves, indicios que no calmaron á la tripulación asustada con lo constancia del viento que los impelia al Oeste, constancia que les hacia entrever el riesgo de jamás poder volver á la ansiada patria.

El 25, al ponerse el sol, Martin Alonso, engañado por las apariencias, gritó *Tierra*, desde la popa de la Pinta; engaño que animando todos los corazones, produjo después grande escitacion de desaliento.

Al amanecer del 1.º de Octubre el oficial de guardia anunció entre el pavor de todos que se habian caminado 678 leguas al Oeste, cuando Colon sabia que eran realmente 707 las andadas.

En tanto, aunque cada vez crecían las señales de la proximidad de la tierra, era tal la exasperación de los áni-

mos, que los tripulantes se unieron de comun acuerdo para obligar á Colon á virar en redondo ó arrojarlo al mar si á ello se negaba.

Martin Alonso Pinzon se unió al cabo á los descontentos con sus dos hermanos; así, en la noche del 10 de Octubre, la Pinta y la Niña abordaron á la Capitana y todos armados saltaron sobre la Santa María é intimaron á Colon que retrocediera á España.

Colon pudo milagrosamente imponerse á los suyos, disipándose la conjuración antes que la noche.

Al siguiente día crecieron aun mas las señales de próxima tierra; cada vez el viento era mas balsámico, y las pavotas mas frecuentes; pasaron cerca de las carabelas cañas verdes, maderas labradas, un manojo de hierbas terrestres y la rama de un árbol cargada de bayas rojas.

Al anoecer, después que hubieron las tripulaciones rezado el *Salve Regina*, reuniéndolos á todos, les dirigió Colon una tierna plática, en la que, recordándoles las mercedes que el Señor les habia otorgado en tan largo y temeroso viaje, les anunció que la tierra estaba inmediata, que durante aquella noche llegarían al ansiado término de su empresa, y ordenó que se pasara en vela y en oración.

Como á las diez, el almirante subió á cubierta para examinar el oscuro horizonte, y, viendo á lo lejos una luz, llamó primero á Pedro Gutierrez y Rodrigo Sanchez, que confirmaron la observación.

Devoraban las tripulaciones el espacio cuando resonó el cañon y la voz de *¡tierra!* en la Pinta.

Á esta mágica palabra Colon y las tripulaciones cayeron de rodillas entonando el *Te Deum*.

El reloj de la Capitana señalaba entonces las do des la madrugada.

Á la incierta luz de la aurora comenzó á destacarse an-

te los expedicionarios, habituados á la eterna monotonía del Océano, una tierra cubierta de soberbias florestas entre las cuales brillaba á los primeros reflejos del sol el limpio cristal de un lago.

Era la encantadora isla de Guanahani, centro de la primera línea de las Lucayas.

Colon y los capitanes de la Pinta y la Niña, seguidos del estado mayor, desembarcaron en aquella tierra mágica, plantando el estandarte de la cruz y posesionándose de ella en nombre de la corona de Castilla, dándole el nombre de S. Salvador.

Abullendo poco á poco los naturales, hasta entonces escondidos, viéndose tratar por Colon con su bondad acostumbrada, no se cansaban de mirar y de palpar á los reciénvenidos, que consideraban como enviados del cielo.

Al despuntar el alba del siguiente día, embarcados en piraguás hechas de un solo tronco de árbol, rodeaban los indígenas á los tres buques, trocando los productos de su tierra por baratijas insignificantes.

Eran los isleños de estatura elevada, de color aceitunado, barbilampiños, de poblada cabellera recortada por la frente y suelta sobre las espaldas; carecían de toda vestidura con que cubrir sus carnes pintadas de diversos colores; desconocían el uso del hierro, y consistían sus armas en palos endurecidos al fuego con una punta de pedernal ó un diente de caiman en uno de los extremos.

Colon, despues de reconocer la isla y de retener á siete indígenas para llevarlos á Castilla, y, despues de convertidos al cristianismo, devolverlos á su patria, se dió á la vela, asombrándose de la multitud de bellas islas que ante sus ojos se presentaban, segun avanzaban las naves.

Así descubrió sucesivamente la Concepcion, la Isabela,

Fernandina, las de Arena y por último Cuba que avistó al anocheecer del 27 de Octubre (1492).

Preciso es renunciar á describir el efecto producido por la reina de las Antillas en el ánimo de Colon y de los navegantes de las tres carabelas. Ante aquella tierra maravillosa, ante sus portentosas flores, ante su ambiente saturado de balsámicos perfumes que recorrian pájaros de deslumbrante plumaje, exclamó Colon que *aquella era la isla mas hermosa que jamás vieron los mortales.*

Habiendo saltado Colon en tierra puso á esta isla el nombre de Juana, en memoria del infante D. Juan, y mas adelante penetró con la armada en el rio Mares, al que regresó visitadas las costas cercanas.

Reconocido el interior fueron recibidos los españoles por los indígenas como gentes celestiales.

Las casas donde estos sencillos isleños habitaban eran á modo de pabellones, cubiertas con hojas de palmas; en ellas algunos muebles ostentaban figuras y cabezas talladas en madera; escepto pocas mujeres todos vivian en completa desnudez; los campos hallábanse bien cultivados y adornados de vistosos jardines; los hombres fumaban tabaco, uso que por vez primera se observó; cultivaban con grande esmero el algodón de que eran las hamacas, las redes y otros diversos tejidos; eran sus costumbres suaves y sencillas, y las armas semejantes á las otras vistas en las vecinas islas.

Despues de haber recorrido parte de las costas, en la noche del 22 desapareció Martin Alonso Pinzon, con la Pinta, movido de la ambicion de encontrar países abundantes en oro.

Visitado parte del litoral de Cuba, descubrió el almirante la isla de Quisqueya, de Bohio ó de Haití, que con estos varios nombres era conocida, entrando el 6 de Diciembre (1492) por una ensenada que puso bajo la invocacion de la Virgen, apellidando San Nicolás al puerto y al cabo que la

limitaban al Norte: Colon apellidó á esta isla la *Española*.

No sin vencer grandes dificultades entró el almirante en relaciones con los indígenas y recibió en 18 de Diciembre la visita del cacique de la parte de la isla en que se encontraba, prosiguiendo al dia siguiente el reconocimiento del pais y siendo ya recibidos en todas partes con grande agasajo de indios y caciques que á porfia ofrecian oro y viveres á los españoles, tenidos aquí, como en Cuba, por seres sobrenaturales.

El 24 de Diciembre, con el objeto de visitar á Guacanagari, poderoso señor de la parte Noroeste, movióse la armada; en cuya noche dió la Santa Maria en un bagio de que no pudo sacarse la nave, cuyos restos salvaron los naturales. En este paraje edificó Colon un puerto, aprovechando los restos del buque destrozado, primera colonia hispano-americana, á la que dió el nombre de Navidad, dotándola de treinta y nueve hombres y por capitán ó gobernador á Diego de Arana.

Encomendando á todos que sembraran las semillas, aportadas de Europa; que guardaran la obediencia debida á sus jéfes; que indagaran los criaderos del oro; que trataran bien á los naturales; que respetaran á las mujeres; que se condujeran en fin como verdaderos cristianos, reembarcose para reconocer las costas hacia el Este, encontrando á poco á la Pinta, cuyo capitán procuró disculparse con fútiles excusas.

Pero la ambicion y las rivalidades de los Pinzones, el mal estado de los buques y el despo de dar cuenta á D.^a Isabel del resultado de su navegacion, para volver con nuevos auxilios, decidieron á Colon á emprender sin mas dilaciones la vuelta de Castilla.

Prosiguiendo sin embargo en su navegacion tropezó con una raza belicosa (los ciguayenos) que espuesta á las invasiones de sus vecinos, los canibales, habia contraido costumbres guerreras.

Ansiaba el almirante sojuzgar á estos temibles comedores de carne humana, cuando levantándose viento favorable para volver á España, puso hacia esta las proas en nombre de la Santísima Trinidad.

En este viaje acometieron á las dos tristes carabelas tempestades terribles enmedio de las cuales se separaron hasta que, el lunes 18 de Febrero de 1495, consiguió la Niña tomar puerto en Santa Maria, la mas al Sur de las Azores, perteneciente á Portugal.

De ella pudo salir no sin hallarse á punto de ser víctima de la traicion de los portugueses.

Terribles tempestades volvieron á atacar á la Niña que milagrosamente se libró del furor del Océano.

La fragil nave se salvó, distinguiendo los tripulantes, al amanecer del 4 de Marzo, el elevado promontorio de Cintra, logrando entrar en el fondeadero de Rastrello.

En él quisieron humillarlo los portugueses y en él recibió al fin un mensaje de D. Juan II suplicándole que lo visitara en su retiro de Valparaiso, donde, á par de recibir grandes honores, corrió Colon los mayores riesgos, pues no faltó quien propusiera al Rey su muerte, en el Consejo celebrado bajo la presidencia del monarca.

El viernes 15 de Marzo llegó la Niña al puerto de Palos donde fué recibida con indescriptible alegría.

Pocas horas despues arribaba la Pinta, de la que huyó en un bote, rio abajo, Martin Alonso Pinzon, que, salvo de las anteriores tempestades en el golfo de Vizcaya, no dudando de la pérdida de la Niña, habia escrito á los reyes atribuyéndose el honor de los descubrimientos, y que, al divisar en salvo á la carabela del almirante, adivinó que estaba perdido.

Tras de cumplirse las promesas hechas en la mar; tras de disfrutar de la comun alegría y de permanecer siete dias

en la Rábida, al lado de su grande amigo Fray Juan Pérez de Marchena, se trasladó Colon á Sevilla donde recibió carta de los reyes invitándole á pasar á Barcelona, ciudad donde se encontraba la córte.

El viaje del almirante desde Palos á la ciudad condal fué un verdadero triunfo, pues las gentes acudian en tropel para aclamar al héroe y contemplar su estraña comitiva.

El 15 de Abril fué recibido Colon por los reyes en la sala de ceremonias del alcazar, donde lo aguardaban con el príncipe D. Juan.

Imposible seria, aun á la imaginacion mas privilegiada, trazar el cuadro de lo que aconteció en Barcelona al recorrer sus calles la mágica bandera que habia atravesado la *Mar Tenebrosa*, iluminada por el sol de las Antillas, conducida ahora por un piloto, escoltada por los marineros de la Niña; ver á otros cargados con ramas y árboles nunca imaginados; á algunos exponiendo extraños frutos, coronas, brazaletes, máscaras y cinturones de oro, penachos de deslumbrantes plumas, mazas, areos, flechas, espadas de madera petrificada, animales muertos ó vivos; mas de cuarenta loros agitándose y gritando en las perchas; siete indios adornados con pinturas blancas y encarnadas, al uso de su pais, y á Colon rodeado de sus oficiales.

Al entrar la comitiva en la deslumbradora cámara régia, levantáronse los reyes, y D^a Isabel, con las lágrimas en los ojos, no se sentó hasta que el almirante se cubrió y tomó asiento de su órden.

Al terminar el revelador del Nuevo Mundo la historia de sus expediciones, todos cayeron de rodillas cantando el *Te Deum* que repitió el pueblo hasta en las mas apartadas calles de la ciudad condal.

Los reyes, despues de colmar á Colon de mercedes, de privilegios y de honores, se marcharon de Barcelona, y

Colon á Sevilla, donde se aprestaba gruesa armada, para encaminarse á las Antillas provista de medios de colonizacion.

Al efecto diéronse las instrucciones para el gobierno de las colonias; nombrose vicario apostólico al P. Boil al que acompañaban doce frailes, y se estableció en Sevilla una oficina, origen del famoso Real Consejo de Indias, al frente de la cual se puso el arcediano D Juan Fonseca.

Ya, desde el principio, Fonseca se mostró, con su espíritu pequeño, contradictor de Colon, mala voluntad que se habia de convertir pronto en hostilidad declarada.

Habia logrado tal crédito en el pais la nueva expedicion, que muchos se presentaron pretendiendo tomar parte en ella, siendo necesario limitar el número á setecientas personas, amen de más de trescientos aventureros que al marchar, se escondieron entre la carga y en las bodegas de los buques.

Tres naos de gavia, entre las cuales, la mayor (Marigalante), que hacia veces de capitana, aguardaban á los expedicionarios en la bahia de Cádiz.

Antes del amanecer del miércoles 23 de Setiembre de 1493 dióse á la vela la escuadra, con gran concierto y precauciones, atendida la sospechosa conducta del rey de Portugal.

Despues de un viaje próspero, navegadas ochocientas leguas, mandó Colon amainar las velas en la tarde del 2 de Noviembre, adivinando la cercania de la tierra. En efecto, á la mañana siguiente, avistose una isla en la mitad de la seccion de círculo que forman las pequeñas Antillas. Colon desembarcó en otra isla á que llamó Dominica, y en otra mas cercana (Marigalante), en la que tomó posesion por Castilla de aquel archipiélago. A poco fué descubierta la Guadalupe, en la cual, con espanto de los expedicionarios, vieron estos, entre las vituallas, cabezas y

otros miembros de hombres recién muertos, cociéndose sus carnes con las de otros animales y los cascotes de los cráneos sirviendo de vasijas.

Alzadas las velas, el 10 de Noviembre fueron descubiertas las islas de Monserrate, Sta. María, la Rotunda, Santa María la Antigua, S. Martín, y Sta. Cruz, donde los naturales dieron pruebas de ingenita ferocidad. En la tarde siguiente divisose un archipiélago, la mayor de cuya islas recibió el nombre de Sta. Ursula y el resto el de las Once mil Vírgenes. Al Oeste de este archipiélago pareció la tan buscada isla Boriquen, patria de casi todos los infelices libertados del poder de los caribes que poblaban las anteriores islas. El Almirante dió á Boriquen el nombre de S. Juan Bautista (Puerto Rico).

En dos días que la armada permaneció frente á esta bellísima isla, no se dejó ver habitante alguno; empero mostrábase la tierra muy cultivada y sembrada de amenísimos jardines. Según afirmaban los indios intérpretes, los habitantes eran pacíficos, estabansujetos á la autoridad de un rey, y eran bravos flecheros, aguerridos por las continuas incursiones de los caribes.

No siendo posible detenerse más, salió la armada, en la madrugada del 22, y, antes de anocheecer, se avistó la Española tocando en el golfo de Samaná (de las Flechas), fondeando el 25 en Monte Christi. En las cercanías del río del Oro desembarcó alguna gente que encontró dos hombres muertos, y al día siguiente otros dos, con señales eiertas de ser españoles. El 27 llegó la flota á cabo Santo; disparó algunos cañonazos y nadie responde.

¿Qué había pasado en la colonia de la Navidad durante la ausencia de Colon?

El 27 de Noviembre de 1492, cuando Colon salió de San Sebastián, el fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

El 27 de Noviembre de 1492, cuando Colon salió de San Sebastián, el fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

El 27 de Noviembre de 1492, cuando Colon salió de San Sebastián, el fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

LECCION CIII.

El 27 de Noviembre de 1492, cuando Colon salió de San Sebastián, el fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

Segundo y tercer viaje de Cristóbal Colon.—El Comendador Bobadilla.

El 27 de Noviembre de 1492, cuando Colon salió de San Sebastián, el fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

Entristecido el Almirante con tan funestos augurios, recibió á la media noche la visita de dos indíjenas, uno de ellos primo de Guacanagari, los cuales le manifestaron que muchos de los españoles habian muerto, ya de enfermedades, ya en lucha entre ellos mismos, y que otros vivian en parajes apartados, con varias mujeres.

Igualmente le refirieron que los dos reyes Caonabo y Mayreni habian acometido á Guacanagari incendiándole sus cabañas é hiriéndole en una pierna.

Al desembarcar Colon, á la mañana siguiente, se presentó ante sus ojos un terrible espectáculo de desolación. El fuerte de la Navidad ya no existía y en su lugar solo encontró restos de maderas incendiadas y fragmentos de vestidos y utensilios.

Habian sobrevenido entre los colonos querellas sobre el cambio del oro y sobre las mujeres; la insurreccion de los tenientes contra su capitan Arana; la separacion de no pocos

y su marcha á los estados de Caonabo que los hizo degollar en el acto; la division de varios en pequeñísimos grupos asesinados por los indios; estos vejados, saqueados y violadas sus hijas y esposas. Diego de Arana fiel, pero desentendido en el fuerte, habia sido muerto con los suyos por el feroz Caonabo, que, no contento aun, incendió y destrozó las propiedades de Guacanagari.

En vista de todo el P. Boil instó porque se prendiera á este cacique, pretension que rechazó el Almirante, y que, hiriendo la vanidad de aquel, habia de ser generadora de grandes males.

Navegando hacia el Este, en los primeros dias de Diciembre, desembarcaron los españoles en paraje convenientemente elegido, donde el Almirante puso la primera piedra de la ciudad á que dió el nombre de Isabela.

Los colonos habian atravesado los mares movidos por la esperanza del oro; pero lo largo de la navegacion, la mala calidad de los comestibles embarcados, que el véedor Juan de Soria, protegido del arcediano Fonseca, habia dejado pasar, haciéndose complice de especulaciones indignas; la escasez de medicinas; la ruindad de los animales embarcados; todo hizo que decayera la salud de los españoles ocupados en la edificacion de la nueva ciudad.

Vuelta gran parte de la flota á España, la nostalgia se apoderó de los espedicionarios, y Colon, despues de tomar ciertas medidas de precaucion, visitó la isla, en cuya expedicion admiró la vega Real y fundó á Santo Tomás, fuerte de que dejó encargado á Pedro Margarit, con un recio destacamento.

De vuelta á la Isabela se vió forzado Colon á disminuir las raciones y á obligar á todos en el trabajo de la edificacion de la ciudad, sin distincion de clases; medidas que aumentaron el descontento.

Enmedio de estas mal encubiertas desavenencias, salió el Almirante en 24 de Abril de 1493, con tres carabelas, para proseguir los descubrimientos.

Despues de recorrer la costa boreal de la Española, llegó á Cuba que principió á visitar por la parte del Sur. Desde aquí se encamina á la Jamáica; vuelve á Cuba á mediados de Mayo; llega al cabo de Santa Cruz; reconoce el peligroso archipiélago llamado Jardin de la Reina y la isla de Pinos; vuelve á Jamaica; retrocede; visita á Amona, islote entre la Española y Puerto Rico, y, enfermo y perdidas las fuerzas, regresa á la Isabela en 29 de Setiembre de 1494, donde encuentra á su hermano Bartolomé que habia llegado con tres carabelas y provisiones, á que se siguió la llegada de otras cuatro naves con refrescos, ropas y mercancías, y lo que fué parte mayor para el restablecimiento del Almirante, nuevas pruebas del cariñoso afecto de la Reina Católica.

Empero el P. Boil, faltando á los deberes de su ministerio, volviöse á España con otros descontentos, en particular Margarit, que durante la ausencia de Colon habia puesto la isla á riesgo de perderse.

Con efecto, este caudillo, contradiciendo las instrucciones del Almirante, hizo con su conducta aborrecible el nombre español entre los indios, y abandonó su puesto sin dejar sucesor. Sin cabeza los soldados, recorren la isla entregándose á todo género de excesos, y los naturales, pasando del terror á la desesperacion, matan á cuantos españoles pueden. Caonabo y Macoriz los acaudillan acometiendo los fuertes y atreviéndose á pensar en apoderarse de la Isabela.

Repuesto Colon; restablece en parte el orden, castigando primero á Macoriz; manda á España al Capitan Torres con cuatro naves cargadas de los prisioneros reducidos á es-

clayitud, con cierta cantidad de oro y otros productos de la isla. Auxiliado del fiel Guacanagari acomete á los indios que lo esperan en número de mas de cien mil; los derrota y Caonabo deja libre la fortaleza de Santo Tomas que habia tenido asediada por espacio de treinta dias. Á poco, valiéndose de una atrevida astucia, apodérase el capitán Ojeda de este feroz caudillo, que conduce prisionero á la Isabela, sucesos que completa el mismo Ojeda venciendo y aprisionando al hermano de Caonabo.

Pacificada la isla, impone Colon un tributo de capitacion que habian de satisfacer unos en oro y en algodón otros.

En tanto habian llegado á España el P. Boil, Margarit y otros descontentos, sembrando por todas partes calumnias contra el Almirante; por lo que, y para que depurara la verdad, fué nombrado, como juez pesquisidor, Juan Aguado, que en cuanto llegó á la Española, lejos de cumplir con la imparcialidad de su cargo, trató desabridamente al mismo Almirante, y alentó á los descontentos y rebeldes, en tanto que se recibian noticias de ricas minas de oro en las cercanias del Hayna.

Disgustado el Almirante con la conducta de Aguado, resolvió venir á España para desvanecer las calumnias de sus enemigos, como lo hizo dejando en la isla con título de Adelantado á su hermano Bartolomé, embarcándose con una buena cantidad de oro, treinta indios, entre ellos el cacique Caonabo y su hermano que fallecieron en el camino devorados de nostalgia, llegando á Cadiz el 11 de Junio de 1496.

Colon marchó á Burgos, residencia entonces de la corte, rodeándose del aparato que la vez primera cuando llegó á Barcelona; produciendo en todos gran entusiasmo la vista de los insulares adornados con planchas, carátulas y otras

alhajas; los ídolos, muestras de colores finos, el palo del Brasil, las especerías, los ejemplares de metales, los granos de oro, algunos del tamaño de nueces, y la corona de Caonabo.

Apesar del renaciente entusiasmo y de la buena voluntad de los reyes, las circunstancias contrariaban los proyectos de Colon. La guerra con Francia, la redencion de Nápoles, la defensa del Rosellon, los proyectados casamientos del príncipe D. Juan y de su hermana, la fuerte escuadra que se apercebía para llevar á Flandes á la infanta y traerse á la princesa de retorno, concentraban todos los recursos y voluntades.

Cuando menguaron estos inconvenientes, se pensó ya en mandar nuevos colonos á las islas; pero era tal el efecto producido por las calumnias de Margarit y del P. Boil, de la enemistad de Fonseca á los colonos y de la mala salud de los que regresaban, que, negándose todos á formar parte de las dotaciones de los buques, fué preciso conceder grandes perdones á los sentenciados por delitos y faltas, con tal de servir por espacio de cierto tiempo en las Indias.

Otro acontecimiento que hirió de muerte el gran corazón de la Reina Católica, fué el fin de la preciosa vida de su hijo el príncipe D. Juan, gérmen de tantas esperanzas, que acabó en 4 de Setiembre de 1497.

Á la postre, vencidas todas las dificultades, entre las que no eran las menores las que oponía D. Juan de Fonseca, ya obispo de Badajoz, en 50 de Mayo de 1498, zarpó Colon del puerto de S. Lúcar, con una nave de gavia y cinco carabelas, y deseando hacer nuevos descubrimientos y socorrer pronto á la Española, en las inmediaciones de la isla de Hierro, despachó tres carabelas y él con las otras tres naves hizo rumbo hácia la Zona Tórrida en busca de las islas de Cabo Verde. Ya en Bella-Vista se inclinó al Noreste

te, y, despues de horribles sufrimientos, en la noche del 51 de Julio, descubrió las tres cumbres de la isla de la Trinidad, Prosiguiendo adelante en sus descubrimientos, despues de correr grandes riesgos en la Boca del Dragon, sin sospechar que habia descubierto un nuevo continente; despues de visitar buena parte de aquellas costas, donde tuvo noticia de criaderos de perlas y de oro, recorrió el golfo de Paria, del que salió milagrosamente; divisó las dos islas del Compas y Asuncion; llegó á la espléndida Margarita, y al triste islote de Cubagua. Mas adelante hubiera seguido Colon, descubriendo las costas del nuevo continente; pero una terrible oftalmia que le tenia privado de la vista, y sus cuidados por los colonos de la Española, hicieron que se encaminara á esta isla, llegando á la pequeña Beata, donde abrazó á su hermano Bartolomé, que acudió á su encuentro; desde donde se trasladó á Santo Domingo que Bartolomé Colon habia fundado en la márgen izquierda del Ozama.

¿Qué habia ocurrido en la Española en los dos años y medio escasos que habia durado la ausencia del Almirante? (10 de Marzo de 1496 á 50 de Agosto de 1498).

Faltos los colonos de socorros positivos, hambrientos, desesperados y reducidos á la mayor desnudez, quisieron visitar los estados del rey de Jaragua, Behechio, cerca del cual se habia refugiado su hermana la bella é ilustre princesa Anacoana viuda de Caonabo. Por mediacion de esta incomparable y cultisima señora concertó el Adelantado el pago de un tributo con los indios en frutos de la tierra, y fueron recibidos los suyos con grandes fiestas, cantares y bailes.

El Adelantado, para que los suyos pudieran aprovisionarse con menos dificultad, los dividió en secciones, y aquellos, en vez de guardar el respeto y el amor que aquel les

encargara, se entregaron á todo género de actos contrarios á la propiedad y al honor, llegando uno de ellos á ultrajar en el suyo á la esposa predilecta del gran cacique Guarionex.

Una terrible sublevacion de los indios siguió á estos criminales hechos; sublevacion que fué vencida por el Adelantado, que mostró su generosidad y su justicia dando libertad á Guarionex que habia sido hecho prisionero, y castigando al lascivo español causa de estos tumultos; justicia que irritó mas y mas á los turbulentos colonos.

Creciendo aun el descontento, la hez de la colonia, irritada contra Bartolomé Colon, puso sus ojos en Francisco Roldan, antiguo familiar del Almirante á quien este habia elevado á la Alcaldia mayor, que unido al traidor Diego de Escobar, fué el alma de los descontentos, los cuales se entregaron á todo género de excesos.

En tal estado encontró Colon la isla á su vuelta de España.

El Almirante procuró conciliar todas la voluntades, condescendiéndolo todo á los rebeldes y ofreciéndoles el paso á España, en las cinco naves dispuestas á partir de la isla.

Cuando estas turbulencias parecian aplacarse por la inagotable bondad de Colon, llegó la noticia de que habian arribado al puerto de Yaquimo ciertas naves mandadas por Alonso de Ojeda con nuevos españoles; el cual, confiado en el favor del obispo Fonseca y violando los privilegios concedidos á Cristóbal Colon, volvía del golfo de Paria y de las Perlas, con oro y esclavos, escitando á los turbulentos á alzarse contra el Almirante.

Por fortuna, lejos de unirse Roldan al reciénvenido, luchó con él, y lo obligó á reembarcarse, recobrando la isla su antigua tranquilidad tras la ejecucion de algunos de los malcontentos.

Pero la cólera y la saña de Fonseca contra Cristóbal Colon, como la gota de agua cayendo de continuo sobre la piedra, habia de producir sus efectos.

El judío Jimeno de Bribiesca, que habia insultado á Colon en el momento de partir para su segundo viaje, habia sido ascendido por aquel al empleo de pagador de la marina. Así, cuantos regresaban de los españoles, pobres enfermos y malecontentos, eran acogidos por el obispo y sus parciales, excitándolos mas y mas contra Colon; negábase á todos el pago de sus atrasos, y por tal manera se les encaminaba coléricos hácia Granada, para que expusieran á los reyes sus quejas contra el extranjero.

Fueron estas quejas tales y tan redobladas, que Doña Isabel, pretendiendo hacer justicia, nombró al comendador D. Francisco de Bobadilla que gozaba del afecto del obispo Fonseca y de gran reputacion en la córte (Decreto de 21 de Marzo de 1499), con comision especial de informar acerca de las turbulencias ocurridas en la Española; de proceder contra los que se hubieran levantado contra el Almirante; de reducirlos á prision; de secuestrar sus bienes, y de juzgarlos con todo el rigor de las leyes (*Coleccion Diplomática*, número CXXVII); comision á que mas adelante, creciendo las calumnias contra Colon, se agregaron nuevas facultades, en la hipótesis de que este no obedeciera al comisionado (*Coleccion Diplomática*, números CXXVIII y CXXIX).

Mientras esta nube se prepañaba en España, renacia la paz en la isla, merced á las victorias alcanzadas sobre los indios y á la sumision de los rebeldes.

Ocupado el Almirante en el engrandecimiento del fuerte de la Concepcion, gobernaba en Santo Domingo su hermano D. Diego, cuando un lunes 23 de Agosto distinguieronse desde la ciudad dos carabelas que pugnaban por ganar la

embocadura del Ozama, las cuales conducian al comendador Bobadilla y su séquito.

Enviada una embarcacion para informarse, apoyándose el Comendador en la borda, contestó con palabras arrogantes y amenazadoras.

Al desembarcar, mostró el recién llegado su ira contra el Almirante, y á poco penetró en la propia casa de este y se apoderó de cuanto encontró en ella, incluso los papeles y notas del mismo, atrayéndose á la vez con grandes mercedes á los rebeldes.

Lejos de oponer resistencia Cristóbal Colon al arrogante comisionado, se dirigió inerte á Santo Domingo. Al tener noticia de la proximidad de su llegada, Bobadilla, seguro ya de que no encontraba resistencia, como temia, mandó prender á D. Diego Colon y encerrarlo en una carabela, sujeto con grillos. Cuando llegó el Virrey, rehusando su visita, hizo lo propio con él, sugetándolo en la fortaleza con los piés cargados de hierros.

No paró aquí la cristiana humildad del Almirante, que á todo se sometia, pues escribió á su hermano el Adelantado, que se hallaba en Jaragua, suplicándole que abandonando todo conato de resistencia, se presentara solo en Santo Domingo, como así lo hizo D. Bartolomé, sufriendo la misma suerte que sus hermanos al penetrar en la ciudad, donde fué sugetado con grillos y conducido á otra carabela.

Entonces fué cuando el feroz Bobadilla, alhagando á los rebeldes, amenazando á los débiles é intimidando á los adictos, comenzó la sumaria contra los tres hermanos, á los cuales insultaba desde los alrededores de sus respectivas prisiones.

Cuando estuvo bien tejido aquel enredo de villanas calumnias, Cristóbal Colon y sus hermanos fueron conducidos, siempre con grillos, á bordo de la carabela Gorda y en-

tregados al capitán Alonso de Vallejo, que, apesar de ser protegido de Fonseca, en cuanto zarpó la nave, quiso quitar los hierros á Colon; favor á que este se negó no queriendo que le fueran limados estos, sino de orden de los reyes.

El viaje de la Gorda fué uno de los mas prósperos que hasta entonces se habian verificado; pues, habiendo salido la nave de Santo Domingo en primeros de Octubre, entraba en la bahia de Cádiz en 1.º de Noviembre.

Colon escribió una carta á D.^a Juana de Torres, nodriza del infante D. Juan que se hallaba en Granada con la corte, dándole cuenta de los sucesos; carta que la nodriza puso en manos de la reina de Castilla, la cual, llena de indignacion, mandó instantáneamente un correo extraordinario con orden de poner en libertad á los tres hermanos, otra para Colon deplorando la barbarie de Bobadilla y una libranza de dos mil ducados en oro para que se trasladaran á la corte.

El 17 de Diciembre recibieron los reyes al Virrey y á sus dos hermanos dándoles las mas espresivas muestras de cariño, y pocos dias despues, la reina recibió sola, á Colon, derramando abundantes lágrimas al escuchar la relacion de las desventuras del inmortal descubridor de las Indias.

Bobadilla fué depuesto y nombrado en su lugar un gobernador interino para que aplacara los ánimos en la Española antes del regreso de Colon, cargo que se confirió al comendador de Larez D. Nicolás de Ovandó que salió al frente de una flota de treinta y dos velas.

... la soberanía
... obligados
... los hierros
... Colon
... el rey

LECCION CIV

... el viaje de la Gorda
... habian verificado
... Santo Domingo
... en primeros de Octubre
... en la bahia de Cádiz
... en 1.º de Noviembre

Cuarto viaje de Cristóbal Colon. — Su regreso á España. — Su muerte.
... el rey
... la reina
... los reyes
... el infante D. Juan

(M. COLUERO, Los restos de Colon.)

Colon, hospedado por sus inquebrantables amigos de la Orden Seráfica, á la vez que se ocupaba en su *Coleccion de las profecias sobre la reconquista de Jerusalem y el descubrimiento de las Indias*, y en el estudio de las Santas Escrituras, ofrecia á la Reina proseguir sus descubrimientos, durante el gobierno interino de D. Nicolás de Ovandó.

En los encantados bosques de la Alhambra fué sin duda donde adivinó Colon que al mediar el continente por el descubierta, debia existir una solucion de continuidad (LOPEZ DE GOMARA, HERRERA, LAS CASAS, BENZONI, IRVING); el istmo de Panamá, tal como hoy imagina que quede Fernando de Leseps, el génio de las obras titánicas en los tiempos modernos.

Prendada D.^a Isabel de estos proyectos concedió á Colon los oportunos recursos.

... el rey
... la reina
... los reyes
... el infante D. Juan
... el viaje de la Gorda
... habian verificado
... Santo Domingo
... en primeros de Octubre
... en la bahia de Cádiz
... en 1.º de Noviembre

El Almirante solo exigía cuatro naves de poco calado, abastecidas para dos años; tiempo que calculaba preciso para descubrir el estrecho, que, desde el Atlántico, lo había de conducir al Pacífico, volviendo por el mar de Asia y las costas de África, á España.

El Virrey salió pues de la bahía de Cádiz llevando en cuatro pequeñas embarcaciones (Capitana, Santiago de Palos, Gallega y Vizcaina), sin contar los oficiales de su casa y cuatro intérpretes, ciento cincuenta hombres, su hermano D. Bartolomé y su hijo D. Fernando; llegando felizmente á la Gran Canaria, de la que salió en la tarde del 25 de Mayo de 1502.

Felicísimo fué este viaje de Colon, que, queriendo cambiar la pesadísima Gallega por una de las treinta y dos naves con que debía volverse á España Antonio de Torres, despues de dejar en la Española á Ovando, prediciendo una terrible tempestad. al llegar á una legua de Santo Domingo, hechó el ancla y mandó al capitán de la pesada nave para que formulara su deseo.

Prohibida á Colon su estancia en la Española, no creyéndose en la necesidad del cambio de buque y serena y tranquila la atmósfera, negáronse sus peticiones al Almirante.

Rogó este que á lo menos se detuviera la marcha de la escuadra por espacio de ocho dias, pues la tempestad iba á estallar; pero, convocados los oficiales de aquella, todos se rieron del vaticinio del *falso profeta*.

Colon, en vista de todo, alzó anclas y se refugió en un ancon, preparándose para recibir la tormenta que con su prevision de experto marino, veia avanzar con vuelo vertiginoso.

En tanto, aprovechando la licencia de Ovando, habianse embarcado en la flota de Antonio de Torres muchos

hombres entre los que se encontraba Roldan y otros de los principales rebeldes á la autoridad del Virrey, todos hartos de oro y de sangre, que llevaban consigo el fruto de sus depredaciones. Iban tambien con la escuadra el contumaz cacique Guarionex. cien mil pesos pertenecientes á los derechos de la corona, la famosa pepita de oro valorada en tres mil trescientos pesos y tanta cantidad de oro como jamás se había visto reunida.

Entre los expedicionarios se contaba el Comendador Francisco de Bobadilla, de funesta memoria, que destituido del gobierno, se consolaba de su desgracia con las grandes riquezas que había acaparado en la isla.

La escuadra partió del Ozama impelida por una dulce brisa; mas, apenas andadas ocho leguas, el cielo y el mar quedaron inmóviles; la atmósfera tornose pesada y sofocante; claros indicios, aun para los menos expertos, del huracan predicho por Colon.

El golpe sucedió brevemente al amago; levantáronse las olas con increíble furia; el huracan empujó á las unas contra las otras naves; de estas, unas se abrieron al choque arrojando revueltos y confundidos los tesoros y los hombres que encerraban; algunas, llevadas á mayor distancia, bajo paralelos lejanos, perecieron entre mas prolongadas angustias.

De la famosa escuadra de Antonio de Torres, únicamente regresaron á la isla dos ó tres cascos maltrechos, con la gente mas pobre, y un hidalgo, Rodrigo de Bastida, al que D. Francisco de Bobadilla había perseguido cruelmente.

Solo una nave, la mas pequeña y frágil, la Aguja, la que por lo mismo aportaba el caudal del Almirante, llegó á España.

En dia tan espantoso perecieron mas de mil y qui-

nientos hombres, entre los que se hallaban el bárbaro Bobadilla, el que aprisionó con grillos, sin escucharlos y sin admitirles defensa, á los tres hermanos Colon; Francisco Roldan y sus cómplices; rebeldes contra el Virrey y verdugos de los pobres indios; en él sucumbió el intratable cacique Guarionex que habia rechazado tenazmente el Evangelio.

En tanto se salvaba en Puerto Escondido la nave del Almirante.

¡Y aun habrá quien se atreva impiamente á negar la intervencion de la Providencia en los sucesos humanos!

Desde la Española tocó Colon en Jamaica y en los Jardines de la Reina, al Sur de Cuba, y de aquí gobernó resueltamente hacia el Sur, en busca de su imaginado estrecho, descubriendo la isla de Guanaja, centinela del golfo de Honduras, en cuyas cercanías sorprendió un gran barco que cargado de mercancías con varias mujeres y veinticinco hombres, venia de la península de Yucatan.

Enfermo Colon y combatido por recias tempestades, avanzaba por las costas de Guatemala, siempre buscando su imaginado estrecho, hasta que en 14 de Setiembre llegó al promontorio que señaló con el nombre de cabo de Gracias á Dios. Prosiguiendo las naves en la inquisicion de la costa, hallaron diferentes pueblos, especialmente uno (Costa Rica), en que vieron adivinos y nigrománticos que embalsamaban á los muertos, que adornaban los sepuleros con esculturas de animales y retratos de los finados, y otros muchos que lucian adornos de oro, hechó el ancla en Porto Bello. Al fin, prosiguiendo en la exploracion de la costa, llegó al Nombre de Dios, desde donde retrocedió á Porto Bello.

En pos de arrostrar grandes borrascas, mientras agonizaba el Almirante, y después de sufrir la cólera de muy

recias tormentas, estuvieron los expedicionarios á punto de sucumbir ante una tromba marina, de la que escaparon milagrosamente, y llegaron á Veragua, donde realizaron cambios de oro por bujerías europeas; lucharon con el ferroz caudillo Quibian y perdieron la Gallega; pero reconocieron el pais mas abundante entonces en criaderos de oro.

Persistiendo aun Colon en buscar el estrecho, gobernó al Este; pero, estando sus naves en tan mal estado, por efecto de las continuas tempestades, que tuvo que abandonar la Vizcaina; y aun llegó al cabo de San Blas y diez leguas mas al Oeste.

Retrocediendo ya, en vista de la desesperada situacion de sus barcos, tocó en la Tortuga, en los Jardines de la Reina y en Macaca y en Cuba, desde donde las tempestades lo arrojaron á la costa Norte de la Jamaica.

Siéndole imposible continuar la navegacion, fueron varadas ambas naves, y allí vivieron los desdichados náufragos de los alimentos que les traian á cambio los naturales, donde faltando estos y enfermo el Almirante, ocurrieron contra él gravísimas sediciones.

En situacion tan desesperada, el heroico Diego Mendez, se comprometió á marchar á la Española en una frágil canoa, comprada á los indios, en demanda de socorros; ejemplo que siguió Bartolomé Fieschi, capitán de la Vizcaina; á los que acompañaron seis españoles y diez indios que llegaron milagrosamente á Cuba.

Mendez encontró á Ovando en Jaragua.

Ovando entretuvo al enviado del Virrey, con fútiles excusas, ocupado en los asuntos de Jaragua.

Muerto Behechio, rey de estos estados, le habia sucedido en ellos su hermana Anacoana mujer la más culta de la isla.

Por desgracia de esta princesa, habíanse quedado, al

marcharse para España Roldan y sus cómplices, algunos de los mas malvados; los que, para anticiparse á las quejas que de sus desmanes habian de llegar hasta el gobernador, le escribieron testificándole que los indios preparaban un terrible levantamiento.

Queriendo Ovando examinar los hechos por sus mismos ojos, tomó el camino de Jaragua, y, noticiosa de su llegada la célebre reina, invitó á los caciques que de su autoridad dependian, y todos salieron á recibir á Ovando con danzas y flores, alojándolo ostentosamente.

Preocupado el receloso gobernador con las calumnias de los bandidos de Roldan, convidó á los indios para que presenciaran los ejercicios de equitacion de los españoles.

Cuando Anacoana y sus indios inermes estuvieron reunidos, á una señal de Ovando, cayeron sobre ellos los españoles llevándolo todo á sangre y pereciendo abrasada la capital de Jaragua.

La ilustre Anacoana fué condenada á morir, víctima de un proceso infame.

En tanto que estos sucesos ocurrían en la Española, los naufragos de la Jamaica se hallaban en una situacion horrible. Cansados los indios, no les llevaban ya mantenimientos; el Almirante se encontraba gravísimamente enfermo, y casi todos sus compañeros se habian rebelado, acaudillados por Francisco de Porras, al que aprisionó D. Bartolomé Colon, matando en lucha personal á Juan Barba é hiriendo á otros.

Tal se encontraban las cosas en Jamaica, cuando Ovando, no pudiendo ya resistir mas el clamor levantado en la Española, trascurrido mas de un año de la llegada de Mendez y Fieschi, mandó una carabela, que, con otra, armada por el primero, recogió á Colon y á los suyos.

Ovando rodeó de asechanzas en Santo Domingo al Almi-

rante que disgustado por esto y por la miseria en que la isla habia recaído, decidió su vuelta á España, para donde partió en 12 de Setiembre, llegando en 7 del siguiente mes (1504).

Gravemente enfermo Colon, se trasladó de San Lucar á Sevilla, foco de sus enemigos, que comandaba el implacable Fonseca. En esta ciudad hospedose en un meson, y allí, en su lecho, llegaban hasta él *noticias que le en-erespañan los cabellos*. (Carta del Almirante á su hijo D. Diego).

Eclipsábase rápida la vida de la reina, víctima de una terrible enfermedad.

D^a Isabel habia recibido al fiel Diego Mendez y sabido por él las matanzas de Jaragua; el abandono del Almirante por Ovando, y su fria crueldad en todo, indignándose su noble corazon con tales nuevas, como lo demostró al presidente del Consejo de Justicia al hablarle de Ovando: *yo vos haré tomar una resolucion cual nunca fué tomada*.

Pero la protectora de Cristóbal Colon, la mas grande de las reinas, entregó su alma al Criador á las doce de la mañana del 26 de Noviembre de 1504.

Colon escribió al rey por medio de su hijo D. Diego que fué cariñosamente recibido; pero sin obtener contestacion, así como á otras que escribió mas adelante.

Un tanto mejorado de sus dolencias, en Mayo de 1505, acompañado de su hermano el Adelantado, tomó Colon el camino de Segovia, residencia entonces de la córte, donde lo recibió cariñosamente D. Fernando, pero sin resolver nada; conducta que observó constante el monarca.

Disculpaba esta indecision del rey la magnitud del negocio, que no era para resuelto por una interinidad, próxi-

ma como estaba á hacerse cargo de la corona de Castilla la propietaria y su hija D.^a Juana, casada con el archiduque D. Felipe.

En medio de estos sucesos se trasladó Colon con la corte á Valladolid.

Cuando D.^a Juana y D. Felipe desembarcaron en España recibieron una carta de Colon que les entregó el Adelantado, al que acogieron con benevolencia, prometiéndole hacer justicia.

Empero la hora de la verdadera justicia se acercaba ya para el Almirante.

En 19 de Mayo de 1506, conociendo que se acercaba su última hora, despues de sancionar en forma legal su codicilo de 1505 y su testamento de 1501, escribió de su puño y letra una lista de nombres de amigos y de legados para los mismos; y habiendo concluido con las cosas del mundo, ya no pensó mas que en Dios.

Al efecto hizose vestir el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, el mismo con el que su augusta protectora D.^a Isabel la Católica quiso devolver su alma al Criador y pidió el Viático.

Esta grandiosa escena tenia lugar en el cuarto de una posada de Valladolid, adornado con las cadenas que sugeteron los piés de Colon por orden del infame Bobadilla.

Agonizaba el gran Virrey en aquella triste mansion destinada á recojer su último aliento, ante sus dos hijos, sus oficiales y algunos Padres Franciscanos, clara la inteligencia y firme la voluntad en Dios, cuando pidió la Extremauncion que le fué administrada, repitiendo las oraciones y los responsos; pocos momentos despues, pronunciando las postreras palabras del Salvador, al morir en la Cruz, espiró.

Eran las doce de la mañana del dia de la Ascencion, 20 de Mayo de 1506.

Unos pocos amigos leales y los frailes franciscos, condujeron el cadáver á la Catedral, donde, despues de celebrar un funeral modestísimo en Santa Maria de la Antigua, lo depositaron en el panteon del convento de la Observancia.

La muerte del descubridor de las Indias pasó desapercibida para todos, exclusivamente ocupados en el viaje de la reina D.^a Juana y de su esposo el archiduque; en el aborrecimiento entre este y su suegro; en que la llama de la razon de la jóven reina, como que vacilaba, próxima á extinguirse; en las intrigas y partidos que traian dividida á la corte.

El Almirante pues quedó relegado al olvido, hasta que, en 1515, dispuso D. Fernando que los restos del grande hombre fueran conducidos á Sevilla y que por su alma se celebraran en la Catedral honras ostentosas á costa de la corona; hecho lo cual, fueron trasladados á la Cartuja de Santa Maria y depositados en la cripta que mandó labrar en la capilla del Santo Cristo, al pié del altar, D. Diego Lujan.

Despues, en 1536, los restos de Colon fueron trasladados á Santo Domingo y depositados en una bóveda, sita al lado del Evangelio, en la capilla mayor de la Catedral.

Como dos siglos y medio mas adelante, cuando en 1795 abandonamos la Española en manos de los franceses, nuestras autoridades, con grande solemnidad y cuidado, recogieron los restos del inmortal Virrey, antes de abandonar la isla, y los embarcaron en el bergantín Descubridor, y, de este, trasladados al navio S. Lorenzo, que los condujo á

la Habana, donde despues de celebrarse en la Basílica ostentosas honras, fueron depositados en el lado derecho del presbiterio.

¡Triste destino el del inolvidable descubridor del Nuevo Mundo, cuyos despojos parecen destinados á no descansar en paz!

Aun no ha faltado quien, en el año pasado de 1877, haya supuesto que habian parecido los restos del Almirante en la Catedral de Santo Domingo, negando la certeza de su solemne traslacion á la Habana, y queriendo impiamente hasta sembrar la duda sobre sus despojos sagrados!

Ahora bien, Cristóbal Colon fué el héroe del catolicismo que inspiró todos sus pasos.

Si Colon buscaba oro, era como medio de realizar su eterno pensamiento de conquistar á los infieles el Sepulcro del Salvador: la religion lo acogió en Santa María de la Rábida, donde encontró á Fray Juan Perez de Marchena que lo recomendó á la reina Católica, sin cuyo auxilio la gloria del descubrimiento hubiera pertenecido al rey de Inglaterra, que mas adelante acogió el pensamiento del inmortal genovés.

La ignominia de las contradicciones que sufrió Colon en sus empresas, pertenece toda entera á D. Juan de Fonseca y á sus amigos y dependientes. que, con su implacable odio, contrarió los pensamientos del Almirante, y escitó á sus enemigos; que alentó por medio de sus dependientes las rebeldías de Roldan, la saña de Bobadilla, la rivalidad de Ovando, las ambiciones de todos.

Así, no se logró la conversion de los indios, tan dulces y fáciles de atraer, que profesaban una religion desprovista de dogmas claros y definidos, de símbolos y de tradiciones, que consistia en una fé grosera en el poder de

los Zemés, que bajo diversas formas equivalian á los fetiches de los negros y á los manitús de los pieles rojas, cuyos Bohutis (sacerdotes), á la vez médicos y nigrománticos, ni formaban un cuerpo independiente, ni tenian dotacion ni privilegios de clase; religion que no podia en manera alguna sostenerse contra el catolicismo.

De esta manera rechazaronse las constantes órdenes de la reina Católica en favor de los pobres indios, y las repetidísimas instrucciones de Colon en pro de estos desgraciados, insultados en el honor de sus mujeres, forzados en las minas á un trabajo, imposible en su débil organizacion, por Roldan y sus secuaces, por Bobadilla y Ovando. Así, de los cinco reinos de Guacanagarí, Guarionex, Caonabo, Behechio y Gualfacoa, solo quedaron escombros y ruinas, traseurridos algunos años, entre los cuales quedó sepultada la poética y espiritual Anacoana.

Atesorado el Almirante de una fé inquebrantable en la Providencia divina, poseia á la vez gran fé en su destino, fuente incontrastable de fuerza en la adversidad y de poder para el olvido de las injurias; dotado de un incomparable poder de intuicion, á él se debieron grandes descubrimientos científicos, siendo entre ellos los mas notables, el de la influencia que ejerce la longitud en la declinacion de la aguja imantada; la declinacion de las líneas isotermicas, siguiendo el trazado de las curvas, desde las costas Occidentales de Europa hasta las Occidentales de América; la situacion del banco de fueus flotante en el Atlántico, donde se acogen y se crían los peces destinados á servir al hombre de alimento; la direccion general de la corriente de los mares tropicales; la causa de la configuracion del archipiélago de las Antillas; la elevacion del Ecuador y el aplanamiento de los polos, y el equilibrio continental de nuestro planeta.

Cristóbal Colon, que apareció en el momento en que espiraba la Edad Media y comenzaba el Renacimiento, pertenece por entero á la fé que lo sostuvo siempre; á la religion que lo amparó en los primeros pasos de su gloriosa historia; que cerró sus ojos en el solitario meson de Valladolid.

Con razon pues ha dicho el ilustre P. Ventura de Ráulica:

COLON ES EL HOMBRE DE LA IGLESIA.

LECCION CV.

Hernan Cortés.—Méjico.

(BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, Historia de la Conquista de la Nueva España.—SOLÍS, Historia de la Conquista de Méjico.)

Muerto el rey D. Fernando V, sosegadas las alteraciones y desavenencias que siguieron á este acontecimiento, prepararonse los espíritus en España y en América para mayores empresas.

Gobernaba la isla de Cuba, en calidad de teniente de D. Diego Colon, segundo Almirante de las Indias, el capitán Diego Velazquez, con tan buena fortuna que habia terminado su conquista y poblacion.

Pensando en mayores empresas y descubrimientos se hallaban los ánimos en la isla, donde corrian noticias de muy ricas tierras que descubrir, especialmente desde el encuentro del gran barco mercader hallado por Colon en el golfo de Honduras, cuando, llegando á Cuba ciertos soldados licenciados por Pedro Arias Dávila, gobernador de Tierra Firme, que despues de haber dado muerte á Vasco

Nuñez de Balboa, no los necesitaba, concertados con otros compañeros, en número de ciento diez, se pusieron á las órdenes de Francisco Hernandez de Córdoba para que fuera su capitán.

Reunidos estos soldados, contando con el clérigo Alonso Gonzalez y con muy escasos mantenimientos y recursos, salieron de la Habana en 8 de Febrero de 1517, y se hicieron á la vela en el puerto que los indios llamaban de Jaruco, en tres naves que regian sendos pilotos, de los cuales era el principal Anton de Alaminos, natural de Palos; y ya en alta mar, navegaron á su ventura, hacia el Oeste.

A los ventiun dias de su salida de Cuba, descubrieron un pueblo al que dieron el nombre de Gran Cairo, cuyos moradores les hicieron desembarcar con muestras de paz, dándoles luego crudísima guerra. Vencidos los indios, entraron los españoles en ciertos adoratorios, donde encontraron ídolos de barro de ambos sexos, con espantables figuras y en cínicas actitudes, y en ciertas areas, otros ídolos y alhajas que llevaron á las embarcaciones, con dos indios que cautivaron, y que, despues de bautizados, recibieron los nombres de Melchor y Julian.

Reembarcados los expedicionarios, descubrieron, quince dias despues, el pueblo de Campeche, donde, hallaron diversos ídolos y rastros de recientes sacrificios humanos, y, más adelante, el pueblo llamado Potonehan, donde los indios, peleando reciamente con los españoles, mataron mas de cincuenta soldados, y cautivaron á dos, salvándose el resto milagrosamente en las naves, aunque con doce flechazos el principal caudillo, Francisco Hernandez de Córdoba.

Heridos todos los soldados menos uno, resolvieron volverse á Cuba, como lo ejecutaron, no sin grandes trabajos, despues de incendiar una de las tres naves, desembarcando

en Cuba, donde, de allí á diez dias, murió en Santi-Spiritus el infortunado Fernandez de Córdoba.

Apesar de este contratiempo, corrieron tan acreditadas las noticias de los nuevos descubrimientos, que, á la fama de ellos, se juntaron doscientos hombres, entre soldados, pilotos y marineros, que en un bergantín y tres barcos menores, á las órdenes, el primero, de Juan de Grijalva, cabeza de la expedición, y los otros tres, respectivamente, á las de Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso de Avila, salieron del puerto de Matanzas, en 5 de Abril de 1518.

Decayendo algo las naves en su viaje, con relacion al precedente viaje, descubriose la isla de Cozumel; pero recobrada la anterior navegacion, doblada la punta de Cotoche, peleando victoriosamente en Champoton, desembarcaron en Boca de Términos y en la desembocadura del rio á que dió nombre el cabo de la expedición. Prosiguiendo en su navegacion y haciendo nuevos descubrimientos, llegaron á la desembocadura del rio que llamaron de Banderas, por las que agitaban ciertos indios, que desde las cercanias los llamaban.

Eran estos enviados de Moctezuma, emperador de Méjico, que, noticioso de la expedición de Hernandez de Córdoba, habia dado orden á sus dependientes para que, si los extranjeros aportaban por aquellas costas, hicieran con ellos cambios y sondearan sus intenciones y propósitos; los cuales así lo hicieron, cambiando por valor de mas de quince mil pesos, en diversas joyas, por baratijas europeas.

Prosiguiendo aun en los descubrimientos hallaron los españoles la isla de los Sacrificios y la que llamaron San Juan de Ulúa, desde la cual Grijalva ordenó que Pedro de Alvarado fuese á Cuba en demanda de socorros para poblar.

Reembarcada la gente, descubrió á Tusta y á Tuspa y á muchas otras poblaciones del territorio de Panuco.

Los expedicionarios decidieron volverse á Cuba para reforzarse y avanzar en sus descubrimientos, como lo hicieron, desembarcando en Santiago en 15 de Noviembre de 1518.

En todas partes habian encontrado los españoles ídolos de repugnantes figuras, y pruebas indudables de horribles sacrificios humanos.

Con el oro que llevó á Cuba Pedro de Alvarado y el que aportó Grijalva, creció mas y mas la fama de los recientes descubrimientos.

Diego Velazquez aprestaba ya nueva armada cuya capitania le traia inquieto y caviloso; hasta que, al fin, decidió confiarla en Hernan Cortés, hidalgo extremeño, aunque escaso de dineros, que á sazón residia en Cuba y habia sido dos veces alcalde en Santiago de Boroco.

Hallábase Cortés en la villa de la Trinidad, haciendo los últimos esfuerzos para que saliera la expedicion, cuando, arrepentido Diego Velazquez, revocó el nombramiento hecho á favor de Cortés; acuerdo que el Alcalde Mayor Francisco Verdugo ni aun intentó ejecutar.

Desde la Trinidad se trasladaron los españoles á la Habana, donde tambien intentó Diego Velazquez despojar de la direccion de la empresa á Cortés.

Para evitar nuevos disturbios, salió este con la armada para la isla de Cozumel, dondē, hecho alarde de la gente, resultaron quinientos ocho soldados, con mas ciento nuevē, entre maestros, pilotos y marineros, treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez y seis caballos, un tiro de bronce, y cuatro falconetes.

En Cozumel principiό Cortés á mostrar su celo religioso mandando derribar los ídolos de cierto templo que nu-

rificó, colocando en él una cruz y la imágen de Nuestra Señora y haciendo que allí se dijera misa, ante los asombrados indios. En esta isla recogió á un Jerónimo de Aguilar, resto de varios españoles que cierta tempestad habia arrojado á aquellas costas; que los demás habian sido sacrificados por los indios, pues otro que aun vivia, casado ya y con familia, no quiso acudir al llamamiento de Cortés. Aguilar fué de gran provecho como intérprete.

Siguiendo el rumbo de los anteriores viajes, sostuvieron los españoles terribles batallas con los indios de Tabasco y de las provincias cercanas, con los que al cabo contrató paces Cortés; en cuya ocasion le presentaron veinte indias, entre las que se contaba la que mas adelante se llamó D.^a Marina, que tan importante papel representó en la conquista.

El Jueves Santo de 1519 llegaron las naves á S. Juan de Ulúa, donde los españoles fueron recibidos por varios caudillos indios, en nombre del emperador mejicano; los cuales mandaron retratar, por medio de ciertos pintores que consigo traian, á Hernan Cortés y á sus principales capitanes, las naves y cuanto llamó su atencion, para enviárselo todo á Moctezuma.

Notable fué en esta ocasion que habiendo reparado los mejicanos en un caso que tenia cierto soldado, lo pidieron á Cortés, para mostrarlo á su señor, pues era semejante á otro que adornaba la cabeza del principal de sus dioses.

Aqui presentaron á Cortés ricos regalos de Moctezuma; hizo muchos cambios con los naturales, y recibió á ciertos indios enemigos de los mejicanos, á los que se atrajo con grandes alhagos.

Temerosos los partidarios y amigos de Diego Velazquez de lo poblado de la tierra, ansiaban volver á Cuba; así lo

manifestaron á su jefe con soberbias palabras, lo cual contradijeron otros, resolviendo poblar en aquellos parajes; á cuyo fin fué fundada la villa Rica de la Vera Cruz, nombrando á Cortés Capitan General y Justicia Mayor.

Hecho esto, los españoles se encaminaron á Quivistlan, y á ciertos pueblos sugetos á Zempoala, donde hallaron, como en todas partes, indios sacrificados y ofrecidos á los idolos los corazones, que les sacaban habriéndoles el pecho con grandes cuchillos de piedra, y á las victimas, sin brazos ni piernas que aprovechaban para comerlas en sus banquetes; aqui parecieron tambien los primeros libros de aquellos pueblos. En Zempoala fueron acogidos por su cacique que les mostró su rencor á los mejicanos. En Quivistlan recibió Cortés nuevas quejas contra los mejicanos, y mostró su habilidad ingénita, atrayéndose habilmente la amistad de los naturales y el agradecimiento de Moctezuma.

Fuerte ya Cortés con la alianza de mas de treinta pueblos, acordó trasladar la Vera Cruz á paraje mas conveniente y engrandecerla, dedicándose todos á la edificacion de este pueblo, que creció rápidamente.

Comprendiendo Cortés que, mientras las naves estuvieran en el puerto, no faltaria entre los suyos quien promoviera conspiraciones, anhelando volver á Cuba; con su proverbial habilidad, hizo que los mismos suyos le propusieran la heroica medida de destruir sus naves, lo que realizó Juan de Escalante, dando con ellas al través.

Hecho esto, decidieron los españoles encaminarse á Méjico, como lo hicieron, tomando el camino de Tlascala, republica enemiga de los mejicanos, con la cual queria Cortés contar como auxiliar.

Sin embargo los tlascaltecas que conocian las relaciones del caudillo extranjero con los mejicanos, temerosos de alguna traicion, hicieron cruda guerra á los españoles,

guerra en que estos alcanzaron repetidas victorias, no osian correr gran riesgo de perderse.

Ajustadas al cabo las paces, los cristianos fueron recibidos y agasajados en Tlascala, donde entraron solemnemente.

A pesar de los consejos de los tlascaltecas y de otros amigos, que hablaban con espanto del inconstratable poder de Moctezuma y de la fortaleza de su capital fundada sobre una gran laguna, Cortés, sin tomar consejo mas que de su valor, decidió emprender el camino de esta ciudad, recibiendo durante su marcha contradictorias embajadas de Moctezuma que se oponia con buenas palabras á que los españoles pasaran á su corte.

El ejército con que Cortés contaba cuando salió de Zempoala lo formaban quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artilleria, de los cuales dejó ciento cincuenta hombres y dos caballos, mandados por Juan de Escalante, en defensa de Vera Cruz.

Deducidas de estas fuerzas las pérdidas sufridas en los peligrosos encuentros con los tlascaltecas, quedaban los españoles reducidos á tan exiguo número, que la mas vulgar prudencia ordenaba oír los consejos de los indios amigos, que suplicaban á Cortés no emprendiera el camino de Méjico.

Sin embargo, el heroico español, contando solo con su denuedo y con el auxilio de algunos tlascaltecas, no vaciló, y en dia 10 de Agosto de 1519, tomó el camino de Méjico, centro de un imperio poderoso que contaba por cientos los miles de guerreros, ciudad asentada sobre una laguna que podia ser facilmente convertida en segura cárcel de sus atrevidos invasores; cuya grandeza queda demostrada con solo indicar, como afirmó á Cortés el cacique de Zocollan, que todos los años morian sacri-

ficados en las aras de los dioses de Méjico, mas de veintimil hombres.

Los tlascaltecas aconsejaban á Cortés su marcha á Méjico por el camino de Guaxoecingo y no por el de Cholula, ciudad habitada por gente sagaz y traidora, y territorio sagrado entre los mejicanos por tener dentro de sus muros mas de cuatrocientos templos famosos.

Amigo Cortés de los partidos mas resueltos, aunque aparentemente mas peligrosos, tomó el camino de Cholula, donde fué recibido con grande ostentacion.

Pronto, sin embargo, se descubrió, por medio de D.^a Marina, la traicion de los cholultecas, de acuerdo con Moctezuma. Constaba la ciudad y sus arrabales de mas de cuarenta mil vecinos, entre los cuales se habian distribuido armas; las calles estaban cortadas por zanjas encubiertas y colocadas en ellas estacas puntiagudas; las azoteas cargadas de piedras, y veinte mil mejicanos, apostados en las cercanias, esperaban la señal para auxiliar á los de Cholula y exterminar á los españoles.

Descubierta la traicion, castigáronla los nuestros con muerte de mas de seis mil cholultecas y mejicanos.

Hecho esto, continua Cortés avanzando hacia Méjico, no sin burlar nuevas traiciones de Moctezuma, en cuya capital entraron los españoles en 8 de Noviembre de 1519, siendo espléndidamente recibidos por Moctezuma y alojados en ciertos magnificos palacios edificados por Axayaca su padre.

Visitáronse mutuamente y con repeticion Moctezuma y Cortés, y los españoles recorrieron la ciudad, sus templos y sus mercados (tlatelulco), asombrándose del poder de Méjico; de sus industrias; de la grandeza del Adoratorio mayor; de lo espantable de sus dos principales ídolos; de la multitud de las mujeres del emperador, y del lujo de su casa; de la ostentacion de su mesa, entre cuyas viandas

se servian carnes de niños; de la multitud de sus dioses, no embargante el conocimiento de una deidad superior é innominada, creadora de todo; de los ostentosos regalos con que Moctezuma obsequiaba á Cortés y á los suyos.

En medio de estas prosperidades, penetraron en Méjico dos tlascaltecas, disfrazados con traje de mejicanos, portadores de una carta en la que se daba á Cortés cuenta de que Qualpopoca, general de Moctezuma, habia tratado duramente á ciertos pueblos confederados de los españoles, los cuales habian pedido auxilio á Juan de Escalante, que castigó rudamente á los mejicanos, aunque muriendo él y otros siete soldados y quedando aprisionado otro cuya cabeza habia sido presentada á Moctezuma.

Hecha informacion por los españoles, se demostró el concierto y resolucion de los mejicanos de romper los puentes de su ciudad; de encerrar así á los extranjeros dentro de ella y de hacerles cruda guerra.

Ya no era posible retroceder á Cortés; y así, con acuerdo de los suyos, dejando apercebido su alojamiento, marchó al palacio de Moctezuma, acompañado de los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso de Avila, y allí, parte con el consejo, parte con amenazas, obligó á aquel á que los signiera á su alojamiento, donde permaneció, preso en realidad, pero con apariencias de libre.

Moctezuma calmó en cuanto pudo la indignacion de los suyos, y para justificarse con Cortés llamó á Qualpopoca, á quien los españoles condenaron á pena de muerte con algunos de los suyos; sentencia que se ejecutó, con espanto de los mejicanos.

Ansiando Moctezuma que los españoles se retiraran de Méjico, reconoce la soberania del emperador Carlos V, y reúne grandes riquezas que entrega á Cortés como tributo.

En este tiempo recibieronse tristes noticias de Vera Cruz.

Irritado Diego Velazquez contra lo que llamaba la rebeldia de Cortés y auxiliado con la proteccion del arzobispo Fonseca, ardiente enemigo de este, juntó diez y ocho naves y en ellas ochocientos infantes, ochenta caballos y diez ó doce piezas de artilleria, que puso bajo las órdenes de Pánfilo de Narvaez; el cual, despues de un próspero viáje, se preparaba para desembarcar con los suyos en las costas de San Juan de Ulúa.

Sandoval, que habia sucedido en el mando de esta colonia á Escalante, lejos de ceder ante las intimaciones de Narvaez, conservó la Vera Cruz á buen recaudo y dió cuenta de todo á Cortés, cuyo ánimo no desfalleció un punto ante tan tristes nuevas. Deseando sin embargo evitar escándalos entre los suyos y los indios, el heróico capitán propuso medios de conciliacion, que desechó Narvaez con altanero menosprecio.

Dejando entonces á Pedro de Alvarado con ochenta soldados, sale Cortés de Méjico; cae sobre Zempoala, donde se alojaba Narvaez; lo derrota y aprisiona con sus principales caudillos, é incorpora los vencidos á su escasa tropa.

En medio de esta portentosa victoria, recibe Cortés la triste noticia del alzamiento de los mejicanos y del grande aprieto en que se encuentra Pedro de Alvarado; por lo que resuelve su vuelta á Méjico, auxiliado por dos mil tlascaltecas, en cuya ciudad entró sin resistencia el dia 24 de Junio de 1520.

Irritados los mejicanos con la debilidad de Moctezuma, y resueltos á hacer la guerra á los españoles, se aperecieron y concertaron para llevar á cabo su intento, durante una de sus mas solemnes festividades religiosas, en que podrian reunirse sin escitar desconfianza. Poseyendo

Pedro de Alvarado los hilos del complot, quiso anticiparse á los conjurados, sobre los que cayó con cincuenta soldados, matando á muchos.

El pueblo, ignorante del complot, que se vió así maltratado, tomó las armas en el colmo de la ira.

Despues de alojado Cortés, á la mañana siguiente, mandó á Diego de Ordax, con cuatrocientos españoles y tlascaltecas para hacer un reconocimiento, el cual regresó á poco, herido el mismo y los mas de los suyos, dejando muertos ocho soldados.

Desde entonces no cesaron un momento los ataques al cuartel de los españoles, por ejércitos de indios, que á cada momento se renovaban, ni las salidas heróicas de los nuestros.

Moctezuma, ansiando siempre la retirada de Cortés, habla á los suyos, desde una azotea y es herido y muerto.

Era Moctezuma el undécimo de los emperadores de Méjico; el segundo de este nombre, y habia reinado por espacio de diez y siete años.

Los mejicanos, habiendo elegido nuevo emperador al poderoso señor de Iztapalapa, renovaron la guerra con nuevo ardor, y aunque los españoles ejecutaron heróicas acciones, con muerte de innumerables indios y ruina de la ciudad, no les era ya posible, sitiados por hambre en el cuartel, sostenerse por mas tiempo en Méjico.

Saliéronse pues de sus alojamientos sin ser sentidos, al mediar de una noche lluviosa, auxiliándose de un puente que labraron con maderas y ballestas, para pasar los canales, en vez de los puentes, rotos por los indios.

Salvábase así el ejército, cuando al resbalar en el agua dos caballos, rodó la puente improvisada, y, cayendo unos sobre otros, acudieron los mejicanos, desde las casas y canoas, en número infinito, completando el desorden.

Aun después de este desastre, los que lograron escapar de la laguna, fueron atacados en los pueblos cercanos.

Así llegaron los españoles á los llanos de Otumba, donde los esperaba todo el poder de Méjico, de Tecuzco, de Saltocan y de los demás pueblos sujetos á su señorío.

Trabada la áspera y desigual batalla, obtuvieron los cristianos señaladísima victoria, tras de la cual entraron en Tlascala, donde fueron cariñosamente recibidos.

Habia llevado Cortés á Méjico, en socorro de Pedro de Alvarado, mas de mil trescientos soldados, con noventa y siete de á caballo, ochenta ballesteros, otros tantos escopeteros y dos mil tlascaltecas, de los cuales solo entraron en Tlascala cuatrocientos cuarenta infantes, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros, con pocos indios, heridos todos y maltrechos.

Reposados los españoles entre sus leales amigos, y auxiliados con algunos soldados que mandaba Diego Velazquez, en refuerzo de Narvaez, á quien suponía victorioso, y, con otros que Francisco de Garay enviaba á Panuco y especialmente ayudado por sus amigos los tlascaltecas, fueron conquistando sucesivamente las ciudades mejicanas y atrayéndose á otros pueblos con su generosa conducta.

Enseñoreado Cortés de la ciudad de Tezcuco, hizo labrar trece bergantines para combatir á los mejicanos en la laguna, y, después de apoderarse de las poblaciones cercanas, no sin grandes riesgos y peligros, cercó á Méjico.

En tanto, habiendo muerto el señor de Iztapalapa, que habia sucedido á Moctezuma, fué electo Guatimozin, mozo de veinticinco años, casado con una hija de aquel monarca, y esforzado sobre toda ponderacion.

Duró la empresa de Méjico por espacio de noventa y tres dias, sin que cesaran un momento las batallas, asaltos y escaramuzas, con trances diversos de muy grande peligro,

en que peleaban los mejicanos con ánimo heróico; hasta que, reducido Guatimozin al último extremo, fué preso cuando huía á través de la laguna seguido de sus últimos amigos, suceso que aconteció en la tarde del 15 de Agosto de 1521.

Así acabó esta verdadera epopeya, una de las mas brillantes páginas de la gloriosa historia de España.

LECCION CVI.

El Perú — Los Pizarros.

(GUILLERMO H. PRIBSCOTT, Historia de la Conquista del Perú.—GARCILASO DE LA VEGA, Historia General del Perú.)

Ya hemos dicho que Colon suponía la existencia de un paso para las Indias Orientales, entre la América del Norte y la del Sur, idea á que consagró su cuarto viaje; sin sospechar que dejaba atrás el punto en que existía, no el estrecho, sino el istmo que separaba ambas Américas; estrecho que fué objeto de las empresas marítimas en el siglo XV y en la primera mitad del siglo XVI.

El estrecho adivinado por Colon no existía donde él lo buscaba, ni pareció sino mas adelante (1521), encontrado por naves españolas que dirigía Magallanes, en la parte mas Sur de la América Meridional.

El espíritu navegante que despertaron en todas las naciones los descubrimientos de los españoles y portugueses, hizo que, en menos de treinta años, se explorara el inmenso territorio comprendido desde el Labrador y la Tierra del

Fuego: pero, aun despues de la conquista de Méjico, de estar visitada toda la costa oriental y colonizada la central de la América del Norte, no se habian despejado las nieblas tras de las cuales se escondian las doradas playas del Pacifico.

Al cabo, Vasco Nuñez de Balboa, escalando las ásperas montañas que separan ambas Américas, descubrió el Océano Pacifico, á cuyas playas descendió, y, entrándose denodadamente en él hasta las rodillas, el escudo á la espalda, en una mano la bandera de Castilla y Leon y en la otra la espada, tomó posesion de él en nombre de los monarcas castellanos.

Este célebre caudillo, degollado mas adelante por el gobernador de Tierra Firme, Pedrarias Dávila, pesaba un dia cierta cantidad de oro, cuando un jóven cacique, admirado del afan de los españoles, arrojando el metal al suelo con un violento golpe, afirmó que él conocia un pais donde se comia y se bebia en platos y vasos de oro.

Avanzando en sus viajes, animado por esta noticia, fué cuando descubrió Balboa el Pacifico y aun avanzó como veinte leguas mas al Sur del golfo de S. Miguel.

Por su parte, todos los esfuerzos de los gobernadores de Castilla del Oro (Tierra Firme), se dirigian especialmente hacia la América del Centro, hasta que, apoderándose de Veragüa, Costa Rica y Nicaragua, se encontraron en Honduras, con los heróicos capitanes de Cortés que avanzaban desde Guatemala.

Con esta ocasion los aventureros de Castilla del Oro, pusieron sus ojos, con mas empeño que nunca, en las costas del Pacifico, cuyas áureas tradiciones tenian soliviantados los ánimos en Panamá, ciudad donde se pusieron en contacto (1524) tres hombres, llamados á descorrer el tupido velo que aun ocultaba la América Meridional.

Eran estos, dos expósitos, dos soldados de fortuna; Francisco Pizarro y Diego de Almagro y el opulento cura de Panamá, Hernando de Luque.

Convenidos los tres, Pizarro quedó encargado del mando de la expedición; Almagro de armar y surtir los buques; Luque de proporcionar la mayor parte del dinero, obteniendo cada uno la cuarta parte de las ganancias que se alcanzaran, y, la otra cuarta, Pedrarias, por la licencia que daba para la expedición, como gobernador de Tierra Firme.

En consonancia de este acuerdo, á mediados de Noviembre de 1524, salió Pizarro de Panamá, con cien hombres, en dos buques.

Combatidos por recias tempestades, los expedicionarios, solo descubrieron países desolados y solitarios, donde sufrieron todos los rigores del hambre, y sucumbieron víctimas de aquel mal, más de veinte de ellos. En esta ocasión encontraron ciertos indios, por los que adquirieron noticias de un poderoso imperio situado al Sur.

Socorridos en tan triste situación, lanzáronse otra vez al mar; llegaron á Puerto Quemado, donde desembarcaron, y dieron con una población cuyos habitantes hicieron fuerte guerra á Pizarro, matando á algunos de los suyos y recibiendo él mismo siete heridas, á pesar de la fuerte armadura que lo cubría.

La victoria sobre los naturales fué completa; pero Pizarro resolvió regresar á Panamá para curar sus heridas y volver con nuevos recursos.

En tanto, Almagro habia salido de Panamá en una pequeña carabela, con sesenta ó setenta hombres, siguiendo el rumbo de su compañero. Luchó en Puerto Quemado con los indios á los que castigó rudamente, aunque perdiendo un ojo; prosiguió hasta la desembocadura del río

de S. Juan; pero no encontrando ya las huellas de Pizarro, volvióse en su busca y se reunió á él en Chicomá, ricos ambos de noticias y de muestras de oro.

Vencidas las dificultades que opuso el gobernador á una nueva empresa, compraron los tres socios dos buques, y, embarcados en ellos Pizarro y Almagro con ciento sesenta hombres y algunos caballos, salieron de Panamá, gobernando hacia el río de S. Juan, límite de los descubrimientos de Almagro, donde sorprendieron un pueblo, apoderándose en él de gran cantidad de oro.

Aquí resolvieron los aventureros que en una nave regresara Almagro á Panamá, para tentar con la presencia del oro á los habitantes de Tierra Firme y volver con nuevos expedicionarios y auxilios; que, con la otra nave marchara el sagaz piloto Bartolomé Ruiz, para descubrir en la costa, y que Pizarro se quedara en espera.

Navegando Ruiz, encontró una gran balsa india tripulada por hombres y mujeres dedicados al comercio, sorprendiéndose de la riqueza de las alhajas de oro y plata y de la esplendor de los tejidos que consigo llevaban los indios, por medio de los cuales adquirió sorprendentes noticias sobre la riqueza del país. Siguiendo despues su rumbo, fué el primero que cruzó en el Pacífico la línea ecuatorial, y regresó á los parajes en donde habia dejado á Pizarro.

Hallábanse los desgraciados españoles en situación harto crítica, hambrientos, enfermos, mermados por las enfermedades y por las asechanzas de los astutos indios, cuando llegó Ruiz con las deslumbradoras noticias de las ricas comarcas descubiertas, y, poco despues, Almagro con provisiones y un refuerzo de voluntarios.

Alentados así los españoles, prosiguieron su navegación hacia el Sur, animados al ver como se mejoraba el aspecto de las costas, donde vieron pueblos numerosos, algunos de

los cuales opuso tal cantidad de guerreros á su desembarco, que comprendiendo la escasez de sus fuerzas para empresa tan gigantesca, resolvieron que Almagro volviera á Panamá en busca de auxilios y que, en tanto, se quedara Pizarro en la pequeña isla del Gallo.

El descontento de los que se quedaron fué indescriptible, y llegando sus quejas hasta el nuevo gobernador don Pedro de los Rios, se opuso este á la proyectada empresa, mandando dos buques, á las órdenes de Tafur, á la isla del Gallo, para que se trajera á los tristes expedicionarios.

En semejantes circunstancias y ante tales órdenes, el heroico Pizarro, sacando delante de todos su puñal, trazó una linea en la arena, de Oriente á Occidente, y, volviéndose luego á los suyos, exclamó: *Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez y de los desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se vá á Panamá á ser pobres, por allí al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mas le estuviere.* Dichas estas palabras saltó él la raya. Trece solos imitaron la accion de Pizarro.

Ante semejante heroismo que el mal éxito hubiera convertido en locura, embarcose Tafur con los aventureros, y Pizarro y sus trece compañeros se trasladaron á la isla Gorgona, acogiéndose á la proteccion del cielo.

Por espacio de siete meses permanecieron en esta situacion Pizarro y los suyos, hasta que, llegando un buque enviado por Luque y Almagro, lejos de regresar á Panamá, se embarcaron en él, doblaron la linea equinocial, navegaron en el golfo de Guayaquil, y llegaron á la bahia de Tumbez, desde donde descubrieron esta hermosa ciudad, cuyos habitantes visitaron la embarcacion de los españoles y les obsequiaron de obsequios y regalos. Dos cristianos que recorrieron la ciudad por orden de Pizarro, volvieron

contando maravillas del lujo, del oro y de la plata que llenaba los templos, las casas y los jardines.

Reembarcado Pizarro, dobló el cabo Blanco y entró en Payta y en Santa, pais de los sepulcros (huacas), siendo en todas partes cariñosamente recibido.

Hecho esto, volvió la proa al Norte; á la vuelta recogió en Tumbez al indio Felipillo, que tan funesto habia de ser al desventurado Atahualpa, y despues de una ausencia de mas diez y ocho meses, desembarcó en Panamá.

Grande entusiasmo produjo en esta ciudad la vuelta de Pizarro á quien todos creian muerto, y mas aun, las nuevas que trajo del rico imperio de los Incas. Sin embargo, el gobernador Rios permaneció firme en su oposicion á nuevas empresas, por lo que los tres asociados acordaron que Pizarro fuera á España en busca de la proteccion del mismo Rey.

Cumpliendo con este acuerdo, en la primavera de 1528, salió Pizarro para Castilla llevando consigo algunos pernanos, dos ó tres llamas, y preciosos tejidos de lana, muchos y ricos adornos y vasos de oro y plata, con otros testimonios de la verdad de sus maravillosos descubrimientos; llegando dichosamente á Sevilla, á principios del estío de 1528, donde fué preso por un antiguo acreedor, aunque recobrando pronto la libertad de orden del emperador.

Este, que se hallaba entonces en el colmo de su gloria, recibió al héroe con gran cariño, y próximo á partir á Italia para recibir la corona imperial de manos del Sumo Pontífice, antes de salir para Toledo, lo recomendó muy especialmente al Consejo de Indias y á su esposa, la cual, tomándolo bajo su amparo, concluyó con él la capitulacion de 26 de Julio de 1529 que acordaba los grandes títulos y mercedes concedidos á Pizarro, que lo equiparaban á la autoridad de Virrey. Almagro obtuvo el nombramiento de co-

mandante de Tumbes con renta y rango de hidalgo; Luque el obispado de la misma ciudad y el título de protector de los indios del Perú. Tampoco quedaron olvidados los trece hombres que acompañaron á Pizarro en su soledad.

Hecho esto, el héroe se dirigió á Trugillo, su patria, donde se le reunieron sus hermanos y algunos otros deudos y amigos, y de aquí á Sevilla, desde cuya ciudad, pasada la barra de S. Lucar, en Enero de 1530, en tres buques, emprendió la vía de América.

En Nombre de Dios se avistaron los tres antiguos socios, manifestando su disgusto Almagro por no haber obtenido el título de Adelantado.

Apesar de todo, solo pudieron reunirse ciento ochenta infantes y ventisiete caballos, que en tres buques salieron de Panamá en los primeros días de Enero de 1531.

Llegado á S. Mateo, desembarcando la gente, emprendió la marcha por tierra, y después de sufrir todo género de trabajos, descansó en la provincia de Coaque, donde los suyos encontraron grandes riquezas que mandaron á Panamá como cebo á aquellos pobladores. Así prosiguió explorando la costa, sometiéndose á todo género de privaciones y enfermedades, y llegó á la pequeña isla de Puná, con algunos refuerzos que había recibido.

Vencida la resistencia de estos isleños y con un crecido refuerzo á las órdenes de Hernando de Soto, futuro descubridor del Missisipi, desembarcó en Tumbes, no sin peligro de los suyos, que hallaron la ciudad des poblada.

En Tumbes recibió Pizarro la, para él, agradable nueva de que el imperio peruano estaba profundamente agitado por las contiendas entre Atahuallpa y Huascar, hijos del último monarca, que aspiraban al trono.

Después de reconocer el país, fundó Pizarro la ciudad

de S. Miguel, al Sur de Tumbes, primera colonia de los españoles en el Perú.

Las noticias sobre el estado del imperio indio eran cada vez mas importantes.

Vencedor Atahuallpa de su hermano Huascar, se hallaba entonces con su ejército como á diez ó doce días de marcha de S. Miguel.

En 24 de Setiembre de 1532, después de recordar á los colonos que se condujeran humanamente con los indios, atrayéndose sus voluntades, salió Pizarro de S. Miguel al frente de sus tropas, compuestas de ciento setenta y siete hombres, después de dejar cincuenta en defensa de la nueva ciudad, y se internó audazmente en el corazón del país, en busca del campamento del Inca.

Avanzando Pizarro con los suyos, llegó al pié de la incomparable cordillera de los Andes, que atravesaron con ánimo resuelto, recibiendo frecuentes pruebas de que Atahuallpa se preparaba para exterminarlos.

Vencidas las asperísimas cumbres, entraron los españoles en Caxamalea (Casamarca), al caer de la tarde del 15 de Noviembre de 1532, ciudad que hallaron completamente desierta, y donde nadie salió á recibirlos.

En el acto mandó Pizarro á Soto y á su hermano Hernando, con treinta y cinco caballos, para que notificase al Inca su presencia y sondearan sus intenciones.

Este los recibió friamente en su gran campamento; oyó cuanto le dijeron sobre la embajada que le llevaba Pizarro de parte del emperador y sobre la fé que profesaban los españoles, permaneciendo mudo, hasta que, forzado por las instancias de Hernando Pizarro, dijo: *Decid á ese capitán que os envía acá, que... mañana... yo iré con algunos de estos principales míos á verme con él; que en tanto se aposente en las casas que hay en la plaza que son co-*

munes á todos, y que no entren en ninguna hasta que yo vaya, que yo mandaré lo que se ha de hacer.

Estas severas palabras, el lujo de los jefes que rodeaban al Inca en respetuosísima actitud y el muy extraordinario número de sus tropas, hicieron que los españoles volvieran á Caxamalca tristemente impresionados; emoción de que participaron en la ciudad, cuando, despues de anochecido, vieron encenderse los fuegos en las tiendas que formaban el campamento peruano, que cubria el declive de la montaña, y que, segun un contemporáneo, *no parecían sino las estrellas del cielo.*

Pizarro reanimó el espíritu de los suyos, que solo contaban con el auxilio de la Providencia; llamó á sus oficiales; les espuso lo extremo de la situacion; dijoles que ya no era tiempo ni habia posibilidad de retroceder, y que solo la audacia podia salvarlos; les recordó la proverbial crueldad de Atahuallpa, y entonces les espuso su pensamiento que hubieran rechazado otros que no hubieran sido sus españoles; ni aun estos mismos, á tener otro, en que escojer, pues pelear en campo abierto con el Inca, no ofrecía ni aun probabilidades de victoria; huir era ya imposible; esperar era tanto como aguardar la muerte. Ni habia tiempo que perder, pues de un momento á otro debían volver las tropas que acababan de vencer en el Sur, ocasion de ser exterminados los españoles.

Inspirándose pues Pizarro en lo extremo de su situacion, quiso asegurar su vida y la de los suyos con un golpe de mano que en cierta manera recordaba el de Cortés con Moctezuma.

Reunió pues á sus oficiales y les manifestó su resolución de apoderarse de la persona del Inca, cuando, á otro día viniera á visitarlos; único medio de paralizar las operaciones de su ejército, mudo de asombro ante semejante acto.

Prevenidos los españoles y cada cual en su puesto, amaneció el 16 de Noviembre de 1532.

Ya habia mediado el día cuando el Inca se puso en movimiento con sus tropas, que dejó como á media milla de Caxamalca.

Poco faltaba para ponerse el sol cuando la comitiva del monarca indio comenzó á entrar en la ciudad. Sobre-salia Atahuallpa en unas andas de oro macizo, rodeado de sus principales cortesanos, y cuando hubieron entrado en la inmensa plaza cinco ó seis mil de los suyos, el Inca mandó hacer alto y dirigiendo á todas partes curiosas miradas, preguntó: *¿donde están los extranjeros?*

En este momento se le presentó el P. Valverde, capellán de Pizarro, predicándole sobre la necesidad de someterse á la autoridad del César D. Carlos y de abjurar su religion, discurso á que contestó Atahuallpa con irritada altanería. El fraile puso en las manos del Inca la Biblia que este arrojó al suelo, asegurando con irritado ademán que tomaria satisfaccion cumplida del agravio que le habian inferido los extranjeros.

Pizarro agitó una bandera blanca; sonó un tiro en la fortaleza, que eran las señales convenidas; abriéronse las anexas puertas de los salones que desembocaban en la plaza donde estaban apercebidos los españoles, que, al grito de *¡Santiago y á ellos!* cayeron sobre los indios desapercebidos y aterrados al sonar de los arcabuces.

Fué tal el terror de los indios que cargando muchos sobre una tapia que limitaba la plaza por uno de sus lados, abrieron en ella un portillo de mas de cien varas, por el que se precipitaron al campo.

En tanto, los leales peruanos defendían al Inca con sus cuerpos, hasta el punto de que, creciendo las sombras de la noche y temiendo algunos de los españoles que se les

escapará su presa, trataron de acabar de una vez matando á Atahualpa, propósito que impidió Pizarro, gritando con voz estentórea: *El que estime en algo su vida que se guarde de tocar al Inca*; estendiendo el brazo para protegerle y recibiendo en él una herida del arma que contra aquel se dirigia.

Al cabo se apoderaron los españoles de Atahualpa, y sus tropas, mudas de terror, huyeron en todas direcciones.

El Inca ofreció á los españoles, en cambio de su libertad, llenar de oro la habitacion donde se encontraba hasta la altura á que sus manos alcanzaran, y al efecto, mandó emisarios á las ciudades de su imperio para recoger el precioso metal, y noticioso de que algunos españoles andaban en tratos con su hermano Huascar, hizo ahogar á este en el rio de Andamarea.

Como empezaran á correr rumores de una próxima sublevacion de los indios, concertados con Atahualpa, Pizarro mandó á su hermano Hernando con veinte caballos y pocos infantes; para que recorrieran el pais; el cual, despues de destruir el principal ídolo de los peruanos (Pachacamac), se atrevió á visitar en Xauxa al jefe de las tropas indias, que estaba acampado con mas de treinta y cinco mil soldados.

Por este tiempo llegó Almagro á Caxamalca con ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, que dieron nuevo aliento á los españoles.

En tanto seguia preso Atahualpa tratado con la mayor consideracion por los españoles. y aunque habian llegado inmensas cantidades de oro y de plata no alcanzaban á la suma ofrecida por el rescate del Inca. Preparándose los cristianos á proseguir sus conquistas, repartieron entre si el botin.

Desgraciadamente, corrian cada vez mas los rumores de que en Quito se reunian numerosas tropas para libertar al cautivo, rumores que corrian con mayor crédito entre los sel-

dados de Almagro ansiosos, de aventuras. Ya no fué posible á Pizarro seguir negándose á la formacion del proceso contra Atahualpa.

El principal enemigo del Inca era el intérprete Felipillo, que, habiendo sido sorprendido en una intriga con cierta concubina del monarca, concibió contra él un odio inextinguible, y como las declaraciones tenian que pasar por su interpretacion, hizo que apareciesen justificados, por confesion propia, los crímenes que contra él se imputaban.

En su consecuencia el monarca peruano fué condenado á ser quemado en la gran plaza de Caxamalca; sentencia que fué conmutada por la de garrote, al recibir el indio las sagradas aguas del bautismo, en 29 de Agosto de 1533.

Al morir Atahualpa, aceptó de manos de Pizarro la borla imperial, su hermano Toparea, el cual se encaminó hacia el Cuzco con el ejército de los conquistadores que ascendia ya á cerca de quinientos hombres; en cuyo camino hallaron ya pruebas materiales de la sublevacion del pais.

Muerto Toparea, Pizarro colocó en su lugar al jóven príncipe Manco y entró en el Cuzco, cuya riqueza y magnificencia dejaron mudos de asombro á los españoles.

Pizarro, dueño ya del Cuzco, fundó en el valle de Rimac la ciudad de los Reyes (Lima).

Así las cosas, Almagro emprendió la conquista de Chile, circunstancia que aprovechó el Inca Manco, fugándose de la capital, y convocando á los suyos, que pusieron sitio al Cuzco, defendido por Hernando Pizarro, en número de mas de doscientos mil hombres.

En el prolongado asedio de esta ciudad murió Juan Pizarro, y dieron los indios grandes pruebas de valor; pero se dispersaron al llegar la estacion de las siembras.

LECCION CVII.

El Perú — Los Pizarros. (Continuación.)

(Proceso contra Diego de Almagro. En el archivo del Sacro-Monte de Granada.)

En tanto, Almagro, empeñado en la expedición á Chile, sufrió todo género de penalidades, viéndose obligado á abandonar la empresa y regresar al Cuzco para sostener sus pretensiones al gobierno de esta ciudad contra los Pizarros de la cual se apoderó por sorpresa, venciendo á seguida, por traición, en Abancay á las tropas de su contrario, mandadas por Alonso de Alvarado.

En este tiempo, reforzado Francisco Pizarro por los generosos auxilios de su paisano Hernán Cortés, salió de Lima al frente de cuatrocientos cincuenta hombres.

Pizarro intentó varios medios de conciliación con Almagro, á que este se negó resueltamente. Después se acordó la paz que fué rota, y, por fin, se declaró decididamente la guerra entre ambos caudillos. Enfermo Almagro, confió la dirección de la lucha á su teniente Orgoñez. Hernando Pizarro estaba al frente de la facción opuesta.

Los dos ejércitos se encontraron en Salinas, á menos de una legua del Cuzco, donde, trabada la batalla (26 de Abril de 1538), fueron vencidos los de Almagro, y cautivo este, que se había refugiado en la fortaleza del Cuzco.

Juzgado el preso y sentenciado á la pena de muerte, fué ejecutado dentro de la prisión, pereciendo así uno de los tres socios del inmortal desdoblamiento y conquista de la América Meridional.

Después de la victoria marchó Hernando Pizarro á Castilla, donde, apesar de las inmensas riquezas que repartió entre todos, fué preso en la fortaleza de Medina del Campo.

El monarca español, para arreglar las cuestiones del Perú, para atender á las quejas de los desgraciados indios y acudir en la medida de lo justo á las pretensiones de los conquistadores, nombró con título ostensible de Comisionado Régio y con el eventual de Gobernador al licenciado Cristóbal Vaca de Castro.

Entretanto, señalado Gonzalo Pizarro para el gobierno de Quito, al principio de 1540 marchó á esta memorable expedición con un ejército compuesto de trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios. Al atravesar los Andes sufrió horribles frios, tormentas, hambres, y calores sofocantes, y al descender á las llanuras, lluvias torrenciales. Llegaron así á las márgenes del Nepe, y construyeron una nave en que se embarcó Orellana, que, por el río de las Amazonas desembocó en el Océano. Los de Pizarro, viendo la imposibilidad de proseguir su viaje, regresaron á Quito, en medio de sufrimientos imponderables, no salvándose ni la mitad de los indios, llegando solo ochenta de los españoles, muchos de ellos víctimas de enfermedades incurables.

¿Qué de sucesos imprevistos habían ocurrido durante esta ausencia en la América del Sur!

Francisco Pizarro, después de la ejecución de Almagro, había permitido que Diego, hijo de este, permaneciera en Lima, despreciándolo, lo mismo que á los partidarios de su antiguo colega, los cuales tramaron una conjuración dirigida por Juan de la Rada de que Francisco tuvo aviso, y que menospreció también, contentándose con no salir de su casa en el día en que le anunciaron que iba á estallar.

Alarmados los conjurados y demasiado tarde para retroceder, se lanzaron á la calle gritando *¡viva el rey!* *¡muera el tirano!* y se entraron en la casa de Pizarro.

Sin tiempo para armarse, á pesar de su defensa heroica, cayó al suelo Francisco Pizarro herido en la garganta, y exclamando: *¡Jesús!*, trazó con el dedo una cruz en el ensangrentado suelo y espiró.

En seguida fué proclamada la autoridad del joven Diego de Almagro y presos ó proscriptos los partidarios de los Pizarros.

En tanto, Vaca de Castro, se había dirigido á Quito, donde, recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, presentó su cédula, asumió el gobierno supremo y se encaminó al Sur.

Por su parte, al frente de sus tropas, salió Almagro del Cuzco, al mediar el estío de 1542, siguiendo la dirección de la costa.

Imposible de todo punto la conciliación entre Almagro y Vaca de Castro, pues aquel había avanzado demasiado en la rebeldía para volverse atrás, encontráronse ambos ejércitos en los llanos de Chupas, al Oeste del Cuzco, donde peleando ambos partidos con la furia indomable característica de las contiendas civiles, Vaca de Castro obtuvo completa victoria. El heroico Almagro, que logró refugiarse en el Cuzco, fué entregado por los mismos que él había puesto

al frente de la ciudad, y juzgado y condenado á muerte, que sufrió en la gran plaza de esta ciudad, desapareciendo con él la llamada facción de Chile.

Pacificado el país, Vaca de Castro se consagró á organizarlo, atendiendo con especial cuidado á la población india; creando escuelas para enseñarles la doctrina católica; tomando otras diversas medidas encaminadas á aquel fin.

En España, habiendo vuelto de Alemania el emperador Carlos V, consagraba toda su atención á aquel mismo objeto, convocando una reunión de jurisperitos y teólogos en Valladolid, cuyas consecuencias fueron numerosas leyes para el gobierno de las colonias.

Declarose en ellas la libertad de los indios, reconociéndose sin embargo el hecho de la esclavitud mientras vivieran los que á la fecha fueran señores de esclavos; preceptuose que no pudieran poseer siervos los que habían tratado á los suyos con crueldad, los empleados públicos, los eclesiásticos, las comunidades religiosas, los que habían tomado parte en las sediciones anteriores; mandose que no se forzara á trabajar á los indios, y que, cuando trabajaran, recibieran el premio de sus servicios; previnose que se redujeran los excesivos repartimientos y que los propietarios que se hicieran culpables de abuso de sus esclavos perdieran el dominio sobre ellos.

Para poner en ejecución estas leyes nombrose Virrey, al que debía acompañar una Real Audiencia.

Facil era adivinar que este código, sin ejemplo en las naciones europeas; que alteraba radicalmente los fundamentos de la propiedad; que convertía de un solo golpe en libres á naciones enteras de esclavos, no podía ejecutarse sin grandes conmociones y revueltas.

La noticia de las nuevas leyes fué acogida en todos los dominios españoles de América con profunda indigna-

cion y todos pusieron sus ojos en Gonzalo Pizarro, como el único capaz de contrarrestarlas.

Blasco Nuñez Vela, nombrado Virrey del Perú, llegó á Nombre de Dios á mediados de Enero de 1544.

Después de recorrer el istmo de Panamá, dió muestras de sus propósitos mandando que trescientos indios del Perú que allí habían sido llevados por sus dueños, fueran puestos en libertad y restituidos á su país.

En su viaje hacia el Perú mostró el Virrey, con el ejemplo, su firme resolución de ejecutar las nuevas leyes haciendo pagar á los indios que trasladaron su propio equipaje.

En su vista, asediado por las súplicas de los colonos, presentóse ya resueltamente Gonzalo Pizarro y entró en el Cuzco, donde fué recibido con grandes aclamaciones, organizando fuerzas y tomando el título de Capitan General.

Gonzalo Pizarro se vió abandonado de algunos de los suyos, hecho con que la Providencia le anunciaba el camino de perdición que emprendía; pero su propia ambición y los consejos de Carvajal, valentísimo soldado de su partido, le hicieron seguir adelante, reforzado por no pocas defecciones á la causa del inflexible Virrey, quien, lejos de oír los consejos de Vaca de Castro para que, imitando el ejemplo del inolvidable Virrey de Méjico, el gran Mendoza, suspendiera la ejecucion de las leyes y consultara á España, lejos de ello, mandó prender al mismo Vaca de Castro.

En desacuerdo abierto el Virrey con la Audiencia, vino á acabar de desautorizarlo la muerte de Suarez de Carvajal.

Resuelto Blasco Nuñez á encaminarse desde Lima á Trujillo, opúsose la Audiencia, que dió un decreto mandando prenderlo, como se efectuó, en medio de un gran tumulto; deponiéndolo de su empleo y suspendiendo las Ordenanzas.

Gonzalo Pizarro entró triunfalmente en Lima, con su ejército, en 28 de Octubre de 1544.

Habiendo recobrado la libertad Blasco Nuñez, se encaminó á S. Miguel, donde levantó bandera, y pronto reunió tropas con las que salió en busca de Pizarro; pero á instigaciones de los suyos, tuvo que emprender rápidas marchas, durante las cuales estuvo á punto de ser preso.

Por último, el 18 de Enero de 1546, encontráronse las tropas del Virrey y las de Gonzalo Pizarro á corta distancia de Quito, donde, trabada la pelea, este alcanzó señaladísima victoria, mandando cortar la cabeza al Virrey en el mismo campo de batalla, la cual fué luego elevada en una pica.

Así cayó otra vez el Perú bajo el poder de los Pizarros.

Llegaron á España estas terribles nuevas en ocasion que ausente de España el emperador, gobernaba el Estado su hijo el infante D. Felipe; el cual puso sus ojos para apagar estos tumultos en el clérigo Pedro de la Gasca, eruditísimo en las ciencias y que ya habia mostrado su alta capacidad en árduas empresas políticas y militares. El emperador confirmó el nombramiento, invistiendo á Gasca de las mas omnímodas facultades.

El nuevo Presidente, á su llegada á América, tuvo noticia en el puerto de Santa Marta de la muerte del Virrey y del poder absoluto de Gonzalo Pizarro. Preocupado su ánimo desembarcó en Nombre de Dios, puerto vigilado por una fuerte guarnicion que mandaba Hernan Megia, á quien, mereciendo su entera confianza, habia encomendado Gonzalo este importante puerto del Perú.

Pedro de la Gasca, falto de séquito militar y de acompañamiento, pues así lo habia exigido el mismo, pareció á Megia un clérigo insignificante, del cual no se podía esperar mas que indulgencia y perdon.

Gasca manifestó en efecto al capitán de Pizarro que su misión era de conciliación y de paz; que estaba dispuesto á perdonar á todos y á revocar las Ordenanzas, y que, cumplido así el objeto de la revolución, seguir adelante sería luchar abiertamente con la corona; palabras racionales á que se sometió resueltamente el pundonoroso oficial.

En seguida Gasca se dirigió á Panamá donde estaba la poderosa escuadra de Pizarro, compuesta de ventidos buques, á las órdenes del gobernador Hinojosa.

El enviado del rey, fué cortésmente recibido en Panamá, sin escitar desconfianzas, mandó una afectuosa carta del emperador á Pizarro y otra suya en el mismo sentido, interin se procuraba amigos en todas partes con su sencillez y sus afables maneras.

Ni Pizarro ni los suyos pudieron sospechar que bajo el exterior sencillez del clérigo La Gasca se ocultaba un poder moral mas fuerte que sus soldados forrados de acero; poder que, minando calladamente la opinión pública, iba socavando su autoridad, tanto mas seguro, cuanto mas inadvertido; como oculto veneno que reblandeciendo los cimientos de fortísima torre, hace que esta, impensadamente se derrumbe.

Lorenzo de Aldana, el obispo de Lima y otros caballeros, fueron encargados por Pizarro, para que, pasando á España, obtuvieran de la corte la confirmación del poder que este se habia abrogado. Llevaron antes los comisionados una carta para la Gasca, en que, á través de corteses palabras, se indicaba á este que su tenacidad podría costarle la vida.

Presentado Aldana al Presidente, abandonó su comisión y juró obediencia á la causa del rey, ejemplo que siguió Hinojosa con la escuadra.

La Gasca, despues de reunir recursos y soldados, re-

mitió á Pizarro copia de sus poleras, á fin de que conociera que aun era tiempo de volver á la obediencia, antes de que para él se cerraran inflexiblemente las puertas del olvido.

Pizarro presentó á Carvajal y Cepeda la carta de La Gasca y ambos fueron de distinto parecer. Mientras el primero, soldado adiestrado en las guerras de Italia, carácter entero y resuelto, le aconsejó que aceptara el perdón ofrecido, el segundo fué de opinión contraria, pues que siendo juez de la Real Audiencia, habia abandonado miserablemente al Virrey Blasco Nuñez y creyó que para él no podia haber perdón.

Pizarro aceptó el consejo de Cepeda, declarándose así en abierta y decidida rebelión contra la corona.

La defección de Aldana y de Hinojosa tuvo ya muchos imitadores.

Gonzalo llegó en su rebeldía hasta levantar bandera con sus armas é iniciales y la corona encima; de borrar los sellos reales en los cuños, y de fundir moneda con sus cifras.

Sin embargo el contagio de las deserciones siguió propagándose por todas partes: Centeno se apoderó del Cuzco, y los habitantes de Lima abrieron las puertas á Aldana.

Pero cuando Pizarro se preparaba para retirarse á Chile, encontrándose en las cercanías de Huarina sus tropas y las de Centeno, despues de una cruel batalla, obtuvo señaladísima victoria, gracias á la habilidad del valiente Carvajal, que, sin embargo, manchó su fama con grandes crueldades sobre los vencidos.

No se desanimó por esto La Gasca, antes bien, reuniendo sus fuerzas, se encaminó hacia el Cuzco y pasó con las tropas el Apurimac; ante cuya noticia, Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su ejército y se dirigió al valle de Xaquixaguana donde esperó á sus contrarios.

Todavía La Gasea despachó un emisario á Pizarro ofreciéndole el perdon del rey, con tal de que depusiera las armas, perdon que Gonzalo rechazó locamente.

Al cabo, en la mañana del 8 de Abril de 1548 avisáronse ambos ejércitos.

Al irse á comenzar la batalla, Cepeda, el génio del mal de Pizarro, se pasó al enemigo á la vista de todos; ejemplo que siguieron Garcilaso de la Vega, padre del historiador, y otros muchos, pues antes de que se disparara el primer tiro, una columna de arcabuceros se unio al ejército del Presidente, al que imitó un escuadron de caballeria.

Toda resistencia era ya imposible; unos pues huyeron, otros arrojaron las armas, otros se rindieron.

Pizarro, confundido ante este espectáculo, preguntó á Acosta, uno de los pocos que se habian quedado á su lado:

—*¿Qué haremos?*

—*Arremeter al enemigo y morir como romanos*; obtuvo por respuesta.

—*Mejor es morir como cristianos*, repuso aquel, y adelantándose algunos pasos, se rindió prisionero.

Carvajal, derribado por el caballo, fué preso por sus propios soldados.

Pizarro y Carvajal fueron juzgados, y como su crimen ni aun podia discutirse, ambos quedaron prontamente condenados, el primero á ser decapitado y el segundo á ser arrastrado y descuartizado.

Nada pudo hacer cambiar al indomable Carvajal, apesar de sus ochenta y cuatro años; el cual sufrió la muerte con su eterna sonrisa sarcástica y burlona.

Gonzalo Pizarro murió como soldado valiente y cristiano. El Presidente, despues de recompensar á cuantos le habian auxiliado; de dictar disposiciones altamente favorables á los indios; de mejorar la administracion; de fomentar las

rentas públicas; de pagar las deudas contraidas, tranquilo el país y terminada su obra, pensó ya en regresar á España.

Antes de partir, agradecidos los caciques indios, le ofrecieron una gran cantidad de plata que rehusó: los principales colonos le enviaron, despues de embarcado cincuenta mil castellanos de oro que igualmente rehusó; no obstante, lograron poner secretamente en su buque veinte mil castellanos, que nna vez en España, averiguando cuales eran los parientes mas necesitados de los donantes, los distribuyó entre los mismos.

La Gasca entró en Sevilla, con un gran tesoro para la corona, cumplida su difficilísima mision, al cabo de poco mas de cuatro años de su salida de la misma ciudad.

Respetado y admirado de todos, murió pacíficamente en Valladolid á fines de Noviembre de 1567.

Terminado ya el rápido bosquejo de los descubrimientos y conquistas de los españoles en sus tres puntos capitales, el ánimo preocupado no puede menos de preguntarse, qué razas poblaron aquellas islas y ese vasto continente americano, y en qué tiempos se verificó este misterioso suceso.

Son importantes, como datos en esta, hasta hoy, insoluble cuestion, la tradicion azteca de Quetzaleoal; la peruana sobre los hombres blancos y barbudos que saliendo de las orillas del lago de Titicaca, esparcieron las luces de la civilizacion en el Perú, demostrando que razas del Antiguo Mundo poblaron las regiones americanas.

Es un hecho incontrovertible que los piratas normandos tocaron en las costas Noreste del Nuevo Continente: que los escandinavos, en tiempos remotísimos lo visitaron, está fuera de duda por el encuentro de la famosa piedra runica hallada en la Groenlandia en 1826; como que un irlandés habitó allí en 982 y que por este tiempo se es-

tablecieron en los mismos parajes dos colonias europeas, y que, á fines del mismo siglo, misioneros enviados por Olao I, rey de Noruega, propagaron el cristianismo en la propia Groenlandia.

Concretando mas la cuestion podemos afirmar que el origen asiático de la poblacion y cultura americana, es un hecho evidenciado por los monumentos artisticos y escritos que han parecido en el Nuevo Mundo; MR. CHARENCEY (*le Mythe de Votan*) ha demostrado la procedencia asiática de las leyendas históricas de la nacion azteca: D' EICHTAL (*Etudes sur les orijines boudihiques de la civilization americaine*) atribuye á esta civilizacion un origen búdico: la terminacion en STAN, tan comun en ciudades, rios y parajes de ciertas regiones del Nuevo Continente, guarda gran similitud con otros análogos pérsicos. Este mismo origen se demuestra en los monumentos de Palenque (Yucatan) y en el templo de Xoxicalco, de carácter decididamente egipcio, como prueba D' ORBIGNI (*L' homme americaine*). Ciertos ídolos, bustos y relieves de piedras sacrificiales mejicanas, tienen procedencia indudablemente pérsica: la gran fortaleza del Cuzeo ostenta un sello resueltamente pelagico.

El origen oriental de los pueblos americanos no puede pues discutirse.

Ahora bien, ¿en qué tiempo fijo se verificó este suceso?

El eruditísimo americanista MR. BRUNEUR DE BOURBOURG, (*Quatre lettres sur le Mexique*), reconoce que, aunque difíciles y tardías, hubo relaciones entre ambos Mundos. ¿Quién sabe si los esfuerzos de los sabios, si las disquisiciones de las Sociedades Americanistas obtendrán al cabo la solucion definitiva de estos problemas pre-colombianos que hasta hoy no pueden satisfacerse?

Pero, viniendo ya á otro género de consideraciones, contra

las calumnias de los extranjeros, repetidas por hombres preocupados ó poco celosos de la honra de su patria, haremos notar que el primer cuidado de Colon, de Cortés, de Pizarro y de todos los descubridores españoles, era plantar la Cruz y predicar la religion y la civilizacion verdadera, y oponerse al canibalismo, y á la bestialidad en las tierras que descubrian: que nuestras Leyes de Indias respiran, cual ningun otro código, amor á los naturales de aquellas apartadas regiones, en lo cual se extremó Felipe II en la Ordenanza que consigna estas palabras: *Encargamos y mandamos á los de nuestro Consejo que con particular aficion y cuidado procuren el buen tratamiento de los Indios, de manera que en sus personas y haciendas no se les haga mal tratamiento ni daño alguno, antes en todo sean tratados, mirados y favorecidos como vasallos nuestros, castigando con rigor á los que lo contrario hicieron: para que en esto los dichos Indios... conozcan que haberlos puesto Dios debajo de nuestra proteccion ha sido por bien suyo.* El mismo monarca, en una Cédula, ordenó que los naturales no trabajaran dentro de las minas, pues *S. M. quiere mas la conservacion de la vida de un Indio que todos los tesoros de las Indias.* El fiscal Espinosa, en 1609, se opuso á ciertas obras de canalizacion y desagüe que se proyectaban en Méjico, apoyándose en idénticas razones. Las Ordenanzas, en fin, produgeron, segun ya hemos visto, la terrible sublevacion de Gonzalo Pizarro que puso á la América en grave riesgo de perderse, solo por favorecer á los naturales contra los conquistadores; que las declamaciones del célebre obispo de Chiapa han sido puestas en su punto y lugar por escritores patrióticos y concienzudos (AMADOR DE LOS RIOS, *Vida y escritos de Gonzalo Fernandez de Oviedo.*—ZEVALLOS, *La Falsa Filosofia.*—D. LUIS FERNANDEZ—GUERRA, *D. Juan Ruiz de Alarcon.*—

NUIX Y PERPIÑA, Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias).

No es esto decir que hayan dejado de cometerse grandes crueldades por ciertos funcionarios y particulares españoles en América. ¿Cuando han dejado estas de cometerse por los hombres que ejercen el poder á larga distancia, seguros de la impunidad, desde los dias de Roma hasta los presentes?: pero ¿quando nuestros mayores han erigido en sistema el aniquilamiento de los pobres indios? ¿quando ejercieron nuestros antepasados la criminal industria de proveer de ídolos á aquellos desgraciados pueblos, como lo han hecho en nuestros dias naciones americanas y no americanas, que pretenden darnos lecciones de humanidad y alardean de marchar al frente de la civilizacion moderna?

is bñobshsV
al 95 y V

... en brazos y puesto en los brazos y di-
... en los brazos y di-
... en los brazos y di-

... fué ampliamente atendido por la Ro-
... fué ampliamente atendido por la Ro-
... fué ampliamente atendido por la Ro-

LECCION CVIII.

Felipe II de España.

(R. BAUMSTARK, Felipe II, rey de España — PICAL, Historia de las alteraciones de Aragón. — GACHARD, D. Carlos y Felipe II. — HERRERO DE MENDOZA, Guerra de Granada. — MIRONOU, Historia del rebelion y castigo de los Moriscos. — TOMMEZ, Felipe II. — MEAS, Vida de la princesa de Eboli.)

El martes 21 de Mayo de 1527, nació en Valladolid el infante D. Felipe, hijo del gran César Carlos V y de la indubitable emperatriz D.^a Isabel.

Quando el príncipe fué nacido y puesto en paños (Saxnovia), llamólo el emperador su padre, en los brazos y dijole estas palabras: *Dios nuestro Señor te haga gran cristiano: á Dios nuestro Señor ruego te dé su gracia: plegue á Dios nuestro Señor te quiera alumbrar para que sepas gobernar los reinos que has de heredar.*

Este triple desco fué ampliamente atendido por la Providencia, pues, desde que tuvo uso de razon, pensó D. Felipe en salvar el espíritu nacional en el espíritu católico, que habia de ser la mas firme columna de su poder, con-

virtiéndose él mismo, cuando ocupó el trono, en el brazo derecho de la Iglesia y debelador de la herejía.

Acostumbrados á conocer á Felipe II por los relatos de escritores extranjeros y protestantes, ó de dramaturgos, generalmente reñidos con la verdad, tenemos una idea harto equivocada del carácter y hasta de la figura de este gran príncipe.

Los escritores contemporáneos nos pintan á D. Felipe bajo de estatura, de tez delicada y pálida, de ojos azules y cabello rubio, la nariz corta y algo levantada, el lábio inferior característico de la familia de Austria, el espíritu apto para las ciencias y artes, distinguido en la lengua del Lacio, en las matemáticas y en la arquitectura.

Cumplidos los diez y seis años se casó con D.^a Maria, hija de D. Juan III de Portugal, y de D.^a Catalina, hermana del emperador Carlos V, «que era muy gentil dama (SANDOVAL, *Libro XXVI*), mediana de cuerpo y bien proporcionada de facciones, antes gorda que delgada, muy buena gracia en el rostro y donaire en la risa. Parecía bien á la casta del emperador y mucho á la Católica Reina D.^a Isabel, su bisabuela», á la que D. Felipe amó ternísimamente.

Por desgracia, murió esta augusta dama en Valladolid, despues de dar á luz al príncipe D. Carlos, sembrando de tristeza el alma de su amante esposo.

D. Felipe, visitó en 1548 los Países-Bajos; en 1550 acompañó á su padre á la Dieta de Augsburgo; en 1551 regresó á España, de donde volvió á salir en 1554, con rumbo á Inglaterra para contraer matrimonio con Maria Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, que le amó apasionadamente.

El infante español usó con suma prudencia de su carácter de rey consorte sobre el ánimo de la católica Doña

Maria, salvando tres veces la vida á Isabel, futura reina de Inglaterra, é hija adulterina de Enrique VIII, comprometida en la conspiracion de Tomás Viato, presa en la torre de Londres, y condenada á muerte; en la promovida por esta misma señora desde su castillo de Hadfield; en la del embajador de Francia y en la de Lord Straford.

Llamado D. Felipe por su padre, tuvo que encaminarse á Flandes, donde (1555) recibió el gobierno de los Países-Bajos, y en 1556, el trono de la monarquía española.

Dolor profundísimo debió sentir el católico príncipe cuando vió, que lejos de concertarse las fuerzas todas del catolicismo para combatir la hidra de la herejía, era el mismo soberano Pontífice Paulo IV, unido con el rey de Francia Enrique II, el mas dispuesto á romper la paz de Voucelles.

D. Felipe, despues de ensayar inutilmente toda clase de medios para contentar al Papa y de someter la cuestion al dictámen de los mas eminentes teólogos y juriscultos, dió orden al duque de Alba para que avanzara sobre Roma, á la vez que los franceses se presentaban en Italia, mandados por el duque de Guisa, los cuales fueron derrotados por los españoles.

En tanto, D. Felipe, hace penetrar en Francia, desde Flandes, un ejército á las órdenes de Manuel Filiberto, duque de Saboya, que venció completamente á las tropas de Enrique II, en la sangrienta batalla de St. Quintin (10 de Agosto de 1557), en memoria de la cual mandó aquel construir el famosísimo monasterio de S. Lorenzo del Escorial.

Solo el Papa, frente á las tropas españolas, por haberse tenido que retirar el de Guisa en defensa de su propia patria, se vió obligado á ajustar la paz con los es-

pañoles, en cuyas generosas condiciones mostró D. Felipe su amor á los derechos de España y su respeto al equívocado Pontífice.

Los franceses se consolaron en parte del desastre de S. Quintin, apoderándose de la plaza de Calais, única que conservaban los ingleses de sus conquistas en la guerra de los Cien Años, pero la derrota de Gravelinas les hizo pedir la paz, reconociendo la superioridad de los invencibles tercios españoles.

En su consecuencia, se ajustó la paz de Chateau-Cambresis (1559) concertándose el matrimonio de D. Felipe, ya viudo de la reina de Inglaterra, con la princesa Isabel de Francia.

Habiendo regresado D. Felipe á España, dejando encomendada la gobernación de los Países-Bajos á su hermana natural Margarita, y á la cabeza del Consejo al cardenal Granvella, supo con espanto que mientras él sostenía en todas partes con su inmenso poder la religion católica, el protestantismo se había introducido traidoramente en España.

Preparose pues, para reprimirlo con mano vigorosa, deber que le imponían la seguridad de sus propios dominios y el triste ejemplo del estado en que los demás se hallaban.

Con efecto, transigia en Alemania con los herejes el nuevo emperador, preparando por tal manera con sus concesiones, la terrible guerra de los Treinta Años; la impúdica Isabel, que había sucedido á su hermana Maria, perseguía y mataba á los católicos que no abjuraban su fé; en Francia contaba el calvinismo entre sus adeptos muchos individuos de la familia real, y personajes tan notables como el almirante Coligni. y de otra parte, luchaba el partido católico, mandado por los Guisas, en mengua de la autoridad del desventurado Francisco II.

Comprendiendo el rey D. Felipe, en el ageno ejemplo,

que la seguridad del estado residia en oponerse á la invasion del protestantismo, fuente de todas las desgracias de los estados vecinos, combatió fuertemente la herejía que penetraba en España, persiguiendo el Santo Oficio á Castilla y á sus partidarios.

Aun concediendo la certeza del número de victimas causadas por los procesos de este famoso tribunal; aun aceptando los cálculos notoriamente exagerados de LLORENTE en sus *Anales é Historia de la Inquisicion*, no es posible negar que á estos rigores debimos que se viera libre España de las guerras religiosas y de sus sangrientos horrores que en manera alguna pueden ser comparados con aquellos que desgarraron á los demás estados de Europa; por ejemplo, con uno solo de los cuatro grandes períodos en que se divide la guerra de los Treinta Años. En todo caso él fué defensor en España de la paz y ardiente ejecutor de la *opinion pública*, partidaria resuelta y celosa del catolicismo.

Sobre todo, preciso es juzgar estos sucesos con arreglo á los sentimientos, á las necesidades y al criterio de aquella edad y de los países que abrazaba la gigantesca monarquía española; que por algo la Geografía y la Cronología son apellidadas *los dos ojos de la Historia*.

Los ataques de Erasmo contra la Iglesia romana, habían producido efecto en los Países-Bajos, algunas de cuyas provincias tenían admitida la Reforma.

Inquietos los protestantes flamencos con la actitud severa de Felipe II y de su hermana y con ocasión de la publicacion del concilio de Trento, se unieron para sostener sus pretensiones por medio del célebre *Compromiso de Breda* (1566), y bajo las órdenes de Guillermo, príncipe de Orange, traidor á España, cuyas tropas mandaba como gobernador de Holanda y de Zelanda, y de los condes de

Egmond y de Horn, recorrió el país proclamando la rebelion contra los españoles.

En tan críticas circunstancias Felipe II envió á Flandes á D. Fernando Alvarez de Toledo, segundo duque de Alba, que desentendiéndose de las inútiles contemplaciones de la Gobernadora, venció á los rebeldes y mandó degollar á los condes de Egmond y de Horn, estableciendo fuerte política de represion.

Auxiliado el príncipe de Orange por las potencias del Norte, y sobre todo por Inglaterra y por Francia, las provincias de Holanda, Zelanda, Frisia y Utrecht confirieron á Guillermo el título de Statouder (1572), y antes de que pudiera producir sus efectos finales la política del duque de Alba, fué este reemplazado por Requesens, cuyo gobierno débil y conciliador alentó á los rebeldes. Á Requesens substituyó D. Juan de Austria, á quien engañaron los alzados con falsas esperanzas y á este Alejandro Farnesio duque de Parma, durante cuyo mando las provincias de Holanda, Zelanda y Utrecht se declararon república independiente (25 de Enero de 1579), á la que se adhirieron, cinco meses despues, Frisia y Over-Isel, quedando así constituida la república de Holanda que aceptó el culto de Juan Calvino.

Asesinado Guillermo de Orange, y habiendo sido elegido Statouder, su hijo Mauricio, vió este sus tropas derrotadas por el gran duque de Parma y caer Amberes en poder del caudillo de los españoles.

Acobardados con tales desastres los confederados, ofrecieron la soberania de la nueva república á Francia, que no se atrevió á aceptar, y despues á Isabel de Inglaterra, que envió á los Países-Bajos á su favorito Leicester, en tanto que el almirante Drake inquietaba con sus esenadras las costas de España y que los piratas ingleses dificultaban la comunicacion de nuestra pátria con sns colonias.

Esta lucha se hizo ya imposible ante la guerra con Francia y la muerte del invencible duque de Parma, á quien sucedieron el archiduque Ernesto y el conde de Fuentes. Oportunamente cedió D. Felipe estos estados, con el Franco-Condado y el Charolais á su hija Isabel Clara (1598), prometida del archiduque Alberto, hermano del emperador de Alemania.

Sin el feroz rencor de Isabel de Inglaterra, y el odio inestinguible de Francia, seguramente la Reforma habria sucumbido, y D. Felipe, volviendo sus fuerzas contra las costas de África, hubiera librado á la Europa civilizada de la tirania de estos feroces piratas; mas á pesar de la voluntad del rey de España, sus esfuerzos contra los berberiscos fueron relativamente pequeños, limitándose a las tres expediciones contra Trípoli (1559, 60 y 61), á la toma de Gelves, á la defensa de Mazalquivir y de Oran (1565), sitiados por el Dey de Argel con auxilios del turco, y á la conquista del Peñon de la Gomera (1564); suceso que irritó tanto á Soliman el Magnífico, que reunió sus armas para conquistar la isla de Malta, la cual solo se vió libre con el oportuno socorro del monarca español.

Irritado Felipe II contra Isabel de Inglaterra por el auxilio que esta prestaba á todos los enemigos de España; y por el asesinato jurídico de la desgraciada Maria Stuardo, decidió acabar con su enemiga de un solo golpe. Al efecto, armó la escuadra llamada *Invencible* compuesta de ciento treinta buques mayores, con ocho mil marineros y veinte mil hombres de desembarco, amen de otras muchas embarcaciones procedentes de las costas de Bélgica. Esta armada que salió de Lisboa el 20 de Mayo de 1588, á las órdenes del duque de Medina Sidonia; fué destruída en su mayor parte en las costas de Holanda por una furiosa

tempestad, y el resto por los ingleses y holandeses. Tan horrible desastre, cuya noticia recibió el rey D. Felipe con ánimo inquebrantable, consolidó la confederación de las Siete Provincias Unidas.

A los gravísimos cuidados que imponía á Felipe II la gobernación de España, rodeada por todas partes de enemigos, se agolpaban otros, dentro de la misma península y aun de su propia casa y familia, que afligieron profundamente su alma.

D. Carlos, hijo de D.^a Maria de Portugal, á quien tanto aquel amó, cuyo nacimiento costó la vida á su madre, había nacido enteco y ruin de cuerpo y perverso de espíritu. Cruel para con sus nodrizas, tartamudo, imbecil, duro para con sus servidores, atacado de fiebres casi habituales, gloton, escandaloso, irascible, insultó á los procuradores del reino; amenazó con una daga al duque de Alba, y el ministro de Estado, Espinosa, estuvo á punto de perecer ahogado entre sus manos.

En vano el infeliz padre rodeó á su hijo de los hombres mas distinguidos; en vano lo colmó de distinciones; en vano le dió participación, con voz deliberativa, en el Consejo.

El desdichado príncipe llegó hasta á conspirar contra la vida del autor de sus dias, y proyectó huir de España, para lo que pidió su auxilio á D. Juan de Austria á quien prometió en cambio el reino de Nápoles ó el de Sicilia.

Ahora bien, ¿era posible dejar al frente de la monarquía española, cuya unificación tantos esfuerzos heroicos y seculares había costado, bajo la dirección de semejante hombre?

Puesto así el colmo á la paciencia del padre y del rey, este prendió á su propio hijo, dentro de su cámara (18 de Enero de 1538), y lo sugetó á un proceso, cuya

prosecución impidió la muerte del príncipe (24 de Julio de 1568), víctima de su intemperancia.

Fresca aun esta incurable herida en el alma del desgraciado padre, ocurrieron gravísimos sucesos en la península.

Granada, último baluarte de los musulmanes en España, había capitulado con los Reyes Católicos, y estos habían prometido conservar á los vencidos su religión, sus usos y costumbres.

Así sucedió en efecto; pero los infieles pagaban esta noble generosidad conspirando contra los vencedores; asesinandolos cuando podían hacerlo á mansalva, y en inteligencia con los piratas berberiscos, facilitaban los medios para que estos cayeran sobre nuestras indefensas costas, robando, incendiando y matando cuanto hallaban á mano.

La seguridad pues y la defensa de sus propios estados impuso á D. Felipe el deber de publicar los decretos en que se obligaba á los moriscos á dejar su lengua, sus trajes y su culto; decreto á que contestaron alzándose en armas, en 24 de Diciembre de 1568.

En esta guerra, cruelísima como toda guerra de razas, eligieron los moriscos, como su rey, primero á Aben-Humeya y luego á Aben-Abó; é intervinieron en ella, entre otros capitanes ilustres, el marqués de Mondejar y el de los Velez, el duque de Sessa, D. Pedro Deza y D. Juan de Austria, y terminó, al cabo de dos años, vencidos los moriscos.

Desde que los turcos se habían apoderado de Constantinopla, no podía haber punto de reposo para los estados cristianos.

Amenazados los venecianos por Selim II, que reunió sus escuadras, la armada cristiana, mandada por D. Juan de Austria, encontró á la turca en el golfo de Lepanto (7 de Octubre de 1571), donde D. Juan alcanzó una de las mas

memorables victorias, salvando á la cristiandad y prostrando para siempre á la media luna.

Ya hemos hablado de D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos y héroe inmortal de Lepanto.

Este príncipe, digno de todo honor, habia contrariado los órdenes de su hermano, cuando, terminada la expedicion sobre Tunez y ordenándole el rey que dismantelara esta plaza para que no volviera á servir de nido de piratas, D. Juan la conservó, soñando en que fuera capital de un reino cristiano para él, idea que aprobó el Papa, pero que reprochó D. Felipe, no queriendo añadir un nuevo motivo de discordia con las demás naciones de Europa.

Isabel de Inglaterra, hija adulterina de Enrique VIII y excomulgada, no debía suceder á su hermana María, correspondiendo de derecho la corona á la reina de Escocia María Stuardo.

D. Juan soñó igualmente en casarse con la reina de Escocia, y por tal manera restablecer el catolicismo en aquellos estados y acabar con la herejía en su verdadero foco; proyectos, que igualmente rechazó el prudente Don Felipe.

Escitaba á D. Juan en estos proyectos su secretario Juan de Soto, que por ello fué separado y nombrado en su lugar Juan de Escobedo, dócil á los proyectos del monarca y á los del Secretario del Despacho Universal, Antonio Perez.

Pero era tal el atractivo del heroico hermano del rey, que subyugado Escobedo, se convirtió en el mas celoso ejecutor de los propósitos del príncipe.

Confiado á D. Juan el gobierno de Flandes mandó á Escobedo á Madrid con el encargo aparente de pedir recursos para contrarrestar al príncipe de Orange.

Servidor antiguo y leal del príncipe de Eboli, no pudo

ver Escobedo con ojos serenos las criminales relaciones de Antonio Perez con la vinda de aquel prócer, y amenazó á ambos que daría cuenta al rey de tal escándalo.

El astuto ministro, para conjurar semejante nube, juró perder á Escobedo, á cuyo efecto demostró al rey que la vinda del Secretario de D. Juan era realmente para madurar proyectos ambiciosos, de los que aquel era el autor y el alma y que no era posible procesarlo sin dar un grande escándalo en Europa é irritar á D. Juan.

Justificados los hechos, que procuraba envenenar el malvado Perez, despues de graves consultas, decidió el rey que Escobedo fuera muerto secretamente.

Era entonces doctrina corriente é inconcusa, que en casos de peligro del Estado y de grave escándalo, podia el rey recobrar la espada de la justicia, confiada á los tribunales por delegacion del mismo monarca y que, prescindiendo de formas judiciales, podia morir el reo.

¡Horrible teoría, que sin embargo, era entonces incontrovertible!

Para demostrar esta verdad acudiremos á dos testimonios, uno extranjero, nacional el otro: el de Capefigue justificando el asesinato del mariscal de Ancre, de orden de Luis XIII, y el de Diego de Heredia, cuyo nombre está inscrito en el salon de sesiones del Congreso de los Diputados como defensor de las libertades de Aragon, que reconvenido por sus jueces de haber mandado dar garrote á ciertos vasallos suyos, sin formacion del proceso, ni oír sus descargos, contestó que *así era verdad, que hizo dar garrote á dos; al uno por que mató en su presencia á otro... y á otro por que sacó un preso de la cárcel. Y uno de ellos dijo que le respondiése, y, no queriendo, le hizo dar garrote...*

Así, en la noche del 31 de Marzo de 1578, Escobedo

fué muerto de una estocada, junto á la iglesia de Santa María de la Almudena.

La opinion pública, adivinando los verdaderos motivos de la muerte del secretario de D. Juan de Austria, atribuyó el hecho á Antonio Perez y á la princesa de Éboli.

Mientras el rey ignoró los verdaderos motivos que habian impulsado á Perez contra Escobedo, lo protegió noblemente; hasta el punto de que, habiendo hablado el Presidente de Castilla con el hijo de Escobedo, este prometió desistir de sus pretensiones contra el ministro.

Pero fué tal la insolencia de Perez y de su amada la de Éboli, que el rey se vió en la necesidad de recluirlos temporalmente, á él en la casa del Alcalde de Corte, y á ella en la torre de Pinto.

Al fin, el lujo y el escándalo del audaz secretario, llenaron la medida de la justicia de Felipe II, que mandó procesar á Perez; quedando en la causa demostradas, con la claridad de la luz, las depredaciones del astuto ministro, que, fugándose y acogiéndose en Zaragoza al fuero de los Manifestados, fué causa de grandes tumultos y muertes y de la ejecucion del Justicia D. Juan de Lanuza.

El ingrato Perez murió en Francia, adonde habia tenido la fortuna de acogerse, escitando contra España á aquel monarca y al de Inglaterra, y pretendiendo venderles secretos de Estado.

Así se mostraba indigno del elevado puesto á que lo habia encumbrado la ciega fortuna.

Ya hemos dicho, en su lugar oportuno, que el duque de Alba conquistó á Portugal para España, haciendo valer los indudables derechos de Felipe II á esta corona.

Firmada la paz de Vervins, que terminó por entonces (1598) las guerras entre España y Francia, y atacado gravemente por la gota, Felipe II se retiró al Escorial

(30 de Junio de 1598), entre cuyas monumentales bóvedas queria acabar su agitada existencia.

Una fiebre violentísima y un abceso en la rodilla derecha, lo postraron en el lecho, donde espiró en 13 de Setiembre de 1598, dando pruebas de admirable resignacion cristiana.

Los reinados de Carlos I y de Felipe II, que llenaron el siglo XVI, son los reinados de la grandeza de España, durante los cuales impusimos nuestra voluntad á Europa.

Sobresalieron entonces por su virtud, y por sus escritos S. Francisco Javier, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de Borja, S. Luis Beltran, S. Pedro de Alcantara, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa de Jesús: por su ciencia, Fray Luis de Granada, Fray Luis de Leon, Antonio Agustin, Arias Montano, Luis Vives, Hurtado de Mendoza, Ocampo, Zurita, Morales, Oviedo, Herrera, Ercilla, y como famosísimos capitanes y políticos, D. Juan de Austria, el duque de Alba, Farnesio, Granvela y otros muchos.

LECCION CIX

España bajo Felipe III, Felipe IV y Carlos II.

(W. Coxe, España, bajo la casa de Borbon. — Mbllo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV.)

Como ha dispuesto la Providencia que la civilizacion no se vincule perpétuamente en un país, así, cada pueblo como cada individuo, tienen sus épocas de desarrollo, de virilidad, de decadencia y de muerte.

¡Desgraciado del monarca á quien toca regir un pueblo que, como la España de fines del siglo XVI, habiendo enmplido un gran destino decae, por ley natural!

Nuestros padres habianse impuesto en todas partes con sus armas, con su política, con sus descubrimientos marítimos, con su literatura, despertando por doquiera envidias y rencores que habian de producir sus consecuencias.

Así vemos, en el reinado del sucesor de Felipe II, atacada lá monarquía española en todos los mares por turcos y berberiscos, holandeses é ingleses, y á Felipe III, dotado

de todas las virtudes privadas, señalando el principio de la decadencia de España.

Ascendió al trono este príncipe, de edad de veinte años, y depositó su confianza en el marqués de Denia, despues, duque de Lerma.

Dijimos que el archiduque Alberto se habia casado con D.^a Isabel, hija de Felipe II, á quien este habia cedido los Países Bajos. Ei archiduque inauguró su mando apoderándose de varias plazas fuertes, y derrotando á sus contrarios, mandados por el Conde de Lippe.

La empresa más notable de esta guerra, fué el sitio de Ostende, plaza situada en las orillas del mar, circula-da de terrenos pantanosos y de canales, que los rebeldes habian convertido casi en inexpugnable, y que, al cabo de cuatro años de escaramuzas, de ataques y de estratagemas, cayó en poder del marqués de Espinola.

Despues de varios sucesos, terminó esta lucha con el tratado de la Haya (1609).

En 1604 se habian firmado las paces con Inglaterra, al inaugurarse el reinado de Jorge I, sucesor de Isabel; á la vez que la muerte de Maria de Médicis paralizó los pre- parativos de guerra con España, y lejos de emprenderse esta, pronto quedó concertado el matrimonio del príncipe de Astúrias D. Felipe (Felipe IV), con la Infanta D.^a Isabel de Borbon, y el de la infanta de España D.^a Ana de Austria con el príncipe D. Luis de Francia (Luis XIII).

Los moriscos, despues de una y otra rebeldia, y de una y otra expulsion, seguian formando como una raza aparte, gérmen de eternas inquietudes para el Estado.

En 1610 se decretó su definitiva expulsion del reino, consultado el asunto con las personas más graves, obser- vándose con ellos la misma conducta que los árabes, sus padres, observaron con los pobres mozárabes españoles.

Al duque de Lerma, sucedió en el favor del rey el duque de Uceda.

Atacada la salud de Felipe III por una fiebre lenta, marchóse á Lisboa para recobrarla, y vuelto sin mejoría, murió en 1618.

Diez y seis años de edad contaba Felipe IV cuando ocupó el trono, vacante por la muerte de su padre.

Su favorito D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, aconsejándose más de su presuncion que de la prudencia, proyectó sojuzgar las Provincias Unidas; adquirir el dominio de la Valtelina, y restablecer la autoridad de la casa de Austria sobre todas las potencias de Europa.

La guerra contra Holanda se señaló con hechos varios, prósperos y adversos, y complicándose con la de los Treinta Años, terminó con el tratado de Munster (1648), en que Felipe IV confirmó la independencia de las Provincias Unidas.

Fué causa ocasional de la guerra con Francia la muerte del duque de Mantua, sin sucesion legitima, y la herencia de sus dominios por el duque de Nevers, contra la voluntad de España; guerra en la cual los franceses se apoderaron de la Valtelina.

Muerto el archiduque Alberto sin hijos, debian sus estados volver á la corona de España; los flamencos se opusieron, negándose á reconocer á Isabel Clara, viuda del archiduque, como gobernadora, á nombre de Felipe IV, é intentaron constituirse en república, como Holanda. Espinola y el Cardenal infante D. Fernando impidieron por entonces estos propósitos.

Habiéndose mandado á Cataluña que armara seis mil hombres para que pasaran á Italia y que pagara ciertos tributos, y habiendo sido presos dos enviados que pasaron á

la corte para suplicar contra ambas medidas, por haberse expresado con demasiada violencia, Barcelona contestó declarándose en abierta y sangrienta rebeldía.

En tal situacion, los catalanes, para buscar el apoyo de alguna potencia, se ofrecieron como vasallos al Rey de Francia; pero, como tardara este en resolverse, se constituyeron en república independiente.

Once años duró esta fratricida guerra, con varia fortuna, hasta la rendicion de Barcelona (1629) al marqués de Mortara y á D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV.

El ejemplo de la insurreccion de los catalanes cundió en Portugal, donde se tramó calladamente una conspiracion para colocar en el trono al duque de Braganza, la cual estalló con motivo de cierta orden en que se mandaba que un crecido número de tropas portuguesas marchara á operar contra la rebelde Barcelona: así fue proclamado el duque (1604) con el nombre de Juan IV.

La guerra á que estos hechos dieron origen terminó con la batalla de Villaviciosa y el tratado de Lisboa (1668) por el cual quedó separado Portugal de la monarquía castellana.

Al fin, entre el general aplauso, cayó el conde-duque de la real privanza, sucediéndole D. Luis de Haro.

Para colmo de desgracias subleváronse tambien Nápoles y Sicilia.

El alzamiento de Sicilia se sosegó luego; no así el de Nápoles, que tuvo consecuencias, dirigido por Tomás Aniello, generalmente conocido por Masaniello, que estableció una república, ofreciendo su presidencia, con título de dux, al duque de Guisa; el cual, á pesar de estar fuertemente sostenido por Francia, fué vencido y hecho prisionero por el virey duque de Arcos y por D. Juan de Austria.

Terminada por este tiempo la guerra de los Treinta. Años con la paz de Westfalia, España, sin embargo, continuó la lucha con Francia, hasta la paz de los Pirineos (1659), en virtud de la cual se estipuló que Francia conservaría la posesion de la Alsacia y del Rosellon: que Luis XIV se casaria con la infanta Maria Teresa, renunciando á la sucesion eventual de la corona de España, mediante la dote de quinientos mil ducados: que Francia restituiria las conquistas hechas en Cataluña, en el Milanesado y en los Países Bajos, y no auxiliaria á los portugueses.

Felipe IV, devorado de mortal tristeza, sobrevivió cinco años al tratado de los Pirineos.

Sucedióle su hijo Carlos II (1665), de edad de cuatro años, bajo la tutela de su madre Maria Ana de Austria, que depositando su confianza en el jesuita aleman Nithard y obligando á D. Juan de Austria á salir de la corte para Consuegra, produjo en el pueblo hondo descontento.

Luis XIV de Francia, aprovechando estas circunstancias, se apoderó de varias plazas en Flandes, y conquistó, en menos de un mes, el Franco-Condado.

Pero la triple alianza de Inglaterra, Suecia y las Provincias Unidas, para poner coto á las ambiciones de la Francia, arregló estas discordias, asegurando á Luis XIV, por el tratado de Aix la Chapelle, sus conquistas en los Países Bajos, aunque restituyendo el Franco-Condado.

La desaprobacion de este tratado por D. Juan de Austria y la sublevacion de Aragon y Cataluña, forzaron á la reina á separar de su lado al padre Nithard.

Durante este reinado tuvo lugar el último período de la guerra europea contra Luis XIV.

Al P. Nithard siguió en el favor de la Reina D. Fer-

nando Valenzuela; á este D. Juan de Austria, despues de alejada de la corte la reina madre, y á D. Juan el duque de Medinaceli.

Terminada la guerra con Francia comenzó en palacio una lucha verdaderamente vergonzosa.

Enfermo y sin hijos el rey, pensando en su sucesion, se formaron dos bandos en la corte.

Al frente del partido austriaco, que tenia como candidato para la corona de España al archiduque Carlos, se hallaban la reina Maria Ana de Neobourg, el conde de Oropesa, primer ministro, y el de Harach embajador de Alemania. El partido francés estaba capitaneado por el Inquisidor General Rocaberti, el cardenal Portocarrero y el conde de Harcourt embajador de Luis XIV.

Entre tanto, por medio de los tratados de la Haya (1698) y de Londres (1700), acordaban las potencias extranjeras repartirse los dominios españoles.

Este último ultraje decidió al vacilante monarca, que otorgó testamento en 21 de Octubre de 1700, nombrando heredero de sus estados á Felipe de Anjou.

Ocho dias despues, espiró el infeliz Carlos II el Hechizado, acabando con él la dinastia austriaca.

Durante los tres anteriores reinados sobresalieron, Velazquez, Murillo, Alonso Cano, Zurbaran, Claudio Coello, Rivera, el doctor Eximio, Aguirre, Cervantes, Nicolás Antonio, el P. Mariana, Melo, Góngora, Solís, Quevedo, los Argensolas, Calderon, Lope de Vega, Tirso, Alarcón, Moreto y otros muchos, gloria de las artes y de la literatura española.

Al P. Nithard siguió en el favor de la Reina D. Fer-

LECCION CX.

Escocia.—Inglaterra, desde Jacobo I á Carlos II.

La historia de Escocia, en tiempo de los Stuardos, desde Jacobo I al V y la reina María, se resume en las guerras con Inglaterra y en las luchas del poder real con la aristocracia, clase que quedó aniquilada en la batalla de Flodden-Field.

Casado Jacobo V con María de Guisa, muerto Jacobo, entró á reinar su hija María Stuardo, que apenas contaba algunos dias de edad, ocupando un trono agitado por las doctrinas de la Reforma.

Preso su desgraciada madre por Isabel de Inglaterra, Jacobo VI contrajo alianza ofensiva y defensiva con la cruel enemiga de María, sacrificando los sagrados deberes de hijo á la ambicion de reinar en Inglaterra; lo que logró ocupando este trono (1605), por designacion de la misma Isabel, con el nombre de Jacobo I.

Jacobo I no consiguió unir las tres coronas de Inglaterra, Escocia é Irlanda, pues á ello se opusieron los respectivos parlamentos, y vió agitado su largo reinado con ardientes polémicas religiosas. Los calvinistas austeros desecharon la profesion de fé dada por el rey, y combatieron la gerarquía eclesiástica, entre tanto que tronaba en la Cámara la oposicion, acusando al duque de Buckingham.

En el reinado de Carlos I, sucesor de Jacobo, los Comunes exigieron el juicio de Buckingham, y el rey disolvió tres Cámaras, que se negaron á concederle los subsidios que pedia.

Resuelto el rey á gobernar, prescindiendo del Parlamento, estuvo sin convocarlo desde 1637 á 1640.

Rebelados los puritanos escoceses (1637), las tropas que el rey mandó para combatirlos, en las que dominaban los presbiterianos, se negaron á ello; el rey convocó el Parlamento, que tuvo que disolver, y habiendo mandado otro ejército á Escocia, este fué derrotado.

En situacion semejante fué convocado el *Parlamento Largo*, que empezó condenando á los ministros del rey, y acabó por hacerle oposicion personal.

Carlos se retiró de Londres, y reunió á sus parciales, que fueron vencidos en Naseby (1645), refugiándose el monarca entre sus escoceses, que lo entregaron á los agentes del Parlamento (1647).

Hallábanse ya los autores de estos trastornos, que únicamente convenian en su odio á la monarquía, divididos en facciones que se hacian implacable guerra.

Constituian estos partidos los presbiterianos propiamente dichos, que combatian la gerarquía episcopal; y que querian que sus Pastores fueran elegidos por el pueblo; los

Independientes que desechaban todo sacerdocio, secta que contaba con pocos adeptos en el Parlamento, pero con inmensa mayoría entre el pueblo y el ejército, y los Niveladores que combatían toda distinción social.

Apoderado Oliverio Cromwell de la persona del rey espurgó la Cámara, prendiendo á doscientos uno de los individuos de la mayoría presbiteriana.

Reducido el Parlamento á cincuenta y tres miembros, estos nombraron una comisión de ciento treinta y tres jueces, escogidos entre sus más decididos partidarios, de los cuales solo setenta se atrevieron á sentarse en el tribunal para juzgar al rey. Previendo su fin Carlos I, no quiso defenderse, y fué condenado á muerte, que sufrió con firme resignación (1649) frente á su palacio, de Witte-Hall.

Cromwell marchó contra los escoceses que se habían alzado por Carlos II. y después de vencerlos en Dumbard y Worcester, se encaminó á Londres, y penetrando en la Cámara de los Comunes, que desalojó, cerrando sus puertas, los soldados le aclamaron con título de Protector, confiriéndole la autoridad soberana.

Los últimos años de la vida de Cromwell, pasaron entre indecibles terrores; y así murió el Protector en 5 de Setiembre de 1658.

Los partidos comenzaron entonces á agitarse con mayor violencia, y Ricardo Cromwell, que había sucedido á su padre en el título de Protector, no sintiéndose con fuerzas para combatirlos, abdicó á los pocos meses.

Con esta ocasión el general escocés Monch se apoderó con sus tropas de Londres, procurando alhagar á todos los partidos.

Convocadas nuevas elecciones, y favorables estas á la

causa de la monarquía, se presentó al nuevo Parlamento un enviado de Carlos II, ofreciendo amnistía general, libertad de conciencia, y sobre todo, la conservación de las posiciones sociales adquiridas durante la revolución.

Declarado Monch en favor del rey, lo mismo hizo el Parlamento, que votó la Restauración de los Stuardos.

Carlos II entró en la capital de sus estados (1660) en medio de indescriptible entusiasmo.

LECCION CXI.

Francia desde Francisco I á Luis XIV.

Francisco I, de la casa de Angulema, ocupó el trono de Francia (1515) á la muerte de su primo Luis XII, y gastó la vida en imposibles luchas con Carlos I de España y V de Alemania.

Sucedíole Enrique II (1547), que igualmente luchó con España, perdiendo las memorables batallas de San Quintin y de Gravelinas. Á esta última siguió la paz de Chateau-Cambrésis (1559), y su muerte de resultas de un bote de lanza que recibió en un torneo con que se celebraban las bodas de la princesa Isabel y Felipe II de España.

Diez y seis años de edad contaba Francisco II cuando ocupó el trono, bajo la direccion de su madre Catalina de Médicis.

La Reforma, empezando á adquirir prosélitos en Francia, merced á *La Cautividad de Babilonia*, libro de Luis Berquin,

á *Los Coloquios*, de Erasmo de Rotterdam, y á *La Institucion cristiana*, de Juan Calvino, habia de producir sus naturales consecuencias en el orden político. En vano fueron las persecuciones contra los innovadores durante los reinados de Francisco I (1535) y de Enrique II (1559), pues el mal habia echado ya hondísimas raíces.

Casado Francisco II con María Stuardo, hija de María de Lorena, depositó el joven rey toda su confianza en sus tíos, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa. Resentidos los Borbones de esta preferencia, hicieron causa común con los protestantes.

Bajo pretexto de sustraer al rey de la influencia de los Guisas, tramaron los descontentos una conspiracion que estalló en Amboise (1560). El duque de Guisa, que poseia los hilos del complot, destrozó á los conjurados.

Muerto Francisco II (1569), entró á reinar Carlos IX, de edad de diez años, bajo la tutela de su madre la astuta Catalina de Médicis, que procuró sostener la rivalidad de las casas de Borbon y de Lorena, para reinar entre sus enemistades.

Indultó pues al príncipe de Condé: alhagó al condestable de Montmorency: despojó al duque de Guisa de la tenencia del reino, que dió al rey de Navarra, y convocó *el Coloquio de Poissy*.

Alarmados los católicos, unieronse el duque de Guisa, el mariscal Saint André y Montmorency; union que ocasionó la matanza de los hugonotes en Vasy.

Iniciada así la guerra civil (1562), la reina madre, forzada á declararse entre ambos partidos, después de largas vacilaciones, favoreció á los católicos.

El príncipe de Condé, con auxilios de ingleses y alemanes, se apoderó de Orleans y de otras plazas.

Viniendo ambos partidos á las manos, Antonio de Bor-

bon quedó mortalmente herido en Ruan; el Mariscal Saint-André falleció en Dreux; el Condestable fué hecho prisionero por los protestantes; Condé por los católicos, y el duque de Guisa fué asesinado.

Condé y Coligny sitiaron á París, y dieron muerte á Montmoreney, que habia derrotado á los protestantes, los cuales sufrieron igual suerte en Jarnac donde murió Condé; Coligny fué vencido en Montecontour.

Cansada la Francia de guerra tan sangrienta, se celebró la paz de S. German (1570), en la que se concedió á los protestantes el ejercicio de su culto en dos ciudades por cada provincia, y que conservaran en su poder la Rochela, Montauban, La Caridad y Cognac; acordándose el casamiento de Enrique de Borbon, jefe de los protestantes, con Margarita de Valois, hermana del rey Carlos IX.

El duque de Guisa, que habia jurado vengar el asesinato de su padre, no pudiendo sufrir el orgullo del almirante Coligni, apostó á uno de sus parciales, el cual hirió gravemente al almirante de un tiro de arcabuz.

Preparados ambos partidos para una lucha desesperada, se celebró un consejo en el Louvre, donde quedó acordado sostener á Guisa contra los protestantes.

Á este fin, en la noche del ventitres al venticuatro de Agosto de 1572, al toque de las campanas de S. German; los Guisas degollaron á los protestantes en París (la S. Bartolomé), ejemplo que siguieron otras ciudades, muriendo asesinados setenta mil protestantes. Los que pudieron salvarse de estas horribles matanzas se encerraron en sus plazas fuertes.

Aterrada la reina madre propuso la paz, en virtud de la cual obtuvieron los disidentes ser tolerados en todo el reino, y poder ejercer libremente su culto en la Rochela, Nevers y Montauban.

Carlos IX falleció á la temprana edad de venticuatro años, en 1574.

Enrique, hermano de Carlos IX, al tener noticia de la muerte de este, abandonando la Polonia, donde reinaba, se presentó en Francia y ocupó el trono.

Queriendo Enrique III contentar á los protestantes, trató con ellos la paz de Beaulieu (1576) por la que les hizo grandes concesiones; estas, sin satisfacerlos, irritaron á los católicos.

Nueva tea de discordia fué, en este tiempo (1584), la muerte del duque de Anjou, postrer hermano del rey; pues no esperándose sucesion de este, cada partido preparó su candidato, y estalló la *guerra de los tres Enriques*, entre el rey Enrique III, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra.

Los Guisas se apoderaron de París, que tuvo que abandonar el rey; Enrique III hizo asesinar á los Guisas en Blois (1588), y á su vez fué el rey muerto por Santiago Clemente, acabando con él la casa de Valois.

Con Enrique IV comienza á reinar en Francia (1589) la dinastía de Borbon.

La corona pertenecía á este príncipe, como más próximo pariente del rey difunto; pero rechazado como hereje por el partido católico, que apoyaba á Isabel Clara, hija de Felipe II de España y de Isabel, hermana del último monarca, tenia además otro rival en el duque de Mayena.

La declaracion del Parlamento en pró de la ley sálica, que destruyó las pretensiones del rey de España; las batallas, de Arques y de Ivry, ganadas al duque de Mayena; y la abjuracion del protestantismo hecha por Enrique en manos del arzobispo de Bourges, abrieron á este príncipe las puertas de París (1594), donde entró triunfante.

Dos años después, el Sumo Pontífice Clemente VIII levantó al nuevo monarca la excomunion que sobre él pesaba,

á condición de sostener los derechos de la Iglesia Católica.

La guerra con España acabó mediante el tratado de Wervins; pero á seguida Enrique faltó á sus más solemnes promesas publicando el edicto de Nantes, mediante el cual concedía á los protestantes el libre ejercicio de su culto.

Enrique IV, apellidado el Grande, se preparaba para atacar á la casa de Austria, cuando Ravaillac lo asesinó en la calle de la Ferroniere (14 de Mayo de 1640).

LECCION CXII.

Guerra de los Treinta Años.

En virtud de la renuncia del imperio, que en su favor hizo su hermano Carlos V, entró á ocuparlo (1558) Fernando I, el cual fué reconocido por los electores en la dieta de Augsburgo de 1558, y al que sucedió (1564) Maximiliano II, su hijo.

Adoptando ambos príncipes una política egoista, otorgaron grandes concesiones á los protestantes; no auxiliaron á los reyes de España en sus contiendas, y Maximiliano acogió en sus estados al fugitivo príncipe de Orange.

Esta mal entendida política de imposible atracción, produjo sus lógicas consecuencias en el inmediato reinado de Rodolfo II (1609), cuando ya el partido protestante se sintió fuerte para la lucha.

Consagrado el nuevo emperador al estudio de las ciencias naturales, con Klepler y Ticho-Brahe, no vió que á su

alrededor se organizaban dos grandes partidos: la Liga Católica, capitaneada por el duque de Baviera, y la Unión Protestante ó Evangélica que reconocía como jefe al elector palatino Federico IV.

Hallándose sin hijos el emperador, para preparar la sucesión en el imperio á su hermano el archiduque Matias, cedió á este la corona de Hungría, y por último logró que los bohemios le proclamaran su rey.

Al ocupar Matias el imperio, por muerte de Rodolfo, hallándose también este sin sucesión, cedió la Bohemia á su sobrino Fernando, duque de Estiria, lo que alteró vivamente á los electores protestantes, que supusieron herido su derecho electoral; pero en realidad, alarmados porque Fernando se había mostrado ferviente católico, correspondiendo á la educación que había recibido de los Jesuitas.

La terrible guerra á que dieron lugar estos sucesos, puede dividirse en cuatro periodos. Primero: *Palatino*, del elector palatino Federico V que lo dirigió. Segundo: *Dinamarqués*, de Cristian IV rey de Dinamarca. Tercero: *Sueco*, de Gustavo Adolfo rey de Suecia. Cuarto: *Francés*, de la Francia que se puso al frente de él.

Período Palatino. Al morir el emperador Matias (1619), los luteranos de Bohemia convocaron la Asamblea general de los Estados; arrojaron por una ventana, en Praga, á los Comisarios del emperador, y de acuerdo con los diputados de la Silesia, la Moravia y el Austria Superior, exigieron la absoluta libertad de conciencia y el restablecimiento de sus antiguos privilegios; ofrecieron la corona al elector palatino, Federico V, jefe del partido protestante, y rompieron las hostilidades.

Este primer período de la guerra de los Treinta Años fué un continuado desastre para los protestantes, vencidos por el marqués de Espinola y los españoles, que se apo-

deraron del Palatinado; por el elector de Baviera que derrotó al ejército de Federico en Praga (1620); por Tilly, que venció igualmente al elector y á su general Ernesto de Mansfield.

El emperador dió los estados del elector palatino, refugiado en Dinamarca, al duque de Baviera, y desterró á los ministros protestantes.

Período Dinamarqués. Cristian IV, rey de Dinamarca y jefe del Círculo de la Baja Sajonia, en cuyos estados se había refugiado el elector palatino, renovó la guerra.

Fernando II confió la dirección de la lucha al célebre Waldstein.

Tilly, general de la liga, venció en repetidos encuentros á los protestantes, y Waldstein ganó la batalla de Lutter (1625) que le permitió invadir el Mecklemburgo, la Pomerania, el Holstein, la Jutlandia y sitiá á Stralsund.

Aterrado Cristian IV, contrató la paz de Lubek (1629), por consecuencia de la cual se obligó á no ayudar directa ni indirectamente á los enemigos del emperador.

Período Sueco. El emperador, fuerte con estas victorias, publicó el *Edicto de Restitución*, en consecuencia del cual debían ser devueltos á los católicos los bienes que les habían sido arrebatados desde el tratado de Passau, y los protestantes de los estados de Alemania volver á la Iglesia Católica; cuya ejecución fué confiada á Waldstein.

Careciendo de carácter el emperador para llevar este decreto hasta sus últimas consecuencias, privó á Waldstein del mando de las tropas encargadas de su ejecución (1629).

Esta concesión animó á los enemigos de Fernando II, quienes formaron una liga, á cuya cabeza se puso Gustavo Adolfo rey de Suecia.

Habiendo desembarcado este con diez y siete mil hombres, se apoderó de la Pomerania y de Brandenburgo, forzó á varios estados á aliarsele, y en las cercanías de Leipzig hizo sufrir á Tilly una gran derrota.

Asustado el emperador de los progresos del sueco, llamó á Waldstein, quien se encargó del mando de los soldados imperiales, no sin imponer fuertes condiciones.

Waldstein y Gustavo Adolfo se encontraron en Lutzen (1632), donde murió el segundo de estos caudillos, y perdieron la acción los imperiales.

Vilmente asesinado Waldstein, fué sustituido por el archiduque Fernando, y muerto Gustavo Adolfo, le sucedió su hijo Cristian, que continuó la guerra, conquistando la Alsacia y el Palatinado, la Baja Sajonia, la Westfalia y parte de la Silesia.

Sin embargo, la victoria de Nordlinga, alcanzada por los imperiales, obligó á los suecos á firmar la paz de Praga (1635), con la que terminó esta tercera parte de la guerra de los Treinta Años.

Período francés. Á Enrique IV sucedió en el trono de Francia (1610), su hijo Luis XIII, de edad de diez años, bajo la tutela de su madre Maria de Médicis, minoridad que se señaló por combates y disturbios, especialmente bajo el débil ministerio del duque de Luines, causa de una guerra civil que terminó por el contrato de Montpeller, en virtud del cual el rey confirmó el célebre edicto de Nantes, y cedió á los reformados las importantes plazas de la Rochela y Montauban.

Á la caída de Luines siguió la elevación del cardenal Francisco Armando de Richelieu.

Este gran ministro, alma de colosales concepciones, pensó primero en el partido protestante, germen de eternas guerras, al cual quiso, ante todo, destruir como partido político.

Éran dueños los reformados de la importantísima plaza de la Rochela, perpétuo centro de agitaciones en Francia, la cual habia resistido los esfuerzos del mismo monarca, empeñado en debelarla.

El cardenal se apoderó de esta fortísima ciudad, que desmanteló, y arrojó á los protestantes de las demás fortalezas que poseían.

Á seguida, el cardenal puso sus ojos en la nobleza, que conspiraba con Maria de Médicis para derribarlo.

Descubierta la conjuración de Cinc-Mars, el suplicio de este y de los principales nobles que en ella habian tomado parte, mostró á todos que nada ni nadie podia afrontar al célebre Ministro.

Tranquila ya la Francia en el interior, Richelieu recogió la bandera de la guerra de los Treinta Años, que habia caído de las manos de los suecos, para satisfacer el odio tradicional de Francisco I y Enrique II, contra la casa de Austria, en sus dos ramas austriaca y española.

Fuerte con la alianza de los dinamarqueses y suecos contra el Austria, y de los duques de Saboya, Mantua y Parma contra los españoles, comenzó la guerra con la muerte de Fernando II, á quien sucedió su hijo Fernando III (1657).

El duque de Sajonia Weimar, auxiliado por Turena y Guebriant, ganó ocho batallas; y habiendo muerto los dos mariscales franceses, los sustituyeron Turena y Condé quienes lograron una gran victoria, recuperando diversas plazas fuertes. La epidemia que diezaba á los imperiales, y por último, los osados movimientos de Torstenson y Wrangel, coincidiendo con la sublevación de los húngaros, hicieron temblar al emperador.

El tratado de Westfalia, que puso fin á estas guerras, fué firmado por los protestantes en Osnabruk, en 6 de

Agosto, y por los católicos, en Munster, en 31 de Octubre de 1648.

En virtud de esta paz, Francia y Suecia aumentaron su territorio; obtuvieron compensaciones diversos estados alemanes; se creó el octavo Electorado del Bajo Palatinado del Rin en favor de la casa Palatina; todas las confiscaciones y proscripciones quedaron anuladas, y se decretaron ciento cuarenta restituciones; se confirmó el reconocimiento de los Cantones suizos y de las siete Provincias unidas; la paz de Augsburgo de 1555 fué confirmada, y se decretó que la Cámara imperial se habia de componer de venticuatro miembros protestantes y ventiseis católicos.

DECIMAQUINTA ÉPOCA.

DESDE LA PAZ DE WESTFALIA HASTA EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION
FRANCESA (1648 A 1789.)

LECCION CXIII.

Francia.—Luis XIV.—España.—La Guerra de Sucesion.

Luis XIV contaba cinco años de edad cuando ocupó el trono de Francia (1643) por muerte de su padre Luis XIII, bajo la regencia de su madre Ana de Austria, la cual confió la direccion de los negocios al cardenal Mazarino, quien ya se habia distinguido como experto diplomático en la paz de Cherasco.

Corriendo la menor edad de Luis XIV, prosiguió la guerra entre España y Francia, que terminó con la paz de los Pirineos (1659), en la que se estipuló el matrimonio del monarca francés con Maria Teresa, infanta de España, y se alteró gravemente la tranquilidad en Francia con la sedicion de la Fronda, promovida por el Parlamento,

y alimentada por el cardenal de Retz, por los príncipes de Condé y de Conti, y por otros próceres no menos famosos.

Durante esta guerra lucharon en las mismas calles de París, en el arrabal de S. Antonio, Turena por la causa del rey, y Condé á la cabeza de los revoltosos.

Mazarino, aunque obligado á retirarse dos veces, triunfó por último, y continuó gobernando la Francia hasta su muerte (1661), en que el rey fué declarado mayor de edad, y comenzó á gobernar por sí mismo.

Richelieu y Mazarino habian colocado á la Francia en las mejores condiciones, cuando Luis se encargó de regirla.

Redondeado el territorio por la Paz de los Pirineos, vencedora la Francia de sus enemigos interiores y exteriores, hallábanse todos los poderes del Reino sometidos á la autoridad real. Los Estados generales se habian como olvidado: el Parlamento carecia de intervencion en los negocios públicos; el feudalismo habia desaparecido, y los antes altivos próceres, convertidos ahora en sumisos cortesanos, adulaban al monarca.

Mazarino tuvo un gran sucesor en el célebre Colbert, quien ejerciendo bajo Luis XIV funciones análogas á las que hoy desempeñan los ministros de Hacienda, Gobernacion, Comercio y Marina, aumentó la fortuna pública; engrandeció la marina; construyó puertos, arsenales y fortalezas; creó el observatorio; fundó academias y bibliotecas, premió á los sábios y á los artistas nacionales, y atrayendo á los extranjeros con crecidas recompensas, convirtió á Francia en centro de la cultura europea.

Tan fuerte se encontraba ya Luis XIV, en 1667, que no temió abusar de su poder y de la ajena debilidad.

Habiendo muerto Felipe IV de España, Luis, pretendiendo los derechos de su mujer, reclamó los Países Bajos:

y como España se negara á esta pretension, Turena se apoderó de Flandes, y Condé del Franco-Condado.

Alarmada Europa ante la ambicion de Luis XIV, se unieron Holanda, Inglaterra y Suecia, que obligaron al rey de Francia á aceptar la paz de Aquisgram, en virtud de la cual devolvió el Franco-Condado, aunque quedándose con parte de Flandes.

Resentido el monarca francés, especialmente contra Holanda que tanto le habia contrariado en la anterior lucha, aliado con Suecia y contando con Inglaterra se aperebió para destruirla.

Puesto Luis XIV (1672) al frente de un ejército de cien mil hombres, y acompañado de Turena, Condé y Luxemburgo, se arrojó sobre Holanda; y en el espacio de cuatro semanas, llegó victorioso á cuatro leguas de Amsterdam.

En situacion tan grave, Guillermo III mandó romper los diques, é invadiendo el país con las aguas del Océano, detuvo á los franceses, y ganando tiempo, aunque á costa de tan grande sacrificio, se proporeionó la alianza de España, Austria, Dinamarca y no pocos príncipes del imperio, contra Luis XIV, que se halló solo frente á la Europa armada.

En su vista, abandonando la Holanda, conquistó el Franco-Condado; Condé peleó, aunque sin éxito, con el príncipe de Orange, en Senef; y Turena murió en Salsvach (1675), luchando con los imperiales.

En 1677 puso Luis en campaña cuatro ejércitos, que alcanzaron grandes victorias, al mismo tiempo que su almirante Duchesne vencía en dos grandes combates á las escuadras española é irlandesa.

Después de luchas tan sangrientas, y sintiendo todos la necesidad de la paz, esta se firmó en Nimega, durante

cuyos preliminares, los plenipotenciarios franceses tuvieron habilidad bastante para aislar á las partes interesadas, tratando con cada una de ellas en particular.

España perdió el Franco-Condado y algunos pueblos en los países Bajos: Dinamarca y Brandemburgo restituyeron á Suecia las plazas de que habían despojado á esta nación durante la guerra; y Holanda se obligó á abandonar á sus aliados.

Luis XIV llegó á ser entonces el monarca más poderoso de Europa, y no conociendo límites á su autoridad en Francia, no vaciló en publicar la declaracion del Clero Galicano que redactó Bosuet, ni en la revocacion del Edicto de Nantes, al mismo tiempo que en el exterior provocaba á las potencias y se abrogaba el derecho de interpretar el tratado de Nimega, atendiendo solo á sus intereses.

Añadiéndose á estas causas de guerra las pretensiones de Luis al Palatinado, se formó contra él la Liga de Ausburgo (1687), constituida por el emperador Leopoldo, el rey de España, el duque de Saboya, el Papa, el rey de Suecia, casi todos los príncipes alemanes, y más tarde, Guillermo de Orange quien sucedió en el trono á Jacobo II de Inglaterra.

En esta contienda, que duró diez años, fueron notables, entre muchas otras, la batalla de Fleurus (1690), ganada por el mariscal de Luxemburgo á los imperiales; la derrota de las escuadras de Luis XIV cerca del cabo de la Hogue (1692), y el sitio de Barcelona (1697), plaza de que al fin se apoderaron los franceses.

Cansados los beligerantes de esta lucha, abriéronse las conferencias de paz, que se firmó en el castillo de Riswich, en Holanda, (20 de Setiembre de 1697).

Convino en ella, que Luis XIV evacuaría á Cataluña,

los Países Bajos y algunas otras plazas: con respecto á Holanda se estipuló que quedaran en vigor los tratados de Munster y de Nimega, con devolucion mútua de las conquistas hechas durante la guerra: recuperó Alemania diversos distritos que le habían sido arrebatados, y perdió la Alsacia y Strasburgo: Inglaterra impuso á Luis la vergüenza de reconocer á Guillermo de Orange y de abandonar á Jacobo II.

Triunfante la política francesa en la corte de España, á la muerte de Carlos II, este había instituido heredero de sus estados á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, causa de la *Guerra de Sucesion*, que se complicó con la de Inglaterra.

Esta lucha, que había comenzado en Italia, estalló en el Palatinado, donde Villars ganó á los confederados varias batallas; pero, separado este jefe del mando de las tropas, el príncipe Eugenio y Malborough hicieron sufrir una terrible derrota á los franceses (1704) en Hochstedt, los cuales fueron también vencidos en Italia por el príncipe Eugenio.

En el norte, mostrose igualmente adversa la fortuna á Luis XIV; pues sus tropas fueron derrotadas en Ramilliers (1706), y vencido en Oudenarde (1708) el duque de Borgoña, nieto del monarca.

Pero, cambiando el ministerio en Inglaterra, fué separado del mando Malborough, y acogidas las proposiciones de paz de la Francia

Resentido el príncipe Eugenio, y queriendo mostrar que podía vencer sin el auxilio de los ingleses, acometió á Landrecies, llave del camino de la Champaña á París.

Desesperado el anciano monarca francés, quiso montar á caballo para morir con su fiel nobleza; reunió sus últimos recursos; sorprendió el campo atrincherado de De-

nian (1712), y libró la capital de sus estados.

Guerra de Sucesion de España. Aceptado por Luis XIV el testamento de Carlos II en favor de su nieto Felipe de Anjou, este se encaminó á Madrid (1701), donde fué recibido con inmensas muestras de júbilo, y reconocido por las Córtes de Castilla, Cataluña y Aragon.

Por su parte, unido el emperador Leopoldo á Inglaterra, á Holanda, al elector de Brandemburgo, al duque de Saboya, y después al rey de Portugal, celebró en la Haya el tratado conocido con el nombre de Grande Alianza, para sostener al Archiduque Carlos, su hijo, contra Felipe de Anjou, España y Francia.

Ya hemos indicado los trances de esta guerra en Italia. En España, la escuadra inglesa, que cruzaba las aguas de Cádiz; apresó á la flota española que venia de América, y sorprendió á Gibraltar (1704): el archiduque Carlos penetró en España, y se hizo proclamar con el título de Carlos III; pero muy en breve un ejército francés le obligó á reembarcarse. Habiendo desembarcado otra vez en Valencia, y sublevados por él Aragon y Cataluña (1706), los ejércitos combinados llevaron al archiduque á Madrid, que fué abandonado por Felipe V, aunque volviendo brevemente (1707);

Llegóse por fin á una accion decisiva en los campos de Almansa, donde fueron vencidos los imperiales.

El inmenso desastre de Malplaquet, trocando el aspecto de las cosas, obligó á Luis XIV á pedir la paz; pero como los aliados impusieran al monarca francés la cruel obligacion de despojar él mismo de la corona de España á su propio nieto Felipe V, tal inhumanidad exaltó el espíritu público, así en Francia como en España, é hizo cambiar la suerte de la guerra.

Dirigidas las tropas de Felipe por el duque de Van-

dome, marcharon ambos caudillos en busea del enemigo, que capitaneaba Staremberg, al que encontraron, y vencieron en Villaviciosa.

Esta gran victoria, la de Denain y la muerte del emperador José I, que, colocando la dignidad imperial en las manos del archiduque Carlos, volvía con mayor razon contra los aliados la ley del equilibrio europeo, que ellos habian invocado contra Felipe V, fueron las causas de la paz de Utrecht (1715).

Este célebre convenio fué el resultado de cinco tratados entre Francia y las potencias coaligadas, y de otros dos referentes á la sucesion de España, el cual afirmó la corona en la sien de Felipe V.

Felipe de Anjou, digno tronco de la noble casa de Borbon en España, por sus elevadas prendas de carácter, por su constancia inquebrantable en la adversidad, mereció el título de *El Animoso*, con que le distingue la Historia.

Dos años después de celebrarse el tratado de Utrecht, murió Luis XIV el Grande (1715), á la edad de setenta y siete años.

À este fin, publicó la Pragmática Sancion, en virtud de la cual podia adquirir la dignidad imperial su hija, casada con el duque de Lorena.

Sosteniendo Carlos las pretensiones del elector de Sajonia, en la guerra de sucesion de Polonia, perdió el Milanésado.

Carlos VI fué el último representante varon de la gloriosa casa de Habsburgo.

Al morir Carlos VI, tomó posesion de sus estados su hija Maria Teresa; pero, apesar de que habia logrado el emperador difunto que todas las naciones garantizaran la Pragmática Sancion, los electores de Sajonia y de Baviera y los reyes de España y Prusia, protestaron alegando diversos derechos, que fueron origen de la célebre guerra de la Pragmática, en que Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia defendieron à Maria Teresa, y pelearon contra ella, España, Prusia, Francia, Baviera y Nápoles.

Federico de Prusia invadió los estados de Silesia, que disputaba, y ganando dos batallas à los imperiales, obligó à Maria Teresa à que le cediera, por el tratado de Breslau, la alta Silesia y el condado de Glatz.

El elector de Baviera, entrando en campaña (1744), se hizo proclamar, en Praga, rey de Bohemia, y elegir emperador en la Dieta de Franfort, con el nombre de Carlos VII. Pero desembarazada ya Maria Teresa de la guerra con el prusiano, despojó al elector de Baviera, hasta de sus propios Estados.

El rey de Inglaterra se presentó entonces en liza, contra la Francia, quien sostuvo la lucha con varia fortuna, hasta que, interviniendo el rey de Prusia con ochenta mil hombres, cambió la suerte de las armas.

Muerto el titulado Carlos VII (1745), su hijo conservó sus Estados patrimoniales, reconociendo la Pragmática San-

LECCION CXIV

Alemania, desde Leopoldo I a José II.—Prusia, hasta Federico II.

À Fernando III heredó en el imperio de Alemania su hijo Leopoldo (1658), quien tomó parte en la guerra contra Luis XIV (1697), y en la de Sucesion de España, por muerte de Carlos II.

En lucha con los turcos, alcanzó Leopoldo la memorable victoria de Viena, y se apoderó de Buda y de Belgrado.

José I (1705) continuó la guerra de Sucesion de España, sosteniendo à su hermano el archiduque Carlos; y su muerte, sin dejar hijos, fue una de las causas que se alegaron para la paz de Utrecht.

À José I heredó Carlos VI, rival de Felipe V por la corona de España, à quien no reconoció sino después de muchos tratados y de grandes sacrificios.

No teniendo Carlos heredero varon que le sucediera en el imperio, todos los esfuerzos de su vida se dedicaron à conseguir que pudiera heredarlo su hija Maria Teresa.

clon. Federico II, por su parte, acabó la guerra en breve tiempo, obligando á María Teresa á pedirle la paz, que se firmó en Dresde (1745), con una nueva renuncia de la Silesia, reconociendo por su parte, como emperador, á Francisco de Lorena, esposo de la heroica hija de Carlos VI.

Luchando la Francia contra la coalicion, el ejército francés ganó las batallas de Fontenoy (1745) y de Rancoux, y se apoderó de Maestrich, suceso que apresuró la paz de Aquisgram, que puso fin á esta guerra (1748). En ella quedaron confirmadas la ocupacion de la Silesia por el rey de Prusia; la de una parte del Milanesado por el de Cerdeña; la Pragmática Sancion; la eleccion de emperador en el esposo de María Teresa, y la sucesion de la casa de Hannover en el trono de Inglaterra. España obtuvo los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla; é Inglaterra, Francia y Holanda se devolvieron las conquistas hechas durante la contienda.

Los siete años que mediaron entre esta guerra y la de los Siete años, solo fueron una tregua.

Dió motivo á esta nueva lucha la tantas veces renovada cuestion de la Silesia; y en ella hubiera perecido la Prusia, por consecuencia de la batalla de Kunersdorf (1759), sin la desunion de los aliados.

En estas querellas dió Inglaterra pruebas de su proverbial mala fé, apoderándose, sin prévia declaracion de guerra, de los buques franceses esparcidos en todos los mares.

El fallecimiento de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó al partido austriaco, pues su sucesor Pedro III, entusiasta admirador de Federico de Prusia se apartó de la lucha, por medio del tratado de San Petersburgo, al que se adhirió Suecia.

La guerra de los Siete Años terminó en 1763 por los

tratados de Hubertsburgo y de París, en virtud de los cuales ganó Inglaterra el dominio de los mares, y Prusia el primer puesto entre las naciones.

A la muerte de Francisco I de Lorena, esposo de María Teresa, ocupó el imperio su hijo José II, quien gobernó con su madre hasta la muerte de esta señora en 1780; y solo, desde esta fecha en adelante.

José I fué un innovador peligroso, inspirado por la filosofía volteriana.

La constitucion de sus estados, la industria y el comercio, los códigos civil y criminal, la religion, las órdenes monásticas y hasta las fiestas y procesiones, todo lo reglamentó á su manera.

Prusia. Al abandonar los cristianos la Tierra Santa, después de las Cruzadas, los caballeros alemanes fundadores de la orden Teutónica, se volvieron á su patria (1185), donde emplearon su celo religioso en convertir á los idólatras habitantes de Prusia.

Así prosiguió engrandeciéndose la Orden, obteniendo su Gran Maestre el título de duque feudatario de Polonia.

Habiendo abrazado la Reforma el Gran Maestre Alberto de Brandemburgo, celebró un tratado con el emperador y rey de Polonia, Segismundo, por el cual, el territorio de la orden quedó convertido en ducado secular y hereditario, aunque prestando homenaje á los monarcas polacos.

Federico I (1688), que heredó á su padre Federico Guillermo el Grande en el electorado de Brandemburgo y en el ducado de Prusia, tomó parte en la guerra contra Luis XIV, y en 1700, auxilió al emperador en la de Sucesion contra Francia y España, siendo por tal conducta reconocido por Leopoldo como rey de Prusia: título que lea fué confirmado por las potencias en el tratado de Utrecht, que le dió el Alto Güeldres.

Sucedióle (1715) su hijo Federico Guillermo I, conocido con el nombre de *El rey Sargento*, por su afán de educar á sus soldados, cuyos ejercicios él mismo dirigía.

Federico II (1740), fué uno de los mejores generales de Europa, como lo demostró en la guerra de Sucesion de Alemania y en la de los *Siete Años*.

En esta última guerra, las batallas de Luowosit, de Rosbach y de Kunersdorf, luchando contra cinco potencias, y reducido á sus solos esfuerzos, excitaron la admiracion de Europa.

Al par que hábil general, fué Federico diestro administrador. Pero admirador frenético de los falsos filósofos que prepararon la revolucion francesa, fueron su córte y su palacio el asilo de las funestas doctrinas, generadoras de tantas desgracias á fines del siglo pasado y en lo que va del presente, cuya responsabilidad le toca por su mayor parte.

... 1711, ...

... 1711, ...

... 1711, ...

... 1711, ...

... 1711, ...

LECCION CXV

... 1711, ...

... 1711, ...

... 1711, ...

... 1711, ...

Inglaterra, desde Carlos II á Jorge III.

... 1711, ...

... 1711, ...

La general alegría producida en Inglaterra por la restauracion de Carlos II en el trono, fué verdaderamente pasajera.

Siempre vacilante el nuevo rey, hoy luchaba con los católicos irlandeses ó los puritanos escoceses: mañana condenaba á los regicidas al último suplicio: después sacrificaba á su primer ministro y fiel compañero de destierro lord Clarendon, como nombraba el ministerio de la Cábalá, compuesto de hombres de distintos partidos, sembrando en todos desconfianzas y sin contentar á ninguno.

La conversion al catolicismo del duque de York, presunto heredero de la corona, irritó á los revolucionarios de todos los colores, que consiguieron el bill de Test, por el que se excluía á los católicos de los cargos públicos.

En este tiempo comenzaron á oirse (1680) los nombres de Wigs y Torys, señalándose con el primero á los

presbiterianos escoceses, y con el segundo á los católicos de Irlanda.

Cárlos II tomó parte en las guerras contra Holanda y Luis XIV.

La oposicion al rey en el Parlamento (1679), llegó hasta aprobar, por mayoría de 71 votos, el bill de exclusion por el que se declaraba traidor al duque de York, hermano de Cárlos II; bill que confirmaron después los Parla-mentos, á los cuales no volvió á reunir Cárlos II, y murió en 6 de Febrero de 1685.

A Cárlos II, sucedió su hermano Jacobo II, á pesar del bill de exclusion.

Empeñado este principe en restablecer la religion católica y engrandecer el poder real, fué contrariado por su mismo yerno el Statouder de Holanda, Guillermo de Orange, quien, al fin publicó un manifiesto contra su suegro; desembarcó en Inglaterra, y despojando al rey, ciñó la corona con su esposa Maria.

Guillermo III venció á los escoceses é irlandeses, y tomó parte en las guerras contra Luis XIV y en la de Sucesion de España.

Ana, hija de Jacobo II y cuñada de Guillermo, heredó á este en el trono (1702). En su tiempo los Parla-mentos inglés y escocés aceptaron el tratado en virtud del cual constituyeron Inglaterra y Escocia un solo reino con el nombre de Gran Bretaña, á cuyo estado quedaron agregadas Menorca y Gibraltar.

Muerta Ana sin hijos (1714), un acta del Parlamento llamó al trono á Jorge I de Brunswik-Luneburgo, elector de Hannover y nieto segundo de Jacobo I; en este tiempo, perseguido el partido Tory, conspiró inútilmente en favor del Caballero de S. Jorge, hijo de Jacobo II.

Jorge II (1727) gobernó pacíficamente durante los do-

ce primeros años de su reinado; pero al fin, tomó parte por Austria en la guerra de la Pragmática, en cuya sazón el jóven Cárlos Eduardo, hijo del Pretendiente Jacobo III, hizo un esfuerzo en favor de su padre, y despues de varios sucesos felicisimos, quedó derrotado en los llanos de Culloden.

Durante el ministerio de Pitt, jefe del partido Tory, obtuvo Inglaterra grandes ventajas y aumentos de territorio, especialmente en América.

En el reinado de Jorge III (1760), Inglaterra luchó con España y se apoderó de las islas de S. Vicente y la Martinica, pertenecientes á Francia y de la Habana y Filipinas. Esta guerra terminó con la paz de Paris de 1765, por la que Inglaterra conservó varias de sus conquistas, aunque devolviendo otras.

Aumentada la deuda pública, por consecuencia de estas empresas, el Parlamento votó ciertos impuestos que debian satisfacer las colonias de América. Estas se negaron al pago (1766), declarándose al fin en abierta rebelion, auxiliadas por Francia y España.

El alzamiento fué coronado por el éxito en la decisiva batalla de York-Town, ganada contra el general inglés Cornwallis (1781), y en el tratado de 1783 fué reconocida la independenciam de los *Estados Unidos*.

LECCION CXVI.

España, Felipe V, Luis I y Fernando VI.—Portugal desde Juan V
á Maria I.

Terminada la guerra de Sucesion, pudo Felipe V consagrarse á evitar luchas análogas; á vindicar la religion ofendida por los soldados extranjeros en los templos, y á reparar las pérdidas sufridas por España, y los sacrificios territoriales hechos en aras de la paz de Utrecht,

Para el logro de estos fines, declaró vigente en sus estados la Ley Sálica, no sin fuerte oposicion del Consejo de Castilla y de las Córtes; reedificó y restauró las Iglesias, y estableció funciones de Desagravios que aún se celebran en las Catedrales, el 10 de Diciembre, aniversario de la batalla de Villaviciosa; se apoderó de Barcelona (1714), que perdió sus antiguos fueros, y recobró á Mallorca, Ibiza y Formentera.

Consolado del profundo dolor que le produjo la muerte de su primera mujer, Maria Luisa de Saboya, se casó con Isabel Farnesio, heredera de Parma y Plasencia.

Este matrimonio fué causa de la salida de la princesa de los Ursinos, del ministro francés Orry, del cardenal Giudice con otros sus amigos, y de la elevacion del abate parmesano Julio Alberoni, hábil negociador de aquella boda, que fué ascendido al ministerio de Estado.

Soñando Alberoni en restablecer á España en su antigua grandeza, juntó una poderosa escuadra, que bajo las órdenes de Vera, marqués de Leyde, en menos de dos meses se apoderó de Cerdeña y marchó á invadir la Sicilia.

En vista de esto, el emperador, despues de contratar la paz con los turcos, tomó parte en la triple alianza contra España, formada por Inglaterra, Francia y Holanda.

Por este tiempo se descubrió en Francia una conjuracion para despojar de la regencia al duque de Orleans, la cual se atribuyó al cardenal Alberoni, y como su agente, al embajador español principe de Cellamare.

Amenazado así Felipe V por la coalicion europea, tuvo que firmar la paz de la Haya (1720), por la que hubo de restituir Sicilia y Cerdeña, que se dieron con título de rey al duque de Saboya, aunque asegurando al infante D. Carlos la sucesion inmediata de los estados de Parma y Toscana. Por exigencia absoluta de los coligados, Alberoni tuvo que abandonar á España.

Atacado Felipe V de invencible melancolia, abdicó en su primogénito D. Luis, y se retiró al Real Sitio de San Ildefonso, donde habia fundado un palacio y amenisimos jardines, recuerdo de los de Versailles; pero muerto Luis I en aquel mismo año, D. Felipe volvió á ceñir la corona.

Residia entonces en España el baron de Riperdá, embajador que habia sido de Holanda, destituido de su cargo por haber abrazado la religion católica, y que, amigo del principe Eugenio, logró que el emperador Carlos ac-

cediera al tratado de Viena (1725), en virtud del cual reconoció este á D. Felipe como rey de España, y al Infante D. Carlos como heredero de Parma y Toscana. Este suceso valió al holandés ser nombrado duque y ministro, favor que perdió al fin, y de que no se mostró digno en la desgracia.

España tomó parte en la guerra que sobrevino con ocasion de la muerte de Augusto, rey de Polonia. En ella ganó á los imperiales, el duque de Montemar, la batalla de Bitonto, y por consecuencia, fueron conquistadas Nápoles y Sicilia, que, en el tratado de Viena de 1735, se dieron al infante D. Carlos, con el título de rey de las Dos Sicilias, aunque cediendo Parma, Plasencia y Guastalla al emperador,

Felipe V murió en el Buen Retiro, en 9 de Julio de 1746.

En los últimos tiempos de Carlos V, asistimos á la decadencia de España, que parecia agonizar: inmortal nuestra patria, volvió á renacer bajo el primero de los Borbones.

Felipe V recobró la influencia de España en Italia; sometió á Barcelona y á las Baleares; reconquistó á Oran, y defendió á Cénta; sostuvo nuestras colonias; favoreció á los literatos y artistas; creó el Seminario de Nobles, la Universidad de Cervera y las Reales Academias de la Historia y de la Lengua.

Fernando VI (1756) heredó á su padre Felipe V, y señaló su advenimiento al trono con actos de beneficencia, poniendo en libertad á los presos é indultando á contrabandistas y desertores.

Empeñada España, durante el anterior reinado, en la guerra de la Pragmática, contra Maria Teresa, aprovechó Fernando la gran victoria de Fontenoy para firmar

A estos males se agregaron los horrores de una epidemia que asoló la Francia.

Así llegó Luis XV á la mayor edad, desarrollándose entre estos ejemplos.

Francia tomó parte en la guerra de Sucesion de Polonia, para sostener las pretensiones de Estanislao Lescinski, con cuya hija estaba casado Luis XV; guerra que terminó con el tratado de Viena de 1757, en el que Luis obtuvo la Lorena, á la cual se añadió Córcega, en virtud del tratado de Compiègne, fuente de tantas desgracias para la monarquía, que igualmente tomó parte en la guerra de la Pragmática, por el duque de Baviera contra el Austria; en la de los Siete Años, por Maria Teresa, y en la del Canadá.

Entre tanto, dominado el rey por mujeres perdidas que regian la Francia á su antojo, atentas solo á distraer al monarca entre la seduccion de los vicios, era cada vez más hondo el abismo del mal.

De esta manera se redoblaban los desórdenes; mostrábase osada la incredulidad creciente, con nombre de libre exámen, y dictando el gobierno mismo disposiciones contrarias á la religion, abrogándose atribuciones de notoria incompetencia en el poder civil, el cual no comprendia en su ceguedad, que atacar la religion era minar su más sólido fundamento.

Ahora, como siempre, se cumplieron las inflexibles reglas de la lógica en la persona del rey á quien intentó asesinar (1757) el fanático Francisco Damiens.

Las dilapidaciones y las guerras produjeron la necesidad de establecer odiosos tributos, y con ellos el acrecentamiento de la miseria y el ódio del pueblo.

Al cabo, después de sembrar tantas tempestades, murió Luis XV, en 10 de Mayo de 1774.

Luis XVI, que heredó á su abuelo, estaba casado con

María Antonieta, y era príncipe dotado de todas las condiciones que constituyen un excelente padre de familia.

Al comenzar su imperio, la impiedad y el libertinaje escondieron su faz repugnante: todo parecía anunciar un feliz reinado.

¡Vana esperanza!

En una sociedad, cual la francesa de fines del siglo XVIII, en que se ha borrado el sentimiento religioso, todo es infecundo, como la mejor de las semillas arrojada á los arenales.

A tantos males hacinados por el tiempo, se añadió la pérdida de las cosechas, y con ella la siempre pavorosa carestía de los artículos de primera necesidad, y el hambre del pueblo.

A Turgot sucedió en el ministerio Clugni, y á este el protestante Necker que creyó remediar los males del erario por medio de empréstitos, y cayó del poder conquistándose la opinion pública.

Calonne, que lo substituyó, deslumbró á todos en los primeros momentos, é indujo al rey á la convocacion de la Asamblea de los Notables, que fué preciso disolver, sin producir favorables resultados.

Entonces Luis XVI llamó á los Estados Generales, y volvió á encargar á Necker la direccion de la Hacienda pública.

La reunion de los Estados Generales en Versalles el 5 de Mayo de 1789, es la primera página de la Revolucion.

Al comenzar el triste reinado del feroz Saturno, eterno devorador de sus propios hijos, debemos terminar estas NOCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL, retrocediendo ante ese lago de sangre, á través del cual no puede caminar con paso seguro *la Testigo de los tiempos.*

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Cartas al Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbé.	5
LECCION I. Preliminares.	11
LEC. II. Preliminares.	16
LEC. III. Preliminares.	22
LEC. IV. La Creacion.—Adan y Eva.—Cain y Abel.—Seth.	31
LEC. V. Noé.—El Diluvio.—Su existencia.—Su universalidad.—Su fecha.	36
LEC. VI. El monte Ararat.—Unidad de language.—La Torre de Babel.—Sen, Chan y Jafet.	40
LEC. VII. Límites del Asia.—Historia del pueblo de Dios, desde Abraham hasta la incorporacion de la Judea y de Samaria al Imperio Romano.	49
LEC. VIII. Los grandes imperios asiáticos.—La Grande y la Pequeña Frigia.—La Lidia.—La Armenia.—La Colquida.—La Iberia y la Albania.—Los Fenicios y sus colonias.	54
LEC. IX. Nociones geográficas de la India.—Periodos históricos.—Supuesta antigüedad de los monumentos indios.	59
LEC. X. La China.	66
LEC. XI. Historia de Egipto.	72
LEC. XII. Límites de Europa y de Grecia.—Invasiones.—Esparta y Atenas.	78
LEC. XIII. Invasion de la Grecia.—Sus consecuencias.—Atenas y Esparta.—Pisistrato.—Hippias é Hiparco.	83
LEC. XIV. Las guerras Médicas.	87
LEC. XV. Guerra del Peloponeso.—Los treinta tiranos.—Retirada de los diez mil.—Batalla de Mantinea.	93
LEC. XVI. Límites de la Macedonia.—Filipo.—Alejandro el Grande.	98

	Páginas.
LECCION XVII. Desmembracion del Imperio Macedónico.— Principales estados en que se fraccionó.	405
LEC. XVIII. Nociones geográficas de la Italia antigua.—Sus primitivos pobladores.	412
LEC. XIX. Fundacion de Roma.—Los Reyes.—Caida de la Monarquía.	416
LEC. XX. El Consulado.—Guerras.—El Monte Sacro.—Creacion del Tribunalado.	421
LEC. XXI. Luchas entre patricios y plebeyos.—Guerras con diferentes pueblos.—Colonias.—Coriolano.—La ley Terrentila.—Decenvirato.—Triunfo de la plebe.	436
LEC. XXII. Los Galos en Roma.—Guerras contra los Samnitas y Etruscos.—Pirro, rey de Epiro.	439
LEC. XXIII. Cartago.—Primera Guerra Púnica.	444
LEC. XXIV. Primera Guerra Púnica. (Continuacion).	450
LEC. XXV. Guerra de los mercenarios en Cartago.	456
LEC. XXVI. Primitivos pobladores de España.	463
LEC. XXVII. Primitivos pobladores de España. (Continuacion).	470
LEC. XXVIII. Nociones geográficas de la España antigua.	475
LEC. XXIX. Nociones geográficas de la España antigua. (Continuacion).	480
LEC. XXX. Segunda Guerra Púnica.	485
LEC. XXXI. Segunda Guerra Púnica. (Continuacion).	492
LEC. XXXII. Guerras contra Filipo III y Perseo.—Derrota de Antiocho.—Guerras de Viriato y de Numancia.	200
LEC. XXXIII. Tercera guerra púnica.	206
LEC. XXXIV. Tiberio y Cayo Graco.—Guerras Serviles.	212
LEC. XXXV. Yugurta.—Los cimbrios y los teutones.—Guerra Social.—Máριο y Sila.—Guerras contra Mitridates.—Fuga y regreso de Máριο.	219
LEC. XXXVI. Crueldades de Máριο.—Regreso de Sila.—Proscripciones.—Dictadura y muerte de Sila.	225
LEC. XXXVII. Sertorio en España.	232
LEC. XXXVIII. Los Gladiadores.—Los Piratas.—Mitridates y Tigranes.	238
LEC. XXXIX. Catilina.—Ciceron.—Primer triunvirato.—Muerte de César.	245

	Páginas.
LECCION XL. Segundo triunvirato.—Combate de Actium.	256
LEC. XLI. Octavio emperador.—Las letras y las artes en Roma.—Muerte de Octavio.	263
LEC. XLII. Tiberio.—Caligula.—Claudio.—Neron.	270
LEC. XLIII. Galba.—Oton.—Vitelio.—Vespasiano.—Tito.—Domiciano.—Nerva.—Trajano.—Adriano.—Antonino Pio.—Marco Aurelio.—Comodo.	280
LEC. XLIV. Pertinax.—De Didio Juliano á Alejandro Severo.—De Alejandro Severo á Diocleciano.	290
LEC. XLV. Desde Diocleciano á la muerte de Licinio.	298
LEC. XLVI. Constantino.—Constancio II.—Juliano el Apóstata.—Joviano.—Valentiniano y Valente.—Graciano.—Valentiniano II.	303
LEC. XLVII. Teodosio el Grande.—Honorio.—Desde Honorio á Rómulo Augustulo.—Fin del Imperio de Occidente.	314
LEC. XLVIII. Nociones sobre la organizacion del Imperio Romano.	320
LEC. XLIX. El Cristianismo.—Las Persecuciones.	326
LEC. L. Variedad de causas que contrariaron ó favorecieron el desarrollo del Cristianismo.—Victoria de la Iglesia Católica.	332
LEC. LI. Plan de la Historia de la Edad Media.	349
LEC. LII. Filiacion y costumbres de los pueblos Bárbaros.	354
LEC. LIII. Sucesos del Imperio de Oriente, desde Teodosio II, hasta la muerte de Teodosio III.	359
LEC. LIV. Los Ostrogodos y los Lombardos en Italia.	365
LEC. LV. Los Francos, desde su establecimiento en las orillas del Rin, hasta el fin de la dinastía Merovingia.	369
LEC. LVI. España, desde la invasion de los Bárbaros hasta Leovigildo.	373
LEC. LVII. España desde Recaredo á D. Rodrigo.	378
LEC. LVIII. La Britania, desde su abandono por los Romanos hasta Alfredo el Grande.	387
LEC. LIX. Mahoma.—Los Califas, hasta la toma de Bagdad por los Mongoles.	394
LEC. LX. Los árabes en España, desde la batalla de Guadalete á la fundacion del Califato de Córdoba.	397

Páginas.

LECCION LXI. El Bajo Imperio.—Emperadores Isauricos.	403
LEC. LXII. Los Francos desde Pipino el Breve, hasta Carlomagno.	406
LEC. LXIII. La Iglesia cristiana.—Las letras y las artes.	414
LEC. LXIV. Sucesores de Carlomagno.	415
LEC. LXV. El Califato de Córdoba.	449
LEC. LXVI. Principios de la reconquista.—Reino de Asturias.	425
LEC. LXVII. Reino de Leon.	428
LEC. LXVIII. El reino de Navarra, hasta su fin en tiempo de D. Fernando el Católico.	433
LEC. LXIX. Reino de Aragon.	436
LEC. LXX. Condado de Barcelona.	440
LEC. LXXI. Castilla y Leon reunidos.	443
LEC. LXXII. Castilla, desde D. Sancho III á D. Alfonso XI.	446
LEC. LXXIII. Reyes de Castilla y de Leon, desde D. Fernando IV hasta D. ^a Isabel I.	452
LEC. LXXIV. Portugal, hasta Alfonso V.	459
LEC. LXXV. Los Daneses y los Normandos en Inglaterra.	462
LEC. LXXVI. Los Normandos en Italia.	466
LEC. LXXVII. Alemania, desde Conrado I á Enrique III.	474
LEC. LXXVIII. Alemania.—Enrique IV y San Gregorio VII.	474
LEC. LXXIX. Francia, desde Hugo Capeto á San Luis.	480
LEC. LXXX. Imperio griego, desde Niceforo á Alejo I.	483
LEC. LXXXI. Las cruzadas.	488
LEC. LXXXII. Consideraciones sobre las Cruzadas.—Las Ordenes militares.	500
LEC. LXXXIII. Alemania, desde Lotario II á Federico III.—La Confederacion Helvética.	508
LEC. LXXXIV. Los Estados Italianos.	513
LEC. LXXXV. Inglaterra, desde Guillermo el Conquistador hasta Eduardo II.	517
LEC. LXXXVI. Francia, desde Felipe III hasta Carlos IV.	520
LEC. LXXXVII. Francia é Inglaterra—Guerra de los Cien Años.—Guerra de las Dos Rosas.	524
LEC. LXXXVIII. El Imperio Otomano.—Ruina del Imperio de Oriente.	530
LEC. LXXXIX. Las grandes nacionalidades.—La imprenta, la pólvora, la brújula.	537

Páginas.

LEC. XC. Historia de Rusia y Dinamarca.	542
LEC. XCI. Polonia.—Hungria y Bohemia.	547
LEC. XCII. El Imperio de Oriente, desde Alejo I.—El Imperio Otomano, desde Mahomet II.	551
LEC. XCIII. El Imperio de Austria, desde Federico III.—La Confederacion Helvética.	556
LEC. XCIV. Francia.—Luis XI.—Carlos VIII y Luis XII.	559
LEC. XCV. España.—Los Reyes Católicos.—D. ^a Juana.—El Cardenal Jimenez de Cisneros.	563
LEC. XCVI. Portugal, desde D. Juan II al Cardenal D. Enrique.	570
LEC. XCVII. Historia de Inglaterra, desde Eduardo VI hasta Jacobo I.	576
LEC. XCVIII. Carlos I de España y V de Alemania.	582
LEC. XCIX. D. Carlos y Francisco I (Continuacion).	588
LEC. C. La Reforma Religiosa.	595
LEC. CI. Cristóbal Colon.—Su primer viaje.	605
LEC. CII. Primer viaje de Cristóbal Colon.—Descubrimientos.	645
LEC. CIII. Segundo y tercer viaje de Cristóbal Colon.—El Comendador Bobadilla.	625
LEC. CIV. Cuarto viaje de Cristóbal Colon.—Su regreso á España.—Su muerte.	635
LEC. CV. Hernan Cortés.—Méjico.	647
LEC. CVI. El Perú.—Los Pizarros.	660
LEC. CVII. El Perú.—Los Pizarros, (Continuacion).	672
LEC. CVIII. Felipe II de España.	685
LEC. CIX. España bajo Felipe III, Felipe IV y Carlos II.	698
LEC. CX. Escocia.—Inglaterra, desde Jacobo I á Carlos II.	704
LEC. CXI. Francia, desde Francisco I á Luis XIV.	709
LEC. CXII. Guerra de los Treinta Años.	713
LEC. CXIII. Francia.—Luis XIV.—España.—La Guerra de Sucesion.	719
LEC. CXIV. Alemania, desde Leopoldo I á José II.—Prusia, hasta Federico II.	726
LEC. CXV. Inglaterra, desde Carlos II á Jorge III.	731
LEC. CXVI. España, Felipe V, Luis I y Fernando VI.—Portugal, desde Juan V á Maria I.	734
LEC. CXVII. España.—Carlos III y Carlos IV.	739
LEC. CXVIII. Francia.—Luis XV y Luis XVI.	743

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR.